Claudia Barzana

Luna del Magreb

El velo de la posguerra no podrá ocultar la llama de un amor sin fronteras

VESTALES

Barzana, Claudia
Luna del Magreb, 1.ª ed., San Martín: Vestales, 2024.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8944-65-4
1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Históricas. 3. Novelas Románticas. I. Título
CDD A863

© Editorial Vestales, 2024.
© de esta edición: Editorial Vestales.
info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar
ISBN 978-987-8944-65-4
Primera edición en libro electrónico (epub): Febrero de 2024
Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

El pasado no está muerto ni enterrado.

De hecho, ni siquiera es pasado.

William Faulkner

CAPÍTULO 1

La distancia que nos separa

Nueva York, 1956.

Léa aún no podía creer que estuviera a bordo de un avión rumbo a Nueva York. La joven volteó la cabeza hacia la ventanilla para contemplar las nubes flotar a su alrededor bajo el resplandor de los rayos de sol que se difuminaban en aquel campo de algodón. Sin embargo, pese a estar maravillada, los nervios no se le habían aquietado desde el mismo instante en que había subido a la aeronave. De nada sirvió la esmerada atención de la aeromoza, que le ofreció una copa del mejor vino para que se calmara. Por momentos, la emoción le ganaba a la inquietud por lo que ese viaje significaba para ella. Nunca había sido afecta a festejar su cumpleaños, pero ese había tenido un significado especial, quizá porque cumplía veintidós años. Aunque también se debería a que su familia le había organizado la sorpresa que la había depositado en ese vuelo. De nada había servido manifestar los pocos deseos de festejo, porque a ellos les importaba que ella fuera feliz y sabían que ir a Nueva York sola era algo que realmente quería.

Habitualmente, en silencio, se apartaba de todos cuando algo le interesaba o le preocupaba. Desde pequeña había aprendido a refugiarse dentro de sí sin dar cabida a nadie más frente al dolor y el desconsuelo. No permitía que otra persona se involucrase con sus pesares. En el preciso instante en que rememoró el pasado, un chispazo en los recuerdos le quitó una sonrisa. En verdad, no siempre había sido así. Nunca le había gustado preocupar a los demás, pero a su madre no podía engañarla. Hacía un mes que, en una cena familiar, le había hecho entrega de un sobre con el billete aéreo dentro y unas emotivas palabras. Recordarlo la emocionaba una vez más. Así había comenzado la aventura de ese viaje.

—Señorita, aquí tiene.

La azafata insistía, en esa oportunidad, con el almuerzo. Ni siquiera la tentadora ensalada de endibias con un medallón de carne le cambió la actitud de no probar bocado alguno. La noche en vela que había pasado tampoco hizo mella para que se relajara y que pudiera descansar hasta que llegase a destino. Solo restaba esperar.

Poco después el avión comenzó el descenso. Ella creyó que, cerrando los ojos, podría calmar el desconcierto hasta escuchar cómo carreteaba por la pista.

—¡Bienvenidos al Aeropuerto Internacional de Nueva York Idlewild! —anunció el comandante.

Al descender por la escalerilla con el resto del pasaje, Léa observó cómo unas aeronaves cargaban combustible en la pista, mientras otras se alistaban para recibir a los pasajeros que emprenderían el vuelo hacia un nuevo destino. Con la pequeña valija a cuestas, permaneció en el amplio salón donde ya había hecho los trámites migratorios para ingresar a tierra estadounidense. Se encontraba inmersa en un tumulto de pasajeros que, munidos de las maletas, se saludaban con los allegados, quienes les daban la bienvenida. Quedó a un costado aguardando que fuesen a buscarla. Esperaba haber dado bien los datos en el telegrama enviado cuando supo que podría hacer el viaje. Una pizarra metálica ubicada por encima de los mostradores de atención al público anunciaba los horarios de arribos y salidas de las distintas aerolíneas con los números de vuelos respectivos y el lugar de destino. El que había tomado no había sufrido retraso.

Centró la vista en el reloj de pulsera y modificó el horario para estar acorde con el neoyorquino. No bien levantó la vista, lo vio caminado hacia ella, con el cabello castaño claro que le revoloteaba sobre la frente y hacia atrás. La contundencia de su cuerpo poco tenía que ver con la última vez que se habían visto en París. Los ojos verdes se oscurecieron a medida que se acercaba; la boca se le deslizó en una tenue sonrisa con un gesto característico de alegría sincera: sonreía de costado. No eran muchas las veces que sucedía, pero, cuando ocurría, se le iluminaba el atractivo rostro. Al avanzar, abrió los brazos para recibirla. En ese mismo instante, Léa tiró la maleta y corrió los pocos metros que los separaban para envolverse en un abrazo. La intensidad de esa unión hablaba de la necesidad de verse, de cumplir las promesas hechas en cartas de volver a encontrarse una vez más. El sentimiento que los unía traspasaba la distancia que los separaba desde que Alex había abandonado París para reencontrarse con la nueva familia que se había hecho cargo de él y lo había llevado a Estados Unidos. Una nueva vida aguardaba para él, mientras que la de Léa continuaba en la Ciudad Luz, de la mano de Gabrielle y Brandon, quienes se habían comprometido a darle la familia que había perdido como consecuencia de los horrores padecidos en la Segunda Guerra Mundial, que había devastado a todos los protagonistas de la lucha. La guerra había destrozado hogares, pero, a la vez, le había permitido entablar un vínculo entrañable con Alex a una corta edad, cuando ambos luchaban por sobrevivir. Un estallido de emociones la conmocionó anticipando un sollozo silencioso que le convulsionó el cuerpo.

—Shh —le susurró él en el oído, al tiempo que le sostenía con un brazo la cintura y con el otro el cuello—. Creía que te alegrarías de verme.

Se separaron para contemplarse los rostros; el de Léa bañado por lágrimas

que él limpiaba con el pulgar, mientras el de Alex se mantenía inalterable, como si mostrar las emociones que lo atravesaban pudiera quebrar la personalidad que había sabido forjar. Lo conocía y comprendía que una serie recuerdos cubiertos por las telarañas del pasado cobraban vida.

—No has dormido —aseguró al analizar con tranquilidad el rostro de Léa.

—Ni comido.

—Eso tiene solución —replicó al tomar la valija y abrazarla para salir del aeropuerto en busca del coche.

—Primero, dejemos tu equipaje y, luego, podemos ir a comer algo. ¿Qué me dices?

—No quiero perder un minuto de tiempo descansando, quiero disfrutar de todo esto.

—Por supuesto.

Alex no dejaba de explicarle por qué lugares pasaban. Por momentos desviaba la atención del volante para mirarla mover la cabeza ante la sorpresa que le causaba lo que veía. Poco después, un gran puente con estructura de material y sostenido con cables metálicos asomó a su paso. A la vera, deambulaban peatones para cruzar de un lado a otro. Bajó la ventanilla para contemplar mejor las aguas del río que corrían por debajo.

—Estamos sobre el East River —le dijo antes de que se lo preguntara—. Lena, vas a tener que acostumbrarte a las grandes construcciones edilicias de la ciudad, como esta. Todo lo demás parece pequeño.

Asintió con la cabeza observando con atención lo que Alex le decía. Si bien vivía en París, nunca se había sentido pequeña frente a la infraestructura como en ese momento. No dejaba de observar el tránsito que había ni los automóviles que circulaban en distintas direcciones por diferentes carreteras.

—Estamos sobre el puente de Brooklyn. Hacia allí vamos, dejaremos atrás el distrito de Manhattan.

—¿Ahí vives?

Lo miró de manera suspicaz. En las cartas que se enviaban, Alex le contaba poco sobre su vida. Sin embargo, no dejaba de preguntarle sobre la de ella y cómo se sentía con la familia de la que era parte. Parecía que todo seguía igual y que sus evasivas continuarían, no obstante, no se amilanó y volvió a indagar.

—¿Ahora te has mudado aquí?

—Es el apartamento de un amigo. Pero no siempre estoy aquí. Sabes que voy y vengo.

—¿Tu padre aún reside en aquel poblado de Pensilvania?

En esa localidad, la nueva familia de Alex se había asentado para comenzar de nuevo tras dejar atrás los horrores padecidos. Allí él había estudiado. A Léa le habría gustado saber más de lo que había experimentado en esa nueva etapa de su vida, pero para eso deberían haberse visto con mayor frecuencia. La distancia había dejado huella, aunque no había logrado disolver el preciado vínculo.

—¿Mi padre? —comentó con un gesto de asombro—. Sabes que él ha muerto en la guerra.

—Alex, entiendes a lo que me refiero, aunque no quiero volver a lo mismo.

Léa conocía a la perfección la historia familiar de él. No dejaba de pensar que para él haberse ido con sus tíos había sido lo mejor. Mucho mejor quedar a la buena de Dios, sin rumbo y bajo las cenizas de una Europa que debía reconstruirse. Por lo menos, así, los dos habían sido rescatados. En alguna oportunidad, ella se lo había dicho, aunque él parecía no entenderlo.

—Entonces no lo hagas. Tampoco quiero resultar desagradecido con mi tía y su esposo, que supieron acogerme.

—Lo sé y por eso lo digo. Sé que tu vida ha dado un gran cambio debido a ellos.

—En eso tienes razón —replicó pensativo.

Ella recién había arribado y no quería empañar el ansiado encuentro con cuestiones del pasado. Lo importante era que estaban juntos; el resto quedaría en una etapa que Léa pretendía dejar atrás.

Alex apeó el vehículo frente a un edificio de ladrillo color granate; a un costado se destacaba una escalera de incendio como en el resto de las construcciones de la zona. Una pequeña escalinata daba acceso al inmueble de varias viviendas. Subieron por escalera hasta el segundo piso. De pequeñas dimensiones, el apartamento contaba con un cuarto, una sala de estar con una mesa y unas sillas que la rodeaban. A un lado, un sillón de dos cuerpos apoyado sobre la pared completaba el escueto y austero mobiliario. En la cocina solo entraba Alex.

—No hay mucho más para recorrer —dijo al dejar la maleta en la habitación.

—Estoy feliz de haber venido; no te imaginas cuánto.

Él la miró sin decirle nada y se acercó para acariciarle el cabello.

—Me gusta cómo lo tienes.

Se refería a la oscura melena. Siempre la había mantenido hasta los hombros, pero, desde la última vez que se habían visto, la había dejado crecer, de modo que ahora le caía a lo largo de la espalda.

—Gracias.

Él negó con la cabeza, odiaba que le agradeciera cuando le decía o hacía algo para ella.

—¿Vamos a comer algo?

Ella no pensaba negarse. Poco después, deambulaban por las calles de Nueva York para detenerse en uno de los muchos restaurantes de la ciudad.

—Lo que sirven acá va a gustarte.

Ingresaron y el olor a comida hizo que le rugiera el estómago. De inmediato, Alex pidió una sopa de cangrejo que parecía estar muy sabrosa, mientras Léa deglutía una hamburguesa con salsa barbacoa y papas fritas.

—Si quieres, te dejo solo una —dijo Léa al observar cómo la miraba. Le dio una papa bañada con kétchup que duró poco en sus dedos.

Ambos habían compartido momentos de mucho dolor y miseria. Tiempo atrás, el hambre había sido algo de todos los días.

—Cuéntame cómo dejaste París.

—Muy bien. Antes de que me olvide, Gabrielle y Brandon te mandan muchos saludos.

—Ellos han sido muy generosos en dejar que pases tu cumpleaños aquí conmigo.

El aprecio y cariño de los padres de Léa hacia Alex era mutuo. Nunca le habían cuestionado el vínculo que los unía, por el contrario, entendían lo importante que él era para Léa. Sin embargo, Gabrielle le había advertido que sería fundamental conservar la amistad que habían construido, como si

creyera que, en algún momento, podría ponerla en riesgo al confundir sus sentimientos.

—Saben que me cuidarás.

—Como siempre.

—A pesar de que al principio fue por obligación —aseguró al comer una de las últimas papas que quedaban en el plato—, eso no me lo puedes negar.

—Así es, y debes reconocer que no te resististe a mi compañía.

—Era pequeña —reflexionó con una mezcla de nostalgia y tristeza—. Además, de quererlo, no habría podido porque me seguías a sol y a sombra.

En aquel momento, ambos habían sido rescatados de Gurs, un campo de internamiento ubicado en el sur de Francia, al que habían llegado con sus familias, por ser judíos, para ser internados dentro de los muros malolientes y sucios del barracón, habitado por una veintena de personas. Una avenida por la que transitaban las autoridades que vigilaban el campo separaba la seguidilla de casillas a un lado y otro del terreno. Allí dentro se perdía la noción del tiempo y el desánimo por no ver una luz de esperanza se volvía aterrador. La única ilusión posible era contar con las agallas de sobrevivir día tras día. Cada tanto iba la gendarmería, bajo las órdenes alemanas, para llevar a miles de ellos hasta un campo de exterminio. Por momentos, se preguntaban qué sería mejor, si quedarse abandonados en aquel lugar aguardando morir o un final anunciado al estar en la nómina de las autoridades francesas para ser llevados hasta Polonia. Sin lugar a dudas, y para dar cumplimiento con la "solución final" instaurada por los nazis, Gurs se había transformado en la antesala de Auschwitz.

—A pesar de todo, lo logramos. —Alex se mantenía inalterable, como si no hubiese sido parte de la huida que habían protagonizado.

El rescate en aquel tiempo había resultado un milagro. Gabrielle había tenido que ver porque era colaboradora de una organización humanitaria que trabajaba con la Resistencia francesa que luchaba contra el dominio alemán en tierra gala. Con Alex habían escapado, aunque esa era una etapa que ella intentaba dejar atrás. Sin embargo, el recuerdo fue más fuerte que el olvido y, otra vez, volvía a tener ocho años en aquel funesto lugar.

La noche había caído; el aire gélido se colaba por los horadados listones de madera de la caseta y el frío calaba hasta los huesos. Las nevadas no parecían detenerse en medio de ese inhóspito lugar. El panorama era sórdido y la desolación, absoluta. Solo la naturaleza asomaba con todo su esplendor dando vida al lugar; "vida", algo por lo que luchábamos a diario, aunque

muy pocos lo conseguíamos. Como era mi costumbre, me había refugiado en un rincón sombrío a un lado de las literas que se extendían a lo largo de la barraca. Allí nadie me molestaba y podía desahogarme sin que alguien me viese o me preguntase qué me pasaba. El sordo sonido de una balacera estalló en mitad de esa noche. Sin saber a ciencia cierta qué sucedía, las mujeres que habitaban el lugar comenzaron a moverse para alistarnos ante nuestra confusión. Nos abrigaron con la poca ropa con que contábamos para que pudiéramos afrontar el desapacible clima. El tímido sollozo de algunas de ellas nos acompañó hasta estar listos. Poco después, Gabrielle con otros colaboradores de la organización humanitaria nos instaron a que en silencio y en orden abandonáramos el lugar. No hubo despedidas ni promesas de volver a vernos. Solo el convencimiento de que la huida era lo mejor que nos podía pasar a los niños que habitábamos el barracón de Gurs. A pesar del llanto de algunos, me mantuve alerta y sin chistar de la mano de quienes nos llevaban hasta un lugar de encuentro con otros niños. Observé cómo uno de ellos se mantenía distante del resto. Ya me había cruzado con él en otras oportunidades al deambular sin rumbo por el campo. Las pecas le bañaban el rostro, y los ojos verdes se lo iluminaban, aunque en ese momento estaba serio y tieso. Su apariencia era más grande que la mía, no solo por la estructura ósea, sino por la actitud férrea que exhibía ante el descontrol del momento. Los fogonazos de las armas destellaban en la penumbra nocturna acompañados de detonaciones. La Resistencia se había apoderado de la armería del campo. Esa distracción nos permitía abandonar el lugar sin tantas complicaciones. En medio de la oscuridad y con el sonido de las armas que silbaban por detrás, corrimos hacia el transporte que nos esperaba para sacarnos del infierno de Gurs. Sin que los faros del transporte iluminaran el camino, en la más absoluta oscuridad, huimos de allí.

—El paso del tiempo no hizo mella en el recuerdo —afirmó Alex como si pudiese comprender que a ella le sucedía lo contrario.

La noche del rescate era algo que nunca olvidaría. Una vez rescatados de allí, habían sido llevados a una red de hogares que colaboraban con la organización, para evitar que los enviasen hasta Auschwitz. La situación de Léa había sido más fácil de resolver porque estaba sola, ya que su madre había muerto dentro de Gurs. Para Ariel Levy –así se llamaba Alex en aquel momento–, fue más difícil, ya que su madre había cambiado el lugar con su hijo: se había colocado ella en la lista que los llevaría hasta Auschwitz, en una nómina realizada por las autoridades alemanas. A ellos poco les importaba quién iba, sino que el número exigido de la planilla se cumpliera y obedecer al mandato alemán. En la propiedad de Margot, el primer hogar que los acogió, donde Alex se había transformado en el custodio de Léa con tan solo doce años. Ella, entonces, tenía unos menos.

—Siempre dándole trabajo a Gabrielle y ocupando su atención —recordó

Alex con un dejo de ternura.

Sin dudas, Gabrielle se había transformado en su sostén y en la esperanza para poder salir de allí. Léa creía que, cuando finalizara la misión de rescate, debería continuar cumpliendo con la actividad de la organización de la que formaba parte y la abandonaría. En aquel entonces se aferró a ella. Se dio cuenta tarde de que el abandono sería algo que le costaría vencer, inclusive en la actualidad, aunque trabajase a diario para superarlo.

—Yo creí que te habías sentado a mi lado para consolarme.

Aquel día, cuando Gabrielle se iba de la casa que los acogía, Léa creyó no soportarlo y huyó hacia un rincón del amplio parque de la casona para llorar en soledad. Poco después notó cómo un chico rubio con pecas y actitud adulta se sentó a su lado. Sin hablarle, se quedó allí, intentando apoyarla en el más absoluto silencio.

—Lo hice, pero obligado por Gabrielle. Recuerdo que me quejé con ella, porque actuabas de modo egoísta al acaparar toda su atención sin que te importara el resto. Fue entonces cuando ella me pidió que te cuidara, ya que acababas de perder a tu madre. Yo me rebelé, afirmé que todos estábamos allí por un motivo similar. Ella me contestó que considerara que eras más pequeña que yo.

—No tanto —replicó con nostalgia.

Aunque lo pareciera, su aspecto físico no ayudaba para dar con la edad. La falta de alimentación, en aquella época, marcaba la diferencia.

—Pero resultó. Así fue como desde aquel momento acaparaste mi absoluta atención.

Lo dijo como si desconociera que él le había capturado el corazón.

—¿Y eso es un problema? —preguntó Léa.

—Podría decirse que sí. —Esbozó una tibia sonrisa—. Cuéntame cómo van tus estudios.

Extensas habían sido las cartas en las que le relataba la inquietud para decidirse qué estudiar.

—Muy bien. Me esfuerzo para finalizar la licenciatura en Psicología. Ya no falta tanto.

—Debes ser una de las más destacadas en el curso.

—Es posible —comentó con una sonrisa—, pero no por lo que crees. Es que no somos tantos alumnos en el curso.

No había transcurrido una década desde que Henri Piéron, el mayor influyente en la psicología francesa, había logrado que el Gobierno francés reconociera y otorgara la licenciatura. Con el paso de los años, se iban sumando alumnos a la incipiente carrera, que ganaba cada vez más adeptos.

—Estoy pensando en profundizar los estudios en niños. Es solo una idea.

En verdad, era más que eso. Léa no necesitaba explicarle por qué, porque él podía comprenderla antes de que comenzara la explicación. Ella creía haber elegido el camino correcto para dejar atrás lo sucedido. El único lazo que la unía inexorablemente a aquella época pasada era Alex, a quien no estaba dispuesta a renunciar.

—Lena, el pasado ahí está y es lo que nos forja. Late dentro de nosotros, aunque busquemos acallarlo. Por más que queramos, no podemos huir de lo que vivimos.

Ella necesitaba seguir adelante y comprender las consecuencias de lo vivido. Eso la aquietaba, porque no quería quedarse en el odio que generaba recordar el pasado. Para Alex, por el contrario, el rencor era el motor de su existencia.

—Ese es el motivo por el que me sigues llamando Lena.

Así la había llamado su madre al nacer. Sin embargo, cuando debieron huir de Gurs, les cambiaron el nombre por uno similar, para evitar que los encontrasen. Con las mismas ansias con que abandonaron el lugar, dejaron también el pasado que arrastraba su origen. De ese modo se les garantizaba que pudieran moverse sin que su identidad llamase la atención. Debían ser invisibles frente al control teutón. Esa era la manera correcta de deambular en esa instancia de la guerra. En ese cambio, “Léa” se había transformado en su nuevo nombre, aunque no había logrado que Alex la llamase de ese modo.

—Para mí, siempre seguirás siendo mi Lena.

—Lo sé, pero tampoco puedes vivir bajo los ecos del ayer.

Él encendió un cigarrillo y dejó caer el paquete de Lucky Strike. Entendía que ese tema era uno de los pocos en que no podrían coincidir ni conciliar sus posturas. Podría decirse que existía una línea divisoria entre ellos. Estaba claro que la experiencia de Léa a partir de lo vivido no era la misma que la de Alex, y lo que en un momento los había unido en la actualidad los separaba.

—Eres la única persona que me llama de este modo.

—¿Ves? Me gusta ser exclusivo en algo concerniente a ti.

Apagó el cigarro, mientras ella no dejaba de doblar una y otra vez la servilleta de papel que tenía en las manos ante la contundencia de los dichos. El almuerzo había acabado y el tiempo de confesiones también.

—Si te parece, podemos seguir recorriendo la ciudad.

—Un buen modo de bajar todo lo que he comido.

—Espero que, cuando te vayas, hayas ganado algo de peso.

—¿Tienes alguna queja?

—De ningún modo, así estás preciosa.

Léa inclinó la cabeza hacia un lado porque no quería que viese que las mejillas le ardían de calor y que un tinte rojo había comenzado a expandirse en el rostro.

—Lena, no te escondas de mí. —Le tomó la barbilla—. No es necesario.

Salieron. La brisa los envolvió en una tarde otoñal que comenzaba a palidecer. Poco después alcanzaron el apartamento. Lo último que recordaba era la cerveza que Alex le había ofrecido, porque lo que vino después fue una somnolencia que se transformó en un sueño profundo. El cansancio acumulado se había hecho presente.

El aroma a café, junto con el fuerte olor de la panceta frita, la despertó. Miró a su alrededor, se encontraba dentro de la cama, no recordaba cómo ni cuándo había llegado hasta allí. Se colocó un saco de lana por encima de la camiseta que tenía y salió en busca del desayuno. Notó una manta revuelta sobre el sillón y unos almohadones esparcidos en el piso.

—¿En verdad dormiste ahí?

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé cómo lo hiciste, te falta otro sillón para que tu cuerpo quepa.

—¿Se te ocurre alguna otra solución?

Evitó contestarle cuando el calor le cubrió las mejillas. Alex la miró e hizo como si nada sucediera.

—No sabía si prepararte, a esta hora, el almuerzo o continuar con mi rutina de desayuno —dijo Alex risueño al alcanzarle una taza de café—. Bebe, ya le puse azúcar.

—Gracias. Necesitaba dormir.

—Eso parece, y espero que estés lista para seguir de recorrida por la ciudad.

—Por supuesto.

Léa había podido hacer coincidir el viaje con la falta de actividades en sus estudios. Imaginaba que no sería el caso de él.

—Alex, si tienes que hacer algo más, solo debes decírmelo. No quiero ser un estorbo en tus ocupaciones. Yo puedo arreglarme si me dejas algunas indicaciones para conducirme en la ciudad.

La miró por encima de la taza que tenía delante del rostro.

—Eres muchas cosas para mí, pero un estorbo no es una de ellas.

En ese instante, se centró en el desayuno que Alex le había preparado con dedicación, sin darles vueltas a lo que le había dicho. Desde hacía tiempo, sus sentimientos por él habían cambiado. El viaje de Alex a París hacía unos años la había conmocionado. En aquel entonces, él había dejado de ser el adolescente rebelde que se empeñaba en parecer. Volverlo a ver, a ella le había despertado un sentimiento nuevo, que le había valido noches de insomnio. No sabía cómo lidiar con lo que empezaba a sentir, ya que él era parte de su vida y no quería resquebrajar lo que tenían. Había intentado que se disipase con el tiempo, pero no fue posible. Por el contrario, la falta de noticias de él, además de provocarle desazón y angustia, hacía crecer en su interior un sentimiento muy profundo. Levantó la mirada para contemplarlo. El aspecto de Alex había cambiado por una fisonomía más contundente. Sin embargo, había algo más que le llamaba la atención: se lo notaba más sosegado o controlado en el temperamento, como si algo o alguien hubiera domado su espíritu indómito. No podía definirlo a ciencia cierta, pero existía cierta transformación en él, aunque, quizá, fuera solo una impresión. Por otro lado, Léa también había cambiado en esos años en que no se habían visto. Volvió a sonrojarse al notar que no había dejado de observarlo y que él lo sabía.

—Necesito solo diez minutos para estar lista y salir.

—Perfecto.

* * *

Durante la jornada no había dejado de admirar y sorprenderse con cada lugar que descubría. Sin embargo, había disfrutado mucho la visita al Central Park. Las hojas de los árboles empapelaban el parque y brindaban una tonalidad ocre al terreno por donde las ardillas deambulaban para esconderse en las ramas de los árboles. Los bancos de madera diseminados a lo largo del terreno suponían una permanente invitación a contemplar el paisaje en medio de la vorágine diaria.

—¿Qué me dices? —inquirió luego de darle un mordisco al *hot-dog* que había comprado.

—Creo que me acostumbraría a permanecer aquí. ¿Cuánto tiempo te quedarás en la ciudad?

—No tanto como el que me gustaría.

Tenían muchas anécdotas por contarse; el tiempo pasaba veloz en la recorrida por la ciudad. La noche caía cuando ingresaron al apartamento. Por más que Léa creyera que sería un buen plan quedarse allí, luego de toda la jornada visitando distintos lugares de Nueva York, no fue lo que deseaba Alex. Le había dicho que se reunirían con unos amigos esta noche. Le alegraba que él tuviera nuevas amistades y que se las presentase.

—Ya estoy lista —anunció al ingresar en la sala y verlo beber una cerveza.

No bien salió de la habitación, él fijó la vista en ella. La sonrisa de costado que le asomó en el rostro al finalizar el recorrido por el cuerpo de Léa habló más que cualquier otro halago que pudiera decirle. El vestido azul que llevaba lo había comprado en París antes de embarcar. Parecía muy sentador, ya que le marcaba parte del cuerpo y ganaba vuelo en la falda. Unos zapatos de suela baja del mismo color del vestido le habían ganado la batalla a unos de tacón. Se había levantado el cabello en una coleta y esfumado los ojos negros para darle mayor profundidad a la mirada. No necesitó colocar rubor en las mejillas, porque la cercanía con Alex la hacía sonrojar más de la cuenta.

—Vamos.

Léa no preguntó adónde se dirigían ni con quién estarían. Tomados de la mano, enfilaron hacia el vehículo que aguardaba al finalizar el callejón y se perdieron por las calles de la ciudad. Si en verdad Alex buscaba impresionarla con la fastuosidad de los edificios, lo logró cuando llegaron a uno de ellos. Por más que Léa se inclinó hacia atrás para observar hasta dónde alcanzaba la altura de los más de cien pisos con los que contaba esa construcción, no lo

logró. El Empire State era un rascacielos único y sin parangón. Después de abordar el ascensor, salieron a la terraza para contemplar la ciudad de Nueva York a sus pies. Las luces del atardecer se habían apagado para fundirse en la opacidad de la noche. Sin embargo, desde allí todo se veía resplandeciente. Achinó los ojos creyendo que de ese modo podría observar mejor lo que la rodeaba.

—Eso que ves es el puente de Brooklyn que atravesamos el día que viniste.

—Es increíble.

—Así es, aunque hay algo más.

—¿Sí?

Alex giró y sacó del bolsillo del pantalón una pequeña cajita celeste con un moño del mismo color por encima.

—¿Qué es? —preguntó con un gesto de asombro que lo hizo sonreír.

—Feliz cumpleaños, Lena. Aún no es la hora aquí, pero en París sí. Quería ser el primero en saludarte.

Con lágrimas en los ojos, se arrebujó en los brazos de Alex. No sabía qué decir; la emoción que sentía no le permitía agradecerle siquiera.

—Espero que te guste, pero, si no lo abres, no sabrás qué es.

—Tienes razón.

Con manos temblorosas, deslizó la cinta hasta abrir la tapa de la caja. Dentro refulgía un corazón de plata. Lo giró y notó una pequeña leyenda grabada: “Siempre contigo”. Con habilidad se lo colocó sobre el escote del vestido.

—Es lo más hermoso que tengo. —Tocó el dije, como si de ese modo pudiera protegerlo de algo o alguien.

—Me alegro de que te guste.

En ese preciso instante, él le rozó la mejilla a medida que la intensa mirada se le oscurecía al contemplarla. Entonces, una serie de imágenes cruzó por la mente de ambos. Nada de lo que los rodeaba existía, solo la corta distancia que los separaba. Una distancia que habían sabido construir a lo largo de los años para conservar el vínculo de amistad que los había hecho inseparables. Una distancia que Léa necesitaba acortar para darle impulso al sentimiento que la atravesaba. La brisa otoñal que los envolvía se confundió con sus

respiraciones. El roce de los labios de Alex fue una descarga en todo el cuerpo de Léa. Los dedos de él se le deslizaron por el fino cuello, al tiempo que le besaba la comisura de la boca para luego lamerle los labios y adentrase en su interior. Un leve gemido emergió dentro de ella. La intensidad en aquel beso se incrementó a medida que las caricias se esparcían por el cuerpo. No era la primera vez que la besaban, pero nunca lo habían hecho con esa dedicación ni de la manera en que Alex lo hacía. Cada uno de los sentidos estaban centrados en ella para darle placer. La dulzura del comienzo se fragmentó por la pasión desatada. El cuerpo de Léa se había fundido con el de él que se le ofrecía. Los dedos de la joven se enredaron en el cabello de Alex, y tiró de él como si de ese modo pudiera acercarlo aún más. Una marea de sensaciones los superó.

El sonido de una ventana al cerrase interrumpió ese interminable beso. Alex apoyó la frente sobre la de Léa, logró sosegar el impulso que los embargaba por completo para continuar. Le acarició con el pulgar la mejilla. Él contempló esos ojos negros brillantes como brea que pedían más. No había mucho por decirse, no en ese momento. La magia de ese instante había desaparecido.

—Debemos irnos —dijo con la voz ronca.

Una persona asomó por el costado de la terraza, por el uniforme gris parecía ser de mantenimiento. Ninguno de ellos se había dado cuenta de que nadie quedaba en el lugar ni de que la hora de cierre se aproximaba.

—Yo…

Léa no continuó la frase al sentir el dedo de él sobre sus labios, esos que estaban hinchados y más colorados por los besos. Alex entendía que cualquier confesión de ella podría complicar incluso más las cosas. Tampoco sabía qué decir, atento al cúmulo de sensaciones de esos pocos minutos. En silencio atravesaron la amplia terraza e ingresaron al elevador hasta llegar a la calle. El sinnúmero de vehículos y peatones que deambulaban por la acera los abstrajo de la intimidad compartida. El viento levantado había borrado de un plumazo la calidez vivida. De la mano y sin decirse palabra alguna, se dirigieron hasta otro sector de la ciudad en donde se congregaba la colectividad de inmigrantes italianos. Allí, en Angelo's Restaurante, en el barrio llamado "Pequeña Italia", Alex había dispuesto culminar el festejo de Léa. A simple vista, la alegría de la joven se contradecía con el mutismo de él.

—Por aquí —anunció el camarero al conducirlos hasta el reservado.

—Gracias.

Ambos se sentaron a la espera de ser atendidos. Si bien actuaban de un modo normal, se conocían lo suficiente como para saber que algo distinto se

había instalado entre los dos.

—¿Qué deseas?

—Regresar adonde estábamos —respondió ella.

La mirada de Alex hablaba más que cualquier otra palabra que pudiera pronunciar.

—Lena…

—Pide lo que quieras. Supongo que todo deber ser rico aquí.

—Así es.

Alex se encargó de solicitar un buen vino junto a una lasaña y ensalada para ambos. El murmullo circundante crecía de mano de los comensales. Léa aguardaba el momento oportuno para hablar, según ella, había bastante por aclarar.

—¿Te gusta?

—Mucho. Gracias por el festejo.

—No ha sido gran cosa.

—Alex…

—No.

—No sabes qué voy a decirte.

Él clavó la mirada en ella y la contempló de un modo particular.

—Podría deletrear cada palabra que me dirás y luego te arrepentirás de haberlo hecho.

—¿Por qué?

—Porque no quiero arruinar tu festejo.

—Y crees que lo harías si te dijera lo que tengo dentro de mí.

—Sí, porque estoy seguro de que lo que ocurrió en la terraza fue un verdadero error.

—¿De verdad lo crees? No sentí que cometieras alguna equivocación.

—Lena, dejemos las cosas así.

—¿Cómo?

—Como estaban hasta que subimos al Empire State.

—¿Esto también fue un error? —retrucó Léa al rozar el dije que le pendía del cuello.

—Claro que no. Sí lo que sucedió después. Para continuar con eso, debería darte algo que ahora no puedo.

—No tienes que darme nada, porque yo no te lo estoy pidiendo.

—No en palabras, pero sé que no somos indiferentes y debemos frenar esto que nos sucede antes de que sea demasiado tarde.

—Alex, ¿tarde para qué?

—Para perder lo que tenemos. No estoy dispuesto a perderte, aunque eso signifique resignar lo que siento, Lena.

—Reconoces que hay algo entre nosotros.

—Eres lo más importante que tengo. No soporto no estar a altura de tus expectativas, porque sé que las tienes. La distancia solo va a colaborar para incrementar las fantasías que tengas sobre nosotros.

Había una serie de decisiones que él había tomado para su vida, que solo él conocía. No pensaba compartirlas con nadie. No hasta que resolviera lo que sabía que tenía pendiente, lo que necesitaba dejar de lado para continuar. En ese camino, no pensaba involucrar a Léa, pero tampoco estaba preparado para dejarla ir.

—Entonces el problema serían mis fantasías, y no la actitud negadora que tienes respecto a lo nuestro.

—Hay cosas que aún desconoces de mí.

—No me importa, me basta con lo que sé.

Léa aferraba la servilleta y había dejado a un lado el plato con algo de comida. Como acto reflejo, la joven bebió de un golpe la copa de vino servida y luego la extendió para que volviera a servirle.

—Lena…

Él apoyó las manos sobre las de ella; la acarició para intentar calmarla. Sin embargo, Léa se deshizo de esas caricias, tomó de nuevo la copa y la elevó.

—Es mi cumpleaños, ¿verdad?

Él accedió y volvió a llenar la copa sin dejar de mirarla, luego hizo una mueca al camarero. Acercó la panera ubicada en el centro de la mesa y tomó un trozo de pan. Sin dejar de mirarla, como si fuera una ceremonia, se lo entregó enredando sus dedos con los de ella. No había sido un gesto al azar, sino uno importante para ambos. Léa lo miró y comprendió que ese era un pedido de tregua. Sabía que dársela implicaba no volver a hablar sobre lo que ella deseaba. Ese gesto, como tantos otros, los unía más allá de las diferencias. El pasado que ella intentaba dejar atrás regresaba una y otra vez de la mano de él. En aquella época, en la estada en Gurs, un trozo de pan era un bien preciado. La miseria y el hambre se habían vuelto una cuestión de todos los días, por lo que cada uno hacía lo impensado para sobrevivir. Solían esconder un trozo de pan duro entre las prendas y dormían con él para que nadie se lo quitase, ni siquiera los roedores que habitaban el barracón. No había sido fácil para alguno de los dos quitarse esa costumbre. En el primer hogar al que arribaron, luego de huir de Gurs, Margot, la dueña de la casa, se había quedado de una pieza al verlos tomar el contenido de la panera y guardárselo sin siquiera probarlo, para reservar algo de comida para el otro día. En ese momento, debieron entender que no era necesario hacerlo, porque en la mañana siguiente sobre la amplia mesa habría una cesta con el mismo contenido. La emoción de Léa al recordarlo y la de Alex al contemplarla se evaporó con la intervención del mozo.

—Como dijiste —mencionó al tomar el plato con una porción de torta que el camarero acababa de dejar en la mesa—, estamos de festejo.

Sacó el encendedor que guardaba en el bolsillo y encendió la pequeña vela que decoraba el sabroso pastel.

—Solo pide tres deseos. Es una tradición, ¿verdad?

Ella cerró los ojos solo un instante. Luego, los abrió para soplar y compartir con Alex ese momento. Los comensales de las mesas vecinas los observaban, sin que ellos desviasen la vista ni dejasen de contemplarse.

—¿No quieres saber qué pedí? —sugirió Léa.

—Claro que no. Se comenta que, si se dicen, los deseos no se cumplen.

Ella asintió con una media sonrisa, sin saber si lo había inventado o era una creencia. No importaba, ya no. En el fondo, ambos sabían qué quería ella. Aunque Léa desconocía lo que Alex guardaba muy profundo en su interior.

* * *

Los días venideros se fueron acoplando a la visita por los distintos lugares atractivos de la ciudad. Ninguno de los dos había vuelto a recordar lo sucedido en las alturas del emblemático edificio de Nueva York.

Una mañana Léa se levantó sin ver a Alex; suponía que, como cada mañana, había salido a correr. Esa era un hábito de él, aunque no había logrado que ella lo acompañase a pesar de su insistencia. Unos golpes a la puerta le impidieron servirse un café fuerte para comenzar la jornada.

—Hola, soy Steph y vivo a unas puertas de aquí.

Una joven de cabello castaño vestida aún con un camisón aguardaba detrás de la puerta. El maquillaje corrido de los ojos le marcaba las ojeras. El aspecto que tenía demostraba que no había pasado una buena noche, pero no le opacaba la belleza.

—Tú debes ser Lena, la amiga de nuestro Alex.

La joven no demostró el impacto de esas palabras. Él no le había mencionado ninguna otra mujer, así que creía que no había lugar para alguien más en la vida de Alex.

—¿Nos conocemos?

—No, aunque me hubiera gustado verte, pero Alex no ha querido. Quería saber cuándo será tu partida.

—Me iré en breve. ¿Por qué quieres saberlo?

—Para volver a divertirme con él. Parece imposible hacerlo mientras estés aquí —replicó con descaro.

—No te preocupes. Cuando llegue, le diré que quieres verlo.

—Gracias, Lena.

Sin más, la joven se fue. A Léa le quedó un sabor amargo, que ni siquiera el café pudo quitarlo. Quizá la visita de la joven dejaba a las claras lo que ella no había sabido entender noches pasadas. Ese podía ser uno de los secretos de Alex que no le había compartido. Sin dudas, Léa creía conocerlo, pero no era así. Por más que ella le había dado la oportunidad de que le confesara cómo estaba, él se había cerrado y no estaba dispuesto a compartir todo con ella. En ese momento, entendió que había un solo modo de solucionarlo. No dudó un

segundo más.

En un tris, hizo la maleta y salió de allí antes de encontrarlo. A bordo del vehículo que la llevaba al aeropuerto Idlewild, contemplaba el panorama citadino con la vista nublada por las lágrimas que no había derramado al recordar cada instante compartido con él. En medio de la vorágine de la terminal, alcanzó la línea aérea. Antes de salir del apartamento, había logrado comunicarse con la compañía que debía llevarla de regreso en unos pocos días. Había apelado a una cuestión de salud de un familiar para concretar en ese día el vuelo tan deseado. Mientras esperaba que la llamasen y luego de abonar por el cambio de día, se abandonó en una silla y pensó en la escueta carta que había dejado sobre la mesa del apartamento.

Querido Alex:

Creo que lo mejor es irme de este modo y evitar una despedida que nos va a llevar a un incómodo silencio. Ahora pude entender el motivo por el que no quisiste explicar más aquella noche. Creía conocerte demasiado, pero está claro que no conozco tus sentimientos. Te aseguro que es mejor que nos despidamos de esta manera. No es una despedida definitiva, pero sí necesaria para salvar lo que queda de nosotros. Te pido que no vengas hasta el aeropuerto a buscarme y quiero que respetes mi decisión. En esta instancia, es lo mejor para ambos. Nunca te irás de mi vida porque eres parte de ella. Espero que, cuando volvamos a vernos, sea bajo otra circunstancia. No es necesario que te confiese mis sentimientos. Espero que algún día te sinceres con los tuyos.

Léa

P. D.: Steph estuvo en el apartamento, parecía ansiosa por verte.

La espera había valido la pena, ya que en breves minutos Léa embarcaría, luego de hacer todos los trámites para abandonar Estados Unidos. La joven permanecía tan concentrada que no se había dado cuenta de que unos ojos verdes a un lado del amplio salón habían contemplado todo cuanto ella había hecho para asegurarse de que tomara el avión sin dificultades, a pesar de la tristeza que denotaba el rostro que él conocía tan bien. Estrujó el escueto papel que ella le había dejado antes de guardarlo en el bolsillo del pantalón. En verdad, no necesitaba volver a leerlo porque aquellas palabras le habían quedado grabadas en la memoria. Ansiaba volver a ver a Léa y, como la joven había asegurado, que fuese bajo otra circunstancia. Alex se mantuvo allí, hasta que vio que el avión carreteaba en la pista para perderse en los cielos.

Capítulo 2

Detrás del velo

París, tres años después.

Léa contemplaba desde el cristal de la ventana de la habitación los primeros rayos de sol que pincelaban con tonalidades rojizas el alba. No era común que tuviese tiempo para apreciar el amanecer. Esperaba ansiosa, temprano esa mañana, novedades sobre si había sido aceptada en la organización a la que se había postulado. La inquietud por saber el resultado de las entrevistas la había mantenido en vela durante la noche. A un costado, sobre la silla que acompañaba el pequeño escritorio, aquel sobre el que había garabateado notas y apuntes referidos a los estudios ya finalizados, estaba el simple conjunto de ropa que había elegido para comenzar la jornada. Una vez lista, salió de la casa y se lanzó a caminar para detenerse en el café Amélie a desayunar algo liviano. Intentó, sin éxito, comer un *croissant*, especialidad de la casa.

Poco después estaba en camino hacia su lugar de trabajo. Había decidido hacerlo a pie sin dejar de admirar alguno de los parques que debía atravesar hasta alcanzar el XIII Distrito, donde estaba ubicada la institución médica en la que había ingresado hacía un tiempo. A veces le costaba creer que formaba parte de ese renombrado establecimiento. No había sido fácil haber sido aceptada, ya que escaseaban las vacantes. Las buenas notas obtenidas había sido uno de los motivos. Sin dudas, Léa se había tomado en serio sus estudios y se veía reflejado en los resultados de los exámenes. La excelente actuación académica había sorprendido al doctor Étienne Boyer, un reconocido profesor de la universidad, que había insistido en que se postulara para ingresar al renombrado centro médico al que la joven se dirigía. Él también formaba parte del plantel de profesionales de prestigio del lugar. Boyer se había esforzado por conocerla en las horas que ambos tenían fuera del trabajo. A pesar de la resistencia inicial de Léa, ya que no estaba con deseos de iniciar ninguna relación, menos aún de involucrarse con su referente profesional, dejó de resistirse y aceptó conocerlo fuera del ámbito laboral. Poco después, se dio cuenta de que habría sido un error no darse la oportunidad. Sin embargo, había una circunstancia que la había convencido de seguir adelante con esa relación: el vínculo avanzaba a paso lento, ya que los momentos compartidos no eran tantos. Eso no solo se debía a la frondosa actividad en el hospital, sino al tiempo que le demandaba a Étienne cumplir con los congresos y charlas a los que concurría con motivo de su especialidad en psiquiatría, los que lo mantenían lejos de la ciudad.

En medio de las elucubraciones, Léa alcanzó el hospital y enfiló hacia la

entrada. El característico bulevar se abría camino en el ingreso de L'Hôpital de la Pitié-Salpêtrière, un centro médico de gran prestigio. A un lado de la plaza, que formaba parte del predio, se levantaba una estatua de bronce en honor a Philippe Pinel, quien junto a Jean Étienne Esquirol le habían conferido, en los comienzos de la institución, renombre en el tratamiento de enfermedades mentales. Al costado de la fastuosa construcción edilicia, se erigía una austera capilla con una cúpula octogonal, concurrida no solo por los familiares que oraban por la salud de los suyos, sino también por el personal de la institución. Una vez dentro del hospital, el movimiento de los enfermeros, los médicos y el resto de los trabajadores del lugar la envolvió. La frenética actividad se hacía sentir no bien uno ingresaba.

Aquella mañana se haría un ateneo para tratar los casos más importantes de la especialidad de Léa. Étienne comandaba la charla junto a otros profesionales. Allí dentro se intercambiaban ideas y las diferentes alternativas o puntos de vista sobre el tratamiento adecuado al cuadro del paciente sobre el que se exponía en cada oportunidad. Ella se ubicó a un costado de la sala, donde tenía una perfecta visión de todo cuanto ocurría. Se sentó munida de un cuaderno de notas que nunca abandonaba y que la había acompañado desde que había comenzado a trabajar. Allí, en aquellas hojas, vertía las conclusiones e ideas sobre probables procedimientos y diagnósticos. La disertación dada por el doctor Boyer era seguida con atención por los presentes. A eso estaba acostumbrado él, no soportaba no ser el foco de interés de los demás, en especial el de Léa. Una vez que finalizó, antes de retirarse, Étienne la llamó para que se quedara un momento allí dentro.

—Léa, he estado complicado estos días, por eso no hemos podido vernos.

—Lo sé, no necesitas aclarármelo.

Los ojos negros de Étienne no dejaban de observarla con detenimiento. Con los dedos le recorrió el brazo anhelando la misma reacción que las caricias de ella provocaban en él. Quizás esperaba mayor fervor de su parte, pero Léa buscaba ir de a poco. Eso y la otra actividad que ella deseaba desarrollar se habían tornado en un tema de discusión entre ambos. Por ese motivo, Léa guardaba silencio sobre los pasos por seguir si en verdad se daba lo que ella tanto ansiaba. Para Boyer, la joven estaba donde debía estar –no habría otro lugar mejor que ese–; además, permanecía en su compañía y él podía guiarla.

—¿Qué sucede? —se interesó Léa al notar un cambio en el gesto de Étienne.

—Solo quería decirte que decidí posponer un viaje que tenía programado para poder dedicarle más tiempo a lo nuestro.

Léa se sorprendió al escucharlo: nunca habría imaginado que él pudiera anteponer a alguien por encima de su trabajo, pero era precisamente lo que estaba haciendo con ella. En ese instante, Léa no supo si alegrarse o preocuparse, porque Boyer le estaba dando un tinte de mayor seriedad a la relación que ambos tenían.

—Étienne, no debes posponer lo que haces simplemente por mí. ¿Adónde debías viajar?

—A Berlín. Postergué ese viaje con una buena excusa. No dije que quien fue mi alumna me tiene a mal traer.

—Ya dejé de ser tu alumna —aclaró con contundencia.

Ella no quería que nadie pensase que lo obtenido no había sido por mérito propio. Cada tanto debía aclarárselo, sin ser desconsiderada, ya que él la había ayudado a estar allí. Ese comentario, que a él le causaba gracia, no le provocaba la misma sensación a Léa, a quien le habían costado los pasos dados. Las notas obtenidas en su carrera se debían al empeño que había puesto. La incomodaba tener que refrescárselo en las distintas oportunidades que él parecía olvidarlo.

El chasquido de la puerta interrumpió la confesión de Boyer, un hombre no afecto a hacerlas, quien se mantenía en el pináculo de su profesión sin restarle distracciones a lo que hacía. No se le escapaba a Léa el afán que ponía para que ese vínculo cambiara. Para volverse uno más profundo y comprometido.

—Doctor, lo llaman los familiares del paciente que usted estaba por ver.

—Gracias, Céline.

—No quiero restarte tiempo.

Él le acarició con el pulgar la mejilla y luego la besó; sintió esos labios a los que él se había vuelto adicto.

—Me encantaría que lo hicieras —replicó al rozarle el contorno de la boca —, y no te imaginas cuánto.

—Yo…

—Shh —susurró al apoyar un dedo en los labios, para evitar escuchar algo inconveniente—, no lo digas. Sé que pretendes ir más despacio, pero a veces pareciera que no estamos en la misma sintonía, que nos mantenemos en el mismo lugar sin avanzar hacia lo inexorable.

Ese no era el momento ni el lugar indicado para hablar de la relación que tenían. Léa comprendía también que debía estar más dispuesta si deseaba que ese vínculo saliera adelante y persistiese en el tiempo.

—¿Qué te parece si cumples con tu paciente y, cuando terminemos, nos vamos juntos para aprovechar el tiempo perdido?

Él le sonrió justo antes de atravesar la puerta para salir. Léa se quedó allí, en medio del salón, reflexionando si el paso que daría sería el adecuado para ambos. Negó con la cabeza, no se haría problema antes de tiempo sin recibir respuesta de la postulación que aún estaba pendiente. Caminó hasta la salida para ponerse en movimiento, ya que ese día en particular lo tenía plagado de actividad.

El resto de la semana lo dedicó no solo a su trabajo, sino a Étienne, que se había esmerado en restarle tiempo a sus cosas para brindárselo a Léa. Como cada mañana, ella estaba centrada en el trabajo, sin embargo, en mitad de la vorágine de obligaciones, le informaron que tenía un llamado en espera. Se alegró cuando supo quién estaba al otro lado de la línea.

—Léa, no quiero molestarte, pero necesito verte.

En cuanto escuchó a su amiga, se preocupó de inmediato.

—¿Ocurrió algo?

No solía suceder que Kheira la llamase tan temprano, menos al hospital, porque no era fácil comunicarse.

—Necesito hablar contigo.

—Si quieres, te puedo encontrar en un rato en el parque del hospital.

—Gracias, Léa, pero necesito verte para hablar tranquilas.

—Salgo de aquí a última hora de la tarde, ¿qué te parece?

—Perfecto, nos encontramos en el lugar de siempre.

—Ahí estaré, cuídate.

—No te preocupes, y gracias otra vez.

No habría compromiso alguno que le impidiese encontrarse con Kheira, una amiga muy querida. Le preocupaba porque sabía que no la habría llamado si no fuera por una cuestión importante. La conocía y le había notado cierta tensión en la voz. No hacía tanto del último encuentro, en el que no había

habido alguna situación que la hubiese alertado sobre algo en particular. Evitó seguir pensando en el tema. Salió de la sala de médicos en busca del doctor Moreau para completar una ronda dentro del área del hospital destinada a los pacientes neurológicos y psiquiátricos.

Entró a una amplia sala, donde algunos deambulaban en círculo y otros permanecían sentados alrededor de una mesa realizando algunas manualidades, una terapia que los mantenía ocupados a lo largo del día. Más allá del esfuerzo para que los pacientes estuvieran con todos los sentidos puestos en la tarea, la fuerte medicación que varios consumían los mantenía sedados para evitar reacciones intempestivas. Léa estaba convencida de que estimulaba de buen grado a los pacientes con las distintas terapias que les ofrecía. Sentadas alrededor de la mesa, estaban Alice Fournier –que se encontraba en la última instancia del tratamiento– y Camille Blanc, a las que siempre se las veía juntas. Por otro lado, Irenka Majeswski le robaba la atención, ya que gran parte del día permanecía taciturna sin relacionarse con nadie. Tampoco participaba de las terapias que Léa proponía y había comprobado que la anciana mujer se abría a hablar, cada tanto, en la soledad de la habitación. Sin lugar a dudas, el padecimiento y el dolor de una guerra le habían sellado la boca para que no fuera capaz de hablar de aquello, aunque su mente no se había escapado de Auschwitz. Permanecer allí dentro e intentar comprender e indagar en los dolores más profundos del alma a Léa la mantenía ajena del mundo exterior. Había jornadas en las que perdía la noción del tiempo dentro de los muros de la institución. Los vericuetos de la mente humana resultaban algo complejo de descifrar, porque algunos de los pacientes que trataba eran una caja de sorpresas. A pesar de eso y de algunos sinsabores por no poder avanzar con el tratamiento que ella buscaba darles a ciertos pacientes, la alegraba saber que en algún momento los enfermos encontrarían la salida a sus padecimientos.

—Al fin te encuentro —dijo Étienne al salir del ascensor—. Creía que la tarde no acabaría más.

El cansancio se le había estampado en el rostro a Boyer, en especial en las aureolas oscuras debajo de los ojos. A Léa le bastaba mirarlo para evitar lamentarse, porque más allá de las diferencias que tenían, él nunca se quejaba de la profesión a la que le dedicaba gran parte de su tiempo.

—Vamos, que acabo de reservar un lugar para cenar.

La tomó por el codo. Necesitaba huir de allí y tenerla cerca.

—Étienne —susurró—, esta noche no puedo acompañarte.

—No creo que tengas algo mejor que hacer que estar conmigo —siseó

molesto.

Detestaba pedirle a una mujer, y esa era la primera vez que lo hacía.

—Étienne, debo verme con Kheira.

—Puedes verte con ella en cualquier momento del día.

—En esta oportunidad, ella me necesita.

—¿Y qué me dices de mí?

—Que hemos estado juntos toda la semana, y que ella pidió verme. Debe ser algo importante.

Él la observó con detenimiento. Aún no podía entender cómo Léa se le estaba metiendo bajo la piel. No era la primera vez que tenía una relación, pero sí una en que se comportaba de esta manera. Para peor, Léa ni cuenta se daba, lo que agravaba el humor que tenía.

—Entonces…

—Mañana nos veremos por la noche.

—No creo que pueda, tengo otros compromisos —le respondió él y se dio vuelta para enfilar hacia los elevadores.

—Étienne —lo llamó, pero no logró que volviera.

Ella no podía creer la manera infantil en que se comportaba, a pesar de llevarle unos cuantos años. Suponía que ya se le pasaría, así que se dirigió hacia la sala de profesionales para cambiarse y salir de allí.

La noche caía y el resplandor de la luna se desplegaba sobre las calmas aguas del Sena. En su margen derecha, se erigía el barrio Les Marais. Una zona que Léa recorría cuando podía, ya que se había quedado prendada de ella cuando había regresado a París para instalarse y ser parte de la familia Dubois. Le gustaba recorrer las callejuelas adoquinadas y estrechas que la llevaban a contemplar las distintas propiedades en las que se destacaba el entramado de madera de las fachadas. Cada rincón le parecía llamativo, en especial la serie de bares desplegados en la calle principal. El murmullo de voces y el bullicio se intensificaba a medida que se acercaba a la zona de encuentro. Bajo el pequeño toldo de uno de los locales, resaltaba la silueta de Kheira recostada sobre unos listones de madera. De inmediato, giró para centrar los ojos negros que refulgían en la tez aceitunada. Su oscura cabellera y el cuello permanecían ocultos por el hiyab, que le dejaba al descubierto el bello y

misterioso rostro. En esa oportunidad, lucía un velo de color azul intenso, aunque solía cambiar la tonalidad según fuera la ocasión.

—¡Viniste! —exclamó al lanzarse en un abrazo fraternal.

—¿Dudaste de que lo haría?

—Te avisé a último momento y tenía dudas de que pudieras estar aquí.

—Acá estoy. Vamos a tomar una copa.

Se sentaron en una mesa ubicada detrás del cristal de la ventana. Desde allí se vislumbraban las sombras de la noche y el deambular de los peatones.

—Dime que no te he complicado con Étienne.

—Por supuesto que no. ¿Cómo estás? —replicó para restarle importancia al comentario. No quería incomodarla si le contaba la verdad.

—Muy ocupada, y no me refiero al trabajo.

Desde que la joven se había instalado en París, había conseguido un trabajo en un negocio de telas y decoración. El lugar estaba ubicado en una zona cercana al centro de la ciudad. Ella tenía debilidad por descubrir nuevas texturas, más allá de los géneros que existían. Disfrutaba de ese mundo, a pesar de la lejanía de su tierra. El dueño del local era un conocido de la familia que, con el paso de los años, había ganado cierto prestigio. Cuando notó el conocimiento que ella tenía, no dudó en contratarla. En una oportunidad, para probar cuánto entendía del tema, el propietario del local le había tapado los ojos con un pañuelo de seda y dejó varios rollos de tela apoyados en una larga mesa para que los fuera descubriendo a medida que los tocaba. Kheira fue detectando una a una las telas sin ninguna equivocación, ante el asombro de los compañeros, que observaban pocos convencidos de que fuera a lograrlo. Eso le había significado un ascenso en el trabajo y el respeto de los demás trabajadores. También había sido uno de los motivos que la mantenían alegre y afincada allí, a pesar de conservar el fuerte deseo de estar junto a su hermano, lejos de París.

La familia de Kheira, mejor dicho, parte de ella, se había refugiado en Francia escapando de los conflictos que tenían a mal traer a Argelia y a las zonas aledañas. Hacía años que ella, aparentemente, se había adaptado a una nueva vida; sin embargo, en su interior se sentía desgarrada. Quizás ese desgarro emocional en alguna medida se parecía al vivido por Léa. La casualidad las había reunido a raíz de una manifestación de jóvenes que buscaban la paz en tierras africanas. Las autoridades gubernamentales y la política parecían mirar hacia otro lado frente a los reclamos de los

manifestantes. No obstante, ellos no se daban por vencidos porque creían que muy pronto habría una solución al conflicto armado. La lucha se daba entre el bando francés y el argelino; también entre los rebeldes y los *harkis*, musulmanes pro-franceses, que habían elegido el bando galo para combatir. Esos ciudadanos de origen árabe o bereber tenían un conocimiento absoluto del idioma, el terreno y las costumbres locales; lo que los tornaba imprescindibles y requeridos para integrar las filas galas. La propaganda francesa jugaba con la lealtad musulmana a la causa, aunque muchos de esos *harkis* fuesen reclutados de modo forzoso. Ese territorio se había vuelto un polvorín que se buscaba aquietar. Desde el Gobierno francés se perseguía a la prensa para acallarla y que no diera a conocer lo que en verdad sucedía allí.

El caldeado ambiente que se vivía en Francia había hecho que en el invierno de ese año se eligiese a Charles De Gaulle para la conducción de la presidencia, quien tiempo atrás y durante la Segunda Guerra Mundial había liderado la Resistencia francesa y presidido el Gobierno provisional de la República dos años para la Francia liberada. Ese antecedente se tenía en cuenta al creer que él podía direccionar el conflicto armado y encontrar la solución.

La relación conflictiva que se mantenía con Argelia había sido uno de los puntos determinantes para que De Gaulle resultara elegido, ya que se buscaba de un modo u otro solucionar el conflicto que persistía con la única colonia que quedaba en manos de Francia, porque el resto de los territorios que habían estado bajo el dominio francés habían logrado la independencia. Desde hacía años se luchaba en tierra argelina para emanciparse del régimen colonial. La finalización de la Segunda Guerra Mundial había puesto coto al tema en el resto de las naciones sobre cómo continuar en los territorios coloniales. Había sido casi unánime la postura de poner fin a la política colonizadora, por lo que la presión internacional aumentaba día a día. En la ciudad de Argel, no hacía más de un año, se habían movilizado cientos de mujeres musulmanas para pedir por el regreso de De Gaulle al poder. Ellas reclamaban por la Argelia francesa y vociferaron quitándose el velo, lo que provocó un gran impacto a nivel mundial, por el significado que esa prenda conllevaba para los preceptos religiosos musulmanes. Poco después, se había instaurado el voto femenino y había cambiado el estatus de la mujer argelina con medidas como la eliminación al repudio matrimonial, la edad de quince años para casarse, entre otras. Cada una de esas modificaciones apuntaba a captar la voluntad pro francesa. En tal sentido, se buscaba que el mandatario electo fuese el indicado para hacer las gestiones pertinentes tanto por vía diplomática como en el ámbito militar a los fines de alcanzar el acuerdo deseado. El problema radicaba en que, hasta que el tema no se solucionara, la situación política y militar en el norte africano se hacía cada vez más compleja.

—Aún no hemos tenemos noticias de Said. Eso nos preocupa porque cada

tanto nos hace llegar novedades.

—No debes inquietarte. Estoy segura de que pronto sabrán de él.

Léa apoyó las manos sobre las de Kheira para lograr aquietarla, porque desde que se habían sentado había notado que no dejaban de tiritar. No escapaba a Léa la fuerte unión que Kheira mantenía con su hermano, uno de los seis de su extensa familia. Y comprendía la intensa preocupación que sentía, aunque aún no sabía el motivo de la urgencia por verse.

—Yo lo he estado pensando una y mil veces: creo que lo mejor es que regrese a Argelia.

Léa evitó demostrar el impacto que le provocaba esa confesión. No solo porque hubiera decidido irse, sino por desconocer en las condiciones en que lo haría.

—De ningún modo. Ocasionarás una gran preocupación a tu familia. Además, estoy convencida de que no es lo que desea Said.

—Desde que él es parte del *fln*, no sé cuándo lo veré o si, en verdad, lo encontraré con vida.

El Frente de Liberación Nacional –*fln*–, constituido como principal partido nacionalista argelino de perfil autoritario y jerárquico, era quien batallaba por la independencia junto al Armée de Libération Nationale –*aln*, Ejército de Liberación Nacional–, su brazo armado, al que Said pertenecía en una lucha de guerrilla contra el ejército francés. No se podía equiparar a ambos bandos ni en el armamento ni en número de soldados, pero sí en la crudeza que aplicaban para combatir. Cualquier medio valía, por muy duro que fuera. El *fln* contaba con el apoyo militar de los países musulmanes integrantes del Magreb, zona del norte africano formada por Mauritania, Túnez, Marruecos que, junto a Libia, ya se habían independizado, algunos recientemente, para hacer frente al ejército francés.

—Solo debes tener paciencia y verás que, con el paso de los días, llegarán noticias.

—Léa, tomé la decisión de irme de aquí. No quiero complicarte en cuanto a lo que decidí, pero sí necesito de tiempo hasta que mi familia comience a preocuparse por mi ausencia.

—¿Qué necesitas?

—Diré que me invitaste a pasar unos días a tu casa de campo. Eso me dará el tiempo suficiente para dejar Francia.

La familia Dubois aún conservaba la casa familiar de campo en las afueras de la ciudad. La propiedad se había transformado en un remanso donde la familia pasaba largas temporadas. Kheira había sido de la partida en más de una oportunidad. Creía que la mentira de irse hasta allí sería la solución pasajera hasta que pudiera blanquear la decisión que había tomado a los suyos. Comprendía que ningún integrante de su familia, en especial su padre, aprobaría semejante travesía hasta Argel. No escapó a Kheira el gesto de sorpresa de Léa al contarle sus planes.

—No quiero obligarte. Si no quieres, solo debes decírmelo —pidió Kheira.

Un silencio cómplice sobrevoló la mesa.

—Haré lo que sea para cubrirte, y lo sabes. Aunque eso no impide que me preocupe por cómo irás y cuándo llegarás. Creo que es una locura lo que piensas hacer.

—Léa, ¿qué serías capaz de hacer por tu familia?

La joven no necesitó contestar, porque en el rostro se le reflejaba de manera contundente la respuesta. Sin dudas, Léa haría lo que fuera y creyese conveniente para los suyos.

—Quizás, si pudieras esperar, yo podría…

—Sé a lo que te refieres, y te contesto que no. No quiero interferir en tus actividades. Si logras ingresar en la organización que tanto deseas, me sentiré feliz por ti. De esa forma, podremos batallar juntas.

—Gracias, Kheira. Tómalo como un hecho. Dime cuándo te irías.

—En dos días zarpa el barco. No iré sola, sino que también viajarán algunos refugiados de aquí que, como yo, quieren saber de los suyos y creen que estar allí es la solución.

—Debes estar atenta para salir de Francia sin mayores problemas.

—Lo sé. En principio, ausentarme del trabajo no sería problema, porque sabes que he estado trabajando sin descanso desde hace tiempo. Me merecía unas vacaciones, que me tomaré en tu casa de campo —comentó con una tibia sonrisa para intentar aplacar la preocupación dibujada en el rostro de Léa.

—Las autoridades estarán muy atentas a cualquier movimiento que implique intervenir en el conflicto. Sabes que controlan con severidad los puertos.

—Lo sé, pero de eso no debes preocuparte.

Kheira había pergeñado con minuciosidad la salida de la ciudad junto a otros refugiados. No llamaría la atención el viaje que realizaría hasta el sur del país. Mayor cuidado debía tener en la segunda etapa del viaje, la que haría en un barco que zarpaba desde Marsella y navegaría por el Mediterráneo hasta alcanzar territorio africano. Ya en tierra argelina, cada uno de los compañeros de viaje tomaría un rumbo distinto.

—Si es así, brindo por que muy pronto nos veamos.

—Ojalá que así sea. Sabes lo importante que es esto para mí.

Léa sabía el riesgo que corría su amiga, pero la entendía y la apoyaba, a pesar de todo.

—Debes contarme qué dice Étienne respecto de tus otros proyectos.

—¿De verdad quieres saberlo? —replicó con una sonrisa.

A partir de ese instante, la conversación viró hacia los pormenores de la relación que había decido encarar con el doctor Boyer. Algunos comentarios de Léa le robaron una sonrisa a Kheira. Sin embargo, observó que se distraía al buscar algo por detrás de su amiga. Cada tanto, se quedaba mirando un punto fijo, pero Léa no podía descubrir qué le había desviado la atención.

—¿Sucede algo? —inquirió Léa.

—No lo sé. Hay alguien que mira hacia aquí desde hace tiempo.

—Eso no debería sorprenderte si te fijas en cómo eres.

La belleza de Kheira no solo se daba frente al rostro aceitunado en el que resaltaban los oscuros ojos coronados por largas pestañas negras. La larga cabellera y el fino cuello que cubría con el velo brindaban un toque de misterio. Ella no era consciente de la atracción que provocaba en los hombres.

—Léa, no digas eso. Oh, no.

—Si no me dices qué sucede, me doy vuelta en este preciso momento.

—No será necesario porque él viene hacia aquí.

—Al menos, dime cómo es.

—Léa, no estoy en plan de conquista, menos en la situación que estoy viviendo.

—Lo sé, pero menciona las características, adelante.

—Es alto, con el cabello corto, parece medio rojizo, de hombros anchos y viene hacia aquí con determinación. Me incomoda su presencia y no sé por qué.

—Déjame a mí.

En el preciso instante en que el joven se acercó a la mesa, Léa levantó la mirada.

Él la saludó por su nombre. Kheira se sobresaltó al notar que ambos se conocían.

—¡Qué sorpresa verte!

Léa se sintió tensa al tener que presentarle a su amiga, no por el simple hecho de hacerlo, sino porque estaba convencida de que, cuando ella supiese algo más de él, la joven se iba a inquietar.

—Kheira, te presento a un amigo, Girard.

—Olivier —pronunció al fijar la mirada en la joven musulmana—, sin tanta formalidad. ¿Puedo sentarme?

—Por supuesto —replicó Léa sin mirar a Kheira ante la incomodidad.

Estaba segura de que, si se hubiera resistido a que se sentase, habría actuado de una manera extraña, lo que no le convenía. La familia Girard era conocida de los Dubois desde hacía tiempo. Cada tanto se visitaban, aunque el joven no fuese de la partida. Olivier, en particular, había hecho su vida independiente del mandato familiar y se había decidido por la carrera militar. Eso lo mantenía alejado de la familia, salvo en las temporadas en que regresaba a París.

—¿Desde cuándo estás en la ciudad?

—Hace poco que regresé, aunque no sé hasta cuándo me quedaré aquí.

Léa había mantenido una cordial relación con el joven, aunque no habían llegado a ser amigos. El contacto que tenían se limitaba a las visitas de las familias que cada tanto se hacían. Olivier no dejaba de contemplar a Kheira, quien se mantenía callada observando la conversación sin emitir opinión.

—Él es militar y debe viajar a diferentes lugares, según el compromiso que tenga, ¿verdad? —aclaró Léa.

Los oscuros ojos de Kheira destellaron sin que se le trasluciera algún gesto en el rostro oliva que denotara la incomodidad del encuentro.

—Así es, aunque espero quedarme. Me gustaría volver a verlas —dijo al centrar la mirada en Kheira.

La joven no contestó y bajó la mirada intentando ser translúcida en ese mismo instante.

—Olivier, siempre serás bien recibido en mi casa —intercedió Léa.

—Gracias, supongo que andarán por la ciudad.

Los ojos de Kheira brillaban como brea líquida. Algo raro pasaba con ese joven. No confiaba en él ni en la manera en que la miraba.

—Quizá podamos combinar, ¿verdad, Kheira? —propuso Léa al ver el tenue asentimiento de la joven—. Aunque de momento nos iremos a la casa de campo que conoces. Durante unas semanas, estaremos fuera de la ciudad.

Kheira agradeció en silencio la rapidez de su amiga para evitar otro encuentro con Girard. Mientras los observaba conversar de modo animado, recordaba que Léa no le había mencionado a ese joven. Eso significaba que no tenía un vínculo estrecho, lo que, en un punto, la aliviaba, ya que no le parecía un hombre fiable.

—Entonces, deberé esperar para volver a vernos, ¿verdad?

—Eso creo, pero no faltará oportunidad de encontrarnos.

—Espero que así sea —dijo con una sonrisa.

—No quisiera que se me haga tarde —interrumpió Kheira.

—Tienes razón, yo tampoco quiero retrasarme. Mañana comienzo temprano la jornada en el hospital.

Olivier no dejó que ninguna de las jóvenes pagase la consumición.

—Ya que se van sin que pueda acompañarlas, déjenme que las invite.

—Claro —respondió Léa al levantarse junto a su amiga.

—Hasta pronto.

—Así será —agregó Girard sin dejar de observar a Kheira.

Sin más, caminaron por entre los jóvenes que atestaban el lugar en medio del humo del cigarro que vagaba por los rincones del local. Al salir, la fría brisa les golpeó el rostro hasta despejarlas de la bruma de alcohol y tabaco.

—Camina y compórtate como siempre, que no sucederá nada.

Léa entendía la incomodad de Kheira. Sabía que no era el momento adecuado para verse involucrada con un soldado francés.

—¿Crees que fue casual este encuentro o piensas que estaba allí por alguna razón? —dijo la muchacha, mientras se acomodaba el velo.

—No lo sé, supongo que, como nosotras, buscaba algo de diversión tomando una bebida.

—Sí, pero estaba solo.

Quizás eso fuera lo que más le inquietaba a Kheira. Si hubiera estado de festejo, lo habría hecho en compañía de amigos, no solo observándola desde que ella había caído en la cuenta de que la contemplaba.

—¿Lo viste no bien llegamos? —inquirió Léa.

—Me sorprendió, porque noté su mirada y la presencia luego de que nosotras comenzamos a hablar. Como si hubiera aparecido allí en el momento oportuno.

—Kheira, debes tranquilizarte. No creas que hay una conspiración alrededor de tu viaje.

—Tienes razón. Los nervios me tienen a mal traer.

—Para evitar algún inconveniente y para que te quedes tranquila, le dije que estaremos fuera de la ciudad.

—¿Y si va a tu casa y descubre que…?

—Basta, Kheira, deja de preocuparte. Si vuelvo a verlo e insiste en saber de ti, apelaré a la relación familiar que nos une para evitar cualquier problema. Supongo que con él no habrá problemas.

—¿Confías en él?

—No es fácil confiar en alguien.

—Lo sé, por eso te lo pregunto. Supongo que confías en Étienne.

—Si debo ser sincera, hay una sola persona a la que le confiaría mi vida, pero él ya dejó de estar en ella.

Ambas se detuvieron en seco, sabían que no abordaban ese tema porque Léa mantenía esa cuestión bajo siete llaves. Si bien en alguna oportunidad habían hablado, no había vuelto a aparecer en las conversaciones de las amigas desde hacía mucho tiempo.

—Te refieres a Alex.

Un fuerte escalofrío recorrió el cuerpo de Léa. Nueva York había sido el último encuentro que ambos habían protagonizado. La escueta despedida estampada en unas pocas líneas, las últimas palabras dichas entre ambos. No había habido una llamada de teléfono o alguna carta que los volviese a poner en contacto. Léa creía que era mejor así, a pesar del dolor que significaba. No quería pensar en él, necesitaba centrarse en el tema de Kheira para dejarlo a él en el pasado.

—Sí, pero eso no es importante ahora. Olivier no te traerá problemas, pero estaré alerta.

—Gracias, yo también.

—Kheira, no creo que él esté investigando las actividades clandestinas de los refugiados.

—Los que, justamente, residen y se congregan por aquí cerca.

Algunas de las actividades clandestinas para idear o pergeñar los pasos por seguir se realizaban en ese distrito. Casualidad o destino, aún no podía asegurar cuál era la causa del extraño escalofrío que le recorría el cuerpo a Kheira. Tampoco podía definir si era por miedo a lo que pudiera pasar en esos días o si había algo en particular que la atraía de ese hombre. Aún no había podido definir la intensa mirada que tenía y que le había lanzado desde que se había cruzado con ella. Movió la cabeza como si de ese modo pudiera quitarse de la mente esos pensamientos que la alejaban de lo que en breve sucedería.

—No debes poner el foco en él. Deja de preocuparte —pidió Léa con convicción.

Lo que menos deseaba era que su amiga estuviera alarmada y distraída ante alguien que no generaba problema alguno, en vez de poner la atención en los nuevos pasos que daría.

—Gracias, Léa, en verdad no sé cómo haría si no te tuviera.

La amistad entre ambas se había intensificado a través de los años. Kheira aún no había encontrado su lugar. Por eso, creía que ese viaje la ayudaría a hallarlo de la mano de su hermano. Verlo y saber de él era una asignatura pendiente.

—Lo harías igual y muy bien sin mí. Te lo puedo asegurar.

El eco del bullicio había desaparecido a medida que ambas atravesaban las callejuelas sinuosas y adoquinadas del barrio Les Marais. Aún tenían un trecho hasta alcanzar sus casas. Ninguna se apresuró durante la caminata. Mantuvieron una conversación distendida, ya que sería la última vez que se verían hasta dentro de un tiempo.

CAPÍTULO 3

La imagen de un fantasma

El atardecer languidecía en la ciudad y los parisinos regresaban prestos hacia sus hogares luego de una larga jornada de trabajo. Sin embargo, en L'Hôpital Pitié-Salpêtrière, la actividad nunca cesaba, ya que el día y la noche se fundían en una vorágine de enfermeros, camilleros y profesionales que seguían de ronda para controlar que los pacientes estuviesen estables hasta alcanzar un nuevo amanecer. Los largos pasillos de la institución estaban transitados, a esa hora del día, por los carros de las enfermeras cargados con la cena de los pacientes.

Irenka Majeswski se aprestaba a tomar un bocado de la comida que tenía en la bandeja; solía jugar con el tenedor de plástico en vez de comer. Los años que tenía junto a los problemas de desnutrición que había sufrido se le reflejaban en el menudo cuerpo. Poco le importaba a ella mejorar, pero cumplía con buena predisposición los preceptos de la institución, debido a que su permanencia había sido producto de la insistencia de su sobrina, quien se había preocupado por ella desde que los achaques de salud se habían vuelto un verdadero problema. Evocar a Anne le traía cierta nostalgia. El tiempo compartido con ella en la casa le había alegrado parte de la vida. ¿Por qué caía en esos estados anímicos que la habían llevado a estar encerrada dentro de los blancos muros de esa institución que odiaba? ¿Hasta cuándo debería estar allí dentro? ¿Deseaba estar mejor? No, solo ansiaba que el tiempo pasara cuanto antes. Permanecer allí e intentar salir adelante lo hacía por su querida Anne, que no dejaba de preocuparse por ella, que quería estuviera de regreso cuanto antes. En el mismo momento en que se llevaba por segunda vez un bocado a la boca, la puerta de la habitación se abrió.

—Buenas noches, Irenka.

Ella levantó la mirada al ver quién ingresaba a la habitación. No sabía si la mente le estaba jugando una trampa, pero no recordaba a ese médico. ¿Podía confiar en su memoria? A veces, sí; otras, no tanto. Ansiaba borrar todos los momentos traumáticos porque la llevaban a un oscuro lugar. El vaivén de los recuerdos sucedía con cuestiones menores, las que no la dañaban ni angustiaban, ya que poco le importaba olvidarlas. Por eso, solo confiaba en esos momentos agradables. Al resto, Irenka buscaba, sin lograrlo, borrarlo de su mente.

—Soy el doctor Gautier, quería saber cómo te sientes.

El silencio de la anciana fue la respuesta inmediata, una reacción normal en el modo en que la enferma se conducía con los profesionales. En ciertas oportunidades, parecía contar con momentos de lucidez, pero, en otras, caía en una absoluta oscuridad y zozobra. Nadie había llegado al corazón de la paciente, menos aún a desentrañar los misterios de la mente dañada por un pasado del que no había logrado salir. Ella se encontraba atrapada allí, sin salida.

Notó que ese hombre joven y apuesto se sentó en una silla al lado de la cama. Irenka estaba acostumbrada a que el resto de los médicos se pavonearan por la habitación munidos de las notas sin buscar algo más, para evitar, así, un acercamiento genuino. La excepción era la nueva terapeuta. Con el trato de esa profesional, Irenka se sentía a gusto. Creía ver algo más en la doctora, ausente en el resto de los profesionales que la trataban; no obstante, poco le importaba: no buscaba salir adelante, sino solo esperar a que su tiempo se acabara.

—¿Quieres seguir comiendo?

Ella negó con la cabeza. Estaba cansada de que le dijeran qué era lo que tenía que hacer, cuáles los remedios que debía tomar y cuánta comida debía ingerir. En eso todos hacían hincapié. Que ella comiera se había vuelto la obsesión de varios profesionales que la trataban.

—Parece apetecible lo que te han servido.

Ella deslizó el plato sobre la bandeja no solo para quitarlo de la vista, sino para dárselo. No podía creer que alguien quisiese probar la comida del hospital, justamente, no lo decía por ella, que había aprendido que un trozo de alimento era el bien más preciado en épocas en donde se comía cada tanto si se tenía suerte.

—Gracias, pero ya he cenado.

Sin más, contempló que él le retiraba la bandeja para colocarla a un costado. Al fin había un médico que no le insistía en que comiese y la dejaba tranquila respecto a su alimentación. Observó con mayor detenimiento ese rostro y encontró consuelo en esa mirada, una que le resultaba familiar. Sin mucho esmero, ese doctor comenzaba a caerle bien. De inmediato, movió la cabeza hacia ambos lados, negando todo cuanto le pasaba por la mente apabullada. Ni siquiera podía descifrar si esa presencia ubicada a su lado era real o producto de la imaginación. No quería ilusionarse con haber encontrado el doctor ideal para conversar sobre sus pesares.

—Por lo que averigüé, estarás un tiempo aquí.

Él no esperaba que le contestara. Sin embargo, buscaba tener alguna respuesta, en especial, a una de las preguntas que le haría en breve y que había sido el motivo por el que estaba allí.

—¿Sueles recibir visitas?

—Sí, mi sobrina, que viene desde Reims.

—Lindo lugar, ¿verdad?

Gautier observó la mirada perdida de la mujer, parecía que se había trasladado a un momento en particular de su vida. No quería que ella entrara en una ensoñación que la alejara de la realidad. De igual modo, intentaría abrir el diálogo, ya que necesitaba respuestas y no se iría hasta obtenerlas.

—Donde se puso fin al horror —murmuró bajo el asentimiento del profesional.

Había sido en aquella ciudad, en los primeros días de abril, en donde Alemania se había rendido ante los aliados para poner fin a la Segunda Guerra Mundial y el Tercer Reich. Un mes antes, Hitler se había suicidado en un búnker de Berlín y había dejado como sucesor a Karl Dönitz, ferviente nazi, destinado no a gobernar Alemania, sino a disolver el Gobierno. Entonces se nombró a Alfred Jodl, jefe del mando de operaciones de la Wehrmacht, para negociar con Eisenhower la rendición de todas las fuerzas alemanas. Stalin consideraba que la rendición debía ocurrir en Berlín, sede del Tercer Reich. Poco después, en ambas ciudades se habían firmado capitulaciones. Una mezcla de sentimientos atravesaba el cuerpo de Irenka. La ira, el dolor y la desazón por todo lo vivido se combinaban con la alegría de miles de personas que aguardaban felices para reencontrarse con amigos y familiares que regresaban del infierno de la guerra. Los que habían sufrido grandes pérdidas sentían que ese triunfo enaltecía las muertes de los suyos en combate. Los festejos en aquella ciudad, como en tantas otras, habían sido conmovedores. Él no necesitó que le explicase más, ya que comprendía cómo podía sentirse.

—¿Te cuesta dormir por las noches?

Irenka reaccionó en silencio, como solía actuar. No era algo que quisiera compartir. Había momentos en que la realidad se fundía con el estado de ensoñación en que caía y todo resultaba confuso. Odiaba la medicación que le suministraban, no solo por el estado de embotamiento que le provocaba, sino porque caía en sueños profundos escalofriantes, que retrataban todo lo que ella deseaba dejar atrás. Él comprendía que el insomnio y las pesadillas resultaran difíciles de superar. La desnutrición traía consecuencias. Era notorio que ella las padecía. De inmediato, colocó una mano sobre la de ella sin dejar de contemplarla.

—Ahí aparecen los demonios y todo lo vivido se amplifica hasta que el dolor se torna insuperable, ¿verdad?

A ella le reconfortó que alguien pudiera describir con tamaña exactitud lo que padecía cada noche cuando los recuerdos, esos que nunca se habían ido, buscaban remontar vuelo en su memoria. Una vez desplegados en su mente, no había modo de encarcelarlos para evitar que cobraran vida.

—Aunque no me contestes, sé que es así.

Él no necesitó que ella asintiera porque podía leerle la veracidad de los dichos en el gesto que le atravesaba el rostro ajado por las arrugas y los años.

—No quiero traerte esos malos recuerdos esta noche, solo necesito que veas esta imagen.

Ella se asombró por la propuesta. Había probado otras actividades que la nueva terapeuta experimentaba con ella y con el resto de los enfermos. Si bien ella no era afín a enredarse en esas terapias relacionadas con algún quehacer, en varias oportunidades, participaba porque veía el interés que ponía quien la trataba. Volvió a mirarlo y notó que el doctor sacó de dentro del bolsillo del blanco guardapolvo una fotografía sepia.

—Me gustaría que la vieras, solo eso.

Irenka desvió la vista hacia el retrato que ese médico le mostraba. Un intenso escalofrío le subió por el diminuto cuerpo. En ese instante, no sabía si estaba viviendo una pesadilla y todo se encontraba en su imaginación o si estaba en la realidad de esa anodina habitación viendo un retrato de alguien a quien no deseaba volver a ver nunca más. Ella movía la cabeza hacia ambos lados para negar esa sola posibilidad. Sin dudas, había caído en una ensoñación en donde los fantasmas del pasado regresaban una y otra vez. Nada era real, porque todo estaba en su imaginación y ese doctor Gautier no existía. Por otra parte, no recordaba haberlo visto antes en la institución. Además, sabía que su memoria no era fiable. Desde que estaba allí, la medicación le permitía transitar mejor lo que le restaba vivir en una atmósfera de somnolencia. ¿Era eso? Por supuesto. Quería que la silueta masculina que tenía al lado se evaporara del mismo modo en que había aparecido minutos antes por la puerta de la habitación.

—Irenka… —susurró al ver que los dedos de la mujer se doblaban y aferraban la fotografía sin llegar a romperla.

La paciente no dejaba de contemplar la imagen. En el centro, había un hombre de mediana edad con unos anteojos de marco negro apoyados sobre una nariz prominente. El paisaje que lo rodeaba le era desconocido; eso la

desorientaba. No importaba, porque ese rostro estaba alojado en el fondo de su memoria, aunque buscase de modo irrefrenable quitarlo de ella. A medida que centraba más la vista, una secuencia de escenas le colmaron la mente. De su interior emergió un fuerte gemido en una conjunción de dolor y angustia que aún no había logrado sosegar.

—No quiero forzarte, solo necesito saber si puedes identificar a este hombre.

Ella volvió a negar con la cabeza de manera frenética; había abandonado el estado de indiferencia que solía tener. Parecía que el demonio había ingresado en su cuerpo y le provocaba temblores.

—Tómate el tiempo que necesites —le pidió al rozar la frente perlada con gotas de sudor de la mujer.

El cuadro clínico de la paciente había desmejorado en minutos: un estado de conmoción se había apoderado de ella. La palidez manifiesta del rostro le intensificaba las ojeras que le circundaban los ojos celestes y sin vida que lo miraban.

—Irenka, es importante lo que quiero saber.

Ella continuaba perturbada como si no lo escuchase, como si estuviera hipnotizada frente a esa imagen. Él volvió a insistir para lograr irse de allí con una respuesta; sabía que no contaba con demasiado tiempo porque muy pronto ella podía empeorar.

—¿Crees que puede ser Adolf Eichmann?

Ella se desprendió de la fotografía como si le quemara en las manos y la lanzó con furia sobre la cama.

—¡Váyase! —exclamó con toda su fuerza.

Esa reacción buscaban los médicos frente a la actitud impasible y el mutismo que solía acompañarla durante las largas sesiones a las que era sometida en la terapia. Sin más que hacer, Gautier se levantó de la silla. No deseaba que la paciente se desbordara más de lo que estaba ni que tuviera una fuerte recaída. Comprendía que ella no hablaría más.

—No te preocupes, yo volveré. Ahora, debes descansar —dijo al enfilar hacia la puerta de la habitación.

—Los ojos —murmuró con voz quebrada.

Él se volteó al escucharla susurrar.

—¿Querías decirme algo más?

Ella volvió al silencio habitual y giró la cabeza hacia un lado. Él supo que no iba a contestarle. No pensaba hostigarla. Había aprendido cuál era el límite de una persona para hablar, creía haber alcanzado el de Irenka.

—Volveremos a vernos —se despidió.

—Esos ojos no se olvidan. —Escuchó cuando rozó el picaporte.

—¿Cómo dices?

—Ni siquiera los lentes pueden cubrir el odio y la perversión que lleva dentro ese hombre que mencionaste. No importa donde esté, él seguirá haciendo daño. Es lo único que sabe hacer.

Ella nunca podría olvidar a ese sujeto que había sido el arquitecto de la "solución final", cuyo objetivo fue acabar con todos judíos y borrarlos de la faz de la Tierra. La mano de Gautier volvió a la de Irenka en un modo de agradecimiento. Comprendía el calvario que acababa de despertar en la mente de la mujer, pero necesitaba esa aseveración para irse tranquilo.

—Él no volverá a dañarte. Mientras pueda, vendré a verte para saber cómo sigues.

Minutos después, la puerta se cerró. Él desapareció del hospital en el mayor de los sigilos, del mismo modo en que había llegado. Dentro quedó la paciente con la mente perturbada y el corazón destrozado.

* * *

Las horas transcurrían de un modo vertiginoso. Una serie de sensaciones y sentimientos se agolpaban dentro de Léa. La relación con Étienne, que se había iniciado de un modo tranquilo, también había cambiado. Él buscaba avanzar en el vínculo que los unía, pero había algo dentro de ella que se lo impedía. No deseaba ahondar en el motivo que la llevaba a actuar de ese modo, sino continuar adelante, pero no sabía cómo. Sin embargo, estaba convencida de que muy pronto las circunstancias en su trabajo serían otras. Quizá, si todo se daba como pretendía, el cambio que daría a su vida sería un aliciente para decidir qué hacer y cómo continuar. Los pensamientos se le agolpaban en la mente mientras terminaba de desayunar con un *croissant*, algo a lo que ella no podía resistirse, en el café Amélie. Poco después estaba

en camino hacia el hospital para cumplir con sus obligaciones. Luego de saludar a los profesionales que se encontraba en el camino, se dirigió hacia el primer piso para comenzar a trabajar. Léa entró a la sala en la que había varios pacientes. Cada uno estaba con alguna actividad en un mutismo absoluto. Con la vista observó que todo estaba bien, sin embargo, notó que faltaba alguien allí dentro.

—Rose, ¿qué sucedió con la paciente Majeswski? —preguntó a la enfermera que solía asistirla.

—No estaba en condiciones para venir aquí.

—¿Surgió algún problema?

—Tuvo una descompensación la noche de ayer. El doctor dispuso dejarla en la habitación para estabilizarla.

Léa asintió y comenzó con el trabajo. Como siempre sucedía, algunos estaban dispuestos a colaborar, mientras otros se mantenían al margen de toda actividad que ella pudiera ofrecer. Ella insistía en que se involucrasen en alguna tarea; le sobraba tiempo para incentivar a los pacientes a que se implicasen en lo que ella les proponía. A veces las jornadas se volvían más largas que otras; esa parecía ser una de ellas. Cuando salió de la sala, fue abordada por Étienne.

—Veo que ya terminaste.

—Aún debo visitar a una paciente.

—He visto que tu trabajo finalizaba ahora.

—Sí, pero quiero ver a Irenka.

—¿Para qué?

—No ha estado.

—No es necesario que vayas a verla. Yo diagnostiqué apartarla de la sala para que se recuperara en la habitación. Es lo mejor para ella y también para el resto de los pacientes.

—Algo me dijo Rose, pero deseo verla igual.

—Léa —agregó al tomarla la mano—, sabes que ese no es un buen camino. Para ser profesionales, hay que poner distancia con el enfermo. Esa actitud es lo que nos diferencia de ser mediocres.

—Gracias, Étienne, por tu consejo, sé que tienes razón, pero iré a verla igual. Solo la saludaré antes de irnos juntos.

Él cerró los ojos y evitó un comentario inconveniente. Debía entender que no todos tenían el afán de mejorar. Étienne no había hecho otra cosa que trabajar en pos de eso y no había sido en vano, porque lo había logrado con esfuerzo y dedicación. No pensaba poner en riesgo la relación que mantenía con Léa si la joven no cumplía con lo que él le decía. De ella dependía hacia dónde deseaba ir con la profesión, bastante la había ayudado a encarrilarla.

—Te veo cuando termines —replicó cortante.

Con molestia, se encaminó hacia la planta de abajo para concluir lo que tenía pendiente. Léa enfiló hacia la habitación que se encontraba en penumbra. La paciente estaba en la cama y parecía descansar. Se ubicó en la silla al lado de la cama y le tomó la mano.

—Irenka, esperé que hoy vinieras. Algunos pacientes han preguntado cómo estabas. Yo también me preocupé al no verte.

El silencio o la indiferencia a sus dichos eran la reacción esperada.

—He terminado mi turno, he pasado para saber si necesitabas algo. Me habría gustado verte sentada mirando el parque, como lo has hecho en otras oportunidades. Habrías visto que ha sido un día soleado.

Léa notó que la mano de la paciente le daba un leve apretón.

—Me siento mareada —contestó con la boca pastosa.

—Es normal con la medicación que te han suministrado. No has pasado una buena noche, por lo que el doctor ha creído conveniente darte un calmante.

—Él vendrá en la noche.

—El doctor Boyer ya estuvo aquí y hasta mañana no creo que pase a verte.

—No hablo de él.

—Entonces, ¿de quién hablas?

—Del doctor Gautier.

En muchas oportunidades el paciente buscaba en la imaginación a alguien que le trajese la paz que no encontraba por las noches, un ser imaginario que hablara de todo aquello que a Irenka le estaba vedado. Ella comprendía mejor que nadie los vericuetos de la memoria en los que el ser humano buscaba

refugiarse. Léa creía que por eso Irenka mencionaba a otro doctor, al que Léa no conocía porque no pertenecía a la lista de médicos de la institución.

—Irenka, creo que estás confundida —replicó con ternura—, recuerdas al doctor Étienne, ¿verdad? Él ha estado visitándote todo este tiempo para controlar que estés bien.

El silencio recayó en la habitación. Léa no estaba de acuerdo con la medicación fuerte que les suministraban a los pacientes, aunque solo podía opinar al respecto, ya que no estaba capacitada para medicar. Creía que era complicado hacer su tarea con la mente abotargada de un paciente.

—Gautier vendrá por la noche.

Léa creyó que la fonética de ambos apellidos era similar y, en medio de la nebulosa en que se encontraba la enferma, le parecía natural que pudiese confundirse. No obstante, si eso no se trataba de una simple confusión y el apellido tenía una connotación del pasado, ella debería tenerlo en cuenta. Léa le había sugerido a Irenka que volcase en un cuaderno aquellos recuerdos o pensamientos que le surgiesen. Era probable que al escribirlos lograra liberarse de lo que la oprimía. Sin embargo, notó que el escueto cuaderno que le había dado estaba sobre la mesa sin ser abierto siquiera. Entablar un diálogo con ella resultaba complejo; si un modo de acercarse era hablar de ese supuesto médico, lo haría.

—¿Qué me puedes decir de este nuevo doctor?

Ella miró a Léa, interesada en volver a hablarle de él. Irenka no había dejado de pensar en el encuentro a pesar del estado en que había caído cuando él se había retirado de la habitación. Todos los demonios se desataron y comenzaron a hostigarla llevándola a los rincones más oscuros y siniestros de su memoria.

—No es como los otros.

—¿Y cómo es?

—Es más amable y guapo que el doctor Boyer. Me tomó la mano también, como tú ahora, aunque no me gustó lo que trajo.

—¿Qué te trajo?

—Una fotografía del pasado —afirmó con lágrimas en los ojos.

—Irenka, ¿quién era la persona en la imagen que viste?

La paciente giró la cabeza y cayó en el más absoluto ostracismo. Léa sabía que el momento de confesiones se había acabado, aunque había logrado algo importante. No obstante, debería indagar un poco más acerca del misterioso doctor Gautier. Hizo un repaso por la habitación para ver si encontraba algún vestigio de una presencia y, al no notar nada fuera de lugar, se fue. Antes de dirigirse hacia la sala de profesionales, se desvió hacia la recepción del hospital, donde se controlaba a quienes ingresaban. Nadie entraba si no se detenía antes e informaba qué buscaba y hacia dónde se dirigía. Era fundamental que ese control fuera estricto no solo para evitar que cualquiera ingresara, sino para mantener la privacidad que se requería en esos casos que allí se trataban.

—Marie, quisiera consultarte si en la noche de ayer o en otro momento del día ha venido el doctor Gautier.

La empleada la miró con cara de confusión. Hacía mucho tiempo que trabajaba en el hospital y podía recitar de memoria los profesionales que la integraban, incluso a los más nuevos.

—Si no me equivoco, no forma parte del plantel médico.

—Exacto, solo quería saber si ha venido aquí. Es solo una curiosidad —manifestó Léa.

Con sorpresa, la dependiente buscó en los amplios cuadernos la entrada y salida de las personas en la noche del día anterior.

—Quizás es alguna interconsulta de algún familiar de un paciente.

Esa posibilidad a veces ocurría, aunque se anoticiaba al profesional interviniente en el tratamiento. Léa pensaba en todas las alternativas posibles, porque deseaba creerle a Irenka. Por otro lado, necesitaba tener la certeza de que esa presencia fuese real. En caso contrario, el modo de abordarla sería otro, y debería anoticiar a Boyer y al resto de los profesionales que la asistían.

—Debe haber habido una confusión, porque nadie ha estado en el hospital ayer.

—¿Alguien preguntó por la paciente Irenka Majeswski?

—No. Si así fuera, debería dejarlo asentado, porque es una paciente que está en tratamiento y solo está autorizada Anne, su sobrina que, como sabe, viene cada tanto.

—Muchas gracias, Marie.

Como esperaba, nadie conocía la identidad del médico que, según Irenka, la había visitado. Con ese pensamiento en la mente, alcanzó el salón de profesionales en que estaba Étienne. Creía que, si le confesaba sus inquietudes, él podría ayudarla.

—Quería hablarte sobre la paciente Majeswski.

—Te sugerí que no fueras a verla. Yo hice lo que debía con ella al medicarla.

—Creía conveniente verla y no ha sido en vano, porque me habló de alguien más que ha estado con ella.

Léa le resumió en pocas palabras lo acontecido en la habitación de Irenka ante la impávida actitud de Boyer.

—Querida, si vas a creer todo lo que te digan los pacientes, estarás en graves problemas. Quizás es un recurso que ella utiliza para regresar al pasado, como un modo de recordar. Sabes que ha vivido experiencias terribles, y que todo eso la ha marcado. Nadie puede vivir sin las secuelas del pasado.

Léa lo escuchaba absorta. Cualquiera que los observase a la distancia pensaría que la concentración de ella sobre los dichos de Étienne era absoluta. Él lo creía así y, con verborragia, continuaba el relato. Sin embargo, la joven pensaba que uno se podía sobreponer a las experiencias pasadas, por más que fuesen siniestras y deleznables. Ella luchaba a diario para superarlas. Miró a los ojos a Étienne, que seguía hablándole con mesura sobre lo que creía de la paciente. Él estaba convencido de la certeza del diagnóstico. Cuántas verdades quedaban alojadas en la memoria, reprimidas, para evitar que salieran a la superficie. Era una tarea compleja intentar desentrañar las telarañas del pasado. En ese instante, se centró en ella. Había muchas cuestiones que él desconocía de Léa, que ella nunca le había confesado ni le revelaría jamás. Quizá, si lo hiciese y le relatara más sobre su vida, él podría entenderla; entonces, el vínculo sería diferente, más profundo y sincero. Dudaba que la comprendiera si lo supiera. Tal vez por eso, no estaba dispuesta a abrirse con él. No aún. Solo había logrado hacerlo con otro terapeuta. Eso le había permitido abrazar la profesión que eligió. Por eso comprendía a Irenka, quien había dejado de luchar por sobreponerse de un dolor que aún palpitaba a diario dentro de ella.

—Léa.

—Dime.

—Te pregunté si deseas ir a cenar al lugar de siempre.

—Me encantaría.

Ella se daba cuenta del esfuerzo que él hacía para acercarse y construir un vínculo más profundo entre ambos. Étienne mostraba una paciencia que ponía a prueba solo por ella. Comprendía que las relaciones no siempre eran parejas; él estaba dándolo todo para avanzar en el vínculo que los unía. Quizá, la experiencia que le daban los años le permitía ser más sosegado, aunque reconocía el fuerte sentimiento que bullía dentro de él. Eso lo hacía cometer estupideces que con otras mujeres no había hecho. Léa era especial, y haría lo que fuera para igualar a su favor la relación que tenían. Ambos atravesaron los largos y entreverados pasillos del hospital hasta llegar a la salida. En el trayecto, saludaron a otros profesionales que, como ellos, daban por finalizada la jornada laboral. Léa se ubicó dentro del vehículo y centró la mirada en las calles parisinas, mientras se desplazaban por la ciudad.

* * *

El *maoz* que había elegido, que ya había utilizado en otra oportunidad, se ubicaba en un lugar estratégico para moverse rápido. Observó la hora en el reloj de pulsera y salió. Debía terminar con otras diligencias antes de dirigirse hacia el L'Hôpital Pitié-Salpêtrière.

Poco después, avanzaba hacia la habitación de la paciente que buscaba ver. Caminó por los largos pasillos de la institución evitando cruzarse con algún otro profesional o empleado de la salud. Unos tenues haces de luz se colaban por debajo de la puerta. Esperaba que ella estuviera despierta. Cuando entró, vio a la enferma recostada en la cama con la comida a medio comer. Al menos esa noche había ingerido algo de alimento.

—Irenka, prometí que vendría, y aquí estoy.

En esta oportunidad, ella fijó la mirada en el sujeto de guardapolvo blanco. Una tímida sonrisa le asomó por el rostro surcado por las arrugas que marcaban el tiempo. Ya había dejado de importarle si se encontraba en una ensoñación o no. Le complacía que alguien se preocupase por ella, que ese sujeto la acompañara hasta que pudiera conciliar el sueño, como la noche anterior.

—Doctor Gautier.

—Veo que me recuerdas.

—No puedo olvidarme de anoche.

El recuerdo no había dejado de hostigarla. Sin embargo, las últimas palabras de Gautier: "Él no volverá a dañarte", cuando había visto la fotografía, le daban cierta tranquilidad. Cierta paz le caldeaba el espíritu cuando evocaba a ese doctor.

—No voy a volver a molestarte. Solo quería saber cómo estabas.

Ella bajó la vista hacia la mesa auxiliar que tenía enfrente. Él supo que, si no hacía algo, ella volvería a perderse en el túnel de los recuerdos. En esa ocasión, no pretendía hacerle recordar nada inconveniente. Estaba allí como un modo de agradecimiento por la colaboración que ella, sin saberlo, había hecho.

—Ya te he dicho que yo no me resistiría a esa cena, pero veo que te mantienes férrea en no terminarla.

Irenka no se inmutó, muy por el contrario, se mantuvo abstraída de los dichos de él.

—Como me lo imaginaba, te traje esto.

Ella levantó la vista. Muy pronto la mirada celeste que a veces parecía perdida en el tiempo se nubló de lágrimas. Ni siquiera su sobrina, a la que tanto amaba, le traía esas galletas que habían sido creadas en la Maison Dossier de la ciudad de Reims. Si hubiera querido recordar la receta, le habría resultado imposible, aunque Irenka sabía que solía prepararlas.

—Imagino que hacías estas galletas. Aunque estas no sean de Reims, deben estar igual de sabrosas.

Él rompió la bolsa trasparente para sacar una galleta rosa empolvada en azúcar. Enseguida, ella buscó una del paquete para probarla.

—¿Qué me dices?

Él acababa de darle un mordisco al bizcocho de textura crujiente sin dejar de observarla. Ella la había partido al medio para saborearla. El sabor de la vainilla, en la cantidad justa, le inundaba la boca. En ese instante, se trasladó a la casa donde vivía con su querida sobrina y recordó haberlas horneado en la cocina que daba a un pequeño patio mientras el atardecer palidecía. El perfume de la galleta recién salida del horno le inundó las fosas nasales. Un tris de felicidad junto a una brizna de calidez la envolvió.

—Están muy ricas. Son más deliciosas si las embebes en champaña —acotó.

Aún recordaba haberlas comido bañadas en esa bebida en una ciudad que se caracterizaba por tener la mejor champaña de la zona. Al mojarlas, se intensificaba el color rosa que las caracterizaban y el sabor se enriquecía. Había sido una tradición comerlas de ese modo en cualquier época del año. No se requería ningún festejo para deleitarse con ellas.

—La próxima vez, me haré cargo de la bebida.

Ella asintió, mientras unas cuantas migas inundaban las sábanas que la cobijaban.

—Irenka, debo irme, pero no creo que pueda volver a verte.

Él notó un gesto de tristeza ante la noticia que le daba. No se olvidaba de que esa mujer no se relacionaba con otras personas, pero había conectado con él de un modo especial. Esperaba que su ausencia no la alterase.

—Pero, cuando estés aquí, ¿vendrás a visitarme?

—Por supuesto, aunque espero que no sigas aquí.

Ella asintió sin saber si eso era malo o bueno. No deseaba quedarse allí dentro, tampoco quería salir y enfrentar el exterior. Ella se había acostumbrado a vivir enmarañada en una confusión de recuerdos que le imposibilitaba afrontar la realidad. Con la aparición de ese doctor, las noches dejaban de ser lúgubres y sombrías. La ilusión de la espera la mantenía en vela y alerta en el caso de que no fuera una enfermera a medicarla.

—Ellos no me creen cuando les digo que vienes a visitarme —susurró como si alguien más pudiera escucharlos.

—¿A quiénes te refieres?

—Al doctor que me trata. Él no me gusta.

—¿Por qué?

—Solo se preocupa por mis medicamentos e insiste en que los tome.

—¿Y es lo que haces?

—No siempre. Cuando puedo, me los dejo en la boca y luego los escupo. Pero me parece que él se da cuenta, porque regresa al tiempo con las mismas pastillas.

—Deberías tomar lo que te dan.

—Si me lo diera la doctora Léa, sería distinto.

El comentario dibujó una tibia sonrisa en el rostro Gautier.

—Ella me cree y se preocupa por cómo estoy.

—Estoy seguro de que es así como lo dices.

—Aunque le cuesta creer que vienes a visitarme.

—¿Le has contado que vine a verte?

—Sí, ¿está mal?

—No, Irenka. Nada de lo que hagas está mal.

—Si logro irme de aquí, estaré en Reims —continuó más animada.

—Está bien. Espero que, cuando vaya a visitarte, me hagas de estas —dijo al dar un último bocado a la galleta que tenía en la mano.

—Con gusto lo haré, ¿es una promesa?

—Sí, mientras tú te mejores y cumplas con lo que te dicen los otros médicos. Aunque no te gusten. ¿Es un trato?

—Hecho.

Él se acercó y le acarició la cabeza antes de abandonar la habitación. Salió y se perdió en la más profusa oscuridad. Ella se quedó saboreando otra galleta. Eso le permitía comprobar que no se había equivocado y que las conversaciones eran verídicas; si no, ¿cómo habían llegado esas ricas confituras hasta ella? Cerró los ojos e ingresó en un sueño apacible, uno en donde un doctor la iba a visitar. Ya no le importaba saber si era verdad o no, solo se conformaba con la sensación apacible que la envolvía. Así se durmió.

* * *

Otra mañana sin novedades para Léa. El tiempo se acortaba. Muy pronto la organización debería dar los resultados de la selección del personal que pasaría a integrar sus filas. Debía contar con la paciencia suficiente para encarar la jornada del mejor modo, aunque no estuviese de humor. Para bien o para mal, necesitaba saber qué sería de su vida. Dependía del resultado y la elección de ese lugar. Tenía que sosegarse; muy pronto, llegarían las

novedades ansiadas. Se alistó y salió rumbo al trabajo. Allí, centraría la atención en los pacientes y dejaría la ansiedad a un lado.

Ya se encontraba en la sala para comenzar a trabajar con los pacientes. Al hacer un recorrido con la vista, notó que nadie faltaba. Estaba contenta de que al fin Irenka estuviese allí con el resto de los pacientes. No quiso alterar el orden que tenía hasta llegar a ella, para evitar que se notase cierta predilección hacia esa paciente en particular.

—Me alegro de que estés aquí.

Al fin había logrado captar su atención. Notó que Irenka llevaba una mano apoyada en el bolsillo del saco de lana, como si estuviera protegiendo algo de valor.

—¿Qué guardas ahí?

—Shh —susurró al acercarse—, no quiero que lo descubran.

—¿Dejarías que yo lo vea?

Ella asintió. Abrió el bolsillo solo un poco para mostrarle el paquete de galletas que tenía.

—Si saben que las tengo, me pedirán que las comparta, y no quiero eso.

—Me parece bien, pero, dime, ¿cómo es que las tienes?

—El doctor Gautier me las trajo.

Otra vez ese nombre aparecía en los labios y en la mente de Irenka. Aunque en esa oportunidad dudaba de que fuera producto de la imaginación de la paciente. No comprendía de dónde había sacado esas galletas. Alguien debía habérselas dejado en la habitación. Si bien no era aconsejable, ella se había encariñado con la paciente y no quería que nadie jugase con ella.

—¿Cuándo te las dio?

—Ayer por la noche, cuando me visitó.

Si en algún momento Léa dudó de que ese hombre existiese, acababa de darse cuenta de que sí existía, y daría lo que fuera por saber quién era.

—Irenka, deberías haberlas dejado en la habitación para comerlas cuando estés allí.

—Llevarlas conmigo me permite saber que es real y que no ha sido mi

imaginación que creyó que el doctor Gautier había venido a verme.

A Léa esa confesión la enterneció.

—Por mí, no es necesario. Te creo, aunque me gustaría conocer a ese doctor. Ya que viene por las noches, yo hoy vendré para conocerlo y saber qué se propone.

—No va a ser posible.

—¿Por qué?

—Se despidió. Me dijo que no podría volver a visitarme, pero me hizo una promesa.

—¿Cuál?

—Que volvería a verme. Y si ya no estoy aquí, me visitará en Reims.

—Me alegro de que así sea.

—Lo sé, también se lo dije.

—¿Qué le dijiste?

—Que usted es la única que me entiende, que no es como el otro doctor.

—¿Te dijo algo al respecto?

—No, solo sonrió. Me hubiera gustado que usted hubiera estado allí.

—Esta noche, si quieres, puedo pasar a saludarte antes de irme, ¿te gustaría?

Ella asintió con lágrimas en los ojos, porque pasaría una noche más sin las pesadillas que no cesaban de hostigarla hasta la madrugada y dejaría atrás los demonios que la perseguían.

Capítulo 4

Pon tu cabeza en mi hombro

Marsella se abría camino en medio de agrestes acantilados reflejados en las aguas turquesas que bañaban pequeñas playas y calas. Se había transformado en la puerta de entrada a Francia y en especial a la zona de la Provenza. La ciudad contaba con uno de los puertos comerciales más importantes del país, con un constante comercio de mercaderías de todo tipo y un permanente flujo de pasajeros. Gran parte de los trabajadores del puerto eran argelinos que habían acudido al llamado francés para realizar esos trabajos duros. Habían concurrido los hombres solos, a la espera de lograr estabilidad laboral para, tiempo después, instalar al resto de la familia. En cuanto a los viajeros, no siempre se trataba de turistas interesados en las bellezas de la costa francesa, sino que, en muchas ocasiones, los refugiados de otros países en conflicto encontraban, al atravesar el Mediterráneo, la paz que no lograban en su tierra. Un gran número de argelinos había llegado hasta allí huyendo de los ardientes combates que se vivían a diario en pos de alcanzar la independencia.

Allí había arribado Kheira luego de abandonar París. Hasta el momento, había resultado más fácil de lo esperado, ya que la familia no había puesto resistencia al viaje de ella con Léa hasta la casa de campo. Por primera vez, Kheira había mentido para, en realidad, huir de su propia familia. Creía que era un fin justo. No dejaba de pensar en el rostro de Said cuando la viera. Aunque se enojara nomás verla, estaba convencida de que, más tarde, se alegraría. Aún debía aguardar unas horas hasta que la embarcación zarpara del puerto. No había llegado sola: otros argelinos se habían sumado con el fin de embarcar con destino a Argel.

En las horas de espera, varios se habían ido a visitar a camaradas residentes allí. Por más que fuesen conciudadanos, ella desconfiaba de algunos que se habían sumado a la travesía a último momento. Como nada podía salir mal, Kheira prefirió deambular por las calles de la atractiva ciudad portuaria para disipar la tensión que la embargaba. Caminar por las pintorescas callejuelas le serviría de distracción hasta que llegase la hora indicada. Desde que había arribado, no había probado bocado. Aún recordaba la cena de despedida en la que su madre le había preparado *mhalbi*, su postre predilecto, un lujo que no tendría cuando arribase a Argel. Poco después, enfiló hacia Porte d'Aix para encontrarse con algunos de los compañeros de viaje. En la caminata, se le unió Fátima, a quien había conocido en una manifestación en pos de la paz y a favor de la independencia de su tierra. No la había vuelto a ver hasta que se realizó la reunión para ese viaje.

Frente a la plaza había unos mercaderes de la Casbah que vendían chilabas de distintos colores, modelos y precios. Desde allí emprendieron camino al puerto. A cierta distancia, se encontraba la Oficina de Asuntos Musulmanes y Norteafricanos. Desde la acera se podía ver una larga fila de compatriotas a la espera de ser atendidos. Lo que más la sorprendió fue que algunos de ellos habían sido compañeros de viaje.

—¿Por qué están allí? —inquirió Kheira.

—Creen que, pasando por esa oficina, no tendrán problema al momento de embarcar —le respondió Fátima.

—Se nos garantizó que nuestros papeles estaban en regla para emprender el viaje.

—Así es, pero fíjate que quienes están allí son los que se sumaron a último momento.

—Yo no pienso hacer esa fila ni contestar preguntas. Espero que ellos no lo echen a perder.

Esa oficina había sido creada para solucionar problemas a los magrebíes, pero no se podía negar el carácter de control que ejercían sobre ellos. No escapaba a las autoridades francesas que algunos de los inmigrantes eran conspiradores contra el régimen colonial instaurado por Francia y buscaban infiltrarse para entregar información o realizar algún ataque. Hasta que no se llegase a una solución militar o diplomática, los contralores continuarían.

—Yo iré a fijarme qué es lo que les dicen —replicó Fátima.

—Nos vemos a bordo —contestó Kheira no muy convencida.

La joven caminó hacia el puerto enclavado entre dos fuertes que lo encerraban para protegerlo. Hacia ahí arribaban las embarcaciones de Córcega, Cerdeña y el resto de Italia. Con cada paso que daba, más nervios sentía. En ese instante recordó las palabras de Léa; quizás, hubiese sido lo más sensato que esperara para emprender ese viaje, pero las cartas ya estaban echadas y restaba deambular el trecho hacia la embarcación. De pronto, escuchó la orden de alto. Ella se detuvo de inmediato con un escalofrío que le atravesó todo el cuerpo. Observó que el oficial no dejaba de mirarla como si hubiese cometido algún delito.

—Muéstreme los documentos.

Con manos temblorosas, Kheira revolvió el bolso para sacar su identificación. Observó que algunas personas pasaban a su lado sin ser

requisadas rumbo al barco. Notó cómo el militar miraba exhaustivamente la documentación presentada. Munido de la identificación de la joven, el uniformado comenzó a hablar por un transmisor portátil. Contestó de modo monosilábico, poco después, le hizo entrega del documento y permitió que ella siguiera el camino hacia el barco que la llevaría a destino. En un primer momento, Kheira consideró que todo se había echado a perder, luego pensó que, al haberle permitido continuar el viaje, estaría liberada de cualquier otra eventualidad. Sin embargo, no podía quitarse de encima la tensión y los nervios. Sin mirar hacia atrás, continuó el camino detrás de algunos compañeros de la excursión.

Desde una de las fortificaciones que rodeaba el puerto, con un par de prismáticos, dos militares contemplaban a los musulmanes, en gran parte argelinos, que embarcaban. Los soldados intentaban identificar a los que estaban vinculados a la fuerza de resistencia argelina. Suponían que nadie iría voluntariamente hacia un conflicto armado, salvo que formaran parte de la guerrilla que combatía a los franceses.

—Es ella, ¿verdad?

Él asintió sin dejar de observarla por el lente. La belleza que tenía no se podía ocultar con el hiyab. En especial, esos ojos que destellaban en el rostro de la joven. Él la había contemplado en el bar al que había asistido en compañía de Léa. Sin dudas, Kheira era el rostro del misterio. No le había sido difícil notar la tensión en el cuerpo de la joven cuando él se había acercado a la mesa. Sin embargo, dejó atrás la atracción que había sentido al verla, estaba allí para cumplir con su deber.

—Sí.

—¿Por qué no dio la orden de detenerla?

—No es necesario —replicó Girard.

Hacía tiempo que habían descubierto que se estaba organizando un viaje con algunos argelinos que apoyaban la causa de sus compatriotas. Habían identificado a Kheira como una de esos argelinos. Solo restaba esperar.

—Creía que ella era el objetivo —planteó el soldado, confundido.

—No lo es —respondió Girard.

Detenerla allí no sería la solución, muy por el contrario, seguirla era la orden para saber hacia dónde los llevaba.

—No sé cómo logra identificarla en medio de las otras mujeres, para mí

resultan todas iguales.

—No es difícil de reconocer —retrucó con certeza Olivier—. Debes saber que ella es la conexión directa con su hermano. Él es nuestro objetivo.

Said Moussaoui se había sabido ganar un lugar en el *fln*. Luego de militar en el partido del Frente de Liberación Nacional, se unió en armas al *aln*, como la mayoría de los argelinos que buscaban la independencia. Sin embargo, Said no había sido como cualquier otro, sino que había obtenido un lugar de preferencia, había ascendido en cargos hasta alcanzar una cercanía muy conveniente a los cabecillas de la organización. Con el tiempo y en medio de la permanente lucha, el ejército francés buscaba desarticular la cúpula de esa organización. Nadie ponía en duda la diferencia entre ambos bandos en cuanto al número de combatientes y sus armas: estaba claro que los franceses representaban la mayoría. Sin embargo, la guerrilla argelina se movía como nadie en los territorios de la zona africana. A pesar de eso, los militares habían logrado dar con algunos, pero querían llegar hasta Said, y con él obtener el premio mayor. Cada vez que creían tenerlo cerca, desaparecía como polvo en el viento. Entonces, se había tomado la decisión de combatir no solo en tierra argelina, sino ir tras él desde Francia. El seguimiento de la familia Moussaoui había dado sus frutos. Con sorpresa, notó que era Kheira quien había decidido huir de la casa familiar e ir tras los pasos de su hermano. También había sido un hallazgo la amistad con Léa, porque ese contacto le permitió estar detrás de ella. La amistad con la familia Dubois había dado sus beneficios. Sabía que, si no lograba lo que buscaba o Kheira se esfumaba, podría presionar a Léa. Por suerte, no había sido necesario.

—Es hora de dejarla partir y que crea que lo hace en la más absoluta tranquilidad —comentó al dar una última mirada a la embarcación.

—Debemos irnos, entonces. Del resto, se ocuparán los nuestros, ¿verdad? —inquirió el soldado.

—No, yo viajaré hasta Argel. Espero que ella me lleve a Said —replicó al levantar la barbilla y señalar el trayecto de Kheira hasta el barco que zaparía en breve.

* * *

Kheira se encontraba en la proa de la austera embarcación contemplando cómo se alejaba del amarradero. Al fin lo había logrado. Solo unos pocos debieron quedarse en tierra. Ella había sido afortunada de poder estar a bordo.

—Kheira. Pudimos salir de Francia. La patria nos espera.

La joven se sobresaltó al sentir que Fátima estaba a su lado.

—Así es.

No había retorno. Atrás quedaba la familia y la preocupación que tendrían cuando supiesen la verdad. Esperaba que Léa no se complicara por el engaño en que la había involucrado.

—Iré adentro. ¿Vienes conmigo?

—Más tarde. Ahora me quedaré por aquí.

Celosa de su intimidad, Kheira no era afecta a entablar relaciones amistosas. Solo se había vinculado con Fátima, quien sí estaba junto a otros tres compañeros argelinos. Necesitaba tranquilidad, ya que su destino lo regiría Alá. Luego de zarpar, inmersa en los pensamientos, viró la cabeza hacia un costado y centró la vista hacia un islote en el que se erigía con toda su grandilocuencia una fortaleza. Esa construcción pertenecía al Château d'If transformado con el tiempo en una prisión que sirvió de inspiración a Alexandre Dumas para recrear su obra, *El conde de Montecristo*. Kheira, como tantos otros, conocía la historia de aventura y venganza que reflejaba esa novela. Si en la imaginación de aquel autor, ese hombre había logrado escapar de la amurallada prisión, nada sería imposible, reflexionó con una tibia sonrisa. Por más que había intentado engañarse, creyendo que todo sería fácil, intuía que no sería así, solo restaba esperar para saber si estaba equivocada. Debía reconocer que una extraña sensación la había perseguido desde que las autoridades la habían detenido para comprobar los documentos. Siempre había hecho caso a su percepción, en esta oportunidad, debería aguardar a llegar a Argel para comprobar si estaba en lo cierto.

* * *

En los jardines de L'Hôpital Pitié-Salpêtrière, se hallaba la paz y tranquilidad perdida con los pacientes. En uno de los tantos bancos distribuidos en el parque, se encontraba Léa con un papel entre los dedos. La emoción que sentía la había hecho estrujar la escueta nota que había estado esperando desde hacía tanto tiempo. Al fin, la organización le había contestado. Comprendía que esa noticia daba un giro absoluto a su presente y su futuro. Como si pudiera presentir que algo sucedía, escuchó la voz de Étienne al acercarse.

—¿Tomando un descanso? —comentó al sentarse a su lado.

—Eso parece.

—¿Qué tienes ahí?

—Al final recibí la contestación desde *acnur*.

—¿Aún sigues con eso?

—Étienne, nunca dejé de hacerlo.

—En verdad, no sé qué buscas.

—Ser parte de ellos.

—No comprendo que insistas, luego de haber conseguido un lugar en esta institución, un establecimiento en donde más de un profesional buscaría desempeñarse.

—Lo sé y esto —dijo al levantar la nota que aún conservaba entre los dedos — no va en desmedro de lo que dices. Sé también que ha sido gracias a tu intervención.

Ella sabía que Boyer se regodeaba de las gestiones que le habían permitido ingresar al hospital. A Léa eso le molestaba, aunque fuese verdad. Por eso, había buscado un trabajo que tuviera que ver con una cuestión humanitaria. Quería emprender un camino por ella misma.

—Entonces…

—Sabes que te agradezco lo que has hecho por mí.

Nunca dejaría de agradecerle, aunque ya le provocase cierto hartazgo. Él se deleitaba con el reconocimiento de Léa.

—Volvería a hacerlo. No sé cuánto tiempo te quitará para poder estar aquí y cumplir con tu trabajo, por no decirte el que le restarás a nosotros —agregó molesto.

En ese instante, ella supo que no podría revelarle el contenido de esa nota, porque arrasaría la dicha de esa mañana. Aún tenía unos días para confesarle el motivo de su alegría.

—Estas organizaciones, por lo general, apelan a eventos solidarios para contribuir con la causa.

Léa notó que Étienne sabía más de lo que ella creía.

—Como dices, a fin de esta semana se celebra una velada. Por supuesto, debo ir.

—¿Con un acompañante?

—Me encantaría que lo fueras.

—Entonces ahí estaré.

Ella lo miró a los ojos y se sintió culpable por omitir lo más importante de la escueta carta. Léa estaba convencida de que Étienne no querría escuchar lo que ella tenía para decirle. Sí les había contado a sus padres acerca de la postulación. Gabrielle y Brandon Dubois la comprendían, a pesar del peligro que constituía ser parte de la misión que *acnur* preparaba en breve. Ellos habían combatido en la Resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial. Habían vivido los horrores de la guerra y, en aquel marco bélico, cuando creían que todo estaba perdido, la conocieron. Ella, con apenas ocho años, se encontraba alojada dentro de un campo de internamiento al sur de Francia con una madre que acababa de morir. Luego de ser rescatada de allí, había ido a uno de los tantos hogares de tránsito que albergaban a niños como ella. Alex había sido parte de esa época y había compartido aquel pasado que, a pesar de todo, ella había sabido entender. Cuando todo terminó, Brandon y Gabrielle la buscaron para ser parte de su familia. Todos habían pasado por cosas muy tremendas, de modo que buscaban que Léa encontrara su felicidad, amén de la preocupación que les generaba que la joven se fuese de París y luchara a favor de los refugiados en una zona de conflicto. Léa había logrado sobrevivir. Por eso, creía que estaba en deuda con la vida, por lo que tenía algo que aportar a los demás. De eso último, no estaba al tanto Étienne; comprendía que le costaría entenderla. Por ese motivo había elegido dilatar en el tiempo la noticia de que muy pronto se iría de la Ciudad Luz para ayudar a quienes, como ella, necesitaban que los sacasen del infierno que les tocaba vivir.

* * *

El resto de los días de la semana transcurrió con una inusitada vorágine. En las noches, Léa no dejaba de palpitar lo que se aproximaba. No dejaba de pensar en Kheira, aunque de su familia aún no había tenido noticias.

Las luces de la ciudad destellaban en las calles de París a medida que la noche avanzaba. El frío nocturno se colaba por los distintos rincones que

encontraba a su paso. Las agujas de escarcha esparcidas en la acera brindaban un manto níveo que anticipaba un crudo invierno.

Así estaba la ciudad en esa noche que Léa tanto había esperado. Volvió a revisar su imagen frente al espejo, aunque le costaba reconocerse con el vestido de gasa color lavanda que le envolvía el menudo cuerpo. Lo único que había cambiado era el cabello oscuro que le caía por los hombros y daba marco a unos ojos color café. Detuvo la mirada en el largo de la melena. Atrás había quedado la extensa cabellera que Alex adoraba. Esa había sido la primera decisión al arribar a París, luego de haber abandonado Nueva York. Aún recordaba el momento en que había tomado unas tijeras y había recortado mechones de cabello frente a ese mismo espejo, como si fuera un ritual con el que lograría expulsar de su cuerpo cualquier recuerdo de él. Creía, de manera equivocada, que podría extraer el sentimiento que por él sentía con ese acto banal. Luego se acostumbró a ese corte y lo mantuvo ya no por algo referido a Alex, sino porque se había reconciliado con ese nuevo aspecto. Sus ojos repasaron el escote que le permitía lucir un dije con forma de corazón. La distancia entre ambos no había logrado que Léa arrumbara en el fondo de un cajón ese regalo. Su mirada estaba centrada en ese colgante y lo acarició sin que nada importara a su alrededor, como si de ese modo pudiera comprender lo sucedido. Los golpes a la puerta la sacaron de la ensoñación en la que se encontraba.

—Léa, acaba de llegar tu prometido —gritó su hermana antes de ingresar como un vendaval—. ¡Estás distinta! Pero me gusta cómo luces —dijo al rodearla con gesto de fascinación.

—Gracias —respondió convencida de que valía la pena arreglarse de ese modo, aunque se sintiera diferente—. Ven. Chloé, no quiero que vuelvas a incomodar a Étienne, que acaba de llegar.

El gesto en el rostro acentuó la seriedad de esas palabras. Por más que fuera una chiquilina, Chloé debía comprender que era inadmisible mantener un comportamiento inadecuado cada vez que él fuera a la casa.

—Sabes a lo que me refiero.

—No me gusta que alardee sobre lo que hace ni cuánto sabe en su profesión. —Miró a su hermana y enseguida agregó—: No te preocupes, aunque sea solo esta noche, me comportaré como quieras.

—Bien. Pronto traerás a casa a alguien que te importe y yo seré quien medie con papá y mamá.

—No lo había pensado, y tienes razón.

Léa supo que la mente de Chloé había vagado hacia alguien en particular y que ese pensamiento la había hecho recapacitar.

—Siempre contaré contigo.

Esas últimas palabras fueron un latigazo directo al corazón de Léa, ya que no podría haber definido mejor la relación que las unía. Los diez años que las separaban la hacía, por momentos, tener la necesidad de protegerla, aunque Chloé no lo necesitara. Le acarició la larga melena rubia y salieron del cuarto para encontrarse con Étienne, que aguardaba en la soledad de la sala.

—Creí que Brandon y Gabrielle podían acompañarme con esta copa.

—Ellos viajaron unos días a la casa de campo.

La joven se acercó y se dejó envolver en un abrazo cálido, lo necesitaba para cumplir con el compromiso que la esperaba.

—¿Estás lista?

—Así es —contestó no muy convencida—. Vamos.

Al recoger el abrigo de terciopelo negro, notó que su hermana permanecía detrás de la puerta de la sala observando sin haber hecho ninguna intervención inconveniente. Cruzaron el umbral para adentrarse en el automóvil que los llevaría al otro lado de la ciudad.

El Hotel Ritz se erigía con elegancia. A pesar del lujo y del prestigio, nadie podría olvidar que el lugar había sido ocupado durante la Segunda Guerra Mundial por la Luftwaffe, la fuerza aérea alemana, para transformarlo en su cuartel general. Un fuerte escalofrío le recorrió el cuerpo, aunque había aprendido a dominar lo vivido en el pasado, un pasado que había dejado atrás y que mantenía guardado bajo siete llaves. Nadie que se jactase de conocerla podía saber qué sucedía en su interior con esa parte de su historia, ni siquiera Étienne, que la conducía a través de la acera. Solo una persona podía dar cuenta de los temores, las oscuridades y las flaquezas de Léa. Aunque a ella le pesase, Alex se había transformado en un fantasma. Era mejor así.

Volvió a concentrarse en el presente. Muchos invitados circulaban frente al número quince de Plaza Vendôme para entrar al suntuoso edificio. La gala benéfica había convocado a un importante número de personajes. La Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados *–acnur–* había congregado a diversas personas con el único fin de recaudar fondos para la próxima misión que estaba en ciernes y de la que la Léa participaría. El desfile de invitados desembocó en uno de los fastuosos salones del hotel. Allí cada quien ocupó un lugar para escuchar a los organizadores del encuentro.

El atril ubicado en el frente del recinto daba la bienvenida para comenzar con el discurso inaugural. Relatar los objetivos de la *acnur* y describir los pasos por seguir eran el motivo de la reunión. De eso dependía el aporte que hicieran los convocados. A un costado, se ubicaban los integrantes de la institución. El sentido discurso fue acompañado de una serie de diapositivas que ilustraban la situación de los refugiados en Argelia. A ese destino partirían en cuanto se arreglasen las condiciones. En aquel territorio se estaba librando un conflicto armado permanente en busca de independizarse de Francia. Si bien había predisposición para buscar una salida en paz para ambas regiones, los rebeldes se hacían sentir en tierra argelina; la lucha continuaba y la condición de los refugiados empeoraba día a día. Ella podía comprender de manera cabal cómo se sentían las personas que deseaban huir de esa guerra. Muchos de ellos eran niños que no tenían la culpa de lo que estaban viviendo. Otros de la misma edad empuñaban el rifle para defender junto a sus familiares lo que creían justo. Evitó que unas lágrimas le inundaran el rostro.

Poco después, el salón se iluminó de golpe; atrás quedó la atmósfera cenicienta e intimista. En ese mismo instante, el disertante comenzó a nombrar a quienes formarían parte de esa misión. Cuando escuchó su nombre, un fuerte aplauso cruzó el recinto y, con lágrimas en los ojos, se dirigió hasta el atril, aunque creía que no llegaría por la emoción que la embargaba.

—Muchas gracias a todos los presentes por participar de esta convocatoria y a la organización por dejarme ser parte de ella —dijo emocionada contemplando a los invitados que se mantenían sentados—. Quiero asegurarles que daré lo mejor de mí en esta causa que no es política, sino humanitaria, por eso…

En ese mismo instante, una imagen masculina detrás de una columna en el fondo de la sala la obnubiló. El tiempo quedó suspendido en los segundos que transcurrían sin que Léa pudiera reaccionar. Quizá los nervios le jugaran una mala pasada, pero una sombra difusa le impidió continuar con el efímero discurso que había grabado en su memoria. Las palabras se le atoraron en la garganta y nada de lo que tenía pensado decir reverberó en sus cuerdas vocales. Nunca había sido afecta a hablar en público, pero había luchado por superar esa dificultad, y la terapia había logrado cierto cambio. Volvió a centrar la vista para corroborar lo que había visto, pero solo vio la columna de estilo neoclásico que decoraba el recinto, y a nadie detrás. Ante la inquietud de los presentes, volvió a agradecer a la concurrencia, inclinó la cabeza como saludo y enfiló hacia un costado para perderse entre el público.

—Querida, ¿cuándo pensabas decírmelo? —le preguntó Étienne al tomarla por el brazo.

El tono de Boyer no era de asombro o alegría, sino de reclamo. Ella podía comprenderlo en cierta forma. Sin dudas, Léa había buscado alargar ese momento porque pretendía disfrutar del logro obtenido.

—Étienne, no creo que sea el momento para alguna queja.

—No. Esta es tu noche. Quizá sea lo mejor.

—¿Por qué lo dices?

—Yo tengo un viaje postergado que me alejará de la ciudad cierto tiempo.

—No me lo habías contado.

—Yo también sé guardar secretos.

Claro que los tenía y no pensaba confesarle que ese viaje era solo una excusa, porque sabía que quedaría fuera de la vida de Léa. La joven no estaba comprometida como él. Una manera de continuar junto a Léa sería hacerle creer que la apoyaba en todo.

—Entonces…

—Quizá sea mejor que emprendas este viaje y, cuando regreses, volvamos a estar mejor de lo que estamos ahora.

—Gracias por entenderme.

Léa se acercó y le dio un beso en la boca para sellar el agradecimiento que sentía esa noche. Él se contentó con ese gesto de cariño, aunque por dentro bullía una inquina por no comprender qué necesitaba ella para ser feliz. Étienne había procurado darle una mano para que prosperara en la profesión, pero parecía no haberlo tenido en cuenta.

—¿Quieres una copa?

Sin dudas, un poco de alcohol le vendría bien para quitarse esa sensación de inquietud y zozobra que la envolvía.

—Gracias, la necesito.

Los camareros pasaban con bandejas llenas de bocaditos de caviar y salmón. No podía creer que las cosas resultasen como las deseaba. Muy pronto estaría en la tierra de Kheira, esperaba que con todo solucionado. Recibió la copa de champaña cuando *monsieur* Laurent, que había dado el sentido discurso, se aproximó a ella.

—Le presento a Étienne Boyer.

—Su prometido —agregó Étienne.

—Un gusto. Es usted el reconocido psiquiatra, ¿verdad?

—Así es.

Léa notó que un elogio de ese calibre era lo que necesitaba Étienne para disfrutar del resto de la noche. No le resultaba fácil a él dejar de ser el centro de atención y quedarse a un costado.

—Le agradecí en público y quiero hacerlo en privado. Es muy valioso contar con la colaboración de personas jóvenes como usted que apoyen nuestra causa y tengan la valentía de irse hacia una tierra en conflicto —le dijo Laurent a Léa.

—Para mí, es un honor formar parte de la organización, puedo asegurárselo.

—Me alegro de que así sea y espero que disfruten de la fiesta. Pueden pasar al salón contiguo, allí continúa la gala.

Léa observó que los invitados se trasladaban a uno de los fastuosos salones del hotel para continuar con los festejos. Hacía allí fueron. Una orquesta ubicada en el fondo del amplio salón ejecutaba un repertorio diverso. Habían comenzado a tocar temas de Édith Piaf, luego pasaron por otros repertorios. Una cantante ataviada con un vestido ceñido de color morado interpretaba los distintos temas. Gran parte de los invitados había ocupado la pista de baile deambulando al compás de la música que resonaba allí. Léa había salido a bailar con Étienne.

—No sabía que te gustase bailar.

—Nunca lo has preguntado —replicó Étienne.

En ese instante, un fuerte escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Sus pies dejaron de moverse al son de la melodía que acaba de finalizar. Comenzó a sonar otra, una que a ella no le era familiar.

—Perdón —dijo una voz por detrás de la joven—, me gustaría bailar esta pieza. Pertenezco a la organización también.

Boyer debía entender que esa era la noche de la joven y que cada tanto se irían presentando los integrantes de la *acnur*. Sin embargo, a ese sujeto no lo había visto durante el festejo.

—Querida, te dejo en buenas manos, voy por una copa. Solo será una pieza

—le aseveró ante el hombre que se había acercado a ellos y que no había quitado la mirada de Léa.

—Serán las que ella quiera.

Léa sintió el agarre de las manos de Alex sobre su cintura. Aún no podía creer que él estuviera allí. Sus ojos se toparon con un rostro que creyó que no volvería ver. El tinte bermellón de las mejillas estaba en consonancia con el calor que se le disipaba por el cuerpo. Temía que los fuertes latidos del corazón se escuchasen en medio del salón y opacasen la melodía que había comenzado a sonar.

—¿Qué haces aquí? —siseó.

—Te felicito. Esta es tu noche y no quería perdérmela.

Había sido un error elevar los ojos para alcanzar las pupilas verdes de él que no dejaban de contemplarla. Nunca lo había visto enfundado de etiqueta como estaba esa noche. Aunque vestía de gala como los demás invitados, su aspecto despreocupado le daba otra apariencia distinta del resto, una más atractiva. Los tres años que habían dejado de estar en contacto habían conspirado para que Léa lo viera más guapo de lo que era. El cabello castaño con mechones más claros le caía de modo desordenado y daba marco a esa mirada que hablaba de todo lo que no decían sus labios. Cuando se dio cuenta de la equivocación que cometería si continuaba mirándolo absorta, intentó separase, pero no pudo. Alex la sostenía de un modo que no sería fácil distanciarse; en el fondo, ella tampoco quería hacerlo.

—No puedes aparecer así como así, y pretender estar conmigo como si nada sucediera.

—Shh —le resopló en el oído—. Por favor, solo déjate llevar. Te pido que escuches la letra y pongas tu cabeza en mi hombro.

Así se llamaba la canción, según lo había manifestado la cantante antes de lanzarse a cantarla. A medida que escuchaba las estrofas que la cantante recitaba, Léa perdió la capacidad de reaccionar y se dejó llevar envuelta en los brazos de él, como decía la letra de la canción. Las parejas que deambulaban alrededor habían desaparecido, solo estaban ellos dos aferrados uno al otro como si estuviesen transportados en el tiempo, un tiempo en el que nada los separaba, en el que no existían cuestionamientos, en el que cada uno era sincero con el otro sobre lo que sentía. En ese momento, nada se interponía entre ellos. Nada importaba, solo ese instante. No pronunciaron palabra alguna, solo lo que sus cuerpos decían ante la proximidad. Léa se mantuvo en una atmósfera íntima y entrañable que se rompió en el mismo instante en que la cantante cambió el repertorio. Ella se separó apenas y clavó la mirada en la

de él.

—No me has dicho qué haces acá.

—Debí venir a París.

—Y crees que puedes buscarme así nomás.

Alex le hablaba bajo el resplandor de esos ojos verdes sin soltarla, ya que sus brazos le rodeaban la cintura.

—Dime que no trabajas para esta organización.

—¿Eso te dejaría más tranquila?

—Contéstame.

—No, eso fue solo una excusa para estar aquí.

—Entonces…

El momento de confesiones había acabado cuando escuchó la voz de Étienne aproximarse.

—Suéltame.

—Lena.

Solo él la llamaba de ese modo. Y una vez más el pasado regresaba de la mano de Alex. Pero en esa oportunidad, Léa había cambiado. El tiempo le había curado los dolores.

—¿Es lo que deseas? —susurró.

—Eso no importa, pero es lo mejor.

Alex deslizó los dedos en el cuerpo en una última caricia. En ese instante, apareció Étienne con dos copas de champaña; mientras bebía una, le ofreció la otra a Léa, que la bebió de golpe para intentar refrenar los nervios que sentía.

—Creo que es hora de irnos —propuso Boyer sin entender muy bien la situación, aunque intuía que allí había algo más.

En un gesto inconsciente, en silencio, Léa se llevó la mano al cuello, donde pendía un corazón, un dije que se había transformado en su amuleto. En algunas ocasiones, ese colgante se había transformado en un motivo de discusión con Étienne, ya que no se lo quitaba ni en oportunidades como esa,

aunque tuviera alhajas de mayor importancia.

—Espero que en el próximo evento lleves la gargantilla que te he regalado y no ese dije que no combina en este lugar.

—Me gusta —afirmó Alex desnudándola con la mirada.

La complicidad entre ambos estaba en cada silencio que se respiraba. Léa no podía seguir un minuto más en medio de esa farsa.

—Tienes razón. Debo buscar mi abrigo.

—Ve, entonces.

Ella no se sentía capaz de evaluar qué era lo mejor, pero supo que huir de allí sería lo más conveniente y sensato. No lo dudó. Se encaminó hacia el vestidor con la excusa de tomar el abrigo. Tiritaba, aunque no debido a la temperatura ambiental. Al otro lado del salón se había quedado Boyer intercambiando unas palabras con Alex.

—¿Desde cuándo se conocen?

—Eso es algo que ella deberá responder.

—¿Es por usted que ella quiere ser parte de esta organización?

—Yo no formo parte de *acnur*.

—Pero es lo que dijo al presentarse. De no ser así, no la habría dejado en su compañía.

—Si la conociera lo suficiente, sabría que ella no necesita una excusa como la que di para compartir una pieza. Ella hace lo que quiere sin necesitar la autorización de nadie.

—¿Está sugiriendo que la conoce más que yo?

—No soy yo quien deba responder esa inquietud, aunque le diría que sí.

—Espero no volver a verlo cerca de Léa.

—Así será, me voy en breve.

Arropada con el abrigo de terciopelo negro, abandonó el salón en compañía de Étienne en un incómodo y absoluto silencio. Cualquier palabra que se dijese iría en desmedro de la relación que él buscaba conservar. De nada serviría realizar las preguntas que él necesitaba hacer, porque la mente de ella

estaba en otro lado. Aún seguía envuelta en los brazos de Alex, bajo la melodía, con la letra en sus oídos.

Pon tu cabeza en mi hombro,

susurra en mi oído, bebé,

palabras que quiero escuchar.

Dime que también me amas.

Ella estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no percibió cómo unos ojos verdes la observaban marcharse del lugar.

CAPÍTULO 5

Un lazo indestructible

Léa se encontraba sentada con las piernas recogidas en el asiento y la cabeza apoyada sobre las rodillas. El amanecer comenzaba a clarear, pero ella continuaba en vela. No había logrado dormir porque, cuando cerraba los ojos, los recuerdos cobraban mayor dimensión. No quería que eso sucediera, pero la silueta que había creído ver detrás de la columna del salón del Hotel Ritz había cobrado vida. La presencia de Alex la había conmocionado de tal manera que no podía dejar de pensar en él. ¿Por qué habría regresado a París? ¿Por qué no se había puesto en comunicación con ella antes, si en verdad buscaba verla? ¿Cómo sabía que esa noche ella estaría allí, si él vivía en los Estados Unidos? ¿Desde cuándo estaba en la ciudad? Una y otra vez regresaban los interrogantes sin respuesta. Una marea de confusión le anegaba los pensamientos.

En medio de la conmoción, no se había desvestido. Aún tenía el vestido de gasa color lavanda que con tanta ilusión se había puesto. Necesitaba salir del cuarto para despejarse. Con las pocas fuerzas que le quedaban, fue al baño y se miró en el espejo. El poco maquillaje que llevaba se le había corrido. Se lavó la cara para quitárselo. Eligió un pantalón negro con una camisa de seda color crema. Un tapado negro completaría el atuendo en una fría mañana. Antes de salir, se colocó una bufanda de lana. El gélido viento le golpeó el rostro y la espabiló de cualquier vestigio de sueño que pudiera tener.

Con un poco de caminata y otro tanto en el metro, alcanzó L'Hôpital Pitié-Salpêtrière. Creía que esa sería la mejor manera de despejar la mente; trabajar le parecía una buena terapia para alejar los pensamientos que la habían perseguido toda la noche. No había reflexionado sobre Étienne ni sobre qué le respondería a las preguntas que él seguro haría. Durante el trayecto que había durado el viaje de regreso a la casa la noche de la velada, no habían trabado algún diálogo.

Cuando entró, prefirió evitar la sala de profesionales y fue directamente hacia el cuarto de la paciente Majeswski. Allí no estaría el doctor Boyer, aún no habría comenzado la recorrida. No esperaba verla despierta tan temprano, parecía que se había mantenido estable y que la medicación no la había abrumado.

—Buen día, Irenka.

Notó cómo la enferma giró la cabeza hacia ella. Se la veía atenta. Léa

quería que mantuviese siempre ese estado de humor.

—Veo que ambas nos hemos despertado temprano.

—En realidad, no he dormido mucho.

—En eso también coincidimos —concordó Léa.

Una tenue sonrisa asomó por el ajado rostro de la mujer.

—Puedes contarme qué te sucedió para que no pudieras dormir.

—Hubo una presencia en la habitación.

La imaginación y la alucinación eran temas importantes para tener en cuenta en un paciente. Debería indagar más sobre lo sucedido.

—¿Qué más me puedes contar?

—Que él ha estado aquí, aunque no me ha querido despertar.

—Pero ¿lo viste?

El relato confundía a Léa. La última vez, la paciente le había mencionado que ese doctor se había despedido porque no volvería, sin embargo, ahora le manifestaba que él había regresado. Irenka no sabía cuánto Léa quería creerle.

—Así es. Y como la otra noche, me dejó un mensaje.

—¿Cuál?

—Yo le había hablado de usted, le dije que usted buscaba conocerlo.

—Entonces…

—Busque en mi cuaderno de notas, el que usted me regaló.

Léa creyó que, si encontraba algún mensaje, la misma paciente podría haberlo escrito. Tomó el anotador y lo abrió para corroborar lo dicho por Irenka. En una de las primeras hojas vacías, había un recorte de papel que decía:

Sé que te debo una explicación sobre el motivo por el que me presenté ayer en el hotel. No quiero que volvamos a separarnos, menos de un mal modo. Este es el momento que tengo para contarte todo lo que deseas saber. Respeté tu distancia, la que me pediste cuando huiste; ahora te pido que consideres la

necesidad que tengo de verte. Te espero en La Rotonde cuando salgas del hospital. Allí te estaré aguardando, como siempre.

Tuyo, Alex (aquí, me conocen como Gautier).

¿Por qué había estado allí con Irenka? ¿Qué buscaba en el hospital? ¿Cuál era el motivo que lo había llevado hasta allí? ¿Se habrían cruzado sin que ella lo notara?

—Doctora.

Con la nota estrujada en la mano, Léa levantó la vista para mirar a la paciente. En ese instante notó que era ella quien estaba desconcertada y alborotada. Irenka la miraba con la calma que a ella le faltaba.

—¿Necesita algún calmante?

No había sedante alguno que pudiera calmar la ebullición del sentimiento que afloraba en ese mismo instante. No habían pasado veinticuatro horas desde que lo había visto para descubrir que el fantasma de Gautier se cristalizaba en la persona de Alex.

—Ya le dije que él es especial; a mí me ha tratado así.

Léa no pudo decir nada.

—¿Me cree ahora? —insistió Irenka.

—Claro que te creo. —Le acarició la mano—. Me encantaría que me dijeras qué fue lo que ambos hablaron.

—Seguro que él le podrá contarle mejor y ser más claro que yo.

En ese instante, la puerta se abrió y una enfermera ingresó para controlar los parámetros de la paciente. Ya debía desayunar y levantarse para comenzar con la terapia que tendría en breve.

—Nos vemos en el salón.

Léa salió de allí más confundida que cuando había llegado. No quería ir a ese encuentro, parecía que a cada minuto todo se enmarañaba más. Él no podía llegar a la ciudad y buscarla sin más, aunque le dijera que le daría todas las explicaciones que habían quedado en el aire desde el mismo momento en que ella había abandonado Estados Unidos.

La presencia de Léa en el hospital se volvió apenas imperceptible. No había

hablado con nadie, ni siquiera con Boyer, que se mantenía allí intentando descifrarla sin lograrlo. Ella daba por sentado que él creería que la indiferencia se debía a lo sucedido la noche anterior.

—Léa, no te veo bien.

—Estoy algo cansada de la noche de ayer y agotada con lo que se viene.

El hastío había llegado a un punto de no retorno para el médico, que buscaba desentrañar lo que le sucedía a Léa.

—No me gusta que me mientan. —Se le acercó.

—Étienne, no me siento bien.

—Es por él, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres.

—¿Crees que soy estúpido?

—No dije eso y no quiero levantar un espectáculo aquí dentro.

Él le sostenía el brazo por el codo con el ánimo de detenerla.

—Quiero saber quién es él y desde cuándo lo conoces.

—¿Piensas que este es un lugar adecuado para saldar nuestras diferencias?

—No, pero necesito respuestas y quiero tenerlas ahora.

—No las tendrás de este modo. Te pido que me sueltes.

Él asintió, no podía controlar lo que ella le generaba, sin dudas lo sacaba de las casillas.

—Vuelvo a preguntarte de dónde lo conoces.

—Él es un amigo de la familia, lo conozco hace tiempo.

—Parece que tienes bastante confianza.

—Étienne, no vayas por ahí. Que lo conozca hace tiempo no quiere decir nada.

—No volverás a verlo, ¿verdad? No quiero que vuelvas a cruzarte con él. Si es necesario, hablaré con tus padres.

La cabeza de Léa latía fuerte. Para nada quería una discusión que no los llevaría a nada. Él nunca escucharía lo que no deseaba oír.

—Estoy cansada, Étienne.

—Te llevo a tu casa.

—Gracias, pero prefiero ir sola.

Él se calló y la dejó irse. Dio algunas instrucciones antes de abandonar el hospital. Buscó el automóvil y condujo hacia la casa de Léa para comprobar que no le hubiese mentido. Detestaba que la joven tuviera ese poder de hacerlo sentir por debajo de todo. Estacionó a metros del domicilio a la espera de que ella apareciera. Estaba seguro de que le había mentido. A su edad, no podía darse el lujo de que lo tomaran por estúpido. No obstante, debía darle tiempo hasta que llegase en el metro hasta ahí. Por tercera vez, observó el reloj. Cuando creía que la ira se había apoderado de su cuerpo, observó la silueta de Léa entrar a la casa. Colocó las manos en el volante y negó con la cabeza, para intentar quitarse todos los pensamientos oscuros que se habían apoderado de él. Comprendía que se había equivocado. Arrancó el vehículo.

* * *

Hacía tiempo que Alex no recorría las calles del barrio Montparnasse. Cuántos años habían transcurrido desde que él había abandonado esa tierra para emprender una nueva vida de la mano de su tía y el marido, quienes se habían hecho cargo de él y lo habían llevado a los Estados Unidos. Había regresado a París, no siempre con tiempo para dedicarse a pasear, salvo cuando había vuelto solo para visitar a Léa. Continuó caminando por el *boulevard du* Montparnasse hasta la esquina con el *boulevard* Raspail, donde se erigía la *brasserie*. Los toldos de color bermellón techaban parte de la acera en donde un número de mesas se ubicaban a resguardo. A pesar del frío, algunos comensales tomaban una bebida viendo el deambular de los transeúntes. Alex buscó un lugar reservado con vista hacia la entrada. Desde allí podía observar el ingreso de cualquier persona. Sin embargo, no había aparecido aún Léa. A la primera cerveza que bebió de golpe, minutos después, le había sumado otra. La única compañía era el segundo cigarro que fumaba a grandes bocanadas. De momento, se distraía con el encendedor que tenía en los dedos. No se había molestado en observar la hora. Había una posibilidad de que ella no llegara. ¿Podía culparla? Claro que no.

El humo gris del Lucky Strike no impidió que ella notara la masculina estampa. Desde un costado de la acera, envuelta en un abrigo con las solapas

levantadas, Léa lo había estado contemplando a través del cristal de la ventana. Creía que él no la esperaría. Por más que en un principio ella se había negado a concurrir, fueron mayores los deseos por tener respuestas que la convicción de no ir. Más allá de las diferencias, existía un lazo indestructible que hasta ahora ni las discusiones ni la distancia impuesta por ambos había podido cortar.

El frío reinante le impidió continuar allí. La espera había sido suficiente. Más allá de que ella debió pasar por su casa, bañarse y cambiarse para quitarse el mal humor provocado por la discusión con Boyer, necesitaba saber si Alex la esperaría. Había una probabilidad de que no lo hiciera y, si así fuera, ella se libraría de continuar con el sentimiento que la enredaba y la confundía, que le impedía avanzar. Sin embargo, existía una parte de ella que pedía a gritos que él estuviera esperando allí. En ese caso, debía tener las ideas claras si quería enfrentar a Alex. Se arrebujó el abrigo y entró. No necesitó ni mover la mano para indicar que estaba allí, porque la mirada verdosa de él la había acompañado desde el mismo instante en que ella había entrado al lugar. En el rostro de él apareció ese gesto característico cuando algo en verdad lo alegraba: una tenue sonrisa de costado.

—Creías que no te esperaría.

Él tenía razón, pero ella no lo admitiría. Léa se sentó sin siquiera darle un beso; creía que, si deseaba hablar, lo mejor era mantener cierta distancia para evitar confusiones.

—No lo sé.

—¿Lo dudas aún?

El gesto de ella al frotarse las manos hizo que él llamara al mozo.

—¿Qué quieres tomar?

—Algo caliente.

Él asintió e hizo el pedido al camarero, luego centró la mirada en ella. No se le había escapado la falta de saludo. Había previsto que estuviera enojada.

—Quiero que sepas que he venido para obtener respuestas. Y lo primero que quiero saber es qué te llevó a ir al hospital y manipular a mi paciente. No puedo creer lo que has hecho.

—Te lo diré, aunque creía que necesitabas explicaciones desde tu huida de Nueva York.

Bastaron unos segundos para que ella se transportara al apartamento de él cuando, en un tris, había hecho la maleta y escapado de allí con lágrimas en los ojos y el corazón roto.

—No creí que tu visita acabase de ese modo.

—Fue lo mejor que pude hacer.

—¿Por qué?

—He venido a buscar respuestas y no a darlas. Aunque, dicho sea de paso, Steph estaba agradecida de que al fin me fuera.

El camarero acababa de llegar con el pedido. El único sonido que se escuchó fue el ruido de la vajilla al deslizarse sobre la mesa de madera. Léa bebió de un sorbo el té con manos temblorosas, aunque no por el frío. Al levantar la vista, notó que él no le quitaba la mirada de encima.

—Steph ha sido una buena amiga desde que arribé a Nueva York.

—Amiga como lo soy yo.

—No, ninguna otra relación se asemeja a la que tengo contigo.

Él la abrazaba con la mirada, no había hecho un movimiento para siquiera rozarle la mano, pero podía percibirlo como si lo hiciera. La intensidad con que le hablaba ponía de manifiesto la carga en cada una de sus palabras.

—A ella la veo cuando estoy en la ciudad, y no siempre estoy ahí —completó quitándole importancia.

A pesar de los dichos, Léa recordaba el fuerte reclamo en la puerta del apartamento de Alex. Solo una mujer enamorada podría hablarle a otra de ese modo

—Parece que ella no piensa lo mismo.

—Se lo hice saber cuando me enteré de que te molestó antes de que decidieras irte. Espero que ella no haya sido el motivo por el que huiste.

—Igual no importa.

Léa pretendía restarle importancia porque no buscaba ponerse en evidencia frente a él ni desnudar los sentimientos que Alex le provocaba.

—Lena, importa si eso te molestó. No te lo aclaré en una carta o una llamada porque me pediste que me mantuviera lejos. Intenté respetar tu deseo.

Sabía que para ti era importante que lo hiciera. No quería provocarte mayor dolor.

Escuchar que la nombraba de ese modo revelaba la confianza y la complicidad que había entre ellos, y él lo sabía.

—Siempre has hecho caso de lo que te dicho —retrucó la joven con desdén e ironía porque necesitaba estar distante de sus emociones, aunque le costaba mucho al tenerlo enfrente.

—No, tienes razón, no suelo hacerte caso —replicó con una sonrisa de costado.

Ambos se habían conocido en el peor momento de sus vidas. Lo habían perdido todo y solo se tenían el uno al otro. La honestidad del vínculo los había hecho conocerse más allá de lo imaginable. Los años habían pasado y cada uno había tomado un rumbo diferente.

—Me gusta que lo reconozcas. Entonces…

—Por ese motivo te seguí hasta al aeropuerto para verte por última vez y saber que no tendrías complicaciones —dijo ante el estupor de Léa—. Te conozco y entendía que no podría hacerte cambiar de opinión.

—¿Estuviste allí cuando me iba?

—Sí, acompañado con la nota de despedida que me dejaste. Podría recitarte cada escueta línea que me dedicaste.

—Me sorprende que lo hayas hecho.

—¿Por qué?

—Creía entender que la distancia era lo que necesitabas para evitar perder lo que tenemos.

Eso mismo le había dicho él en el festejo del cumpleaños de Léa. Alex no toleraba perderla y entendía que la relación que tenían pendía de un hilo.

—¿Y qué crees que tenemos?

—No lo sé, ¿qué piensas tú?

Léa ya había abierto su corazón tiempo atrás. Ella había sido clara con los sentimientos que por él tenía. Había luchado por superarlos. No volvería a poner su corazón sobre la mesa.

—No le pondría un nombre, solo puedo decirte que “esto que tenemos” es lo más importante que hay en mi vida, y es por eso que no quiero ni puedo perderlo. Eso era lo que pensaba cuando hablamos. También sé que, si supieras más de mí, te convencerías de que no estoy equivocado y de que no soy lo mejor para ti ni lo que necesitas. Quizás, hasta seas tú quien quiera dejar las cosas como están.

—¿A qué te refieres?

—Cuando llegaste, lo primero que quisiste saber es por qué estuve en el hospital. Piensas que manipulé a Irenka. No creo haberlo hecho, pero necesitaba las respuestas que ella podía darme y que me permitieran continuar con lo que hago. Sabes que, si no hubiera sido necesario, no lo hubiese hecho.

—No entiendo.

—Cuando abandoné Francia, comencé una nueva vida en Estados Unidos, una vida que no es la que crees. Hay cuestiones que evité contarte porque sabía que te angustiaría, y prefería que te mantuvieras al margen de las cosas que me tocaron vivir. Saber que día a día ibas recuperando lo perdido en Gurs me alegraba. Al menos lo habías logrado.

—Alex, ¿a qué te refieres cuando mencionas las cosas por las que debiste pasar?

—Seguir adelante no ha sido fácil para mí. Por momentos, me veo en aquel campo de internamiento buscando respuestas que no lo logro encontrar. Eso me destroza.

—Te equivocas si las buscas, debes reconciliarte con el dolor y la injusticia que significaron las pérdidas que ambos sufrimos. Es la única manera de seguir adelante.

No había sido fácil para Léa lograrlo, pero, con el cariño de su familia y la terapia, había logrado dar grandes pasos en relación con la crueldad vivida. Las pesadillas habían mermado. Los fantasmas del ayer no habían desaparecido, pero estaban enterrados en las telarañas del pasado. Ella no buscaba desempolvarlos por nada del mundo. No, cuando creía haber encontrado un camino por el que podría sanar y dejar todo atrás. Alex parecía conducirse por el camino opuesto.

—Me encantaría pensar de ese modo. Para hacerlo, debería reconciliarme con el perdón. Esa palabra no existe en mí vocabulario, al menos, por ahora.

—Alex.

—Hace un tiempo me uní al Mossad.

El Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales era una agencia de inteligencia israelí creada a instancias del primer ministro David Ben-Gurión. No hacía más de diez años había sido fundada para velar, por aquel entonces, por el reciente Estado de Israel y actuar en contra de la resistencia palestina y sus aliados árabes. A estas controversias, se había sumado lo acontecido en la finalización de la Segunda Guerra Mundial. Millares de sobrevivientes del holocausto, por tierra o ferrocarril, habían atravesado los Balcanes para embarcarse y cruzar el Mediterráneo hasta alcanzar las costas de Israel. Varias de las embarcaciones habían sido adquiridas por organizaciones humanitarias norteamericanas, comandadas por judíos que buscaban colaborar con sus semejantes. Tras la guerra, el juicio de Núremberg había impartido justicia al sentenciar a los jerarcas nazis, autores de las mayores atrocidades cometidas, aunque no todos habían sido apresados. Varios de ellos habían logrado escapar. Las fugas se habían dado gracias a la colaboración de los más insospechados cómplices. Algunos contactos en el Vaticano habían sido de ayuda para lograr la huida de los alemanes. La agencia de inteligencia israelí pretendía poner fin con los que aún seguían libres, buscándolos alrededor del mundo.

—Eres la única que lo sabe, mejor dicho, la única persona que me interesa que lo sepa. Al resto de la gente le invento que trabajo en cualquier otra disciplina. En mi casa, tampoco lo sabe mi tío —agregó antes que ella le preguntase—. Hace tiempo que abandoné la ciudad en la que me criaron.

Alex y su nueva familia se habían instalado en un pequeño pueblo dentro del estado de Pensilvania, al noreste de los Estados Unidos. Allí había completado los estudios.

—Era normal que buscara mi camino y él así lo entendió. Luego de la muerte de mi tía Edna, todo cambió entre nosotros. De niño, yo sabía de la existencia de mi tía al otro lado del océano. Sabía que se querían con mi madre.

—Si Edna no hubiera tenido un sentimiento profundo por tu madre, no habría venido a buscarte hasta aquí.

—Lo sé.

—Kacper ha sido importante en la vida de Edna —agregó Léa al conocer la historia de boca de Alex.

Léa tenía referencia de ese hombre por los comentarios de Alex. Según sabía, no había sido fácil para Edna soportar la muerte de su primer esposo, tampoco no haber podido tener hijos con él. Nada había quedado de aquella

sentida relación que ella había mantenido con su marido. El paso del tiempo había servido de bálsamo para su pesar. Cuando creía que se había recuperado de esa pérdida, estalló la maldita guerra. Desde los Estados Unidos vivió, como pudo, lo que sucedió en territorio europeo, rogando que su hermana estuviera a salvo. Sin embargo, no fue así, y lo único que la sacó del dolor fue saber que su sobrino estaba con vida. No bien pudo, no dudó en embarcarse e ir en su búsqueda. La soledad y el dolor no habían sido buenos compañeros de viaje, aunque las ansias por encontrarlo la mantenían con la esperanza necesaria. En medio de los trámites para llegar hasta Alex, conoció a Kacper. Nunca creyó que la vida le daría otra oportunidad de la mano de ese hombre. Comprendía que las oportunidades se presentaban pocas veces y, en esa ocasión, no pensaba desaprovecharla. Cuando logró completar el papeleo por Alex, contrajo matrimonio con el hombre con quien buscaba tener la familia que había perdido. La diferencia era que ahora lo hacía con un niño en la casa, ese hijo que la naturaleza le había vedado tener. No habían sido muchos los años que había podido compartir con Alex y la nueva familia, ya que la muerte la encontró tempranamente.

—Con él ha sido diferente, tampoco tenía la necesidad de cargar conmigo. Yo me sentía de ese modo. Cuando pude, me independicé y lo liberé de ese peso.

A Léa se le aceleró el corazón cuando oyó lo que le decía Alex. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Él no ha sido ajeno a lo que nos tocó vivir. También ha huido como nosotros de la guerra.

—Lo sé.

Alex comprendía que cada uno lo vivía de manera diferente. Él estaba frente a Léa, que transitaba el pasado por un camino distinto a él. También su tío, y era eso lo que lo diferenciaba.

—¿Cuál es el motivo real por el que ingresaste al Mossad? —le preguntó preocupada porque sabía del peligro que significaba que él fuera parte de esa agencia.

—No logré encontrar la paz que tienes. Necesito que los que hicieron tanto daño paguen.

—¿Te refieres a venganza?

—Según se vea, venganza para unos, justicia para otros.

—No es lo mismo.

—Entiendo que no lo comprendas. Por eso preferí que te alejaras de mí. Aquella noche, la de tu cumpleaños, te dije que no creía que pudiera cumplir con las expectativas que tenías en cuanto a nosotros.

—Alex…

Él enredó los dedos con los de ella.

—No todo está perdido, porque apareciste y eres lo único bueno que tengo a mi lado.

Esas palabras golpearon el corazón de Lena, porque sabía que hablaba con una sinceridad brutal. De algún modo, solo ella tenía acceso a Alex.

—Aún tienes a parte de tu familia.

Un encriptado silencio sobrevoló la conversación.

—Yo no tengo familia. Sé a quiénes te refieres, pero con la muerte de mi tía se acabó todo.

—Aunque no lo consideres, lo tienes a Kacper.

—Lo sé, pero no es lo mismo. Podría explicártelo, pero creo que no lo entenderías. Con él he intentado llevar una buena relación, aunque pienso que la ausencia de Edna complicó nuestro vínculo. Ella actuaba como un eslabón de unión; al faltar ella, todo se desmadró. Por momentos me siento un desagradecido frente a él, en otros creo que debo seguir mi camino sin dar demasiadas explicaciones. Solo me interesa dárselas a quienes me importan —aseguró al clavarle la mirada a Léa.

—Puedo comprenderlo, pero no me pidas que entienda y me quede tranquila ahora que sé que formas parte de esa agencia. El peligro acecha en cada misión que emprendes. Lograste, en verdad logramos, huir del peligro; no tienes necesidad de ir a su encuentro.

—¿De verdad me lo dices? Justo ahora que te vas a Argelia.

—No es lo mismo.

—¿Cuál es la diferencia?

—Voy a colaborar en una misión humanitaria.

Léa estaba convencida de que trabajar bajo esa fachada le daría la cobertura para accionar sin sentir alguna amenaza.

—A nosotros, una organización de ese tipo nos salvó la vida —agregó él—, pero eso no lo hace mejor.

—No lo creo. Por eso, mi familia no puede negarse a que haga lo que ellos, tiempo atrás, hicieron.

—Ahí tienes, yo también lo haré desde la agencia de inteligencia.

—Alex.

—Lena, es una decisión que tomé hace tiempo ya, y ni siquiera tú lograrías que la cambie.

—Sé que no tengo ese poder.

—No es eso. Si quiero continuar adelante, antes debo saldar una asignatura pendiente: encontrar a quienes fueron parte de lo sucedido.

—¿Y por qué visitaste a Irenka?

—Necesitaba la información que ella podía darme para certificar la identidad de alguien que estuvo en Auschwitz y que logró escapar. No puedo contarte más que eso.

Hacía tiempo que estaban detrás de ese hombre, aunque aún no se tenía la certeza de que en verdad fuera el que estaba en la fotografía. Se requería de testimonios que lo aseveraran. El cambio de apellido de ese sujeto, la nueva vida y otro destino de residencia dificultaban todo. Los fugitivos habían buscado lugares en los que sería difícil encontrarlos, ya fuera por la distancia o por la protección política que se les brindaba. En uno u otro caso, se estaba detrás de ese comandante nazi.

—Y vas tras él.

Alex asintió sin contar más.

—Y también a encontrar respuestas sobre tu madre —agregó ella.

Él no podía borrar el recuerdo de su madre, que había pedido cambiar su lugar por el de él, cuando se enteró de que los alemanes habían confeccionado una lista para llevar miles de judíos de Gurs con destino a Auschwitz. Eso le había posibilitado ser rescatado por la *ose* –Oeuvre de Secours aux Enfants–, la organización que bregaba por el rescate de niños judíos confinados en los campos de concentración. A él le habían cambiado el nombre de Ariel por el de Alex para que pudiese moverse –eso había escuchado– y camuflarse sin ser detectado por su condición de judío. Sin embargo, nadie había logrado

modificar sus raíces. La historia de su madre permanecía latente dentro de él. En esos años había buscado el recorrido de ella y sus últimos momentos. Hasta que no lo supiera, no encontraría la paz que necesitaba.

—También sé que no puedo indagar y buscar a los que estuvieron en aquel maldito campo de concentración. Es como si nadie me pudiera decir más de sus últimos días en los que estuvo confinada antes de morir.

—Irenka ha estado allí —aseveró.

Parte de la historia que conocía de su paciente la había conmovido de un modo muy especial. Ella también era una sobreviviente. Los olvidos en la mente en Irenka eran una manera de protegerse del dolor vivido.

—Lo sé, pero no he logrado encontrar alguna conexión con ella y mi madre. No puedo hostigar a quienes estuvieron allá para poder cerrar mi historia. Claro que he investigado y comprobé que ella fue una víctima directa del hombre que estoy buscando. Nadie que haya estado en Auschwitz puede olvidarlo. Por ese motivo, y porque debo cumplir con una misión, he estado en el hospital. Claro que sabía que trabajabas ahí.

—Evitaste verme.

—Así es. No quería involucrarte con mi trabajo. No busco salpicarte con mi pasado.

—Alex…

—Es así, Lena. Además, escabullirme por las noches era más fácil. Las enfermeras que cubren ese turno son más dóciles para concederle un favor a un médico que necesita ver a un paciente —replicó con una tibia sonrisa.

—Y lo hiciste durante unas noches.

—Sí. Conocer a Irenka me impactó más de lo que creía. Ella tendrá unos años más que mi madre. Verla tirada allí con vida, sin poder olvidar el rostro de su verdugo, me heló la sangre. Fue por eso que regresé ya no para buscar más información, sino para reconfortarla con algo que le llevé.

—Te refieres a las famosas galletas que me convidó y guardó en secreto para que nadie se las tocara.

Atrás había quedado el ímpetu con el que Léa había abierto el diálogo en busca de explicaciones sobre Irenka. Ya no se cuestionaba la manipulación que él había hecho, porque Léa habría obrado del mismo modo si con eso hubiera podido reconciliarse con lo sucedido tiempo atrás. Lamentablemente,

él aún no lo había hecho y desconocía si en algún momento lograría hacerlo. Entendía que de eso dependía poder estar juntos.

—Necesitaba estas respuestas. Gracias.

Léa se revolvió en la silla. Ya no quedaba mucho más por hablar. Desvió la mirada para saber si el camarero se fijaba en la mesa para dar por terminada la conversación.

—¿Quién es él?

Otra vez, él volvía a descolocarla. Creía que ya habían dejado todo claro.

—Ya te lo presenté en la noche de ayer. Se llama Étienne Boyer, es un gran médico.

—Dime algo que no sepa.

—Alex, no creo que sea importante para ti.

—¿Él sí lo es para ti?

—No es de tu incumbencia.

—Todo lo referido a ti lo es.

Al escucharlo, una tibia sonrisa asomó por el bello rostro de Léa

—Te libero de que sigas protegiéndome. Puedo asegurarte que no es necesario.

—Ya lo sé, y no lo hago por eso.

—Entonces…

—Eso deberías decírmelo tú. Supongo que no será de la partida en tu viaje y se quedará aquí.

—No creo que nos lleve a algo hablar de mi vida. Ya quedó claro lo que nos sucede y en cuál estadio estamos de nuestra relación, no la enturbiemos. Además, estoy cansada.

Él asintió sin demasiado convencimiento. Levantó la mano para llamar al mesero y saldar la cuenta. Poco después, la condujo con la mano en la cintura por el salón del lugar hasta salir a la acera.

—Te acompaño.

—No es necesario.

—¿De verdad lo dices?

Alex la tomó de la mano y detuvo un taxi para acompañarla hasta la casa. El silencio imperó durante el trayecto hasta llegar a destino. Alex se bajó con ella y dejó ir el vehículo que los había llevado hasta allí.

—Prefiero regresar caminado —replicó antes de que Léa se lo preguntara.

—¿Dónde te alojas?

—No lo hago en el hotel de siempre, sino en un piso a pocas cuadras de aquí.

—Ah.

—Toma. —Le entregó un escueto papel con la dirección—. Quiero que sepas que puedes encontrarme aquí si me necesitas. Al menos estaré acá unos pocos días, hasta que deba irme de la ciudad.

—Gracias.

Alex tomó la barbilla de Léa. Sin dejar de mirarla, bajó la boca hasta alcanzar la de ella. El dulce roce inicial de sus labios se transformó en una necesidad urgente de sentirse y saborearse. Cuanto más profundizaba ese beso, mayor era el deseo de ella. Con la lengua, le recorrió el interior reclamándola. Hubo algo que lo hizo detenerse; debía hacerlo, aunque no quisiera.

—Lena…

—Lo único que te pido es que no me digas que ha sido una equivocación.

—No —replicó al recorrer con el dedo los rojizos labios de ella—, es lo que deseo hace mucho tiempo. No quiero perder lo que tenemos, pero no me puedo resistir a lo que siento por ti.

Ella asintió con una tenue sonrisa. La satisfacción le ensanchaba el pecho y le aceleraba los latidos del corazón.

—Lena, cuídate mucho.

Sin voltear la cabeza hacia atrás, Alex se alejó para regresar al apartamento envuelto en una maraña de pensamientos y sentimientos, acompañado por el humo de su cigarro. Léa se había quedado parada, a pesar del frío, sin poder entrar a la casa. Durante mucho tiempo había perseguido eso, y justo sucedía

tan cerca de emprender el viaje. Con lágrimas en los ojos, entró por fin. Entre las sombras y la penumbra reinante de la sala, vislumbró la silueta de una joven. Al lado de la ventana, estaba Chloé observándola.

—No es un buen momento para hablar.

—Me quedé estudiando y decidí esperarte. ¿Estás bien?

—Sí, solo cansada y prefiero ir dormir.

A mitad de la escalera se detuvo porque su hermana la llamó.

—Él sí me gusta. Solo quería que lo supieras.

Sin más, Léa ingresó a la habitación sabiendo que le costaría descansar. No podría con el remolino emocional que arrasaba con ella.

Capítulo 6

Sin arrepentimiento

La mañana había amanecido anodina. El cielo ceniciento auguraba una jornada destemplada, característica del crudo invierno que azotaba la ciudad. Léa se había levantado conmocionada con todo lo vivido la noche anterior. No había dejado de pensar en Alex ni en lo que a ella le importaban las confesiones que él le había hecho. Por más que quisiera, no podía mantenerse indiferente a lo que sentía en medio de los cambios que sufriría en breve su vida. Descolgó el abrigo negro y se colocó una bufanda verde para paliar el viento que soplaba en distintas direcciones. Alcanzó el metro, pero no para hacer el trayecto que solía realizar a diario. No había tenido tiempo para avisar al hospital que llegaría más tarde, ya que debía concurrir hacia la dependencia de la *acnur* para combinar los preparativos que aún estaban en ciernes. Ella había recibido la citación en medio de la vorágine de esos días. Creía que nadie se preocuparía en la institución médica por el retraso de unas horas. Léa se detuvo en el edificio antes de entrar por la puerta de madera y hierro forjado.

La Oficina del Alto Comisionado de la Naciones Unidas para Refugiados era una delegación de la sede central creada en Suiza hacía casi una década. Con su predecesora, la Organización Internacional de Refugiados, se había dedicado a asistir a miles de personas que habían huido de Europa en el marco de la Segunda Guerra Mundial. La loable función de la *acnur* le había valido la obtención del premio Nobel de la Paz a poco de haberse creado.

—¿Léa Dubois?

—Así es.

—La están esperando. —La empleada señaló una sala.

Apresuró el paso y entró luego de golpear. Se sorprendió al ver que otras personas estaban sentadas. El recibimiento fue afable y sin mayor formalidad. Vincent Laurent, el hombre que le había dado la bienvenida en la gala del Hotel Ritz, los saludó. Sin dudas el rostro afable de Laurent brindaba confianza.

—Los he reunido para que se conozcan y sepan con quiénes van a trabajar de ahora en más. Me gustaría que se vayan presentando.

—Soy Brigitte Dupont, he estudiado enfermería y siempre he querido ser

parte de una organización de este tipo. Cuando la conocí, no dudé en postularme.

—Mi nombre es Camille Lambert y he sido compañera de ella. —Señaló a Dupont—. Mis razones son parecidas. Me alegró haberme unido a ustedes.

—Pierre Lemaire, soy médico y hace tiempo que pertenezco a esta organización.

—Él está más acostumbrado a las complicaciones que pueden surgir —agregó Laurent.

La puerta se abrió de golpe. Asomó un hombre con un equipo fotográfico a cuestas. No había que ser muy perspicaz para saber cuál sería la función que cumpliría en el viaje.

—Aquí está Hakim —lo presentó Laurent.

—Disculpen por el retraso, pero mi trabajo no me permite cumplir con los horarios.

—Él tampoco es la primera vez que se une a nosotros.

—No. Pero ahora tengo razones personales para hacerlo. Nací en África y me crie acá. Nunca dejé de viajar a mi tierra, así que veo todo lo que sucede. Está claro el motivo por el que quiero estar allá.

—Es importante su participación porque conoce la zona. Ahora resta Léa, ¿verdad?

—Así es. Me apellido Dubois y me dedico a la psicología. Creo que puedo ayudar con mi profesión. Me animan motivos personales para ser parte de la misión. Mi infancia ha transcurrido en Gurs y comprendo la necesidad de huir para refugiarse en un lugar seguro fuera del conflicto del que uno no es parte.

—Gracias. Les decía antes de presentarse que son muy diferentes los inconvenientes que pueden darse en tierra africana. No será fácil lidiar con cuestiones de último momento, por eso es importante que se conozcan y aprendan a tener confianza en el otro. —Los presentes asentían—. Si alguno de ustedes tiene alguna duda o no desea ser parte de la misión que emprenderemos, es el momento de decirlo. No los juzgaré. Es preferible que lo hagan ahora, porque necesito que todos estén comprometidos con la causa. —Unos con otros se miraban asintiendo en silencio—. Debo confesarles que este no ha sido el motivo principal por el que los cité. —Cierta inquietud se generó en los convocados. Se miraron sin comprender qué otra cuestión podía ser de importancia—. Todos saben que la situación política no se aclara y que

la cuestión humanitaria es a todas luces insostenible. Por esta razón, se ha adelantado el viaje: en una semana deberán partir. Creo que es tiempo suficiente para que dejen sus cuestiones en orden y se centren en lo que debemos hacer en Argelia. —Se escuchó un leve murmullo. De inmediato Laurent se levantó y desenroscó un amplio mapa de la zona de conflicto, que desplegó sobre la mesa—. El avión partirá en la madrugada para llegar a Argel a primera hora del día. Es mejor para que alcancen temprano el hotel en donde coordinarán las acciones.

—Aclara que no nos quedaremos allí muchos días —comentó Hakim con una sonrisa que le iluminaba el rostro caoba.

—Hay hospitales de campaña, pero todo dependerá de lo que suceda cuando estén allí. Deberán acudir a nuestros contactos, pero no siempre se puede pronosticar qué va a ocurrir, ya que la zona es un polvorín.

—Con nosotros, no suelen meterse —aclaró el médico del grupo.

Pertenecer a una organización humanitaria otorgaba el resguardo necesario para operar en la zona. Aunque siempre había excepciones, y a eso apuntaba Vincent. La reunión continuó con los detalles necesarios para emprender semejante empresa.

—Señores, Anaïs, la empleada que los recibió, se contactará para comprobar que cuentan con la documentación en orden. Si hay algún inconveniente, ella se encargará de arreglarlo. Nos veremos antes de su partida. Quiero agradecerles una vez más.

Luego de los saludos, cada uno de los concurrentes enfiló hacia la salida.

—¿Alguno de ustedes quiere desayunar? —preguntó Hakim.

Todos agradecieron al unísono, pero cada uno debía cumplir con obligaciones, que, según el nuevo calendario, debían dejar resueltas en menos tiempo que el previsto. El resto de los participantes se alejaba, mientras Léa se quedó distraída con su nuevo compañero, con la mirada fija en el equipo del fotógrafo.

—Una Pentax —aseguró ella—. Sin duda, sabes lo que haces.

—Por supuesto, y veo que entiendes del tema.

—Mi madre ha sido fotógrafa —dijo al recordar con inmenso cariño a Gabrielle—. Aunque ahora esté retirada, no deja de tomarnos fotografías.

—Te permite tener una mirada distinta del mundo. Además, mi profesión

me ha permitido viajar por distintos lugares.

—Me imagino.

—¿En verdad no deseas tomar un café?

—Gracias, pero debo ir a mi trabajo en el hospital, ya tendremos tiempo de hacerlo. Hasta pronto.

En el camino, no dejó de pensar el modo de encarar la conversación acerca de su desvinculación. La habían citado cerca del mediodía y trataría el tema con dos autoridades del área en la que ella trabajaba. Debía dejar los diagnósticos y las proyecciones de los pacientes que hasta el momento había tratado. Además de las notas escritas, había hecho algunas aclaraciones que esperaba que fueran aceptadas.

El hospital se encontraba en constante actividad. Una vez dentro, se dirigió hacia la oficina donde la aguardaban. Apenas entró, notó el semblante de los dos profesionales que la recibían. Comprobó que la entrevista no iría por carriles amenos. Luego de las presentaciones, su pálpito se concretó con la serie de preguntas que le hicieron.

—¿No cree que ha sido un tanto temeraria al asumir un compromiso que la desvincula de buenas a primeras?

—No lo veo de ese modo.

—Hay pacientes en juego, y no se les puede cambiar a los terapeutas porque sí.

—Entiendo. Esa no ha sido mi intención.

—Sin lugar a dudas, su juventud le ha jugado en contra al momento de tomar las decisiones.

En ese instante, la puerta se abrió y entró Étienne Boyer, a quien Léa no esperaba.

—Quiero que sepa que el doctor Boyer ha sido un elemento importante para su ingreso aquí.

—Lo sé y lo he agradecido, pero eso no me impide elegir otro camino en este momento.

La molestia de Étienne era palpable. Léa no creía que se debiera a su ausencia del hospital, sino a que se distanciaba de su vida. Sin embargo, él aún no se había dado cuenta de que nunca habían estado lo suficientemente

cerca.

—Sepan que he intentado hacerla cambiar de opinión, pero no ha sido posible.

—Cuando regrese, si les interesa, podría volver.

Intentó paliar los ánimos, pero de inmediato fue interrumpida.

—Señorita Dubois, no prometa algo que no pueda cumplir. Cuando usted esté de regreso, veremos si nosotros estamos dispuestos a contratarla nuevamente. ¿Qué dice, doctor Boyer?

—Tal vez su lugar ya haya sido cubierto por otro estudiante, al que, como a ella, le ofreceré la oportunidad de ser parte de esta consagrada institución.

—Les agradezco que me hayan permitido formar parte de este centro médico. Ha sido un gran desafío trabajar aquí.

Uno de los médicos se enfocó en unos papeles que llevaba en la mano sin ánimo de continuar con la entrevista. Ya estaba todo dicho.

—En la administración, le notificarán todo lo necesario para que abandone el hospital.

—Si se me permite, quisiera despedirme de mis pacientes.

—Doctor Boyer, ¿qué dice usted?

—Es mejor dejarlo así. Evitemos confundirlos más de lo ya que están.

—Entonces, será mejor que complete el papeleo antes de irme.

—Adiós, señorita Dubois.

Ella salió de la sala lo antes posible. La incomodad se había incrementado con la aparición de Boyer. Creía que, sin ánimo de apaciguar las aguas, las había revuelto aún más. En el camino a la oficina de administración, se desvió hacia el piso en el que se alojaba Irenka. Esperaba que aún no hubiera salido hacia la sala. No se había equivocado, pero se sorprendió de que estuviera en la cama con los ojos cerrados. Daba por sentado que se encontraba bajo los efectos de la medicación que buscaba aquietar los demonios que la invadían más de la cuenta.

—Irenka, vengo a despedirme, ya que debo irme del hospital por un tiempo —le susurró al oído—. Me gustaría volver a verte, pero que no sea aquí.

Sintió que la mano de la paciente apretaba la suya.

—Espero que sí —replicó con la voz pastosa.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de la mujer. Como no la soltaba, Léa le preguntó si quería decirle algo más. Tiró de ella para que se acercara.

—No quiero que me escuchen.

—Nadie lo hará, habla tranquila —murmuró siguiéndole el juego de confesiones.

—El doctor me dijo que vendría a verme a Reims también.

En ese instante la puerta se abrió para dejar entrar a Étienne. Léa se incorporó para voltearse; suponía que sería una enfermera, pero se equivocó. Estaba convencida del delirio de la paciente si creía que Boyer era el autor de esa promesa. Los dichos de Irenka confirmaban que hablaba de su adorado doctor Gautier.

—Sería bueno que, en tu último día, hicieras caso en lo que se te dice.

—Justamente, por ser el último día es que no lo hago —respondió al sentir otro apretón en su mano.

Al mirar a Irenka, notó que estaba con los ojos cerrados como si hubiese ingresado a un sueño profundo del que nadie podría sacarla. Sin embargo, apostaba lo que tuviera que estaba atenta a lo que sucedía alrededor.

—Léa, ¿qué haces aquí?

—Ya me iba.

—¿Cómo crees que deba sentirme al saber que te vas antes de lo esperado? No es lo que me dijiste. Espero que la llegada de ese amigo tuyo no tenga algo que ver con la decisión de abandonarme.

—Si me voy, no es por el motivo que crees. Aunque deberías saber que la presencia de Alex no alteró nada entre nosotros, porque él ha estado y estará presente en mí sin importar dónde me encuentre.

—Si crees que me daré por vencido, te equivocas.

—No creo que ese sea el camino. Tampoco me parece adecuado que tengamos una discusión en la habitación de una paciente.

—Ella duerme más de la cuenta.

—En eso también te equivocas.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, Étienne, tengo que irme.

—Léa, quiero verte cuando salga del hospital.

—No estaré en la ciudad. Iré a ver a mis padres antes de irme.

A Boyer le molestaba no estar en la lista de prioridades de la joven. Justo él, que siempre era el centro de atención para la mayoría de las personas. Él estaba acostumbrado a que se lo tratase con deferencia, así que no soportaba la indiferencia de Léa. Sin embargo, en ese momento, no le quedó más que asentir.

—Está bien.

Él dejó que ella se fuera e intentó con esfuerzo calmar la serie de sensaciones que esa joven le provocaba. Siempre había luchado con las obsesiones ajenas, ahora debería combatir las propias.

* * *

La noche se había apoderado del cielo y los parisinos emprendían el regreso a sus hogares. Otros buscaban el divertimento en las calles de la ciudad. El barrio Les Marais ofrecía todo tipo de distracciones en medio de la bella arquitectura en un sinfín de callejuelas que desembocaban en hoteles, bares y restaurantes. En uno de ellos, se había dado cita Alex. Con un cigarro en la mano, vio a ingresar a un viejo amigo con quien se había encontrado recientemente.

—Alex, al fin podemos vernos con algo de tiempo para tomar un trago —comentó con una palmada en el hombro antes de sentarse a la mesa.

—Tienes razón. Eso sucede porque ninguno de los dos sabe cuándo y cuánto tiempo estará en el lugar en que nos indican estar.

—En eso tienes razón.

Ambos se mantuvieron en silencio cuando el camarero dejó sendas botellas de cerveza sobre la mesa.

—Supongo que no tienes algún material fotográfico que deba revisar y que

este encuentro es solo para recordar viejos tiempos —dijo antes de beber un largo sorbo de cerveza.

—Tienes razón, esta vez no te encargaré un trabajo. Es otro el motivo por el que buscaba verte.

—Creía que era solo para esto —replicó con la copa en la mano.

—Hakim, esto es algo especial, digamos, un favor.

—Esto resulta interesante, adelante —indicó al beber un sorbo de cerveza sin dejar de observarlo.

Le sorprendió un pedido de esas características. Desde que lo conocía, no lo había escuchado pedir por alguien. Parecía que Alex mantenía todo bajo control.

—Oh, no… —Hakim pareció darse cuenta.

—¿Qué pasa?

—¿No me digas que tiene algo que ver con la entrada que te conseguí para ir a la velada en el Ritz?

Aún recordaba que, del mismo modo en que le había encomendado un trabajo fotográfico, le había solicitado una entrada para esa gala. A Hakim no le había costado entregar la suya, ya que él no era muy afecto a esos eventos. Conocía de sobra los fines y objetivos de la organización. Sin embargo, le sorprendió que Alex disfrutara de ese tipo de reuniones y, una vez más, no preguntó la razón del pedido.

—Así es.

—Entonces, no creo que sea algo bueno el favor que vas a pedirme.

—Escúchame, conozco a alguien que viajará en una de las misiones de la organización a la que perteneces.

—Ajá, y de la que yo también seré parte, ¿verdad?

—Exacto.

—Lárgalo y dime de quién se trata.

—Me refiero a una amiga mía que se trasladará hacia allá y me gustaría que estés alerta con ella.

—Léa Dubois, ¿verdad? Ahora entiendo todo. Ella comentó algo de su pasado que me recordó a ti.

No era común que Alex contara lo sucedido años atrás. Pero con Hakim se había cruzado en uno de los tantos viajes que ambos, por distintas razones y ocupaciones, habían debido hacer. Él era un buen fotógrafo que trabajaba *freelance*, y muy confiable. En más de una ocasión, Alex había debido cumplir con el Photint, el departamento fotográfico del Mossad. Muchas de esas veces, había requerido los servicios de Hakim. En esa oportunidad, le había pedido que aclarase y le diera nitidez a unas fotografías que le ofrecerían las respuestas que necesitaba. Alex se había dado cuenta de que era una persona confiable y reservada, algo fundamental para delegarle alguna tarea fotográfica. Tampoco preguntaba más allá de lo que uno deseaba contar. Y ese había sido el pilar de la amistad comenzada tiempo atrás. Ninguno de los dos se veía con asiduidad, pero, cuando lo hacían, parecía que los días no hubiesen transcurrido.

—Es ella —afirmó con una larga bocanada de humo.

—¿Qué es lo que quieres? Te aclaro que no soy policía de nadie, tan solo un fotógrafo.

—Lo sé.

—No pienso intervenir si ella busca algo con alguien.

—No te pediría eso a ti. En tal caso, sería algo que debería hablar con ella.

—Escúpelo y dime qué buscas que yo haga.

—Que estés más atento con Léa. El destino que tienen es un lugar complicado, en pleno conflicto; no necesito decirte mucho más sobre el polvorín que es aquel territorio. Te aseguro que daría lo que fuera por estar allí, pero no puedo.

—¿Es solo porque es tu amiga y pretendes que vele por ella?

—Sí.

—¿No probaste con hablarle para que desista de todo esto? Eso sería más sensato.

—Para Lena es muy importante lo que va a hacer. Nunca interferiría con algo que a ella la haría feliz, a pesar de los peligros.

—Perdón, pero hablamos de Léa, ¿verdad?, porque la llamaste de otro

modo…

—Es la misma persona.

Hakim se quedó sorprendido, pero no preguntó lo que Alex no le respondería. No lo había hecho con respecto a la actividad que desarrollaba. Era claro que el material fotográfico entregado develaba cierta clandestinidad. Evitaba preguntar algo inconveniente, porque la paga era suficiente y poco le importaba lo demás, ya que ambos cumplían con lo pactado. Hakim creía que Alex formaba parte de alguna organización encubierta, pero no indagó más. Si así era, prefería mantenerse al margen de cualquier información que pudiera ponerlo en riesgo.

—No te prometo mucho, pero veré qué pueda hacer.

Alex sabía que, bajo ese comentario poco comprometido, estaba la palabra de Hakim de que haría lo posible por velar por Léa.

—Si tanto te importa ella, deberías saber que el viaje se anticipó.

—¿Cuánto tiempo se adelantó?

—Nos vamos en unos pocos días. Debí suspender un trabajo que tenía para una publicación española porque no me daban los plazos.

—Entiendo.

—¿No quieres tener mayores datos?

—No, gracias.

Alex prefirió no saber, porque no podía involucrarse. Abandonaría en breve París. Le habría gustado poder quedarse más tiempo para darse una oportunidad con Léa. Pese a todo, a que volvían a tomar cada uno caminos separados, intuía que la presencia de aquel médico no sería más que una sombra fugaz en la vida de Léa.

—¿Piensas quedarte con esa cara o vas a escuchar lo que tengo para contarte, que poco tiene que ver con mi próximo trabajo?

—Tienes razón. ¿Otra? —replicó al levantar la botella de cerveza.

—Eso no se pregunta.

Como solían hacer cuando se veían, la conversación se amenizó con tragos y cigarros, sin que alguno de los dos reparara en el horario. Pasaría mucho tiempo hasta que volviesen a verse.

* * *

La noche había caído. Un manto de oscuridad se desplegaba sobre las calles que en breve quedarían desiertas. Léa salió de su casa convencida de querer liberar el fuerte deseo que la consumía por dentro sin tener en cuenta las consecuencias que podía acarrearle. Caminó las cuadras que la separaban de la dirección que tenía anotada en un pequeño papel. Aprovechó la salida de una persona para adentrarse al edificio y subió por el ascensor hasta el tercer piso. Alcanzó la puerta del apartamento y, sin pensarlo dos veces, tocó la puerta. Comprendía que, si se detenía a razonar el motivo por el que estaba allí, regresaría a su casa.

Segundos después, sin tener tiempo para arrepentirse, escuchó el chasquido de la puerta al abrirse. Su timidez hizo que mantuviese la mirada hacia el piso. Notó que Alex estaba descalzo y, a medida que elevó la vista, observó que vestía con el desenfado de siempre, un *jean* y una descolorida remera azul.

—Lena, ¿sucede algo? —Alex le levantó la barbilla para mirarla.

—No, solo quería verte.

Léa estaba segura que, de verse en un espejo, tendría el rostro de un rojo bermellón. El calor se le había disipado por todo el cuerpo y los latidos del corazón se le habían disparado. En ese instante, supo que el impulso que la había llevado hasta allí había sido una simple e imperdonable equivocación. Todos esos sentimientos se sucedían sin parar, mientras él no dejaba de observarla, hasta que una sonrisa irrumpió en el rostro de él.

—Yo también quería verte, vamos.

Y del modo más natural, como si él no sospechase la finalidad de esa visita, la invitó a pasar.

—Estaba por cocinarme algo. No has comido, ¿verdad?

—No.

—Ven y ayúdame con esta pasta.

Léa se sacó el abrigo de inmediato y se dirigió hacia la pequeña cocina. El trato de él la hizo sentirse en casa. La leve música proveniente de un tocadiscos inundaba el apartamento de un clima distendido.

—Al dente, ¿verdad?

Léa asintió con una sonrisa. Parecía que él tenía grabado a fuego cada uno de sus gustos. Y no debería llamarle la atención, ya que ella podría enumerar los de él sin temor a equivocarse.

—Toma. —Le ofreció una copa de vino.

Lo necesitaba para relajarse y ver qué diría cuándo Alex preguntase más a fondo el motivo por el que ella, de manera intempestiva, había decidido visitarlo. Bebió un largo trago y dejó que las emociones que la embargaban se aquietasen.

—¿Quieres que te ayude? —inquirió.

—Fíjate en el horno; supongo que el pan ya debe estar.

Las rodajas de pan tostado, condimentadas con anterioridad, eran la perfecta compañía para unos ricos espaguetis. Tomó el recipiente sin la agarradera. Eso hizo que lo lanzara de golpe con el estruendoso ruido metálico. Apenas vio que él juntó los panes que habían caído dentro de la asadera, sin llegar al piso. Luego, prendió el agua fría y la condujo para pusiera su mano bajo el grifo, de modo que no se esparciera el escozor de la quemadura.

—Ya está todo listo —le susurró al oído liberándola de sus torpezas.

No era habitual que Léa las cometiera. Siempre se movía previendo lo que podía suceder e intentaba tomar las precauciones del caso. Enfiló hacia la pequeña sala en la que Alex había colocado el vino junto a sendos platos con la comida que acababa de llevar.

—Parece que esta noche no he sido de mucha utilidad —comentó al sentarse.

—La noche aún no ha terminado —agregó sonriéndole—. Vamos, dime cómo me han salido.

Él se quedó a la espera de que Léa diera el primer bocado y le ofreciera el veredicto de la pasta.

—Muy rica.

—Lo sabía.

Ella negó con la cabeza porque él parecía tener seguridad en todo lo que hacía, aunque en el fondo fuera más vulnerable de lo que se creía. De a poco Léa se fue relajando. Una amena conversación junto a una rica comida era una excelente combinación para hacerlo.

—Estar aquí es mejor que un hotel, ¿verdad?

Recordaba que, en las visitas que Alex había realizado a la ciudad, él había pernoctado en el mismo hotel ubicado lejos del centro de la ciudad.

—Puede ser, para mi trabajo es lo que necesito. Este es un piso a cargo de la organización. Me permite moverme con mayor independencia evitando dar explicaciones al conserje y que se tenga registro de mis salidas y entradas. Aquí nadie sabe de mí, salvo tú.

Ella no dejaba de pensar cómo la vida de Alex había cambiado con la actividad que para ella era nueva. En verdad, Léa no tenía certeza de cuándo la había comenzado. Prefería no pensar en el trabajo de él, porque le generaba angustia el riesgo que implicaba, y no quería empañar esa noche con tales pensamientos. Mientras se deleitaba con la cena, inspeccionó detenidamente el lugar. La pequeña sala era austera. A un costado de la ventana, había dos sillones enfrentados; en uno de ellos, un bolso con un abrigo por encima.

—¿Te vas pronto?

—Sí, debo terminar unas cuestiones aquí y pronto abandonaré la ciudad.

Quizás él no buscaba despedirse de ella, lo que cambiaba la perspectiva que Léa tenía. En ese instante, comprendió el error que había cometido al ir hacia allí. No pensaba volver a insistir en sus sentimientos.

—Lena, no me mires así, porque pensaba verte antes y despedirme.

Sin preguntas, ahí estaba él respondiendo todo lo que ella no se animaba a indagar.

—¿Sí?

—Por supuesto. Más ahora, que no sé cuándo volveremos a vernos.

—Justamente, quería decirte que el viaje que tenía programado se precipitó.

—¿Cuándo te vas?

—En unos días. Mañana por la mañana me iré hacia la casa de campo. Quiero pasar los últimos días con mis padres.

—Pero antes has venido a verme.

Las dos copas de vino que Léa había ingerido le permitían estar más relajada, aunque no habían logrado disipar el tinte rosado que se le esparcía por las mejillas. Las palabras que deseaba pronunciar estaban atoradas en la

garganta por la timidez de pronunciarlas y el miedo de dar un paso en falso.

—Sí.

—Lena, me alegraste la noche viniendo hasta aquí. —Le rozó la mejilla con el pulgar—. No necesitas una excusa para hacerlo. Solo basta con el fuerte deseo de estar conmigo, aunque no creo que se asemeje al que tengo yo por estar contigo.

Eso sí que había sido un golpe directo al corazón de ella.

—Yo…

—Shh, escúchame. Si no hubieras venido, habría sido yo quien estaría en tu casa para saber de ti. —Una vez más, Alex no dejaba de sorprenderla—. Es tan fuerte el sentimiento que tengo hacia ti que dejó de importarme perder lo que teníamos. Después de la despedida que tuvimos en tu casa, no dejo de pensarte. Nunca dejé de hacerlo y no sé cómo soportaré esta nueva distancia.

No mencionó ni la incertidumbre ni la inquietud que le generaba la partida de ella.

—Desde hace tiempo me acostumbré a guardar secretos y a decir verdades a medias, pero no puedo ni quiero callar lo que siento por ti —agregó.

—Yo vine por el mismo motivo.

—Lo sé.

El rostro de Léa se iluminó de un rojo carmesí y le provocó un encanto mayor, si aún era posible para él. Nada referente a ella se le escapaba a Alex.

—Lena, nunca te avergüences de lo que sientes, menos si es por mí —le susurró casi sobre los labios.

Él selló sus dichos besándola. La necesidad por sentirla era primaria, acuciante y crecía a medida que se besaban.

—Lena, necesito saber que en tu mente solo estamos nosotros dos —murmuró sobre los labios de la joven, enrojecidos e hinchados por los besos.

—Siempre fuiste y serás tú. Nunca nadie logró correrte de mis pensamientos y menos de mis sentimientos.

Alex la devoraba con la mirada sin mucho más para decir. Eso deseaba escuchar. La estrechó entre los brazos para achicar la distancia, si aún era posible; respiraban el aire del otro. Descendió con la boca por el cuello

saboreando cada pulgada de esa piel. Sin dejar de mirarla, fue desabotonando la camisa que ella llevaba. A pesar de la implicancia que esa intimidad significaba, cada paso que daban lo experimentaban con absoluta naturalidad. Le rozó los pechos enhiestos, ansiosos por ser devorados y saboreados por esa boca que no dejaba de brindarle placer a medida que avanzaba por cada centímetro de su cuerpo. Las manos de ella rodaron hacia el borde de la remera de él para sacársela. Con premura, la sujetó para llevarla hacia la habitación. Una vez que Léa tocó el piso, comenzó a quitarse el resto de la ropa sin dejar de contemplarlo. Ramalazos de fuego salían por esos ojos verdes que quemaban con solo mirarla. Él hizo lo mismo y quedó a pocos pasos de ella. Bastaron unos segundos para que ambos rodaran sobre la cama. Los gemidos de la joven eran más audibles a medida que las caricias de él avanzaban por todo su cuerpo. Nada de lo que Léa había soñado podía asimilarse a lo que sentía en ese preciso instante. Amor, lujuria, pasión le habían invadido el cuerpo y la mente.

—Eres la primera, la única —gimió Alex sobre su oído.

No importaba si había habido otras; nada de lo que él hubiera vivido podía asemejarse a lo que estaban compartiendo.

—Alex, yo…

—Yo también —respondió y le cubrió la boca.

Solo ellos podían dimensionar lo que sucedía en las cuatro paredes de ese apartamento. No había palabras para describir lo que sentían. De a poco y en medio de besos, él fue descendiendo por el cuerpo de Léa, mientras sentía cómo ella vibraba a través de sus caricias. Levantó la mirada y notó la expresión exaltada de la joven. Se dio cuenta de que lo que haría no lo había experimentado con nadie más. No era la primera vez que Léa estaba con un hombre, pero sí la primera en mantener ese grado de confianza que le permitiese hurgar en su centro.

—No tengas vergüenza de mí.

Léa no había tenido semejante intimidad con otro hombre y supo que solo con él podía hacerlo. Se dejó llevar por la serie de sensaciones que le generó que Alex venerara, besara y succionara su interior. Sin tapujos, ella se aferró al cabello de Alex, para intensificar lo que él había iniciado. Hubo una serie de estremecimientos y temblores que colapsaron en el interior de ella provocando un fuerte orgasmo. Poco después, él se incorporó y, con la mirada, le reclamó más.

—Necesito estar dentro de ti.

La respuesta de Léa fue besarlo con desenfreno, para afirmar el fuerte deseo que ella tenía por sentirlo. Aquella unión iba más allá de sus cuerpos. Léa se aferró a la musculosa espalda de él a medida que las embestidas se incrementaban. Él no dejaba de mirarla en cada acometida. Ahí donde nadie más había llegado, estaba él. Con la frente perlada por las gotas de sudor, la tensión en los músculos y la mirada absorta sobre ella, estalló junto a Léa convulsionando todo su cuerpo. Alex deseaba quedarse así, aunque no quería aprisionarla más. Se incorporó para quitarse la protección y se colocó de costado sin dejar de acariciarla. Atrás habían quedado esos ojos negros de Léa atemorizados por el dolor y la angustia que Alex había conocido. En esa noche, refulgían de goce y satisfacción por haberse amado. El silencio en el que ella solía refugiarse para calmar la tristeza y el desconsuelo tiempo atrás había sido reemplazado por el sonido del placer de Léa que, con gemidos y jadeos, demostraba la pasión desenfrenada desatada entre ambos.

—¿Qué piensas? —quiso saber él.

—¿Crees que deberíamos habernos dejado de planteos tiempo antes?

Ella no dejaba de pensar que, de haberlo hecho en otra instancia, eso no sería una simple despedida o el final de algo.

—No, se ha dado en el momento justo para que ninguno se arrepienta del paso que dimos. Y aunque lo dudes, no es el final de nada, sino que es el comienzo de algo.

En el rostro de Léa se dibujó una amplia sonrisa porque eso necesitaba escuchar: que él le reafirmara que lo que acababan de vivir era el inicio de algo, a pesar de todas las circunstancias que los rodeaban.

—Y no pienso aceptar alguna duda al respecto —completó.

Repitió la mueca de costado con la boca, que anticipaba la sonrisa que brindaba en ciertas ocasiones y a algunas personas.

—Creía que no era yo quien tenía dudas.

—¿Pretendes ponerme a prueba? —La pellizcó por encima de la cintura.

—No, eso es jugar sucio. Sabes que no puedo contenerme si me hacen cosquillas.

—No quiero que te contengas —aseveró.

La entrega de ambos fue inmediata y absoluta. La madrugada los encontró con las sábanas enroscadas alrededor de los cuerpos abrazados que no

deseaban separarse, aunque muy pronto sucedería. Nada quedaba de los dos jóvenes que habían buscado uno en el otro amparo y comprensión. En esa habitación, había dos personas adultas amándose desde lo más profundo de su ser sin reparos ni egoísmos, buscando solo la necesidad y el goce del otro. Solo así concebían el amor que se tenían.

CAPÍTULO 7

El próximo adiós

Léa se despabiló con el aroma de café que inundaba el apartamento. Había descansado solo unas pocas horas, aunque no era lo que necesitaba en ese momento. Se levantó y vio a Alex preparando unas tostadas francesas, algo que ella adoraba.

—¿Vas a seguir mirando o vendrás a desayunar? —Caminó los pocos pasos que los separaban y se perdió en su boca—. Buenos días.

—Hola, veo que casi no has dormido.

—Ha sido tu culpa, no has dejado que pegue un ojo. Me gusta que te sonrojes —comentó al deslizarle el pulgar por la mejilla— con todo lo que hemos hecho. Vamos a comer para recuperar fuerzas.

—Necesitaba algo de cafeína —mencionó Léa al beber un largo sorbo.

—Creía que era a mí a quien necesitabas.

—Además.

Un silencio cómplice sobrevoló mientras ambos terminaban de desayunar. Aún quedaban cuestiones pendientes que no se habían dicho.

—¿Cuán lejos estaremos? Sabes adónde voy, pero no sé de ti.

—En estos días, deberé viajar por aquí cerca, luego tengo una misión lejos de aquí, y no sé cuánto tiempo me tendré que quedar.

Alex no quiso adelantarle que debería viajar hacia la ciudad de Buenos Aires para una operación en la que estaban trabajando desde hacía mucho tiempo. Todo debía salir bien, porque estaba en juego el prestigio del Mossad. Nadie podía salir lastimado, ya que se corría el riesgo de que las relaciones entre Argentina e Israel se vieran alteradas si no se actuaba con sumo cuidado. Para él había sido un reto personal no solo que lo involucrasen y ser elegido para esta misión, sino también que le permitieran hacer justicia con alguien que debía pagar por los delitos cometidos hacía años. Esa era una asignatura pendiente. Alex estaba convencido de que, una vez que cumpliera con esa misión, cerraría una parte de su historia.

—Deberemos confiar uno en el otro, a pesar de mi silencio.

Alex no hablaría más de lo conveniente no porque ella no fuera fiable, sino para protegerla. Cuanto menos supiera acerca de lo que él hacía, mayor protección tendría. Sin lugar a dudas, Léa era lo más valioso de su vida y la cuidaría por encima de todo.

—Lo sé.

—¿A qué hora debes irte?

—Si hubiera estado en casa y no aquí, me iría a primera hora de la mañana. Mis planes cambiaron contigo. Calculo que al mediodía estará bien. Chloé será también de la partida.

—Está bien —replicó al beber el resto de la taza de café.

—Si tienes que hacer cosas esta mañana, me voy ahora; no te preocupes.

Ella no pudo descifrar el significado de la mirada de él, no era común que le sucediera, aunque debía reconocer que la relación acababa de ingresar en una etapa desconocida para ambos.

—Tienes razón, debo hacer algo importante.

—Si te parece, acabo con esto y me voy —replicó con cierta desilusión.

Alex se levantó y se acercó a ella, apoyó los brazos alrededor de Léa para encerrarla.

—Lo único importante para mí eres tú. Cualquier cuestión que deba atender la puedo posponer.

Una vez más, él acababa de dejarla sin palabras.

—Si creías que lo sucedido ayer quedaría en el recuerdo de una noche, te equivocas. Quiero más y te quiero toda, ¿comprendes?

—Sí —replicó en un ahogo.

Él desplazó a un lado lo que había sobre la mesa para que Léa se apoyase sobre la madera. Ella se aferró a sus hombros deslizando los dedos por la musculosa espalda, al tiempo que él desparramaba caricias por todo su cuerpo. Esa mañana le demostraría que no había nada más significativo en su vida que Alex. Él deseaba que ella jamás se olvidara de los besos, las caricias ni el modo en que se habían amado. Necesitaba creer que ese momento estaría vivo dentro de ella, a pesar de la distancia y de lo que pudiera suceder. En cada caricia y en el modo en que la amaba, estaba presente el sabor a despedida. Léa quería abstraerse de eso y dejarse llevar por el intenso

sentimiento que la abrazaba. El resto no importaba. De momento, solo importaban ella, él y el amor que se prodigaban.

La inquietud por la partida, sin embargo, se palpitaba en cada minuto que consumía el poco tiempo que les quedaba. Léa se acababa de duchar y estaba vistiéndose para abandonar el apartamento. Prefería pensar en todo lo que tenía por delante antes que en el próximo adiós.

—¿Estás lista? —susurró Alex al abrazarla por detrás.

Él percibía la inquietud y la desazón de ella, aunque no quisiera demostrarlo. Estaba convencido de que buscaba evitar que él se sintiera peor ante esa nueva separación.

—Sí, ya es hora.

—De irte, pero no de despedirnos.

—¿Cómo dices? —dijo al girarse.

—Te llevaré con Chloé, hace tiempo que no la veo.

—¿De verdad?

Cualquier cambio que él hubiera podido hacer en sus planes había valido la pena al ver reflejado el gesto de satisfacción de Léa. La felicidad generada por ese simple hecho había iluminado el rostro de la joven.

—¿Y puedes quedarte?

—Si pudiera, lo haría, pero estoy sacando tiempo que no tengo para poder llevarte.

—Gracias.

—¿Por qué?

Léa le cubrió la boca con sus labios para sellar lo que significaba ese gesto para ella.

—Alex.

—Lena, sabes que no me gustan las despedidas.

—Lo sé, por eso quiero darte esto. —Buscó en el abrigo un paquete pequeño de forma rectangular con un envoltorio de color verde oscuro—. No me mires a mí y ábrelo.

Con una mano, Alex abrió la caja, sin dejar de abrazarla con la otra. Los largos dedos de él iban desarmando el paquete. Dentro había un encendedor. Ella lo giró para que viese el grabado que había mandado a hacer con la frase: "Siempre contigo", la misma que tenía en el dije que él le había regalado tiempo atrás y que ella atesoraba como el bien más preciado. De manera inconsciente, ella se llevó la mano hacia el colgante que le pendía del cuello.

—Quiero que, cuando lo uses, pienses en mí, y espero que sea seguido —replicó sonriente para apaciguar la tensión que se le había apoderado del cuerpo.

—Es perfecto —replicó al ver el encendedor que tenía entre los dedos.

—Sé que siempre los pierdes, pero espero que a este lo conserves.

Él le colocó la mano en la nuca para besarla y, sin necesidad de palabras, transmitirle lo que sentía en ese instante. Por momentos, creía que no la merecía. Ella era perfecta. Él, en cambio, sentía que debía resolver muchas cosas para vivir junto a ella.

—Siempre estará conmigo —concluyó.

Luego de salir del apartamento, se dirigieron a buscar a Chloé para ir a la casa de campo en un trayecto que no sería extenso, menos en ese día de la semana. La joven Dubois aguardaba sobre la acera la llegada de su hermana. Se la veía feliz de poder compartir junto a la familia unos días de campo.

—Hola, Alex. —Lo saludó con un beso al ingresar al vehículo—. ¡Qué alegría verte! No sabía que vendrías.

—Espero no importunar —señaló con una guiñada de ojo.

—Claro que no. Por otra parte, hace tiempo que no nos visitas.

Alex observaba a Chloé a través del espejo retrovisor y le causaba gracia la mirada cómplice que le lanzaba a su hermana.

—Tienes razón.

—Deberías hacerlo más seguido, yo sé por qué te lo digo.

—¡Chloé! —exclamó Léa antes de voltearse—. Déjalo ya.

—Me gusta que haya alguien en esta familia que vele por mis intereses.

—Léa, ¿ves por qué te he dicho siempre que él me agrada?

—Deberías hacerle más caso a tu hermanita.

Léa lanzó una carcajada y giró para observar a través del cristal de la ventana. El paisaje citadino se iba esfumando a medida que se alejaban del centro urbano para adentrarse en las afueras de la ciudad, donde el campo se alternaba con las construcciones de otra época. La joven Dubois estaba encantada de compartir el viaje con ellos hasta la casa de sus padres. Ver a Léa con ese talante tan especial se debía a la presencia de Alex. Esperaba que, al fin, se hubiera dado cuenta de que Boyer era agua pasada.

—Disfruto venir aquí —arguyó la joven.

—A todos nos sucede, aunque no te imaginas lo que supo ser en otra época.

—Mamá me ha contado cómo encontraron esta casa luego de la guerra.

Léa recordaba la primera vez que había ido en compañía de Gabrielle y Brandon, una vez que el conflicto bélico había finalizado. Entonces, los tres vivían en París, pero los fines de semana concurrían hasta allí para ir levantando la propiedad que había sido arrasada por las autoridades alemanas poco después de iniciada la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de las propiedades habían sido tomadas por los alemanes y, una vez terminado todo, se debió comenzar con la tarea de reconstrucción de las viviendas. La finca de la familia Dubois no había sido la excepción. Con trabajo, esfuerzo y mucha paciencia, lo lograron, ya que la situación económica no había sido favorable.

—Venir hasta aquí era un modo de poner distancia de lo acontecido en París. Gabrielle creía que eso me haría bien, más cuando supe que te habías ido —manifestó al mirar a Alex.

Chloé escuchaba absorta el relato de Léa, sabía lo que ella había sufrido en la infancia y el modo en que había logrado salir adelante. La admiración que sentía por ella era absoluta. Algunas noches, cuando no podía conciliar el sueño, se pasaba al cuarto de Léa; entonces, Chloé le preguntaba sobre su pasado. Por más que ella se diera cuenta de que Léa no le contaba todo, solo las partes que no eran tan terribles, cada relato le permitía saber cómo había sido esa época. A veces, cuando ella se quejaba, recordaba algunas confesiones de Léa y se calmaba, porque comprendía que no tenía motivos. Observaba el estado de ánimo que su hermana tenía y se alegraba de que fuese a raíz de la compañía de Alex. Estaba claro que solo él lograba que ella fuera otra.

—No fue fácil tampoco para mí saber que nos separaban —agregó Alex.

—¿Cuándo te enteraste de que debías irte? —se interesó Chloé.

La joven desconocía esa parte de la historia. En varias oportunidades sentía que los suyos intentaban callar lo más doloroso que habían vivido.

—Sin la colaboración de Brandon, no habría sido posible que me encontrasen —replicó Léa con nostalgia—. Y poco antes de que yo abandonara el hogar, donde estábamos con Alex, para irme junto a Gabrielle, me enteré de que él tenía una familia que lo esperaba.

Léa comprendió entonces lo importante que era que cada uno pudiera estar con familiares para empezar a sanar las heridas. Supuso que a Alex le esperaría un buen destino junto a su tía Edna con quien había de viajar hasta los Estados Unidos.

—Yo me quedé allí convencido de que nos volveríamos a ver.

Él se aferró a la idea de que esa no era otra despedida porque, a su corta edad, estaba cansado de alejarse de las personas que en verdad quería. Saber que en algún momento se vería con Léa, le permitía irse a Estados Unidos con una nueva familia. Necesitaba creer que la amistad forjada con Léa se mantendría en el tiempo; por otro lado, ella formaba parte de un pasado que no podía ni quería olvidar.

—Eso mismo me dijo Brandon una mañana en la finca.

—Tenía fe en mí, entonces.

—Así es. —Léa se perdió en el pasado—. Recuerdo que habíamos llegado a la casona para trabajar. Era tanto el trabajo que teníamos por delante que no parábamos de hacer cosas. Sin embargo, en un momento de la mañana, busqué un lugar en el recodo del jardín y me senté. Miraba lo que se conservaba de la propiedad que durante años había sido el refugio familiar. Sabía que quedaría mejor de lo que había estado. Contemplé a Gabrielle llevar unas tablas de madera que se colocarían en el techo. Le costaba, luchaba para acarrearlas, aunque ponía empeño en llevarlas sin que nadie la ayudara. Se acercó a mi lado Brandon para contemplar a Gabrielle; sin embargo, él sabía que mi mente estaba en otro lado. Me dijo cuánto me parecía a ella, pero yo no entendía por qué me lo decía. Él supo leer mi inquietud, porque enseguida agregó que a mí tampoco me gustaba que me ayudasen, aunque por momentos fuera necesario. Me di cuenta de que no me hablaba de acarrear unos tablones, sino de mí y de cómo me comportaba cuando algo me angustiaba o preocupaba. Me encerraba y no dejaba que nadie ingresara en mi dolor.

En ese instante, miró de soslayo a Alex, que estaba compenetrado con el relato. Esa mirada se debía a que él lo había descubierto después de haber trabado la amistad que los unió en tiempo de guerra.

—Fue entonces cuando le pregunté si la distancia haría que me olvidaras.

—¿Y qué fue lo que te contestó papá?

Alex no quitaba la mirada del camino, pero estaba concentrado en la charla. Él también se había hecho esa pregunta, porque, en aquella época, ella era la única persona con la que podía compartir lo vivido y sanar la profunda herida que les había provocado la guerra. Haberse conocido a esa edad y en esas circunstancias les permitió mostrarse sin vueltas, tal cual eran. No sabía si el paso del tiempo los cambiaría, y si eso iría en desmedro del vínculo que habían sabido forjar. No había respuesta a esa persistente inquietud. Si bien en las cartas que se enviaban mantenían una estrecha relación, la prueba de fuego sería cuando volviesen a verse. Aquella primera vez que se vieron estaban cambiados. Ambos habían dejado de ser niños para transformarse en adolescentes. Sin embargo, el cambio físico fue la única modificación que padecieron, porque en algún lugar palpitaba dentro de ellos un lazo invisible que los unía más allá de la distancia y de las diferencias que, en la época, estaban latentes.

—Que la amistad que tenía con Alex nunca la olvidaría. Que era importante que él se fuera con la familia que había venido a buscarlo y que no importaba que estuviera en otro país o en otro continente porque, cuando creciéramos, volveríamos a vernos.

Alex nunca le había confesado que su refugio, cuando las cosas en la casa familiar se complicaban, era pensar en ella. No importaba cuánto faltase para verse, la ilusión estaba allí viva, hasta un nuevo encuentro.

—Y no se equivocó —sentenció Alex. Le besó la palma de la mano y entrelazó sus dedos con los de ella mientras continuaba manejando.

Chloé no entendía cómo su hermana había puesto en duda a Alex y se había permitido estar con ese médico que ella detestaba. Su veta romántica se incrementaba cuando veía a Léa junto a Alex. Esperaba que ella hubiera recapacitado y avanzara hacia la dirección correcta.

—¿Y papá te conoció en aquella época?

—Así es, pero fueron muy pocas la veces que nos vimos entonces.

Chloé no dejaba de observar el gesto de Alex ante el recuerdo de cómo había sido aquel encuentro en otra etapa de su vida.

—Nosotros estábamos en el primer hogar al que nos enviaron, después que nos rescataran en Gurs. Margot nos alojó en su casa.

En esa época, se había armado una red de hogares que colaboraban con la Resistencia francesa y con algunas organizaciones humanitarias para auxiliar a los niños que lograsen salir de algún centro de detención, entre ellos el de Margot. No fue necesario que él le preguntase a Léa si lo recordaba. Nunca se olvidarían la desazón compartida por desconocer qué pasaría con ellos en esa casona donde los trataban bien y les daban de comer, algo que no recordaban hacer a diario. Ellos, junto al resto de los niños alojados allí, temían que en algún momento todo se acabara y volvieran a llevarlos para encerrarlos. Esa incertidumbre crecía porque dependían de que las autoridades alemanas o las francesas que respondían al poder teutón no los encontrasen. Cada día que pasaban allí era una batalla ganada a la esperanza por acabar con el horror de la guerra. El miedo, el desamparo y la zozobra por lo que pudiera suceder se les habían grabado en la piel.

—Con el paso de los días, se apersonó Brandon en compañía de Gabrielle. Lo primero que pensé fue que se llevarían a Lena y eso no me gustó. Él vino a saludarme y a presentarse. Yo estaba seguro de que mi deber era cuidarla. —Desvió la mirada hacia Léa—. Y puse cierto reparo cuando él se acercó. Desconocía qué quería o qué buscaba. Sin embargo, Gabrielle iba a despedirse y a decirle que, cuando todo se acabara, volvería por ella; él solo la había acompañado.

—Y cumplió.

Léa había dudado de que Gabrielle cumpliera la promesa que le había hecho. Estaba acostumbrada, a su corta edad, a vivir por el carril del desamparo, la indigencia y la orfandad. Poco después, se había dado cuenta de que la vida le tenía reservada una sorpresa de la mano de Gabrielle, su madre del corazón.

—Tu padre siempre cuidó de las mujeres de la casa.

Eso era algo que él agradecía en silencio, pero sabía que eso mismo le jugaría en contra. El trabajo que tenía –que no le confesaría a Brandon– y las ausencias frente a Léa lo mostrarían como el candidato menos indicado para ella. Evitó que su mente divagara hacia esos pensamientos que no lo conducían a nada, salvo a amargarse, justo cuando debía disfrutar de este último encuentro. Quería aprovechar el poco tiempo que le quedaba junto a su amada Lena.

—Parece que estamos llegando.

A un costado del camino se vislumbraba el río Loing, cuyo caudal atravesaba y bañaba los confines de ese poblado. El camino por el que iban se estrechaba a medida que se acercaban a la propiedad. La casona de piedra con

techos de tejas a dos aguas asomaba en medio de la espesura que la rodeaba. Las ventanas estaban protegidas por las celosías de color verde que le daban mayor carácter a la finca. El cuidado jardín le brindaba a la casona un marco de esplendor. No bien se adentraron en el sendero, una bola blanca de pelos se lanzó a la carrera para recibirlos.

—No conocía a este nuevo integrante.

—Se llama Blanche. No es muy original el nombre que le puse, pero sí el adecuado.

—Chloé, ¿es tuya?

—Sí, aunque mamá se hace cargo de ella; yo estoy ocupada con el colegio y demás.

—Me imagino.

Chloé se lanzó del vehículo no bien se detuvo para jugar con la perrita que no dejaba de moverse y saltar alrededor. Gabrielle salió de la casa con una amplia sonrisa al ver que sus hijas acababan de llegar. Luego de saludar a la benjamina, fue directo hacia el automóvil del que descendía Léa con Alex.

—Alex, ¡qué sorpresa volver a verte!

—Espero no importunarlos.

—Claro que no.

Los abrazos continuaron mientras se acercaba Brandon hasta allí, quien se saludó con los recién llegados.

—¿Cuándo has venido a París? —se interesó Brandon al saludarse con Alex.

—Hace unas semanas que llegué.

—¿Y piensas quedarte una temporada?

—Ojalá pudiera —dijo al clavar la mirada en Léa—, pero debo cumplir con otros compromisos.

—Una lástima, ¿verdad?

—Vamos hacia adentro, que deben tener ganas de tomar algo caliente.

Gabrielle no buscaba incomodar a Alex, comprendía que había algo que no

estaba claro y no quería que fuera su esposo quien sacase a relucir el tema. En la búsqueda por proteger a Léa, no quería que cometiera algún error.

El calor en el interior de la casona los arropó. Los leños prendidos otorgaban la calidez necesaria.

—¿Toman algo caliente?

—Nos encantaría.

Léa intentaba cubrir la ansiedad que le generaba que en breve Alex se iría. Sin embargo, entendía que no podía no compartir con su familia esos momentos, a pesar de que quisiera que el mundo dejara de existir salvo para que estén ella y Alex.

La conversación entre todos comenzó. Los dueños de casa contaban, animados, las anécdotas durante la estada allí. Antes de que comenzase la segunda ronda de café, Léa se retiró para salir al jardín. Se quedó en la parte trasera de la edificación sobre un tocón de un árbol. Necesitaba alejarse de la algarabía que había dentro. Le costaba participar de la alegría familiar, porque ella estaba ensimismada en el vuelco que había tenido su vida en las últimas veinticuatro horas. Inmersa en sus pensamientos, no escuchó que alguien se acercaba. Sin embargo, había aparecido Alex con una taza de humeante café.

—Toma.

Le entregó la bebida. Léa se deslizó hacia un lado para hacerle un lugar junto a ella.

—No te dije que estaba aquí.

—Lo sé, pero hay cosas que no cambian; como tampoco el amor que siento por ti.

Luego de esa confesión que tan bien le hacía escuchar, lo besó. Alex no dejaba de mirarla, comprendía qué le sucedía; el motivo por el que ella estaba allí y de ese modo era él. Sin dudas, no podía darle lo que ella necesitaba, aunque no pensaba renunciar a Léa, por más que fuera lo mejor para ella. No ahora, cuando las cosas entre ellos estaban claras.

—Lena, debes tener cuidado; no es fácil el lugar al que irás.

Ella se sonrió antes de dar un trago largo de la humeante bebida. Alex había sacado el encendedor y jugaba con él entre los dedos.

—Lo tendré. —Deslizó el dedo por el rostro de él—. Voy con la

organización, que no es la primera vez que realiza este tipo de misiones. No debes preocuparte porque estaré segura con ellos.

Alex ansiaba que fuera así. Sin embargo, su actividad le había demostrado cuán vulnerable puede ser un objetivo si no se lo controlaba y cuidaba cómo era debido. Esa organización humanitaria no solo debía controlar y cuidar a su personal, también debía lidiar con las personas a las que iban a auxiliar. Si a eso se le sumaba la situación conflictiva que se vivía en la región, todo contribuía a que su preocupación fuera válida, más cuando creía que Léa no estaba consciente del peligro que la acecharía.

—Lo sé.

Nadie más que él comprendía lo que significaba ir hasta una zona de conflicto. La amenaza de que algo inesperado sucediera era constante. Saber que Hakim formaba parte del grupo le daba cierta tranquilidad. En su amigo podía confiar; además, era lo único que tendría hasta que volviera a verla.

—Sabes lo importante que es para mí ir hasta allá y colaborar con quienes lo necesitan.

Ambos cumplirían con asignaturas pendientes que llevaban a cuestas sobre sus hombros. Él debería luchar contra los fantasmas del pasado para poder seguir adelante; era su manera de continuar. Ella necesitaba sentir que podía devolver algo de lo que le habían dado en el peor momento de su vida. Léa estaba agradecida porque había sido salvada del horror que le había tocado vivir y buscaba ayudar a los que, como ella, lo necesitaban. Estaba convencida de que eso le aquietaría el alma. Él sabía que Léa se había preparado para eso. No en vano había estudiado Psicología. Siempre había intentado entender y conciliarse con el pasado sin echar culpas a nadie, algo que Alex no había hecho ni estaba en vías de hacer. Cada uno sanaría sus heridas de un modo diferente.

—Lo sé y te apoyo, pero eso no implica que no tema por ese viaje.

—A mí me sucede lo mismo desde que me dijiste dónde trabajas. Es mejor pensar en el momento en que volveremos a vernos.

Alex colocó la mano en el cuello de ella, la atrajo y la besó de un modo especial. No hubo apremio ni urgencia, sino dedicación y esmero. Su boca se fundió en la de ella bajo la sensación de que ese beso debería persistir en el recuerdo hasta que todo acabase. Por más que Léa deseara alargar el momento, comprendía que no era posible.

—Es hora, ¿verdad?

Alex asintió sin el deseo de abandonarla. Ansiaba poder quedarse junto a ella, amarla y olvidarse de todo lo que los rodeaba. Con dolor, desechó esa idea. Debía irse de allí cuanto antes. De nada servía alargar lo inevitable.

—Te amo —susurró Léa.

—Ojalá puedas comprender lo que significas para mí, así sabrías cuánto te amo.

Él le lanzó esa mirada solo reservada a Léa. Solo con ella él se desnudaba por dentro. Allí, a través de esos ojos verdes, podía ver al chico que ella había conocido. La coraza que tenía frente a los demás y que había aprendido a construir se descascaraba frente a Léa.

—¿Puedes disculparme con ellos?

—Por supuesto.

Él se alejó sin voltearse por más que lo desease. Odiaba irse de allí y dejarla sola sin saber cuándo la vería. Léa lo vio subir al vehículo envuelto en el humo del cigarro que acababa de encender. Los minutos pasaban sin que él arrancase. Léa se ilusionó con la idea de que él se echase atrás y pudiese quedarse, aunque supo de inmediato que era una simple ilusión, porque en algún momento se iría. Mejor no dilatar la despedida. El rugido del motor interrumpió la tranquilidad campestre. Léa se paró para observar mejor cómo el vehículo se alejaba a toda velocidad arrollado en la polvareda que levantaba en el camino. Ella se envolvió con los brazos porque el frío que sentía la abrumaba, aunque poco tuviera que ver con la temperatura de ese día. Tenía que regresar a la cocina, allí dispensaría a Alex y bebería algo caliente para entrar en calor. Se sorprendió de encontrar sola a Gabrielle ordenando la mesa.

—¿Y los demás?

—Se fueron de paseo. Sabes cómo es tu hermana con tu padre.

—Lo sé —replicó con cariño.

Todos sabían del apego que Chloé tenía con Brandon. La pequeña era la malcriada de la casa; Léa había sido la primera en consentirla. La diferencia de edad que tenía le había permitido verla nacer y crecer. Eso la ponía en un lugar especial como hermana mayor que Léa disfrutaba.

—Alex tuvo que irse.

Gabrielle se dio vuelta y llevó a la mesa dos tazas de té que completó con

un plato de galletas que Léa ni siquiera había probado.

—Bebe algo para cambiar esa cara.

—Es la misma de siempre —dijo antes de morder un trozo de una galleta con jengibre.

—No es necesario que finjas que él no te importa. Lo que hay entre ustedes es evidente.

—¿Sí?

—Por supuesto. El tema es saber si él es el adecuado para ti.

—Lo es —afirmó con contundencia.

—Sabes que lo quiero mucho, pero me importa que no sufras.

—Eso es algo que no se puede medir.

Léa creía que la distancia impuesta los últimos tres años habían sido la solución, porque le habían permitido hacer su vida y estar con alguien sin que la alterase ni le provocase algo especial. Desde que había visto a Alex en la gala del Hotel Ritz, todo había cambiado; las sensaciones y sentimientos que reverberaban en su interior los provocaba solo Alex. Sin él, el corazón de Léa parecía latir menos y nada lo alteraba. Con él, todo era distinto.

—Si no recuerdo mal, es lo que te sucedió con Brandon.

Una amplia sonrisa asomó por el bello rostro de Gabrielle. Ella había luchado por olvidarlo, pero no había podido. Tiempo después, lograron estar juntos y formar esa familia.

—Por eso te lo digo. Fue muy duro lo que pasé hasta que todo se arreglara. Sufrí bastante. No quisiera que te ocurriera lo mismo.

—No puedo evitar lo que siento por Alex desde hace tiempo: va más allá de lo imaginable. No creo que pueda explicártelo, no con palabras.

No necesitaba que su hija le confesara sus sentimientos, podía comprenderla a la perfección, por eso deseaba ponerla sobre aviso. Por el amor que le tenía, no quería que Léa sufriera. Ella tenía edad para decidir qué quería, y comprendía que nada ni nadie torcerían el fuerte sentimiento que abrigaba por Alex. Léa no se daba cuenta de cuánto Gabrielle la entendía. Reflexionó y supo que había valido la pena todo lo acaecido hasta que alcanzó la felicidad con su esposo. Ansiaba que lo mismo le sucediera a Léa.

—Te comprendo, pero debes entender que no será fácil. Además, deberá ser a pesar de Étienne.

—Por encima de él. Mientras estaba con Étienne, tapaba todo lo que sentía por Alex. Eso siempre ha sido indiscutible, aunque dudaba de que a Alex le ocurriera lo mismo conmigo.

—Léa, ¿de verdad? Entonces, estabas ciega. Bastaba solo con verlo para saber que no tenía más que ojos para ti. ¿Cómo crees que se lo tomará nuestro amigo el doctor?

—Espero que mejor que mi viaje, aunque no sea nada de lo que él desea. El día que estuve en el hospital para despedirme y dar las explicaciones por las que me iba, se comportó de manera muy desagradable. —A Léa le había costado sacarse ese sabor amargo que le había dejado la última reunión de trabajo—. Ni siquiera dejó que me despidiera de los pacientes.

—Él estaba ilusionado contigo.

—Yo creo que me dejé llevar por la admiración de estudiante, pero ese sentimiento dista de estar enamorada. Sabes a lo que me refiero.

—Sí, y espero que él también lo entienda del mismo modo.

Gabrielle reflexionó un instante. No podía sino darle la razón a su hija, que continuó hablando:

—Yo ahora estoy centrada en mi próximo viaje y en los preparativos. También, claro, en Alex.

Gabrielle bebió el último sorbo de té ansiando que todo se diera como Léa esperaba, porque recordaba cuánto había luchado por sobreponerse. La había acompañado como madre en la recuperación y había sido testigo de los grandes avances que daba a diario. Léa se había transformado en una joven con convicciones e ideales fuertes. No quería que nadie ni nada se los desbaratase.

—Es importante que me cuentes cómo están organizando el viaje hasta Argel. Yo apoyo cada cosa que hagas, y sé que esta es una oportunidad muy especial para ti.

—Lo es.

—Entonces, deberás obrar con cuidado. —Entrelazó los dedos con los de Léa.

—Como lo hiciste en tu momento.

La inconsciencia de la juventud le había hecho actuar de ese modo a Gabrielle, por lo que no había permitido que el peligro la corriese de su objetivo. Conocía a Léa y sabía que estaba tallada de la misma madera. Estaba orgullosa de la joven, aunque esperaba que actuase con mayor precaución que ella misma.

—Me gustaría que te cuidaras más de lo que yo he hecho en mi tiempo.

—Así será.

Léa sabía que Gabrielle siempre estaría a su lado. Ella le relató los avances en la reunión que había tenido en la sede de la *acnur* y el motivo por el que se adelantaría la misión.

—No quería irme sin antes estar con ustedes.

—Lo bien que has hecho.

El chasquido de la puerta las distrajo. Brandon llegaba con Chloé; Blanche les saltaba alrededor.

—Estaban esperándonos, ¿verdad?

Chloé se sentó al lado de Léa, no se quería perder detalle de todo lo que aconteciera, allí, en el refugio que la familia Dubois había sabido construir tiempo atrás. La benjamina aún contaba con unos pocos días para que su hermana le contara los planes que tenía y la decisión tomada respecto a Alex.

—Siempre —replicó Gabrielle.

Ella se levantó y volvió a servir otra ronda de tés para continuar hablando y poniéndose a tiro sobre los proyectos de su hija.

—Te vamos a extrañar.

Gabrielle se enterneció al escuchar a Brandon decir eso. Léa había calado muy profundo en él no bien supo lo que esa niña había provocado en el corazón de su esposa. El vínculo que ambos habían forjado era profundo e inigualable. Volvió a mirarlo y supo por qué se había enamorado de ese hombre.

—Y yo a ustedes.

—Ay, no se pongan melancólicos, que aún quedan unos días para disfrutar con Léa.

Chloé no quería que se aproximase la partida de su hermana, no solo porque iba a extrañarla, sino porque sería raro que toda la atención familiar recayera en ella. La menor de la familia estaba acostumbrada que fuera Léa la primera en saber lo que le sucedía. Ansiaba que su hermana tuviera un pronto regreso, aunque todavía no se hubiera ido.

—Tienes razón —replicó Gabrielle—, ¿qué podemos comer esta noche?

—Más comida —arguyó Léa.

—Deberías saber que los buenos momentos se festejan con vino y una buena cena —replicó Gabrielle—. Pónganse manos a la obra si no quieren que los atosigue sacándoles fotos.

Un gran número de fotografías se desplegaban por los muros de la casa y decoraban los muebles de la propiedad. Sin embargo y a pesar de la excelencia de las imágenes, ninguno de la familia disfrutaba de ser protagonista de los retratos. Las mejores fotos eran las capturadas de modo casual, sin que el retratado se diera cuenta. Así, Gabrielle había capturado una imagen de Léa junto a Alex. Esperaba que, cuando se la diese, se alegrase de tenerla como un recuerdo. Sería un hermoso regalo de despedida.

—¡No! —gritaron al unísono.

Cada cual buscaba quitarle dramatismo a la próxima partida de Léa, y el mejor modo era volver a la rutina que la familia Dubois había sabido construir a lo largo del tiempo.

CAPÍTULO 8

El rostro de la traición

La embarcación que llevaba a bordo los pasajeros, en la mayoría argelinos, rumbo a la ciudad de Argel se bamboleaba sobre las azules aguas del Mediterráneo. En el último trecho, un oleaje ligero arrasó al navío a destino. Desde la proa, se podía vislumbrar la ciudad costera enmarcada sobre las colinas del Sahel, que brindaban una magnífica postal del norte africano. El sol de la mañana se reflejaba en los muros blancos de las construcciones enclavadas sobre las estribaciones del terreno. Kheira se había mantenido alerta y expectante en el trayecto. Para ella no se trataba de una travesía más, sino un viaje a sus raíces y el reencuentro con su hermano, el único que había decidido regresar para no volver porque juzgaba que su lugar estaba allí, batallando por lo que consideraba justo.

En el malecón del puerto, confluían varias embarcaciones. El espigón era un hervidero de actividad. El movimiento constante de los trabajadores portuarios se fundía con los gritos de los capataces que indicaban el lugar del muelle en que debía apilarse la mercadería transportada antes de ser trasladada a destino. Poco después, descendió la tripulación y el pasaje de la embarcación. Sin despedidas exageradas ni saludos fraternos, cada uno se encaminó hacia distintas direcciones.

—Kheira, no me has dicho si tienes adónde ir —comentó Fátima.

La joven no quería revelar mayores datos ni información sobre los motivos que la habían llevado hasta allí. Justamente, haberse escapado de su casa había imposibilitado avisar a algún pariente lejano para evitar que alertara a su familia en Francia respecto a los planes que tenía. Parte de los familiares que aún estaban en Argelia residía en Orán, población cercana a Argel. No quería emprender un peregrinaje hacia esa ciudad para buscar alojamiento, ya que no sabía cuánto tiempo se quedaría. Su prioridad era encontrar a Said. Creía conveniente permanecer en Argel porque estaba convencida de que allí se urdía todo lo referente a la lucha armada.

—Veré de conseguir algo por aquí.

Fátima había notado el carácter reservado de Kheira; se movía en absoluta soledad, y eso le resultaba llamativo. Solo con ella había trabado un efímero vínculo mientras se organizaba el viaje desde París.

—Puedes alojarte en la casa de mi familia. Serás bienvenida.

—Gracias, pero no quiero incordiar. Además, tengo parientes aquí.

No era fácil engañar a Fátima; sabía que algo estaba escondiendo. Tenía sus dudas sobre Kheira, ya se lo había manifestado a alguien de confianza.

—Sería lo más conveniente que te encontraras con ellos. Por lo que me has dicho, hace tiempo que no vienes.

—Así es. Francia ha sido el hogar de mi familia durante mucho tiempo.

Mientras la escuchaba, Fátima consideró que había un lugar ideal para ella, preferible a deambular por las calles hasta conseguir hospedaje. De esa manera, sabría de la joven.

—Haz como quieras. No muy lejos de aquí, podrás encontrar una habitación en el albergue de Halima. Te sentirás en casa, ya que gran parte de quienes habitan esa vecindad son franceses.

Hacía poco tiempo que los residentes de allí –franceses, españoles y, en menor cantidad, italianos– se habían ganado el mote de *pieds-noirs* por varias razones, ninguna buena. Que esos inmigrantes llegaran con zapatos negros, algo tan novedoso y diferente a la cultura musulmana, ayudó a colocarles aquel mote, "pies negros". La zona se diferenciaba de otros barrios europeos de distinto nivel económico, ya que allí residían personas de trabajo, muchos de ellos pescadores. El ejército francés había sectorizado el resto de la ciudadela para controlar los barrios musulmanes para así evitar la ofensiva de los rebeldes.

—Ella alquila cuartos que no son gran cosa. La limpieza es destacable; del resto no puedo decir lo mismo. Pero lo más importante es que el costo es bajo.

—Me interesa.

—Dile que vas de parte de Fátima. Si no tiene lugar, ella buscará uno para ti. Lo único que no quiere son problemas.

—Entiendo.

—Si quieres verme, Halima sabrá dónde ubicarme.

—Gracias, Fátima.

—Debes andar con cuidado. Esto no es París. Sabes lo que significa deambular sola por estas tierras. No todo es lo que parece —reflexionó convencida.

—Lo sé.

—Supongo que vienes a buscar a alguien —planteó ante el silencio de Kheira—. Encuéntralo cuanto antes por tu bien y evítate problemas.

—Gracias otra vez. Busco el alojamiento y después nos veremos.

—Eso espero.

Sin más, ambas se separaron. Kheira, munida de un bolso con sus pertenencias, comenzó a caminar por las típicas y empinadas callejuelas de la Casbah. Cada tanto circulaba un Jeep con la policía a bordo, que controlaba la ciudad. Antes de que la situación social se desbordara, los agentes de seguridad eran los que la custodiaban. Cuando los ataques entre el *fln* y el ejército francés se hicieron más cruentos, el Gobierno galo envió a la División de Paracaidistas para poner orden en la metrópoli. Francia aún no se contentaba con concederle la independencia a los argelinos, sino que creía que silenciar, acallar y combatir tanto los reclamos como los focos independentistas era la solución para mantener el dominio sobre ese territorio. Argelia era el último bastión bajo el rango de departamento, considerado territorio francés. Se diferenciaba de Marruecos y de Túnez, recientemente independizados, porque esos países habían mantenido la categoría de protectorados: eran gobernados por autoridades nativas bajo el control galo. Durante los últimos años, las calles de Argel se habían vuelto un reguero de sangre con las luchas armadas entre el Frente de Liberación Nacional y el ejército francés. La situación se había tornado insostenible. Se debía buscar una solución para evitar mayor derramamiento de sangre.

A medida que Kheira circulaba por allí, la preocupación crecía. La joven podía percibir la desconfianza y el miedo que expelían los muros de la ciudad. La traición estaba a la vuelta de la esquina. Por momentos, recordaba como un eco las palabras finales de Léa respecto a que era una locura el viaje. Sin dudas, parecían muy ciertas. Aunque inmersa en el trajinar de los habitantes del lugar, ella comenzaba a sentirse sola. Lo mejor sería evitar las elucubraciones que le perturbaban la mente y enfiló hacia uno de los barrios levantados a lo largo de la bahía.

Bab el Oued era una comunidad obrera. Dentro de esa vecindad, se exudaba y se palpitaba el trabajo en los talleres instalados que realizaban la manufactura necesaria para ser luego comercializada. Los vendedores se habían apoderado de las calles junto a los comercios, de cuyas puertas de ingreso colgaban túnicas de todo tipo de género y color. En los muros, se exponían tapices multicolores con distintivos diseños ensamblados con piezas de cerámicas con arabescos de diferentes tonalidades. La mercadería se mezclaba con el aroma que expelían los lugares de comida. Los vendedores ambulantes, con cestas de pan en los hombros, conformaban parte del gentío que circulaba por las entreveradas y escalonadas callejuelas. A poco de

adentrarse en el sector comercial y caminar entre la muchedumbre, arribó al albergue. Desde detrás de un derrumbado escritorio, salió una mujer de ojos saltones y oscuros, de una profundidad casi atemorizante.

—Llegué aquí esta mañana y busco una habitación.

—¿Con quién más vienes?

—Sola.

La mujer no pudo esconder la expresión de sorpresa. No era una buena combinación una mujer joven bella y sola en esa ciudad que no daba respiro.

—Busca en otro lugar, porque aquí no hay alojamiento.

—Vengo de parte de Fátima.

—¿La conoces?

—Llegamos juntas esta mañana desde Marsella.

Haber nombrado a la joven había sido la palabra mágica, porque de inmediato le pidió que la acompañase por un largo pasillo que desembocaba en un patio de mayólicas con arabescos, que habrían tenido épocas de mayor esplendor. Por la escalera, se llegaba hasta el segundo piso. Cada habitación se ubicaba en una galería común que culminaba con una baranda de hierro que daba al patio principal por el que había accedido.

—Esto es lo único que tengo —dijo al abrir la puerta de un pequeño cuarto.

La destartalada ventana estaba cubierta con un lienzo oscuro. Solo había una cama pequeña con una silla de madera, para que pudiera ubicar la poca ropa que llevaba con ella. Kheira no había querido llamar la atención de su familia, y lo habría hecho si hubiera preparado una maleta grande para concurrir hasta la casa de campo de la familia Dubois.

—Es suficiente para mí.

—El pago es por adelantado.

—Está bien.

—¿Cuánto tiempo te quedarás?

—No lo sé aún.

—Con la paga de un mes es suficiente.

Kheira tomó el dinero convenido y se lo entregó a Halima. No bien la vio irse, dejó el bolso en la silla. Se sentó en la cama y reflexionó que no había marcha atrás. Lo primero que debía hacer era contactarse con la persona que había dado Said como enlace por si la familia requería comunicarse con él ante algún problema de urgencia. Del fondo de la cartera, tomó el papel con la dirección a la que debería concurrir, memorizó la información antes de deshacerse de ese dato y salir en su búsqueda.

Se lanzó a caminar por una de las calles hasta adentrarse en una en especial. Allí había instalados pequeños cafés con mesas fuera. Algunos comensales leían el diario *Le Monde* mientras bebían café; otros tomaban té de menta. Ninguno dejaba de observar a quienes deambulaban por la calle. En el ambiente, flotaba una atmósfera de zozobra y alerta palpable a cada paso. Kheira se cercioró de la dirección y entró en uno de los negocios. Dentro observó una mesa con varios hombres que conversaban, mientras se deleitaban fumando una pipa de agua. Recordó a su padre hacerlo, y cierta nostalgia la embargó. Había pasado mucho tiempo de eso. Caminó esquivando el resto de las mesas hasta el mostrador para dar con la persona indicada.

—Busco a Djamila.

El empleado del local frunció el ceño al escuchar ese nombre.

—¿Quién eres?

—Me llamo Kheira y necesito verlo.

Ella se sorprendió del repaso exhaustivo que el hombre del otro lado del mostrador le hizo.

—¿Por qué lo buscas y quién te ha dado su nombre?

Ella dudó en contarle quién era su hermano, pero era la única salida para avanzar en su búsqueda.

—Estoy buscando a mi hermano Said Moussaoui.

En ese instante, como si hubiera nombrado a un fantasma, sobrevoló un tenso silencio. Luego de unos largos minutos en que el hombre no apartó la mirada de la joven, le hizo una seña para que aguardara allí, mientras él desaparecía detrás de una cortina. Kheira no dejaba se sentirse observada por los hombres de las otras mesas que continuaban bebiendo y fumando. Poco después, el sonido metálico de los tirantes colgantes del visillo anticipó la aparición del encargado del bar.

—En dos horas, vaya a la plaza central y aguarde. Alguien se va a contactar con usted. Sea puntual.

Kheira asintió y se retiró de allí. No regresaría al albergue hasta no tener alguna novedad. Sin dudas, no sería fácil localizar a Said, porque quizás se encontraba en otro lugar y tardarían en avisarle. Esperaba poder verlo cuanto antes y así explicarle la decisión que había tomado. Deambuló por la zona aclimatándose sin dejar de evocar el lugar. Los años vividos en París no habían logrado borrar los recuerdos en suelo argelino. Sin ponerse melancólica y evitando distraer la mente, se centró en el camino que debía tomar hasta llegar a destino. Prefirió adelantarse. La Place des Trois Horloges se levantaba a su paso. Recorrió parte de ella hasta que alcanzó un banco. Con cierta expectación, aguardó. Miró por segunda vez uno de los tres relojes que caracterizaban esa plaza para cerciorarse de que era la hora indicada. Las personas pasaban por allí inmersas en sus quehaceres sin reparar en la joven. Kheira no sabía con quién se encontraría, debía esperar a que alguien diera con ella. Poco después, notó que una mujer se sentaba a su lado, ataviada con el jaique blanco con el que se cubría toda la ropa, que apenas dejaba al descubierto los ojos y los pies. Kheira no dejó de contemplarla para ver alguna señal, no esperaba que fuera otra mujer quien la contactase.

—¿Eres Kheira?

—Sí. Busco a Said.

—No es fácil dar con él.

—Me quedaré el tiempo necesario hasta ubicarlo.

—Está bien. Ya nos hemos puesto en movimiento para localizarlo.

—Gracias.

—No lo agradezcas, porque deberás hacer algo a cambio de que te llevemos con él.

—¿A qué te refieres?

—Debes cargar esta cesta y dejarla en un puesto del mercado que está aquí cerca.

—¿Qué contiene?

—La mercadería que necesita Mohamed, a quien debes ver. Tiene un puesto de pescado no bien llegas al mercado. Él estará esperándote.

—¿Y qué pasa si no lo hago?

—Si quieres ver a tu hermano, sabrás qué hacer.

—Está bien —replicó sin opción.

Sin más, la joven se levantó y se volvió a mirarla antes de abandonar el lugar. Kheira se mantuvo unos minutos allí observando el caminar de las personas y, con manos temblorosas, recogió la cesta. Hasta ese instante no pudo ver el contenido, pero necesitaba saber qué llevaba dentro. La abrió de a poco y vislumbró unas especias junto a una bolsa de dátiles, pero sabía que había algo más. Hurgó con la mano y sintió al tacto el frío metal de un arma por debajo de un lienzo que la cubría. Se paralizó. Creía que todos se darían cuenta de lo que llevaba. No podía permanecer allí mucho tiempo ni tampoco regresar al hospedaje de Halima. No le quedó otra alternativa que levantarse, mezclarse con el gentío e ir hacia el mercado Triolet. Trataba de mantener el ritmo de cualquier otro peatón, pero las piernas la impulsaban a huir de allí y dejar esa cesta en cualquier lugar. El corazón le latió con más fuerzas cuando vio que a una cuadra había un control de policías que registraban a los que pasaban de un barrio a otro. De inmediato, dobló en la esquina y dio una vuelta más hasta llegar al lugar indicado. Subió por la calle escalonada aferrada a esa cesta como si de ella dependiera su vida. Desconocía qué haría si la detenían. Quizá por el temor que se le había apoderado del cuerpo, creyó que alguien la observaba. No consideraba que su apariencia fuera sospechosa, pero esa sensación de ser acechada la había tenido desde el mismo instante en que había salido del bar. Probablemente, algún conocido del hombre del local la habría seguido para saber si cumplía con la palabra de ir a la plaza.

En medio de sus elucubraciones, alcanzó el mercado. Varios puestos se diseminaban en el lugar, separados por telas; los más selectos contaban con toldos que los protegían para darles mayor comodidad y privacidad del resto. Los vendedores comerciaban la mercancía al mejor postor. Se podía escuchar el regateo hasta alcanzar al precio final. Comenzó a buscar el puesto de pescado, pasando por el de frutos y especias ubicado frente a ella. A un lado, uno estaba atiborrado de selectos géneros con colores brillantes que se bamboleaban a través de la brisa levantada minutos antes. En ese vaivén, creyó ver la figura de alguien que la observaba. No pudo divisar el rostro completo y, cuando inclinó la cabeza para tener mejor visión, ese hombre ya no estaba. Quizás fuera su imaginación y veía fantasmas donde no los había. Se apresuró hacia el tenderete indicado.

—Mohamed —susurró por encima de los pescados expuestos para ser vendidos.

Él la miró y tomó unos filetes que envolvió en un papel antes de

entregárselos.

—Toma y deja la cesta debajo de la mesa, yo me encargo.

—Pero busco a…

—Shh, ya se pondrán en contacto y te dirán adónde debes ir. Vete ya si no quieres llamar la atención.

Estrujó el paquete que tenía en la mano. Nada se estaba dando según lo previsto, lo que la asustaba más. Se apresuró para salir de allí, cuando vislumbró la imagen de perfil de un hombre cuya apariencia le resultaba familiar. De musculatura importante, llevaba el cabello corto. Un frío helado le recorrió el cuerpo. Sin embargo, así como había asomado por uno de los corredores del mercado, del mismo modo había desaparecido. Kheira estaba segura de que había visto a ese hombre en un bar de París; era conocido de Léa y su familia. No podía asegurarlo, pero la invadió la misma sensación de cuando lo había visto aquella vez. Si el militar estaba allí, nada bueno podría traer. Antes de salir del lugar, escuchó la detonación de un arma, Entonces, todo se transformó en gritos y confusión. La mercadería expuesta volaba por los aires; algunos de los puestos terminaron derribados y el descontrol fue absoluto. Pocos sabían lo que sucedía, pero todos salían disparados de allí. Kheira huyó del mercado en una corrida junto a aquellos que deambulaban en las cercanías, que no querían quedar involucrados en otro hecho vandálico. Minutos después, aparecieron unas motos de la policía. La estampida fue absoluta a la vez que resonaba el eco de más detonaciones. Los pies de la joven se movían a un ritmo vertiginoso entre las subidas y bajadas de las escalonadas callejuelas. Dudaba de que fueran a reconocerla, pero estaba segura de que quien había iniciado la balacera había sido ese tal Mohamed. Poco después, alcanzó el albergue. Con ímpetu, atravesó la puerta. Solo buscaba refugiarse en la habitación y esperar a que todo se calmase, para poder tener un poco de claridad sobre lo sucedido.

—Parece que alguien te persigue —dijo Halima.

Esa mujer parecía capaz de leer la mente de Kheira. Quizá, su estado de conmoción colaboraba para que fuera tan perceptiva.

—No. Me asusté porque hubo un tiroteo.

—Deberías acostumbrarte a eso —replicó sin dejar de clavarle la mirada—. Veo que traes algo para comer.

Kheira tenía tan estrujado el paquete que se había olvidado del contenido.

—Sí, aquí tiene.

—Has estado en el mercado.

—Así es.

Kheira necesitaba que esa mujer dejara de indagar, no quería quedarse en la calle si se enteraba de lo que acababa de suceder, si sabía que ella había sido parte involuntaria del hecho.

—La próxima vez, trae más.

—Está bien.

—En una hora, estará la comida lista. La tarifa no incluye la cena, pero esta vez haré una excepción, ya que has traído esto.

—Está bien.

Kheira continuó su camino hasta alcanzar el cuarto. Le urgía tirarse en la cama y aquietar el cuerpo, ya que un temblor se había apoderado de él. Nada de lo vivido parecía real. Su hermano no había aparecido. Quienes la habían contactado la habían hecho partícipe de un tiroteo y, como si eso fuera poco, creía haber reconocido al supuesto hombre que la seguía. Según recordaba, el militar pensaba quedarse en París un tiempo. ¿Había sido una mentira lo que él había manifestado en aquel bar y estaba aquí cumpliendo funciones? Léa podría decirle qué tan acertada era esa suposición, pero no podía contar con su amiga. Tampoco sabía cuándo llegaría, aunque iría con otras funciones que poco tenían que ver con los motivos que la habían hecho viajar a Kheira. En uno u otro caso, nada bueno parecía vislumbrarse en las horas venideras.

* * *

Al otro lado de la Casbah, en uno de los edificios desde donde operaban las autoridades francesas, se celebraba una reunión de urgencia encabezada por el general Mercier, quien tomó la palabra.

—A los rebeldes, no les ha bastado con la reprimenda de tiempo atrás, ya que están urdiendo un plan para volver a atacar algún objetivo nuestro.

Mercier se refería a una emboscada en la que había muerto un número importante de rebeldes y civiles también. Creía que en esa etapa del Gobierno se pasaría a una fase diplomática. La crítica mundial en los distintos organismos internacionales se hacía sentir. El problema consistía en cómo paliar el desorden y la violencia. Sin dudas, para ellos, la solución era responder con más violencia. La presión internacional había llegado a su

punto culminante cuando Francia había provocado un ataque en la localidad tunecina de Sakiet Sidi Youssef, ubicada al noroeste de Túnez sobre la cordillera Atlas, cercana a la frontera con Argelia. Ese ataque, ocurrido un año atrás, había generado en la opinión pública, y en la ONU en particular, el rechazo absoluto. Eran tiempos difíciles; también de descuento para Francia y sus acciones militares en el norte africano. No obstante, frente a esa situación, el general De Gaulle había exigido al Ejército que propinara los golpes más fuertes contra los maquis del *aln*, el brazo armado del Frente de Liberación Nacional.

—Son rumores hasta ahora.

—Es lo que tenemos. Atento a cómo se dan las cosas, es muy probable que lo intenten. No quiero que se cometa un error, y para eso deben dar con los cabecillas.

—No está fácil la cuestión, porque ni ellos saben quiénes son.

—Usted no está aquí para decirme lo que ya sabemos.

Los rebeldes habían conformado células de solo tres personas, eso hacía que la cabeza de cada terceto conociera las identidades de los otros dos, pero los otros no se conocían entre sí. De ese modo, se iba conformando la cadena de mando. Con este modo de actuar, resultaba muy difícil conectar a unos con otros, así evitaban las filtraciones o las traiciones por dinero.

—Tengan todo a disposición para contar con la información necesaria. No es difícil comprar voluntades. Pónganse a trabajar.

En ese momento la puerta se abrió.

—General Mercier.

—Adelante, Girard. El resto puede levantarse e indagar lo que sucede en las calles, a ver si logramos saber algo más.

Mientras los otros tres efectivos abandonaban la sala, Olivier se sentó en una silla frente al escritorio del militar.

—Espero que traiga novedades.

—Kheira Moussaoui se ha puesto ya en contacto con alguien para saber el paradero de su hermano.

—Bien.

—Su contacto ha sido una de las mujeres que portan velo blanco —

manifestó.

De este modo, las mujeres habían comenzado a participar en la guerrilla urbana. Si bien la utilización del velo les permitía cubrirse el rostro, decidieron quitárselo para mezclarse con las europeas e ingresar a sus barrios; se confundían con ellas y así participaban de algún atentado. Nadie sabía quién podía estar detrás de un golpe cuando se trataba del accionar de la mujer.

—Mierda.

En la lucha, las mujeres habían comenzado a tener una gran participación. Algunas llevaban algún artefacto explosivo en las carteras o bolsos y lo dejaban en locales, lo que provocaba caos y descontrol. Otras, detrás del jaique que les cubría el cuerpo, iban munidas de una cesta en donde escondían armas o lo que fuera necesario para ayudar a los rebeldes. Al principio, no se dudaba de ellas, luego las autoridades estuvieron más alertas, aunque era muy complicado mantener ese control. En algunas oportunidades, utilizaban a los niños para esconder algo cuando debían pasar los controles. En verdad, se había vuelto una caza de brujas.

—Esta vez, fue un arma que llevaba escondida en el canasto y que dejó a un comerciante en el mercado. Él se llamaba Mohamed. Luego de algunos disparos, fue apresado, pero no ha dicho nada que no sepamos.

—Hay que continuar interrogando.

—Puedo asegurarle que no hay mucho más.

—Me refiero a esa joven —reclamó inclinándose hacia adelante.

—Creo que hay que esperar.

—Girard, no tenemos tiempo.

—Ella va a buscar a algún contacto hasta llegar a su hermano.

—¿Qué propone?

—Esperar unos días hasta ver qué hace.

—Quiero novedades lo antes posible, ¿comprende?

—Sí, señor.

—Váyase ya, y busque respuestas.

Olivier salió del despacho del general convencido de que muy pronto tendría novedades que lo llevarían a saber de Said Moussaoui.

* * *

Lejos de la ciudad y bajo la penumbra del anochecer, Abdelkader esperaba que su amigo le diera la razón, luego de relatarle cómo se habían dado los hechos.

—Debiste alertarla para que no viniera.

—Sabes muy bien que, cuando supe que urdía el plan de venir hasta aquí, decidí buscarla —afirmó Abdelkader.

—¿Y estás seguro sobre lo que me dices?

—Por supuesto. Sabes que soy un hermano para ti. ¿Hace cuánto tiempo que no tienes contacto con ella o con tu familia?

El silencio dio paso a la respuesta que Abdelkader buscaba. Los suyos habían pasado a un segundo plano frente a la lucha armada. Agradecía que estuvieran tan lejos de allí, así nadie se interponía en su camino. Ese no había sido el comportamiento de su hermana.

—No puedes esperar nada de las mujeres, y ella es una más. Puedo asegurarte que solo traerá problemas.

—¿Qué me dices de Fátima?

A Said no se le escapaba el estrecho vínculo que su amigo tenía con esa musulmana que, hasta la fecha, no había dado señales de traición dentro del grupo rebelde y que batallaba como otras.

—Ella ha hecho un buen trabajo, y también me ha mantenido alerta sobre Kheira; lo sabes.

—Así es, aunque aún no estoy convencido de que mi hermana busque traicionarme.

—Te dije que urdía algo y que no era solo el viaje hasta aquí. Para eso estaba Fátima, que nos alertó que venía hacia aquí. Seguí a tu hermana aquella noche, cuando se encontró con su amiga francesa.

Abdelkader había viajado a París para saber cómo era el movimiento que

desde la Ciudad Luz se gestaba en pos de pacificar Argelia, de ceder a los reclamos de abandonar el régimen colonial y concederle al fin la independencia. Ese movimiento no era de tal magnitud como se creía. Muchos franceses seguían su vida, sin que les importara demasiado lo que sucedía en el norte africano, salvo un grupo de jóvenes con nuevos ideales que se apoyaban en los organismos internacionales para que la paz llegase a la tierra argelina. Sin dudas, el viaje había sido revelador, porque en esa etapa de la lucha debían tener mayor cuidado con las traiciones y las filtraciones que se daban de un lado y del otro.

—Léa Dubois —recordó.

—Así es.

Said estaba al tanto de las conexiones de su familia radicada en París. No era conveniente que se supiera de él, y menos aún que se intentase jugar con los miembros de su familia. Ya había demostrado que la causa estaba por encima de todo y de todos, por eso había ascendido al rango que poseía. Se conducía con discreción para otorgar seguridad al propio grupo que lideraba. Nadie se iba a interponer en su camino, ni siquiera su propia hermana.

—Ya me lo has contado.

—Y mal que te pese, se ha reunido con Girard. Los vi hablando con muy buen talante.

Aquella noche la había seguido hasta el lugar, suponía que no sería más que un encuentro con su amiga en un bar, aunque algo le decía que debía aguardar. Permaneció en medio del tumulto de jóvenes que allí estaban fumando y bebiendo. Fue entonces cuando vio a Girard acercarse a la mesa y dialogar con ambas. En ese momento, todo cobró sentido. No pudo escuchar lo que se decían, pero se lo veía a ese militar muy solicito con ambas, en especial con Kheira.

—Una cosa es saber cómo están y preocuparte por ellos; otra muy distinta es conocer los vínculos y las relaciones que tienen. Eso cambia todo. Hablando de eso, no ha sido difícil saber la relación familiar de los Dubois con Olivier Girard; el resto está a la vista.

A Said nada lo quitaba del objetivo que tenía por delante. Conseguir el triunfo era su mayor anhelo, y nada ni nadie lo apartaría de eso.

—A poco de que Kheira arribase aquí, lo ha hecho él. Creo que todo está muy claro: buscan ir detrás de ti a través de ella. No debe ser tan difícil si ella está complotada con un militar francés.

—Aunque me cueste creerlo.

Said fumaba sin dejar de pensar las implicancias que tenía el viaje de Kheira a su tierra. No entendía el motivo de su llegada a pesar de recordar el estrecho vínculo que los unía. Desde hacía un tiempo, él había dejado de ponerse en contacto con su familia debido a la cuestión política que se vivía. Había sido la mejor decisión. Ya era un hombre, así que no necesitaba que le preguntaran cómo estaba ni qué hacía, algo que, por otra parte, ya sabían. Por esa razón, había regresado a su tierra para afincarse de modo definitivo.

—Sabes que con ella nos hemos manejado como con el resto para ir ganando voluntades.

Ellos ganarían si sumaban adeptos a la causa, ya que la cuestión numérica iba en desmedro de los rebeldes. Cualquier modo era viable si engrosaban las filas del *aln*. La lealtad era un bien muy preciado, pero se corrompía por un poco de dinero. Por ese motivo, probaban la fidelidad de cada persona que se acercaba para formar parte de la organización, porque no les bastaba con que jurasen defender el movimiento. Cometer un acto vandálico constituía una prueba suficiente. Eso habían hecho con Kheira, y ella había pasado la prueba holgadamente. Resultó notoria la aparición inmediata de la policía. Estaba claro que había alguien detrás de ella, y Girard había asomado en el mercado cuando comenzó el tumulto.

—Los resultados han sido como los imaginaba.

—Quiero que sigas mis instrucciones.

—Como siempre.

—En breve, sabremos quién tiene razón. Me encantaría comprobar que estás equivocado.

Abdelkader no ponía en duda que Kheira era una pieza fundamental en la traición a su hermano. Él la conocía lo suficiente como para tener esa opinión de la joven. Si la familia de la muchacha no se hubiera radicado en París, él se habría casado con ella. De hecho, contaba con la anuencia de su hermano y también del padre de familia. Qué mejor para ella que unirse a alguien de su clase y religión, algo que cualquier familia musulmana buscaba para sus hijas. Sin embargo, nunca le había gustado la manera en que lo miraba cuando él se apersonaba a la casa para reunirse con Said. Igual, le importaba poco, porque lo que ella quisiera o deseara no valía; comprendía que contaba con el apoyo familiar para hacerla suya. El conflicto armado había retrasado todo, pero estaba a la espera de que todo terminara cuanto antes y pudiera cumplir con el sueño de tenerla, más cuando veía el interés de ese francés en la joven. Ese militar no tenía la mínima posibilidad de estar con ella.

* * *

La noche había alcanzado a Kheira sin que pudiera descansar. Era una maraña de nervios sin respuestas. Solo restaba esperar, aunque no tenía la paciencia requerida. Se había metido en un berenjenal del que sería muy complicado salir. Aún no había dado con Said ni sabía cuándo lo lograría.

Había pasado dos días aguardando alguna novedad. Mientras tanto, ella se había mantenido encerrada en la habitación, solo bajaba para comer y no más que eso, siempre bajo la atenta mirada de la dueña del lugar. La mañana del segundo día recibió una nota a su nombre. Allí la citaban en un lugar para verla. Habría preferido no tener que esperar hasta que cayera el sol para el encuentro. Las horas de vigilia se hicieron interminables dentro de los muros del austero cuarto. Ni siquiera pudo probar bocado, no bajó a almorzar, se mantuvo dentro de la habitación hasta que se hizo la hora convenida y salió rumbo a la cita en el barrio Hamma.

Allí se erigía el Jardin d'Essai construido sobre la zona pantanosa de la metrópoli, para dejar atrás las consecuencias una zona fangosa como foco de infecciones y enfermedad. En el trayecto, evocó las veces que su familia la había llevado para que conociera de pequeña la vegetación que nacía allí. El sinnúmero de árboles y plantas formaba un verdadero vergel. La espesura en su amplia variación de verde se extendía hasta unas treinta hectáreas de terreno. La paleta de colores que brindaba ese parque resaltaba en la ciudad blanca bañada por el azul de las aguas del Mediterráneo. Todo confluía para darle un mayor esplendor a la metrópoli. Solían decirle que el lugar había nacido como un parque de prueba para mejorar el cultivo de vegetales. Los recuerdos la calmaban, le quitaban la inquietud que se acrecentaba a medida que se acercaba al lugar de encuentro.

La tarde pincelaba el horizonte con vetas azafranadas. Un sendero de palmeras abría el camino. Las amplias hojas del palmar se entretejían en las copas para desviar o impedir el ingreso de los débiles rayos de sol y brindar cierta penumbra a esa zona del parque. El silencio cada tanto se interrumpía por el graznar de las aves que habitaban el jardín. Si no hubiera sido por que le habían indicado el sitio del encuentro, habría podido pasar todo un día allí dando vueltas en redondo sin lograr regresar al punto de partida. La inmensidad del terreno era notoria. Una vez dentro, caminó hasta el lugar indicado aguardando, expectante, lo que pudiera suceder. A esa hora del día, ya no quedaba nadie en el parque. Esa aparente soledad la sobrecogió. Ella observaba atenta hacia todas las direcciones para cerciorarse de que nadie hubiera llegado.

Poco después, el ruido de unas ramas secas al quebrarse le indicó que

alguien merodeaba por allí. Se irguió de inmediato mirando a su alrededor. Los pasos se hicieron más audibles y, en ese instante, vio a una persona acercarse. Kheira fue en su búsqueda acortando la distancia para saber de quién se trababa.

—Said —murmuró con la ansiedad del encuentro—. Said —repitió.

La silueta de un hombre se aproximó hacia ella. Observó que Said había cambiado un poco debido a los años que llevaba en la lucha armada. Lo notó más delgado, pero la musculatura seguía presente en su cuerpo. Cuando pudo vislumbrarlo de entre las sombras alargadas de los árboles, comprobó que la expresión del rostro de su querido hermano era otra. Cuando ya se había acercado para decirle cuánto lo había extrañado, el sonido de otros pasos por detrás la sobrecogió.

—Ahora. —Se escuchó la orden en francés.

—¡No! —alguien retrucó por detrás.

Ese hombre que se aproximaba para reunirse con Kheira no la alcanzó ni llegó a darle un abrazo porque fue detenido. Dos hombres de seguridad que cargaban fusiles le exigieron que abriese las piernas para ser palpado, mientras ella era retenida a un costado del parque sin saber qué hacer. Sin lugar a dudas, había sido una emboscada. El sujeto fue llevado hasta ella a los trompicones.

—¿Quién es él? —exigió el militar tomándolo por los hombros.

En esa proximidad, pudo apreciar el parecido con Said, pero tuvo la certeza de que él no estaba parado frente a ella. Ese no era su hermano.

—No lo sé.

—¡Responde ya!

La orden dada era para ambos, tanto para Kheira, que estaba apabullada ante la situación, como para el otro hombre, que esperaba salir cuanto antes de la situación. Mientras ellos eran rodeados por algunos oficiales, otros habían ido a peinar la zona.

—¡Pierre! —exclamó uno de ellos para que tomara a la joven y la acercara aún más.

Kheira estaba aterrada y aguardaba que su hermano apareciera en algún momento para sacarla de allí. Desconocía cómo saldría del embrollo en que estaba metida.

—Dime si él es Said Moussaoui.

—No —replicó ella con lágrimas en los ojos.

En el fondo deseaba que ese hombre, parecido, lo fuera y así todo terminaría de otro modo.

—¿Quién mierda eres? —exigió uno de los militares.

—Me llamo Alí y vengo aquí para trabajar. Me iba cuando vi que había alguien más. Me acerqué para cerciorarme de quién era. Se notaba que aguardaba a una persona. Yo solo buscaba asegurarme de que no estuviera perdida.

Se escuchó la orden de llevarlos detenidos. Quien la emitió comprendía que arrestarlos no les iba a traer el rédito que buscaban, ya que no tendrían mucho para confesar. Apostaba algunas de las medallas ganadas en su carrera que ese arresto implicaría solo una fantochada. Pero sería un modo de aquietar al general Mercier, que buscaba respuestas sin poder esperar a que los hechos se dieran de otra manera. La necesidad de encontrar a los cabecillas, para finalizar el conflicto, lo hacía razonar sin demasiada claridad.

El cuerpo de Kheira temblaba y la confusión le nublaba la mente. Estaba claro que todo había sido una emboscada. Lo que más le preocupaba era que Said no aparecía. Uno de los militares la tomó del brazo y, a los empujones, la llevaron hasta uno de los dos Jeep que los aguardaban. En ese instante, centró la mirada en alguien que no dejaba de observarla. Entonces supo que no se había equivocado y que Olivier Girard estaba detrás de ella. Él era el motivo de su desgracia desde que lo había conocido. La visita en el bar de París había sido el inicio de todo lo que ahora vivía. Ella no podía creer que le costase tanto trabajo dar con su hermano. A esa altura de los acontecimientos, no sabía si en verdad daría con él. Tampoco tenía el tiempo suficiente para continuar la búsqueda. Sin necesidad de voltear la cabeza, supo que Girard la seguía con la mirada. Restaba saber qué harían con ella porque se encontraba a merced del ejército.

CAPÍTULO 9

Tan solo recuerdos

La madrugada lo había alcanzado sin que Alex pudiera pegar un ojo. En compañía de un cigarro, observaba la quietud de la calle. Una maraña de pensamientos le inundaba la mente. Él había dejado París con el sabor amargo de la despedida, nunca antes le había pesado abandonar un lugar para encarar una misión en otra región. Esa vez, la presencia de Léa lo había alterado todo. Desde hacía tiempo comprendía que debía tomar una decisión. Al fin, había dado el paso necesario en la relación con ella. Sin embargo, no había ocurrido en el mejor momento no solo por el viaje que la joven tenía en ciernes hacia Argel, sino por el de él. Aún debía arreglar cuestiones personales y, hasta que no las resolviera, no podría encarar el vínculo que ella se merecía. En parte había actuado con una cuota de egoísmo, pero la intensidad de lo que sentía por Léa estaba por encima de todo.

Acababa de arribar a Tel Aviv, la ciudad que lo había acogido cuando creía que todo estaba perdido. La vida que había llevado en la casa familiar con su tía y su esposo no había sido fácil. Por momentos, lo asaltaba la culpa por la falta de agradecimiento hacia los dos. Sin ellos, él habría quedado a la deriva cuando finalizó la guerra. Saber que alguien se había interesado en él y quería darle un hogar debería haberlo colmado de felicidad, pero no fue así lo que sucedió tiempo después. La muerte de Edna, su tía, había complicado todo. Cada día que pasaba en compañía de Kacper era un ladrillo más en el muro levantado entre ambos. Las recriminaciones de su tío hacia Alex por la falta de agradecimiento eran constantes. Eso había motivado que Alex se esforzara en los estudios creyendo que ese era un modo de compensar la distancia entre ambos, pero se había equivocado. Durante su tiempo libre, debía trabajar en una pequeña fábrica que Kacper había montado. No había feriados ni recompensa por el trabajo realizado. Tampoco nada que Alex hiciera agradaba al marido de su tía. Hubo un tiempo en que el muchacho se esforzó por conseguir la aprobación del tío, luego se dio cuenta de que el esfuerzo había sido en vano. Fue entonces cuando decidió que se desvelaría en trabajar y estudiar para salir de ese maldito lugar. En verdad, él no sentía que perteneciera a ningún pueblo. El destino había querido que el viaje que había hecho a Israel en busca de sus raíces fuera determinante en su vida. Varios años habían pasado desde la primera vez en que había recorrido las calles de Tel Aviv. La búsqueda de la verdad sobre su madre había sido lo que lo había llevado a interesarse en estar allí. Aquel día, cuando recién había arribado a ese país, su vida había cambiado. Restaba muy poco para lograr lo que tanto había buscado. El humo del cigarro lo envolvió junto a los recuerdos que

comenzaron a salir como la exhalación de una profunda calada.

El trabajo nunca me había asustado y las ansias por salir del agujero en que estaba me habían ayudado a encontrar el camino. Para lograrlo, debía alejarme de mi casa. No tenía a quien recurrir. Mi maestro de Historia fue el primero en darse cuenta de que algo me sucedía. A pesar de mi silencio, supo que estaba lidiando con un infierno en mi casa. Aún recuerdo que me alentó a que, una vez finalizados mis estudios, buscase mi camino. No pensaba en otra cosa más que en eso. El poco dinero ahorrado alcanzaría para pagarme un boleto para abandonar el país en donde crecí. Debió pasar algo de tiempo hasta que al fin pude contar con la suma suficiente para abandonar la casa familiar. Kacper desconocía cuáles eran mis planes, y yo hice lo posible por que así fuera. Cuando estuve listo, fui a ver al maestro Meyer.

—¿Qué crees que harás cuando llegues a Israel?

—Haré lo que sea. Lo importante es alejarme de aquí.

El profesor se mantuvo en silencio unos largos minutos observándome.

—¿Qué harás con tu familia que se queda aquí?

—No tengo familia. Edna, mi tía, era el único familiar directo de mi madre. No creo que sea un problema para Kacper que yo me aleje.

—¿Por qué lo dices?

—Es lo que siento, aunque por momentos me considere un desagradecido por no tener en cuenta lo que él hizo por mí.

Yo no solía contar mi historia a nadie, pero Meyer había notado que algo me sucedía y se había acercado para apoyarme. Sin dudas, mis excelentes notas habían provocado que se fijara en mí. El tiempo había hecho el resto y habíamos mantenido, en algunas oportunidades, largas charlas.

—Si estás decidido a irte, ven mañana a verme.

—¿Para qué?

—Tengo un primo en Tel Aviv a quien quizás le intereses.

—Quiero trabajar, no importa si es de operario en una fábrica o en un kibutz.

Esa última posibilidad me atraía, aunque estaba a ciegas, porque no tenía ningún contacto en esa tierra.

—Déjame hablar con él.

—Gracias, profesor.

—Hasta mañana.

Esa noche no había dormido rogando tener suerte, una suerte que me había sido esquiva hasta ese momento. Me levanté temprano y llegué antes a la cita.

—¿Me he retrasado? —se mofó por mi ansiedad de llegar antes de tiempo.

No le confesé que no había pegado un ojo por la expectativa que me generaba ese encuentro.

—¿Tomas un café?

Yo asentí. Estaba sin desayunar. Esa mañana en lo único que pensaba era en tener todo listo y partir.

—He hablado de ti con mi primo, y me autorizó a que te diera este contacto. —Me entregó un papel con un número de teléfono—. Cuando llegues, llámalo.

—Es aquí la fábrica en donde trabaja —aseguré.

—Algo así —retrucó—. Él evaluará si eres idóneo para trabajar con él.

—Muchas gracias. —Guardé el trozo de papel como si fuera el tesoro más preciado.

—Espero que me lo sigas agradeciendo más adelante.

La conversación versó sobre otros temas, aunque mi mente estaba en los planes que tenía. No pasó mucho tiempo desde ese encuentro hasta el momento en que estaba con el boleto de viaje en la mano. Entonces se lo comuniqué a Kacper. No le gustó que me fuera, aunque nunca demostró que le gustase que estuviera allí. En ese momento, me echó en cara todo lo que había hecho por mí y el modo en que se había sacrificado todo ese tiempo. Por última vez, bajé la cabeza y escuché las recriminaciones. Yo tampoco comprendía cómo los horrores vividos por ambos en la guerra no nos habían unido. Tomé mi maleta y salí de allí con la promesa de que estaría en contacto para avisarle adónde iría. De momento, le dije que me dirigía hacia París a verme con Lena. No quise contarle mi verdadero destino porque no sabía si las cosas me saldrían bien, y no necesitaba que él me lo recordara si nada resultaba como lo esperaba. Después de la despedida de mi madre en Gurs, dejé de creer en que pudieran sucederme cosas buenas en la vida. La

única persona que la había iluminado era Lena, y supuse que así sería siempre.

Con nervios y expectativas, arribé a Tel Aviv. Allí averigüé cómo hacer para llegar hasta la ciudad, ya que el aeropuerto estaba ubicado en las afueras. No bien vi que las edificaciones comenzaban a poblar los suburbios, me bajé hasta alcanzar un bar. Allí, hice tiempo hasta que fuera un horario decente para hablar por teléfono. Una voz ronca atendió la llamada y me citó en el centro de la ciudad. Según me informó, me esperaría solo si llegaba a horario, luego cortó la llamada. Me fijé en el reloj y me había dado cuenta de que me quedaba poco tiempo para llegar a la cita. No conocía la ciudad y cargaba con un bolso a cuestas. Del bolsillo, saqué un mapa de calles, avenidas y barrios, todos extraños para mí. Tenía que apurarme y no equivocarme en el transporte que me tomaría porque no llegaría a tiempo. Eso me lo había confirmado el hombre que atendía un puesto de diarios y flores al que yo le había preguntado cuál camino era más rápido para llegar. En el trayecto, no dejaba de observar cada calle y lugar que me sirviera de referencia para ubicarme. Volví a mirar la hora y estaba al límite del horario. Me lancé del transporte y, como un poseso, corrí hasta la dirección que tenía anotada. Dos bares confluían en las adyacencias de las calles en donde yo debía estar. Era el lugar indicado, pero ninguna de las confiterías tenía la numeración exacta. No tenía tiempo para investigar más; mi suerte estaba echada. Me incliné por la que contaba con un teléfono en la barra del local. Si nadie venía por mí, tendría la posibilidad de llamar, una vez más, por teléfono. Me quedé allí a la espera de que alguien se acercara a mí.

—Has hecho una buena elección y llegaste a tiempo.

De inmediato, esa voz ronca sonó detrás de mí; supe en ese instante que el instinto no me había fallado y que estaba en el lugar correcto.

—Alex Levy, ¿verdad?

—Sí.

—¿Has comido algo?

—No, señor.

No había probado bocado desde que había subido al avión. El apetito que tenía se me debe haber notado en el rostro, porque no comenzó a hablar hasta que yo terminé mi suculento sándwich.

—¿Tienes familia aquí?

—No.

—¿Qué te hizo decidir venir a esta ciudad?

—Es una historia larga.

Entendí que allí estaba a salvo de narrar mi vida y, si en verdad buscaba saber más del destino de mi madre, debería abrirme. Ese hombre no era un desconocido, ya que venía recomendado por el profesor.

—Tengo tiempo.

—La necesidad de volver a mis raíces ha hecho que esté aquí —dije al comenzar mi relato—. Cuando se desató la guerra, toda mi familia fue secuestrada y llevada hasta Gurs. Allí sobrevivimos con mi madre, hasta que llegó la orden de ser transportados hasta Polonia.

—Auschwitz.

—Así es. Por una maniobra de ella, yo fui rescatado del campo de internamiento, mientras ella no tuvo esa suerte.

—Eres un sobreviviente.

—Así es, pero los míos no tuvieron esa suerte.

—¿Qué buscas aquí?

—Sentirme más cerca de ella.

—¿Solo eso?

—Nunca supe cuáles fueron sus últimos momentos. Los puedo suponer, pero no me refiero a eso. Quisiera saber si alguien más estuvo con ella. Estoy seguro de que ha habido alguien allí en los minutos finales. Quiero saber más, pero en los Estados Unidos no podía averiguar ni recopilar información. Quizá pueda encontrar una carta, un diario o algo que me indique lo que ha pasado.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Tal vez, de ese modo logre obtener la paz que aún no tengo.

Supongo que hubo algo en lo que dije que hizo que su actitud cambiase; luego comprendí el motivo. Saber que un joven como yo, sin familia, estuviera comprometido con la causa judía y que fuese capaz de hacer lo necesario para obtener justicia definió su atención en mí. Lena me decía que no era eso lo que buscaba, sino que yo iba tras la venganza. En uno u otro caso, para mí, tenía el mismo significado: dar con ellos, con los nazis que escaparon de

Alemania como ratas.

—En el apuro no me presenté, soy Elías Yosef.

—Un gusto —dije limpiándome la mano para no mancharlo con el condimento del sándwich.

—¿Qué tienes pensado hacer aquí?

—De momento, lo que sea. Necesito trabajar y puedo asegurarle que no les temo a las tareas pesadas.

—¿A qué te refieres cuando dices "de momento"? ¿Qué tienes pensado para después?

—Saber de mi madre.

—¿Harías lo que fuera para eso?

—Sí.

La rapidez en la respuesta había sorprendido a quien se transformaría en mi mentor.

—Entonces, creo que estás en condiciones de venir mañana a mi oficina, así podré evaluarte y hablaremos más tranquilos. Aquí tienes. —Anotó en un escueto papel una dirección—. No debes tener un lugar para alojarte, ¿verdad?

—No.

—A una cuadra de aquí, encontrarás una pensión a buen precio.

—Muchas gracias.

Mi agradecimiento no solo era por el ofrecimiento de un nuevo trabajo, sino también por haberme invitado mi primera comida en Tel Aviv.

—Algo más —dijo al levantarse—. Es mejor que memorices la dirección y rompas el papel. Uno va más liviano por la vida sin tantos papeles, ¿no te parece?

Yo asentí y me quedé con más interrogantes que certezas. Poco después, me encontraba en una austera habitación de la pensión. No me importaba cuán pequeña fuera, sino que era mía. Nadie volvería a molestarme ni a humillarme. Ya no.

En la mañana siguiente, me levanté temprano con la expectativa de lo que pudiera ocurrir, ansiaba que todo saliera según lo esperaba. Caminé hasta la calle Allenby. Allí se levantaba el edificio Hadar Dafna. Al ingresar, noté que había unas cuantas sillas de plástico distribuidas en el recinto, algunas ocupadas con algunos sujetos. Alguien se acercó a mí y me acompañó hasta una puerta que, si no la hubiera abierto, no habría descubierto que podía traspasarla. Tuve la impresión de estar dentro de unas cajas chinas, donde se abría una y dentro había otra más pequeña. Esa impresión no fue desacertada cuando supe, más tarde, dónde me encontraba. Subí por el elevador hasta el tercer piso. Allí una joven mujer me recibió y me indicó que aguardara, que pronto me iban atender. Ya en la oficina de Yosef, observé con detenimiento cada objeto que la decoraba, noté que estaba bien equipada. A poco de ingresar, se sumó alguien más.

—Te presento a Simón Friedman.

Lo saludé mientras él no dejaba de escrutarme. Tenía una carpeta en la mano. De golpe, comenzó a disparar una serie de preguntas. Mi edad, los estudios cursados y el lugar de donde provenía ya estaba chequeados antes de que ingresara allí.

—¿Cuántos idiomas hablas?

—Dos.

—Por lo que veo, solías hacer deporte.

Mi contextura física era buena y el ejercicio que hacía para liberar las tensiones y la rabia producida por la convivencia con Kacper había dado sus frutos.

—Así es.

Noté que los presentes se miraban aprobando mis contestaciones.

—¿Qué sabes del Mossad?

La sorpresa inicial se transformó en certeza cuando comprendí el comportamiento que Yosef había tenido conmigo.

—Solo que es una agencia de inteligencia.

—Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales, para ser precisos. Te ofrezco ser parte de él.

Comprendí que era lo que estaba buscando, en ningún otro lugar podría

averiguar lo que me quitaba el sueño.

—Este ofrecimiento es solo el comienzo. Si aceptas, deberás someterte a un duro entrenamiento. Solo si demuestras ser apto, estarás dentro de nuestras filas.

—Lo haré —respondí con convicción, no pensaba desaprovechar la única oportunidad que tenía de ser alguien.

—Mañana vendrás a hacerte unos estudios médicos —agregó Friedman al cerrar la carpeta que tenía entre las manos.

—Sí, señor.

—Empezaremos —dijo Elías—. Daremos una vuelta. Prepara todo como siempre —agregó dirigiéndose al otro sujeto que estaba en la sala.

No supe a qué se refería, tampoco se me ocurrió preguntar. Minutos después, estaba caminando con él por una de las calles más concurridas de la ciudad, plagada de bares, locales y oficinas. El movimiento de los transeúntes era permanente. Yo venía de una localidad pequeña, así que no estaba acostumbrado a caminar en medio de una horda de personas.

—Siempre debes estar atento a los que te rodean, por si alguien te sigue. Busca un lugar en donde puedas reflejar la imagen de quien está detrás de ti. Si no lo tienes, debes entrar en un lugar o esperar en una esquina hasta que puedas individualizar a quien te aceche. Debes ser invisible; ningún movimiento debe llamar la atención; tu apariencia debe fundirse con la del resto. Nadie debe fijar la atención en ti, salvo cuando desees que alguien sí lo haga, ¿comprendes?

—Sí, señor.

—Ponlo en práctica, porque he notado que dos sujetos han estado detrás de nosotros. Deshazte de ellos y te veo en este lugar en ocho minutos.

La adrenalina que me corría por el cuerpo me puso alerta; todos eran potentes blancos para mí. El escaparate de un local me permitió ver el deambular de la gente; todos pasaron a tener una actitud sospechosa. Caminé en zigzag como me había indicado, cambié el ritmo de mi caminata dejando pasar a unos y adelantándome a otros. Los minutos transcurrían y nadie aparecía en mi radio de acción. Di la vuelta por un atajo para regresar al punto de partida, al menos cumpliría con el horario en el lugar indicado. Antes de llegar, escuché por detrás:

—Eres hombre muerto.

Me volteé y una mujer con una bolsa en la mano sonreía ampliamente. Al otro lado de la acera, un hombre con anteojos y un diario en la mano inclinó la cabeza en anuencia. Yosef asomó por la esquina y fue a mi encuentro.

—La próxima vez, lo harás mejor. De momento, seguiste mis indicaciones. Vamos.

En el camino de regreso, no dejé de pensar en que me esforzaría y daría todo para ser parte del instituto. Si buscaba destacarme, debería estar centrado solo en eso. La mañana siguiente, la otra y los días que vinieron fueron destinados a mejorar mis actitudes de seguimiento. Con cada logro que obtenía, creía estar más cerca de obtener un lugar allí dentro, pero me equivocaba. Las exigencias eran mayores; los desafíos, más complicados. El entrenamiento físico al que me sometían no me acobardaba, muy por el contrario, era uno de los mejores del grupo. Mi cuerpo iba ganando en agilidad y en contextura. Una tarde, luego de haber estado entrenando todo el día, Yosef me citó en el sur de la ciudad. El puerto de Jaffa era el paso obligado de los navíos comerciales provenientes de Asia y Europa. El deambular de las personas era permanente. Ya me había acostumbrado a camuflarme en una horda de gente. Caminé por estrechas calles hasta alcanzar el bar en que habíamos quedado para comer algo. Al fin me tomaría un respiro. Yosef esperó a que el camarero nos sirviera unos refrescos en una mesa ubicada sobre la acera.

—¿Ves aquel edificio?

Yo elevé la vista hasta la edificación que se erigía en la esquina. Hice un repaso mental de las características del inmueble. No noté algo en particular. Era acorde con el resto de las construcciones adosadas en la línea de construcción.

—Mira la ventana del cuarto piso.

Una tenue luz atravesaba el cristal velado por una cortina blanca. La persiana aún se mantenía abierta.

—Allí vive una anciana malhumorada a la que no le gusta ser molestada. Tienes diez minutos para llegar hasta allí y darme sus señas personales y los datos familiares.

Lo miré, ingerí el resto de la bebida para alentarme. Crucé la calle perdiéndome entre la gente para cumplir, del modo que fuera, lo que me había indicado. Los minutos pasaban. Yosef había apurado el trago de un golpe, en el convencimiento de que no lograría obtener los datos de Sara Dayan, que acaba de cumplir los ochenta años la semana anterior. Había pasado parte de su vida en Europa y, cuando logró escapar, luego de la

guerra, se había instalado allí. Desde su llegada se había vuelto una huraña, detestaba que la molestasen, de modo que mantenía su rutina sin que nadie la alterase.

—Es una mujer de pocas palabras —agregué por detrás de Yosef, quien me escuchó con una sonrisa de costado.

—¿Te pudo contar acerca de su hijo?

—No, porque no ha tenido hijos.

—Creo que por hoy es suficiente.

Esa noche me compré una cerveza y me tiré en la cama sabiendo que lo lograría. Mi entrenamiento duró casi un año. Ya a esa altura había agregado la comprensión de otro idioma: el español. Sin embargo, no creía que estuviera listo, porque siempre había algo más. El conocimiento de las armas y su manejo fue lo que más tiempo me llevó. Luego, mi Beretta pasó a ser una extensión de mi mano; no podía salir sin ella. Gran parte del equipamiento había sido suministrado por la Agencia Central de Inteligencia estadounidense. La cia*, a la que nosotros denominábamos Elga, buscaba contar con los datos que los israelíes podían suministrarle de Rusia en plena Guerra Fría. Un hecho que consolidó esa colaboración fue cuando nuestro memuneh más reconocido, sin dudas el uno del instituto, había conseguido por intermedio de un periodista polaco el discurso de carácter confidencial de un líder soviético y lo entregó a la* cia*. A cambio de esa cooperación, le habían ofrecido capacitarlo y proveerle lo necesario. Ese acuerdo lo sellaría el viaje que Isser Harel, cabeza del Mossad, hizo a la ciudad de Washington, para reunirse con Allen Dulles, su par estadounidense. La entrega de dispositivos de escucha y rastreo de última generación junto a las cámaras de control remoto eran parte de lo acordado. Tanto la agencia como el instituto crearían un canal de comunicación directo y llano, sin interferencias, que excluía la vía diplomática, lo que había generado la molestia del Departamento de Estado y del Ministerio de Asuntos Exteriores israelí.*

Una mañana estaba por cambiarme para comenzar con el entrenamiento físico y me llamaron para que concurriera a la oficina de Yosef. Me alerté y supuse que algo de importancia había sucedido. Me dirigí hasta el tercer piso e ingresé al despacho. Dentro estaba Elías sentado con unas carpetas abiertas en el escritorio.

—Siéntate.

Intenté descifrar de qué se trataba esa reunión. Ningún gesto en el rostro de Yosef indicaba algo; yo tampoco vislumbré qué pensaba o cuáles eran las emociones que corrían en mi interior.

—Lee —me pidió al deslizar unos informes que estaban sobre la mesa.

Allí estaban los resultados de mi evaluación. Eran más que satisfactorios.

—Lo logré —dije exultante.

—Te doy la última oportunidad para que decidas. Si es así, puedo alterar algo de lo que he puesto en el informe y bajar la calificación. ¿Ves esto? —comentó al tocar una serie de papeles apilados a su lado—. Son solicitudes para formar parte del instituto.

Nunca supe si ese comentario había sido sincero o si una vez más me estaba poniendo a prueba. Mi contestación fue tan contundente que no dejó lugar a alguna duda.

—Ahora puedes considerarte un katsa —dijo, al hacerme entrega de mi número interno con el que me reconocerían.

Luego vendrían distintos alias con la documentación que llevaría según el lugar o la misión que abordaría. Al fin era un espía de la agencia. No sería fácil dar con el perfil que se buscaba en cada integrante para ser miembro de la organización.

Las pocas horas de sueño y el estudio, junto al fuerte entrenamiento, habían valido la pena. Ya estaba dentro del Mossad. Lo que vino luego fue cumplir con el objetivo principal del instituto: la búsqueda de los excomandantes nazis fugados de Europa. Gran parte de ellos se habían escapado hacia el continente sudamericano. En ese tiempo, el Mossad debía lidiar, también, con los ataques de la resistencia palestina, integrada por grupos partidarios que buscaban abolir el Estado de Israel. Trabajo sobraba, y en cada misión que participaba me iba perfeccionando. Al principio mi injerencia era limitada, luego fui demostrando que estaba para más. De a poco fui ganando un lugar en el instituto.

Los primeros rayos del sol entraban en la habitación de Alex. Atrás quedaron los recuerdos suspendidos en el tiempo cuando luchaba por ser alguien. Dejó a un lado la copa de whisky que había bebido, se cambió y, como cada mañana, salió a correr. Luego se duchó. Poco después, Alex transitaba por la calle Allenby hasta llegar al edificio Hadar Dafna. Los saludos se sucedieron a medida que él ingresaba al lugar hasta llegar a una amplia sala de reunión.

—Buenos días a todos —dijo Isser Harel, que encabezaba la reunión.

Pasados unos minutos, cuando los saludos se habían aplacado, asomó Rafi Eitan, director adjunto de las operaciones del Mossad. La astucia, la sangre

fría y la habilidad lo habían llevado al cargo. Él coordinaría la misión que había quedado en suspenso durante dos años y ahora se reactivaba con vigor. A veces sucedía con ciertas operaciones que, para que saliesen como se esperaba, se debía tener certezas, en caso contrario no se podría operar. La paciencia era importante para lograr el éxito futuro. Que ambos encabezaran ese operativo demostraba la importancia que revestía para el instituto y para cada uno de ellos la misión.

—Señores, como verán, la misión Garibaldi ya está en marcha —dijo Harel.

—Notarán que he elegido solo a unos pocos —completó Eitan.

Para él, era motivo de orgullo el equipo conformado: doce seleccionados, el mejor de cada área. Comprendía que no existía lugar para un error.

—Quiero decirles que nuestro primer ministro, Ben-Gurión, fiscalizará todo cuanto se haga, ya que, si algo sale mal, podremos tener problemas diplomáticos y políticos —completó Isser.

Ambos se habían conocido cuando combatían en la causa judía contra grupos palestinos; esa relación continuaría de manera indisoluble.

—Al final, no hay dudas de que la información en un primer momento dada por el doctor Bauer, fiscal general de Hesse, provincia alemana, era certera: Eichmann está vivo. Debieron transcurrir casi tres años para poder aseverarlo. Si no fuera por que el fiscal nos buscó para darnos semejante noticia, no lo habríamos conseguido. El temor de él, en esa instancia, era que la información se filtrase a antiguos nazis que conformaban el Poder Judicial o ante autoridades de la Embajada alemana en Buenos Aires. Hasta la fecha, el germen nazi, para muchos, sigue latiendo en diferentes ámbitos.

—Señores, hemos dado con el arquitecto de la solución final.

En la conferencia hecha en Wannsee, convocada por el SS Obergruppenführer y jefe de la Oficina Central del Reich, Reinhard Heydrich, Adolf Eichmann había sido uno de los inventores de la solución final –la matanza sistemática de judíos– junto a otros jerarcas nazis reunidos allí. El plan incluía la organización logística, en vagones de trenes, de la deportación masiva de los judíos a guetos y campos de la muerte, como el de Auschwitz-Birkenau. Él también les indicó a los judíos que debían escribir unas postales a su gente para relatar lo maravilloso que era Auschwitz, mientras miles de ellos eran asesinados. También perfeccionó las cámaras de gas. Nunca se había dejado de buscarlo, a pesar del supuesto silencio que había. Ningún judío podía olvidarlo. El Mossad haría historia al individualizarlo y trasladarlo a tierra israelí. Hitler se había suicidado en su búnker; Göring lo había hecho con una cápsula de veneno la noche antes de recibir la sentencia en

Núremberg. Restaba Eichmann, prófugo desde hacía más de una década.

—Vera Liebl, la mujer de Eichmann, fue lo que nos empezó a dar la pauta sobre las pistas falsas que comenzaban a dejar.

Simón era el encargado de manejar el material fotográfico que se había conseguido dentro de la sala. De inmediato, puso a tiro el dispositivo para comenzar a proyectar una a una las imágenes requeridas.

—Adelante —ordenó.

La mujer que aparecía en la pantalla tenía una apariencia más joven que en la última tomada más reciente.

—Ella es Vera, quien se estableció un largo tiempo en Austria, mientras su querido esposo huía hacia Argentina. Sus tres hijos –Horts, Dieter y Klaus– se quedaron con ella aguardando el momento ideal para seguirlo. Antes de eso, dio por muerto a su esposo frente a las autoridades. Cuando creyó oportuno y pudo hacerse de la documentación necesaria para salir de Europa, se trasladó hasta Génova, para luego seguir con destino a Buenos Aires. Allí volvió a contraer matrimonio, con el mismo hombre, pero bajo otro apellido y documentación, que le fue entregada para poder huir y vivir en Argentina. Sin embargo, Eichmann nunca pudo olvidar la fecha de su primer casamiento, ese que fue en Alemania, con su nombre verdadero. Eso lo llevó a cometer el error de enviar un ramo de flores en la fecha del aniversario, ese único que valía para ambos —dijo contundente.

»Otra —indicó—. Aquí se ve la propiedad en la calle Chacabuco 4261, en la zona de Olivos. Una falsa alarma entre tantas.

Una vez conseguido el dato, se debía chequear la información y se buscó al testigo que los llevaría hasta allí. Quien disertaba había enviado, oportunamente, a un agente, para comprobar los hechos. Sin embargo, cuando fue a esa casa y observó la apariencia de esa propiedad, desestimó que allí pudiera vivir el jerarca nazi. El agente estaba convencido de que Eichmann, como tantos otros que habían logrado huir de Alemania, había girado una suma importante de dinero al lugar de destino, una que le permitiese vivir en la clandestinidad sin problemas. La Argentina había sido un país que no solo había acogido a los nazis, sino que también había operado con fondos alemanes. Entonces el jefe del Mossad dispuso que se rastreara a la fuente que había dado tal información. Por ese motivo se buscó a Hermann, quien ocupaba la siguiente fotografía en la pantalla.

—Este sujeto llamado Lothar Hermann era nuestra fuente. Él pertenecía a una familia judía de clase acomodada en Alemania hasta que los nazis tomaron el poder. Fue arrestado y enviado junto a sus padres a Dachau, donde

perdió la vista por las torturas. ¿Sería de fiar un testigo ciego? Fue entonces cuando apareció en escena su hija, la joven Sylvia. Simón, adelante.

La concentración de cada uno de los presentes era absoluta. Los rostros presentados en las imágenes que una a una iba apareciendo se registraban en la memoria de los convocados.

—Ella conoció a un joven que le agradó y con quien salió en varias oportunidades. Sin dudas, el atractivo del muchacho fue lo que en primera instancia llamó la atención de la chica; luego, algunos comentarios antisemitas la sorprendieron. Claro que ella no le había manifestado su origen judío. En una de las ocasiones, el muchacho disertó sobre los judíos y afirmó que los alemanes debían haber terminado con el trabajo de aniquilarlos a todos. Eso la alertó y se lo comentó a su padre. Entonces Hermann habló. Quizás habían dado con uno de los jerarcas nazis que habían escapado de Alemania sin ser juzgados en Núremberg. Él pudo averiguar que esa casa de la calle Chacabuco había sido alquilada a dos familias, una apellidada Daguto y otra Klement, y que su propietario se apellidaba Schmidt. Estaba convencido de que este último era Eichmann. Sin embargo, no pudimos certificar que ese hombre fuera el sujeto que buscábamos. Una vez más, la pista inicial se disolvía en el aire. Debimos aguardar a que algo nuevo apareciera.

Alex no dejaba de pensar en cómo en fracción de minutos una secuencia de fotografías daba razón a su existencia. Todo el sacrificio al fin tenía sus frutos.

—Sin certezas, no podíamos accionar. Debíamos ser capaces de identificar a Eichmann y comprobar fehacientemente que era él, en vez de alguien similar. Esa ha sido nuestra obsesión. Los años transcurridos y el cambio de fisonomía de su persona es clave en todo esto. Otra más —le indicó a Simón.

Allí, en la imagen ampliada, asomaba el rostro que todos los presentes querían ver condenado a la muerte. Ese sería un modo de hacer justicia por la masacre perpetrada por el nazi. Sin embargo, se lo debía juzgar para que luego acabase en la horca.

—Entonces confirmamos que este sujeto llamado Ricardo Klement, uno de los inquilinos de la propiedad de Olivos, mecánico de profesión, según constaba como actividad en los papeles migratorios, que trabajó en la fábrica de calefones Orbis y en la planta de camiones de Mercedes Benz, es nuestro objetivo. Les presento a Adolf Eichmann.

Ese rostro que había perseguido en sueños a todos los presentes se cristalizaba frente a los convocados.

—Él ha estado viviendo durante diez años en Argentina, primero en una

provincia del norte del país, para después afincarse más tarde en la zona norte del Gran Buenos Aires. Logró camuflarse y transformarse en un ser respetable de la comunidad. Debemos demostrarle al mundo, una vez que lo capturemos, que es uno de los seres más despreciables que existen en la faz de la Tierra.

Su rostro ocupaba toda la pantalla. Los anteojos de marco negro sobre la angulosa nariz le definían la cara de tez pálida y cabeza calva.

—Hemos tenido que constarlo. Alex, has hecho tu parte.

—Así es —replicó y relató su última tarea—: Irenka Majeswski, una paciente internada en L'Hôpital Pitié-Salpêtrière en París, lo reconoció con la foto que recientemente teníamos. Ella estuvo con él y se transformó en una sobreviviente de Auschwitz. Su memoria no estaba alterada; nunca podrá olvidarse de él ni de lo que hizo. Por ese motivo, está allí internada.

—No es fácil dar con un testimonio así —reconoció el director.

La búsqueda de declaraciones hasta llegar a Irenka había sido compleja. Algunos sobrevivientes no querían retroceder en la memoria hasta ese momento ni revivir la peor etapa que debieron atravesar. Alex había tomado todos los atajos posibles hasta llegar a la mujer. A pesar de su internación, se trataba de una de las más idóneas para reconocer al genocida: Eichmann era el culpable del estado en que se encontraba Irenka.

—No hay dudas de que tenemos al sujeto. Ahora debemos coordinar la misión. Es prioridad traerlo con vida, ¿entendido?

La anuencia fue general. Cada uno de los presentes debería poner mucho de sí para no apretar el gatillo y darle muerte, ya que les sobraban los motivos para hacerlo.

—Debemos sacarlo vivo de un país que ha mantenido estrechos vínculos con los alemanes. Durante la presidencia del general Perón, se albergó a unos cuantos jerarcas nazis. Si bien el actual presidente Frondizi tiene otra alineación política, ningún Gobierno va a aceptar que un ciudadano que lleva una vida tranquila y austera sea secuestrado por un país para ser juzgado en otro territorio. Esto contraría las reglas básicas de la diplomacia. Lo sabemos, pero entendemos que es la única manera de hacerlo. No podemos perder más tiempo, ya que contamos con las certezas que nos faltaban antes. Es ahora o nunca. Además, nos tendremos una situación inmejorable que sucederá en la ciudad de Buenos Aires.

—Así es. Se festeja el sesquicentenario de la Revolución de Mayo, una fecha patria de mucha importancia para los argentinos.

—¿Qué se sabe de los preparativos? —preguntó Alex.

—Es ahí donde nos vamos a infiltrar. Simón, adelante —ordenó.

Una amplia aeronave ilustraba la pantalla.

—Con nuestros fondos y la anuencia de nuestro primer ministro, se ha ordenado que la aerolínea nacional israelí, El Al, adquiera un avión Britannia. Es una aeronave de largo alcance, lo que necesitamos para llegar a Argentina.

—¿Cuál será nuestra pantalla?

—De a poco, Alex.

—Estamos acondicionando la aeronave para que un sector de la bodega sirva como celda. Allí viajará Eichmann una vez que lo capturemos. De ahí la importancia de traerlo con vida.

—No viajaremos solos —agregó Rafi Eitan—. Nosotros acompañaremos a la delegación que ha sido invitada para participar de la celebración por el aniversario. Está demás decirles que ninguno de los invitados que irá a bordo sabe que nosotros seremos parte del vuelo ni el alojamiento especial con que contará Eichmann.

—¿Quiénes integrarán esa comitiva? —preguntó Danny.

Como cada uno de los presentes, él era de vital importancia para la misión. En su caso, viajaría con su laboratorio ambulante para expedir los mejores e inigualables pasaportes, documentos identificatorios y cualquier otra declaración jurada que se necesitase.

—Será encabezada por nuestro ministro de Educación, Abba Eban, junto a otros colaboradores más.

—Actuaremos en los festejos previos a la fiesta del 25 de Mayo. Para esa fecha, la gente y las autoridades estarán ocupadas en brindar lo mejor tanto a los argentinos como a las delegaciones que serán parte de la conmemoración.

—En la ciudad —comentó Iser Harel—, están nuestros dos agentes enlaces y tenemos listo el *maoz* que nos albergará.

El Mossad contaba con pisos francos en el extranjero para albergar a los miembros del instituto.

—¿Alguna pregunta?

Los presentes intercambiaron distintas impresiones sobre lo que en breve

sucedería. De la habilidad y mesura, dependía la misión para que saliera de acuerdo a lo convenido.

—Si no las hay, pasen por el departamento operativo y de investigación. Allí les darán la información que requieran.

Cada uno fue saliendo del recinto con la convicción de que al fin se haría justicia y, en tal caso, tendrían la posibilidad de vengar el accionar Adolf Eichmann.

* * *

La estada de Alex en Tel Aviv se perfilaba con muchas ocupaciones para poder estar a tiro de la próxima misión de la que formaría parte. No obstante, no podía dejar de ver a su mentor. Nunca había dejado de estar en contacto con Yosef sin importar dónde se encontrara. Desde hacía un año, él había dejado de pertenecer al Mossad. No porque Elías así lo quisiera, sino porque su salud se lo había reclamado. Justo en el momento en que estaba disfrutando de las mieles de su trabajo, había debido cortarlo de cuajo y refugiarse en su casa, a pesar del tedio que significaba eso para él.

Una mañana, luego de cumplir con la rutina de ejercicio, enfiló hacia el distinguido barrio de Afeka, al norte de Tel Aviv. Con el tiempo, Yosef había logrado afincarse allí en una zona que contaba con bellas y confortables propiedades. Uno de los vecinos más antiguos del vecindario, con una vivienda de las más destacadas, era Rafi Eitan. Al otro lado del barrio, se encontraba enclavada la casa de Elías. Tras unos golpes a la puerta, asomó una mujer de edad que habilitó el ingreso. En el despacho, detrás de un escritorio, estaba sentado el dueño de casa.

—Creía que no vendrías a visitarme.

Alex evitó la sorpresa que le provocó escucharlo. Esa voz ronca que él había oído en la primera llamada, la que le había abierto las puertas en Tel Aviv, era solo una sombra de la que había sido. El tumor alojado en la garganta había hecho destrozos en el timbre de voz para transformarlo en un hilo débil en cada palabra que emitía.

—Siempre pensando mal de mí —respondió sonriendo al sentarse en un sillón ubicado a un lado de la mesa.

—No, aunque no debes fingir conmigo, Alex. Mi estado no es bueno y estás actuando como te enseñé, sin mostrar emoción alguna. Hoy estás liberado de

hacerlo.

Una fuerte corriente de respeto y complicidad debida al conocimiento que se tenían corrió entre ambos.

—Ya estarás mejor.

—No lo creo, pero es lo que espero. Si los rumores son tales, ahora podrás liberarte de lo que perseguías —mencionó ante el silencio de Alex—. Te excuso de que me cuentes, sé que es una misión de carácter reservada y secreta, pero las paredes hablan.

Apresar a Eichmann donde fuera había sido una carrera contra el tiempo para el Mossad.

—¿Hay algo que no sepas?

—Cuéntame de tu vida. Ahora tengo tiempo de escucharte.

—Estuve con ella.

No había sido fácil ocultarle la existencia de Lena a un hombre que buscaba desentrañar secretos ajenos. Ella era el bien más preciado que Alex tenía y pensaba conservarlo más allá de que no pudiera estar a su lado.

—Bien, deberías haberlo hecho hace tiempo.

—Lo sé, pero no estaba en situación de poder hacerlo. Ahora tampoco; sin embargo, no he podido detenerme.

—Alex, la vida se va en un respiro; no la dejes escapar. Mírame. Es momento de que dejes atrás tu pasado y te enfoques en tu futuro.

—¿A qué te refieres?

—No intentes buscar más respuestas a lo vivido. Es lo mejor.

Sabía que Alex era un joven que tenía toda una vida por delante y que debía continuar sin mirar a atrás. Desde que lo había conocido, se había generado entre ambos una relación de gran cariño. Eso contrariaba el modo en que el jefe debía conducirse con un discípulo, cuando aún no estaba oficialmente dentro de la organización. Él supo, no bien lo vio, que tenía todo lo necesario para integrarla. Era aguerrido cuando quería algo, sumado a una cuota importante de instinto y de improvisación para resolver lo que fuera que se presentara.

—No sueles hablar porque sí, ¿lo dices por algo en particular?

—Solo por la sabiduría que te da los años.

Alex no dejó de mirarlo para saber si en sus palabras habría algo más. Aunque no se lo manifestaría, porque estaba claro que no pensaba hablar más. El vínculo que ambos tenían les permitió cambiar el tono de la conversación, que versó sobre el último tiempo que ambos habían estado sin verse. A Alex le habría gustado quedarse sin que las horas lo apremiasen.

—Alex, puedes irte. Debes tener mucho que hacer.

—Así es. Me ha gustado verte. Cuando esté de regreso, volveré.

—Aquí estaré —replicó con cierta sorna, ya que esperaba que así fuera.

Alex se levantó y, antes de alcanzar la puerta giró, tenía una duda que le revoloteaba en la mente.

—Yosef, ¿sabes algo sobre los rumores que se corren respecto a Dimona?

—Se ha transformado en un hierro candente. Déjalo ya.

—¿Pero hay algo que se está gestando?

—Parece que sí. Ahora debes centrarte en esta nueva misión, luego verás. Si me pides una opinión, te diría que dejes todo, que busques a tu chica y vivas una nueva vida. Si sigues aquí, puedo asegurarte que no la tendrás.

—Nos veremos a mi regreso.

—Hasta pronto, y buena suerte.

El chasquido de la puerta puso fin al diálogo con su querido discípulo. Con el paso del tiempo, le había tomado mucho cariño. Alex se mantenía solo como él, que era un ave solitaria. Yosef no quería que el joven se terminara como él. Sacó la llave del cajón de su escritorio y lo abrió. Allí había una carpeta con la inscripción “confidencial” que atravesaba la portada. Podía recitar cada foja que había allí dentro: todo lo referente a la operación que se había gestado en el desierto de Néguev, a treinta kilómetros del mar Muerto. Esa había sido su última misión, de la que Alex también había formado parte, aunque parecía no poder ponerle fin. Sin embargo, para él y para Alex debía tener un punto final.

CAPÍTULO 10

Dime la verdad

Los dos Jeep que habían ido hasta el Jardin d'Essai regresaban para completar con la fase de interrogatorio ordenado por el general Mercier. En el trayecto, Kheira no había dejado de sollozar en silencio. Tenía una gran confusión y un desamparo mayor. El rugir del motor acallaba el escueto diálogo que se daba entre los militares que la acompañaban. Olivier Girard comandaba el operativo. Sentado al lado del conductor, hablaba con un transmisor portátil dando órdenes en clave que ella no lograba comprender. Atravesaron parte de la ciudad hasta alcanzar una zona de edificios; algunas de esas construcciones estaban destinadas a las autoridades francesas. Allí giraron e ingresaron a un estacionamiento seguidos por el otro vehículo. En la penumbra del lugar, bajaron. Kheira fue conducida por dos militares que la custodiaban a ambos lados, mientras Girard se había quedado retrasado, suponía que controlando el traslado del hombre que había simulado ser Said o que la casualidad había hecho que tuviera un aspecto parecido en la instancia del encuentro. Kheira no creía en las casualidades, así que estaba convencida de que nada de lo sucedido había sido fruto del azar. Una vez que llegaron, caminaron por un largo pasillo que conducía a varios despachos. En uno, la introdujeron a ella con esos dos sujetos armados que la seguían vigilando. La sala era sencilla, contaba con pequeño mueble y dos sillas a cada lado de la destartalada mesa ubicada en el centro del recinto.

—Siéntese —le ordenó uno.

Kheira obedeció sin saber cuánto tiempo permanecería allí.

En una de las oficinas, se encontraba el general Mercier a los gritos con dos colaboradores. No podía creer que costara tanto dar con alguno de los cabecillas del *aln*. Estaba cansado de que lo siguieran presionando desde París. Había pasado mucho tiempo desde que su destino había sido Argel. Se había acostumbrado a vivir allí, pero las exigencias militares aumentaban a diario en la medida en que la presión internacional pedía fin al conflicto y el cese del fuego. Estaba harto de no encontrar la solución y de que sus hombres no le dieran algo de respiro. En medio de la acalorada discusión, asomó Girard.

—¡Lo estaba esperando! —exclamó con la frente perlada y el rostro sonrojado por la rabia y la impotencia.

—He venido no bien ha terminado el procedimiento.

—¡Ustedes, váyanse!

Tras el chasquido de la puerta, Olivier se adelantó hasta el escritorio del general.

—Dígame algo que no sepa.

—Ha sido una emboscada. El sujeto, Alí, ha sido un señuelo.

—¿Qué sabe de él?

—Que es quien dice ser.

—Mierda.

—Trabaja hace unos años en Jardin d'Essai como personal de maestranza. Pierre se comunicó con gente que comanda el lugar y certificaron eso.

—Está claro que pertenece al ala armada del fnl.

—Si es así, no ha dejado indicio alguno.

—¡Girard, me va a decir que ha sido una casualidad! No ofenda mi inteligencia.

—No lo hago, mi general. Es posible que alguien se haya contactado con él para que estuviera en el lugar indicado. Quizá, recibió la orden de quedarse hasta más tarde, ya que su horario habitual es más acotado, más precisamente, una hora antes de la cita.

—Entonces, es ella.

—No creo que ella sea la persona, piense que a ella también la utilizaron.

—¿Qué mierda me dice, Girard?

—Creo que ella ha sido inducida como lo ha sido este Alí, y todo manejado desde la clandestinidad por Said Moussaoui.

—¿Y cómo se ha enterado?

—Es su hermana la que ha llegado aquí para buscarlo. Por la ciudad hay más rebeldes de los que uno puede imaginar, y ella se encuentra en medio de todo esto.

El general se quedó pensativo dándole vueltas a la cuestión, debía encontrar una solución. La ciudad era una amalgama de argelinos que buscaban

independizarse, argelinos pro franceses y europeos. Antes era más fácil poder identificar de qué lado estaba cada uno. En ese momento se hacía imposible descifrarlo, aunque urgiera hacerlo.

—Lo quiero en la sala de interrogatorio ya. Haga que la mujer confiese algo de importancia y justifique el operativo que hemos montado, para no ser el hazmerreír de los rebeldes.

Olivier sabía que no podría hacer entrar en razón al general. Asintió y salió del despacho. Luego de interrogar a la joven, tendría una visión más acabada, aunque estaba convencido de que Kheira no era la pieza que buscaban ni diría algo de importancia. Enfiló hacia la sala de interrogatorios. Antes de entrar, fue detenido por un suboficial.

—Tengo orden de no dejar entrar a nadie. Brunet se está haciendo cargo de ella —afirmó con suficiencia y una sonrisa sórdida le iluminó el rostro.

—Debería saber que yo estoy al mando del operativo —retrucó al hacerlo a un lado.

Dentro observó a Brunet agazapado sobre la joven, la encerraba con los brazos, inclinado sobre ella.

—Brunet, lo espera el general Mercier.

El rostro del uniformado se encrespó. Girard notó que iba a contestarle, pero a esa hora él estaba cansado de todo.

—Déjeme a solas con ella.

—No —retrucó Brunet al tomar con los dedos la barbilla de la joven—. Pienso divertirme antes, ¿qué me dices? —le preguntó a Kheira al acercarse peligrosamente.

Ella había vuelto el rostro hacia un costado repudiando los dichos e insinuaciones, para evitar la desagradable presencia de ese hombre que no había dejado de acosarla. Gotas de sudor corrían por la frente perlada de la joven. No sabía el tiempo que la mantendrían retenida allí. Entonces, cobró dimensión la mala decisión que había tomado: viajar a Argelia.

—Si no se va en este momento —dijo Girard en un tono neutro y apenas audible—, se va a arrepentir. Yo estoy a cargo del operativo.

Brunet estaba muy molesto con la llegada de Girard; nunca se habían llevado bien en el polvorín en el que se había transformado el territorio argelino. Estaba convencido de que Olivier Girard cometería algún error, y

ahí estaría él para hacerle pagar la gran equivocación. Sin embargo, no dudó en retirarse, no era tonto y no iba a ganarse una reprimenda por intentar divertirse con una detenida. Si todo iba como creía, ella se quedaría un tiempo a la sombra y él podría sacarse las ganas con la joven. Tras el chasquido de la puerta, Olivier caminó unos pocos pasos hasta la mesa. Tomó una silla, se sentó tranquilo, poniendo la distancia que su compañero no había tenido.

—Si quieres salir de aquí, debes decirme la verdad.

Ella volteó el rostro hacia él. Fue un gran impacto, porque ya no llevaba el velo, por lo que el militar francés pudo apreciar el rostro coronado por una larga cabellera negra que se esparcía por la espalda junto a mechones que caían por delante. Lo abrumó tanta belleza, lo dejó sin respiración. Había creído que con solo la visión de ese rostro aceitunado podía apreciarla en su totalidad, pero se había equivocado. La imagen y el aspecto recatado que llevaba con el hiyab se transformaba en uno salvaje al no tenerlo. Ella era más hermosa de lo imaginable. Evitó sucumbir en ese rostro que le quitaba el aliento y se centró en lo que debía hacer.

—Dime por qué estabas a esa hora en el Jardin d'Essai.

—Fui de visita al lugar. Hacía tiempo que no iba.

Al responder, ella levantó la mirada. Él percibió determinación y rabia en esos ojos que no dejaban de escrutarlo con desprecio. Comprendía que eso era consecuencia de haber tenido que soportar a su antecesor acechándola, además de estar detenida en ese pequeño recinto.

—¿A esa hora del día?

El horario del cierre estaba próximo no bien ella arribó al lugar. Nadie que quisiera concurrir a visitar el parque iría a ese horario.

—Sí, hacía tiempo que no lo visitaba. Sabes que abandoné París y viajé hasta aquí.

Kheira despedía flamas de rabia por esos ojos negros al estar sometida a un interrogatorio que no la llevaría a nada.

—Un viaje que has hecho en secreto a pesar de decir que eran otros los planes que tenías por delante.

—No tenía por qué contarle mis planes a un perfecto desconocido —replicó con desdén.

Sin decirlo, ambos recordaban el encuentro en el bar de la zona de Les

Marais. El escueto diálogo entre ambos estaba presente en ese instante.

—Mira, no tengo todo el día y sé que me estás mintiendo. Si no quieres que regrese Brunet, empieza a hablar.

—Son todos iguales.

Él se inclinó hacia atrás sin dejar de contemplarla. Si había algo que lo perturbaba, era que lo comparara con el energúmeno de Brunet. Los rumores sobre cómo se conducía en los interrogatorios o lo que era capaz de hacer cuando una bella mujer estaba en el banquillo estaban a la orden del día.

—Vuelvo a preguntarte qué hacías ahí.

—¡Fui en busca de mi hermano! —exclamó con lágrimas en los ojos—. A eso he venido aquí. Parece que desde que llegué todo se ha complicado y ha habido una serie de dificultades con las que no tengo que ver.

Las palabras de ella destilaban furia, aunque valoró el coraje de hablarle del modo en que lo hizo.

—¿Por qué has venido?

—Hace tiempo que no tenemos novedades de él.

—Y así, sin más, has decidido venir aquí en pleno conflicto armado. Podrían haberlo hecho tus otros hermanos.

—Yo quería verlo para saber de él. Lo único que busco es que la lucha finalice cuanto antes. El resto poco me importa.

—¿Ese es el motivo que te trajo hasta aquí?

—Sí. Aunque parece que no puedes entender, con Said somos muy unidos.

Ella evocó la charla en la que Olivier había manifestado no ser muy cercano a sus afectos. Desde que lo había reencontrado, había rememorado a la perfección el diálogo de aquella noche.

—¿Sabes que él forma parte del brazo armado del fnl?

—Por eso lo buscas y también esa es la causa por la que me has seguido, ¿verdad?

—Soy yo quien hace las preguntas. ¿Quién se puso en contacto contigo para ese encuentro?

—No lo sé.

—Deja de encubrirlos. —Se inclinó sobre la mesa—. Dime quiénes son.

—No lo sé. Han dejado una nota en el albergue donde me alojo.

—¿Y dónde está la nota?

—La tiré una vez que la leí.

—Muy lista —agregó con suficiencia—. Conocías al hombre que se encontró contigo —afirmó, aunque estaba convencido de que no era así, pero debía obtener alguna respuesta, la que fuera, para contentar al general.

—No.

—¿Qué hacías en el mercado la vez pasada?

—Fui de paseo.

—Justo el día del tiroteo.

—El mismo día que tú estabas allí.

Él no podía creer la audacia de ella al contestarle de ese modo. Estaba claro el extremo cansancio de la joven; sacaría provecho de eso.

—Mira, si no colaboras, podrás quedarte aquí un tiempo.

—¿Y qué debo hacer, colaborar como me pidió el otro oficial?

—Déjalo ya, Kheira, sabes a lo que me refiero. Si quieres salir de esta situación, debes cooperar con información. Tu hermano, ese al que quieres ver porque tienes una fuerte unión, te ha puesto a prueba todo el tiempo. Él te tendió una emboscada, poniendo en su lugar a alguien similar a él. No le importas. Lo único que quiere es asegurarse de poder continuar su misión. Nadie lo va a apartar de su objetivo. Te aseguro que tú importas menos que su cometido.

Los dichos de Girard le provocaron un fuerte impacto. Ella también lo había pensado, pero se negaba a creer que Said desconfiara de ella y no fuera a su encuentro.

—Estás aquí sola y sin protección. Yo puedo dártela.

La desconfianza de la muchacha era absoluta, aunque sabía que tenía razón. Había pensado en huir hacia Orán para ver a la familia que tenía allí, pero esa

opción la había desechado, ya que hacía mucho tiempo que no los veía y no buscaba traerles mayores problemas. Otra posibilidad era regresar con las manos vacías a París, para ganarse el repudio y el enojo de la familia. Quería quedarse, sino habría viajado para nada.

—¿Cómo? Yo nunca voy a delatar a mi hermano.

Él asintió sin decirle que siempre había un precio para la lealtad, solo restaba esperar para ver cómo se daban los hechos.

—Nadie dice que lo hagas —dijo al levantarse.

—¿Voy a quedarme aquí?

Él no le contestó. Salió de allí dando precisas instrucciones al oficial que custodiaba la puerta. A medio camino hacia la oficina, vio al general Mercier.

—¿Qué sacó en concreto?

—Nada que no sepamos. Hay que liberarla.

—Girard, ha perdido la cabeza.

—No, general, hay que mantenerla vigilada. Él sabe que la tenemos y, pasado un tiempo, no va a soportarlo. Estoy convencido de que en algún momento vendrá por ella, y ahí estaremos nosotros.

—Según lo ha demostrado, poco le importa la joven.

—Por cariño o para castigarla, vendrá a buscarla.

Mercier reflexionó las últimas palabras dichas por Girard. Debía encontrar una solución a todo ese asunto que le estaba consumiendo los días. Él tenía otros temas que tratar y no podía hacerse cargo de todo. Debía delegar la cuestión de la muchacha en alguien, mientras él urdía otro modo para descabezar al *aln*.

—Entonces déjela ir, pero manténgala bajo estricta vigilancia. Haga lo que sea necesario para lograr ganarse su confianza.

—Así será.

—Girard, haga lo que tenga que hacer y tráigame resultados. Si no se cree capaz, avíseme, porque Brunet estaría complacido de ocuparse de la muchacha.

—Hasta pronto —dijo antes de girar y enfilar hacia la sala de interrogatorio.

El chirrido de la puerta abstrajo a Kheira de todo tipo de elucubraciones al verlo ingresar.

—Vamos.

—¿Adónde?

—Logré que salieras de aquí.

Ella asintió con los ojos húmedos, necesitaba irse cuanto antes. No bien se levantó, notó que él le hacía entrega de algo. Por más que se negase a llorar, algunas lágrimas saltaron a sus mejillas, ya que acababa de entregarle el hiyab que Brunet le había arrancado en un acto violento. Aún recordaba cómo le había rozado con esos dedos regordetes y sucios la cara sin dejar de mirarla hasta vagar por su cuello para luego enredarlos en sus cabellos. El asco que sentía se fundía con la aversión que le fluía en el interior. La afrenta había sido absoluta. En otra instancia de la vida, la humillación de ese hecho le habría resultado tremenda, pero en ese momento luchaba por sobrevivir. Y según sabía, varias argelinas en ceremonias públicas, más precisamente en plazas, habían sido forzadas a quitarse el velo. Otras lo habían hecho para confundirse con las europeas y pasar desapercibidas para actuar en defensa de la independencia y a favor de los rebeldes. Kheira sería una más. Pensaba sacar provecho de eso. Igual no dejó de sorprenderse por el gesto que Girard acababa de tener, aunque no lo hacía para nada fiable. De ahora en adelante, estaría custodiada por él.

—Gracias —susurró.

Ella envolvió el velo en las manos temblorosas y salió del recinto con la decisión de no volver a colocárselo. Recorrió el pasillo por el que había caminado antes; la euforia por salir de allí le quemaba los pies. A un lado notó la presencia de Brunet, que la miraba sin disimulo. Un fuerte temblor le recorrió el cuerpo hasta que llegó a la salida y una fuerte brisa la alcanzó.

* * *

La zona de Mitidja se abría paso sobre la planicie del terreno utilizado para el cultivo con el que proveía a la ciudad de Argel. Los colonos franceses habían convertido esas tierras en viñedos prósperos. Atrás había quedado la Casbah en la huida protagonizada por Said y Abdelkader al notar la existencia de algunos miembros del ejército francés deambulando por el Jardin d'Essai. No quedaban dudas de que, si no hubiesen salido de allí cuanto antes, el destino de ambos hubiese sido otro: en una celda, a manos de las autoridades

francesas. La organización no solo contaba con la colaboración de los argelinos que les brindaban sus instalaciones para esconderse dentro de la ciudad, sino también en las afueras de la metrópoli. En las zonas rurales, también se luchaba por la independencia. A los combatientes, no solo los unía la causa, sino la sangre derramada. Los rebeldes de las afueras patrullaban a pie o a caballo, a los que montaban calzando un par de pataugas, unas botas ligeras con tela gruesa, junto con un arma sobre el hombro con las pocas municiones que conseguían. En una granja de la zona, estaban refugiados Said y Abdelkader. Hasta allí habían llegado sin que los siguiesen. Era un territorio que dominaban y, además, contaban con el apoyo de muchos de los granjeros apostados allí. Se habían alojado en el granero. Allí reflexionaban qué hacer.

—No deberías preocuparte por ella, sino estar centrado en el próximo paso que daremos.

—Te equivocas —lanzó Said luego de exhalar una bocanada de humo—. Esta vez debemos planificar mejor las cosas, mientras otros de los nuestros atacan objetivos vitales de los franceses.

Said no pensaba reconocer que lo diagramado en el parque había sido clave para evitar que lo capturasen. Encontrar a Alí había sido un hallazgo, aunque el parecido no fuera tal, sino que los fuertes deseos de Kheira por verlo, sumados a la atmósfera de penumbra del atardecer, habrían sido claves para idear la emboscada.

—Está bien, pero no me he equivocado al decirte que había que actuar con cuidado con Kheira.

—Ya.

—Su regreso no ha sido inocente. En París, ella ha ganado contactos inconvenientes para nosotros. Los movimientos de paz en los que estaba involucrada implicaban un contacto con las autoridades francesas.

—Basta, Abdelkader.

—Si tú no lo haces, seré yo quien se encargue de darle su merecido.

—Esa será una decisión mía, ¿lo entiendes?

No solo había sido la hostil actitud corporal de Said lo que evitó que él continuase, sino el modo en que le contestó. No iba a tolerar que fuera Kheira el motivo de una discusión con la persona que él consideraba su hermano.

—Por supuesto. —Abdelkader se llamó al silencio, no quería confrontar más. Estaba claro que en él se jugaba algo más personal—. Eres el jefe y no

quiero que te distraigas con algo de lo que yo puedo encargarme, solo por eso te lo dije.

Said asintió envuelto en sus pensamientos, mientras las volutas del cigarro se esfumaban en el rústico depósito. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había estado con su familia? Sin dudas, cada uno había buscado su camino y el suyo estaba allí defendiendo su tierra, luchando por la independencia.

—Lo sé.

Said no dejaba de estar preocupado; el ejército francés había dado con algunas *katiba*, o unidades de combate, en varias de las zonas en que estaban apostadas. Todo iba en desmedro de los rebeldes, debido a los largos años que llevaba la lucha y a la falta de equipamiento en cuanto al arsenal, alimentación y vestimenta. Habían apelado a sus vecinos para que los proveyeran de las armas. Así, cada tanto, atravesaban la frontera tunecina y marroquí. Ya no quedaba mucho por hacer, salvo apelar a los organismos internacionales y a las organizaciones humanitarias para que se apiadasen de ellos y exigiesen que les dieran la independencia que venían reclamando desde tiempo atrás. Lo que menos necesitaba era ocuparse de la llegada de su hermana, que debería estar en París junto al resto de la familia. Ella no podía desvelarlo ni sacarlo de sus preocupaciones. Abdelkader tenía razón, debía centrarse en el próximo objetivo.

* * *

En el albergue de Halima, el deambular de los residentes se daba en una aparente normalidad. En el desayuno, unos pocos estaban reunidos en el austero salón comedor. Uno de los comensales, al leer el periódico hizo un comentario sobre las últimas noticias de la ciudad: los disturbios acontecidos en la tarde del día anterior en un parque. No se informaba sobre el resultado del enfrentamiento ni el motivo que lo había originado. Simplemente, pasaba a engrosar la lista de los tantos hechos armados que se daban a diario. Por prudencia, ninguno de los presentes buscaba llamar la atención con los comentarios que los pudiesen comprometer. Algunos huéspedes estaban desde hacía tiempo allí –el bajo precio y la falta de lujo permitía la extensión de la estadía–, sin embargo, se sabía que ahí dentro confluían los partidarios de un bando político y los del otro. Si bien Bab el Oued era un barrio popular, allí se mezclaban los europeos con los musulmanes que habitaban otras zonas y que iban hasta allí. En las comerciales calles del barrio, confluían todos.

—¿Qué me dices de lo que sucedió?

—Que estamos en el final, porque esto no puede continuar más.

—La cuestión es quién será el bando ganador.

—No lo sé, estoy seguro de que, si no triunfa Francia, nuestra estada aquí se terminará pronto. Será insostenible permanecer un día más acá.

—Eso es lo que me preocupa.

—Huimos de Europa en la búsqueda de un sitio mejor.

Algunos habían emigrado antes de la guerra y otros después, pero todos habían encontrado en esa tierra su lugar.

—Hemos estado aquí trabajando y buscando un lugar propio. Parece que de nada ha servido si las cuestiones políticas no se resuelven como queremos. Deberemos regresar con las manos vacías para volver a empezar en otro lugar, pero sin las fuerzas ni el ánimo que tuvimos cuando éramos unos recién llegados a estas tierras.

—Eso me temo. Por otro lado, ya no se puede confiar en nadie —susurró uno de los comensales por encima de las hojas de *Le Monde*—. Es imposible saber en qué bando está la persona con la que uno habla.

—La traición está a la vuelta de la esquina —agregó otro con convicción.

Bajo el murmullo de la conversación de los presentes, se encontraba Halima inclinada sobre la mesa hablando en un tono bajo con otra mujer.

—Yo sabía que esa joven iba a traer problemas, lo supe no bien la vi.

—Ella debe residir aquí, y esfuérzate por que se sienta cómoda. Evita mirarla como si tus ojos se fueran a salir de las órbitas, contrólate.

Fátima conocía por demás a Halima. Sabía cómo reaccionaba cuando alguien no le caía en gracia. A ella tampoco le gustaba Kheira, pero haría lo que fuera para contentar al hombre del que creía estar enamorada.

—Harías lo que fuera por Abdelkader, ¿verdad?

—Te confundes; es por la causa.

—Fátima, no te engañes. Harías lo que fuera por congraciarte con él.

Fátima se calló porque no iba a reconocer sus sentimientos por aquel hombre. Estaba convencida de que el tiempo le haría darse cuenta a él de que ella valía la pena.

—No he venido a hablar sobre mi vida, sino sobre la de Kheira. Debes tenerla vigilada y controlada.

—Es lo que hago desde que atravesó el umbral del albergue.

—Sigue así. En unos días, vendré a buscarla para dar una vuelta con ella.

—Ten cuidado; he notado que no siempre dice lo que piensa.

—Lo sé, pero yo soy más lista que ella.

—Vete entonces si no deseas que ella te encuentre aquí.

—Hasta pronto.

Sin más, Fátima abandonó el salón comedor del albergue con la convicción de que tener vigilada a Kheira le traería el rédito que buscaba con Abdelkader.

* * *

En silencio y con el corazón en un puño, Kheira había subido al Jeep, en esa oportunidad, conducido por Olivier. Desconocía hacía dónde iría, pero él se había transformado en la única opción para salir del atolladero en el que estaba. De nada habría servido negarse a subir al vehículo, porque el poder estaba del lado del ejército francés. Tampoco podía confiar en su hermano, por el que había urdido este viaje. Si no quería estar a la deriva, debía servirse de la alternativa que tenía a mano, por más que no fuera fiable. En el corto tiempo que llevaba en tierra argelina, había aprendido a no confiar en nadie.

—Toma. —Olivier le ofreció una bolsa con dátiles—. Supongo que hace tiempo que no pruebas bocado.

Ella no quiso darle la razón, pero se desvanecería si no ingería algo. Abrió el paquete para comer algunos. De inmediato, el sabor dulce le inundó la boca e incrementó el fuerte deseo por comer más. Los saboreó como si fuese su última cena, mientras contemplaba desde la carretera la costa mediterránea. El color azul de las aguas brindaba el sosiego que a ella le faltaba. Ansiaba pronto tener algo de la paz que tanto buscaba. La larga melena revoloteaba al son de la brisa marina alrededor del rostro. Experimentaba una sensación nueva al no tenerlo cubierto como solía usarlo, aunque parecía haberlo vivido en otra vida, porque en el corto tiempo que llevaba allí le habían ocurrido más cosas de las que habría imaginado alguna vez. Volvió la mirada para observarlo. Llevaba unos lentes espejados que impedían distinguir hacia dónde veía. Parecía concentrado en la conducción, como si fuera solo y nada

lo perturbara. No se molestó en preguntar hacia dónde se dirigían porque no se lo diría. Poco después, el Jeep se desvió a un lado de la carretera, hacia un lugar aislado donde resaltaba una construcción blanca y pequeña. Ella creyó ver unas pocas mesas dentro.

—Llegamos.

Él se bajó y la miró para que ella hiciera lo propio. Luego se dirigieron al lugar que parecía ser una mezcla entre una provisión y un humilde bar. No bien entraron, un hombretón se acercó con una sonrisa en el rostro al ver a Olivier. Ambos se estrecharon en un fuerte abrazo. Estaba claro que se conocían desde hacía tiempo, aunque ella no estaba allí para averiguar algo que no le importaba. El hombre le indicó una mesa para que se ubicaran; hacia allí fueron. Por el aspecto que tenía el local y la ubicación, lejos de la Casbah, no creía que fuera muy concurrido, sino todo lo contrario.

—Estoy hambriento —anunció Olivier, al romper el silencio mantenido durante todo el trayecto—. Ni siquiera me has convidado algún dátil.

Bebió un vaso de agua y le dio otro a ella para que tomara, pero no logró que le respondiera. De a poco, el olor a comida comenzó a invadir el negocio. Un aroma que la llevaba a su niñez le inundó las fosas nasales. Kheira observó al encargado del lugar acercarse con dos fuentes.

—No me has presentado a esta joven —reclamó, al colocar en la mesa la comida sendas bandejas.

—Se llama Kheira.

—Soy Rachid. Cualquier cosa que necesites y que él no haga, dímelo —replicó con una sonrisa—. No te he visto por aquí antes.

—He llegado hace poco.

—¿Eres musulmana también?

—Rachid, el interrogatorio nunca ha sido tu fuerte.

Kheira observaba la camaradería entre ambos. Le sorprendía que Olivier tuviera gente querida en esa tierra. No lo conocía, pero en las pocas oportunidades en que lo había visto actuar siempre estaba en soledad.

—En eso tienes razón. —Se retiró para continuar detrás del desvencijado mostrador.

—El *burek* que Rachid hace es inigualable.

Ella miraba la fuente con varios buñuelos rellenos de carne, huevo y cebolla que rebosaban en una bandeja junto a algunas verduras. A un lado se ubicaba el inigualable *couscous*, parte de cada comida argelina. Con timidez y luego de ver cómo se servía Olivier, ella hizo lo propio. Notó la manera en que él se deleitaba con la comida.

—No es la primera vez que estoy aquí, he pasado un tiempo largo acá y me he acostumbrado a su comida.

Kheira dejó de comer al escucharlo. Le molestaba que él respondiera una inquietud que ella tenía en la mente y que no había develado. Sin dudas, la perturbaba mucho que él mantuviese los lentes puestos, porque solo podía ver su reflejo en los espejados anteojos. Kheira había aprendido que la parte más importante en el rostro de alguien era la mirada. En ella no se podía esconder nada, ya que reflejaba cada uno de los sentimientos que uno pudiera sentir. En ocasiones no hacía falta hablar o decir algo, con solo mirar a una persona se podía leer lo que sucedía en su interior o descifrar lo que pensaba. Ella no podía percibir nada de él desde que habían salido del edificio militar, como si Olivier se hubiera vendado los ojos para impedirle averiguar qué pensaba de ella o qué sentía.

—En estas estadías, he conocido a Rachid. Hemos sido compañeros, combatimos juntos.

—¿Siendo musulmán estaba con el ejército francés?

Una tibia sonrisa asomó por el rostro de Olivier al recordar cómo se habían conocido. A pesar de no haber pasado mucho tiempo desde ese fortuito encuentro, habían vivido situaciones extremas que los habían unido más.

—Así es, y no es el único. Rachid vivía en las afueras de la ciudad, y creía que bajo el Gobierno francés estaba mejor, por ese motivo no se sumó a los rebeldes. Por el contrario, buscó colaborar con nosotros.

El ejército acogía de buen modo la incorporación de esas personas a las filas, porque conocían el terreno y sus recovecos mejor que nadie. Inclusive, en algunos casos, se los obligaba a formar parte de la milicia.

—Otros como Rachid hicieron lo mismo y se transformaron todos en *harkis*. Ellos mantenían una condición intermedia, porque no se los podía considerar dentro de las filas de la milicia, ya que no podían acceder a un mayor rango sin importar lo buenos que fueran. Él lo era y combatía del mejor modo contra los rebeldes. Estuvo bajo mi ala durante el tiempo que luchamos. Apenas se les otorgaba a los *harkis* simples armas de defensa, como rifles de caza con menor capacidad de fuego, entregadas por las mismas autoridades militares.

»En una oportunidad, no controlé el estado del arma que le dieron. Al caer el sol, salimos hacia un lugar donde suponíamos se hallaban agazapados los rebeldes. Todo parecía demasiado tranquilo, aunque sabíamos que la información había sido fidedigna. Hubo un leve tiroteo sin mayores consecuencias. Pero me equivoqué y, cuando creía que habíamos neutralizado al enemigo, aparecieron algunos rebeldes que nos emboscaron. Abrimos fuego, pero Rachid no tuvo suerte; el arma que tenía no respondía en medio de la balacera en la que estábamos. No hubo tiempo de recibir ayuda, porque el ataque resultó efectivo y veloz, les permitió a los del *aln* huir de allí antes de que llegasen los refuerzos. Él quedó malherido y lo protegí hasta que todo terminó. Lo llevé como pude a un médico que le salvó la pierna, aunque su cojera no le permitió continuar en combate.

»Mucho tiempo me culpé por eso. Sin embargo, Rachid nunca dejó que yo me castigara por aquel hecho. Sin mayores cuestionamientos y con ningún reconocimiento por parte del ejército, se instaló aquí. Vive de lo que le da la cocina y la venta de algunas mercaderías. No es mucho lo que gana porque no puede siquiera ser parte del mercado de la ciudad, padece de grandes dolores, aunque no lo diga, y se le dificulta estar de pie mucho tiempo. Acá está más tranquilo. Jamás lo escuché quejarse.

Kheira había quedado abstraída en la historia que acababa de relatarle Olivier.

—¿Tiene familia?

—No. De tenerla, todo se complicaría.

—¿Por qué?

—Porque los rebeldes irían contra algunos o todos los miembros de la familia de un *harki*. Esa es una manera de vengarse por la traición cometida al pueblo que lucha por la independencia.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Para que veas las dos caras de una guerra y te des cuenta del lado en que estoy parado.

—¿Crees que eso me hará cambiar de opinión?

—Kheira, dejemos algo claro. En este momento, soy tu mejor opción porque he logrado sacarte de quedar detenida. Deberemos vernos durante un tiempo, porque esa ha sido la condición para que no quedes prisionera.

—¿Piensas que voy a colaborar contigo sabiendo que vas a vigilarme?

—Entiendo que creas que estar cerca de mí signifique que corres peligro, pero el tiempo dirá que estás equivocada y que la amenaza está al otro lado.

La joven evitó continuar con esa disquisición, porque estaba segura de que Girard haría lo impensado para que ella fuera el vehículo hasta llegar a Said. Debería esperar para saber quién tenía razón.

—Y si es como dices, ¿dónde pasaré los próximos días?

—Seguirás en el albergue de Halima.

Kheira no preguntó cómo sabía dónde residía y quién era la encargada del lugar.

—Todo continuará como hasta ahora. Espero que pronto recibas alguna nota o información sobre tu hermano. Cuando suceda, me lo tendrás que reportar.

Él estaba convencido de que esos serían los pasos de Said. No soportaría que alguien de su familia estuviera en manos del ejército. Solo restaba aguardar a que llegase ese momento.

—¿Y si no lo hago?

Una leve sonrisa asomó por el rostro de Olivier. Nadie se había resistido a sus órdenes, menos en la endeble situación en que ella estaba. No podía creer que siguiera combatiéndolo.

—Lo sabré —replicó con suficiencia.

La conversación le había quitado el apetito inicial. Ya no quedaba mucho por decirse, solo aguardar a cómo se daban las cosas. Ella estaba convencida de que él no le diría mucho más. Regresar al albergue le daba cierta tranquilidad porque era el único lugar que le resultaba familiar desde que había arribado a la ciudad.

—Ya vengo.

Él se levantó para hablar unas palabras con Rachid. Ella no se esforzó por escuchar el leve murmullo. Poco después, el encargado del lugar la saludó con un movimiento de cabeza. Kheira se levantó para seguir a Olivier hasta el vehículo en que volverían. Necesitaba darse un baño para quitarse la suciedad que llevaba encima y olvidarse del desagradable de Brunet, del que aún sentía el aliento de él sobre su piel. En el trayecto de regreso, se instaló el silencio; cada uno iba inmerso en pensamientos diametralmente opuestos. Al menos, eso creían.

CAPÍTULO 11

El poso de café

Kheira recordaba la simple despedida con Olivier luego de haber estado en el bar de Rachid. Girard no le había dado precisiones de cómo actuar, qué decir, ni indicaciones sobre el modo de conducirse. Ella había dudado, unos segundos antes de descender del vehículo, sobre hacerle unas preguntas al respecto. Reflexionó de inmediato y se dio cuenta de que él no le respondería con sinceridad. La situación se había vuelto un entramado de verdades no reveladas, secretos silenciados y mentiras pronunciadas a viva voz. La agobiaba no encontrar la salida a lo que sucedía a su alrededor. Estaba convencida de que el paso de los días complicaría la situación.

Al ingresar al albergue, una brisa de familiaridad la arropó entre la desconfianza que se había instalado alrededor. Los días transcurrían en una tensa calma. Necesitaba tener claridad en medio de la penumbra que la rodeaba. La aversión que sentía por Girard se diluía al compararlo con el accionar de sus compañeros, en especial con aquel militar llamado Brunet. En esa instancia, reflexionaba sobre Said y el comportamiento que había mantenido desde que ella estaba allí. Resultaba evidente que él estaba al tanto de su regreso, sin embargo, por qué Said no había organizado un encuentro en la clandestinidad, sin enviarle emisarios que lo único que habían hecho había sido complicar las cosas. Por otro lado, se encontraba Olivier, que cumplía con el trabajo de seguirla y usarla como un señuelo para detener a Said. Por momentos pensaba que él no era un desconocido, porque tenía una relación de amistad con Léa, alguien de su absoluta confianza. Sin embargo, eso no debía confundirla. Ese hombre estaba allí con una misión en la que ella era el objetivo. Ninguno de los dos hombres daba señales de que le importase lo que Kheira pudiera sentir o pensar.

La soledad de esos días le pesaba y alimentaba la angustia por lo que fuera a suceder. Ella quería retomar su rutina, pero desconocía cómo moverse y qué hacer. Permanecer dentro del cuarto la estaba enloqueciendo. Por suerte, la presencia y la actitud de Halima era más prudente, menos invasiva que al principio. Solo le avisaba el horario de las comidas y, entonces, Kheira asistía al austero salón para comer en soledad en una de las mesas del fondo. Todos los huéspedes se reunían allí y se ubicaban en la mesa asignada; nadie ocupaba el lugar del otro. En un sostenido murmullo, se comía sin comentarios que alterasen la convivencia. La quietud que había allí dentro no se asimilaba con lo que sucedía en la ciudad y sus alrededores. Los conflictos y las rencillas políticas estaban al otro lado de los muros del albergue. Bastaba traspasar la puerta para ser parte de los disturbios que a diario se daban en las

calles de la ciudad.

Un mediodía, ante la insistencia de la encargada del lugar, Kheira bajó para almorzar, aunque no tuviera apetito. No terminó de dar el primer bocado cuando unas voces se alzaron en la sala. Levantó la cabeza para ver a Fátima caminado hacia su mesa. Kheira dejó el plato a un lado y recibió a la joven con una amplia sonrisa. La reconfortaba estar con alguien conocido; hacía tiempo que extrañaba eso. Poco le importaba la escueta relación que ambas habían entablado en París con la finalidad de planificar el viaje que las había llevado hasta Argel. No necesitó invitarla, porque de inmediato se ubicó frente a ella. Fátima la observó con detenimiento con un gesto de sorpresa que se le reflejó en el levantamiento de la ceja derecha.

—Veo que ha habido varios cambios.

Kheira se había acostumbrado demasiado rápido a llevar la cabeza descubierta y la larga cabellera al viento. Le agradaba la sensación, así que no pensaba volver atrás. Si bien en un principio había dudado, creyó que pasar desapercibida en el mundillo de esa comunidad, en gran parte europea, podía ayudarla.

—Eres muy valiente por haberte animado —completó con una sonrisa.

La mente de Fátima voló hacia Abdelkader y lo que diría cuando le contara las nuevas noticias sobre la hermana de Said. No pudo ocultar la amplia satisfacción que eso le produjo, aunque no podía compartirlo con la pobre Kheira. Prefería que la joven creyera que era auténtica su alegría por el gran paso que había dado.

—Estoy segura de que, si no venía a verte, no te apiadarías de visitarme en mi casa.

—¿Me creerías si te dijera que estuve ocupada?

—Claro que no, salvo que te hayas visto involucrado en alguna revuelta. Eso sí me preocuparía.

A Kheira la turbaron los dichos de Fátima, pero supo recomponerse de inmediato, para no dar lugar a las especulaciones ni a las preguntas que no quería contestar. No le había contado a nadie lo ocurrido días atrás. Ya no sabía en quién confiar.

—Eso no me ha sucedido, puedes quedarte tranquila —aseguró con una certeza que desconocía tener.

—Me alegro de que así sea. Te habrás dado cuenta de que debes andar con

mayor cuidado. Las calles de la Casbah se han vuelto un festival de balas, heridos y muerte.

—Lo sé. Los periódicos así lo indican.

La lectura de los diarios la conectaba con la realidad. Kheira buscaba en los periódicos las respuestas que nadie le daba, y seguía sin encontrarlas.

—Me alegro de que estés atenta a todo. Me quedo tranquila porque sé que aquí estás a resguardo de cualquier inconveniente. No dudes en decirle a Halima si algo te sucede. Puedo entender que con ella no tengas la confianza necesaria, a veces, puede resultar muy entrometida —anunció con una tibia sonrisa—. Es ahí cuando puedes recurrir a mí. Si yo no estoy aquí, ella sabrá dónde encontrarme.

—Gracias.

Kheira se sentía dentro de un laberinto de espejos en los que la imagen reflejada se distorsionaba a medida que se acercaba a cada persona que la rodeaba.

—Pero cambiemos de tema. Dime que no tienes nada que hacer en esta tarde.

—No tengo mucho que hacer acá, ¿adónde vas a invitarme?

—Debo hacer unas compras y veré a una amiga. Quizá, quieras acompañarme.

—Me encantaría.

—Entonces, termina el almuerzo y nos vamos.

—No es necesario, en estos días no he tenido hambre. Aguarda aquí, que voy a buscar mi bolso a la habitación y nos vamos.

Kheira abandonó el salón al tiempo que llegaba la encargada del albergue con una bandeja con dos platos de comida. El cruce de miradas con Fátima fue elocuente. Nada de lo que sucedía allí dentro estaba fuera de la órbita de Halima, tampoco el encuentro de Fátima con Kheira. Solo había tenido que convencerla para que bajara y se uniera al resto de los huéspedes en el almuerzo de ese día.

—Lista.

Kheira llevaba consigo un pequeño bolsito de seda color azul con incrustaciones de espejitos y canutillos bordados. Dentro, guardaba algo de

dinero y la documentación, que esperaba no necesitar.

Ambas se adentraron en las callejuelas de Bab el Oued. Los comerciantes invitaban a la gente a que conociera el local; las voces se mezclaban con las de los vendedores ambulantes que ofrecían la mercadería que llevaban a cuesta. El aroma del jengibre, el comino y el cilantro era un aliciente para la comida que se ofrecía en los puestos y bares del lugar.

—Es por aquí.

Para sorpresa de Kheira, el negocio se dedicaba a la venta de géneros de todo tipo y color. Entraron. Fátima se fue directa hacia el mostrador ubicado en el fondo del lugar. Algunas telas colgaban del techo; otras decoraban los muros del local y brindaban un marco ancestral al sitio. Kheira se acercó para sentir ese contacto tan especial y familiar que le provocaba estar inmersa entre las telas. La seda estampada en tonos brillantes se le deslizaba entre los dedos. Asió una gasa pintada a mano con colores deslumbrantes y se la llevó a la mejilla con los ojos cerrados para sentir la textura de ese paño. Recordó el respeto de los compañeros de trabajo cuando, con una venda en los ojos, había reconocido los distintos lienzos que le alcanzaban. Para ella la elección de una prenda no era tan importante como su género; eso hablaba de quien lo llevaba. Algunos los preferían simples y cómodos; otros, suntuosos y selectos. Ella valoraba como cualidad que se le deslizara por el cuerpo como una segunda piel. Esa característica determinaba la elección del atuendo que vestía. Se habría quedado perdida en compañía de los diferentes tejidos allí expuestos, pero el llamado de Fátima la devolvió a la realidad. Sin embargo, no fue lo único que la sacó de ese ensimismamiento que le provocaba estar entre telas. Hubo algo más que percibió sin poder determinar qué era. Giró de inmediato para mirar hacia la acera, pero el fluir de los transeúntes no le permitió ver algo en particular. Volvió a escuchar que la llamaban y enfiló hacia donde estaba Fátima.

—Veo que disfrutas de este tipo de negocio —comentó la encargada.

—Ella es Belinay. —Fátima se la presentó.

—Así es. En París, trabajo en un local como este.

—Lo tendré en cuenta. Yo creo que el diseño, junto al trabajo en las telas, es un arte no siempre valorado por quienes entran aquí. Lucho con decirles a los clientes que dejen de sobar las telas, a veces lo hacen con las manos sucias.

—Esa es una lucha perdida —agregó Kheira animada—. Si hablas de diseños, observé el *batik* con colores vivos expuestos a un costado del local. Es una belleza.

—Gracias por resaltarlo, es algo que a nosotros nos gusta y espero que sea del encanto de los europeos.

Kheira conocía la técnica para lograr esa trama tan especial: se utilizaba cera líquida reservada para las zonas que no se pensaban teñir y luego se aplicaba la anilina para darle color y vida a esos intrincados dibujos que resaltaban en el algodón. Así se provocaba un craquelado en la estampa.

—Puedo asegurarte que, de a poco, va a instalarse, como otros tejidos que son furor.

—Me encantaría continuar hablando, pero con un café de por medio, ¿qué me dicen?

—Creí que nunca lo ofrecerías —agregó Fátima—. Vas a tomar el mejor café que hay en la zona.

—Es solo una exageración.

—Después de beberlo, nos dirás —replicó al dirigirse a Kheira, que oficiaría de catadora.

Detrás del mostrador, había una sala pequeña en donde Belinay se preparaba la comida del día. El aroma a incienso ayudaba a relajarse, algo que Kheira no había logrado desde que había partido de París. Los hechos se habían precipitado sin darle respiro. En ese instante, se permitió distenderse, no sabía cuándo volvería a sentirse así. Observó con detenimiento a la anfitriona; parecía que cada movimiento que ejecutaba era el paso de un ritual que repetía a menudo con cautela y precisión. El utensilio no era el mismo que con el que ella solía preparar la infusión, pero antes de preguntar escuchó que Belinay la sacaba de su duda.

—Es un *cezvez*, aquí lo llaman de otro modo, pero yo mantengo el origen turco —comentó con nostalgia.

Belinay se refería a un cazo pequeño de cobre con el interior de estaño. Allí había vertido el agua fría y más tarde el café en la cantidad necesaria. Su mano se aferraba al largo mango para calentarlo y retirarlo a la temperatura justa.

—Lo conservo con sumo cuidado y cariño porque me lo regaló mi abuela. Ella es una de las personas a las que más he querido.

—¿Ha vivido aquí?

—No, nunca quiso abandonar su tierra. Después de un tiempo de

peregrinar, se instaló en Estambul; allí mi abuelo falleció y no logró superar su muerte. No pensaba abandonar aquel lugar que había sido su hogar. Creía que mi madre no se iría de la ciudad, pero la abandonó cuando contrajo matrimonio con mi padre. A mi abuela no le gustaba viajar, sentía que traicionaba el amor de mi abuelo si se marchaba del lugar en que ambos habían vivido. Pero el estrecho vínculo que ambas forjamos hizo que se trasladara hasta aquí para estar a mi lado. Se quedaba conmigo largas temporadas. No te imaginas cómo valoraba ese tiempo compartido. Me enseñó todo cuanto deseaba saber y me inculcó las costumbres de su tierra. Fui aprendiendo de ella, de su pasado y de su historia, junto a la tradición del lugar en que nació.

Kheira podía comprender la unión y el fuerte cariño por algún miembro de la familia por encima de otro. Justamente eso la había llevado hasta allí. Los recuerdos le desbordaron la mente, mientras el aroma a café inundaba la sala y sus fosas nasales. Belinay vertió el humeante líquido en tazas blancas sobre un mantel con arabescos dorados digno de estar expuesto en el local.

—Depende de cómo se prepare esta bebida, puede resultar sublime. Tal vez por eso, siglos atrás, intentaron prohibirla.

—Tengo entendido que lo lograron.

—Según ella me contaba, por el 1500, Kha'ir Beg, jefe de la policía de La Meca, lo había prohibido cuando vio a la salida de una mezquita a un grupo de hombres beber con devoción y compartir una taza como si el contenido fuese vino, una bebida, que sí estaba vedada por el Islam.

—Nadie ha podido resistirse a sus efectos, ¿verdad?

—No. Tampoco es necesario que lo endulces, así puedes paladear su verdadero sabor y sentir el cuerpo de un delicioso café. Claro que hay algunos que prefieren dejar a un lado los dichos y tradiciones; simplemente, lo toman como desean. Eso es válido también.

Parte de aquellas costumbres sostenían que las mujeres podían endulzar la bebida, en tanto los hombres no. Kheira le hizo caso y tomó el primer sorbo, seguido por otros sin dejar de deleitarse.

—Es más fuerte que otros que hayas bebido, ¿verdad?

—Así es. Me intriga saber si tiene algo especial.

—Por más que insistas, no te dará los secretos que tiene para hacerlo. Yo lo he intentado y no he obtenido resultados —comentó Fátima al levantarse y dejar la taza a un lado—. Si me disculpan, debo entregar algo y regreso

pronto.

—Te espero aquí.

Kheira la miró y entendió todo lo que ocultaba Fátima, pero no podía culparla, porque ella también guardaba secretos. Cuando se fue, la conversación continuó afable y distendida. Se quedaron las dos solas bebiendo café. Kheira estaba a gusto porque no había preguntas.

—Esta ceremonia para prepararlo la he realizado una y otra vez de la mano de mi abuela. Siempre me recordaba que servirlo es sinónimo de hospitalidad y que debía elegir a quién; no creas que invito a cualquiera a tomarlo. Desde su muerte, me he vuelto más cuidadosa al preparar el café, como si no deseara traicionar lo que me ha enseñado con esmero y cariño. Para mí, es una manera de honrarla y de enaltecer el amor que me tenía.

—Muchas gracias, es hermoso lo que me dices. En verdad, Belinay es un lindo nombre y no tan común.

—Por ella lo eligieron. Su origen turco fue lo que determinó que me pusieran ese nombre.

—Entiendo, es una linda historia la tuya con tu abuela.

Kheira notó cómo la otra observaba la taza que había dejado a un costado.

—Si lo deseas, puedo leerte la borra de café —ofreció Belinay—. Te aseguro que no se la leo a todos mis invitados.

Kheira se sorprendió de la propuesta y no dudó en aceptar. Sería la primera vez que consentiría que le predijesen el futuro. Nunca antes lo había hecho, porque buscaba que la vida fuera una sorpresa constante.

—Adelante.

—Antes te daré esto. —Le sirvió una copita de anís—. Bébelo, que se fundirá con el fuerte sabor de café que conservas en la boca.

Kheira le hizo caso. Mientras tomaba un trago, contempló cómo Belinay desplazaba su taza y con delicadeza volcaba el resto del contenido sobre el plato de superficie nívea. En ese instante, comprendió la elección del blanco en la vajilla, en un local donde todo lo expuesto era una explosión de color. El contrapunto del blanco y el negro de la bebida permitía la lectura de la borra con mayor claridad. Con los dedos, Belinay giraba a un lado y otro el pocillo con absoluta concentración. Parecía que estuviera leyendo un jeroglífico que se develaría en cualquier momento. Después clavó la mirada en la de ella de

un modo intenso, desconocía si eso sería bueno o malo.

—Interesante —dijo al mostrarle a Kheira la taza—. El poso que ves en el fondo habla de tu pasado. —Luego inclinó la pieza de porcelana—. Lo que está a sus lados marca tu presente y más arriba, el futuro.

No sabía si era la cadencia al hablar o el misterio que ponía en cada una de las palabras pronunciadas, pero había captado por completo la atención de Kheira.

—Veo muchas lágrimas. —Señaló las gotas que se dibujaban en el fondo del pocillo—. Has pasado por cuestiones difíciles.

La mirada de Kheira se centró en la imagen descripta por Belinay; no era producto de su imaginación: el dibujo estaba allí presente, se veía con absoluta nitidez. Eran alargadas, como si unas arrastraran a otras en un llanto sórdido y definido.

—Puede ser —manifestó con una cuota de desconfianza.

Fátima podía haberle adelantado, sin intención, algo de su historia respecto a la angustia o el pesar que representaba regresar a Argel.

—Sin embargo, como puedes ver, las lágrimas se extienden hacia aquí. —Marcó uno de los lados—. El dolor y la angustia que tienes van a extenderse. —El ánimo de Kheira iba decayendo por los dichos de Belinay—. Pero las lágrimas que derramarás no serán por el mismo motivo.

—¿No?

—Aquí aparece una figura pequeña, ¿puedes verla? Tomate tu tiempo, no quiero influirte con lo que yo veo. Dime qué es.

—Un corazón —replicó ensimismada con lo que iba descubriendo a medida que observaba con detenimiento lo que le indicaba Belinay en la borra del café.

—Exacto, será por él que sufrirás.

—¿Él? —No había ningún “él” en su vida.

—Hay algo más.

—Dime que es algo bueno.

—Eso lo sabrás con el tiempo, cuando confirmes cada cosa que te he dicho. Sé que dudas de lo que digo y eso me ha motivado a leerte.

Kheira no iba a mentirle, pero la actitud inicial había cambiado a medida que descifraba el acertijo con sabor a café. El muro construido a raíz de su descreimiento se iba cayendo poco a poco con las revelaciones que le hacía.

—Me dijiste que había algo más.

—Observa con atención.

Belinay dejó que Kheira contemplara la imagen que se destacaba por encima de un corazón que con el paso de los minutos cobraba mayor importancia y significado.

—Aquí asoma una serpiente, ¿puedes verla?

—Por supuesto.

Una larga y zigzagueante figura trepaba por uno de los lados. La imagen de la cabeza definía a la perfección el animal.

—Es sinónimo de traición y de un gran pesar. Mejor dicho, del dolor que te provocará la deslealtad y el engaño que padecerás.

—De ese hombre por el que dices que derramaré lágrimas —replicó dubitativa.

Un silencio se apoderó del recinto. La palabra *traición* se le había alojado en la mente de Kheira desde el mismo instante en que había pisado suelo argelino. La desconfianza con la que vivía en esos días la abrumaba. Solo se lo confiaría a Léa, pero no sabía si había logrado el cometido de ser seleccionada para la organización humanitaria. Ansiaba que así fuera no solo por su amiga, sino por ella, para verla y que la aconsejara sobre lo que estaba viviendo. Volvió a mirar a Belinay, que la observaba con curiosidad.

—No puedo afirmar que sea por él; sí por alguien muy está cercano a ti, aunque él también lo estará más de lo que imaginas.

—¿Dices que él estará muy cerca de mí?

—Así es.

Kheira tenía una concentración absoluta sobre el pocillo de café. Se encontraba hipnotizada frente a cada descubrimiento develado por la anfitriona.

—La serpiente asciende hacia uno de los lados, eso significa que…

—Implica que es un hombre que has conocido en el pasado y que se hará

presente en esta etapa de tu vida de un modo insondable. Tendrás deseos de ahuyentar esa presencia, pero caerás rendida ante el intenso sentimiento que él va a generar en ti. No podrás controlarlo, aunque luches de mil maneras por hacerlo. Tampoco él va a permitirlo.

Belinay sabía cuándo detenerse: cuando notaba el impacto que sus palabras provocaban, o cuando creía que el próximo presagio podía generar mayor dolor del que veía en uno de los posos de café. Ansiaba, esa vez, equivocarse en lo que veía. En tal caso, sería la primera vez que le sucedería.

—¿Hay algo más que puedas decirme?

—No.

—¿Quieres preguntarme sobre algo de lo que te he dicho?

A Kheira le daba vergüenza preguntar sobre el hombre que le había mencionado y que tendría relevancia en su vida. Su mente daba un recorrido sobre los hechos trascendentes, pero no podía descifrar a quién se refería.

—No, gracias —replicó con temor a la respuesta.

En ese momento, por la arcada asomó Fátima, lo que quebró el ambiente intimista y de confesión que se había generado.

—Acabo de despachar a alguien con una compra y han entrado dos personas que están mirando las telas del fondo.

—Ya voy.

—Muchas gracias, Belinay.

—Espero que vengas en otra oportunidad.

—Lo haré.

Antes de salir, Kheira sintió que la dueña del local la tomaba suavemente del brazo para detenerla un instante.

—Con ese hombre del que te hablé, vivirás un gran amor, aunque te cueste creerlo. Te lo digo porque sé que querías preguntarme algo referente a él.

La muchacha no necesitó mirarse en un espejo para saber que se había sonrojado, ya que las mejillas le ardían y el calor se le había disipado por el cuerpo.

—¿Cómo me daré cuenta de que es él y no otro?

—Porque será la primera vez que vivirás algo tan profundo e intenso con alguien. No habrá dudas de que es el indicado, más allá de todas las trabas y barreras que hay entre ustedes. No te preocupes, que esto quedará solo entre nosotras. Cuando tengas alguna duda al respecto, sabes dónde encontrarme.

Eso había calado muy hondo en Kheira: deshizo la muralla de cautela y desconfianza levantada a su alrededor. Por primera vez, creía que podía fiarse de alguien.

—Muchas gracias.

Luego abandonó el local en compañía de Fátima.

—¿Qué te pareció Belinay?

—Sin dudas, hace el mejor café que he probado.

El sabor de la infusión había pasado a un segundo plano. En su mente, resonaba una a una las predicciones de la mujer. Kheira intentaba descifrar el vaticinio. Dejó a un lado sus pensamientos y se centró en el camino de regreso. El griterío de las calles las acompañó hasta llegar al albergue. Fátima no había hecho mención sobre la diligencia que había hecho, Kheira tampoco había comentado nada de lo sucedido con Belinay en la pequeña sala con aroma a café. Ambas habían estado en silencio, cada una abstraída en sus propios pensamientos.

* * *

El mar Mediterráneo se extendía en toda su magnificencia sobre la costa de la ciudad. El azul de las aguas brindaba color a la blanca y laberíntica edificación de la Casbah. En la zona norte, frente a una de las plazas del paseo marítimo, se erigía la Mezquita Ketchaoua, fundada en el Imperio otomano, aunque de momento y desde que Argel estaba bajo el dominio colonial francés, se había transformado en la catedral Saint-Philippe. No solo había cambiado el nombre, sino la religión que se profesaba ahí. La construcción era una mezcla del arte musulmán y bizantino. El eco de los pasos resonaba en el mármol de los pisos de la amplia galería de ingreso ornamentada por tres amplias arcadas.

Girard caminó con sigilo refugiándose en las columnas de alabastro negro que eran los pilares de la construcción. Desde allí contaba con una perfecta visión para observar a quienes estaban dentro. Se dirigió hacia uno de los costados del templo. Allí se levantaba uno de los minaretes de la edificación.

A un lado de esa torre de campanario, asomó Rachid.

—Olivier, no sueles retrasarte —comentó el musulmán.

—Tienes razón. No creí que me llevaría tanto tiempo hacer un trabajo.

Rachid supuso el motivo del retraso de su compañero. Lo conocía lo suficiente como para darse cuenta de que la joven que había acompañado a Olivier hasta el bar sería una complicación. Por más que él lo negase, flotaba algo entre ellos; lo había notado al conocerla. Se sacaban chispas cuando hablaban, y parecía que uno era indiferente al otro, pero a la distancia se veía distinto.

—Es ella, ¿verdad?

El silencio a esa pregunta acentuó la respuesta. Olivier no estaba dispuesto a confesarle que no podía quitarse de la mente la imagen de Kheira envuelta en las delicadas telas expuestas en aquel negocio que regentaba Belinay. Ni en el sueño más erótico habría podido imaginar lo que una mujer podía provocarle acariciándose la piel con las finas sedas y gasas. Cuando logró salir de esa hipnótica imagen, investigó sobre la joven que dirigía el lugar. Solo bastó un poco de dinero para obtener todo lo que necesitaba saber. A pesar de contar con la información requerida, se había quedado merodeando por allí para tener una visión más clara de Kheira. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que no estaba allí por el trabajo, sino que la atracción que sentía por ella crecía a pasos agigantados; aunque quisiera e hiciera todo lo posible, no podía detenerla.

—Si buscas cumplir con el general, deberás abstraerte de lo que signifique ella para ti. Nada bueno puede surgir con alguien que está comprometido con el bando contrario.

—Lo está su hermano.

—Sí, pero él ha sido el motivo del regreso de ella. ¿En verdad crees que va a traicionarlo? Si es así, has perdido por completo la razón y deberías volver a París para que te asignen otra tarea.

—Déjalo ya. Estoy en esto desde el comienzo y no pienso abandonar a mitad de camino.

—Aunque te traiga mayores consecuencias —aseveró preocupado Rachid.

—Nada va a suceder. Ve al grano. ¿Qué has podido averiguar de Said?

Por más que insistiera, sabía que no lograría cambiar la decisión ya tomada

por su amigo. Le preocupaba que no fuera consciente del peligro que se avecinaba. No podía jugar en los dos bandos; él mejor que nadie lo sabía. Olivier estaba aventurando su carrera y los honores. Sin embargo, de nada servía insistir.

—Según me han dicho, se mantiene a resguardo fuera de la ciudad. Sabes que conservo algunos contactos rurales, pero nadie quiere hablar. Están todos esperando que esto explote al fin. Pocos pueden resistir tantos años de lucha. Al fastidio por la falta de respuesta política, se le suma el hambre y el reducido arsenal con el que cuentan. Y allí debes mirar más.

—Te refieres a la frontera.

Tras los pedidos de paz de las organizaciones humanitarias y la falta de respuesta de las autoridades francesas, Túnez y Marruecos se habían inclinado por ayudar a sus vecinos musulmanes a liberarse del yugo galo.

—Aquí tienes.

Olivier tomó el pequeño trozo de papel. El nombre de Mustapha resaltaba en la parte superior. Un escueto dibujo marcaba la línea de frontera con Marruecos. Allí había una zona aún en disputa, que parecía ser tierra de nadie.

—A orillas del río Draa, en este sector, se encuentra mi conocido y su gente.

—¿Cómo sabes que nos darán información sobre los rebeldes, si son ellos los que los proveen de las armas?

—Solo se trata de ofrecer algo más. Entonces, todo puede cambiar. Ellos hacen negocios para ambos bandos. Hasta donde sé, han visto a Said y a los suyos por allí hace un tiempo.

Girard podía aprovechar que el tráfico de armas volvía más permeable el contacto con los rebeldes. Tal vez, así podría obtener algún dato certero sobre el lugar en el que se encontraba Said.

—Gracias, Rachid.

A pesar de haber abandonado el combate, Rachid seguía manteniendo algunos vínculos de ambos lados. Siempre estaba dispuesto a ayudar a quien le había salvado la vida. Antes de despedirse, Olivier desvió la atención de la conversación al ver a Halima, que acababa de llegar a la nave central. Se había ubicado en uno de los bancos que completaba la larga fila de asientos del recinto. Que ella estuviera allí le resultaba inquietante, en especial porque sabía que profesaba la fe musulmana. Olivier sabía que la mujer mantenía

contactos con los rebeldes. El hecho de que Kheira estuviese alojada en el albergue que Halima regenteaba, lo hacía sospechar de una estrecha cercanía con los cabecillas de la rebelión. Ella aguardaba impaciente a alguien, miraba hacia los costados de la nave central y hacia la entrada principal. Poco después, un hombre uniformado se hizo presente allí. Caminó hasta el sector en donde estaba ubicada, aunque se sentó justo detrás de Halima, quien inclinó la cabeza para escuchar las indicaciones que el militar le daba. En un leve susurro, mantuvieron la conversación.

—¿Qué has visto?

A Rachid no se le había escapado la falta de atención que Olivier había puesto en sus últimas palabras. Con la vista, siguió la línea de visión de Olivier. No le era llamativo ni extraño lo que veía.

—Aquella mujer es Halima, la que maneja el albergue donde se hospeda Kheira.

—Todos tenemos secretos. Que ella se vincule con uno de los tuyos no es un gran problema. Mírame si no.

En algunas ocasiones, los intereses personales estaban por encima de los de la causa. Así, unos y otros de los dos bandos en pugna confraternizaban según su conveniencia.

—No lo sería, salvo porque ese es el hijo de puta de Brunet. Y que está detrás de Kheira.

—¿No lo habrá enviado el Mercier?

—¿A qué te refieres?

—Él sabe que vas detrás de la joven. Tener información de ella es tener cierto control sobre ti.

—No, esto es personal. La saña y el deseo con que interrogó a Kheira fueron manifiestos. Él no está detrás de mí, sino de Kheira.

—Eso no debería importarte si logra su objetivo, obtener una confesión de ella.

—No puede confesar algo que desconoce —siseó.

Estaba harto de explicar algo que para él resultaba evidente. Mercier primero, luego sus compañeros de armas y más tarde Rachid venían con el mismo planteo. Él, en cambio, estaba convencido de lo que decía. Sin

embargo, la situación se enmarañaba. No solo debía estar alerta a la cercanía de Kheira con Fátima, sino que ahora debería estar atento a su compañero de armas, que se había obsesionado con la joven.

En una de las largas filas de asientos, se acababa de sellar un acuerdo más que conveniente para ambas partes. Brunet había deslizado sobre la mano de Halima una suma de dinero a cambio de que lo mantuviese informado sobre Kheira. Si esa joven hubiera sido sometida a sus métodos persuasivos para confesar, estaría entre rejas y no deambulando por la ciudad bajo la custodia de Girard. De él también se ocuparía.

—Olivier, debes manejarte con cuidado.

—Lo sé —replicó al llegar hasta la puerta principal a punto de salir del templo.

—Esta vez estarás solo.

—Estoy acostumbrado a eso. Pronto pasaré a verte —dijo al despedirse.

Rachid se quedó observando cómo su viejo compañero de armas se alejaba de allí. Olivier no era consciente de cómo se complicaba la situación con Kheira por la atracción que no él podía alejar, el tema de su maldito hermano y las consecuencias que ambas cosas le acarrearían.

CAPÍTULO 12

Un nuevo destino

El vuelo había salido desde París unas horas antes. A bordo viajaba la comitiva de *acnur*, con una inmensa expectativa por llegar a Argelia. Los integrantes de la misión no habían contado con el tiempo suficiente para prepararse, pero habían realizado los esfuerzos necesarios para estar listos y cumplir con lo prometido. Léa se mantenía en silencio durante el viaje. Agradecía que su compañero de travesía, Hakim, permaneciese dormido y sin hablar. Eso le había permitido a Léa recordar una y otra vez los últimos momentos vividos con Alex, los que debería atesorar hasta que tuviera la posibilidad de volver a verlo. De su bolso retiró una fotografía de ambos en el último día compartido, antes de que Alex abandonara París. La toma la había hecho Gabrielle cuando él la había acompañado hasta la casa de campo. Ninguno de los dos se había dado cuenta del momento capturado. Con los dedos recorrió la imagen de él, que la miraba con una amplia sonrisa, esa que le iluminaba el rostro en especiales ocasiones, solo cuando estaba con ella. En la foto, Léa estaba sentada sobre el tocón de un árbol detrás de la casona. La despedida era distinta a otras que habían tenido. En las demás oportunidades, la posibilidad de verse estaba latente, aunque esa vez la promesa y la acuciante necesidad de un reencuentro se volvía angustiante. La invadía, en ese momento, un sentimiento de pérdida; aún estaban juntos, solo restaban unas horas para que él se fuera. Como si lo hubiera llamado a viva voz, Alex apareció con un café humeante:

—No te avisé que estaba aquí —dije.

—Lo imaginaba —completó antes de besarme—. Hay cosas que no cambian, tampoco el amor que siento por ti.

Él la envolvió entre sus brazos, y el calor le inundó el cuerpo. Esas palabras calaron hondo en ella. Ese momento había precedido a la despedida que aún dolía. Volvieron a besarse para sellar la promesa que debían cumplir a pesar de la distancia que se impondría entre ambos.

Un leve movimiento en la aeronave la hizo regresar a la realidad. De inmediato, guardó la fotografía y miró por la ventanilla. El descenso había comenzado con tal inclinación que parecía dirigirse directo hacia las aguas del Mediterráneo que bañaban la costa de Argel. La diestra maniobra del piloto hizo que minutos después voltease y la nariz del aparato se estabilizara para descender en la pista del aeropuerto Maison Blanche, en la zona Dar El Bieda. El aterrizaje ocurrió minutos después con la algarabía del contingente.

—Parece increíble, pero hemos llegado —dijo Camille, una de las enfermeras del grupo.

—Así es —acotó Lemaire, el médico que ya había trabajado en territorio argelino—. Puedo asegurarles que recién comienza nuestra misión.

No bien la aeronave tocó tierra, los tripulantes y los pasajeros se alistaron para descender. A un costado del campo, aguardaban los vehículos que los llevarían hacia un hotel. Léa no dejaba de absorber y contemplar cada centímetro recorrido en ese lugar. La belleza del país se enturbiaba por el conflicto armado que se extendía no solo en las calles de la capital, sino en todo el resto de la región. Una mezcla perfecta entre el mundo islámico y el europeo se vislumbraba en las construcciones que asomaban en el camino. Se podría decir que la zona árabe estaba enmarcada con su Casbah, a la vez que se construía con sello francés otra parte de la ciudad. Esa fusión se notaba en quienes deambulaban por allí. Las mujeres iban envueltas con los velos de todas formas y colores; los hombres se cubrían todo el cuerpo con la *abaya*; y en medio de ellos, cada tanto, asomaban atuendos de estilo francés, de los europeos residentes. Léa no dejaba de sorprenderse con el lugar a medida que el vehículo ganaba velocidad y atravesaba la ciudad rodeando la costa mediterránea. A un lado, las aguas azules del mar se mecían encrespadas; al otro, sobre la línea de construcción, asomaba una seguidilla de edificios de estilo neobizantino.

—Disfruta del paisaje ahora que puedes. No siempre podrás hacerlo —afirmó Hakim.

El Hotel Aletti se veía elegante. Cada uno de ellos descendió con el equipaje en el que llevaban lo justo y necesario. La mayoría había cumplido con la recomendación, salvo Brigitte, la conversadora del grupo, quien acarreaba una pesada maleta. No había querido que nadie la asistiese mientras alcanzaba la puerta del hotel.

—Creo que tendré que reducir el equipaje cuando nos vayamos de aquí.

El resto sonrió, en especial el doctor del equipo, sorprendido por los disparatados comentarios de la joven. Nadie podía negar el entusiasmo que tenía; sin dudas contar con alguien así dentro de un grupo de trabajo haría más llevadera la misión. El elegante vestíbulo los recibió con la elegancia de tiempos pasados. El bar y el restaurante estaban a un lado.

—Ubíquense y nos veremos aquí abajo en diez minutos para coordinar cómo seguiremos.

Se dirigieron hacia la puerta de madera tallada del ascensor que los llevaría hasta el tercer piso, donde se ubicaban los cuartos asignados. Dos de ellos

eran para las tres jóvenes. Léa dejó que las amigas se ubicasen juntas, ella fue a la habitación contigua. No pasarían mucho tiempo allí, ya que trabajo era lo que sobraba, pero aún desconocían cuál sería el plan. Todos se aprestaron para reunirse en la confitería del lugar. Léa fue la primera en bajar al amplio salón. Minutos después, se sumó el resto de la delegación. El ambiente de camaradería era elocuente; el ritmo de trabajo, vertiginoso.

—Hakim, ahora sí que estamos todos —dijo un hombre al acercarse a la mesa.

Una carcajada explotó en el rostro del fotógrafo.

—Les presento a Renaud, corresponsal de *Le Monde*.

—Bienvenidos.

—Creo que no falta nadie —agregó Hakim al mirar a su alrededor.

Los distintos medios del mundo habían enviado a sus corresponsales para cubrir los hechos en el territorio argelino. Se suponía que pronto habría una definición del conflicto, por lo que nadie quería quedar fuera de semejante noticia. En el último tiempo, los distintos medios habían publicado la advertencia que varios países y los organismos de derechos humanos le habían formulado a Francia para que depusiera la actitud colonialista que llevaba ejerciendo hacía décadas. Le exigían que le diera a Argelia la posibilidad de independizarse, como lo había hecho el resto del Magreb. Todos los movimientos de esa zona apoyaban al *fln*. Egipto, su gran aliado, trabajaba ejerciendo presión sobre las potencias internacionales. Sin lugar a dudas, había comenzado un tiempo de descuento.

—¿Cómo está todo aquí? —preguntó para captar la atención del resto de los comensales.

—En la ciudad, la situación se complica cada día. Las bombas y los tiroteos no paran. Las cargas de plástico puestas por el ejército detonan a cualquier hora del día, y la respuesta de los rebeldes no tarda en llegar. En verdad, nadie sabe cuándo se va a detener todo esto. Sin embargo, la posibilidad de que se logre la independencia alegra a unos y asusta a otros.

—¿A qué te refieres?

—Los musulmanes pugnan por liberarse del dominio francés, pero es ahí donde aparecen los colonos que no saben cuándo escapar, porque no podrán quedarse un minuto más si el *fln* gana. Los *pieds-noirs* no solo buscan ir contra los insurgentes, sino también contra el ejército si el Gobierno francés les da la autonomía a los argelinos. ¿En qué lugar quedarán ellos? Deberán

escapar de este territorio lo antes posible, y ninguno quiere hacerlo, porque aquí han echado raíces. Cada grupo tiene sus razones para accionar y tener en vilo a la ciudad. En la situación que se vive, los días están contados y los métodos que aplican ambos bandos para conseguir alguna confesión son escalofriantes.

En ese instante, Léa trajo a su mente a Kheira. No había dejado de pensar en ella desde que había pisado tierra argelina.

—Los pedidos a organizaciones como la suya son muchos.

—La situación está en un punto sin retorno.

—¿Ven aquellos dos hombres que están sentados allí? Son dos abogados y están buscando si el abuelo de aquel joven, que está allí acompañado de su abuela, figura en la lista de desaparecidos. Según el testimonio que conseguí, era un tendero en las calles del barrio de Belcourt que mantenía contactos con los grupos rebeldes. Una madrugada el ejército allanó la casa y se lo llevaron sin preguntar mucho más. Desde hace un mes no tienen paz y, con la ayuda de esos letrados, quieren saber qué le sucedió a Mohamed. Se supone que, si pasa más de un mes, las esperanzas de tener buenas noticias se esfuman. Este es el panorama que tenemos.

Un fuerte estremecimiento atravesó la espalda de Léa. Saber que alguien pudiera denunciar la identidad de Kheira, con el peso que implicaba llevar el apellido Moussaoui, y que fuese secuestrada de ese modo le helaba la sangre. Debería implementar todos los medios para localizar a la joven. Dejó de escuchar el relato y se centró en su amiga, mientras la conversación continuaba con el mismo tenor.

—Así están las cosas, pero no los quiero acobardar, porque recién llegan —concluyó el periodista al observar el rostro de consternación de los comensales—. Mi equipo, como el de otros medios, no hace tanto que arribó. Venimos siguiendo la situación que se vive, desconocemos qué sucederá cada mañana en la ciudad.

Todos se miraron en la mesa y agradecieron la información. Deseaban estar a la altura de la situación que allí se vivía.

—En el día de hoy —dijo quien comandaba la operación—, sabré con exactitud hacia dónde debemos partir.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos en la ciudad? —preguntó Léa.

—Vinimos para cumplir con nuestro cometido y nos iremos lo antes posible. ¿Lo dices por algo en particular?

—No, solo curiosidad —mintió. Si se iban pronto de Argel, le costaría encontrar a Kheira. Sin embargo, no quiso quedar como una desconsiderada que pensaba en una amiga antes que en la misión.

La conversación se fue disipando. Cada cual buscó qué hacer en ese compás de espera hasta que llegase el momento de abandonar la metrópoli. De a poco, la mesa se fue desocupando; Léa y Hakim se quedaron a beber un segundo café.

—Hakim, tengo una amiga musulmana que abandonó París y vino aquí por cuestiones familiares. Ha llegado acá poco antes que nosotros. Desconozco dónde está y me gustaría saber de ella.

—Debe tener familia aquí.

—Lo que sé es que sus familiares lejanos están en Orán.

—La ciudad no está lejos de Argel, ¿por qué no iría con ellos? —indagó extrañado.

—Porque no ha venido a estar con ellos, sino que su objetivo es encontrar a su hermano.

—¿Vino sola y dejó al resto de su familia en París?

—Más precisamente, escapó hace poco. Por eso necesito saber de ella.

De a poco, el relato de Léa le iba cerrando a Hakim, ya que le costaba comprender que, si eran amigas, ella no supiese dónde localizar a Kheira. A él no le parecía oportuno que Léa se distrajera con algo distinto a la misión que en breve emprenderían.

—Debes centrarte en lo que vinimos a hacer aquí.

—Lo sé, pensaba buscarla en el tiempo libre que tenemos, antes de que abandonemos la ciudad.

Por eso Hakim no quería comprometerse con el cuidado de la joven: no le gustaba atarse a nada. Pero le pesaba fallarle a Alex.

—No te pido que me acompañes, solo que me digas por qué lugar empezarías a buscar.

—¿Y crees que daremos con tu amiga?

—Sé que conoces la ciudad como nadie y puedes sugerirme cuáles serían los lugares en que puede alojarse una joven que no cuenta con mucho dinero,

solo lo ahorrado con su trabajo.

—Está bien. Iremos de recorrida esta tarde, pero no te prometo hacerlo los próximos días. Tengo compromisos que cumplir antes de dejar la ciudad.

—Gracias, Hakim, será suficiente con hoy.

Léa no buscaba incordiarlo más ni abusar de su confianza. Había notado que, a pesar de su amplia contextura física y el gesto adusto que poseía era un hombre de buen corazón, aunque pareciera que quisiese esconderlo.

Algunos se fueron a recostar para recuperar el sueño perdido en los preparativos del viaje. Léa estaba inquieta, se cambió de ropa y bajó hacia el salón comedor a esperar a Hakim, mientras bebía otro café. Debió aguardar un largo rato hasta que lo vio asomar con una mochila sobre el hombro. Se dio cuenta de que ella lo esperaba ansiosa; supuso que, de no haber bajado, ella se habría lanzado sola a las calles de la ciudad para saber el paradero de su amiga.

Él se había demorado, pero no había perdido tiempo. Había averiguado con el botones del hotel si había nuevos albergues y probables alojamientos para la joven que irían a buscar. Léa lo seguía en silencio creyendo que de esa manera no lo molestaría.

—Recorreremos dos de los barrios más populares de la ciudad. Da por seguro que, si no tiene dinero, debe estar alojada en algunos de ellos.

—Por supuesto —agregó esperanzada.

El primer trecho lo hicieron por entre algunas de las calles del barrio Belcourt. La gente confluía por sus aceras invadidas de locales y vendedores que ofrecían la mercadería.

—¿El secuestro relatado por tu amigo periodista fue en esta zona?

Léa se había quedado impresionada con el relato, por lo que caminar por el lugar en donde se había cometido ese hecho le erizaba la piel.

—Así es, ese hombre trabajaba en un negocio como este —dijo al indicarle con la cabeza un local que vendía objetos de todo tipo.

Le costaba creer que el mero contacto del dueño con uno de los rebeldes fuera motivo, para el ejército, de secuestrarlo y hasta matarlo. Evitó continuar con esa línea de pensamiento para centrarse en la búsqueda de Kheira. Concurrieron a tres hoteles que había en ese barrio, pero en ninguno sabían de la joven. La tarde caía y no contaban con demasiado tiempo para seguir

recorriendo.

—Lo más sensato sería regresar al hotel.

—¿No podemos continuar un poco más?

—Yo lo haría si no fuera contigo.

Él no buscaba correr algún riesgo con la joven.

—Haz de cuenta que no estoy aquí.

Él negó con la cabeza, ya que era imposible hacerlo. De no haber estado con ella, habría recorrido otros lugares y estaría con otras compañías bebiendo una copa. Poco después, estaban recorriendo el Bab el Oued. El aroma a comida que emergía de los bares ubicados a la vera de las zigzagueantes callejuelas del barrio daba ganas de detenerse y cenar en las mesas dispuestas sobre la acera. La búsqueda, hasta ese momento, no había sido satisfactoria. Quedaba un albergue al que aún no habían ido y hacía allí se dirigían. Léa preguntó por su amiga, pero ante la requisitoria no hubo nada nuevo. Hakim se había quedado a un lado observando la situación. La encargada se había puesto nerviosa al saber que preguntaban por la joven amiga de Léa.

—Podemos tomar una bebida en el salón, mientras chequeas la lista de huéspedes que tienes —le sugirió Hakim a la dueña del hospedaje. Luego agregó—: Un café nos vendría bien, ¿verdad?

—¿Crees que nos oculta algo?

—Sí y es normal que eso suceda. Nosotros hacemos un equipo interesante para alguien que reside en esta zona.

Una joven francesa en compañía de un musulmán buscando a alguien que había escapado de París era un binomio llamativo. Hakim creía que había algo más en la huida de Kheira para ver solo a su hermano. Desde el otro lado del mostrador, Halima buscaba entre los papeles que conocía a la perfección una respuesta para saber qué hacer con esos dos sujetos que aguardan en el salón comedor. Esperaba que la joven no asomase por allí y se mantuviese, como solía hacer tantas noches, en el refugio de la habitación. No pensaba avisarle que tenía visitas, porque ninguna de las dos personas le daba confianza, en especial el hombre que acompañaba a la joven. Sin embargo, Kheira apareció por el vestíbulo del lugar como si percibiera que alguien la había llamado. Hakim estaba expectante a lo que sucedía, comprendía que esa mujer escondía algo y lo confirmó cuando escuchó el grito de Léa al llamar a su amiga. Un fuerte abrazo mezclado con lágrimas precedió al ansiado encuentro.

—¡Al fin!

—¡No te imaginas los deseos que tenía de que estuvieras aquí!

—Perdón —acotó Léa—, te presento a Hakim. Sin su ayuda, no habría podido ubicarte.

—Muchas gracias.

—La mujer que atiende aquí negó que estuvieras.

De inmediato, Kheira cruzó una mirada con la encargada del albergue, quien sabía que estaban hablando de ella. Halima regresó la vista hacia los papeles que tenía en el escritorio para evitar algún cuestionamiento.

—Es una conocida de Fátima, una de las organizadores del viaje en el que vine.

Hakim escuchaba en silencio, aunque intuía que algo turbio se cocinaba allí dentro.

—¿Has localizado a tu hermano? —inquirió Léa.

—No todavía. Se han suscitado una serie de cuestiones que me gustaría contarte, pero no aquí.

—Podemos irnos de acá, ¿verdad?

Hakim quería irse de allí porque estaba convencido de que permanecer un minuto más allí dentro no traería nada bueno.

—Necesito contarte algo importante —manifestó Kheira en tono de confesión.

—Busca tus cosas, que nos vamos. ¿Crees que podrá quedarse conmigo esta noche?

—Sí, total yo no he visto nada —añadió Hakim.

Kheira se retiró frente a la atenta mirada de Halima, que no se perdió ninguno de los últimos movimientos de la joven dentro del albergue. No bien atravesó la puerta de salida junto a sus compañeros, la encargada del lugar levantó el teléfono para comunicar las últimas novedades.

En el camino de regreso, ellas no dejaron de hablar sobre cómo les había resultado el viaje hasta allí. El trayecto sirvió para que hablasen de trivialidades antes de ahondar en lo que tenían para confesarse.

—¿Aquí te alojas? —exclamó Kheira al ver al lugar que ingresaba.

—Solo durante unos pocos días.

—No querrías saber dónde pasaremos los próximos días —acotó jocoso Hakim, quien buscaba ir al salón comedor para beberse un whisky, mientras las jóvenes se dirigían hacia la habitación para hablar tranquilas.

Léa se sentó en una silla del cuarto y sirvió dos vasos de agua.

—Si deseas, puedo pedir que nos traigan algo de comer.

—Más tarde, no creo que ahora pueda ingerir algo.

—Entonces, esto es más grave de lo que parece.

—Eso es lo que más me angustia. Desconozco hasta dónde llegara todo esto.

—Te escucho.

Léa evitó sorprenderse a medida que su amiga le relataba los últimos hechos vividos en la ciudad. No obstante, le resultó increíble enterarse de que había estado detenida. Sin lugar a dudas, ambas habían minimizado el peligro que significaba estar allí. Cuando creía que nada en el relato podía sorprenderla, apareció la figura de Girard en medio de todo.

—No puedo creer que Olivier esté aquí y que haya sido él quien te detuvo.

—Yo tampoco. Imaginaba que seguiría en París, según lo había manifestado. Pero no, está aquí cumpliendo funciones.

Si bien el vínculo que Léa tenía con Olivier no era muy estrecho, sí existía un lazo cercano entre ambas familias. No podía creer que él actuase de esa forma.

—A pesar de las órdenes que él reciba, no creo que te dañe.

—Él me dijo que había pedido mi liberación, pero ¿sabes qué? —Se acercó, como si alguien más en ese recinto pudiera escucharla—. Cuando deambulo por la ciudad, y no son muchas las veces que lo hago, siento que alguien me sigue. Es solo una sensación, porque cada vez que giro para comprobarlo, no hay nadie más detrás de mí.

Con espanto, Léa escuchaba el relato de su amiga y comprendió que no podía continuar de ese modo.

—Él piensa que le he creído, pero Girard solo cumple órdenes de los superiores.

Léa intuía que él no dejaría que nadie se interpusiera en la actividad que desarrollaba. Hasta donde sabía, siempre había actuado de ese modo, incluso cuando la familia lo reclamaba, él replicaba que su carrera estaba por delante de todo. Le daba escalofríos que la aseveración hecha por Olivier complicara a Kheira.

—Me cuesta creer que todos estos graves hechos hayan sucedido en tan poco tiempo.

—Por suerte, todo se arregló.

—Kheira, no puedes quedarte aquí un minuto más.

—Por momentos me lo he replanteado, pero, si regreso, habrá sido en vano mi viaje.

—Está claro que tu hermano no está en condiciones de verte, y solo él sabe el motivo. Porque, de lo contrario, estaría aquí protegiéndote. Según tú misma, él sabe perfectamente que estás acá; sin embargo, ha preferido largarte a los leones.

—Eso es lo que pienso. Te aseguro que no puedo creer que haya hecho esto. Luego pienso si en verdad él estará con vida.

—Kheira, tu familia quiere que regreses.

—¿Se han puesto en comunicación contigo?

—¿Qué crees? ¿Cuánto más podíamos quedarnos en el campo? Nunca nos hemos quedado tantos días en la casona. La sospecha estaba en el aire y la confirmaron cuando averiguaron lo que sucedía.

—No quiero imaginar la ira que habrá levantado mi accionar.

—No lo imagines —contestó Léa al tomarle las manos—. Se calmaron cuando les dije que yo vendría hasta aquí y te buscaría.

—Gracias.

—Debes ponerte en contacto con ellos. Les prometí que lo harías si te encontraba.

—Lo haré.

—No puedo creer que estemos juntas.

—Yo tampoco, pero hasta ahora he cubierto de tristeza y angustia este encuentro. Cuéntame si ha habido novedades en París en mi ausencia. Hasta donde sé, Étienne estaba enloqueciendo con tu partida. ¿Qué sucedió con él?

Los recuerdos de Léa estaban bañados de momentos vividos con Alex. No habían sido tantos, pero sí intensos. Parecía que la etapa con Boyer había quedada suspendida en el tiempo. Estaba convencida de que él encontraría a una mujer que lo acompañase como se merecía e intuía que muy pronto se olvidaría de ella.

—¿Me creerías si te cuento que he estado con Alex?

Los ojos de Kheira se abrieron de par en par. Había escuchado los relatos de Léa sobre la amistad que mantenían, además de los encuentros y viajes que habían protagonizado. En alguna oportunidad, le había sugerido que entre ambos había algo más y, lejos de reconocerlo, Léa se había ofendido, quizás no porque se lo dijera, sino por la imposibilidad de reconocer el fuerte sentimiento que la enlazaba a él.

—Antes de que comiences a contarme lo que sucedió con Alex, necesito que reconozcas que esto yo te lo dicho.

—Así es, no quería aceptarlo por temor a perderlo si no era correspondida.

—Léa, qué equivocada estabas.

—Más de lo que imaginas. Escucha lo que tengo para contarte.

—Si vas a decirme algo que me alegre la noche, podemos pedir algo de cenar.

—Por supuesto, yo me encargo.

El golpe a la puerta sorprendió a ambas que acababan de hacer el pedido de la cena. Léa se levantó de inmediato para abrir la puerta; detrás estaba Hakim.

—¿Qué ha sucedido?

—Nada, y como no quiero que suceda, acabo de excusarte ante el jefe por tu ausencia en la cena. Vengo a decirte que mañana a primera hora debes estar en el salón, donde se darán las indicaciones sobre nuestro viaje.

—Gracias, Hakim, allí estaré —respondió antes de despedirlo y girarse para agregar frente a Kheira—: ¿Crees que nos alcanzará el tiempo que nos queda?

—Por supuesto. Quiero que me cuentes, por favor.

Léa dejó a un lado el plato de comida, que había llegado hacía unos instantes, y comenzó a desnudar su corazón con la única persona que podía comprenderla. A medida que le confesaba lo sucedido, revivía cada instante compartido con Alex. Lo acontecido con Irenka y la aparición del misterioso e intrigante doctor Gautier con las visitas nocturnas, el latente recuerdo del beso de despedida frente a su casa, el encuentro en el apartamento de Alex, la despedida en la casona de la campiña.

—Me alegra que todo se haya aclarado entre ustedes.

—Gracias, Kheira.

El tiempo de confesión había demorado las horas de sueño, aunque, finalmente, el cansancio pudo más. Léa antes del amanecer había quedado rendida sobre la cama. Le quedaban unas pocas horas de descanso.

Kheira no sabía cómo agradecerle lo que por ella había hecho. Léa había debido lidiar con su familia en París. Una vez arribada a la ciudad, había removido cielo y tierra para dar con ella. Ahora lo menos que podía hacer era responderle del mismo modo. Le escribió unas pocas líneas para explicarle el motivo por el que se iba. Lo que menos deseaba era comprometerla con su trabajo. Ya se había arriesgado al no bajar a cenar con la delegación. De manera sigilosa, salió de la habitación y del mismo modo se deslizó por la escalera, eludiendo el elevador, hacia la planta baja. Procuró no ser vista por el personal. Pronto amanecería y las luces del día dejarían a un lado el desamparo y la zozobra que implicaba una noche cerrada. Las farolas del hotel alumbraban la acera. Cruzó por la plaza guiada por el reflejo de la luna hasta alcanzar el paseo marítimo.

Las oscuras aguas del mar bramaban, el único sonido que se escuchaba en ese instante. De momento, se quitó el temor que comenzó a invadirla por haber salido a esa hora de la madrugada. Esperaba llegar al albergue cuando comenzase a clarear, miró el reloj y supuso que no faltaría tanto para eso. Se apresuró y caminó hasta la esquina. De repente, esa sensación de que alguien más estaba merodeando cerca de ella la envolvió. Un fuerte estremecimiento le escaló por todo el cuerpo. Supo que no podía echarse atrás, debía continuar el camino. El rugir de un automóvil la sobrecogió. Miró hacia atrás, la seguía un todoterreno como en el que la habían conducido hacia el edificio militar para arrestarla. De inmediato pensó en Girard y en que estaba buscándola para volver a detenerla. ¿Cómo podía ser que ese hombre, que se había mostrado más componedor una vez que la había liberado, condujera como un loco por las calles de allí? Justamente, debería sacar provecho de las laberínticas callejuelas que poblaban la ciudad. Se lanzó a correr y cambió la dirección

subiendo por la escalonada acera sin pensar hacia dónde iba, tan solo pretendía alejarse del sonido de ese Jeep que le seguía los pasos.

Pensó que nada detendría la voracidad del conductor. Debía refugiarse en algún recodo de las blancas construcciones que asomaban por el camino. La quietud del lugar se condecía con las persianas de las casas que aún se conservaban cerradas. Supo que no serviría de nada pedir auxilio cuando el sonido del motor se hizo palpable. Corrió otra cuadra para refugiarse en donde fuera. En ese mismo instante, una mano le tapó la boca para evitar que gritara. Otra la sujetó por la cintura para atraparla por detrás y llevarla hasta la entrada de un edificio. El lugar era pequeño y, cuando quiso girar, escuchó que el sujeto le susurraba:

—Deja de moverte si no quieres que Brunet venga por ti.

Ella dejó de menearse de manera inmediata e intentó girar para comprobar que quien la sujetaba era Olivier, con el pretexto de que otro la perseguía. Estaba claro que Girard la había seguido hasta allí. Solo él le generaba esa sensación de acoso y vigilancia que sufría a menudo. Intentó sin éxito liberarse de los fuertes brazos de él. Necesitaba gritar y salir corriendo. Sin embargo, hubo algo que la hizo calmarse de inmediato. El rugir del automóvil volvió a escucharse con gran intensidad. Supo en ese preciso instante que había alguien más detrás de ella, con seguridad Brunet.

Dejó de luchar contra Olivier y se quedó expectante frente a lo que sucedería en breves instantes. Con horror observó que, del Jeep detenido de cualquier modo sobre la calle, bajaba ese maldito militar. Las ansias por encontrarla se vislumbraban como la actitud de un cazador al acechar a su presa. La oscuridad de la noche y el silencio que flotaba allí marcaban aún más la presencia de ese hombre. La espera fue interminable, más de lo que ella podía soportar. Tenía la garganta seca y mantenía ahogados los deseos de gritar con todas sus fuerzas. Brunet recorrió el lugar de arriba abajo, pero no los encontró. Cuando vio que se subía al vehículo, cierta tranquilidad la envolvió. Sin embargo, comprendía que no dar con ella habría incrementado el fuerte deseo por encontrarla. El poco tiempo compartido con Brunet había bastado para darse cuenta de lo que era capaz cuando algo no se hacía de acuerdo a lo que él imponía.

La mano que le cubría la boca se deslizó justo cuando los deseos de pedir ayuda se habían silenciado. Volvió la cabeza y lo vio a Olivier, que le hizo un gesto con el dedo para que se mantuviera en silencio. Con la otra mano, la agarró para conducirla por el camino que la sacaría de allí. Kheira se dejó llevar envuelta en una completa confusión, porque, si razonaba un poco lo sucedido minutos antes, llegaba a la conclusión de que ambos hombres estaban del mismo bando y que uno se ayudaría con el otro si trabajan en

equipo, como solía ocurrir en la milicia. No comprendía entonces qué hacía Girard sacándola de ahí. Quizá, de manera más artera, la conducía de regreso a las instalaciones militares para volver a interrogarla. Cuando decidió zafarse de él, como si Olivier lo hubiera percibido, se volteó, se acercó a ella.

—Aquí tengo el coche para sacarte de acá. No pienso llevarte con los míos. Sé que no entiendes lo que sucede. Si quieres te lo explico, pero lejos de este lugar.

La mirada de él la consumía, mientras que los oscuros ojos de ella resaltaban en medio de la oscuridad.

—Si quieres huir, hazlo ya, pero no lograrás escapar de él.

Quizá fue la intensidad que aplicó al hablar o el convencimiento que ella percibió en las palabras lo que la motivó a darle la mano para que la sacara de allí y le explicara lo que sucedía a su alrededor. Ambos se subieron en el vehículo. La paz y felicidad que tenía a raíz del encuentro con Léa se había disipado.

Ninguno volvió a hablar, cada cual absorto, pensando cuál sería el próximo paso que darían. Kheira intentó descifrar el camino que Olivier había tomado, pero le resultó imposible. De nada serviría preguntar, así que se dejó llevar por el sendero a la vera del mar. Luego, abandonaron la carretera y se adentraron por una calle de tierra hasta alcanzar un recodo de la bahía. Dejó el vehículo entre unos matorrales y le indicó que bajara. Ella lo siguió hasta un rincón en medio de la leve colina a la que habían accedido. En el escarpado terreno, se abría una suerte de gruta y se adentraron unos metros hasta ahí.

—Siéntate. —Vio que ella no le hacía caso—. Yo sí me sentaré —indicó Olivier. Se ubicó en una piedra que estaba a la entrada de la guarida—. Acá nadie te encontrará.

—¿Qué quieres decirme? Debe ser importante para que me traigas hasta aquí.

—Brunet no va a abandonar la búsqueda hasta encontrarte.

—¿Lo has hablado con él y no deseas que te gane de mano? —replicó con sorna.

—Entiendo que pienses eso de mí, pero no es así.

—Entonces, ¿cómo es? Yo ya he dicho que nada sé de mi hermano. Desconozco qué más quieren.

—Lo sé.

Ella se sorprendió ante la contundencia de la respuesta de Olivier. Si era así, no comprendía qué hacían los dos en ese recóndito lugar hablando a esa hora del día.

—Entonces, díselo a tu compañero.

—Él no es un compañero, solo compartimos algunas tareas. No estoy de acuerdo con los mecanismos que tiene para obtener información.

Ella asintió en agradecimiento, pero hasta ese momento desconocía qué estaba haciendo allí.

—Mientras él esté buscándote, yo estaré detrás de ti.

—¿Quieres decirme que piensas protegerme de él?

—Así es.

—¿Para qué? Si los dos buscan el mismo resultado.

—Te equivocas. Él busca saciarse de ti. Yo solo pretendo saber de tu hermano y hacerlo a través tuyo fue el comienzo.

—Para lograrlo, harás lo que sea.

—Lo que deseo hacer contigo poco tiene que ver con el paradero de Said. Ese es el problema, ¿puedes comprenderlo?

Kheira estaba impávida, no daba crédito a lo que había escuchado, negaba con la cabeza, reclamaba mayor claridad a la confusión que la desconcertaba. Quizás el cansancio de una noche no le permitía comprender a la perfección el alcance de esa confesión.

—No estoy dispuesto a que te suceda algo en manos de Brunet. Pero no puedo asegurarte hasta dónde seré capaz de protegerte. Sé que no me lo has pedido, pero es algo que no puedo controlar y que me está enloqueciendo. Por eso te he traído hasta aquí, para poder hablar tranquilos y que despejes la confusión que todo esto debe provocarte. Tu imagen me ha acompañado desde que te conocí en aquel maldito bar de Les Marais.

—¿En aquel momento me seguías?

—Cumplía órdenes.

—Como ahora.

—Sí, pero la diferencia es que ahora tengo claro lo que deseo. Kheira, nunca imaginé que pudiera poner en duda lo que hago, menos que sucediera por una mujer.

—Eres el hombre que vas detrás de mi hermano. Él es el motivo por el que he venido y la causa por la que nunca podría verte de otro modo que no sea como un verdugo de Said.

—No voy a discutir eso. Solo necesito que sepas que estaré detrás de ti.

Kheira se negaba a pensar de otro modo, ansiaba con todo su corazón que en cualquier instante él adujera o reconociera que buscaba lo mismo que sus compañeros de armas. Que estaba allí solo para intentar cierta confianza con ella y así hacer más fácil el trabajo en conjunto con el ejército.

—Solo existe una persona de la que no podré protegerte —le anunció él.

Ella lo miró ávida por saber. Necesitaba que esa extraña sensación que la envolvía a medida que él hablaba se ahuyentara, porque la estaba debilitando con cada palabra que pronunciaba. Si ella quería subsistir, debería ser fuerte y nunca lo sería de la mano del enemigo de su hermano.

—No sé a quién te refieres.

—A mí.

Kheira pudo sentir como si una pesada piedra le cayera sobre el cuerpo y una fuerte opresión le colapsó el pecho. El refugio se había empequeñecido. Debió hacer acopio de sus fuerzas para respirar. Le costaba mantener los ojos abiertos porque todo a su alrededor le daba vueltas.

—¡Kheira!

Él la había sacado de la guarida. La fresca brisa marina del amanecer evitó que se desvaneciera. Notó que, otra vez, se encontraba rodeada por los brazos de Olivier, que la miraba preocupado.

—¿Te sientes mejor?

Ella asintió y procuró incorporarse, en vano. Debía esperar unos largos minutos. La confesión de él la había impactado.

—Puedo asegurarte que no te haré daño. —Le deslizó el pulgar por la mejilla ante el estremecimiento que atravesó el cuerpo de Kheira—. Quiero que sepas que, al menos hasta que tu hermano aparezca, estaremos del mismo lado.

Por más que ella le replicase, la duda sobre lo manifestado colapsaba en su interior. Le costaba creer que las cosas fuesen cómo él le decía. Él no dejaba de mirarla para saber si Kheira mejoraba su estado de confusión.

—En el albergue, querrán saber dónde has estado.

—Léa me ha ido a buscar. Halima sabe que me he ido con ella.

—De ahí salió la filtración para conocer dónde te encontrabas.

—¿Por qué debería creerte? ¿Solo porque me lo dices?

Él suspiró porque hacía tiempo que no se topaba con una mujer tan necia como Kheira. Desconocía cómo haría para que ella le creyera.

—Porque los he visto juntos a Brunet y a Halima en la catedral Saint-Philippe.

—¿En una iglesia?

Él asintió ya más tranquilo porque ella se sintiera mejor, aunque fuera solo para cuestionarlo.

—Quizás, si me fuera de allí, estaría a salvo.

—¿Hasta cuándo se quedará Léa en el Aletti?

—Unos pocos días.

—Quédate en el albergue. De ese modo no levantarás sospechas. Ellos creerán que no sabes nada y que todo sigue igual. No debes preocuparte, yo sabré dónde y cómo encontrarte.

—Está bien —replicó un poco aturdida.

—Kheira —dijo al ayudarla a incorporarse—, puedes confiar en la mujer que has visto en el negocio de telas.

El tinte aceitunado en el rostro de Kheira viró hacia un tono rojizo.

—Te dije que te cuidaría. Verte con Fátima me preocupó, por eso estuve merodeando por donde ustedes estaban.

Olivier no pudo entender el motivo por el que ella lo miraba cómo si fuera un monstruo de dos cabezas. La expresión en el rostro de la joven había cambiado y la postura del cuerpo también. Quizá fueran las consecuencias del vahído que había sufrido minutos antes.

—Es mejor que nos vayamos.

Ella se dejó conducir por él por el escarpado suelo hasta alcanzar el vehículo. Se sentó y viró la cabeza para verlo mejor. Parecía concentrado en el manejo. Kheira no estaba abstraída en el masculino perfil de él ni en sus amplios hombros que se movían con cada leve movimiento que ejecutaba. En su mente, retumbaba como el dogma los dichos de Belinay sobre aquel hombre por quien caería rendida ante el intenso sentimiento que él iba a generarle. No podía creer que aquel del que hablaba el vaticinio estuviera frente a ella. Cuando notó que él desviaba la mirada de la carretera para centrarse en ella, ella miró hacia el costado. Solo el tiempo podría determinar si Belinay estaba o no equivocada. Desde lo más profundo de su ser, ansiaba que sí lo estuviera para no tener que lidiar con todo lo que podría acontecer si aquel presagio con sabor a café era certero.

Capítulo 13

Lágrimas de café

La mañana soleada dio comienzo a un nuevo día. Léa había dormido como un lirón las pocas horas de sueño que le habían quedado luego de la extensa conversación compartida con su amiga. Acababa de leer la escueta nota: no podía creer lo testaruda que había sido Kheira al haberse ido a la madrugada.

Unos golpes a la puerta la distrajeron. Las voces de sus compañeras traspasaron los muros de la habitación. Se cambió en un tris para pocos minutos después bajar las tres por el ascensor. Se unieron al resto del grupo. A pesar de que la reunión era a primera hora de la mañana, el comedor estaba a pleno. El murmullo de los presentes en el salón se fundía con el sonido de la vajilla y los camareros. El recinto se asemejaba más a una amplia oficina que al comedor de un selecto hotel. Las noticias corrían de modo vertiginoso. Nadie quería quedarse al margen. Cuando ellas entraron, Hakim levantó la mano para indicarles la mesa. Una vez sentados, se centraron en el objetivo de esa reunión.

Tomó la palabra el encargado de la comitiva. Deslizó a un lado el segundo pocillo de café que acababa de tomar y colocó la carpeta que contenía varios folios que le servirían de ayudamemoria.

—En la tarde de ayer, he estado reunido con unos delegados de la organización que me han puesto en conocimiento de la situación. Las necesidades que tiene la gente acá son muy grandes. Si bien nosotros contamos con la información de lo que ocurre aquí, lo que sucede en las afueras de la ciudad es aún peor. Los reclamos se complican a medida que el tiempo pasa y nada se resuelve.

El eco de la palabra *thawra* (en árabe, ‘revuelta’) resonaba en las filas del *fln*. Para ellos, solo significaba ir contra el colonialismo francés, sin centrarse en las mejoras que el pueblo necesitaba, como una reforma agraria que beneficiaría a todos, en especial a los campesinos.

—Todo esto genera mayores complicaciones, ya que se incrementan los fuertes deseos de escapar de los que sienten que aquí ya no pueden vivir más. Entienden que la cuestión política se dilata día a día, de modo que escapar se les plantea como la mejor solución, aunque no sepan adónde. Como imaginarán, las vías de escape no siempre son las más seguras.

—Te refieres a la frontera —aseveró Hakim.

—Así es.

De inmediato, dispuso un mapa de la región no solo para ilustrar a los presentes, sino para aceptar cualquier otra indicación que se pudiera hacer al respecto.

—La salida se encuentra aquí. —Señaló en el mapa—. La zona que limita con Marruecos o Túnez, según hacia dónde vayan, son las vías de escape. Algunos lo logran; otros se quedan allí en algún asentamiento en las peores condiciones. Estos son los desplazados que han quedado en esta zona sin lograr huir de Argelia.

—Allí están también los rebeldes —aseveró una de las enfermeras.

—Así es. Además de los insurrectos, está el ejército francés. El *fln* no solo busca refugio, sino también aprovisionamiento de armas. En algunos de estos sectores, se afincaron campos de entrenamiento de los rebeldes. Todo colabora para que este trozo de tierra se transforme en un polvorín. Ambos bandos los saben; los rebeldes buscan la cooperación de los vecinos musulmanes. El ejército lo sabe e intenta combatir que esa filtración de armamento llegue a manos del *fln*. Es una lucha permanente de un lado y otro.

—Yo estuve aquí hace más de un año —comentó Hakim—. Recuerdo que algunos soldados franceses cayeron en una emboscada de los rebeldes. —Marcó en el plano el lugar fronterizo al que se refería—. Fueron llevados hacia Túnez, lo que provocó un incidente político de gran envergadura entre ambos países. Desplazarse por estas zonas es como conducirse en tierra movediza.

Quien comandaba la misión no quería explayarse en ese hecho para no minar el ánimo del equipo.

—En el medio, están los que buscan salir de este conflicto escapando, porque no saben cómo sobrevivir a esta guerra. Ahí entramos nosotros. Debemos cooperar para mejorar las condiciones de los que buscar refugiarse en donde sea.

La cooperación con los refugiados implicaba buscarles un salvoconducto a los que querían irse o ayudar en la atención médica en los asentamientos en los que estaban afincados. La diferencia radicaba en que los refugiados habían logrado salir del territorio en el que se sentían amenazados; en cambio, los desplazados continuaban en la misma tierra en la que eran perseguidos. Otras organizaciones humanitarias habían acordado la ayuda en los campos en donde había detenidos por parte del Gobierno colonial. Por otro lado, Francia siempre había sostenido que el conflicto que se daba en suelo argelino era de carácter interno, referido a cuestiones políticas colonialistas. Ahora bien,

reconocer que hubiera refugiados argelinos en los países limítrofes suponía avalar que el conflicto ya era internacional. Sin embargo, no se quería mayor presión de los organismos internacionales para que cesara el conflicto exigiendo la deposición de las armas.

—Supongo que llegar a cualquiera de las fronteras no debe ser fácil.

—Nosotros tendremos un guía, además de la ayuda incomparable de Hakim. Todavía hay algo más.

Un silencio sobrevoló la mesa.

—Nadie desconoce que esa región es como un hierro candente. Fue por eso que se marcó una franja aquí. —Señaló con el dedo el límite entre Argelia y Marruecos—. Le dicen línea operacional. Es una zona que corre al margen del río Draa y continúa hacia el noreste.

Cada cual seguía el trayecto a través de los mapas extendidos sobre la mesa. En una de las zonas señaladas, estarían para ayudar a los necesitados

—Entonces, ¿esta región es respetada por todos? —inquirió Léa

—No, y es el punto que buscaba desarrollar. No es un límite legal, sino una franja de tierra establecida por el ejército. No solo trae problemas con los insurrectos, sino también con los vecinos marroquíes, quienes creen que les están sacando algo de territorio. Aunque de momento, según me han informado, Marruecos no tomará represalias. Lo único que hace es favorecer a que los argelinos logren la independencia, como ellos la obtuvieron tiempo atrás junto a Túnez.

—De momento, deberíamos centrarnos en estas *wilaya*.

En las reuniones que habían tenido en París, se había instruido al grupo sobre las características del país. No se necesitó reforzar que el término se refería a la porción de tierra en que se dividía el territorio argelino.

—Al este de Argelia, tenemos la frontera con Túnez.

—Otra zona de conflicto.

—Así es. Por las filtraciones de los miembros del *fln*, hay vallas electrificadas para imposibilitar ese tránsito de mercaderías y de insurgentes.

—Eso hace que esa zona sea tierra arrasada.

Nadie podía imaginar la certeza del relato hasta que no conociesen los lugares descriptos por quien comandaba la comitiva. Más allá de la

información de las reuniones, estar en los lugares designados los enfrentaría a la miseria y las necesidades acuciantes. No había marcha atrás; todos debían tener muy claro con qué lidiaban.

—Escucho las preguntas que quieran hacerme.

—¿Cuándo saldremos?

—Estoy esperando que me confirmen cuál es la zona en donde más nos necesitan. Son muchos los desplazados hacia las zonas rurales que se han ubicado en tierras cercanas a las fronteras. No nos olvidemos de que también hay campos de entrenamiento de los miembros del *fln* y campamentos militares que controlan que no ocurran filtraciones de un lado a otro de la frontera. Calculo que en menos de dos días estaremos viajando hacia allí, una vez que me confirmen el destino.

—¿De qué depende?

—De las necesidades que se tengan y de las condiciones logísticas para irnos. Debemos aprovisionarnos de medicamentos y otros insumos que necesitaremos. Ahora, vamos a diagramar cómo nos dividiremos las actividades hasta abandonar Argel.

Hubo otras rondas de café para ponerse de acuerdo sobre cómo se organizarían y cuáles serían los próximos pasos. Hasta pasado el mediodía, continuaron con los preparativos y respondiendo las dudas de algunos de los integrantes del grupo. Luego, abandonaron el salón comedor para distraerse. Algunos salieron del hotel; otros se refugiaron en sus habitaciones. Léa había elegido eso último. El cansancio de la noche anterior y la expectativa por lo que vendría la tenían a mal traer. Necesitaba una ducha para despejarse y continuar fresca con la jornada. Antes de entrar al baño, sonó el teléfono desde la recepción. Con sorpresa, escuchó que alguien la aguardaba. Sin arreglarse, bajó por el ascensor hasta el salón comedor. Al ingresar, vio a Olivier sentado en una silla. Sí que era una sorpresa, porque no esperaba verlo por allí.

—¿Un café?

Léa asintió con una serie de interrogantes en la cabeza. Desconocía cómo Girard había dado con ella, aunque lo que más le preocupaba era la actitud con Kheira y el peligro que la acechaba. Muy pronto Léa abandonaría la ciudad, por lo que Kheira quedaría sola otra vez.

—Hasta donde sabía, te quedarías en París. Eso dijiste cuando nos vimos en el bar de Les Marais —replicó molesta.

Le hubiese encantado zamarrearlo para que le jurara que no volvería a molestar a su amiga. En un punto se sentía responsable, ya que lo había conocido por su intermedio. Sin embargo, comprendía que, para él, Kheira representaba el cumplimiento del deber. Olivier sería implacable hasta lograrlo, y eso la aterraba.

—Sí, y tú en la casa de campo con los tuyos.

Ella prefirió no aclarar que, en efecto, había estado allí porque entendía a lo que se refería. La mentira de uno igualaba a la del otro.

—¿Cómo sabes dónde me alojo?

—Porque sé que te has visto con Kheira y que te ha venido a visitar.

—Y no has hecho más que seguirla. No me gusta el cauce que están tomando las cosas, más cuando es Kheira quien está en el medio de todo esto.

Ambos se callaron cuando apareció el camarero con las consumiciones.

—Ella no debería estarlo, tampoco debería haber venido.

—Sin embargo, es lo que te facilitó ponerte al hombro la búsqueda de Said, ¿o me equivoco?

—Eso fue al principio.

—Dime ahora cómo es, porque, hasta donde sé, no has hecho otra cosa que hostigarla. No puedo creer que la hayas detenido.

—Léa, yo fui quien la liberó.

—Ella es inocente. No tiene nada que ver con su hermano. Siempre ha estado cerca de él. Por eso, este viaje pergeñado a espalda de su familia era solo para verlo. Kheira no esconde nada de interés para que las fuerzas militares anden detrás de ella.

—Lo sé.

—No lo sabes. Si lo supieras, tendrías otra actitud para con Kheira. No quiero que vuelvas a molestarla. Ella parece fuerte, pero no lo es. No quiero que seas tú quien la lastime.

—Léa, puedes decir que me conoces, ¿verdad?

—No tanto como a tu familia. Por ese conocimiento que nos tenemos, te exijo que la dejes tranquila y te apartes de ella.

—Es muy tarde para eso.

—¿Qué quieres decir?

—Que no pienso alejarme de ella, pero no por los motivos que crees. Sino porque hay algo más que me une a Kheira, y poco tiene que ver con mi deber.

—No, Olivier, no puedes ir tras ella.

—Lo haré. Si estoy así, es porque cuido que alguien más intente involucrarla en la causa con Said.

—Nunca dejarás de ser un militar, aunque sea Kheira quien esté involucrada. Ahora dices esto, pero, cuando tengas la oportunidad de ganarte la felicitación de tu superior por la detención de Said, lo harás. Esa es tu esencia y no cambiarás por ella.

—Vine a decirte que no soy quien piensas. En la madrugada, se lo expliqué a ella y espero que me crea. —Evitó relatarle el episodio de la persecución anterior a su confesión, no buscaba preocuparla más de lo que estaba—. Y he venido hasta aquí para explicarte lo que me sucede con ella. Sé que las une una amistad, también que muy pronto abandonarás Argel.

—Así es.

—Haré lo que sea para que ella siga con vida.

—Me intranquiliza que ella corra semejante riesgo.

—Debería tranquilizarte porque evitaré que a ella le suceda algo. Te doy mi palabra, si es que vale algo para ti.

—Por supuesto.

—Quizá, lo más sensato sea que le insistas en que se marche lo antes posible. Estoy convencido de que la supuesta tranquilidad que hay en estos días va a acabarse pronto. Hay una tensa calma que terminará en cualquier momento.

—¿Has intentado decírselo?

—Sí, pero no me escuchó. Tal vez, si se lo dices tú, puedas revertir esa postura testaruda que tiene.

—Lo haré.

—No quiero restarte más tiempo.

—Olivier, ella es como una hermana para mí.

Él asintió al tiempo que se levantaba de la silla, no pensaba explicarle lo que Kheira significaba para él porque no lo entendería.

—Cuídate —dijo al despedirse.

Léa se quedó allí con mayor inquietud que antes. Existía la posibilidad de que los tiempos se acortaran y no quería quedarse sin despedirse de Kheira. No lo dudó y regresó a la habitación para llevarse un saco liviano. Luego, volvió a salir para perderse por las callejuelas de la ciudad.

* * *

Said había decidido poner punto final a la estadía en la zona de Mitidja. La colaboración de los campesinos había sido fundamental para reorganizarse, aunque ya era momento de regresar.

—Más gente va a sumarse a nuestro reclamo. Esperemos que esta vez podamos acabar con el ejército —dijo Abdelkader.

—Ni los nuestros ni el resto de los habitantes quieren estar así; no hay otra solución que tomar la ciudad.

—Tienes razón, Said. Antes, hay algo más.

—Dime.

—Es momento de accionar con Kheira y hacer lo que has venido postergando.

—Quiero que, cuando el caos comience, me la traigas.

—No te preocupes que así será.

Abdelkader esperaba con ansias el momento de poder desenmascarar a la hermana de Said, para que al fin él se diese cuenta de que la actitud de ella no era inocente, sino que estaba involucrada con los militares franceses.

—Solo resta aguardar hasta que todo suceda.

—Y que Alá nos proteja.

Ambos se alejaron de la granja para unirse con quienes los esperaban en las cercanías de la ciudad. Allí esperarían el momento oportuno antes de actuar.

Mantendrían en alto el lema: “El Islam es mi religión; el árabe es mi lengua y Argelia es mi país”.

* * *

Léa iba en camino de ver a Kheira. En el trayecto que había hecho la vez pasada con Hakim, había tomado nota de cómo ir hasta el albergue donde residía su amiga. No buscaba molestarlo cuando regresara a visitarla. Esa vez lo haría sola. Bab el Oued se abría paso en medio de los trabajadores que habitaban el barrio. Los artesanos exponían sus obras en los puestos del mercado o en los locales. Poco después de haber salido, y luego de equivocarse por unas cuantas cuadras, alcanzó el albergue. No bien llegó, la fría mirada de Halima se enfocó sobre ella. La mala impresión que había tenido sobre esa mujer se intensificó al verla. Evitó acercarse para informarle hacia dónde se dirigía, ya que lo sabía muy bien, tampoco la detuvo para preguntarle qué hacía allí ni a quién pensaba ver. En la escalera, se encontró con Kheira, que con ímpetu bajaba.

—¡Qué alegría verte! —exclamó Kheira al lanzarse en los brazos de Léa.

—¡Cómo no iba a venir!

—Salgamos de aquí.

—¿Sucedió algo que no sepa?

—Te lo contaré afuera.

Léa observó que la encargada ya no estaba detrás del escritorio de la recepción controlando todo cuanto acontecía allí dentro. Desconocía si eso era bueno, pero librarse de la supervisión de la mujer le parecía alentador.

—¿Has comido?

—No.

—Busquemos un lugar. El aroma a comida que he sentido mientras caminaba por aquí me ha abierto el apetito, ¿sabes de algún local?

—No, he estado gran parte del tiempo encerrada en el albergue y, cuando he salido, sabes lo que ha sucedido.

—Veo que no comerán aquí. —Las interceptó Halima.

—No, iremos a algún bar de la zona.

—A unas cuadras de aquí está el bar Sama, seguro que disfrutarán del lugar.

—Gracias.

Ellas salieron de allí sin hacer comentario alguno. Luego de caminar unos cuantos pasos, Léa se detuvo.

—¿Qué me dices? ¿Conoces otro lugar por aquí?

—No, y por más que ninguna la soporte, supongo que ir hacia a ese lugar no nos va a complicar más de lo que estamos.

—Tienes razón; además, queda cerca.

Sin dudarlo, enfilaron hacia allí. El bar contaba con unas pocas mesas libres afuera, adentro estaba completo. El aroma a cilantro y a jengibre invitaba a sentarse para comer algo. Sin dudas, Halima no se había equivocado en la recomendación. Allí comieron un plato de *couscous* con unas verduras, algo que no podía faltar en la mesa de los argelinos.

—Te vas pronto, ¿verdad?

—Sí, aunque no solo he venido a despedirme, sino a decirte que debes irte de aquí cuanto antes.

—Léa, ya te he dicho que no quiero que sea en vano mi viaje.

—La situación aquí es complicada. Parece estar en un compás de espera, de modo que algo se está urdiendo y explotará en cualquier momento en estas calles. —Hizo una pausa. Decidió que no sería conveniente comentarle acerca de su charla con Olivier—. Deberías compartir una mañana en el salón del Aletti para escuchar la serie de rumores que corren respecto a lo que se espera los próximos días. Puedo asegurarte que no es nada bueno.

—Supongo que tienes razón. He pensado: me quedaré una semana más para ver si tengo alguna novedad; luego, abandonaré la ciudad.

—¿De verdad?

—Así es.

—¿Me lo prometes?

—Por supuesto.

Kheira no le contó que la decisión no estaba basada en lo que pudiera suceder en las calles de la ciudad, sino en el miedo que la había invadido ante la confesión de Olivier. Desde esa madrugada, no había dejado de pensar en lo que él le había dicho. Aquellas palabras le retumbaban en la memoria, a pesar del fuerte deseo por olvidarlas. Cuando lograba aquietar la mente, asomaban los vaticinios de Belinay, entonces, una vez más la confusión le ganaba a la cordura y el sentimiento que estaba gestándose por él a la razón. Eso último le había hecho reflexionar sobre la posibilidad de abandonar Argel.

—¿Has hablado con tu familia?

—Es algo que he pospuesto, pero que debería hacer.

—Si no quieres hablar con ellos para evitar lo que puedan recriminarte, al menos mándales un telegrama. Si quieres, te acompaño al correo cuando terminemos de comer.

—Así te aseguras de que lo haga.

—Me lo debes. Además, se lo he prometido a tus padres.

Kheira necesitaba preguntarle a su amiga, pero no se animaba. Tomó coraje:

—¿Crees que Girard es confiable?

—Me gustaría poder decirte que lo es, pero tengo dudas, a pesar de que él busque demostrar lo contrario.

—¿Lo has visto? —preguntó después de pensar en las palabras de Léa.

—No quería decírtelo, pero él ha estado en el hotel y me ha hablado de ti. Me ha dicho que no busca dañarte. En verdad, no estoy segura de que así sea.

—Yo tampoco.

—Por eso celebro que te vayas. No quisiera que la suerte que puedas correr esté en manos de Olivier.

—Gracias por tu franqueza —sentenció Kheira—. Él ha me ha confesado que le sucede algo conmigo, que poco tiene que ver con la búsqueda de mi hermano.

—¿Y esa es tu duda?

—Sí.

—La mía también. Me pregunto cómo actuará cuando tenga la posibilidad de entregar a Said, si en verdad lo encuentra, y qué harás tú si esto sucede.

—Esa misma pregunta me persigue por las noches.

—Por eso, lo mejor que puedes hacer es marcharte de aquí. Deja que el tiempo acomode todo.

Salieron hacia el correo. Al otro lado de la calle, dentro de uno de los tantos locales que había en el barrio Bab el Oued, se encontraba Abdelkader junto a Fátima. Él no había dejado de observar a Kheira en compañía de una joven. Según Fátima, era una amiga llegada hacía poco a la ciudad. Esperaba que la presencia de esa muchacha no significase una nueva complicación.

—¿Qué me dices? —preguntó a Abdelkader.

—Debo agradecerte que estés tan dispuesta a ayudar. Said sabrá agradecértelo.

—Lo mismo espero de ti.

—Como siempre, mi querida Fátima.

Abdelkader suponía que Said no aprobaría que su hermana ya no usase el velo; esa falta a las tradiciones provocaría que Moussaoui comprendiera que Kheira ya no era la misma ni se podía confiar en ella.

—¿Qué sabes de la amiga?

—Me contó Halima que ha ido a buscarla hasta el albergue en compañía de un hombre. No me parece que sean de fiar.

—No lo son.

* * *

La caminata emprendida por Léa y Kheira les había resultado corta con todo lo que tenían por decirse. Acababan de llegar al correo, un edificio de estilo neomorisco.

Léa aprovechó para poner al tanto a su familia sobre los pasos que seguiría. La angustiaba no poder comunicarse con Alex. Le había prometido que no se preocuparía por no saber dónde localizarlo. Comprendía que tendría una misión importante por delante y que de eso dependía que él lograse la paz que

tanto había estado buscando. Debía grabarse la palabra *tiempo* en la mente para evitar entristecerse por su ausencia. Poco después, ambas habían enviado sendos telegramas. Léa avisó el itinerario de la comitiva; Kheira se había limitado a informar cómo estaba. Cuando volvería era aún una incógnita.

Emprendieron el camino de regreso una vez más envueltas en una conversación que saltaba de un tema a otro. A poco de la caminata, se habían adentrado en el Bab el Oued, la zona en la que Kheira residía. Léa notó que su amiga distraía la atención hacia un negocio en particular. Fijó la vista en ese local en el que destellaban hermosas telas de colores brillantes. El aroma a incienso se sentía desde el exterior. Cada paño colgado estaba en el sitio correcto; nada se encontraba fuera de lugar. Una joven recorría el negocio con la mirada puesta en la decoración del local.

—¿Recuerdas la mujer de quien te hablé?

Léa asintió sin dejar de observar hacia el interior del lugar. De repente, la mano de la vendedora se levantó para saludarlas.

—¿Estás apurada?

—No, vamos.

Ingresaron al local. La decoración traía reminiscencias ancestrales. Una lámpara dorada ubicada sobre el escaparte parecía aguardar a que el mágico genio saliera de una vez para cumplir los deseos de quien la frotase. El aroma a sándalo con sus notas de madera inundaba las fosas nasales y flotaba en el ambiente.

—Léa es mi amiga. Te hablé de ella la vez que nos vimos.

—Hola, yo soy Belinay, y claro que lo recuerdo.

—Kheira me ha hablado de ti.

Una mirada cómplice se cruzó entre las amigas. Había resultado muy reveladora la conversación que había mantenido la dueña del negocio con Kheira.

—¿Qué hacen por aquí?

—Debimos hacer unas diligencias y regresábamos cuando vimos tu local. No podía dejar de entrar para que ella lo visite.

—¿Te alojas con Kheira?

—No, he venido con un grupo de trabajo; me quedo en un hotel —agregó

Léa.

—Pensaba cerrar. Si me esperan, nos vamos juntas.

—Por supuesto.

Kheira aprovechó para indagar más sobre los géneros expuestos allí. Léa vagó por el lugar hasta toparse con una cortina de cristales de colores utilizada para separar una pequeña sala. En ese instante asomó la dueña. Léa la siguió hacia una pequeña mesa con algunos implementos de decoración y otros de cocina.

—Iba a beber el último café del día. ¿Me acompañas?

Desde que Léa había ingresado allí, se había dejado llevar por la atmósfera que allí flotaba. Bebió la ofrenda hecha con esmero y cariño por Belinay. Sin dudas, la bebida estimulante era una de las más ricas e intensas que ella había probado.

—Le haces honor al relato de Kheira, cuando me contó que había estado aquí.

—Gracias, supongo que no te refieres a la variedad de telas que hay en el local.

—Claro que no —aseguró con una sonrisa cómplice al beber el último y exquisito trago de café.

Belinay no dejó de observarla. No necesitaba que le dijera nada, porque podía leerla y saber que la joven francesa estaba inquieta ante su presencia.

—¿Es lo que quieres?

Belinay lo había dicho al observar la taza de café. Léa asintió. Era ese momento o ningún otro, porque en breve ella abandonaría la ciudad y no sabía si regresaría.

—Toma —dijo la muchacha al tiempo que le entregó el pocillo de porcelana blanca con los restos de café a Belinay.

—Tienes que saber que la información que yo pueda darte está dentro de ti. —Maniobró con destreza la taza—. Solo soy el vehículo para que lo descubras y así puedas orientarte.

Léa asintió abstraída y concentrada por la cadencia en las palabras de Belinay junto a los movimientos en sus manos para lograr la mejor lectura en la borra del café.

—Aunque no lo creas, siempre hay figuras aquí. Cada una de ella tiene un significado. Quizás, en un inicio, no lo entiendas, pero el tiempo será el que descifre si lo que veo aquí cobrará relevancia en ti. ¿Ves esto que hay aquí?

Léa asintió al ver la viva figura que se asimilaba a un candado que resaltaba en la blancura de la porcelana de la taza.

—Significa que hay secretos en las personas que amas que aún no se han develado. —Léa asintió—. Debes andar con mucha precaución en esta etapa que te toca vivir. —Belinay giraba el pocillo con un lento movimiento. Se lo acercó a Léa, que clavó la vista y notó una figura—. La ves, ¿verdad?

Léa asintió con asombro por la claridad de la imagen. Suponía que Belinay se refería a una pequeña figura que simulaba la de una niña o una muñeca.

—Deberás cuidar a esa niña.

—Es lo que hago desde hace tiempo —le respondió emocionada. Suponía que se había referido a la niña que fue. A la que debió rescatar para poder salir adelante. Hacía tiempo que trabajaba para resurgir indemne del pasado, aunque sabía que parte de ella había muerto a la edad de esa pequeña.

—¿Y esto qué es? —preguntó Léa, que creyó ver unas largas gotas que se expandían a un lado del pocillo. Necesitaba que Belinay interpretase lo que con contundencia ella veía.

—Son lágrimas de café —contestó concentrada—. Es lo que sucede cuando hay cuestiones dolorosas inmersas en la borra.

Léa suponía que se refería a lo que ella había vivido y comprendía que el dolor era lo que se reflejaba en la taza de porcelana blanca. Por otra parte, Belinay había aprendido a decir basta cuando llegaba el momento para hacerlo. Estaba claro que había tocado una fibra íntima en el corazón de Léa, así que no quería continuar. El sonido de la cortina las interrumpió: Kheira evitó que ambas continuaran en el clima de intimidad que solo Belinay creaba.

—Perdón, creía que estabas ayudándola a cerrar todo.

—Tienes razón. Distraje a Belinay sin proponérmelo. Ya es tarde para nosotras también.

—Si estás con tiempo, pasa en otra oportunidad —propuso la dueña del local.

—Gracias.

Las jóvenes se saludaron y se alejaron de la salita para abandonar el negocio. Léa lo hizo conmovida por la lectura de la borra del café.

Kheira supo que Léa no deseaba hablar del vaticinio que había recibido. A ella le había ocurrido lo mismo cuando había estado allí. Dentro del negocio, Belinay acababa de apagar las luces del local. Permaneció unos largos minutos meditando en penumbras. A veces era mejor callar que develar algo inconveniente, más cuando la muerte acechaba alrededor de alguien, como en el caso de la joven que acababa de retirarse.

* * *

El atardecer caía sobre la ciudad. Léa acababa de llegar al hotel luego de pasar la tarde con Kheira y despedirse, ya que ambas emprenderían rumbos distintos. Vio a Hakim en la puerta con cara de pocos amigos.

—Hola, ¿sucede algo?

—Ya te dirán adentro, pero no puedes ausentarte sin decir adónde vas. No estás aquí de paseo.

—Eso ya lo sé, no creo que sea necesario que me lo digas.

Hakim se retiró, pero Léa había quedado de una pieza con la extraña reacción que había tenido. No buscaba problemas, y menos con él.

—Léa, hay novedades —le anunció Brigitte, que estaba sentada en uno de los sillones de la entrada del salón comedor.

—¿Qué sucedió?

—Adelantaron un día nuestra partida.

—Entonces partiremos mañana.

—Sí. Supongo que participarás de la cena que en breve tendremos.

En ese instante, pensó que esa novedad podría haber alterado a Hakim. Decidió subir a la habitación para darse una rápida ducha, cambiarse y estar lista para la última cena en Argel.

Una mezcla de sensaciones la invadió. Se había preparado para ese viaje, a pesar de la tensión que tenía. Sin embargo, la inquietud por desconocer cuánto tiempo estaría sin noticias de Alex la estaba minando. En medio de los

pensamientos que la llevaban a él, escuchó unos golpes a la puerta.

—Hakim —saludó con sorpresa—, ya estaba por bajar y unirme a ustedes. ¿Sucedió algo?

—No, solo quería hablar contigo. —Ella lucía preocupada—. Cambia la cara, que no es algo grave —dijo para quitarle dramatismo a la situación. Se sentó. Finalmente, le confesó—: No he sido sincero del todo contigo. —El gesto de preocupación dio paso a la sorpresa en el rostro de Léa—. Creo que, luego de la pequeña discusión que hemos tenido, mereces una aclaración.

—Dime.

—Léa, no soy quién para juzgar lo que hagas con tu vida. Y puedo asegurarte que he hecho lo que quiero con ella. Nunca me he comprometido con nadie ni he mantenido importantes afectos. La profesión que tengo tampoco ayuda, ¿puedes comprenderlo?

Ella asintió, entendía a la perfección lo que le decía.

—Pero, con el tiempo, pude mantener una buena amistad con alguien a quien valoro y aprecio. Siempre me había sentido afín, aunque la última vez que lo vi estaba cambiado debido a una mujer. En esa oportunidad, me pidió que velara por ella en el tiempo que estaría lejos. Él es Alex. Cuando supo que participaría del mismo contingente que tú, me pidió que estuviera atento. No para controlarte, sino para resguardarte de que algo te ocurriera.

—¿Alex?

—Sí. Nos conocimos porque cada tanto he colaborado con mi trabajo en la actividad que él desarrolla. La última vez que nos vimos en París hablamos de ti. Nunca antes lo había notado tan cambiado. Y eso se debía a ti.

—No lo mencionó.

—No quería entrometerse con lo que ibas a hacer, me lo dejó muy claro. Pero se preocupaba de lo que pudiera acontecer aquí. Es una zona peligrosa, y él lo sabe mejor que nadie.

—Entonces…

—Hace un rato he reaccionado de modo intempestivo porque no estoy acostumbrado a velar por alguien. No tienes que darme explicaciones de lo que haces o con quién te reúnes.

—Disculpa, ¿te refieres a Olivier, con quien estuve esta mañana?

—Sí, pero no me refiero a él en particular, sino a que es parte de la milicia y no quiero que te veas comprometida en algo, porque tu amiga sí lo está. O al menos, así se ve de afuera. Luego de hacer unas diligencias, me preocupé porque no habías llegado.

—Lo siento. Comprendo cómo puedes sentirte y aprovecho para contarte algo.

—Dime.

—Hakim, no te guíes por mi aspecto. Soy más fuerte de lo que te imaginas. De pequeña debí pasar por situaciones no aptas para un niño. Vi cómo mi madre se iba muriendo en un camastro con la poca comida que yo lograba guardar sin que los roedores que habitaban el barracón en Gurs se la comiesen. De pequeña, no supe cómo era dormirme con el arrullo de una canción o la lectura de un cuento. El llanto desgarrador y los gritos de dolor ante las penurias y enfermedades de quienes habitaban la caseta en la que estaba alojada era lo que oía antes de poder cerrar los ojos. No te lo digo para que te compadezcas de mí. Muy por el contrario. Haber pasado todo eso es lo que me ha transformado en un junco, pueden doblegarme, pero no romperme. En esa situación, conocí a Alex. Siempre ha creído que debe cuidar de mí, porque a eso se comprometió cuando era un niño.

—Entiendo.

—Por eso —dijo con una cálida sonrisa—, te relevo de tu compromiso con Alex.

—Si fuera Alex, habría obrado del mismo modo por miedo a perderte.

Léa no le confesó que ella compartía el mismo temor por la actividad riesgosa que Alex ejercía. Lo único que la distraía de esa preocupación era pensar en la misión que tenían por delante.

—Hakim, debemos centrarnos en lo que se viene. —Léa quería volver al vínculo que ambos habían forjado como compañeros. También quería abocarse a la misión que los había llevado a Argelia—. ¿Cómo ves la situación de la *acnur*?

—Más complicada de lo que crees. Pero hacemos un buen equipo, ¿verdad? —Hizo una breve pausa—. No te entretengo más. Aún debes prepararte. Nos vemos abajo, en la cena.

Él dejó la habitación con una sincera sonrisa que le iluminó el moreno rostro. La expectación por lo que vendría sobrevoló la comida plagada de detalles de la misión. Nada de eso dejaría dormir a los miembros del equipo,

una vez que se retiraron a sus cuartos. Todos aguardaban a que llegase el momento de abandonar el Hotel Aletti y emprender el viaje hacia la endiablada frontera.

Léa estaba inquieta y aún desconocía el motivo. Creía que la ansiedad que sentía por los días venideros le había quitado el sueño. Daba vueltas de un lado a otro de la cama. Se levantó y quedó acurrucada sobre una silla frente a la ventana. La oscuridad del exterior envolvía el silencio de la noche. El sonido del teléfono irrumpió en la habitación. Nunca sonaba, salvo para darle algún mensaje por parte del jefe o de un compañero de la comitiva. Se lanzó sobre la cama para alcanzarlo. No bien levantó el auricular el ruido en la línea la distrajo.

—Hola. Hola —repitió preocupada ante ese llamado.

Si era su familia, debía ser algo urgente, porque ya les había enviado un telegrama para explicarles, en pocas palabras, cómo estaba y la probable fecha de partida.

—Mi amor, al fin puedo comunicarme.

Léa se aferró al auricular; creía que, si se lo acercaba al pecho, podría oír cómo latía su corazón.

—Se corta y no te escucho bien.

—No te imaginas lo que necesitaba oírte. ¿Cómo estás? Yo te extraño tanto que duele.

—Lo sé, amor, aún queda un trecho hasta que podamos vernos. Sé que mañana te vas y quería desearte suerte.

Léa evitó preguntarle cómo se había enterado. No quería perder ese tiempo precioso de poder hablar con Alex.

—¿Dónde estás tú?

—Estoy lejos. Debo ausentarme un tiempo, ¿me entiendes?

El sonido inicial se intensificó. Las palabras quedaban cortadas. Ambos se desesperaron por decirse cuánto se amaban.

—No bien me libere de esto, iré a buscarte.

—Amor… Alex…

La llamada se había cortado. Léa se quedó apoyada sobre la almohada sin

darse cuenta de que tenía el rostro plagado de lágrimas. La felicidad de haberlo escuchado era inmensa. Buscó la foto de ambos que la acompañaba adonde fuera. Con el dedo, recorrió el rostro de él y recordó el momento en que había sido tomada. Cuánto lo extrañaba, aunque sabía que debería aguardar un tiempo más hasta volver a verse. A partir de entonces no volverían a separarse. En ese instante, pensó lo que le había dicho horas antes a Hakim. En verdad, no había sido tan sincera y exacta con él, porque existía solo alguien que podía quebrarla, la persona a la que amaba con locura: Alex.

CAPÍTULO 14

Sin escapatoria

En Tel Aviv, los preparativos sobre la avanzada que haría el Mossad en Argentina estaban llegando a su fin. Las reuniones que se realizaban con el grupo operativo no cesaban. La última se celebraría al anochecer en la propiedad de Rafi Eitan. En el barrio de Afeka, nadie podía imaginar que en la finca de uno de los vecinos más destacados se ajustaban los pormenores sobre la captura de Eichmann. El dueño de casa aguardaba al equipo en su despacho.

—Buenas noches. En esta oportunidad, preferí citarlos aquí porque no quiero que nada se filtre. Tampoco dar a conocer que desobedeceré las órdenes que me impartieron. Según les dije, viajaremos en tándem para organizarnos mejor e ir adecuando todo allí hasta que se complete el equipo.

Todos asintieron.

—Como saben, el Britannia llegaría al aeropuerto de Buenos Aires con nuestra delegación, mientras algunos de nosotros ya estaríamos allá para preparar todo. En la mañana de hoy, el Departamento de Protocolo del Ministerio de Asuntos Exteriores se ha comunicado con nuestra delegación para informarle que, para evitar incomodidades o contratiempos, atrasen el vuelo nueve días, debido al tráfico aéreo y a la cantidad de aeronaves provenientes de diferentes destinos que serán parte de la celebración.

—Son muchos días.

—Así es. La idea original de que el avión arribe el 9 de mayo y nosotros actuemos cuanto antes para irnos con el objetivo al día siguiente no sería posible, según esta información. Sin embargo, no estoy dispuesto a realizar la operación más tarde, porque implicaría dilatar en el tiempo un operativo que tenemos evaluado al dedillo. Por lo tanto, actuaremos como lo tenemos pensado. En este caso, lo tendremos secuestrado a Eichmann hasta que el Britannia esté listo para traernos a casa.

—Entonces mantendremos el operativo como está y ocultaremos al objetivo hasta que nuestro transporte llegue —replicó uno del equipo, un sujeto calvo con anteojos y una amplia contextura física—, para regresar en el avión al día siguiente.

—Es un gran riesgo mantener cautivo a alguien tantas jornadas. Si en esos

días la familia reclama por él y hacen la denuncia ante las autoridades policiales, todo puede complicarse —reflexionó Alex—. No tendremos la cobertura suficiente para hacerlo.

—Así es, pero no nos queda otra alternativa —contestó el dueño de casa, quien volvió a tomar la palabra—. Por eso, aun ante el peligro que implica, he tomado la decisión de continuar con el plan original y respetar la fecha en que lo secuestraremos. Prefiero entonces que repasemos cada uno de los pasos que daremos desde el mismo instante de nuestra salida hasta que nos encontremos todos en la ciudad de Buenos Aires. Justamente, aquí tengo un plano de la ciudad y de los lugares que nos interesan.

Eitan desplegó el mapa con marcas de los lugares clave para los agentes. Reconocía que habría cierta improvisación: por mucho que se planeara, no siempre las misiones se daban según lo estipulado.

—Más allá de que confío en cada uno de ustedes, quiero que revisemos cuáles serán nuestros pasos no bien lleguemos.

Una pareja de agentes que estaba ya en la ciudad se encargaba de gestionar el alquiler de una casa en la zona de Ezeiza, cercana al aeropuerto, por si debían utilizarla para refugiarse con el objetivo. Había que cubrir todas las posibilidades, porque estaba claro que existía una red alemana que lo seguía protegiendo a Eichmann, como a otros. De no ser así, ningún nazi habría podido deambular por distintos países sudamericanos como si nada. Sin la ayuda de las autoridades del Vaticano, que colaboraron para darles refugio una vez finalizada la guerra, la huida no habría sido posible.

—Cuando estemos allí, estudiaremos la rutina de nuestro objetivo hasta el cansancio. Analizaremos hasta los últimos detalles. De más está decirles que ninguno de nuestros movimientos puede alertarlo a él ni a los miembros de su familia. Más que nunca debemos ser invisibles.

Con el dedo iba marcando la ubicación del piso franco que habitaría el equipo no bien llegase a destino. Ese lugar estaba reservado en el caso de que debieran operar en el país.

—Estas son las fotografías que nuestro agente sacó de la propiedad de la calle Garibaldi.

Eran recientes y se habían tomado en el marco de una supuesta operación inmobiliaria.

—Como saben, nuestro agente ha estado dentro de la casa de Eichmann con motivo de proponerle la compra de la finca. Necesitamos saber cómo vive y cuáles son las vías de escape, en el caso de que algo se complique.

—La cámara instalada en el portafolios ha resultado bien —refirió quien se encargaba de la colocación de los instrumentos electrónicos.

—Buena definición —arguyó otro.

—Aquí tienen la imagen del envío floral por el aniversario de bodas.

No les había costado averiguar que esa fecha del mes de marzo coincidía con la del enlace matrimonial realizado cuando eran jóvenes, distinta de la del ficticio matrimonio que habían concertado para no revelar que Eichmann aún vivía. En verdad, para esa familia Adolf Eichmann estaba enterrado; el que vivía en su lugar se llamaba Ricardo Klement.

—Estas son otras fotografías de los alrededores —continuó Eitan.

—Es una zona tranquila, al menos a esta hora del día —comentó Alex.

—Así es, no es una calle muy concurrida; eso nos va a facilitar el operativo. Se trata de un barrio austero, como verán, sin estridencias.

La conversación continuó entrada la noche para ajustar cada uno de los detalles que faltaban. Debían tener todo muy sincronizado porque irían llegando a la ciudad de Buenos Aires en grupos. Cada uno tenía que cumplir con una actividad específica. Cuando estuviesen todos reunidos, luego de compartir impresiones, irían en búsqueda de Eichmann.

—Señores, nos veremos en unos días. Buen viaje.

Solo restaba esperar a que todo se diese según lo esperado.

* * *

La ciudad de Buenos Aires amanecía esplendorosa con los arreglos que desde hacía meses se llevaban a cabo para festejar el sesquicentenario de la Revolución de Mayo. La festividad se daba en el marco del Gobierno de Arturo Frondizi, quien había asumido la presidencia hacía dos años. Atrás había quedado la Revolución Libertadora, que en 1955 había derrocado el Gobierno de Perón y había estado en el poder durante los tres años siguientes. La celebración estaba en vísperas, lo que mantenía a la población expectante. Había llevado tiempo la organización para brindar una acorde recepción a las cincuenta delegaciones extranjeras invitadas por la Cancillería argentina. En aquellos días, la metrópoli se vestía de fiesta. Varios agasajos se brindarían durante el mes de mayo. El Gobierno buscaba que el país brillara. Se había esforzado en demostrarlo. Una vez arribadas las delegaciones, se haría la

presentación de las cartas credenciales al presidente en la Casa de Gobierno. También participarían a un homenaje al general San Martín en la plaza homónima. Para concluir, en las vísperas del 25, se ofrecería una función de gala en el Teatro Nacional Cervantes. Mientras todo era jolgorio en la ciudad, en la zona de Ezeiza la expectativa era mayor.

El Aeropuerto Internacional Ministro Pistarini se había vuelto el centro de recepción de todas las comitivas. Tras el largo vuelo desde Tel Aviv, el equipo del Mossad estaba arribando.

—Al fin llegamos —comentó Danny a su compañero de vuelo.

—Así es —contestó Alex que había utilizado un pasaporte europeo. El resto de sus compañeros contaban con la documentación que Danny había dispuesto para cada uno.

La aeronave acababa de carretear en la pista y detenerse. La escalerilla se había colocado para que el pasaje descendiera. Al bajar, Alex vislumbró a la distancia una amplia terraza desde donde se podían apreciar los distintos vuelos y los pasajeros que llegaban allí. Protegido con los lentes que él solía usar, registraba cada uno de los movimientos del lugar. Todo estaría listo una vez que ingresaran de contrabando los instrumentos electrónicos que necesitaban: los *walkie-talkie* y parte del laboratorio ambulante de Danny. Los insumos médicos y otros instrumentos necesarios ya los habían entrado a la Argentina los otros integrantes que estaban instalados en la ciudad. Poco después, los miembros del equipo abordaban dos automóviles para perderse por la vía rápida que los llevaría hasta el piso franco en donde se alojaría la comitiva del Mossad con Isser Harel a la cabeza.

Una vez reunidos todos en el piso, comenzaron las indicaciones para completar el operativo. La sala del apartamento, ubicado en el centro de la ciudad, se encontraba con las persianas bajas y las cortinas cerradas. Ninguna filtración de luz del exterior penetraba en el recinto. Quienes habitaban el lugar lo hacían en sigilo. Ningún vecino podría identificar quiénes eran los nuevos residentes. Se movían en horarios diferentes, sin marcar una rutina. Cada día era distinto al otro. En esa jornada, estaban reunidos para informar lo que se había hecho para dar comienzo, en breve, al operativo diseñado con minuciosidad.

—Comencemos —indicó Isser.

—Los automóviles ya han sido alquilados y se encuentran listos para cuando actuemos.

—Bien.

—Yo me contacté con quienes están alojados en la casa de Ezeiza.

Dos agentes que habían simulado ser pareja estaban allí.

—La propiedad cuenta con un subsuelo para alojar a Eichmann en el caso de que lo requiramos. Nadie notará su presencia. Es un lugar tranquilo sin actividad. Como ordenó, ellos parecen turistas que deambulan por la zona y se muestran leyendo el diario por la mañana.

—Nadie debe sospechar —sentenció Isser.

—Si la policía aparece y nuestro objetivo está alojado allí, se lo podrá sacar por la parte trasera de la finca —añadió otro miembro de la organización.

—Saben que, si alguno de ustedes es detenido por las autoridades locales, deben identificarse como israelíes. Cada uno dirá que actúa por su cuenta y que busca llevar a Eichmann a la justicia. El que logre escapar de la emboscada o el arresto continúa con el plan original, ¿entendido?

La anuencia de los presentes era absoluta. Los miembros del equipo tenían razones personales para que el secuestro fuera limpio. Nadie quería que por algún motivo la operación se desmadrara.

—Si todo se complica, den mi nombre real y el lugar dónde ubicarme. Si caen todos ustedes, yo también lo haré; somos un equipo. Luego nuestro Gobierno deberá gestionar e idear la manera de sacarnos.

Así les habían enseñado cómo debía actuar un equipo. No importaba si la función que alguien debía realizar era más pequeña que la otra. El éxito se lograría en la unión de los miembros. En este caso y por la envergadura de la misión, todos se sentían orgullosos de formar parte. Esa jornada se dedicaron a repasar lo que ya sabían de memoria y que ejecutarían en breve.

* * *

La tarde había caído cuando el equipo salió rumbo a la localidad de San Fernando. La calle Garibaldi estaba tranquila; cada tanto un vehículo la transitaba. Las hojas de los árboles, ubicados a la vera del camino, bailaban una danza caprichosa debido al viento otoñal. La quietud en la vecindad era completa. Un automóvil sedán se había estacionado a mitad de cuadra de la casa del objetivo. Alex estaba acompañado por el jefe de la operación. Había, además, un agente con conocimientos médicos. Al otro lado de la calle, había otro vehículo de apoyo con cuatro integrantes más. Actuarían de soporte y defensa para proteger tanto al objetivo como a sus compañeros que estaban

aguardando a Eichmann. Los minutos pasaban. El silencio dentro del habitáculo se hacía más pesado. El jefe miró la hora para chequear que fuese el momento de ponerse en posición.

—Ahora.

Alex descendió y abrió el capó del vehículo para fingir una avería, mientras otro del equipo se posicionaba a su lado a la espera. Como cada día, el objetivo regresaba de su trabajo en el ómnibus 203 que lo dejaba en la esquina de su casa. Uno de ellos había estado vigilando la propiedad y la llegada de Eichmann cada día: siempre lo hacía al mismo horario. Antes de las veinte horas, más precisamente a las diecinueve y cuarenta, él descendía del autobús. Desde ese punto, caminaba hasta la finca en donde vivía con su mujer e hijos. Cada maldito día cumplía a rajatabla esa rutina. Alex miró el reloj, y el sujeto no aparecía. Cruzó la mirada con su compañero sin hacer mención de lo que pensaba. Ninguno de los que estaba en el operativo demostraba emociones; cada cual se mantenía en una tensa calma.

El ruido del motor de un autobús a cierta distancia se escuchó en medio del silencio. El sonido del transporte al detenerse indicó que alguien bajaba; la puerta se cerró de golpe. Sin embargo, nadie asomó por la calle. Solo una mujer apareció por la esquina y se dirigió con sentido contrario al de ellos. Pasadas las veinte horas, no había novedad. La orden dada por Isser había sido que abortaran la misión si a las veinte horas no aparecía el objetivo. Sin embargo, Rafi quiso dilatar la espera media hora más. Claro que no podía extenderse otro tanto, para no llamar la atención y levantar la sospecha de algún vecino que observase la presencia de dos vehículos estacionados allí. Poco después, un colectivo de línea se detuvo en la parada y un hombre descendió y caminó hacia ellos. La contextura física era la del sujeto, pero debían tener certeza de que fuera él. Con un leve movimiento, Alex hizo que el haz de luz de la linterna iluminara al hombre que se acercaba a ellos. La luz mostró el rostro enjuto de un hombre que, con sus característicos lentes montados sobre su significativa nariz, se acercaba a ellos. En el preciso instante en que el objetivo se dio cuenta de que venían por él, intentó hacer un movimiento para escapar, pero no pudo.

—Si haces un solo movimiento, te mato —siseó Alex.

Enseguida, neutralizó al sujeto. Lo introdujo en la parte posterior del vehículo, mientras uno de ellos bajaba el capó para salir a la fuga. Dentro del habitáculo, fue atado de pies y manos, arrojado en el piso con un trapo en la boca. Aún debían certificar algo más antes de interrogarlo.

—Fíjate —ordenó Rafi.

De inmediato, una mano se introducía por el torso de quien se había apropiado de la identidad de Klement. Había dos cicatrices: una bajo la axila y otra en la parte derecha del vientre. Los dedos rozaron esa parte sobresaliente y despareja sobre la piel.

—Es él —retumbó en el vehículo.

Una mezcla de sentimientos vibraba dentro del receptáculo. En la mente de varios, en especial en la de Alex, aparecían, como una película, las imágenes de su pasado. Esa secuencia se agravaba cuando asomaban escenas que él desconocía en la que su madre era la protagonista y que había logrado reconstruir por la información recabada. Ese sufrimiento extendido en el tiempo, ese mismo padecimiento que lo había sumido en el dolor, estaba resumido en las torturas aplicadas por el sujeto que iba atrás tirado en el piso del automóvil. Así llegaría a la finca que serviría de aguantadero hasta que pudieran abandonar el país. El sedán que los seguía los protegía para evitar que por un semáforo debieran detenerse y algo imprevisto pudiera suceder. En esos días, debido a la llegada de los importantes invitados, se había incrementado el control policial en las calles de la ciudad. Se debía evitar la inspección a cargo de las autoridades policiales. La expectativa crecía a medida que se acercaban al lugar en donde al fin sería interrogado.

Luego de la tensión vivida en el trayecto, alcanzaron el destino. Le requisaron las pertenencias. En la billetera contaba con el carnet de trabajo en la empresa automotriz Mercedes Benz en la localidad de González Catán, a nombre de Ricardo Klement, cuyo número de identificación era 212430. Ya dentro de la finca alquilada, el sujeto fue llevado a una habitación. Allí, desnudo, sería examinado para certificar su identidad. Una cicatriz de tres centímetros asomaba debajo de la ceja izquierda. La inspección comenzó de inmediato.

—La circunferencia de la cabeza es de veintidós centímetros —dijo el médico.

Como nadie quería tocarlo, todos usaban guantes. Ese sujeto despertaba sentimientos deleznables en los miembros de la misión, por lo que cada cual pretendía mantener cierta distancia.

—Un metro sesenta y dos de altura —continuó ante la presencia de otros agentes—. Número de calzado: cuarenta y dos.

El tatuaje con el número de afiliación al partido se lo había borrado –aunque no del todo–, pero no podía leerse con claridad. Sin embargo, no había dudas de que estaban frente al sujeto más buscado desde hacía más de una década. De inmediato, el interrogatorio esperado comenzó.

—Diga el número del carnet del partido nazi.

Silencio.

—Su número de las SS.

Ante cada pregunta, evitaba la respuesta.

—Su nombre.

—Ricardo Klement.

—Otra vez —agregó el interrogador en alemán.

—Soy Ricardo Klement, nacido en Bolzano, Italia, y trabajo en la empresa Mercedes Benz.

—No es Ricardo Klement. Su esposa es Vera Liebl.

—Yo soy Ricardo…

Ese era uno de los tantos alias que había utilizado para lograr escapar. Atrás quedaba el de Otto Heninger, que lo había ayudado a huir de Europa.

—Logró escapar gracias a las gestiones del obispo Alois Hudal, que le entregó una carta de refugiado, lo que le permitió obtener un pasaporte humanitario expedido por la Cruz Roja. La llegada a Argentina fue lo de menos.

La tensión en la mandíbula del sujeto era notoria. Se negaba a confesar su verdadera identidad, aunque se sentía orgulloso de quién había sido. En ese juego de preguntas y respuestas, solo era cuestión de dar con algo que él no pudiera negar. O, mejor dicho, de que se ufanara de proclamar a los cuatro vientos quién era y justificara cada hecho cometido.

—Su número de las SS es 45526 —afirmó el interrogador.

Ante el eventual silencio, el interrogador continuó en la misma línea. Sabía que en algún momento gritaría a viva voz quién era. Necesitaba presionarlo y sabía que lo estaba haciendo, más allá de las evasivas del interrogado. A pesar de la situación en que se encontraba, el sujeto expelía aire de superioridad en las escuetas contestaciones que daba. Fue entonces que, ante la reiterada pregunta, lanzó la respuesta esperada.

—No, mi número es 45326. Yo soy Adolf Eichmann.

Los nudillos de las manos de Alex estaban blancos, como los de los otros

compañeros presentes allí. El fuerte deseo de lanzarse sobre ese sujeto y molerlo a golpes era lo mínimo que se les cruzaba por la cabeza. Allí estaba, despojado hasta de la ropa, sin poder refugiarse en nada o en nadie. Atrás quedaban las conexiones que Eichmann había sabido cosechar a lo largo de los años. La clandestinidad con que había vivido esos últimos años se había hecho trizas. Si en algún recodo de su mente creía que el paso del tiempo serviría como una forma de olvido, acababa de darse cuenta de que no era así. El recuerdo permanente de lo que él y otros comandantes nazis habían hecho quedaría en la memoria del familiar que había perdido un ser querido o en la misma piel de los sobrevivientes. Alex era uno de ellos.

Los días que transcurrieron allí se habían vuelto una tortura tanto para Eichmann como para los integrantes de la comitiva, porque se rehusaban a atenderlo. Ninguno quería tener la cuota de humanidad que significaba darle de comer y brindarle ropa para que se cambiara. Se había estipulado la vigilancia y asistencia que debería tener Eichmann. Cada día que pasaba, más difícil se hacía. Fuera de la habitación en la que estaba alojado, se encontraba Alex con un cigarro en la mano. Pasaba el encendedor de dedo en dedo como una forma de distraerse para no hacer lo que le nacía desde muy adentro con el secuestrado.

—Veo que tampoco puedes dormir —dijo Danny.

—Otra noche más en vela.

—Al menos yo debo trabajar con algunos documentos que tengo para analizar.

Desde que había llegado, se encontraba abocado a la falsificación de la documentación que portaría Eichmann en el vuelo y a otros documentos que se necesitaban. El grupo dependía de su pericia para no tener inconvenientes en la huida.

—¿Qué piensas del cambio de llevarlo camuflado como parte de la tripulación, según lo dispuso el jefe?

—Creo que es la mejor manera de sacarlo sin levantar suspicacias. El que tendrá que trabajar con él es Yona.

Se refería a Elian, el médico del grupo, que debería encargarse de darle la droga necesaria para que el detenido se subiera a la aeronave sin ninguna resistencia, aunque debía caminar y conducirse como cualquier otra persona para no llamar la atención del resto. En ese tiempo, el grupo había analizado cada una de las distintas posibilidades a las que podrían enfrentarse. Debían procurar que cada una de ellas fuera efectiva y perfectamente ejecutada. No existía opción de que algo saliera mal.

—Tendrá que ser la dosis justa para evitar alguna cuestión cardíaca, según me dijo ayer.

—Hasta que no despeguemos de suelo argentino, vamos a estar alertas por cualquier situación que pueda desbaratar lo que hemos hecho.

—Eso no sucederá —replicó Alex.

El equipo había logrado capturarlo, así que no podían permitirse que un error echara por tierra lo obtenido.

—Para eso es mejor que me vaya a seguir trabajando.

Alex acababa de terminar el cigarro; los fuertes deseos por descargar la ira contra el detenido lo consumían. Se levantó y asió el picaporte de la habitación en la que estaba Eichmann.

—No lo hagas.

La voz de Eitan resonó en sala. Estaba apoyado sobre la pared observando a Alex.

—Desde que lo secuestramos, no hago otra cosa que pensar en las mil de maneras de torturarlo hasta matarlo.

—No creas que lo hago por mí. No soy misericordioso como parece, nunca lo he sido. Pero debes pensar en nuestro pueblo y en la organización. El Mossad hará historia cuando el mundo entero sepa que logramos apresarlo. La gente sentirá que hemos hecho justicia no solo para ellos, los sobrevivientes, sino por nuestros muertos.

Alex giró para enfrentarlo a pesar de que cada palabra resonaba en su interior.

—Te elegí y te traje hasta acá porque te has transformado en uno de los mejores del equipo. Cada uno en su área lo es. Recuerdo las palabras de Yosef cuando te reclutó. Y no sé equivocó en lo que predijo de ti. No lo eches a perder.

A pesar de que Elías no estaba allí, recordárselo a Alex lo doblegó. Si no hubiera sido por su mentor, él no habría estado allí. Eitan se acercó, sacó del bolsillo la llave del cuarto y la introdujo en la cerradura. Tras el chasquido de la puerta al abrirse, lo miró a Alex.

—Entra, te doy solo cinco minutos.

Alex asintió. Se detuvo antes de ingresar al escuchar las palabras de Rafi.

—No apliques todo lo que sabes.

—Si así fuera, me sobrarían cuatro minutos.

La habitación estaba en penumbra. Iluminaba el mustio recinto solo un haz de luz de una lamparita que se aflojaba según la intensidad que querían darle. Atado de pies y manos, sentado sobre una silla y con la cabeza inclinada hacia un lado, se encontraba Eichmann. La imagen era patética. Resultaba increíble que hubiera sido parte fundamental en el plan de dar muerte a millones de judíos. Si bien había habido resistencia en el grupo para higienizarlo, el médico del equipo se había encargado de hacerlo. Deberían cuidarlo para no levantar sospechas cuando fuera trasladado hacia Israel. A medida que Alex se aproximaba a él, una secuencia de imágenes le pasaba por la mente a toda velocidad. Cada una de ellas se parecía a las narradas no solo por los sobrevivientes, sino las contadas y asumidas por los jerarcas nazis en Núremberg. Era la primera vez que él no podía mantener la sangre fría necesaria para accionar. Las indicaciones de su mentor le asomaron en la mente: "Nunca demuestres tus emociones. No debes dar la posibilidad al otro de que intuya algo de ti o sepa cómo vas a actuar; la sorpresa es fundamental para desarticular al rival. Bloquea tus pensamientos. Solo tienes que centrarte en el objetivo. Eso es lo que te brindará el éxito en una misión".

Alex ya estaba parado al lado del secuestrado, quien lo miraba sin saber qué haría. Cuántas miradas de compasión habrán quedado guardadas en la retina de ese asesino; cuántos gritos de auxilio y clemencia habrán sellado sus oídos. Alex le tomó el cuello con una mano, mientras se inclinaba sobre él.

—Si por mí fuera, te destrozaría en este instante, pero antes de hacerlo te llevaría frente a tu familia. No comenzaría contigo, sino con cada uno de ellos, mientras miras, como has hecho con los nuestros —le dijo en un perfecto alemán.

La tez pálida que tenía Eichmann pasó a un rojizo intenso ante la presión que ejercía. La respiración comenzó a alterarse y necesitó una gran bocanada de aire para insuflar sus pulmones. Alex lo miraba, sabía que faltaba poco para que dejara de respirar por completo. En un rapto de conciencia, aflojó los dedos. Se separó de inmediato de él como si algo lo quemara por dentro. Giró y vio que Rafi estaba a un costado de la puerta observándolo. Ambos cruzaron una mirada. Antes de volver a cerrar la puerta, se escuchó la tos del detenido que intentaba recuperarse.

Alex se volvió a quedar en soledad al otro lado de la puerta; su única compañía era otro cigarro que acaba de encender. En su mente y de manera mágica, apareció el rostro de Lena. Como cada vez que la necesita, ella estaba con él. La joven se había transformado en la luz en medio de tanta oscuridad.

Atrás había quedado la niña que él había cuidado y protegido. Ahora todo era distinto. Mientras él luchaba contra los demonios del pasado, ella continuaba dando batalla a favor de los desprotegidos. Los oscuros pensamientos de Alex se fueron concatenando con el recuerdo de Lena. Entonces logró calmarse y, de a poco, conseguir la paz que necesitaba en ese momento. Se alejó de la puerta de esa maldita habitación. Enfiló hacia la suya, la que compartía con otros del equipo. Esa noche no dormiría, pero dejó que los recuerdos se centrasen solo en su querida Lena.

La mañana siguiente estaba plagada de actividades. Mientras en la ciudad estallaban los festejos patrios, en la finca cada cual debía cumplir con las tareas asignadas.

—Alex, nuestro hombre debe haber llegado —señaló el jefe—. Hoy es el día.

—Iré directo al hospital por si surge algún problema.

—Te esperamos con el documento.

La atención estaba centrada en que todo saliera según lo pactado. Alex llegó con anticipación a la intersección de una importante avenida. Allí en la esquina había un bar, uno de los tantos de la ciudad. Él no dejaba de asombrarse de la cantidad de locales que existían y, más aún, de que estuvieran abiertos hasta altas horas de la madrugada. Le daba la impresión de que Buenos Aires nunca descansaba. Como su costumbre era no generar rutina para evitar que lo reconocieran, concurría a distintas confiterías para beber un café o algo de alcohol hasta que despuntara el amanecer.

Con una bebida en la mesa y un cigarro en la mano, aguardó a que el sujeto en cuestión asomara por la calle con un caminar cansino. El tránsito en esa arteria era muy concurrido. De repente el sujeto se lanzó por el cruce peatonal al ver que un coche no se detenía. Minutos después, estaba tendido en la acera para ser llevado al primer hospital de la zona, uno que justamente se encontraba a dos cuadras del accidente. Entre las disculpas del conductor y la aglomeración de algunos transeúntes que se agolparon alrededor, estaba Alex, quien se cercioró de que el accidentado fuera llevado hasta el centro médico. Sin identificarse, Alex aguardó en el pasillo del hospital. Repasaba el accidente; no había sido grave. Debió aguardar unas cuantas horas hasta que pudo verse con el lesionado. Ingresó a la habitación cuando el médico estaba hablando con el paciente.

—Pudo decirme su nombre y edad, pero quiero que me cuente sobre el hecho.

—No lo recuerdo.

—Por esto y algunos otros síntomas, seguramente tiene una conmoción cerebral que irá mejorando en breve.

—Gracias, doctor. Solo quiero irme de aquí y regresar a mi tierra.

—Lo entiendo. ¿Hace mucho que vino de Israel?

—No más de un mes.

—No quería interrumpir. Soy un amigo de él. Mi nombre es Raúl —explicó Alex en español—. Habíamos quedado en vernos en el bar de la esquina.

—Es una suerte que esté aquí para ayudarlo.

—Así es.

—Lo único que quiero es irme de acá —gimió el paciente.

—Aquí le dejo la receta con la medicación. Si el dolor aumenta o siente mareos, no tiene más que volver.

—Espero no tener que regresar.

—Doctor, por cualquier cuestión que él necesite, sería importante que le extendiera un certificado médico.

—Por supuesto. Tome. —El médico le entregó un certificado.

—Es mejor que lo tenga yo —dijo Alex—, por si se le traspapela.

—Espero que no —agregó el paciente, que se estaba levantando de la cama para abandonar cuanto antes la cama del hospital.

—Ante algún síntoma fuera de lo común, no dude en regresar.

Ambos asintieron al salir de la habitación. En la calle, Alex lo invitó a tomar un café en el bar que estaba a mitad de cuadra del nosocomio.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor de lo que le dije al médico.

—Me alegro —dijo Alex con una sonrisa.

—No fue para tanto.

—Después regresas al alojamiento.

—Sí, a la casa de mis amigos hasta que vuelva a Israel.

—¿Necesitas algo más?

—No, espero haber sido de utilidad.

—Lo has hecho muy bien.

—Hasta pronto, Raúl.

Alex se levantó y dejó al joven allí. Se trataba de un muchacho conocido de su grupo que llegaba a la ciudad de paseo desde Tel Aviv. Se había alojado en la zona de Once y se había prestado a colaborar en un simple accidente. No correría ningún riesgo, ya que todo estaba calculado. Lo único que se necesitaba era un certificado expedido por una institución médica, irrefutable, dado a un israelita por si debía presentarlo en el regreso de urgencia a Israel. Ese diagnóstico le permitiría sacar un poco atontado a Eichmann del país. El genocida debía irse vivo, pero sin posibilidad de alertar a las autoridades aeronáuticas de que estaba siendo secuestrado. Danny se encargaría de acomodar los documentos para que fuera Eichmann, bajo otro alias, quien hubiera sufrido la conmoción cerebral.

De regreso al apartamento y con el documento en la mano, encontró que algunos compañeros estaban sentados a la espera de algo.

—Alex, ¿lo conseguiste?

—Sí —dijo al exhibir el papel—. ¿Qué sucede?

—Queda el último resquicio antes de irnos.

—¿Quién está interrogándolo?

—El jefe. Lo está haciendo firmar una carta, por si algo no sale bien y nos descubren.

—¿Otra vez?

No era fácil conseguir la declaración que buscaba obtener el jefe. Durante esos días se había intentado hacerlo, pero el detenido se había negado, a pesar de las amenazas vertidas. No había tiempo que perder porque debían abandonar el país de un momento a otro.

—Sí, y esta vez él tomó la posta. Deberá doblegarlo con algo.

—Lo hará.

Hasta que todos estuvieran a bordo de la aeronave, no sabrían cómo saldría todo. Tiempo, esfuerzo y noches sin dormir de la unidad se irían al garete si no tenían éxito. En el caso de que Eichmann fuera reconocido y detenido por las autoridades argentinas, se extendería la confesión con la que el jefe acababa de salir de la habitación. Los presentes se aproximaron para saber qué había escrito de puño y letra en una escueta nota que decía:

Yo permito que se me conduzca a Israel para ser juzgado por un Tribunal. Se me ofrecerá un abogado para que me asista, y de esa manera poder narrar los hechos como en realidad sucedieron. Hago esta declaración por propia voluntad; nadie me ha obligado ni amenazado. Mi deseo es buscar la paz al fin.

Firmado: Adolf Eichmann.

—Esto es lo último que nos faltaba. De lo que viene después, te encargarás tú —le dijo al médico—. Vamos a ceñirnos al plan inicial y lo sacaremos, en principio, disfrazado como parte de la tripulación del Britannia.

—No debemos perder un minuto de tiempo porque la búsqueda encabezada por el hijo de Eichmann ya lleva unos días. Las requisas son intensas.

Cada jornada que ellos permanecieran en la ciudad era un día ganado por la familia de Eichmann para encontrarlo. La red de nazis que había en Argentina se había puesto en movimiento para hallarlo. Nadie se detendría hasta saber qué había sucedido con él, porque de eso dependía que el resto de los afincados en el país se mantuvieran con vida.

—Nadie va a desarticular la misión en su última etapa, menos un alemán —agregó con énfasis.

—Volvamos a la cuestión médica.

—No se preocupen, que la dosis que le daré para sedarlo será la suficiente para que reaccione lo justo y necesario sin hacerse el listo con las autoridades aeroportuarias. Pero tampoco estará en un estado de somnolencia tal que no pueda caminar solo.

—El estado perfecto para quien tomó unas copas de más, aunque necesite que alguien lo conduzca —finalizó Alex.

—Exacto —contestó el jefe—, ese será el estado ideal. Manos a la obra.

La estadía en la ciudad de Buenos Aires llegaba a su fin. Primero había que

limpiar de cualquier vestigio el lugar que habitaban. Ninguna documentación, aparatología u otro objeto vinculante debía hallarse. Tampoco ningún registro de que allí había permanecido cautivo un criminal de guerra. Al otro lado de la finca, se lo maquillaba a Eichmann para que pareciera el sujeto de la tripulación al que reemplazaría porque estaría enfermo. El otro, el verdadero miembro de la tripulación, tenía orden de abandonar el país lo antes posible. El médico ya había drogado a Eichmann. Si le daba una botella de ginebra vacía en la mano para que la llevara mientras caminaba, cuadraba a la perfección con el estado en que se encontraba. De a poco, cada cual se fue yendo para encontrarse en el aeropuerto de Ezeiza.

La noche estaba cerrada y el frío anticipaba un crudo invierno en la ciudad. El devenir en el Aeropuerto Internacional Ministro Pistarini era incesante. Sin dudas, la festividad que se celebraba había incrementado el tráfico en una base aérea que había sido inaugurada por el general Perón en su primera presidencia y que no tenía nada que envidiarle a ningún otro aeropuerto. En la confitería, bajo la apariencia de ser pasajeros que estaban por tomar el vuelo hacia Tel Aviv, se encontraba parte de equipo. El jefe, desde una mesa, veía todo cuanto acontecía en el recinto. Otros se encontraban diseminados en distintos puntos estratégicos en el amplio salón. Alex estaba cerca del mostrador de la aerolínea, a la espera de que la tripulación de la aeronave asomara por el lugar. Los minutos se hacían eternos, mientras las autoridades portuarias controlaban todos los movimientos. Quien lo viera a cierta distancia creería que era un pasajero que aguardaba el vuelo, mientras se fumaba un cigarrillo. De repente, la imagen de tres hombres que se acercaban con el uniforme de la línea área irrumpió en su campo visual. Ese era el momento preciso en que se sabría si, al fin, podrían sacar de allí al objetivo.

El jefe se acababa de levantar de la mesa. Cada uno del equipo estaba alerta para accionar. Nadie que conociese a Eichmann, ni siquiera su propia familia, podría apostar que ese hombre que se aproximaba con cierto desvarío en el caminar era él. Estaban próximos a la autoridad policial, que se les acercó, como siempre. Entre ellos, se conocían.

—¿Cómo están?

—Bien —retrucó el piloto, que estaba al tanto.

—¿Él es…?

—¿No lo recuerdas?

Las idas y venidas de los israelíes como los de otras delegaciones eran frecuentes en esas fechas. Ya nada llamaba la atención, menos aún que a alguien se lo viese tomado en medio de tantos festejos.

—Pero ¿se siente bien?

—No se lo puede culpar de haber tomado unas copas.

La desconfianza reflejada en la autoridad puso en duda lo que en breve sucedería.

—Está bien. Documento, por favor

Ze'ev Zichroni era el nombre que estaba estampado en el documento de quien sería parte de la tripulación del avión con destino a Tel Aviv. Sin lugar a dudas, Danny, el falsificador, había realizado un trabajo impecable. El otro, el real compañero que le había dejado al equipo el traje de la aerolínea, abandonaría en breve la ciudad y en perfecto estado de salud.

Solo restaba salir bien de la inspección comenzada por la autoridad aeronáutica. Varios pares de ojos estaban pendientes de cómo seguía la requisa.

—Les deseo que tengan buen viaje.

En ese mismo instante, la seña del jefe fue que cada uno embarcara para emprender el regreso. De a poco, ellos fueron pasando los trámites migratorios. Ya dentro de la aeronave, del lado de la ventanilla, Alex vislumbraba las luces reflejadas en la pista. Él estaba acostumbrado a los vuelos, aunque ese sería muy largo, por lo que seguramente harían escala técnica en un aeropuerto estratégico para cargar más combustible. Sin embargo, creía que había una tardanza. No se equivocó al escuchar la voz del comandante que anunciaba un retraso de unos minutos hasta que la pista estuviera despejada y así poder despegar.

—¿Qué crees? —preguntó Danny.

—Ya estamos dentro, nadie puede sacarnos ni sacarlo de acá. En caso de que lo intenten, sabes lo que debemos hacer.

—Me dejas más tranquilo.

Alex no paraba de observar los movimientos en el exterior: los mismos que los de cualquier estación aérea. La tensión crecía dentro del avión que debería haber salido hacía unos diez minutos. El retraso no era tanto, pero en esas circunstancias resultaba inquietante. Las miradas de los presentes se cruzaban a medida que el segundero avanzaba y no recibían la orden de partir. Uno del equipo se levantó al intuir que algo raro sucedía en el aeropuerto, pero debió detener la marcha de inmediato cuando resonó la voz del piloto que anunciaba que abandonarían la ciudad de Buenos Aires con rumbo a Tel Aviv. Nadie

gritó exultante por la partida, pero la algarabía que se vivía dentro de la nave era manifiesta. Esa vez, Alex intentaría dormir luego de cenar la comida. Una copa de alcohol ayudaría para dejar a un lado la tensión y el arduo trabajo que, luego de tres años, se podía decir que había sido exitoso.

La ciudad de Buenos Aires, en medio de los festejos y la algarabía que se vivía, se enteró del hecho con gran conmoción. El presidente Frondizi había tomado conocimiento a través de los medios; ni siquiera la Cancillería estaba al tanto de lo ocurrido. Sin lugar a dudas, el secuestro perpetrado al jerarca nazi era una afrenta a la soberanía del país. En breve, el primer mandatario saldría de gira por Europa. A pesar de mostrar la indignación en los organismos internacionales, ningún país o Gobierno iba a avalar que Eichmann regresara a la Argentina. Sería juzgado en Israel.

En Tel Aviv, el primer ministro había recibido días atrás un telegrama con la información de que la operación iba a hacerse de acuerdo a lo pactado. El largo tiempo que habían esperado para capturar al arquitecto de la solución final había llegado a su fin. En la mañana de ese día, en el aeropuerto de Lod, el mismo que había despedido a la delegación diplomática israelí para concurrir al sesquicentenario de la Revolución de Mayo en la ciudad de Buenos Aires, recibía con los brazos abiertos a la unidad del Mossad con Adolf Eichmann preso para ser juzgado en tierra israelita. Aún restaba comunicar al pueblo y al mundo lo que habían hecho. A pesar de la algarabía que significaba tenerlo entre ellos, había que dar un paso previo: certificar la identidad de Adolf Eichmann era primordial. Isser acababa de trasladarse hasta Jerusalén para entrevistarse con Ben-Gurión, el primer ministro.

—Lo felicito por el éxito de la misión.

—Gracias, merecíamos que así fuera luego de los años que nos llevó dar con él.

—Antes de entregarlo a las autoridades policiales, quiero que alguien más lo identifique.

—Así será.

Ese reconocimiento se hizo antes de que el primer ministro declarara en la Knesset, en una sesión plenaria. La voz de Ben-Gurión irrumpió en el parlamento. Allí los presentes se enteraban del triunfo de la misión que había encarado el Mossad. La emoción que vibraba dentro del recinto se contagiaría en todo el país y en el resto del mundo a través de las distintas publicaciones de periódicos que retratarían lo sucedido. Alex, como parte del equipo, se encontraba en la sala escuchando los pormenores que el primer ministro daba. Antes de que finalizara el discurso, se alejó del recinto de manera sigilosa, de

igual modo en que se había hecho presente. Estaba convencido que de esa manera podría cerrar una parte de su historia. No se iría de allí sin antes reunirse con su mentor, se lo había prometido. Creía que había quedado algo pendiente entre ellos.

CAPÍTULO 15

El reflejo de lo que fui

El amanecer trazaba pinceladas en el horizonte. La ciudad de Argel aún no despertaba, sin embargo, en el Hotel Aletti todo era diferente. Cada uno de los integrantes del grupo se había asegurado de que todo estuviese en orden. Se habían levantado no bien despuntó el alba. El comedor del hotel estaba desierto, salvo por unos pocos camareros que les estaban sirviendo café o té de menta con unos dátiles y frutas antes de la partida.

—¿Cómo pasaste la noche? —le preguntó Hakim a Léa.

Desde la conversación que ambos habían tenido el día anterior, algo había cambiado, al menos para él. Ahora sentía un gran respeto por esa joven de cabello por los hombros y unos ojos oscuros que hablaban más que las palabras que ella pudiera pronunciar.

—Esta noche fue una felicidad no haber pegado un ojo. Creo que imaginas el motivo —respondió ella al ver la amplia sonrisa del fotógrafo.

Hakim sabía que Alex se había valido de todos los medios para averiguar dónde se encontraban y cómo. Lo sabía porque había molestado a más de un integrante de la organización en París. Las comunicaciones no resultaban tan fáciles. Al ver a Léa, supo que las molestias ocasionadas habían valido la pena.

—Hakim, ¿qué nos puedes contar sobre el lugar hacia dónde vamos?

La única de los presentes que tenía ganas de hablar a esa hora de la mañana era Brigitte. En la comitiva se valoraba la buena disposición de la joven, porque se necesitaba a alguien que diera ánimos a todos, aunque el fotógrafo la miraba con cierta exasperación. Él no era muy afecto a las conversaciones, en especial, las matutinas. Por momentos, pensaba que esa joven era una *rara avis* en el grupo.

—Brigitte, habrá tiempo para que te cuente lo que deseas saber. El viaje será largo —contestó sin ánimo de ser grosero.

—Ojalá dispongan que viajemos juntos —comentó risueña.

Léa se echó a reír al escuchar murmurar a Hakim en árabe unas palabras que le había escuchado a Kheira. De haber sido gratas, las habría pronunciado en francés, el idioma que usaban. Sin dudas, ambos compañeros de Léa

estaban en las antípodas uno del otro.

—Hablando de irnos, creo que ya es hora —replicó Hakim al levantarse para ir a conversar con Pierre Lemaire.

—Léa, no sé cómo haces para charlar con él sin molestarlo, porque creo que es lo que le sucede cuando yo lo hago —comentó Brigitte.

—No todos podemos estar con tu estado de ánimo a esta hora. Verás que, a medida que trascurran los días, todo se irá acomodando.

—Gracias, veo que son muy amigos —susurró con inquietud.

Ella había notado esa cercanía sin saber muy bien a qué se debía. Tampoco había tenido tiempo para hablar tranquila con Léa, porque siempre había algo que se lo impedía.

—Oh, no, somos solo compañeros. Además, él es muy amigo de mi novio.

—Gracias por la información —replicó con una amplia sonrisa.

Léa se quedó de una pieza. No había esperado que la muchacha buscara acercarse a Hakim, menos en medio de la dura tarea que tenían por delante. Había acabado el desayuno, el último que tomarían en un lugar con esas comodidades. La expectativa que tenían era tan grande como la responsabilidad de que las cosas salieran según lo estipulado. De inmediato, todos se ocuparon de aprestar lo que restaba y abandonaron el lugar.

Los vehículos estaban provistos con todo lo necesario para emprender la travesía. La comitiva en pleno aguardaba en las puertas del Hotel Aletti para abordar los Jeep que los conducirían hacia la zona fronteriza con Túnez, al este de Argelia. La elección de ir hacia allí, en vez de hacia la frontera con Marruecos, se debía a las acuciantes necesidades de esa zona. También se habían considerado los enlaces que la organización humanitaria tenía en suelo tunecino. Según cómo resultara la estadía allí, podrían trasladarse, quizás más adelante, hacia la otra frontera de Argelia. Solo había que esperar a ver cómo salían las cosas.

—¿Todos listos?

El liviano equipaje que cada cual tenía estaba acomodado en el transporte. Uno de los vehículos llevaba los lotes de medicamentos y parte de los insumos que necesitarían.

—Vamos —ordenó el jefe del equipo.

Una vez distribuidos en los Jeep, la marcha comenzó. A un lado de la carretera, mientras atravesaban la ciudad para abandonarla, destellaba en toda la magnificencia el mar Mediterráneo. Atrás quedaba la Casbah con sus callejuelas intrincadas y empinadas, algunas sin salida. También el barrio Bab el Oued y otros tantos con una similar fisonomía.

A medida que se alejaban, el panorama cambiaba. La cordillera del Atlas que rodeaba la región asomaba junto al tinte rojizo de sus tierras cuando la nieve no la cubría, como en esa época del año. La caravana devoraba el terreno en cada kilómetro recorrido en esa zona inhóspita. Las amplias praderas y extensas llanuras se encontraban custodiadas por la cadena montañosa. El panorama que los rodeaba era imponente. Más allá, detrás de las montañas, refulgía con bravura el mar. Cada uno de los miembros iba preocupado por la gran incógnita de qué les depararía el lugar al que se dirigían. Las ansias por arribar al asentamiento se mezclaban con la incertidumbre. Aún tenían un largo trayecto por delante hasta llegar a destino. Si no lograban arribar, harían noche en el descampado, aunque preferían evitarlo. El viaje se estaba haciendo más lento de lo esperado. No siempre se podían prever las vicisitudes que presentaba el camino. A pesar de llevar un bien ritmo, quien encabezaba la caravana, un lugareño, se dio cuenta de que no llegarían en el tiempo que habían planeado.

—No creo que podamos continuar —le dijo a quien comandaba la comitiva —. Es probable que llueva.

—Tiene razón —agregó Hakim.

Había notado la mirada de consulta de la persona que comandaba el grupo, quien confiaba en él por el conocimiento que también tenía del lugar. El cielo se había cubierto de un gris ceniciento. Se percibía una atmósfera especial, la misma que flotaba antes de un aguacero. El guía contratado creía conveniente no exponer al grupo. Era común que lloviera en esa zona, pero no a esa hora del día. El instructor, conocedor del lugar, comprendía que el carácter fugaz de la lluvia la haría detenerse poco después de comenzar, aunque la oscuridad de la noche empeoraría las condiciones de la travesía. Sin dudas, era mejor evitarla y hacer un alto en el camino.

Eligieron un lugar donde detenerse. La noche los había alcanzado. Preferían pernoctar antes de continuar. Entre todos, armaron unas carpas de campaña. Las latas y víveres se distribuyeron entre los miembros de la comitiva, que estaban ubicados alrededor de una fogata. La expectativa vislumbrada en el rostro de cada uno no se empañaba por el cansancio que reflejaban.

—Me quedaré de guardia —dijo Amar, uno de los guías—. ¿Hay alguien más que quiera sumarse?

Todos estaban atentos a sus indicaciones, ya que de él dependía llegar a salvo al destino por el camino más rápido.

—Yo puedo acompañarte —respondió Léa—. Serán solo unas pocas horas. No creo que pueda dormirme y prefiero ser útil.

—Te aseguro que, cuando nos presentaron, no creí que fueras a tener esa actitud —confesó Brigitte.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Quizás porque noté que eras la más retraída del grupo.

—No tan conversadora, querrás decir.

—Yo puedo relevar a Léa —agregó Hakim.

—Está bien. Ya tenemos cubiertos los puestos. Les recomiendo que descansen porque, no bien despunte el alba, emprenderemos el viaje.

Poco después, cada cual ocupó una bolsa de dormir. Léa estaba sentada fuera de la carpa sin dejar de contemplar la oscuridad de la noche. Los ecos del silencio se ahogaban en semejante inmensidad.

—Toma. —Amar le ofreció un jarro de café—. Lo vas a necesitar.

—Gracias, ¿hace cuánto te dedicas a esto?

—A partir de ver los desmanes de mi pueblo. Cooperar con ustedes es una manera de ayudar. Te aseguro que lo que se vive en Argel o en los alrededores poco tiene que ver con lo que te encontrarás aquí.

—Puedo imaginarlo.

Desde que Léa había emprendido el viaje hacia Argelia, una serie de imágenes del pasado le reverberaba en la mente. El recuerdo de lo vivido se hacía presente en cada lonja de terreno recorrido. Desconocía con quién se encontraría y, lo que era peor, en qué estado hallaría a aquellas personas que buscaban de manera desesperada salir de ese territorio para encontrar en otro una nueva oportunidad. En Gurs, el campo de internamiento en el que había permanecido años, ella también había mantenido intacta la esperanza de abandonar aquel maldito lugar. Ahora Léa podría devolver algo de lo que por ella habían hecho otros.

—Mi familia fue diezmada. Algunos murieron luchando; otros escapando.

Léa observaba el dolor reflejado no solo en la cadencia al hablarle, sino en

la mirada que destellaba angustia por lo que su familia había debido atravesar.

—Los que pudieron llegar hasta aquí lo hicieron huyendo convencidos de que lo lograrían. Sin embargo, fueron alcanzados por el ejército cuando intentaron cruzar la frontera. No estás seguro en ningún lugar de este territorio. La zona a la que se dirigen es complicada.

—Nos han advertido eso.

—Es así, inclusive para los que están allí hace tiempo, porque hay muchas filtraciones.

—¿A qué te refieres?

—El Gobierno francés sabe que esa zona permite el acceso de los militantes del Frente de Liberación Nacional desde Túnez. Hace poco que Túnez se independizó y nos instiga a que también lo hagamos. Un modo de ayudarnos es permitir el envío de armas para la organización, algo que se está incrementando con el paso del tiempo. Hacia ahí se dirigen los rebeldes para atravesar la frontera. No obstante, el ejército tomó posición en ese territorio para controlar la cooperación con los tunecinos y evitar la fuga de los rebeldes.

—En medio de eso, se encuentran los que desean escapar.

—Así es, como parte de mi familia. Ellos esperaron un tiempo refugiados en los alrededores hasta que creyeron que era el momento ideal para atravesar ese territorio, algo difícil, porque a veces la muerte los encuentra a mitad de camino. Con la intención de detener esta situación, los militares crearon, a expensas del ministro de Defensa, la Línea Morice, una zona que se extiende cientos de kilómetros. A lo largo de esa franja, colocaron cañones y otros dispositivos que se disparan automáticamente activados por radares. Está delimitada con vallas de espino y alambre electrificado. Puedo asegurarte que en la frontera se libra otro conflicto tanto o más complicado que en la ciudad.

—Cuando crees que no hay otra salida y que tienes los días contados, haces lo que está a tu alcance para huir.

—Sí, es el momento en que crees que no tienes salida.

—Y prefieres la muerte a seguir como estás —agregó Léa.

—Te conté esto para que sepas con qué te vas a encontrar. Veo que nada de lo dicho te amedrenta.

—No —replicó con convicción.

—Deben andar con cuidado, porque en los asentamientos y en los campamentos como el de ustedes hay infiltrados.

—¿A qué te refieres?

—Militares y rebeldes están por todos lados; lo único que buscan es matar al enemigo. Cuanto más cruel es la muerte, mejor. A ninguno de los dos bandos les importa quién cae. Nada se interpone en los objetivos que tienen por delante. En el último tiempo, el ejército ha atacado varias *katiba*. —Al ver un gesto de duda de Léa, añadió—: Me refiero a las compañías ligeras formadas por rebeldes que se mueven de manera constante para no ser encontrados por los militares galos. Eso ha generado muchos conflictos en la zona a la que vamos.

Varias de esas compañías habían sido arrasadas por el Gobierno, lo que había enardecido a los rebeldes que juraban aplicar la misma saña para matar a miembros del ejército. Ese juramento se cumplía en cada ataque que llevaban a cabo.

—Entonces, habrá que ir con mayor cuidado.

—Así es.

Algunas gotas comenzaron a caer. Enseguida la lluvia se desató con mayor intensidad. Ambos la observaban refugiados debajo de un techo de lona de una de las tiendas.

Léa se dejó arropar por el sonido de la lluvia, mientras sus pensamientos no la dejaban descansar. Ansiaba que amaneciera para comenzar con la tarea. Hakim había cubierto el otro turno, aunque eso tampoco le había permitido dormir, porque recordaba la conversación sostenida con Amar, que le repiqueteaba en la mente como las gotas de lluvia que habían dejado de caer en mitad de la madrugada.

Cuando amanecieron, no quedaba vestigios de la lluvia. Un nuevo día se abría ante ellos. Los fuertes deseos por arribar hicieron que la travesía que habían emprendido al alba llegase a su fin. La ciudad de Tébessa se erigía con reminiscencias romanas marcadas por los templos, monumentos y el arco de triunfo.

—Esta ciudad será nuestra cabecera para aprovisionarnos —dijo quien comandaba la comitiva.

Estaban en el medio de la nada, custodiados por la frontera con Túnez, el país vecino.

—¿La conoces? —le preguntó Brigitte a Hakim.

—Así es. Si hay tiempo, quizás podamos venir.

Esa sola posibilidad la puso de mejor talante a la joven enfermera, que no perdía las esperanzas de conquistar el infranqueable corazón de Hakim. De inmediato, emprendieron la marcha. La llegada de los vehículos alertó a quienes estaban dentro del campamento.

—Los esperábamos. Bienvenidos —los saludó uno de los doctores a cargo del lugar.

El asentamiento estaba formado por precarias construcciones: unas eran de adobe; otras, simples carpas de campaña. Allí se había alojado un gran número de familias. Algunas de ellas habían huido de las ciudades para alcanzar la frontera e iniciar una nueva vida. El resto estaba allí a la espera de lo que fuera a suceder. Aguardaban ser rescatados en algún momento. La esperanza de un nuevo comienzo funcionaba como el motor que los mantenía expectantes. Las condiciones en las que vivían eran miserables, así que el equipo llevaba lotes de medicación para tratar las enfermedades. Sin perder tiempo en las presentaciones, buscaron los bártulos para ubicarse dentro del lugar. Todos fueron conducidos hacia una jaima de paredes de cuero, montada sobre mástiles tensados por cuerdas. Dentro, se formaba una amplia sala en la que se coordinaba todo cuanto sucedía en el lugar. Una vez bajo un toldo, se dispusieron a diagramar los pasos siguientes.

—Necesitamos hacer un recorrido para saber en qué situación estamos. Tenemos que hacer un relevamiento de los enfermos que hay —dijo el médico de la comitiva.

Unos colaboradores se habían encargado de llevar los insumos y la medicación hacia otro toldo destinado a la atención de los enfermos. Cada uno debería tomar contacto con los habitantes del lugar para saber cuáles eran las necesidades primordiales, aunque a primera vista parecían muchas. Resultaba difícil que se pudieran paliar de manera inmediata.

Léa, junto al equipo, comenzó la recorrida. A cada paso que daba, salía alguien a su encuentro para solicitarle comida. Pese a todos, para muchos, la espera en ese lugar definía la vida o la muerte. El estado de desnutrición se hacía notorio. La falta de higiene, debida a la ausencia de agua corriente, cooperaba para que se incrementasen los contagios de las enfermedades, algunas ya endémicas.

En uno de los toldos, vio a una familia en pleno aguardando saber qué sucedía. Se había corrido la voz de que llegaría una delegación, por lo que la expectativa era muy grande. Léa se acercó a ellos y se presentó. Había algo en

su conducta que le había llamado la atención. La invitaron a pasar. Antes de ingresar a la jaima, bajo un pequeño tinglado, se encontraba un hornillo para calentar la comida cuando hubiera algo para comer. Dentro había unos colchones tirados. Apiladas al costado, había algunas pocas prendas de los integrantes de la familia.

—Mi nombre es Nadia. Ellos son mis hijos.

Léa se acercó a saludarlos, sin embargo, los dos niños que rodeaban a la madre tenían un aspecto diferente en su mirada. Uno más que el otro.

—Samir —se presentó uno de los hijos, que no llegaba a los diez años.

—Me llamo Zahia —dijo la niña de alrededor de ocho años.

—¿Están solos aquí?

—Hace tiempo que con mi esposo huimos hacia acá. Debimos abandonar lo que teníamos y nos afincamos en esta zona porque queremos llegar hacia el otro lado.

Esa historia se repetía en cada toldo del asentamiento. Huir para refugiarse allí, sin ánimo de permanecer mucho tiempo en ese lugar, era la idea de todos, porque en cada uno de ellos latía el espíritu de escapar más allá del peligro que implicase hacerlo.

—¿Él dónde está?

Léa supuso que estaría en el campo buscando alimentos, como el resto de los hombres que trabajaban la tierra.

—Mourad, mi marido, logró traspasar la frontera.

—¿Solo él?

—No, logró hacerlo junto a mis dos hijos mayores. Nosotros no pudimos.

—¿Se quedarán a esperarlo?

—No, él nos aguarda. Ruego a Alá que nos permita llegar en algún momento.

Léa estaba convencida de que la llama de ilusión por salir de ahí era lo que mantenía viva a esa mujer. No entendía el motivo por el que el resto de la familia se había quedado en ese lugar.

—No debe ser fácil.

Léa tenía grabada a fuego la descripción que Amar le había hecho respecto al espacio fronterizo. Recordaba los elementos de ataque que había diseminados a lo largo de cientos de kilómetros, además de la presencia de tanto soldados del ejército como de miembros del Frente de Liberación Nacional, en muchos casos, camuflados entre los civiles.

—No, pero tampoco imposible. Samir, trae esas galletas de sémola para convidarle a Léa.

—Gracias, en otra oportunidad las probaré. Nosotros hemos traído alimentos que muy pronto vamos a distribuir.

Ella más que nadie podía comprender el valor de un poco de pan cuando se dependía de eso para poder subsistir. Observó el aspecto de los niños. Notó la mirada perdida de Zahia. A esa corta distancia, podía vislumbrar que sus párpados eran distintos. Lo mismo que en su hermano, inclusive las pestañas parecían rozarle el globo ocular. Su mirada no pasó desapercibida para Nadia, que salió al cruce para contarle el estado de la niña.

—Mi hija no ve. Todos nos hemos enfermado de los ojos. No vemos bien, pero ninguno perdió la visión como Zahia.

—¿Y eso cuándo fue?

—Luego de que mi esposo se fuera. No es la primera vez que nos ataca la enfermedad de los ojos, pero tenerla nos ha retrasado los planes para largarnos de aquí.

Léa no imaginaba peor situación para esa madre si buscaba huir de allí con sus hijos en el estado en que se encontraban.

—Nadia, no me corresponde a mí saberlo, pero ¿cómo piensan hacerlo?

—Del modo que sea. Y haré lo necesario para lograrlo si no consigo la ayuda de alguien.

Léa no supo si fue su imaginación o si, tras la mirada perdida de la mujer, había un resquicio de esperanza.

—Será mejor que nos pongamos manos a la obra. Algunos de ustedes pueden ir a buscar los víveres que trajimos. Mañana se hará el control médico para todos.

—Muchas gracias. Samir, acompáñame a traer los alimentos.

Léa asintió y, antes de salir, miró a Zahia, que se había quedado en el

mismo rincón, sentada, con los ojos en blanco. Evitó detenerse en ella, lo haría más tarde. De momento, salía en compañía del resto de la familia en busca de lo que necesitaban.

Los reclamos de la gente se hacían interminables, a veces no se lograba cumplir con esos pedidos. La jornada había sido acuciante. Ninguno había tenido descanso hasta altas horas de la noche. La conmoción que había generado la llegada de la comitiva era importante.

—Léa, es hora de descansar —dijo Hakim.

Ella podía continuar trabajando. No la amedrentaba la falta de sueño ni la actividad que tenía por delante. Miró a su alrededor y contempló el rostro agotado de Brigitte y de Camille, que estaban al otro lado de la carpa. Sin embargo, lo mejor sería poner fin a esa jornada, ya que la mañana siguiente sería tanto o más dura que ese primer día. Organizó los insumos que debía dejar en orden para alivianar el trabajo al otro día y se sumó al grupo que estaba sentado alrededor de una fogata.

—La situación es peor de lo que me imaginaba —sentenció Brigitte.

Ella junto a su compañera no habían dejado de atender a parte de los habitantes del lugar bajo las instrucciones del doctor Lemaire.

—No me sorprende la desnutrición que hay; tampoco los vestigios de tuberculosis que más de uno ha padecido.

—Yo nunca había visto el problema en los ojos que noto que tienen. En más de un caso han perdido la vista.

—Sí, debido al tracoma. Es una enfermedad generada por la presencia de una bacteria en las secreciones oculares. Se puede combatir si se cuenta con las condiciones necesarias para evitar el contagio por contacto de las manos, la vestimenta, toallas o cualquier otro elemento que se comparta con quien lo padece. La carencia de higiene es fundamental para que esto se transmita —concluyó Lemaire.

—Aquí se necesita agua. Las características de la zona facilitan la enfermedad. La falta de higiene es un campo fértil para que la bacteria se instale.

—Justamente, no lo observé en la ciudad.

—Claro que no. El terreno en el que nos movemos, los vientos y la falta de limpieza contribuyen a que esto se expanda. En un examen más exhaustivo, se pueden observar cicatrices o lesiones en el párpado interior. En los casos más

graves, cuando la enfermedad se ha reiterado en más de una ocasión, se da la ceguera.

—Como en el caso de Zahia —agregó Léa.

—Gran parte de los habitantes de aquí han padecido el tracoma, pero no han perdido la vista, salvo esa niña. Dentro de las medicinas que trajimos, tenemos una a base de quinina. Es una vieja sustancia que sigue resultando efectiva.

—Al menos que logre salvar a otros.

—Sí, y hay que enseñarles la profilaxis. Si no, la enfermedad, como otras, se va a transformar en endémica.

La inspección de esa jornada les permitió darse cuenta del panorama que se avecinaba. Aunque no solo debían tener en cuenta las cuestiones de salud. Hakim se había ausentado del asentamiento para hacer una recorrida por las tierras. Más allá de la información con la que contaban, necesitaba saber de primera mano con qué se enfrentaban.

—Amar y yo hemos averiguado que la zona sigue controlada por el ejército. Según nos dijeron, la milicia está más tranquila, por las bajas que le han provocado al *fln* —comentó Hakim.

El triunfo que venían teniendo en las distintas *wilaya*, o provincias, en el norte del país les daba cierto convencimiento de que ganarían la batalla, aunque la ciudad de Argel aún estuviese ardiendo.

—Eso hace que la zona fronteriza esté más tranquila.

—Amar, ¿han sacado los controles para supervisar si alguien atraviesa la frontera?

—No —anunció con una tibia sonrisa en el rostro—, eso nunca lo harán, al menos hasta que la situación no se defina.

No solo controlaban la franja que ellos mismos habían delimitado, sino también los asentamientos formados por la gente que huía. Hacía un tiempo, cuando la milicia había arrasado con algunas *wilaya*, el ejército había decidido trasladar a las personas a campos en donde se las mantenía en pésimas condiciones. Era un modo de aislarlos de los rebeldes y que estuvieran bajo el control galo. Fue entonces cuando los países vecinos se hicieron eco de las denuncias para llamar la atención al mundo de lo que sucedía en Argelia. Francia intentaba transformar el conflicto en un problema interno de una colonia.

—¿Lo has registrado con tu cámara? —sugirió Léa.

—Sí. También los controles de los torreones de vigilancia.

A lo largo de la extensión del terreno, asomaban esas altas torres desde donde se tenía una perfecta visión sobre lo que sucedía en la franja.

—¿Son muchos esos controles? —se interesó Brigitte.

—Los suficientes para saber lo que sucede en la zona fronteriza —replicó Hakim.

—Debo decir que la inspección llevada a cabo allí no es tan exhaustiva como antes.

Léa volvía a revivir lo acontecido en Gurs, y no necesitaba ver imágenes para saber cómo sería el control. Sus recuerdos volaron hacia aquel momento en donde el campo de internación era controlado por gendarmes franceses y autoridades alemanas. Podía comprender como nadie a los refugiados.

—Igual, ese no es nuestro problema —indicó Hakim—. Debemos centrarnos en este lugar, al que le faltan demasiadas cosas.

—Así es —afirmó Camille, que no había dejado de sorprenderse con lo visto.

—Mañana debemos comenzar temprano —anunció el médico de la comitiva—. El viaje nos ha cansado a todos y la tarea que hemos realizado también. Es mejor ir a descansar.

Todos asintieron sin chistar. Las mujeres enfilaron hacia una tienda, que las alojaría el tiempo que les tocase quedarse en el asentamiento. A pesar del cansancio, a Léa le costaba conciliar el sueño. Lo único que la calmó fue pensar en Alex. Desde el lugar en que estuviera, ansiaba que también la recordara. Desconocía cuándo lo vería, aunque deseaba que fuera pronto.

El amanecer daba vida al horizonte. El sol intentaba asomar en medio de la zona montañosa que bordeaba el lugar. Ya era hora de comenzar con la jornada y cada una se había levantado con fuertes deseos de beber un café para espabilarse. No hubo tiempo para nada más porque, de inmediato, comenzaron con las actividades. Muchos de los refugiados hacían fila para ser revisados y atendidos. Amar llegó con unos rollos de tela mosquitera.

—Aquí tienen. Será mejor que controlemos cómo las colocan.

—Yo me encargo —dijo Léa.

—Cuando finalice con esto —dijo Brigitte—, me sumo. Espero que sirva para evitar que vuelva la malaria cuando sea la época de extremo calor en esta zona.

—Eso lo podrá decir Lemaire, pero debemos dejar todo en condiciones para cuando haya posibilidad de que surja el brote.

Según le había dicho el médico, en época de verano, la malaria había asolado. No era fácil quitar la plaga del mosquito que la trasmitía y, sin un control adecuado, todo se complicaba. Aún se estaba lejos de poder detenerla, por eso debían tomar las medidas que estuviesen a su alcance para proteger a esa pequeña comunidad. En medio del trajín en el que se hallaba Léa, asistiendo a gran cantidad de los habitantes del asentamiento, observó a Zahia que estaba lejos de la jaima familiar, sentada con el cuerpo inclinado hacia un lugar. El comportamiento de esa niña le había llamado la atención.

—Camille, ¿puedes cubrirme?

—Por supuesto.

Léa desconocía el motivo de la actitud de la niña, pero no dudó en acercarse a ella. Como si la pequeña la hubiera visto, levantó el rostro hacia ella.

—Hola, Zahia.

—Sabía quién eras.

—¿Sí?

—Cuando veía, no apreciaba los colores de la oscuridad, ahora sí. Además, puedo sentir el olor de quien se acerca y el sonido de los pasos sobre la tierra.

—¿Sueles venir hasta aquí? —le preguntó acuclillada.

—Sí, desde que mi papá y mis hermanos se fueron.

—¿Y por qué este lugar en especial?

—Porque es donde me trajo mi mamá luego de que ellos se fueran. Ella me decía desde qué lugar ellos habían partido y hacia dónde habían ido.

—Al otro lado —replicó Léa mirando hacia la zona prohibida.

—Sí. Me dijo que, cuando los extrañara, viniera hasta aquí. Quizás, ellos hacían lo mismo del otro lado y de este modo podíamos abrazarnos a la distancia.

—Ese es un buen motivo para venir hasta aquí.

—Sí, aunque no lo hago las veces que quiero porque no deseo que mi mamá se ponga peor.

—Quizá, tu padre regrese a buscarlos.

—No creo que regresen ni él ni mis hermanos, pero mi mamá me ha prometido que pronto nos iremos de aquí. No dejo de imaginar lo que será atravesar el camino hasta llegar a ellos.

Léa la comprendió. Podía estar dentro de la mente de esa niña que deseaba por todos los medios abandonar ese maldito lugar para unirse con los suyos.

—Y vienes cada mañana —afirmó Léa intuyendo la respuesta.

—Sí. Además, cuando nadie está cuidando de mí, me alejo un poco de nuestra jaima y regreso sola. Quiero estar preparada para cuando huyamos de acá sin ser una carga para mi mamá. Cuento los pasos que hago y memorizo cualquier obstáculo que surja en el camino. No es difícil, porque, cuando veía, estaba atenta a todo. Venir aquí fue nuevo para todos nosotros.

Léa tenía el corazón estrujado y debió hacer un esfuerzo para que le brotaran las palabras.

—Zahia, nunca serás un estorbo. —Le pasó el brazo sobre el hombro—. Estoy segura de que tu madre piensa igual que yo —concluyó emocionada.

—Aquí nada es fácil. No te imaginas lo que es vivir acá. Teníamos una casa pequeña en una zona cercana a la ciudad.

—Tus padres creyeron que lo mejor era huir.

No pensaba indagar, pero comprendía que el ejército había ido tras ellos, como en el caso que le había contado el periodista Renaud del diario *Le Monde* cuando recién habían llegado al Hotel Aletti. Los allanamientos a las viviendas y el secuestro de personas para torturarlas había sido una técnica utilizada por la milicia gala, y replicada por los rebeldes. En el medio, se encontraban los civiles que quizás no estaban de un lado o del otro, pero caían en la misma bolsa que el resto, inclusive, por error. Bastaba tener el mote de sospechoso para que la fuerza fuera por esa persona y también por su familia, por las dudas de que pudiera estar vinculada con una célula rebelde.

—Sí, aunque allí éramos felices. Con mis hermanos jugaba a la pelota, aunque ellos eran muy buenos —dijo bajo una tibia sonrisa—. No importaba lo que les sucediera si había una pelota para jugar.

Léa podía imaginarlos, porque había visto a varios niños en las calles y en medio del caos con una pelota en los pies.

—Estoy segura de que volverán a jugar al fútbol cuando vuelvan a reunirse.

—Ojalá.

La niña no dejaba de recordar a su hermano mayor, que le había enseñado a dar los primeros pelotazos.

—Muchas veces me retaban porque no daba buenos tiros y yo me enojaba con ellos. Hoy daría cualquier cosa por escucharlos decirme lo mal que jugaba.

Léa no pensaba alimentar más la ilusión de la pequeña. Ansiaba que esa esperanza por verlos le diera fuerzas para continuar allí con lo que había quedado de su familia.

—Léa. Te necesitan en la enfermería —le indicó Hakim.

Se inclinó para darle un beso en la cabeza de Zahia antes de irse. Si hubiera sido por ella, se hubiera quedado junto a la niña, pero era injusto para el resto.

—Nos vemos más tarde —susurró a Zahia—. ¿Te acompaño?

—No, gracias. Me quedaré un rato más.

—Zahia no es la única niña que hay acá —comentó Hakim con rostro preocupado—. Existen otros que necesitan nuestro apoyo porque las atrocidades que se han cometido con ellos han sido muchas.

—Lo sé.

—Disculpa si he sido brusco, pero…

—No te disculpes, has sido sincero y entiendo lo que dices.

—Vamos, entonces.

Pasaron unos largos minutos hasta que Léa volvió a hablar.

—Hakim, sucede que me veo reflejada en esa niña.

En verdad, pensó en voz alta lo que había sentido desde que la había conocido. Él asintió y no preguntó nada, algo que Léa agradeció. Ambos siguieron caminando en silencio hasta llegar a la carpa donde los estaban esperando para poner un poco de orden a la cantidad de demanda de la gente.

A pesar de que Brigitte estaba atiborrada de trabajo, levantó la cabeza y una tenue sonrisa le atravesó el rostro al ver el contundente y moreno cuerpo de Hakim acercarse con el gesto de pocos amigos. Los miembros de la comitiva se iban adaptando al lugar y a las actividades compartidas. Otra noche había caído sobre el campamento rodeado por la inmensidad del paisaje e iluminado por el resplandor de la luna. Sin dudas, la cena que habían cocinado en el hornillo fuera de la carpa calentaba el espíritu y caldeaba el ánimo de cada uno de ellos.

CAPÍTULO 16

Regreso al pasado

Los días en Tel Aviv eran una seguidilla de reuniones que Alex buscaba eludir, salvo que fueran importantes. Todo el mundo estaba detrás de la noticia de la detención y el juicio que se llevaría a cabo en Jerusalén a Adolf Eichmann. El jefe le había sugerido que se tomase unos cuantos días, los que pensaba aprovechar para buscar a Lena. No descansaría hasta hallarla en la zona de conflicto en la que estuviera. Había confiado en que Hakim ayudaría a Lena ante cualquier eventualidad. Ella era la única que sabía para quién trabajaba Alex. Le había dejado, antes de despedirse, el contacto de Yosef para que se comunicase con él en caso de que fuera necesario.

Desde que había llegado a la ciudad, se había ocupado de averiguar todo lo referente a Argelia, estaba gestionando algunas comunicaciones para saber bien cómo iba todo. Sin embargo, la llamada para que se presentara en el Mossad lo sorprendió. Si no hubiera sido importante, no lo hubiesen convocado. Una vez más, transitó por la calle Allenby hasta alcanzar el edificio en donde estaba emplazada la organización. Se dirigió hacia el despacho del jefe.

—Alex, ¿cómo estás? Siéntate.

—Bien. Me sorprende que me citara.

—Veo que quieres irte pronto.

Alex asintió, sin dar mayores datos de adónde pensaba dirigirse.

—Esta convocatoria tiene que ver con tu viaje.

Él evitó mostrar sorpresa ante los dichos del jefe. Serían las primeras vacaciones que él se tomaría en muchos años. Por lo general, las veces que había visto a Lena lo había hecho mientras cubría alguna misión. Ahora la situación era otra: solo quería estar con ella.

—Lo escucho.

—¿Recuerdas esto?

Sobre el escritorio le había deslizado una carpeta color manila. El nombre “Dimona” resaltaba en negro en el frente. Imposible no recordar las largas jornadas en el desierto, en donde el calor durante el día alcanzaba

temperaturas insospechadas, para bajar abruptamente en las noches. No había sido fácil operar allí, pero ninguna actividad del Mossad lo era.

—Por supuesto. He sido parte de la misión junto con Yosef.

—Pero él ahora está fuera.

—Así es.

Había sido parte del equipo que debía controlar si había alguna filtración de información sobre la instalación de una planta de bombeo en el desierto de Néguev cercana al desolado asentamiento de Dimona en tierra israelita. El lugar había servido, tiempo atrás, de posta de caravanas en el trayecto desde El Cairo hasta Jerusalén. Israel había comprado un reactor nuclear a Francia para alimentar esa planta. Eso era lo que aseguraba el Gobierno de Israel en voz del primer ministro. Claro que, si ese era el fin, resultaría de gran utilidad, ya que permitiría abastecer de agua (desalinizada del mar) a la zona desértica y transformarla en un proyecto agrícola. La planta de Dimona, enclavada en medio del desierto, destellaba con su amplia edificación que se extendía en una construcción subterránea de última tecnología que unos pocos conocían. Para justificar tal adquisición se decía que era solo con fines de investigación y que no había nada detrás de tal compra. En plena Guerra Fría, ninguna potencia quería quedar desprotegida de algún ataque o futura guerra, así que contar con el armamento necesario se había vuelto la obsesión de gran parte de los países. Sin embargo, esa situación nunca había quedado del todo clara, por lo que los servicios de inteligencia de Estados Unidos y de Francia buscaban averiguar si se podía confiar en los dichos israelitas o si, detrás de esa adquisición, estaban trabajando en un proyecto de armamento nuclear. Ese tema se mantenía a resguardo y a la espera de lo que pudiera acontecer. Como otras misiones, había quedado suspendida en el tiempo, hasta que volviese a reactivarse, lo que sucedía en ese momento.

—Hasta ahora, han actuado nuestros enlaces en los Estados Unidos para saber si hay algo más que se dice y que nosotros desconocemos.

—No bastó el viaje del primer ministro hacia allí.

La decisión política sobre la instalación de la planta había provocado discrepancias dentro del mismo Gobierno. Algunos ministros habían renunciado, oportunamente, por estar en desacuerdo con la resolución dictada, ya que consideraban que eso iba a acarrear en un futuro problemas con otros países.

—A nivel político y diplomático, claro que fue de utilidad, pero no queremos descuidar qué se hace o se dice entre la gente de campo —dijo con una mueca en el rostro—. Digamos entre nosotros y las otras agencias.

—Por más que una colabora con la otra.

Venía de larga data la colaboración de la *cia* con el Mossad. Había sido su bastión cuando el Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales recién se gestaba. Parte de la tecnología había sido suministrada por los estadounidenses, aunque con el paso de los años eso ya no era necesario. El instituto iba ganando prestigio y acababa de subir varios casilleros con la detención de Eichmann. Los distintos Gobiernos y los medios de publicación de todas las vertientes e ideologías hablaban de eso. Ese buen vínculo con los estadounidenses podía tensarse si se descubría que Israel se involucraba en la cuestión nuclear, por el sencillo motivo de que Estados Unidos se jactaba de estar a la vanguardia de otras potencias y buscaba seguir así sin que nadie le hiciera sombra.

—Exactamente. Por eso creía que, si vas a estar por Estados Unidos, podrías de manera no oficial entrar en tema. Conoces a la perfección la cuestión, al menos en lo referente a la planta instalada aquí.

Alex asintió, mientras su mente trabajaba para saber hacia dónde debía ir. Sin dudas eso atrasaría el encuentro tan deseado con Léa. Por más que el jefe no lo manifestara, se trataba de una misión encubierta, porque debería reportar lo que descubriese.

—Entonces, ¿dónde debería estar yo en mis próximas vacaciones?

—En el poblado donde te criaste.

Un golpe repercutió dentro de Alex claro que sin evidenciarlo. No quería ir allí, desde ya, mucho menos visitar a Kacper. Había pasado mucho tiempo desde que lo había visto. Como se lo había prometido, lo llamaba cada tanto sin darle mayores datos o precisiones de dónde se encontraba ni a qué se dedicaba. Estaba convencido de que no sería de su interés. La extensión de las conversaciones telefónicas demostraba la falta de apego entre ambos.

—Mira, hasta la fecha han actuado nuestros enlaces de allá. Hay algo que no me cierra y no me fio del todo, es por eso que necesito que vayas.

Alex había llegado a la foja en que estaba el nombre de una fábrica que se ubicaba muy cerca del poblado en el que había crecido.

—Numec —mencionó.

—No te sacará tiempo en tu descanso, puedo asegurártelo. Solo tendrías que comprobar algunas cosas. Conoces la zona mejor que nadie y a algunas personas del lugar. No es lo mismo que enviar a uno de los nuestros que está en Washington envuelto en cuestiones diplomáticas.

—Está bien.

Alex había leído todo cuanto necesitaba saber. Vería entonces qué haría en el lugar al que se había prometido no regresar.

—Te aseguro que no interferiré en tu próximo viaje, porque estoy seguro de que lo habrá.

—Eso espero.

—Nos veremos pronto.

Alex salió sin dejar de pensar en el próximo paso que daría, pero antes debía realizar una visita. Enfiló entonces hacia la zona norte de la ciudad, al barrio de Afeka. Adelantaría la visita a Yosef. Él podía darle otra visión sobre el viaje que haría en breve. No bien atravesó la sala, lo vio sentado en uno de los sillones del recinto junto a la empleada que acababa de dejarle un té caliente luego de haberle permitido a Alex el ingreso a la finca.

—Puedes irte.

—Aún no terminé mi horario.

—No hace falta que te quedes, tendré compañía —dijo al desviar la mirada hacia Alex.

—Lo veo mañana.

Sin más, la empleada buscó su saco para abandonar la casa de Elías Yosef.

—Deberías tratarla mejor, porque ella es tu compañía.

—Sí, y me trae un té caliente creyendo que mi voz mejorará con esta infusión. Sirve unas copas de whisky.

Alex fue hacia una mesa en la que había varias bebidas alcohólicas de diferente graduación.

—Aquí tienes.

—Por el reencuentro —mencionó y agregó—: Y por el éxito de la misión.

A pesar de permanecer fuera del instituto, no había dejado de estar informado de cuanto había ocurrido en Buenos Aires. Aún mantenía sólidos contactos dentro de la organización. Estaba convencido de que el secuestro de Eichmann catapultaría al Mossad al lugar que ocupaban las mejores agencias.

—Gracias, no ha sido fácil, pero lo hemos logrado.

—No se habla de otra cosa. Mira. —Desplazó los periódicos que se encontraban en una mesa de apoyo—. Toda la acción se mudó hacia Jerusalén, donde Eichmann se encuentra detenido para el próximo juicio.

—Así es.

—Alex, es momento de descansar.

—Eso pensaba hacer hasta que surgió algo de improviso que me lleva de regreso a Estados Unidos.

—No es necesario que hagas ese viaje, ni que te adentres en Numec.

—Vine por eso. Necesito que me cuentes qué sabes.

—Creía que solo buscabas verme.

—Sí, claro, pero, además, quiero saber a dónde me mandan o, mejor, dicho, por qué.

—Y el jefe no te lo ha dicho.

—Poco y nada. Leí el expediente, pero no dice mucho. Según tengo entendido, es una cuestión entre agencias, aunque creo que hay algo más.

—Existe una cuestión interna que él no querrá decir. Desde que se creó la Oficina de Enlace Científico, Lakam, un desprendimiento de nuestro Ministerio de Defensa, comenzaron las rispideces. Como sabes, ellos cuentan con agregados científicos en las embajadas de Israel desparramadas por el mundo que nos traen información científica de lo que se está haciendo o si hay algún adelanto que debamos saber. Hay estudiosos también en las publicaciones de ciencia para estar al tanto de todo.

—Eso lo sé y no veo nada nuevo.

—A veces, las novedades se obtienen no por el canal del instituto, sino a través de la Oficina de Enlace Científico. Sería normal que así sucediera, por la información científica que deben manejar. La rivalidad ha existido desde que este organismo se ha creado. Ambos pugnan por quién cuenta con la información más certera y efectiva. Eso hace que escondan datos unos a otros. El Mossad busca estar por delante con la información que pueda recabar, y no necesita que Lakam le esté pisando los talones.

—¿Y por qué me busca a mí?

—Porque el jefe confía en ti y no estás contaminado con la burocracia del instituto al que perteneces ni con la Oficina Científica con la que compite de manera interna y solapada.

—¿Qué sabes de Numec?

—Es mejor que no vayas ni te involucres con eso.

—¿Por qué?

—Porque tu jefe sabe de dónde eres y el motivo por el que has abandonado aquel lugar. La mala relación con tu tío no es ajena a él ni a mí. No le importa eso y te está utilizando. Sabe que le traerás alguna información que por otro canal no tendrá.

—Y crees que regresar a casa complicará las cosas.

—Sé que enredará tu vida y que no es lo que necesitas. Ya te dije que dejes todo y vayas a buscarla.

—Lo recuerdo y es lo que pensaba hacer, pero esto atrasó mi viaje hasta Argelia.

—Alex, has luchado desde que llegaste aquí por vengar tu pasado y lo que le ha sucedido a tu madre. En parte, lo has logrado con la detención de Eichmann. Debes mirar hacia adelante.

—Yosef, mi tío no volverá a lastimarme; ha pasado mucho tiempo de eso. Además, quién te dice pueda sacarle alguna información, si la tiene, sobre la empresa.

Una sorda exhalación salió de la garganta del dueño de casa. Luego tomó un largo trago hasta acabar la copa de alcohol.

—¿Qué pasa, Yosef?

—Desde que mi primo se comunicó conmigo para hablarme de ti, supe que formarías parte de mi equipo, y así fue. Por más que yo no lo demostrara, me daba alegría cada logro que obtenías. Los años en los que estuviste alejado de tu casa forjaron lo que eres. Más allá de que todo tu pasado quedó encerrado en aquel pequeño pueblo en el que te criaste, siempre me preocupé de que lo vivido no interfiriera en ti.

—¿A qué te refieres?

—A espaldas de la organización, me mantuve al corriente con mi primo para saber de tu familia, mejor dicho, del único pariente que te queda vivo.

—¿Has estado investigando a Kacper?

—Nunca he abierto una línea de investigación sobre él. Solo me interesé en saber cuáles eran sus pasos.

—Si me lo dices, es porque has descubierto algo significativo.

—Hace un tiempo, pasó a integrar la planta de personal de Numec.

El impacto que le produjo a Alex esta noticia no lo ocultó.

—¿Ves? Por ese motivo es que te pido que dejes todo y vayas por Lena. Esto solo te traerá dolor, porque deberás enfrentarte a tu tío. Deja que lo haga el personal del instituto que está en Washington.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Hace un tiempo.

—¿Lo informaste al instituto?

—No lo creí necesario, además, ahora estoy fuera.

—¿Crees que se enteraron y por eso me envían allá? Si es así, podría argüir que estoy involucrado personalmente con la cuestión.

—No te darían una dispensa por eso, más conociendo cómo te mueves y que irías detrás del tema hasta el fondo. Y contestando a tu pregunta, no creo que lo sepan, pero eres funcional porque puedes ir más allá del resto. Los vecinos se acordarán de ti, de las travesuras hechas y hablarán sin pensar que lo hacen con alguien del Mossad, eso marca la diferencia.

Alex reflexionaba mientras recordaba los años en los que trabajaba y estudiaba. Muchas veces se perdió los juegos con amigos para trabajar y ahorrar, en secreto, para así obtener el boleto que le permitiría comprar el pasaje hacia su independencia. No buscaba enmarañarse en los recuerdos, debía centrarse en todo lo que Yosef podía decirle.

—¿Crees que me están utilizando?

—Eso lo hacen siempre.

—Les daré el gusto y saldré cuanto antes para terminar pronto este tema y regresar por Lena.

—Yo sabía que esta sería tu reacción y ellos también. No piensas dar marcha atrás, ¿verdad?

—No.

—Entonces, sírveme otra copa de alcohol para que te ponga al tanto sobre lo que sé.

Alex se levantó para servir sendas copas sin dejar de pensar la implicancia que le traería el regreso a casa.

—Numec ha sido una empresa fundada por un tal Shapiro, de origen judío como nosotros. Él ha colaborado, como pudo, con nuestra causa. Sin dudas, es un prominente químico, lo que ha permitido fundar esta empresa dedicada a desarrollar métodos de procesamiento nuclear. Sí se sabe que ha conseguido contrato con la Marina estadounidense para la realización de reactores para los submarinos.

—Es una empresa importante.

—Se ha ido forjando de a poco. La firma no fue construida hace tanto. Fue levantada bajo los cimientos de una fábrica de acero creada a partir de la Segunda Guerra Mundial. En aquel momento, imagínate la demanda que tenía por parte del Gobierno. Luego, por cuestiones familiares, debió cerrarse. Más tarde fue adquirida por una sociedad conformada por más de una veintena de socios, en donde Shapiro es la piedra angular de ese negocio. Sin él, nada podría funcionar. Claro que su capacidad está centrada en los avances químicos, no en lo operativo de cualquier negocio.

—En Dimona se instaló solo un reactor nuclear. Eso no genera ningún riesgo, ya que no cuenta con material radioactivo como uranio o plutonio, elementos esenciales para una bomba nuclear —acotó Alex.

—Exactamente, y es ahí donde entra en juego Numec. Según se dice, no es una fábrica que sea estricta en cuanto a los controles de las sustancias que manipulan. Tampoco en los libros para controlar la salida y entrada del material. Eso favorece cualquier operación comercial que se quiera entablar por detrás de lo legal.

—¿Venta ilegal de uranio o plutonio?

—Podría ser. El tema no es que lo haga, sino con quién lo hace o, lo que es peor, que nos involucren como receptores del plutonio o el uranio. Sabemos, además, que mantiene contratos para recuperar el uranio enriquecido. En este procedimiento, se debe desechar otro tanto de uranio, y ¿hacia dónde iría? Esa es la gran cuestión por dilucidar.

—Y ese material descartable de uranio podría ser comercializado sin que las autoridades lo sepan. Podría llegar hasta cualquier planta que tenga un

reactor nuclear, como la que tenemos en el desierto de Néguev.

—Exacto, eso nos lleva a Dimona. ¿Recuerdas el control de la zona?

—Así es, pero no ha sido óbice para que los estadounidenses fotografíen la zona y crean que allí se cocina algo más.

—¿Supones que cuentan con la información de que se hacen envíos desde Numec hacia la planta de Dimona? Porque, si así fuera, otro sería el procedimiento.

—Pienso igual. No hay una información fidedigna, solo un rumor que cobraría cuerpo si se confirma, pero nada de eso es certero. Estoy seguro de que puede haber algún topo que esté dando información solo para perjudicarnos. Con un rumor bien fundado, se ha comenzado una guerra. Nuestro accionar ha levantado rivalidades y qué mejor que nos enfrenten a uno de nuestros aliados.

—Y que nuestros enemigos vendan pescado podrido en nuestra contra.

—Así es. Hay varios motivos para atacar a Israel, lo sabes. Es por eso que el jefe te quiere ahí para que hurgues al respecto.

—Lo haré, además, tengo un pariente que puede ser de ayuda —replicó son sorna.

—Alex, no vale la pena que te inmoles por esto. Saca provecho de la cercanía de la zona y su gente, pero nada más.

—Será así, te lo prometo.

—Espero que tengas tiempo de visitar a mi primo.

—Por supuesto, eso es lo que hará mi visita más alentadora.

—¿Te quedas a cenar?

—Solo si permites que prepare algo.

—Por supuesto, no creo estar en condiciones de cocinar.

—Vamos, no te quejes —replicó con complicidad.

No fue necesario que Alex preparase la comida, porque la cena ya estaba sobre la mesada cubierta con un repasador.

—Te dije que debes cuidar a esta mujer.

—Tienes razón.

Pasaron la cena con un diálogo distendido, algo que Alex necesitaba para lo que debía enfrentar.

* * *

La ciudad de Nueva York se pincelaba de tonalidades ocre. La época otoñal había tapizado las aceras de hojas secas que remontaban vuelo en cada fuerte exhalación del viento. Hacía dos días que Alex había arribado, en una escala hasta llegar a Pensilvania. Había desechado hablar a Kacper para avisar de su pronta visita. Prefería jugar con el efecto sorpresa. Permanecer un día más y recorrer esas calles eran un permanente recordatorio de la visita de Léa, la que había marcado una bisagra entre ambos. Esa mañana, como las otras, había salido a correr por el Central Park para liberar las tensiones a las que estaba sometido y las que vendrían. Poco después, se encontraba en el edificio donde pernoctaba cada vez que viajaba allí.

—Cuánto tiempo sin verte.

Desde la otra puerta que daba al pasillo, asomó Steph. No importaba la hora del día que fuera, ella siempre estaba vestida y maquillada como si el mundo se terminara en segundos. Se acercó caminando de manera insinuante con movimientos de cadera exagerados.

—Te habría preparado otro recibimiento, aunque creo que estoy a tiempo, ¿verdad? Me gusta verte transpirado.

—Steph, de verdad no es necesario que te esfuerces. —Le tomó la barbilla —. Me ducho y debo irme. No sé cuándo volveré, pero, si lo hago, me acompañará alguien que me importa.

—Es ella, ¿verdad? —No hizo falta que le contestara para saber la respuesta —. Si en algún momento crees que ella no es la indicada, sabes cuál es la puerta de mi apartamento.

Alex le respondió con una frase no exenta de afectuosidad, que, sin embargo, le dejaba claro que no volvería a llamar a esa puerta.

Antes de abandonar la ciudad de Nueva York, Alex había rentado un vehículo para el viaje. La música de una estación radial tronaba dentro del Impala. En cada kilómetro recorrido, saltaba a su mente un recuerdo de la época en que residía en el pueblo al que se dirigía. Aunque se esforzara por evocar un tierno y emotivo momento, no podía. En ese trayecto al pasado,

rememoró su época de estudiante. Cuánto le habría gustado haber tenido la vida de otros compañeros de escuela, pero la exigencia de Kacper era demasiada. A las horas de estudio, debía sumarles las que le dedicaba a trabajar para ahorrar dinero. Al principio no se quejaba, porque haber abandonado la Europa devastada por la guerra era el sueño de cualquiera que hubiera sido víctima del horror vivido. Dormir en una cama y ser alimentado a diario era más de lo que pudiera pedir. Durante bastante tiempo había creído que algo en él fallaba, por no poder conciliar diferencias con su tío para crear un vínculo. Alex se esforzaba por ser aceptado por el marido de su tía. Debió pasar un tiempo hasta que se dio cuenta de que el sacrificio nunca bastaría para satisfacer los deseos de Kacper. Entonces, dedicó cada hora y cada minuto al estudio y al trabajo en su beneficio. Necesitaba salir de ese pueblo si buscaba ser alguien.

A través de los lentes de sol, observó el cartel de bienvenida del pueblo al que había llegado de la mano de Edna, su tía. Algunas de las calles desiertas daban vida al poblado. En la intersección con la calle principal, asomaba el instituto escolar con la fachada de ladrillo y el amplio jardín que lo antecedía. Parecía una construcción fantasma ante la falta del alumnado y del bullicio que resonaba en los días de semana. A un costado, a orillas del río, había un sendero por el que corría a diario para olvidar. El único recuerdo por el que daría su vida para conservarlo en la memoria era el de Lena. Saber de ella y comprender que muy pronto podría verla le dio impulso para atravesar las calles hasta llegar al vecindario en que había crecido. Una línea de casas blancas con pequeños jardines formaba esa vecindad. Nada había cambiado desde que se había ido de allí. Algunos de los vehículos de los vecinos se encontraban estacionados en los garajes. Se detuvo frente a la propiedad familiar. Parecía que nadie se había preocupado por darle una mano de pintura al frente de la finca, luego de que él lo hubiese pintado antes de abandonarla. Descendió y llamó a la puerta. Había notado un movimiento en el interior y comprendía que había alguien dentro. La puerta se abrió de inmediato.

—Alex, era hora de que te dignaras a visitarme.

Él no dejó de contemplar al hombre con el que había debido lidiar durante años. El tiempo le había marcado con arrugas el implacable rostro. Lo que no había logrado modificar era el rictus que lo definía.

—Eso mismo pensaba yo —replicó.

Alex apreció la duda en el gesto de Kacper por no saber si había sinceridad en ese comentario o tan solo ironía o sorna.

—Pasa.

No bien entró, hizo una rápida mirada alrededor. En la sala, cada objeto estaba en el mismo lugar de cuando se había ido. Ambos enfilaron hacia la cocina.

—¿A qué se debe tu regreso? —preguntó mientras preparaba café.

—Tenía unos días de vacaciones y pensé en hacerte una visita.

—Días libres de tu último trabajo, ¿verdad? —sentenció al apoyar el tazón de café.

En las pocas oportunidades en que hablaban, Alex le contaba sobre algún trabajo que le surgía, aunque nunca le decía la verdad acerca de su profesión.

—Creí te encontraría si venía un fin de semana, no sé si aún trabajas.

—Claro que sí. ¿Cómo crees que puedo mantener todo esto?

—Tienes razón. Y conservas el trabajo en…

—No pude sostener la pequeña fábrica que fundé antes de que te fueras, creía que con tu ayuda podría conservarla. Pero no fue así, tenías tus planes y no eran los mismos que los míos.

—Lo lamento.

—Habría sido mejor que lo hubieras lamentado antes. De ese modo no debería haber sacrificado la incipiente empresa que fundé.

—En eso coincido; no siempre se consigue lo que se quiere.

—Parece que los años te han vuelto más mesurado.

—Kacper, ha pasado tiempo desde que me fui. No soy el mismo.

—Aunque no hayas logrado establecerte en un trabajo para ser alguien.

Una sonrisa de costado asomó por el rostro de Alex. Nada de lo que él hiciera podía complacerlo.

—Lamento decirte que tienes razón.

—Al fin me das la razón en algo.

—Era solo una cuestión de tiempo para que sucediera —dijo al beber un sorbo de café—. Aún no me has contado dónde estás trabajando.

Al dueño de casa le costaba comprender el civilizado diálogo que estaban teniendo. No obstante, con cierta desconfianza continuó:

—En una fábrica que se instaló hace unos pocos años en las afueras del pueblo.

—¿Y a qué rubro se dedica?

—¿Desde cuándo te preocupa lo que hago?

—Tú lo has dicho, he cambiado. Me pareció que era un buen modo de entablar una conversación sin altibajos.

Kacper meditó unos largos segundos, mientras bebía el último sorbo de café.

—Es una industria que se dedica, entre otras cosas, a recuperar uranio enriquecido. No creo que lo entiendas, porque es algo complejo.

—Siempre te has jactado de tus conocimientos de química. Supongo que estás en el lugar indicado.

—Así es. Todo lo que sabía me ha sido de utilidad para el empleo y es lo que ha determinado que esté dentro. Shapiro, el dueño, tiene un doctorado en química —lanzó con displicencia—, y los socios apoyan el manejo que hace de la empresa. Todos ellos colaboran con Israel.

—Además de tus conocimientos, eso te debe haber acercado más a ellos.

—Por supuesto —afirmó con una media sonrisa difícil de descifrar—. Hablando de eso, ¿qué me dices de la captura que hicieron en Buenos Aires? Supongo que estarás al tanto.

—Por supuesto, es imposible ignorarlo. Es algo que debía hacerse, ¿no lo crees?

—Sí, aunque habrá un conflicto político o diplomático por el modo en que sucedió. El Gobierno de Israel y el Mossad deberán responder.

—Mis conocimientos llegan hasta lo que informan los periódicos.

—Me imagino. ¿Piensas quedarte aquí? He hecho unos cambios —dijo al levantarse.

—No lo he pensado.

Caminó hasta la escalera que conducía a lo que había sido su habitación.

Enseguida comprendió lo que hallaría no bien traspasara el umbral. Lo único que seguía indemne era el crujir de unos tablones de madera pertenecientes a dos escalones de la escalera, cuando se pisaba en un lugar preciso. Cada vez que su tío los aprisionaba, él sabía que se había acabado la paz en esa casa porque había llegado. En la habitación que había sabido ser el refugio de Alex, nada quedaba, ningún objeto que le hubiese pertenecido. Kacper se había deshecho de los trofeos deportivos, de los libros y los póster que Alex había colgado detrás de la puerta del placar.

—Necesitaba espacio. Supuse que no regresarías.

—Me puedo arreglar igual.

—¿Piensas quedarte aquí? —preguntó con espanto.

—Al menos hasta dentro de dos días, que se desocupe el motel.

—¿Has pasado por allí?

—Sí, pero, si te molesta, puedo…

—Está bien. No necesitas que te indique dónde están las cosas.

—No es necesario. Bajaré el bolso del coche.

Kacper esperaba que esos pocos días que estuviera Alex los transitaran del mejor modo. Parecía que el muchacho había cambiado; los aires de rebeldía del pasado se habían calmado.

En el pueblo comenzaba el renacer nocturno con los bares que abrían sus puertas. Alex acababa de cambiarse para hacer una recorrida. Si buscaba cierta información, ahí podía encontrarla. No bien bajó la escalera, escuchó el murmullo de unas voces provenientes de la cocina y hacia allí fue.

—Alex, veo que te vas.

—Sí, iré a dar una vuelta.

—Te presento a Johnny, un viejo amigo, ¿lo recuerdas?

Alex lo saludó al tiempo que una sensación extraña le recorría todo el cuerpo. Desconocía el motivo. En ese mismo instante, supo que Yosef tenía razón y que regresar a la casa le traería un cúmulo de sentimientos que, por más que estuviese acostumbrado a controlarlos, pugnarían por salir.

—No.

Sin embargo, había algo familiar en ese rostro que no podía identificar. Seguramente, sería el esposo de alguna antigua amiga de su tía.

—¿Eres compañero de trabajo? —preguntó para sacarse la duda.

—Así es. Por él tuve la oportunidad de ingresar a la fábrica —replicó ante una mirada cómplice de aquellos que se conocen.

—Nos veremos pronto —los saludó Alex.

Dejó de darle demasiada importancia a las cosas y salió de allí. Unas cervezas ayudarían a sacarlo de la maraña de recuerdos en la que estaba inmerso desde que había llegado a ese maldito pueblo.

* * *

En apariencia, Numec era una empresa que trabajaba con normalidad. Un gran número de empleados integraban la lista del personal. Para averiguar algo más, decidió ir a buscar a su tío al horario de la salida de fábrica. Mientras aguardaba fuera, encendió un cigarro sin dejar de mirar lo que acontecía alrededor. A cierta distancia observó a la visita de Kacper, el tal Johnny, hablando con un operario. Poco después lo vio aproximarse a la salida.

—Disculpe, estaba esperando a Johnny —mencionó al levantar la frente e indicar hacia donde se había retirado el hombre—, pero veo que se ha ido.

—Quizá, pueda alcanzarlo.

—Tal vez, mañana pueda verlo por acá.

—No lo creo, él viene cada tanto.

—Pensé que trabaja aquí.

—No, a mí me lo presentaron hace un tiempo, creo que es doctor en química. No quiero llegar tarde.

Entonces Alex recordó, por esa referencia, haberlo visto tiempo atrás en vida de su tía.

—Gracias, no busco retrasarlo —replicó Alex y agregó—: Se lo presentó ese hombre que acaba de salir, ¿verdad?

—Exacto, debo irme.

—Hasta pronto.

Kacper acababa de salir de la fábrica. Avanzaba hacia Alex con ínfulas y con cara de pocos amigos.

—¿Qué haces aquí?

—Creí que sería una buena idea ir a tomar unas cervezas.

Kacper se quedó sumido en un silencio sugestivo. Segundos después asintió, no le vendría mal tomar un poco de su bebida preferida.

—Acepto.

Alex se subió al Impala inmerso en sus pensamientos. Ni siquiera la música que sonaba dentro lograba alejarlos. La atmósfera de humo daba marco al bar entre copas de cerveza, bullicio y música de fondo. Ambos se ubicaron en la barra para beber. No habían conversado mucho, aunque, si se comparaba con los momentos vividos, podría decirse que era suficiente. La aparición de un viejo conocido ayudó a la charla.

—Mañana no tienes obligaciones como yo —dijo Kacper a Alex—, me iré a casa.

—Me bebo otra y luego iré.

Una vez que Kacper salió, Alex le dejó unos billetes al camarero y partió, pero con otro rumbo. Esa noche, Alex volvería a Numec para comprobar lo que venía observando las últimas noches. El frente de la fábrica se encontraba alumbrado por las luces ubicadas a lo largo de la fachada, que destellaban en la oscuridad nocturna. El cerco de alambre marcaba el perímetro del lugar. Sin embargo, la parte trasera parecía pertenecer a otra empresa, y no contaba con ningún control. Atravesando el patio trasero, había un amplio galpón que servía de depósito. El portón de metal se mantenía cerrado, salvo por las noches. A una misma hora, se abría para que ingresaran con el mayor sigilo unos contenedores, cargados con unos tubos que contenían un cartel de "prohibido acercarse". Antes de despuntar el amanecer, eran retirados y colocados en unos camiones para ser trasladados a otro depósito de las afueras del pueblo. Estaba claro que esa operación se desarrollaba fuera del normal movimiento que tenía la empresa. Muy probablemente, se llevase uranio enriquecido, ya que esos cargamentos estaban cubiertos por plomo, material necesario para transportarlo.

Antes de retirarse de allí, vio que una figura salía del depósito para fundirse

en la oscuridad nocturna. Alex notó un automóvil estacionado a cierta distancia y que el sujeto enfilaba hacia allí. Él fue a buscar el propio para seguirlo. Debía poner mayor distancia e ir detrás, porque a esa hora de la noche no circulaban muchos automóviles, y en ese pequeño poblado se podía identificar a cualquiera. Con sorpresa vio que el coche se detenía. El conductor, luego de descender, acababa de ingresar a una casa. Supo que no se había equivocado: el tal Johnny era quien acababa de franquear el ingreso a la propiedad. Se quedó allí haciendo una guardia, aunque el sujeto que había entrado se quedaría durante largo tiempo. Luego de que el sujeto se marchase, Alex hizo lo propio.

El viento no había amainado, debido a la tormenta que se avecinaba. En medio de la opacidad de esa mañana y el clima desapacible, Alex llegó al cementerio del lugar. Los pocos árboles que poblaban el terreno estaban desnudos. Sus ramas, como brazos huesudos, luchaban por no doblegarse ante la ventisca levantada. Una serie de lápidas, unas de mármol y otras de madera, se alineaban a lo largo del camino. Se dirigió hasta una de ellas, en la que resaltaba el nombre de Edna grabado sobre la superficie de granito. A ella le debía haberlo sacado de la orfandad en que estaba inmerso, luego de haber sido rescatado de Gurs junto a Lena. No había llevado flores, consigo llevaba el profundo recuerdo que tenía de su tía que, inexorablemente, lo alcanzaba hasta evocar también a su madre. Parecía no haber desentonado al no haber llevado una ofrenda, podía notar que desde hacía tiempo esa tumba no había sido visitada ni arreglada.

—Alex, ¿eres tú?

No bien se dio vuelta, se encontró con un viejo vecino del pueblo que por su comportamiento se había ganado el mote de “loco”. Tampoco contaba con la simpatía de los habitantes del lugar.

—No te habría reconocido si no estuvieras aquí frente a esta tumba, estás cambiado.

—Los años no han pasado en vano.

—Me alegra verte aquí.

—¿Por qué?

—Desde hace tiempo nadie viene a visitarla. Soy yo el que la cuida.

—¿No has visto a Kacper por aquí?

—No.

—Gracias, Tony.

—Es mi trabajo. Estoy feliz de estar entre los muertos. Ellos no hablan ni te molestan.

—Tienes razón, un gusto verte.

Le entregó algo de dinero al pobre hombre. El anciano le estrechó la mano a Alex antes de que emprendiera el regreso a la casa. Ya se había desatado un vendaval.

Sin lugar a dudas, desde que había llegado, había recabado más información de la que esperaba. Aunque lo único bueno de su estada allí había sido el encuentro concertado con quien había sido su profesor de Historia. Meyer se había mostrado contento con la aparición de Alex en el poblado y la conversación se había mantenido en el carril de los recuerdos y en la actividad que el profesor aún ejercía. Del resto, referido a lo que le competía a Axel, nada se había mencionado, por más que Meyer supiera cuál había sido el trabajo de su primo tiempo atrás. Poco después, Alex abandonó el poblado que lo había visto crecer con algunos interrogantes, aunque en esa oportunidad no esperaba dilucidarlos. Como le había dicho su mentor, era mejor que dejara el pasado donde debía estar, allá lejos.

CAPÍTULO 17

A pesar de todo

La atmósfera que se respiraba en la ciudad era inquietante. El murmullo sobre que algo estaba por suceder crecía día a día. Kheira se encontraba sola. La despedida con Léa le había dejado un vacío y en esos días había tenido tiempo de reflexionar. Había llegado a la conclusión de que debería abandonar Argel, a pesar del fuerte impulso que la había llevado hacia allí. Como le había manifestado su amiga, si Said hubiese querido contactarse, ya habría tenido novedades de él. No comprendía qué le impedía hacerlo. Esa tensa espera la estaba matando. Quizás irse fuera lo mejor. Sin lugar a dudas, la aparición de Olivier había complicado más la situación. No lo había vuelto a ver desde que habían compartido esa íntima conversación en la colina a orillas del mar. La sensación de que alguien estaba tras sus pasos era permanente. Desconocía quién sería, aunque pensar en las distintas alternativas la enloquecía. Esa mañana, como las otras, bajó para desayunar. No la vio a Halima detrás del mostrador desde donde registraba todo cuanto sucedía. En el salón había unas pocas personas. No era común que a esa hora del día el comedor estuviera casi desértico. Se sentó en la misma mesa de siempre, aunque no tenía apetito. Debería alimentarse mejor si buscaba resistir en ese lugar. De pronto, el silbido de unos disparos irrumpió en la sala. El sonido provenía del exterior, pero se escuchaba muy cerca. Kheira salió disparada hacia la habitación para buscar su bolso con la documentación que le permitiese deambular antes de que la volviesen a detener. Al salir del cuarto, vio que todos abandonaban el lugar en una estampida.

—¡Están atacando a la gendarmería!

El estado de ebullición dentro del albergue era absoluto; evitó imaginarse cómo sería afuera. Ante la desesperación, Kheira los siguió. No pensaba quedarse un minuto allí dentro. De repente, el tronar de unas bombas silenció el de los disparos. La calle era un caos. Los gritos de los *pieds-noirs* se hacían oír; se habían levantado en armas porque intuían que pronto el Gobierno francés accedería a la independencia de los argelinos, por lo que ellos deberían abandonar esa tierra. Los habitantes de Bab el Oued y de las zonas aledañas sabían que ese era el principio del fin. En un sentido o en otro, todos estaban levantándose en armas para luchar.

Kheira se encontró sola, ya que cada cual buscó refugio en el lugar que creyó conveniente, aunque la ciudad estallaba por todos lados. Ella veía que eran unos contra otros, y en esa lucha ella se sentía ajena. Corría sin rumbo intentando alejarse del conflicto. En medio de la huida para abandonar el

barrio Bab el Oued, encontró un rostro conocido. En esa instancia, creía que era lo mejor que podía sucederle e hizo a un lado las reservas que pudiera sentir por Fátima, quien se aproximó corriendo hacia ella. Había pasado unos días sin verla, desconocía el motivo, aunque agradecía esa ausencia. Creyó que era un golpe de buena suerte hallarla en aquel caos, ya que Fátima podría sacarla de ahí.

—Pensaba ir a buscarte, ven conmigo.

A pesar de la duda, Kheira la siguió para intentar huir de ahí lo antes posible.

—¿Adónde vamos?

—A una zona más segura.

Kheira la siguió en silencio en medio de los disparos, cánticos y proclamas que la rodeaban, sin saber que se acercaba al punto neurálgico del combate. En el *boulevard* Laferrière, se hallaban apostados los gendarmes franceses. En ese lugar, rodeado de palmeras que brindaban un marco inigualable a la plaza ubicada en frente, junto a los edificios de reminiscencias moriscas y árabes que la circundaban, se libraba una lucha sin cuartel. En uno de los edificios que rodeaban el sitio, se encontraban algunos integrantes del *fln*. Los rebeldes habían acudido para combatir al ejército. No importaba que esa revuelta se diera a instancias de los mismos colonos que no querían que el presidente francés accediera a brindarles a los musulmanes la independencia, como lo había hecho con Marruecos y Túnez. Algunos militares apoyaban la revuelta para reafirmar su actitud colonialista, porque tampoco querían que las autoridades francesas otorgaran la independencia. Sin dudas, eso provocaba un desconcierto mayor, ya que cada cual defendía sus intereses.

—Cada vez se suman más a nuestra causa —dijo Abdelkader apostado con un arma en un hueco de una ventana, mientras sonreía al ver la multitud—. Es más de lo que imaginamos.

—Al fin esto debía suceder —replicó Said.

Durante ese último tiempo, los rebeldes estaban sufriendo bajas. No se podía comparar el número de soldados franceses con el conformado por el brazo armado del *fln*. Los rebeldes se habían movilizado para encabezar el conflicto desde que se habían enterado de que la revuelta contra las autoridades galas se estaba urdiendo. Necesitaban que se sumasen adeptos para dar el golpe final. Ninguno de ellos creía en la palabra del presidente francés sobre que les daría la independencia; ya no podían sostener la lucha armada mucho más tiempo. Desde hacía seis años, mantenían ese combate; muchos compañeros habían muerto y otros estaban cansados de continuar con

una contienda que parecía no tener final. A esto se le agregaba la necesidad de armas y apoyo logístico que no siempre conseguían.

—Alá nos ha escuchado.

—Ya sabes lo que debes hacer.

Abdelkader asintió con absoluta convicción. Claro que la orden no se refería a la manera de luchar, sino a Kheira. Ya estaba todo planeado y había llegado el momento.

—Sí.

La convicción de Abdelkader se había transformado en algo personal. Con la mira de su arma, pasaba revista a lo que sucedía enfrente. Said y otros compañeros estaban diseminados en ese edificio para lanzar disparos certeros, al tiempo que otros se encontraban desparramando bombas en barrios estratégicos.

—Aún no llegaron los paracaidistas militares.

El discurrir de las horas del día, lejos de apaciguar el conflicto, lo intensificó. Ante la certeza de que el combate se extendería durante días, las fuerzas comenzaron a construir barricadas con piedras y bolsas que servían de escudo y protección en distintos puntos de la ciudad. A la par de los manifestantes, que entre proclamas y cánticos reclamaban por la liberación, avanzaban las jóvenes. Musulmanes, *pieds-noirs*, miembros del ejército y adeptos del Frente de Liberación Nacional, todos envueltos en semejante contienda.

El sordo sonido de los disparos había acompañado a las mujeres desde que habían salido del albergue. A Kheira no se le escapó que Fátima iba con un arma oculta entre las capas de su vestimenta, aunque hasta ese momento no la había usado.

—Vamos a detenernos aquí hasta que esto se calme un poco —indicó Fátima.

La calle estaba arrasada: escaparates rotos y automóviles apedreados.

—No creo que suceda —replicó Kheira azorada al contemplar su alrededor.

—En unas horas, retomaremos el camino.

Kheira asintió, no le quedaba otra que aguardar hasta saber qué ocurriría en esa convulsionada y ardiente Argel. La espera se había hecho interminable; la

gente agolpada en el recodo de la ciudad comenzó a disiparse, pensando que quizás la hora del atardecer sería más propicia para regresar a lo que quedaba de sus hogares.

—Es hora de irnos —señaló Fátima como si le hubiera leído la mente.

Kheira continuó caminando por distintos recovecos de la ciudad, no sabía dónde estaba.

—Creía que iríamos a tu casa —dijo al ver el edificio en el que se detuvieron.

Ella pensaba que la casa de la joven sería el lugar más seguro, ya que estarían protegidas por la familia de Fátima.

—No, aquí pasaremos la noche y estaremos bien, te lo aseguro. Vamos.

Ambas ingresaron a una edificación en penumbras. Las lámparas del lugar estaban rotas. Los cristales de los vidrios se encontraban diseminados por el piso y crujían a medida que ellas avanzaban por el salón. El sonido de los disparos se había apaciguado, pero Kheira desconocía si era debido a una tregua que habían convenido las partes intervinientes en el conflicto o a que en ese momento del día se aquietaba el combate para activarlo horas después. Lo único que le pesaba era el agotamiento que sentía en una jornada que parecía interminable. Caminaron por un largo pasillo con una tenue luz que alumbraba el trayecto hasta llegar al fondo en donde desembocaba una escalera.

—¿Hacia dónde vamos?

—A un lugar seguro.

Kheira no lo puso en dudas cuando descendió hacia un subsuelo. Estaba convencida de que allí nadie podría alcanzarlas. La puerta se abrió y entraron. El olor a humedad la sobrecogió, aunque lo que más la alertó fue comprobar que no estaban solas. Podía sentir la presencia de alguien más.

—Kheira.

La joven se dio vuelta al escuchar una voz familiar. Hacía cuánto tiempo que no la oía. Por él había cruzado Francia para llegar a Argelia. De inmediato, las lágrimas le bañaron el rostro. Luego de lo acontecido, se daba cuenta de que todo había valido la pena y de que no había sido en balde su arribo a la ciudad.

—Said —susurró entre sollozos.

—Mejor me voy —dijo Fátima—. Espero arriba.

—¿Sabías hacia dónde veníamos? —le preguntó la muchacha a Fátima.

—¿Tú qué crees?

La confusión de Kheira le nubló la mente al darse cuenta de que Fátima era colaboradora en la causa de su hermano. Los interrogantes se le agolparon: ¿por qué si ella sabía que Kheira era hermana de Said no había dicho nada?, ¿qué rol había cumplido en París cuando organizaron el viaje?, ¿a partir de qué fecha formaba parte del grupo de rebeldes? En cualquier caso, su hermano había sabido siempre dónde encontrarla, algo que la había perseguido durante bastante tiempo. Y el interrogante mayor: por qué Said había tardado tanto tiempo en propiciar el encuentro. Dejó a un lado sus cavilaciones, les restó importancia porque debía centrarse en quien estaba enfrente: la persona a la que ella había ido a buscar. El gesto adusto que cruzaba el rostro de él mostraba la disconformidad que tenía al verla.

—¿Por qué has venido aquí? —reclamó Said.

No era la pregunta que ella esperaba oír.

—Quería saber de ti. Te has mantenido alejado de nosotros, sin comunicarte.

—¿Y creías que viniendo aquí solucionarías todo?

—Así es.

—¿Eso es todo?

Kheira lo vio acercarse y observó un gesto en el semblante de su hermano que antes no había visto. Ninguna emoción de cariño lo atravesaba, por el contrario, el rostro reflejaba inquina y resentimiento. Deseaba, desde lo más profundo de su corazón, estar equivocada en la percepción que tenía.

—¿De verdad piensas que voy a creerte? —siseó al tomarle el cabello y tirarlo hacia atrás—. Te has vuelto una de ellos —agregó al inclinarse hacia ella.

El cambio de aspecto que Kheira había sufrido se lo había adelantado Abdelkader. En un principio, había dudado de sus dichos, aunque sabía de la fidelidad de su camarada. Atrás había quedado el hiyab que con orgullo y tradición debería enaltecer el rostro de su hermana. En un acto reflejo, él tomó las puntas de la larga cabellera, la parte de su cuerpo que debía estar cubierta por el velo que le brindaba identidad y definía su lugar en la sociedad. Ella

había tirado por la borda cada una de esas cualidades, y lo que era peor, por la aparición del enemigo, un militar francés que estaba en las antípodas de su lucha y principios, a quien ella se había entregado, según razonaba Said.

—¿En quién te has convertido? —agregó al empujarla.

—No es lo que piensas.

Si bien Kheira podía comprender el enojo de su hermano, nunca avizoró que el ansiado encuentro pudiera transformarse en algo tan desagradable.

—Quiero que me digas desde cuándo estás en contacto con el ejército.

—Nunca lo estuve.

—No me mientas. —La empujó contra el muro—. ¡Dime la verdad!

—Es verdad. Quise venir hacia aquí para saber de ti. No tuve otra intención.

—¡Y por ese motivo has estado en contacto con un militar francés! —exclamó—. ¡Te has vendido al mejor postor e imagino lo que le has entregado a cambio!

—¡Cállate!

—¡Mi propia sangre me ha traicionado! —bramó.

Enseguida, la mano de Said golpeó la mejilla de Kheira. Sin poder recuperarse, recibió otra bofetada en el otro lado. Kheira se abalanzó para golpearlo. Los golpes de puños de ella no lo habían mosqueado, pero sí lo encolerizaron más de lo que estaba. Ella nunca le había tenido miedo, aunque se daba cuenta de que conocía solo una parte de la vida de su hermano. De la otra, la desarrollada en tierra argelina, la que lo había posicionado en el puesto que tenía, poco sabía. Él también se había transformado en alguien diferente al que ella conocía y quería. Nada le importaba, salvo la causa que defendía y que estaba por encima, incluso, de su familia, de su propia sangre, en especial de su hermana, que se había transformado, a sus ojos, en una traidora.

—Abdelkader, ¡hazte cargo de ella! —exigió al empujar a Kheira a un rincón del sótano—. No tengo tiempo para más. Sabes qué hacer.

Kheira estaba aovillada en un rincón. Nunca se habría imaginado que su hermano pudiera actuar de ese modo. Siempre la había protegido. Ambos habían mantenido un vínculo que ella creía que perduraría en el tiempo, a pesar de las circunstancias que pudieran separarlos. A un costado, asomó la figura de un hombre que la miraba con recelo y ambición. Algo se dijeron

entre ellos, antes de que Said abandonara el húmedo recinto. Ese lugar había pasado a ser en pocos minutos el mismo infierno. La aparición del demonio se cristalizó en el compañero de armas de Said, con quien la había dejado.

—No me recuerdas, ¿verdad?

Ni siquiera la barba que le cubría parte del rostro podía ocultarle el aspecto atemorizante. Sobre un hombro, llevaba un fusil que colocó a un lado sin dejar de observarla. Parecía devorarla con la mirada.

—Te he visto en varias oportunidades en tu casa, cuando eras de los nuestros.

Estaba claro que ella no lo convencería de lo contrario. No lo había logrado con su hermano, menos con este sujeto que destilaba deseos oscuros y malignos a través de esos ojos negros.

—Recuerdo verte en la casa que habitaban con tu familia, siempre tan huidiza.

Se le acercó. Kheira se deslizó por la pared para levantarse. No pensaba amedrentarse frente a ese sujeto que pretendía infundirle temor. No podía creer cómo Said la había dejado en manos de ese hombre.

—Siempre distante y mirando con ese aire de desprecio.

—¿Qué quieres?

—A ti, aunque todo a su tiempo.

Un frío helado recorrió el cuerpo de Kheira. Dónde estaba Fátima, que no aparecía. De inmediato, le resultó evidente que no podía contar con ella y que estaba allí, en ese lugar inmundo, en compañía de ese sujeto, gracias a las gestiones de quien aseguraba haberla ayudado a salir de conflicto armado. Ella se había equivocado al creer que había burlado la presencia de Fátima. Sin dudas, la joven musulmana había estado tras sus pasos en todo momento. Estaba convencida de que no había alguien más a quien recurrir y de que debería apañársela en soledad. A pesar de eso, no iba a permitir que ese sujeto hiciera lo que quisiera con ella.

* * *

Al otro lado de la ciudad, la conmoción que se vivía era completa. El edificio en donde se ubicaban las oficinas del comando militar estaba más

concurrido que de costumbre. La actitud ambigua de los militares era notoria. Las órdenes que todos debían cumplir respecto a condenar a los sublevados habían sido contrariadas por algunos militares que no respondían a sus superiores.

—¿Qué mierda pasa aquí? —dijo el general Mercier.

Brunet se había presentado ante él con la certeza de que había encontrado a uno de los traidores de aquella asonada.

—Es como le cuento.

—No puede ser.

—Desde que dio la orden de que Olivier Girard se encargara del asunto de Said Moussaoui, tuve dudas. Nunca quiso compartir la información que tenía y estuvo detrás de ella, pero no por los motivos que esgrimió. Poco le ha importado ser fiel a su pedido, sino traicionarnos en pos de la hermana de Said. Por ella, él ha sido capaz de no contar cuáles eran sus verdaderos planes.

En la mesa del escritorio del general, había lanzado unas fotos que certificaban los encuentros que Girard había tenido con la joven. Aunque no habían sido muchos, las imágenes servían para desmentir a Olivier cuando le había confesado a Mercier que no había mantenido contacto con la joven, ya que estaba atento a lo que se decía que ocurriría en breve en la ciudad. Le había restado importancia a la joven afirmando que estaba detrás de los ecos de la asonada.

—Girard no ha hecho más que protegerla sin llegar a su hermano. Hemos perdido tiempo vital esperando que él resuelva algo que no pensaba hacer.

El convencimiento en las palabras de Brunet apagaba cualquier cuestionamiento que se pudiera hacer, inclusive del mismísimo general.

—Quiero a Girard aquí mismo.

—Creí que lo más conveniente era que quedase arrestado en la celda.

—¿Y desde cuándo usted toma decisiones que no le competen?

—Lo sé general, pero no hubo otra alternativa. Con otro compañero, debí reducirlo a golpes porque nos atacó por detrás cuando estábamos por infiltrarnos con los rebeldes.

No había tiempo para darle vueltas al asunto. La ciudad ardía; lo que menos necesitaba era perder un minuto más en un militar que desobedecía las

órdenes. Mercier sabía que otros dos uniformados se habían pasado de bando y habían sido parte de la revuelta. Nunca imaginó que tuviera que lidiar contra los propios. Sus reclamos ante el Gobierno no habían sido escuchados. Ya estaba cansado de luchar de manera permanente en un combate que se había tornado inmanejable.

—Déjelo que su pudra allí hasta que vea qué hacer. Ahora mismo, quiero que se haga cargo de reprimir de modo eficiente la rebelión. Luego, nos ocuparemos de Girard.

—Así será —dijo al retirarse con una sonrisa en el rostro. Al fin había dejado fuera de combate a su rival y compañero de armas.

Olivier estaba tras las rejas por la vil maniobra de Brunet, que no había dejado de importunarlo y hacer ver las cosas como en verdad no eran. Hacía horas que se encontraba allí encerrado y comprendía que no sería liberado. Hacía poco que había recuperado la consciencia tras los fuertes golpes recibidos por dos de sus compañeros.

—¡Déjenme salir! —reclamó a viva voz.

Reiteró el pedido, pero sabía que era en vano, ya que había orden de que no lo asistieran. Con seguridad, habría pocos uniformados, porque la mayoría estaría combatiendo en las calles de la ciudad. El eco de unos pasos lo distrajo; alguien se acercaba a la celda.

—Si crees que gritando vas a obtener que te liberen, estás equivocado.

Allí parado con una sarcástica sonrisa, se encontraba Brunet. El aire de satisfacción le cubría el rostro.

—¿En verdad piensas que, urdiendo la mentira de que soy un conspirador, vas a sacarme de la fuerza?

—Lo único que me importa es quitarte del medio —dijo al acercarse a los fríos barrotes que los separaban—, y lo estoy haciendo.

—No por mucho tiempo.

—Siempre has actuado con suficiencia. Ya se te acabará cuando estés aquí más de lo que crees.

—Si me conocieras un poco, sabrías que no es así y que saldré de acá del modo que sea.

Una fuerte risotada resonó en el aciago reducto.

—Te has interpuesto en cada cosa que he hecho, en especial con Moussaoui y su familia —mencionó al recordar a Kheira.

—Estás enfermo.

—Basta ya, no tengo por qué soportarte.

—Deberás hacerlo, porque no me detendré hasta acabar contigo.

—No creía que estar aquí te alimentaría el sentido del humor. —Se acercó más a las barras de metal que los separaban—. Hay una gran diferencia entre nosotros: puedes continuar gritando, pero soy yo quien está al otro lado de esta celda apestosa.

Poco después, Brunet desapareció como el sonido de sus pasos que se perdían por el largo pasillo. Olivier supo que, una vez más, estaba solo para resolver lo que haría en breve. No pensaba permanecer un minuto más allí dentro; el paso del tiempo jugaba en su contra. Sin embargo, de nada habían servido los gritos de Girard en la celda. La conocía de memoria y sabía que no era posible encontrar un resquicio, lugar o hueco que le permitiese salir de allí.

* * *

La noche había caído en la ciudad para brindar una tregua al efectivo combate que había tenido lugar en sus calles. El conflicto armado se había llevado unas cuantas vidas entre civiles, manifestantes, militares y miembros la guerrilla, y otros tantos heridos. Sin embargo, parecía que eso recién comenzaba y que pasarían otras largas jornadas para que todo se calmase y se encontrase una solución. Kheira seguía a merced de ese sujeto, quien se había retirado del sótano, no sin antes atarle las manos y manosearla. Ella no dejaba de contemplar cada recodo de ese apestoso lugar para encontrar la manera de huir, pero no veía nada. Haber gritado y pedido por Fátima había sido en vano. Debería esperar a que ese hombre hiciera algún otro movimiento. De pronto, escuchó el sonido de la puerta al abrirse. Levantó la mirada hacia ese repulsivo camarada de su hermano que se aproximaba a ella.

—Veo que estás con ganas de chillar. —Se acercó y la tomó de la barbilla, lo que hizo que ella voltease de inmediato el rostro—. No te imaginas lo que voy hacerte gritar. No quiero que nadie nos interrumpa —susurró.

Le ató un pañuelo en la boca para evitar que hiciera más alboroto y le ordenó que se levantara, debería llevarla a otro lugar. Ese ya no era seguro,

porque no pasaría mucho tiempo hasta que los miembros del ejército lo descubriesen. Él y sus compañeros no solían quedarse mucho en un escondite. Fátima se encontraba merodeando por allí. Abdelkader había subido para cerciorarse de que ella se fuera con otro compañero, para asegurarse de que no molestaría.

* * *

Nadie podía permanecer ajeno a los disturbios suscitados en la ciudad. Lejos de la Casbah llegaban los rumores sobre lo acontecido en Argel. En un pequeño salón ubicado sobre la costa mediterránea, no solo se cocinaba el mejor *burek* de la zona –el inconfundible aroma a carne, cebolla y huevo de esos buñuelos lo demostraba–, sino que se contaba con información sobre lo que podía suceder.

—Dime algo que no sepa —reclamó Rachid sentado al otro lado de la mesa de su negocio.

A pesar de estar alejado del ejército y de no ser parte de los acontecimientos en la ciudad, estaba al tanto de todo cuanto acontecía en ella. No había borrado de un plumazo los años de lucha, aunque para muchos había elegido el lugar equivocado, no junto a los otros argelinos, sino con el ejército francés, que lo había dejado a un lado.

—Ya te lo he dicho, no hay mucho más —replicó un antiguo compañero que lo mantenía informado sobre lo que sucedía.

—Gracias —dijo al despedirlo.

Ya había escuchado suficiente. El dueño del local sabía lo que necesitaba para largarse de allí y hacer lo que su conciencia le dictaba. Tomó el vehículo y se perdió en la noche. El edificio desde donde se comandaban las operaciones militares se había aquietado. Las oficinas estaban desiertas; cada cual había cumplido con las órdenes impartidas. Parecía que el combate había ingresado en un compás de espera. No se escuchaban ruidos desde el exterior. En las celdas del subsuelo, la calma era absoluta. Nada se oía, salvo los gritos que cada tanto lanzaba Girard aguardando lo impensado. Él no iba a quedarse sin luchar, buscaría el modo para hallar la salida de esa inmunda celda. Sin embargo, el eco de unos pasos lo distrajo. Aguzó el oído para cerciorarse de que no fuera producto de una ilusión. Intentó escuchar la cadencia de ese caminar al aproximarse hacia allí: no era el de cualquiera, sino la de una persona con un andar dispar, diferente. En la penumbra, asomó una sombra que reflejaba la contundencia del hombre que, con premura, para evitar ser

visto, se dirigía hacia él.

—Rachid —susurró Olivier.

Allí estaba, como cuando combatieron juntos en otra época. La herida de guerra, la que lo había apartado del combate, lo había delatado en su caminar.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó al ver que sacaba de entre sus vestimentas una llave para abrir la celda.

—Nunca me desentendí de ti y sabía que podías meterte en problemas —esgrimió al girar la cerradura para que se abriera—. No tenemos mucho tiempo. El somnífero que le di al soldado apostado en la guardia no durará mucho. Él no pudo negarse a un poco de comida ni a escuchar los rumores que traje sobre los rebeldes. Tendrá un tema para llevar a sus superiores que le servirá para lograr cierta simpatía en ellos.

De ningún modo aquel soldado confesaría que había estado con un *harki*, que antes había servido para combatir y que ahora estaba retirado en las afueras de Argel, transformado en una vergüenza para las fuerzas galas y una deshonra para los musulmanes.

—Gracias, Rachid.

—Te lo debía.

En sigilo, evitando a unos pocos guardias que deambulaban por allí, atravesaron el edificio.

—Aquí tienes.

Rachid le entregó una de las armas que llevaba. Olivier asintió, a la vez que observaba en la calle algún vehículo para apropiarse. Necesitaba llegar lo antes posible hasta Kheira.

—Las cosas están complicadas, ten cuidado. ¡Aquí tienes! —exclamó al arrojarle la llave del vehículo.

—Lo tendré y gracias —replicó al verlo alejarse hasta perderse por las oscuras y convulsionadas callejuelas de la ciudad.

Olivier tenía un solo objetivo en esa noche: encontrar a Kheira. Comprendía que su compañero de armas iba tras ella también. Desde la celda, había escuchado a Brunet alardear con otro militar sobre el lugar donde creía que estaba la joven. Sin dudarlo, fue hacia allí. La tensa calma que se vivía era perturbadora por lo que podría avecinarse. El caos, los destrozos y las

barricadas levantadas en la metrópoli marcaban la índole de la lucha que se había vivido esa jornada, y la que protagonizarían los días venideros.

* * *

Kheira desconocía hacia dónde se dirigía, pero era muy claro que se alejaba de la ciudad. Abdelkader conocía los senderos que había sabido recorrer en medio de la noche, en más de una oportunidad. Sin dudas, hacerlo a esa hora era más seguro si se conocía el lugar. Las patrullas de gendarmes eran escasas en la zona rural. El apoyo de los campesinos a los rebeldes permitía que esa zona fuese un espacio más seguro. Si bien el conflicto tenía como foco la ciudad, el eco del reclamo resonaba en la Mitidja, la llanura que se abría paso en una zona agrícola custodiada por las montañas a un lado y por el mar al otro. Kheira continuaba somnolienta, luego de haber sido obligada a beber algo; de esa manera resultaba más fácil trasladarla en el vehículo. El movimiento era constante, igual que las arcadas de la joven. Podía sentir el polvo que la envolvía en el habitáculo del Jeep. Las luces del vehículo iluminaban el camino. Las largas sombras de los árboles se fundían en la oscuridad nocturna. Poco después, la velocidad aminoró y Kheira intuyó que habían llegado a destino. Una pequeña construcción se erigía frente a ellos. Él había decidido regresar a la guarida en la que había estado junto a Said, una especie de granero. A cierta distancia, se levantaba una casa de mayor tamaño para los propietarios, que eran colaboradores con la causa. Kheira se las arregló para descender del transporte y evitar que esas manos sucias y codiciosas la tocaran. Dentro estaba más oscuro que afuera. La brisa de esa noche junto al movimiento en el trayecto la habían espabilado un poco. Debería estar alerta si buscaba hacer algo. Él se encargó de prender dos faroles y arrojó a Kheira al suelo, que seguía con las muñecas atadas, pero sin la venda en la boca. De nada servía que ella gritara a viva voz, porque allí nadie la escucharía. En ese instante, no dejaba de pensar en Said y en la enorme equivocación que había cometido al ir a buscarlo. Las lágrimas le inundaban el rostro; no encontraba ninguna salida, pero estaba convencida de que sus últimas horas no podían ser de la mano de ese sujeto. Como si él hubiera leído la mente, se acercó para tomarla de los cabellos y llevarla hasta unos fardos de heno.

—Ahora estamos solos y nadie nos va a interrumpir.

Las náuseas no se debían a lo que había ingerido, sino a la proximidad de ese sujeto que destilaba vicio y pecado al inclinarse sobre ella.

—Deja de moverte —ordenó al verla retorcerse cuando él comenzó a tocarla—. No tengo tiempo, debo irme de aquí al amanecer.

—Vamos, despiértate —le resopló sobre los labios—. Te saqué el pañuelo para escucharte gritar.

En ese mismo instante, sacó una daga para cortarle las ataduras de las muñecas. Creía que, de ese modo, podía manipularla mejor.

—Y las cuerdas, para sentir cómo te contorsionas debajo de mí.

La barba de él comenzó a rozar las mejillas de ella al tiempo que las manos se desplazaban por los costados del cuerpo de Kheira. La necesidad y el deseo eran tan grandes que parecía un adolescente en vez de un hombre hecho y derecho. La mano de ella se desplazó por la túnica de él. Escuchaba los gemidos de Abdelkader, que iban en aumento. La otra mano se desplazó hacia un lado, allí mismo donde uno de los dos faroles iluminaba con escasa intensidad el granero. Los dedos de ella se aferraron al entretejido metálico que lo cubría. No soportaba más el ímpetu de él al tocarle los senos. Cerró los ojos y respiró profundo, sabía que tenía ese solo segundo para hacer algo y liberarse de él. Debía actuar con contundencia, porque el error le costaría la vida. Entendía que, si no luchaba y él continuaba avanzando, estaría muerta sin necesidad de que la matara. Mientras los labios de él se deleitaban sobre la piel de su cuello, Kheira arrojó el farol sobre la cabeza de Abdelkader con tanta intensidad que lo doblegó a un costado. De inmediato y con la misma fuerza, antes de que él reaccionara, impulsó su mano otra vez para darle en la nuca. Lanzó el artefacto a un lado mientras se escurría por debajo de él, que se encontraba a un lado intentando recuperarse del golpe. No se detuvo a ver si sangraba, aunque creía haberle visto unos hilos de sangre en el rostro. Al atravesar el portón del depósito, escuchó un alarido que la aterró. El bramido gutural que había nacido desde lo más profundo de Abdelkader era un grito de guerra y muerte hacia ella. Si debía morir, lo haría luchando, no en manos de ese sujeto que la había llevado hasta allí por orden de su hermano. La había vendido al mejor postor convencido de que ella lo había traicionado. Nada tenía vuelta atrás. Con ese pensamiento, corría sin pausa. Podía escuchar el sonido de los pasos de él contra la hierba; la seguía como un cazador a su presa. Lo sentía más cerca en cada zancada que ella daba. Podía percibir las lágrimas que luchaban por salir ante la proximidad de él y la anticipación de lo que sería su final. Unas manos la tomaron por los tobillos y dio contra el terreno.

—¿Creías que ibas a librarte de mí? —susurró sobre ella.

La agitación, la ira y el deseo cubrieron cualquier otro sonido exterior que se incrementaba con el paso de los segundos. El frío metal de la daga se deslizó por el cuello de Kheira. Ella cerró los ojos, porque no quería que ese sujeto se transformara en la última imagen que viese antes de morir. El sonido de un disparo colisionó en la penumbra. Los focos de un vehículo alumbraban

el sendero. La confusión de Kheira era total, al tiempo que sintió que el pesado cuerpo de Abdelkader se resbalaba hacia un lado del pastizal. En ese instante, ella se incorporó para seguir huyendo, pero el Jeep la siguió. Estaba convencida de que eran otros compañeros de Abdelkader quienes la seguían, quizá los dueños del lugar que habitaban en la otra construcción a cierta distancia del granero.

—¡Kheira!

Escuchó y giró al ver que Olivier conducía. De inmediato, se lanzó a la camioneta en movimiento y cayó en la parte trasera. La detonación de unos disparos acompañó la huida. Kheira se arrebujó en el piso del transporte sin dejar de temblar. Debía entender que junto a Olivier estaría a salvo, esperaba que así fuera, lo único que quería era alejarse de ese maldito lugar.

—No te levantes —ordenó él.

Alguien más los perseguía. Desconocía si era el mismo Abdelkader o uno de los aliados, pero los disparos continuaban. Ella rezó y rogó para que esa noche acabase cuanto antes. No soportaba más esa agonía. Entre brincos, giros y detonaciones, se alejaron del lugar. Ella se mantuvo allí agazapada y protegida bajo la oscuridad de esa noche.

Las detonaciones quedaron suspendidas en el viento. El silencio sostenido hasta llegar allí fue absoluto. Desconocía el tiempo que llevaban a bordo del vehículo. El amanecer comenzó a despuntar en el horizonte y fue recién en ese momento cuando la marcha se detuvo frente a una pequeña construcción de adobe abandonada. Olivier dejó el vehículo escondido entre unos matorrales antes de descender.

—Estamos a salvo —dijo al clavar la mirada en Kheira.

Ella se incorporó antes de lanzarse hacia el terreno y se dejó envolver en los brazos de él. Necesitaba quitarse la sensación de aquellos dedos que la habían recorrido con lujuria y descontrol.

—Creía que no te encontraría —confesó aferrado a ella.

—No imaginé que vendrías.

—Prometí hacerlo, aunque me hubiera gustado llegar a tiempo. Vamos.

Él, sin dejar de abrazarla, fue a la parte trasera del Jeep para tomar unas botellas de agua; luego, se dirigieron hacia el destartalado refugio.

—¿Ya conocías este lugar?

—Así es —aseveró tras cerrar la puerta—, no es la primera vez que estoy aquí. Me he refugiado junto a Rachid en alguna oportunidad. Por ahora estamos a salvo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque en algún momento querrán venir por mí.

—Los rebeldes no solo te buscarán a ti, sino a mí.

—Lo sé, Kheira, pero no lo digo por ellos, sino por el ejército.

El gesto de confusión de ella fue notorio.

—Estuve arrestado, por eso no pude ir tras de ti. Con la ayuda de Rachid, logré escapar de la celda y te busqué. Supe dónde estabas retenida por los dichos de Brunet. No estabas allí, pero pude sonsacarle información a alguien que estaba custodiando el lugar.

—¿Hiciste eso por mí?

—Aquella madrugada en la colina, fui sincero contigo. Sé que no me creías, pero sabía que llegaría el momento de demostrarte cada palabra que pronuncié. No lo hice porque debía cumplir con mis dichos, sino porque no puedo estar alejado de ti.

La conmoción del Kheira era completa. Las últimas veinticuatro horas habían sido para el olvido. Sin embargo, escuchar esas palabras la regresaban a la vida.

—Pero ellos te buscarán.

—Lo sé. Hace tiempo que decidí qué hacer y a quién elegir.

—A pesar de todo —murmuró Kheira.

—Sí, y por encima de cualquier otra persona —resopló rozando con la yema del dedo el castigado rostro de ella.

Él se mantenía en silencio, aunque se moría por saber lo que había sucedido con Said y su secuaz.

—Yo…

—Shh, ahora debes descansar, pero antes toma algo de agua.

Él le alcanzó una botella para que bebiera. La palidez en el rostro

aceitunado era manifiesta. Suponía que los nervios y la desesperación vivida habían hecho lo propio.

—Gracias. Él me drogó para llevarme sedada hasta aquel lugar. Si no, no habría podido trasladarme.

—Lo has hecho muy bien.

Esos ojos negros chispeantes comenzaban a cobrar vida en compañía de Olivier.

—Creí que no lograría zafar de sus manos, pero no podía resignarme a que Abdelkader se saliera con la suya.

—Lo hiciste.

—Sí —replicó con alivio—. Mi hermano me entregó a su amigo.

—¿Pudiste hablar con él antes?

Él lo suponía al saber dónde había estado retenida.

—Sí, pero habría preferido no hacerlo.

—Te entiendo.

—En ese momento, pensé que el viaje había sido en vano. Ahora creo que es una equivocación pensar así.

Una tibia sonrisa asomó por el masculino rostro de Olivier.

—Como lo has dicho antes, a pesar de todo y por encima de cualquier otro.

—Eso es.

Ella se arrebujó sobre el pecho de él para descansar un poco y poner en orden todo lo que había pasado en el último día. Cerró los ojos conmovida por la confesión de él. Era el primer hombre que cumplía su palabra. Una profunda paz la envolvía, comprendía que podía liberar todo lo que por él sentía. Ya no estaba sola. Había debido atravesar la duda y desconfianza para alcanzar la plena seguridad en Olivier, que la mantenía abrazada y que se había jugado por ella. Reflexionó unos segundos convencida de que llegaría el momento en que ella pudiera demostrarle, de igual modo, lo que él significaba.

Los dedos de Olivier recorrían la espalda de Kheira con el fin de aquietar los demonios desatados con lo vivido en el último tiempo. Él también

necesitaba descansar para saber cuál sería el próximo paso que darían. No solo ella sería buscada a sol y a sombra, sino también él. El ejército no perdonaría su accionar. En ese momento nada le importaba, solo Kheira. Sin lugar a dudas, ella sería su prioridad. Los débiles rayos del sol ingresaron al recinto sin perturbar aquel momento mágico.

Capítulo 18

Juego del destino

Con el paso de los días, los miembros de la organización se fueron adaptando a las necesidades del asentamiento. Siempre surgía algún inconveniente que complicaba todo y que había que solucionar. Esa mañana la comitiva estaba dentro de la carpa asistiendo a varios habitantes del lugar.

—Léa, ¿sabes algo de la familia Maarar? —preguntó el doctor Lemaire—. Ellos deberían estar aquí, hace dos días que se comprometieron a venir para unos análisis de sangre.

—No te preocupes, que yo me encargo. Ninguno de ellos está acostumbrado a que lo cuiden.

El desamparo con el que vivían era absoluto. Permanecían en ese lugar con la esperanza de poder abandonarlo, pero las circunstancias que los rodeaban, en muchas ocasiones, les quitaba esa posibilidad. Léa salió y atravesó parte del lugar en busca de la familia Maarar. A lo lejos, observó a algunos habitantes del asentamiento que rodeaban a otros. De seguro, serían los nuevos habitantes que buscaban un lugar durante un tiempo. Por más que los miembros de la comitiva quisieran tener un control exhaustivo sobre la población, resultaba imposible. Muchos de los hombres que habitaban la zona pasaban temporadas en el campo; otros, con sus familias, migraban hacia otro sector. Léa evitó distraerse y continuó camino hacia el toldo asignado. No bien ingresó, notó que algo andaba mal. Tres integrantes de la familia estaban tirados en los colchones sin poder moverse. Tenían la frente perlada de sudoración, emitían quejidos de dolor, mientras se removían en el lecho. Ella se acercó y notó que volaban de fiebre.

—Yacine —se dirigió a una de las hermanas de la familia—, ¿desde cuándo están así?

—Hace dos días. Los dolores en el cuerpo se fueron incrementado con las horas, y yo tampoco me estoy sintiendo bien.

—No te preocupes, descansa, que yo me encargo.

Léa salió de la carpa en busca de ayuda, porque estaba claro que debían ser asistidos cuanto antes.

—¿Qué sucede? —le preguntó Brigitte.

—Necesito ayuda, ¿dónde estabas?

—Haciendo unos recados —replicó demasiado tranquila.

Léa la observó extrañada y, en ese instante, vio aparecer a Hakim del mismo lugar de donde había aparecido su compañera.

—Léa…

—Brigitte, solo voy a pedirte que vayas a ver qué sucede con la familia Maarar, mientras busco al doctor.

Hakim se incorporó de inmediato al resto de las actividades. Cuando creían tener controlado un problema, uno mayor caía sobre ellos. Lo único importante era que los habitantes del lugar no empeorasen. El doctor supuso que tenían malaria, pero ese diagnóstico debía ser confirmado mediante unos análisis de sangre.

—¿Qué ocurrirá con el resto? —inquirió Léa.

Ella no quería pensar qué sucedería ante la posibilidad de un brote. No estaban en condiciones para enfrentarlo, porque debían atacar las otras enfermedades que la comunidad padecía. No daban abasto en la atención ni les alcanzaba la medicación que habían llevado.

—Debemos controlarlos. No sabemos si se lo han pescado aquí o en los días que se han internado en el campo para trabajar.

El tejido de red colocado en las tiendas o en las construcciones de adobe era un modo efectivo de detener la picadura del mosquito que transmitía esa enfermedad. Dentro del toldo, se estaban tomando las muestras de sangre para comprobar si padecían malaria.

—¿Qué hicieron en estos días? —preguntó Lemaire.

En medio de la fiebre que padecían, pudieron contestar que habían estado trabajando en las afueras del lugar.

—Necesitamos más analgésicos y antitérmicos.

Los miembros de la comitiva no dejaban de ir y venir. Las condiciones que los rodeaban propiciaban todo tipo de infecciones y enfermedades. De vivir bajo otras circunstancias, eso no habría sucedido. No obstante, el equipo médico esperaba detener, en la medida que fuera posible, el avance de las complejas dolencias.

—Doctor, ¿qué sucede? —inquirió Léa a un costado de la tienda al observar

el rostro de preocupación de Lemaire.

—Ojalá que con la medicación que tenemos salgan adelante. No es la primera vez que padecen esto. Al ser reincidentes, la enfermedad se torna más resistente. Eso complica más el cuadro.

—Esperemos que no sea así.

—Será mejor poner sobre aviso al resto de la comunidad, para que estén más alertas y eviten la zona a la que ellos han ido. Muchos pasan tiempo en las tierras trabajando.

—Yo me ocupo.

—Gracias, Léa.

Sin lugar a dudas, la elección de la muchacha para que formara parte del equipo había sido muy buena decisión. Él había notado que era la primera en levantarse y, cuando creía que había culminado con las tareas asignadas, era la última en irse a dormir.

Léa caminó hacia el toldo para buscar el resto de las medicinas. Parecía mentira que ya se hubiera acabado parte del lote que habían llevado. Pronto deberían proveerse de otras antes de que la situación allí dentro empeorase. La noticia sobre lo que ocurría en el asentamiento había corrido con inusitada velocidad. Algunos de los habitantes se habían acercado hasta la tienda para someterse a los análisis. El rumor sobre un probable brote de malaria había inquietado a los residentes del asentamiento. Cada uno de ellos debía lidiar no solo con los fuertes deseos de irse, sino también con las enfermedades que de manera sistemática asolaban la región. Los días transcurrían y varios de los hombres que habían estado en las afueras trabajando la tierra se encontraban con el mismo estado febril. Dentro de una de las jaimas de la organización, cada cual trataba de dar abasto con la actividad que tenían por delante.

—No creo que podamos resistir con la medicación que nos queda —aseguró el médico del grupo.

—Intenté hacer un pedido por la radio, pero funciona cuando quiere —clamó enojado Hakim.

Contar con una comunicación adecuada era importante en esos casos, cuando la posibilidad de muerte estaba tan cerca.

—Si vamos a Tébessa, podremos comunicarnos con el enlace en Túnez y pedirle que nos consigna el otro lote que necesitamos.

—No creí que esta comunidad estuviera tan mal —dijo uno de los colaboradores bajo la mirada compasiva de Hakim.

Léa observaba a su alrededor; sin dudas, algo había cambiado entre sus dos compañeros, aunque el resto de los presentes estuvieran ajenos a sus pensamientos. Entre ellos flotaba una atmósfera de complicidad que antes no existía. Brigitte le lanzaba miradas fugaces en la creencia de que solo Hakim era el receptor. Léa se alegraba de que, en un lugar hostil como ese, pudieran encontrar sosiego uno en el otro.

—Hakim, sería mejor que te encargues de ir hasta Tébessa y no regreses hasta que te comuniques con nuestro contacto y tengas novedades.

—Yo me encargo.

—Elige a alguien para que te acompañe.

Las miradas fueron dirigidas hacia Léa. Todos sabían la buena relación que los unía a ambos desde el inicio, cuando se habían conocido en París. Aquel encuentro quedaba muy lejos luego de todo lo vivido.

—Ya que nadie se decide, que sea de la partida… —indicó Lemaire, quien miraba a Léa para nombrarla.

—Brigitte —lo interrumpió Léa—. Creo que será la persona ideal, mientras yo aquí cubro otras tareas.

Al doctor le sorprendió la inquietud de la joven, pero no se opondría, porque allí mismo sería de gran utilidad.

—No tengo problema —dijo la joven enfermera bajo la inexpresiva mirada de Hakim, que contemplaba todo cuanto sucedía a su alrededor.

—Nosotros continuemos y ustedes alístense para irse. No regresen si no traen novedades.

Brigitte salió de la carpa en un santiamén seguida por Hakim que movía la cabeza en ambos sentidos, intuía que todo terminaría complicándolo. La comitiva ayudó a que la partida de sus compañeros fuera rápida, así solucionarían todo antes de que la situación médica se desmadrara. Dentro de la comunidad, había mucho por hacer y cada uno se centró en las obligaciones que tenían por delante. La actividad continuó hasta entrada la noche. El cansancio en el semblante de los miembros de la comitiva era notorio.

—Será mejor que pongamos fin a este día y mañana muy temprano comencemos con todo.

Léa se dirigió hacia la carpa junto a la amiga de Brigitte sin siquiera cruzar palabra, ya que se encontraban abatidas. Léa desistió a última hora de pasar a ver a Zahia. Le había prometido verla cuando terminase, pero todo se había complicado. Durante los últimos días, la niña estaba acostumbrada a que la joven pasase por la tienda y le contase algún cuento. Era un modo de paliar tamaña tristeza que comprimía el alma de la niña. A Nadia, la mamá, se la veía preocupada porque su otro hijo, Samir, había estado junto a varios hombres trabajando la tierra. Imploraba que no comenzase con los síntomas de la malaria.

Como cada noche, Léa rogó que pronto, muy pronto, supiera algo de Alex. Lo extrañaba con locura y ansiaba que él también lo hiciera. De manera automática, se llevó la mano hacia el dije que le había regalado en aquella noche mágica de la ciudad de Nueva York. Pensando en él, se durmió unas pocas horas.

Con los primeros rayos del sol, la actividad había comenzado. La carpa de la organización ya estaba ocupada con varios habitantes de la comunidad. Algunos habían ido para completar la batería de estudios requeridos; otros concurrían para solicitar alimentos. Los miembros de la comitiva no daban abasto con los reclamos y esperaban que en algún momento se pudiera ampliar el número de integrantes, mientras deberían hacer frente a la situación.

—Señorita Léa —la llamó Nadia desde la fila de quienes iban allí para completar los pedidos.

—¿Qué sucede? —contestó haciéndole un lugar en la carpa de campaña—. Por más que quiera, no puede atenderte, debes esperar el orden de llegada.

—Sí, señorita, pero hay algo que debe saber.

—¿Qué?

—Acaban de arribar unos hombres que parecen que van a buscar la medicación necesaria.

—Al fin, llegaron. —Se alegró de que hubiera una buena noticia.

—Estaban buscando al doctor.

—Ya lo llamo.

—Gracias, pero es mejor que venga usted.

—Tienes razón.

De inmediato, salió a buscar a esos dos hombres, luego se entrevistaría con Lemaire para informarle de la buena noticia y combinar cómo seguían. Poco después estaban todos reunidos en la jaima de la organización poniéndose al día de lo acontecido.

—Pero entonces ustedes no están aquí a raíz del pedido que ha hecho Hakim desde Tébessa —comentó el doctor.

—No ha sido por la gestión de su hombre, sino que nosotros hemos venido hasta aquí por pedido del enlace en Túnez.

La organización había tenido contactos con un enlace, que se había comprometido a prestarles ayuda en todo lo que requieran.

—Debemos ir hasta Túnez para traer los suministros que ellos les den. Por otro lado, quieren saber qué necesitan.

—Al fin han sido escuchados nuestros pedidos —dijo Lemaire compartiendo la mirada con Léa.

Todos los integrantes del equipo comenzaban a verse desbordados por la situación y no se debía a la falta de sueño o al cansancio, sino a la impotencia que significaba no poder actuar ante la falta de insumos.

—Debemos irnos cuanto antes.

—Por supuesto, hay que alistar todo —contestó solicito el médico.

—Hakim y Brigitte deberían estar al tanto de esta situación —agregó Léa.

Ambos hombres se miraron sabiendo que era eso lo que faltaba para completar su tarea.

—Deberían avisarle a su compañero.

—Por supuesto —agregó Lemaire.

—Para no perder tiempo, sería mejor que alguno de ustedes nos acompañe hasta allí, luego nosotros seguiremos camino. Por otra parte, no queremos que se superpongan los pedidos.

Léa no dudó en ofrecerse, necesitaban cuanto antes que todo se resolviese. El paso de las horas y la falta de comunicación del equipo que estaba en Tébessa complicaban todo.

—Claro que sí —completó Lemaire.

—Yo iré con ustedes y me quedaré con el resto del equipo en Tébessa.

—Gracias, Léa.

—Voy a preparar todo para alistarnos e irnos.

—Si necesitan algo, pídanselo a ella.

Ambos hombres asintieron antes de abandonar la jaima y completar los preparativos. Léa ultimó los detalles para emprender el viaje hasta la ciudad de Tébessa. Poco después, caminaba junto a los dos hombres hacia la parte de atrás de las tiendas de campaña de la organización. En ese lugar estaban los vehículos estacionados. Utilizaron un camión con la inscripción de ayuda humanitaria en uno de los toldos traseros. En medio de los preparativos y la asistencia de algunas personas del asentamiento, se habían retrasado con la partida.

—Espero que podamos traer unos cuantos lotes de medicamentos —agregó el conductor.

—Es lo que necesitamos.

—Adelante —señaló al indicarle la ubicación del lugar a Léa.

Ella esperaba encontrar rápido a Hakim y a Brigitte. La joven se recostó en el asiento y dejó volar la mente, mientras centraba la vista a la vera del camino. El terreno asomaba con la tierra rojiza y las montañas a un lado se erigían entre los extensos valles. Atrás había quedado el asentamiento junto a todos los problemas que surgían a diario. A pesar de no ser de la zona, ella creía que estarían prontos a llegar a destino. Recordaba que Tébessa estaba cerca del asentamiento.

—¿Estamos cerca?

—Aún queda un trecho.

Ella volvió a centrar la mirada hacia el camino. A medida que avanzaban por el sendero, observó que las ruinas tan características de la zona no asomaban por allí. Esa era la única referencia válida que tenía del lugar al que se dirigían. Quizá, como eran lugareños, habían tomado otro sendero o un atajo que ella desconocía.

—¿Hace cuánto que colaboran?

—Bastante tiempo —sentenció el conductor, que no quitaba la mirada del camino.

Léa hizo lo mismo sin encontrar algún indicio de hacia dónde iban.

—Deberíamos estar en las afueras del poblado —insistió.

—Así es —contestó el acompañante que se adelantó en el asiento trasero para susurrarle al oído—, pero cambiamos de rumbo.

Léa sintió el frío metal del arma en la cintura. De inmediato intentó zafarse.

—¡Déjeme! —reclamó la joven.

Ella dejó de moverse al escuchar un sonido que venía de la parte trasera del vehículo. Aguzó el oído a la espera de que no fuera esa voz que ella tanto conocía.

—¡Calla a esa niña! —exclamó el conductor de mal modo.

La mano del sujeto hizo girar la cabeza de Léa hacia atrás. En la zona del equipaje, asomó el rostro de Zahia. Detrás de ella, estaba Nadia junto al otro hijo. No podía creer la imagen que veía.

—¿Qué has hecho? —le preguntó Léa hacia Nadia, la única responsable de que esa familia estuviera a bordo del vehículo—. ¿Cómo la has traído a ella?

—Ellos van a ayudarnos —retrucó la mujer—. Esta es la única manera de alcanzar el otro lado de la frontera, ¿cómo iba a dejarla? Zahia ansía la hora de reencontrarse con sus hermanos.

Léa lo sabía, lo había hablado con la niña. En las noches, cuando pasaba a verla, la pequeña le relataba los fuertes deseos que tenía de encontrarse con los suyos. La gran ilusión que tenía la familia los mantenía de pie, pero esa no era la manera de lograrlo, menos en manos de esos hombres.

—Deberías haber pensado en la niña —agregó Léa con desesperación.

—Parece que Nadia tenía razón respecto al estrecho vínculo de Zahia con la doctora —replicó con sorna.

Los pensamientos de Léa iban a gran velocidad, pero no sabía cómo actuar. Sin dudas, a ella la habían llevado de escudo. De Léa dependían para cruzar la frontera.

—Lo pensé. Por eso necesitaba que fuera usted quien viniera —le susurró Nadia desde atrás.

—Hemos sido bastantes pacientes —dijo uno de los hombres—. Vas a ser de la partida porque te necesitamos para pasar. Si te negabas, habríamos

tomado de rehén a algún miembro de la familia que tanto has cuidado para convencerte.

Estaba claro que Nadia había intercambiado favores con esos sujetos y que Léa era la moneda de cambio.

El paisaje que los rodeaba comenzó a cambiar. La vegetación no impedía observar a la distancia las altas torres de vigilancia que se erigían por encima del cruce. Aún no había podido ver la cerca de espino, electrificada en algunas partes, que rodeaba el perímetro que alcanzaba cientos de kilómetros. Un sudor frío comenzó a correrle por la frente. No quería entender a Nadia por el grave error que acababa de cometer, pero recordaba que le había dicho que haría lo que fuera por mantener unida a la familia. Y ese viaje era la única posibilidad que ella tenía.

—Léa —la llamó Zahia en un sollozo.

Ella hubiera dado lo que fuera para calmarla, pero debía saber qué hacer sin perder más tiempo. El vehículo avanzaba tragando la tierra del terreno hasta achicar la distancia que faltaba para llegar al cruce.

—Calla a tu hija si no quieres que lo hagamos nosotros.

Léa supo que nada bueno podía salir en el intento de cruce al otro lado y que esos hombres hablaban muy en serio; no dudarían en hacer lo que fuera hasta cruzar esa maldita frontera.

—Nadie nos dejará pasar —esgrimió la joven para poner algo de cordura a lo que en breve sucedería.

—Claro que lo harán. Será por tu intervención. Dirás a cuál organización perteneces y que debes atravesar esta zona para hacerte de los lotes de medicamentos.

—¿Por qué me creerían?

—Porque vas a esforzarte para que lo hagan —exigió.

—Si quieres que lo haga, déjalos a ellos fuera de todo esto.

—No entiendes —replicó con sorna el conductor—, que ellos vengan no es porque nos gusta hacer beneficencia. La niña está con nosotros porque su presencia hará que te comportes como es debido. Zahia es nuestro pase seguro hacia Túnez. Si no actúas como debes, sabrás a qué atenerte, y no creo que te guste ver más muertes de la que has visto. Menos aún la de una niña que ni siquiera podrá ver si la matan. Pesará en tu conciencia si a ella le sucede algo.

Léa miró por detrás y observó la cabecita de la niña que se movía debido al llanto que le brotaba en silencio. Sabía que no tenía escapatoria, porque en ese momento la prioridad estaba puesta en la hija de Nadia.

—Si quieren cruzar, ¿no es mejor hacerlo por la noche?

Ansiaba poder retrasar esa travesía. Quería darles tiempo a los suyos para que descubriesen lo sucedido y pudiesen avisar a las autoridades lo que ocurría dentro del camión humanitario.

—A la noche, un encargo con armas salió desde el otro lado y los nuestros fueron abatidos. De día es distinto, y contigo haremos que parezca más fácil.

Estaba claro que esos hombres también intentarían cobrarse la venganza con los militares que habían ido contra los propios compañeros que habían perdido el encargo. Cuanto más reflexionaba, peor veía la situación a la que se enfrentaba.

—Quizá si…

—Basta de hablar, lo harás solo cuando te lo indique —le indicó el conductor.

Léa se centró en los próximos pasos. Fijó la vista hacia adelante, allí donde se marcaba la Línea Morice, el trozo de terreno que imposibilitaba que cualquiera que no estuviera autorizado pudiera cruzar hacia las tierras tunecinas. La tensión que se vivía dentro se palpaba a cada metro ganado en el camino directo hacia la barrera. Dos camiones con militares escoltaban el pase, al que solo accedían miembros de esa fuerza o cualquier otro vehículo con autorización.

—Cuando estemos allí, me obedecerás.

Léa lo miró sin decir nada. Luego, su vista se centró en la parte trasera del vehículo. Había observado cómo el sujeto que viajaba detrás les había ordenado a Nadia y a sus hijos que se escondiesen debajo de unos bultos.

—Una palabra de más o un gesto fuera de lugar, y sabes lo que haremos —replicó desde atrás el compañero del conductor con el arma en el cuerpo de Léa.

Unos oficiales armados se acercaron al ver al camión aproximarse. Uno de ellos levantó la mano para detenerlos. El conductor se detuvo, sin apagar el motor del vehículo. El otro oficial rondaba el vehículo observando la inscripción dibujada en el toldo verde.

—Identifíquense.

—Somos miembros de una organización humanitaria —dijo el conductor sin saber bien a cuál pertenecía—. Ella es la doctora a cargo.

La atención del militar fue directa hacia Léa.

—Soy Léa Dubois y estoy a cargo de esta comisión para buscar unos lotes de medicamentos para la *acnur*.

—¿Dónde tienen el pase que autoriza la búsqueda de las medicinas?

—Se hizo desde Tébessa —replicó al sentir el frío metal del arma en la cintura—. Se encargó otro compañero de la misión. Por la urgencia que tenemos, no esperamos hasta contar con la documentación.

—¿Cuál es la urgencia? —indagó mientras el otro compañero de armas inspeccionaba el camión con detenimiento.

—Hay un foco de malaria y nos hemos quedado sin la medicación necesaria —explicó Léa sin dejar de observar el rostro de quien la indagaba.

—¿Cuál es el contacto de ustedes?

—El enlace que está en Túnez y quien nos garantizó contar con el aprovisionamiento en caso de necesitarlo.

El conductor tenía una mano en el volante y otra apoyada sobre la larga prenda que usaba. Debajo, cargaba una pistola. Ella había visto otra debajo del asiento y calculaba que el sujeto que estaba detrás contaba con otras tantas.

—Llama al puesto de Tébessa para saber si hay alguna novedad —ordenó el militar.

El cuidado que tenían en el registro y control de las comitivas humanitarias se debía a la orden impartida de los superiores. Nadie quería que se diesen a conocer a la opinión pública los malos tratos a esas organizaciones, que denunciarían esos hechos en organismos internacionales.

—Tenemos prisa —arguyó el conductor.

—Habrá que esperar —replicó el militar con sorna.

Desde la casilla en donde había otros oficiales, uno se comunicó con la localidad de Tébessa para saber si se autorizaba ese pase. La tensión y las miradas cruzadas dentro y fuera del vehículo eran elocuentes. Léa pensaba

cómo accionaría cuando todo se descontrolara.

—Ey —la llamó el oficial al acercarse al vehículo—, de esa organización han estado pidiendo pases para ir hacia el otro lado.

Los ojos negros del conductor se cruzaron en el espejo interior del vehículo con los de su compañero. Era cuestión de segundos para que se iniciase la marcha.

—Avancen.

Tras esa palabra mágica, una sórdida sonrisa asomó en el oscuro rostro de quien conducía.

—Lo hiciste bien —le dijo a Léa, quien permanecía detrás.

Ella miró por delante y vio cómo el camión avanzaba en la franja de terreno disputada por ambos bandos. Observaba el camino y sabía que cada vez quedaba menos para alcanzar la frontera del lado tunecino. Fue entonces cuando comenzaron a sonar unas sirenas que alertaban al vehículo para que se detuviera. Léa se aterró al mirar para atrás y notar que dos Jeep se lanzaban a la búsqueda de ellos. La urgencia de los militares por alcanzarlos era atroz, e implacable la decisión del conductor de escapar de ellos. Se acababa de desatar una carrera contra el tiempo hasta llegar a Túnez.

—¡Sabes lo que tienes que hacer! —exigió el conductor a su otro compañero.

De manera inmediata, se hizo del arma y comenzó la balacera sin oír el pedido de los militares de alto el fuego. El sonido de las detonaciones cubría el del llanto de Zahia y del resto de su familia.

—Mierda —gritó quien iba detrás al ser herido.

Léa se dio vuelta y observó con horror el disparo que había recibido el sujeto.

—¡Cuidado!

Tras ese grito premonitorio, el hombre que iba detrás cayó del vehículo. Léa veía que restaban minutos para que todo acabase. Los otros dos vehículos los habían alcanzado y estaban mano a mano unos con otros. Ella seguía aterrada en el infierno desatado minutos antes. El conductor se asomó por el lateral dejando a la buena de Dios la conducción para disparar en todas las direcciones. Sabía que sería un hombre muerto, pero quería vengarse de los compañeros que habían perecido. Léa veía con terror que el vehículo iba sin

dirección. Minutos después, el sujeto que los había llevado a ese desastre cayó malherido. Enseguida, murió en medio del terreno.

—¡Detengan el vehículo! —ordenaron desde un altavoz.

Léa estaba apabullada en medio del griterío que se vivía allí dentro con un vehículo sin control. Como pudo, se deslizó hacia la butaca del conductor para detener la marcha. Si no fuera porque quedaba ella sola en el camión y pertenecía a una organización humanitaria, el modo de abordarla habría sido otra. Para ellos, Léa se encontraba sola dentro del habitáculo. Ninguno imaginaba que, en la parte de atrás, se escondían una mujer y sus dos hijos. De haberlo notado, el desenlace habría sido otro.

—¡No lo haga! —reclamó Nadia en un grito desesperado.

Léa la miraba por el espejo; las lágrimas le caían por las mejillas. Debía detenerse y reaccionar porque de eso dependía que siguiesen con vida.

—Si lo haces, nos matarán igual.

Léa miró hacia adelante y observó que quedaba poco para lograr atravesar el maldito trecho argelino. De a poco fue desacelerando la marcha, lo que hizo que quienes la seguían supieran que ella acataba esa orden. En ese instante, se le vino a la mente la oportunidad que tuvo de escapar del campo de internamiento en Gurs, en el sur francés, cuando era una niña.

La gélida noche había caído en aquel campo enclavado en la zona de Aquitania. La desolación era absoluta. Dentro del barracón, se vivía una tensión extrema. Nos habían informado que seríamos rescatados de allí por el personal de una organización humanitaria que había llegado hacía un tiempo. Mi madre había muerto días antes, y yo estaba a la deriva. Mi única luz de esperanza era alcanzar la libertad huyendo de allí. Cuando se presentaron dentro de la caseta, las mujeres nos alistaron para abandonar el lugar. Muchas de ellas, madres, querían que sus hijos tuvieran la suerte que ellas no tendrían, ya que pronto serían llevadas hasta Auschwitz. Junto a otros niños –Alex era uno de ellos–, atravesamos el lodazal que rodeaba el lugar bajo las tenues luces de unas linternas que llevaban los miembros del personal. Las detonaciones de las armas que disparaba la gendarmería contra la Resistencia, que acababa de llegar, rompían la quietud de ese maldito lugar. Corrimos hasta alcanzar un transporte que nos conduciría fuera de aquel siniestro campo de internamiento. En la más profusa oscuridad, huimos de allí. En el viaje no dejé de llorar por lo que había dejado y por lo que estaría por venir.

El juego del destino volvía a colocarla en una situación similar, pero en este caso sería ella quien tomaría la decisión correcta. De no haber sido rescatada

en ese momento, no habría estado en esa instancia frente a esa encrucijada. En ese preciso instante, Léa miró hacia la parte de atrás del vehículo y se encontró con la mirada de Nadia, que le rogaba en silencio que hiciera algo, mientras acunaba a Zahia que no dejaba de llorar. La suerte de esa familia estaba en sus manos y quedaba un solo modo de solucionarlo. Las manos trémulas y sudorosas de Léa se aferraban al volante con desesperación.

—¡Deténgase! —replicó un oficial desde otro móvil.

Fue entonces que actuó como debía: pisó el acelerador del vehículo y enfiló directo hacia el pase para ingresar a tierra tunecina. No sabía si lo lograría, pero estaba convencida de que debía intentarlo. Comprendía que Nadia tenía razón. Nadie se apiadaría por la labor humanitaria llevada a cabo, porque tampoco sabrían si su identidad era verdadera. Por otro lado, la presencia de la familia de Zahia allí dentro complicaba todo y, cuando la descubriesen, resultaría evidente que todo había sido una mentira. No había escapatoria. Si acababan con ella, lo harían intentando liberar a esa familia de la situación en que estaba.

—¡Cúbranse! —alcanzó a gritar Léa.

La reacción de los oficiales fue inmediata al notar cómo se alejaban: comenzó la balacera una vez más. Le habían dado a uno de los neumáticos y la dirección del vehículo comenzaba a ser errática. Quedaba poca distancia para llegar hasta la línea que les permitiría alcanzar la libertad. Los disparos continuaron, mientras ella iba perdiendo el dominio del vehículo. Poco después, todo se precipitó. Nadie esperaba semejante desenlace.

* * *

En la ciudad de Tébessa, Hakim estaba junto a su compañera de trabajo más cerca de lo que hubiera imaginado. Las largas jornadas y las necesidades que se vivían exacerbaban más los sentimientos de las personas. Era eso lo que trataba de decirle Hakim a Brigitte.

—Poco me importa lo que suceda cuando regresemos, si lo hacemos. No me mires así —comentó frente a la atenta mirada del fotógrafo—. Estoy segura de que no seré la misma con todo lo que he visto aquí.

—Así es. No puedes permanecer indiferente a todo esto.

—Tampoco a ti.

Ella nunca habría imaginado sentirse atraída de ese modo por Hakim. Desde

el inicio, le había llamado la atención la distancia que ponía frente a ella, lo que la había atraído más.

A las palabras se las llevaron los besos que ambos se dieron en la austera habitación que habían conseguido mientras aguardaban la contestación del enlace en Túnez para combinar el suministro de provisiones. Él nunca habría mezclado el trabajo con el placer, menos en una zona inhóspita como esa. Si bien había notado que había algo más con su compañera, él no había pensado enrollarse en un vínculo que no tenía futuro. Quizá fuera la chispeante y diferente personalidad de la joven lo que había hecho que él no pudiera resistirse en una noche que había sido increíble. Parecía que ninguno podía saciarse del otro. Las caricias comenzaron y no pudieron detenerse. Sin embargo, el teléfono de la habitación interrumpió la pasión desatada. En ese momento, Hakim se convenció de que al fin tendría la confirmación esperada.

—¿El señor Hakim?

—Sí —contestó al reconocer al encargado del lugar.

—No quiero tener problemas con la fuerza de seguridad y vienen hacia aquí.

Él le hizo un gesto con la mano a Brigitte para que se cambiara de inmediato.

—¿Qué sucede?

—Han preguntado por usted.

Ese alojamiento y otro dos eran los únicos que había en el lugar. No habría mucha alternativa para saber dónde estaban. Si no, los buscarían por cualquier lugar de la localidad hasta dar con ellos.

—No han querido hablar mucho ni revelar el motivo —señaló nervioso—, pero según se dice ha habido un problema en la frontera con el personal de la *acnur*.

—¿Cómo? —preguntó mientras se vestía en un santiamén.

—No sé, no los quiero aquí. Me han alertado de ustedes. Me pidieron que los retenga si están o si aparecen por aquí. Les he dicho que no sé nada de ustedes.

—Está bien.

—Váyanse ya.

—¿Dijeron algo más? —preguntó antes de que el hombre cortase la llamada.

—Mencionaron a una tal Léa Dubois.

—Gracias. Debemos irnos de aquí.

—Hakim, no me asustes.

Él se mantuvo en silencio, mientras su mente volaba en distintas direcciones. Ambos salieron de la habitación por la parte de atrás y buscaron el Jeep que los había conducido hasta allí.

—Debo averiguar qué sucede. Según me informó el hombre del alojamiento, tiene que ver con nosotros y con Léa.

—¿Adónde vamos?

—Iremos al mismo lugar donde estuvimos ayer para comunicarnos con el enlace. Debo ponerme en contacto para saber qué ocurre.

La distancia hacia la oficina de comunicaciones era poca. Llegaron de inmediato y saltaron del vehículo para ingresar al lugar. No bien pudo contactarse con el asentamiento por radio, supo que algo andaba mal. La joven aguardó unos instantes hasta poder escuchar qué sucedía del otro lado del aparato.

—Léa ha desaparecido, y según parece la han llevado hasta la frontera —le informó el doctor Lemaire.

Él no podía comprender cómo había sucedido. Según parecía, el médico tampoco contaba con demasiada información. Nada de eso estaba planeado y desconocía cómo Léa había llegado a ese lugar. Estaba claro que había sido llevada contra su voluntad, luego del informe que él había hecho sobre esa zona a los miembros de la comitiva.

—Resuelvo algunas cuestiones y voy para allá —dijo porque no había tiempo que perder.

Las noticias eran malas y no quería que empeorasen si Brigitte se quedaba a su lado. Él podía arreglarse con las autoridades militares, pero no sabía cómo actuarían con la joven y no pensaba arriesgarse.

—Brigitte, es mejor que te vayas hasta al asentamiento. Sabes que es cerca de aquí.

—No voy a dejarte.

—Vas a hacerlo, por favor. —La tomó por los hombros—. Todo esto va a complicarse y es mejor que estés con los nuestros. Allá todo debe ser un caos y te necesitan.

—¿Qué sucedió con Léa?

—No lo sé.

—Todo estará bien.

Ella sabía del fuerte vínculo que los unía. En un principio había estado celosa de su compañera. Quizá, la inseguridad que tenía no le permitía ver bien cómo eran las cosas. Luego se dio cuenta de lo equivocada que estaba. De no ser por Léa, ella no estaría en ese lugar con Hakim.

—Brigitte, vete.

Ella lo besó y desapareció del lugar en busca del vehículo para encontrarse con sus compañeros y saber qué harían ante semejante situación. Hakim no podía creer lo que sucedía. Todo acababa de irse al garete y, si venían tras él, poco podría hacer por saber de Léa. Solo le quedaba una posibilidad para actuar. Esperaba que la llamada saliera bien, a pesar de las malas comunicaciones. Recordó un número que le había dado Alex y que él había memorizado para utilizar solo en casos de urgencia. No bien marcó el número, el otro lado de la línea quedó en silencio.

—Es urgente, no se sabe de ella, se perdió su rastro en la zona de la frontera con Túnez.

Esperaba que quien hubiera escuchado el mensaje tomara nota, porque oyó que la línea se cortó. A continuación, escuchó los gritos de unos militares que lo llamaban. El tiempo se había acabado. Hakim sabía que debía entregarse para evitar que todo empeorara.

—Soy yo —respondió al acercarse sin oponer resistencia.

—Vas a decirnos por qué estás aquí y quién es tu enlace en Túnez.

Lo increpaban dos oficiales mientras lo tomaban por ambos brazos y lo sacaban de allí. Al salir, observó que el Jeep no estaba, así que supuso que Brigitte se habría ido al asentamiento. Allí estaría más segura que en medio del desastre en que él se encontraba. A los trompicones, subió al vehículo en que lo habían ido a buscar y emprendieron la marcha hasta el destacamento militar para ser interrogado. Terminó en una pequeña sala junto a dos militares que lo miraban con cara de pocos amigos. A esa altura de los acontecimientos, la posibilidad de que él fuera uno de los otros, los rebeldes,

era muy grande. Las preguntas sobre el vínculo que lo unía a los miembros del Frente de Liberación Nacional se reiteraban en el tiempo del interrogatorio que parecía interminable. No era una novedad que hubiera infiltrados de uno y otro lado; él lo sabía. El hecho había acontecido en la frontera; si nada aclaraba la situación, él no vería la luz durante un largo tiempo. Lo más acuciante era lo que estaba ocurriendo con Léa. Mientras él les contestaba de modo automático y reiterado lo mismo, no dejaba de pensar en ella. La imagen de esa zona en donde la vigilancia era extrema permanecía en su mente. Nadie que hubiese violado aquella franja podía salir indemne. Ansiaba que el llamado de auxilio tuviese efecto; de no ser así, todos estarían perdidos.

CAPÍTULO 19

El profundo sabor de un dátil

El inicio de un nuevo día traía aparejadas las revueltas en las calles de la ciudad. Los combatientes se habían situado en lugares estratégicos de Argel. Algunos refugiados en la medina; otros, en los edificios recientemente abandonados, todos se habían apostado para desde allí combatir. Con los heridos civiles trasladados al hospital de la ciudad, el caos se mantenía con mayor intensidad. Al otro lado de la Casbah, el edificio militar desde donde emanaban las órdenes y se planeaba la estrategia militar era un hervidero. Más allá de los rumores que se habían corrido sobre la posibilidad del levantamiento, no se imaginaban la magnitud de lo sucedido. Estaba claro que duraría unos cuantos días. En medio de los disturbios, en la oficina de Mercier no dejaba de sonar el teléfono para exigir explicaciones sobre lo que acontecía en las ardientes calles de Argel. Él acababa de arribar al lugar y no había tenido tiempo para otra cosa que no fuera el teléfono. Aún no había cortado la llamada con una alta autoridad francesa cuando la puerta se abrió de repente tras unos golpes. Evitó lanzarle improperios a quien acababa de ingresar al despacho sin autorización, aunque el estado en que entró calmó los deseos de echarlo de inmediato. Abrevió la conversación para centrarse en quien estaba frente a él.

—Brunet, ¿qué ha ocurrido?

—Lo que le dije que sucedería si no tomaba las medidas necesarias contra Girard.

El rostro de Brunet mostraba una conjunción de golpes que con las horas estaban cambiando de color: de un rojo sangre a un tono violáceo. No le extrañó a Mercier que estuviera en ese estado, como tantos otros subalternos.

—Se equivoca si cree que, por el aspecto que tiene o por la situación en que se encuentra, puede ingresar a mi oficina sin anunciarse primero.

—Disculpe, pero hay algo que debe saber.

—Recién llego luego de pasar la noche alerta a todo lo que sucede en la ciudad y brindando información a mis superiores, así que no le permito que me diga que no estoy al tanto de algo. Es lo que he intentado hacer hasta ahora: saber de mi gente y dar instrucciones al respecto —aseguró hastiado.

Mercier había considerado dimitir antes de ese suceso. Estaba cansado de

luchar en los dos frentes: en el territorio argelino y con las autoridades residentes en Francia. Era muy diferente vivir al otro lado del Mediterráneo en una tierra convulsionada. La vía diplomática para llegar a un acuerdo ya estaba abierta y la intervención de organizaciones humanitarias era un hecho. El pedido de la independencia argelina por parte de los países vecinos contrarrestaba la acción militar que llevaba a cabo la milicia. Habría que aguardar cómo se desarrollarían los sucesos acaecidos recientemente.

—Hable rápido, que tengo cuestiones por resolver.

Mercier estaba harto de soportar a una persona como Brunet, que lidiaba una contienda personal con otro compañero.

—En la madrugada, Girard escapó de la celda.

—¿Cómo mierda lo hizo?

—Desconozco quién lo ayudó, pero fue a buscarla.

—¿De quién habla?

—De la hermana de Said Moussaoui. Ella permanecía retenida por los rebeldes en el sótano de un edificio. Cerca de donde nosotros estábamos apostados.

—Supongo que, con esa información que contaba, habrá conseguido algún dato preciso de ellos.

—No, porque llegué tarde, pero supe dónde estaba la joven.

—¿Y cree que me importa dónde está ella? Estamos detrás de Moussaoui; ella era solo el anzuelo para llegar a él. ¿Qué tiene que ver Girard en todo esto?

—Que luego de escaparse fue hacia allá e hirió casi de muerte a uno de ellos y se enfrentó conmigo. Fue entonces cuando salió tras ella.

—Entonces —dijo al sisear y acercarse a Brunet—, ¿me dice que Girard escapó y fue tras usted, casi mata a un rebelde y, luego de enlazarse en una pelea con usted, huyó tras la joven?

—Así es.

A Brunet le costaba controlar la rabia que le bullía en el interior. Aún le latía el golpe propinado en la sien con la culata de su propio fusil en manos de Girard y eso lo enfurecía más aún.

—Debo entender que él actuó con más agallas que usted. No sé qué hace aquí y no va tras él para traerlo de vuelta de inmediato.

—Así será.

—Hágalo a costa de lo que sea.

De inmediato, Brunet salió del despacho con más ínfulas que con las que había ingresado. Mercier se tomó una copa de alcohol, al fin se había librado de ese hombre que lo único que le daba eran problemas. Estaba convencido de que el despecho que tenía hacia Girard le daría el impulso necesario para traerlo de regreso y, quizás, dar con uno de los cabecillas de los rebeldes.

* * *

Halima estaba en el albergue, o lo que quedaba de él, tratando de poner en orden el caos existente justo cuando escuchó que alguien ingresaba.

—Fátima, al fin te veo —dijo al levantar la cabeza—. Dime cómo sigue todo.

—Creo que ella no molestará más.

—¿Te refieres a Kheira? Ven a tomar un café, si quedó algo útil en la cocina.

Ambas se dirigieron hacia allí y comprobaron que los destrozos no habían alcanzado ese ambiente; solo un gran desorden rodeaba el lugar. Una vez preparado el café, se sentaron en el suelo para ponerse al día de los últimos acontecimientos.

—Sí, la llevé al lugar indicado. Luego ellos se hicieron cargo. Los gritos se escuchaban desde lejos. Abdelkader me pidió que me fuera de allí.

—¿Y te fuiste?

—Aguardé oculta detrás del edifico para saber qué hacía.

—¿Y?

—No creo que en esta ocasión pueda salir con vida. Él se encontraba desbordado. Lo conozco y sé de lo que es capaz en ese estado.

—Esperemos que así sea. ¿Dónde está él?

—Luchando, como hace tiempo.

Halima esperaba que él actuara como era debido con Fátima, la joven que hacía lo que fuera por satisfacer los deseos de ese hombre.

* * *

Abdelkader había regresado a la guarida. Los dueños de la propiedad lo habían asistido no bien escucharon las detonaciones de los disparos. Se sentía como un gato enjaulado y, si no hubiera sido por la gravedad de la herida, estaría buscando a Kheira a sol y a sombra. No le importaban ya las indicaciones de Said; ella se había transformado en su obsesión, pero antes daría muerte a ese maldito militar que se la había llevado. No contaba con mucho tiempo, ya que no quería que Said se enterase del fracaso que había sido el rapto de su hermana. Debía apurarse.

* * *

Kheira no pudo determinar cuánto tiempo había dormido, pero cuando despertó se sintió aturdida. Miró a su alrededor y notó que se encontraba sola en una precaria construcción de adobe. Se incorporó de inmediato para ubicarse. En ese austero reducto, había descansado de verdad por primera vez en mucho tiempo. Debajo de ella, un abrigo le había servido de manta para dormir mejor. Caminó hacia la salida y observó que Olivier aparecía con unas ramas en las manos.

—Ya era hora. —Le sonrió al verla al lado de la desvencijada puerta de ingreso.

—No sé cómo pude dormir tanto.

—Por los nervios y el somnífero que te han dado.

Kheira no quería que su mente regresara a la imagen de ese abominable sujeto, Abdelkader, aunque era inevitable. No podía borrar de un plumazo al hombre que iba detrás de ella. Olivier se le acercó, porque notó que el rostro de la joven comenzaba a perder el tono aceitunado y se le apagaba el brillo de los ojos que le brindaba una belleza suprema.

—Bebe —indicó al darle una botella de agua.

Los largos sorbos de líquido que ingirió la reconfortaron. Necesitaba

aquietar la mente, pero la angustia de saber que podían encontrarlos era acuciante.

—¿Dónde estamos?

—Nos escapamos hacia el sur de Argel. Ellos creerán que tomamos el camino hacia el norte.

Él estaba convencido de que eso les daría algo de tiempo para recomponerse, hasta que Kheira pudiera emprender la huida final.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí?

—No lo sé, por ahora estamos seguros. Mientras descansabas, fui a recorrer el perímetro para observar si notaba algo distinto.

Ella miró que el Jeep estaba ubicado en otro lugar, cubierto en su totalidad por los pajonales del lugar.

—Gracias por dejarme descansar.

Él la había arropado y la había colocado en un rincón para que estuviera más cómoda.

—Lo necesitabas —dijo al deslizarle el pulgar por la mejilla.

—Hay que estar preparados para lo que se viene, ¿verdad?

—Así es.

Él no le contó que había dejado algunas trampas para estar a resguardo. La guerra de guerrilla que se estaba llevando a cabo implicaba dar golpes sorpresivos y desaparecer. Se actuaba así para que el enemigo estuviera alerta en todo momento y cansarlo. La noche era un momento ideal para avanzar si se conocía el terreno. Rachid había sido un buen compañero y guía en la tierra argelina. Olivier se encontraba en estado de alerta desde que ambos habían escapado. Observó que ella miraba el fusil que llevaba al hombro, además de una pistola calzada en la cintura. Él había logrado hacerse de un subfusil MAT-49, con el que la fuerza francesa venía luchando, cuando se había trenzado en lucha con Brunet.

—No solo vienen por mí, sino por ti.

—Sí —replicó con una media sonrisa al ver cómo se preocupaba por él.

—Esa pistola es como la que tenía Said hace tiempo ya.

Ella negaba con la cabeza al recordarlo. Pensar que en algún momento todo había sido distinto entre ambos… Qué lejos estaba todo aquello y cuánto tiempo recorrido para encontrarlos en lugares tan diferentes. Olivier no dejaba de notar la actitud que tenía Kheira frente a las armas.

—Sin ellas, estaríamos muertos.

La joven asintió. Aún le retumbaba en la mente la balacera de la noche anterior en la huida protagonizada con Olivier. Sin dudas, no era el momento para mayores cuestionamientos, ya que debían sobrevivir.

—¿La utilizaste alguna vez?

—Mi hermano tenía una parecida guardada en casa cuando vivíamos todos juntos aquí. Él siempre fue afecto a las armas. Una vez me encontró con la pistola en la mano. Yo solo quería experimentar qué sentía al sostenerla. Me retó a que disparara. Yo me asusté y me dejó llorando. Me la quitó; luego, la guardó en un nuevo escondite para que yo no la encontrara. Días después me pidió que lo acompañara a hacer un recado. Salimos de la ciudad y nos detuvimos en el campo. Fue entonces cuando me explicó, enojado, cómo funcionaba. —Olivier sentía que Kheira era una caja de sorpresas—. A partir de ese momento, nunca más volví a manipular un arma.

—Ven.

La tomó de la mano y se adentraron en el terreno. La vegetación del lugar les permitía estar a resguardo. Alrededor no se veía otra construcción ni vecinos. Kheira no dejaba de contemplar todo, ya que cuando había arribado era noche cerrada. Ella se detuvo por pedido de él.

—Toma. —Le entregó la pistola.

—Detesto las armas. Mira adónde lo llevaron a mi hermano.

—Puede serte útil.

Ella supo que él tenía razón; de lo contrario, no se habría arriesgado a ponerle el arma en las manos.

—Si la tienes, es para disparar, ¿está claro?

Un intenso estremecimiento recorrió el cuerpo de Kheira. No podía imaginarse dispararle a alguien. No estaba hecha para eso, observaba a Olivier con su carrera militar que poco tenía que ver con la vida que ella había llevado. Sin embargo, nunca se había imaginado estar en una situación como en la que se encontraba. Al levantar la vista, notó el modo especial en que él

la miraba.

—¿Confías en mí?

Nunca creyó que pudiera llegar el momento en que llegara a confiar en él. Hasta que llegó aquella confesión de él en la colina. Después de esa conversación, algo muy profundo dentro de ella cambió. Con el paso de los días, supo que se había equivocado con respecto a él, aunque comprendía también que sería una mayor equivocación sentir algo especial por Olivier. Por mucho esfuerzo que hiciera para evitar enamorarse de él, era tarde, muy tarde.

—Sí.

Una amplia sonrisa asomó por el rostro del soldado. Al fin había escuchado esa palabra mágica que le permitiría estar más cerca de ella, mucho más.

—El funcionamiento es similar a la que has manejado antes. —Puso sus manos sobre la de ella, con la que sostenía el arma—. Rachid me la dio cuando me ayudó a escapar.

Esa MAC-50, automática y con precisión de largo alcance, había sido parte del arsenal con el que ambos habían combatido. Que Rachid se la diese había sido un gesto de generosidad. Ansiaba que, a partir de ese momento, la protegiese a Kheira.

—Antes de disparar, debes flexionar las piernas para estar más cómoda al tirar. Ya lo sé —dijo al mirar de costado el gesto de Kheira—, este movimiento debe ser automático, porque no siempre tienes la oportunidad de colocarte como debes. Recuerda que, para disparar, es mejor que apoyes tu mano derecha sobre la palma de la otra para buscar un mejor punto de apoyo. Tan solo enfocas el objetivo y disparas. Cuando lo hagas, el impulso te va a mover hacia arriba, no hacia atrás, ¿entendido?

—Sí.

—Nunca dudes al disparar y aprieta el gatillo más de una vez para estar segura.

Ella asintió, debía convencerse de que sería capaz de hacerlo.

—Vas a intentarlo.

Se alejó y marcó una diana para que ella tirara. Cuando regresó junto a ella, notó cómo Kheira estaba en posición. Ella recordó en ese preciso instante a Fátima, que llevaba un arma similar a la que ella tenía, también a otras

mujeres que combatían del mismo modo. Comprendía que también podía hacerlo y se esforzaría para lograrlo.

—Si te sirve, puedes pensar que en aquel lugar hay alguien a quien odias con todas tus fuerzas y quieres acabar con él.

Olivier buscaba quitarle el temor y que ella dejase de darle vueltas al asunto. Sabía a la perfección el rostro imaginario que estaría en la diana.

—No debes desaprovechar un solo instante. No dudes. Si no estás segura de haber acertado, continúa, tienes más de diez cartuchos, ¿comprendido?

Ese consejo era para principiantes, porque ni él ni otro avezado gastaba una bala de más. La precisión lo era todo al momento de disparar.

—Lista.

—Hazlo.

Él se separó de ella unos pasos para darle espacio y que alcanzase seguridad. La primera detonación fue cercana a la diana, pero lejos si se quería ultimar a alguien. La segunda fue igual, pero la tercera y cuarta se aproximaron al objetivo. Lo que más lo sorprendió fue la tranquilidad que Kheira adquiría a medida que disparaba; podía notarla en la tensión de su cuerpo. De a poco, la confianza le ganó al miedo. Ese era un buen paso. El siguiente disparo dio en el blanco. Fue entonces cuando ladeó la cabeza para mirar a Olivier.

—Lo logré —replicó con una amplia sonrisa.

—Es un buen comienzo.

Ella le entregó el arma antes de lanzarse a los brazos de él. Olivier necesitaba que fuera ella quien se acercara y achicara la distancia. El último tiempo no había sido fácil para Kheira, ya que había atravesado la desilusión con su hermano. Ni mencionar las últimas veinticuatro horas en manos de Abdelkader.

—Gracias —susurró sobre el pecho de él.

—No debes agradecerme, sabes el motivo por el que estoy aquí contigo —le dijo mientras la tomaba de la barbilla. Conocía a la perfección cada pulgada de ese bello rostro enmarcado en una larga y oscura cabellera.

—El agradecimiento se debe a la paciencia que me tienes.

—Eso es lo de menos.

—Si no estuviera en esta circunstancia, también desearía estar a tu lado, a pesar de todo y de todos.

Olivier acercó la boca para perderse en la de ella. El deseo que sentía por Kheira le nublaba los sentidos. Con la lengua, recorrió el interior de esa boca que lo desesperaba. A medida que el beso avanzaba, ella se abría a él. Con la mano, rodeó el cuello de Kheira y sus dedos se enredaron en la larga cabellera; la atrajo más, como si existiera una milésima de espacio que los separara y deseara eliminarlo. Con la otra mano, la estrechó en un vehemente abrazo, seguro de que no se separaría más de ella. Había deseado besarla desde el mismo instante en que la había cruzado en el bar de Les Marais. Necesitaba sentirla en cada caricia y con cada beso que le daba. Le besó el cuello y le provocó leves gemidos que lo estaban enloqueciendo. Debía calmar los fuertes deseos por ella. No buscaba abrumarla. Se separó de Kheira unos pocos centímetros para contemplarla. Las mejillas sonrojadas, los labios enrojecidos y el alterado ritmo de la respiración marcaban a las claras la pasión desatada en ella.

—Hace tiempo que deseaba hacerlo —murmuró.

Ella se había dejado llevar por el profundo deseo que experimentaba. Nunca habría imaginado que se podía dejar arrastrar por el arrebato que él le generaba.

—Fue una espera larga.

Él sonrió ante la confesión de Kheira. Deslizó el pulgar por esos labios hinchados por los besos, esos labios que no se cansaría de saborear. Kheira nunca antes había estado con un hombre. Creía que no lo encontraría porque, si bien había conocido a algunos jóvenes, con ninguno había llegado a algo más. La cultura y la educación recibida no ayudaban, más cuando su padre buscaba encontrar a un musulmán como ellos. Nada más lejos que Olivier, el hombre que la hacía sentir especial, de quien creía haberse enamorado. No había dejado de pensar en él desde que se habían conocido. Nunca antes había puesto tanta resistencia y desconfianza frente a alguien. De nada había servido, porque había algo más profundo que los unía. Recién entonces, podía comprender la vehemencia y contundencia del presagio de la borra de café.

—Será mejor que nos vayamos —sugirió él.

Ella asintió y se dejó abrazar. Ambos se dirigieron hacia el Jeep. Vio que en la parte delantera y debajo de la butaca asomaba el caño de otro fusil. Uno como el que llevaba Olivier.

—¿Qué buscamos?

—Algo que nos pueda servir.

Girard estaba convencido de que Rachid habría dejado algo de utilidad dentro de la amplia bolsa de cuero que había allí. Kheira se apoderó de ella y comenzó a hurgar dentro.

—¿Necesitas algo? —le preguntó él.

—Algo con que limpiarme.

No solo quería quitarse el polvo del trayecto desde que había salido de la ciudad de Argel. Quería borrar las huellas de aquellos dedos que habían avanzado por su cuerpo y que no habían logrado el cometido buscado.

—Debemos caminar un poco hasta llegar adonde quieres.

De la mano con Olivier, caminó a través del terreno plagado de una verde vegetación. La luz del día se perdía entre las tupidas hojas de los árboles. El indefectible murmullo del agua irrumpió de inmediato.

—¿Es lo que creo?

Olivier asintió al acercarse al cauce del río que atravesaba el valle.

—Se puede aprovechar antes de que caiga el sol.

A ella poco le importaba si el momento del día era el adecuado o si la temperatura era la ideal. Necesitaba bañarse, sacarse la suciedad que le palpitaba en la piel. Se adentró de una zambullida en las cristalinas aguas. Sumergió la cabeza, se refrescó todo el cuerpo. Enseguida, notó que Olivier se había retirado de la orilla para darle la privacidad que necesitaba. Adoraba que lo hubiera entendido sin necesidad de decirle algo. Se mantuvo allí unos largos minutos hasta emerger con las prendas adheridas al cuerpo. Sobre las piedras de la orilla, había una manta para cubrirse y algo de ropa vieja que había pertenecido a Rachid.

—Era lo que necesitaba —aseguró Kheira con el rostro brillante y el cabello empapado.

Olivier se acercó y le dio un beso cálido y sin prisa.

—Lo sé.

El sol acababa de deslizarse por el horizonte. Las largas sombras de los arbustos se apoderaron del anochecer. La temperatura bajaría de manera abrupta muy pronto y se haría sentir. Sabía que no era conveniente hacer una fogata para no llamar la atención ni dejar rastros, pero creía que, llegado el

momento, le sería de utilidad que notasen los restos del fuego. Ella observaba el modo en que disponía las ramitas secas y los movimientos que ejecutaba para avivar la llama. Con una manta en la mano y otra puesta sobre los hombros, caminó unos pocos pasos hasta él.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó al acuclillarse a su lado.

Él se volteó y clavó los ojos en los negros de ella. A pesar de la instancia que vivía y el peligro que corrían, se sentía en el mejor de los mundos. Daría lo que fuera por mantenerse a su lado. Olivier adoró el sonrojo en las mejillas de Kheira ante la intensidad de su mirada.

—Dame un beso.

—¿Solo eso?

Él hacía un gran esfuerzo por no dejarse llevar por todo lo que sentía por ella. Fue entonces cuando ella lo calló besándolo. Tiró de la manta para acercarla más y profundizar el beso.

—Me gusta que me ayudes de este modo —susurró él.

—Quizás tengas frío. —Le colocó el abrigo sobre la espalda.

—Gracias.

—No me agradezcas —replicó sonriente—, lo encontré en la bolsa.

—Nos va a venir bien.

Kheira se sentó a su lado con una bolsa de dátiles. Por más que estuviera acostumbrada a comerlos, no dejaba de sentir una explosión de sabor. Olivier se le adelantó, pasó las manos por el abrigo, como si se las estuviera limpiando, y tomó uno no para comérselo, sino para dárselo a ella. Kheira abrió la boca para ingerir el preciado dátil. Sintió el roce del fruto en sus labios. El deseo por saborearlo se incrementó debido al cúmulo de sensaciones que Olivier le provocaba. En ese instante él se lo introdujo en esa boca ávida por probarlo. No dejaba de contemplar la manera en que ella disfrutaba al comerlo. Se acercó y lamió esos labios para sentir el sabor dulzón. Nunca antes habría imaginado que un simple dátil se pudiera transformarse en un fruto prohibido. Sin poder resistirse, se adentró en la boca de Kheira para dejarse llevar por el cúmulo de sensaciones que ella le provocaba. Poco después, se separó y ambos se quedaron contemplándose, se dejaron arropar por el silencio que reclamaba romperse y confesar a viva voz lo que uno sentía por el otro.

—La maravilla de un dátil, ¿verdad?

Él lanzó una carcajada y volvió a abrazarla.

—No creo que con eso podamos aguantar toda la noche.

—Estuve hurgando en la bolsa.

—¿Y encontraste algo?

—Sí, ya lo traigo —dijo al levantarse de un salto.

Él la siguió con la mirada al verla entrar y salir de inmediato con un cacharro destartalado y una bolsa pequeña con arroz. Él buscó una botella de agua y colocó el arroz para que se cocinara al fuego. Kheira miraba la concentración que él ponía para preparar algo tan básico.

—Puedo asegurarte que esto es un todo un lujo. Hubo noches en las que no teníamos para comer y debíamos estar de vigilancia bajo la presión de saber que en algún momento nos atacarían —explicó mientras movía el cacharro de un lado al otro.

—¿Con Rachid?

—Sí, y con otros de la compañía.

Olivier no quiso seguir hablando, porque debería relatar los encuentros con la guerrilla, la lucha y la matanza llevada a cabo por ambos bandos

—Creo que ya está —dijo al revolver por última vez.

—Déjame agregar unos dátiles, que le darán más sabor.

—Puedes hacer lo que quieras con esto. —Le pasó el cacharro—. Y conmigo también.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Kheira, iluminado por las flamas del fuego. Ella tomó un bocado con el único utensilio que había junto aquel cacharro de metal.

—Exquisito.

—No debe ser para tanto.

Él dejó que Kheira dispusiera de la cuchara para servirles a ambos. La fascinación que él sentía crecía a cada bocado que Kheira le daba. Sin embargo, hubo algo que nubló su hermoso rostro cuando se lanzó a hablar.

—No creía que pudiera lograr escapar de él —dijo con la mirada puesta en la flama de fuego que bailaba por el viento que la azotaba—, hasta que llegaste.

Los hechos de las últimas horas habían tenido un ritmo vertiginoso. Nunca habría imaginado lo que la llegada a Argelia le depararía; lo bueno y lo malo.

—Era lo único que me preocupaba.

Él le tomó una mano y le acarició con el pulgar la muñeca, allí donde las marcas de las ataduras hechas por Abdelkader continuaban presentes. Lo enloquecía saber lo que habría sucedido si ella hubiera quedado en manos de ese sujeto.

—No logró su cometido —susurró Kheira—. Gracias por no preguntarlo.

—Esperaba que fueras tú quien lo dijera.

Olivier la tomó por los hombros y la abrazó sin dejar de acariciarle la espalda. En esa intimidad, ella se permitió liberar la angustia que había sentido los últimos días. Un sordo sollozo le nació del interior. A él lo rompía por dentro cada estallido en llanto debido a lo que había debido pasar. Dejó que Kheira liberara la zozobra que la había acompañado esos últimos días.

—Por un tiempo, estuve convencida de que había sido un completo error venir aquí —susurró sobre el amplio pecho de él—. Ahora pienso que no cambiaría un minuto de lo vivido si eso me acercó a ti.

—Te dije que no sería fácil librarte de mí —le resopló él en el oído.

Nadie podría imaginar que allí, en medio de la Mitidja y tras los pasos de quienes los buscaban para matarlos, podrían compartir un momento de semejante intimidad.

—Es mejor que entremos —propuso Olivier.

Le dio un beso antes de incorporarse y apagó el fuego. Kheira se quedó en el umbral observando cómo Olivier hacía una inspección del terreno.

—Ya vengo, espérame dentro.

Poco después, se perdió entre los arbustos. Ella sabía que él no buscaba asustarla, pero la situación era más complicada de lo que parecía. Aguardó allí pensando qué sucedería si todo se acabara y cada momento vivido desapareciera en ese preciso instante. Había pasado su vida buscando algo que acababa de encontrar de la mano de Olivier. Como si la hubiera escuchado,

asomó por entre las sombras nocturnas.

—¿Sucede algo? —inquirió preocupado.

—No, nada.

Él le tomó la barbilla con los dedos para certificar que nada le ocurría.

—Todo estará bien —replicó al bajar el fusil e ingresar al refugio.

Olivier buscó el abrigo y lo colocó en un rincón para que le sirviera a Kheira de colchón, suponía que con la manta estaría cómoda para pasar esa noche.

—Creo que así estarás bien —comentó al tiempo que se dio vuelta.

En ese instante, clavó la vista en Kheira, quien deslizaba la manta que la arropaba hacia el piso. Esos ojos negros incrementaban el brillo a medida que avanzaba hacia él. De a poco, se fue quitando la ropa. La imagen de ella desnudándose para él era hipnótica.

—¿Estás segura? —susurró.

Ella acababa de dar el último paso para estrechar la distancia y estar frente a él sin desviar la mirada de Olivier.

—Nunca estuve más segura. No quiero recordar nada de lo sucedido en los últimos días. Deseo que cada instante que pueda evocar sea contigo.

Las palabras lanzadas por ella fueron un latigazo al corazón de él. Había esperado que fuese Kheira quien le dijese que era el momento indicado. Olivier le deslizó la mano por el hombro; ese efímero contacto erizó la piel de la joven. No se dio cuenta de cuánto lo necesitaba hasta que sus dedos comenzaron a acariciarla. Olivier la estrechó entre sus brazos para perderse en un beso y saciarse de esa boca que lo enloquecía, pero, a medida que avanzaba, el deseo crecía. Los leves gemidos de Kheira lo incitaron a descender con la boca hasta apoderarse de los pechos. Percibirlos enhiestos, listos para él, lo incitó aún más, mientras ella se inclinaba hacia atrás ofreciéndolos para continuar con ese disfrute. Ambos se deslizaron hasta alcanzar la manta que ella había dejado caer por su cuerpo. Los gemidos de ambos crecían en cada caricia y con cada roce. En Kheira, se había desatado una pasión que creía dormida y desconocía que latiera dentro de ella. Cuando sintió que los dedos de él incursionaban en su interior, creyó estallar.

—Te deseo —gimió ella envuelta en una bruma de pasión.

—Te amo —susurró.

Recorrió con besos cada pulgada del cuerpo de ella. La miró al tiempo que él se desplazaba por su cuerpo, y ella lo observaba extasiada por lo que vendría. Fue entonces cuando se aferró a sus cabellos para incitarlo a que continuase sin poder controlar la ola de placer que la envolvía. Él se incorporó sin poder controlar el fuerte deseo por sentirla. Volvió a besarla y le tomó las manos, las entrecruzó por encima de la cabeza.

—Deseo estar dentro de ti.

Kheira asintió porque lo único que necesitaba es que él continuase brindándole el placer que la colmaba por completo. Sin dejar de contemplarse, se fueron acoplando a un ritmo que se incrementó con el paso de los minutos. La frente perlada de Olivier daba crédito del cúmulo de sensaciones que lo envolvían hasta romperse en mil pedazos. Lo que sucedió, segundos después, con ella.

—Te amo —susurró Kheira.

Ella se acomodó de costado con las piernas entrecruzadas con las de él. Los dedos de Olivier no dejaban de acariciarle la espalda. En aquel instante, ambos se habían abstraído de todo. Ninguno quería recordar el motivo por el que se encontraban en el sur de la Mitidja. Un lugar mágico si no fuera por las circunstancias que los rodeaban. En la penumbra del refugio, volvieron a amarse con pausa y sosegando la pasión que los consumía para disfrutar el tiempo que les quedaba. Ese era un momento que ambos, sin decirlo, querían conservar por siempre. Si bien ninguno de ellos deseaba reconocer el peligro que los acechaba y que flotaba en el ambiente, ambos sabían que el reloj había comenzado a correr sin saber cuándo se detendría.

La respiración de Kheira se aquietó. Poco después cayó en un sueño profundo. Olivier la contemplaba y le costaba creer que al fin estuvieran juntos. El cansancio de los últimos días y todo lo que había vivido en ellos se hizo presente y se durmió. En la madrugada, él se despertó e inspeccionó los alrededores del lugar. Sabía que, si no había novedades, tendrían un día para estar allí, pero no más. Kheira se levantó al notar la ausencia de Olivier a su lado. Esa fea sensación la contrarrestaba soñando en que, cada mañana, pudieran amanecer juntos. Él apareció por la puerta con el cacharro de metal en la mano.

—Creo que está rico.

—¿Qué es?

—Mejor no me preguntes, pero de la mezcla de hierbas resultó esto —dijo

al verla incorporarse para beber el mejunje hecho. Él deslizó el cuenco y agregó—: Antes me merezco un “buenos días”.

Kheira no necesitó que le insistiera, porque era lo que deseaba hacer desde el mismo momento en que se despertó sin verlo.

—¿Qué haremos luego?

—Yo quiero recorrer el terreno —dijo sin aclararle qué haría—. Si lo deseas, puedes practicar un poco más de tiro.

Ella no dudó en acompañarlo. Necesitaba estar en movimiento, cansarse y no pensar. La noche mágica que habían pasado había acabado, y la realidad se imponía. Cada cual se centró en las actividades que ocuparon parte del día.

Las luces de la jornada se iban apagando y la incertidumbre crecía. Él se había mantenido callado, concentrado en sus pensamientos. Una vez dentro del refugio, Olivier sacó un papel arrugado del bolsillo. Cuando lo extendió sobre uno de los muros, observó que era un mapa de la zona.

—Kheira, cuando huyamos de aquí, nos iremos hacia el norte y nos adentraremos en Boumerdès, ¿lo conoces?

Olivier lo había meditado desde el mismo instante en que habían huido, y creía que ese era el mejor lugar para escapar o, mejor dicho, para que ella lograra huir.

—No, pero sé que rodea la costa mediterránea.

—Así es. Eso te permitirá tener otra vía de escape por agua si fuera necesario.

—¿Por qué hablas solo de mí?

—Porque debo pensar en todas las alternativas. Si sufrimos una emboscada, debes huir sin mí.

—No.

—Kheira, por favor. Debo poder concentrarme para luchar. No podré si sé que corres peligro. Parte de mi vida la he pasado luchando.

Él señaló con el dedo la zona marcada y el camino que debería tomar para llegar hasta allí.

—Debo saber que tienes claro hacia dónde dirigirte.

—Está bien.

—Necesito que huyas porque eso me da la ilusión de volver a vernos.

—Lo haré.

—Bien, debemos ponernos en marcha.

Ambos caminaron hacia el Jeep. Él le arrojó las llaves a Kheira.

—Llévalo hacia aquella zona. —Le indicó con el dedo—. Es simple de manejar.

—Bastante rudimentario —dijo al arrancarlo.

—Puedes estar segura de que no va a abandonarte. Si sigues por aquí —indicó—, saldrás por el camino indicado. Es un atajo y te permitirá ganar tiempo.

Ella asintió en el más absoluto silencio. Eso lo preocupaba porque, por primera vez, no podía descifrar qué era lo que pasaba por la mente de Kheira. Creía que les quedaba poco tiempo. Por eso, debía finalizar con todo antes de que los perseguidores llegasen.

—Debo regresar al refugio.

—Te acompaño.

Olivier sabía que de nada servía negarse. En el camino, él fue recogiendo unas ramas para dejarlas frente al lugar y prendió fuego. Una amplia fogata creció a medida que él la azuzaba. Kheira estaba desconcertada.

—¿No es peligroso?

—No siempre.

Ella confiaba en él; si no, se habría intranquilizado con lo que hacía.

* * *

El primer intento de hallarlos en el otro lado de la Mitijda había sido en vano. Brunet parecía un perro rabioso y se había lanzado con un compañero a la búsqueda de Olivier sin descanso. La fuerza militar seguía combatiendo en Argel en una lucha que se extendía más de lo imaginable. El estado de situación implicó que los esfuerzos y recursos estuvieran centrados en la

medina.

—Detente —ordenó a su compañero no bien se acercaron al refugio.

Sin más, descendieron con cautela y en silencio, dejaron el vehículo a un lado, debajo de unos árboles. A pesar de que la fogata estuviera apagada, el humo y las cenizas estaban incandescentes, vivo vestigio de que allí había alguien.

—Están dentro —afirmó Brunet con una amplia sonrisa por haberlos descubierto.

La ira se le iba incrementando a medida que se acercaba. Con sorna, pensó en que Girard había tenido tiempo de cocinar algo. Sin dudas, estaba perdido por esa mujer.

—Eso parece —señaló al desviar la vista hacia el terreno.

—Morin, cúbreme, que voy por delante —ordenó Brunet.

Empuñó el fusil y, a pocos metros de ingresar, escuchó el sordo sonido del cargador de un arma, pero no era la de su compañero. Se arrojó al suelo, girando para alcanzar el refugio y desde allí tener todo controlado.

* * *

Abdelkader pensó que la noche sería movida. Se había desplazado hasta allí siguiendo su instinto y no se había equivocado. No en vano había transitado por la Mitijda, reconocía cada palma de terreno y cada refugio que hubiera en la zona. Al fin los había encontrado.

—Son del ejército —susurró su compañero.

—Sí. Te repito que la quiero viva —ordenó.

A él lo quería muerto; lo mataría con sus propias manos. A ella la necesitaba con vida para deleitarse con esas mismas manos sobre el cuerpo de la joven.

Sin previo aviso, la balacera comenzó. Las paredes de adobe comenzaron a quedar selladas con las perforaciones de los disparos lanzados con furia y desmesura. Fue entonces cuando Brunet entró. Ese sería el principio del fin.

CAPÍTULO 20

Un oscuro presagio

La espesura de la vegetación se fundía con las sombras de la noche. Él ya había guardado en el Jeep el bolso con los implementos que ella pudiera necesitar. Una vez que Olivier dejó todo listo, huyeron del refugio y se apostaron sobre un relieve del terreno en un lugar distante a la caseta. Desde allí, se tenía una perfecta visión de los alrededores. Olivier esperaba que ese fuego atrajera al enemigo y pudiera acabar con algunos de ellos para estar tranquilos.

—Kheira, necesito que te pongas en acción y cumplas con todo lo que hemos hablado, ¿comprendido?

—Sí.

—¿Tienes alguna pregunta?

—¿Me amas? —preguntó Kheira.

Una amplia sonrisa asomó en el rostro de Olivier. Ella supo borrar el estado de concentración y alerta que corría por el cuerpo de él.

—Más que a mi vida.

—Yo también. Y quiero que lo recuerdes a cada momento.

—No me costará demasiado —aseguró él.

Le dio un beso que no duró lo que le hubiese gustado porque un ruido lejano lo alertó. Le hizo una seña a Kheira para que estuviera preparada. Agazapados detrás de un montículo, aguardaron hasta que alguien apareciera. El reflejo de unas sombras danzaba hacia el refugio. Olivier supo que Brunet se había hecho presente junto a otro compañero de armas. Poco después, el galope de unos caballos vibró en el suelo. Estaba convencido de que Abdelkader acababa de arribar allí. Ya estaban todos. De inmediato, una ráfaga de tiros estalló para quebrar la quietud de la noche.

—Kheira, vete. Sabes lo que tienes qué hacer.

Olivier no se volteó para mirarla, porque sabía que no sería capaz de reiterarle esa orden. Ella se deslizó por el terreno y se perdió en la oscuridad nocturna, tras una seguidilla de detonaciones. Ya era hora de que Girard

bajase hacia el refugio para atacarlos por la retaguardia. La batalla había comenzado y los disparos se perdían en la noche. Se aproximó al lugar cuando escuchó el sordo sonido del motor del vehículo en que se alejaba Kheira. Podía quedarse tranquilo de que ella cumpliría con lo pactado.

* * *

Abdelkader se agazapó en la penumbra nocturna, quería acabar con el militar que se había apoderado de la mujer que creía que le pertenecía. Aún le retumbaban en la mente los gemidos de Kheira en el lejano granero. Quería volver a escucharlos cuando le hiciera pagar la desobediencia.

—Parece que ha pedido ayuda —sentenció el compañero de Abdelkader ante la presencia de los otros dos militares que estaban allí.

—Vamos.

Al primero que vio fue al uniformado que cubría al que había entrado. El disparo fue certero, aunque herido se volteó para replicar el ataque, pero él le disparó varias veces hasta que no quedasen dudas de que estaba muerto. Dentro del refugio, se escuchaban disparos y hacia allí fue para poner punto final a su búsqueda.

—Morin. —Brunet, desde dentro del refugio, lo llamaba por el intercomunicador—. ¡Morin!

Ante la falta de respuesta, se dio cuenta de que estaba solo y de que le habían dado a su compañero. No bien notó un leve movimiento sobre la ventana, se preparó para lo que vendría. Fuera de allí, la furia de Abdelkader se había incrementado al ver, camino al refugio, a su compañero desangrado de un tiro certero. Supo que Girard se encontraba cerca y esperaba que estuviera allí dentro para matarlo como se merecía.

El ingreso Abdelkader al refugio se sumó al rápido movimiento de una sombra que cayó sobre Brunet. Cuando Brunet quiso reaccionar, ya lo tenía encima a Girard abatiéndolo a golpes. Olivier rodó por arriba de él al ver ingresar a Abdelkader, quien disparó sin más. En ese instante, el cuerpo de Brunet recibió la detonación lanzada. Olivier evitó que su excompañero de armas, malherido, fuera el objetivo del maldito de Abdelkader.

—¿Dónde está ella?

—Nunca lo sabrás.

—Eres hombre muerto.

Abdelkader pronunció esas palabras en árabe, de manera visceral, íntima, palabras salidas desde lo más profundo de su ser, como si fuese un juramento.

—Ni siquiera Alá podrá ayudarte —le replicó Olivier en el mismo idioma.

Sabía que provocaría la furia de Abdelkader, que efectivamente se desató segundos después. Uno se lanzó sobre el otro. Los fuertes golpes de Olivier desgarraban la piel del contrincante. La ira de uno se condecía con la del otro. La causa política que los colocaba en bandos antagónicos quedaba a un lado. La cuestión que los separaba era personal. Kheira se había transformado en la obsesión de uno y en el amor del otro. Golpe tras golpe se sucedieron hasta que Olivier arremetió con uno certero en la herida de Abdelkader, que se abrió. La sangre comenzó a manar, pero no fue óbice para que este se hiciera de la daga y el frío metal del arma se hundiese sobre el pecho de Girard. Lo arrastró hacia afuera, porque pensaba llevarlo con Said. A esa altura de los acontecimientos, estaba convencido de que su hermana había dejado de importarle, no así contar con el trofeo de un militar de rango en manos rebeldes. Eso le daría el aliento suficiente a los suyos sobre la posibilidad de que podrían acabar, de una vez por todas, con el maldito ejército galo.

—¡Mátame de una puta vez! —reclamó Olivier con las últimas fuerzas, sabía que la herida era profunda y que no tenía muchas posibilidades de sobrevivir.

—¿Dónde está Kheira?

—Eso jamás lo sabrás.

En medio del combate, ninguno escuchó el leve sonido del pastizal ni la presencia de alguien más con ellos.

—Aquí estoy.

Olivier creyó que comenzaba a delirar al escuchar la voz de Kheira. Ella había intentado obedecerlo. Se repitió a cada segundo que debía hacerle caso, pero una imagen se le cruzó por la mente con la contundencia de un presagio, y no pensaba dejarla pasar. Intuyó el peligro que se avecinaba sobre él. Regresó entonces. No esperaba ver a Olivier en manos del perverso Abdelkader.

—Al fin apareces.

Un fuerte temblor corría por todo el cuerpo de la muchacha; nunca habría imaginado ese desenlace, tampoco Girard, quien creía que ella estaría muy

lejos de allí. Olivier intentó incorporarse, porque lucharía hasta su último aliento para que ella no saliera lastimada. Aún no podía creer que ella no hubiese huido de ese maldito refugio como le había ordenado.

—Déjalo.

No fue el aullido de una hiena lo que retumbó en la noche ni el sonido de un animal lastimado, sino la risa que emergió desde el interior de Abdelkader ante el pedido de la joven.

—Si quieres que no lo mate, ven conmigo.

Él sostenía el cuerpo de Olivier por detrás. Kheira intentaba controlar el sinfín de sentimientos que bullían en su interior. El amor que sentía por Girard se contraponía con el odio y el asco visceral que le generaba el guerrillero argelino. Debía pensar en el modo de actuar sin dejarse llevar por la imagen que tenía frente a sí, que era aterradora.

—Solo si lo dejas.

Ni a él ni a ningún musulmán, una mujer le daba órdenes. ¿Desde cuándo ella se consideraba capaz? Sin dudas, la estadía de la joven en París la había hecho olvidar cómo conducirse como una verdadera musulmana. La influencia del militar que tenía entre sus manos habría obrado el resto. En este caso, dejaría que creyera que él le obedecería, necesitaba un poco de diversión en medio de los días de combate. Una vez que saciara el apetito carnal que lo consumía, acabaría con ella.

—Ven —dijo Abdelkader.

Kheira miró por última vez a Olivier, que gritaba en silencio lo que ella debía hacer, que no era justamente obedecer a ese sujeto. El estado de Girard empeoraba con los minutos. Se podía notar no solo en la palidez del rostro, sino en la mancha de sangre que afloraba en la camisa y que aumentaba con el correr de los segundos. Con las últimas fuerzas, Olivier lanzó un alarido al ver a Kheira conducida por Abdelkader hacia los pastizales. Intentó una y otra vez moverse, aunque solo logró reptar una corta distancia. Los gritos de ambos lo enloquecieron. No podía soportar que la figura de ella al perderse en la espesura fuese la última imagen que sus ojos conservasen, ni que los gritos se transformaran en el sonido final que le reverberase en los oídos. De pronto, la detonación de un disparo le heló la sangre. La siguiente descarga le dio la certeza de que todo había acabado. Con un intento final, miró hacia el lugar en donde todo había sucedido para saber lo que había ocurrido. En ese instante, apareció Kheira con la pistola en sus manos. Le resultaba difusa la figura de ella mientras se aproximaba a él. Esperaba que no fuera una ilusión, producto del estado en que se encontraba.

—Por favor, resiste.

Ella se acercó a él, que parecía desear pronunciar algo. Solo fueron dos palabras dichas en un susurro.

—Yo también te amo. ¡Debes luchar, ayúdame, por favor!

Ella lo auxilió para incorporarse. Sabía que Olivier hacía un esfuerzo sobrehumano para colaborar. En el regreso, Kheira había dejado a poca distancia del refugio el Jeep al que llegaron tras trompicones y caídas. Ella quitó, del modo que pudo, el cinturón que él tenía y lo ciñó sobre un trapo apoyado en la herida para que sirviera de presión y que no continuase manando sangre. El rugir del motor ensordeció el silencio de esa noche. Kheira enfiló hacia el camino que había transitado antes, aunque hubiera conducido un corto trecho antes de regresar. Sabía que algo estaba fuera de control y no pensaba dejar solo a Olivier. No se había equivocado. Él debía vivir, no podía dejarla sola. A cierta distancia, había una pequeña y austera construcción; no dudó ni un instante y hacia allí fue. Ella sabía que él requería ayuda; sola con él y con los pocos elementos que tenía no podía salvarlo. Desconocía cómo serían recibidos a esa hora de la noche. Tras unos golpes a la puerta, la luz del interior se prendió y un hombre con un arma en la mano le dio la bienvenida.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito su ayuda.

—¿Qué sucedió?

—Nos atacaron.

El dueño de casa miraba alrededor para saber si el llamado era una emboscada. Desde hacía años, todos vivían en un estado de alerta.

—Mi compañero está malherido. Por favor, ¡ayúdeme!

Él siguió a Kheira hasta el Jeep y confirmó lo que esa joven le decía. Sin dudas el hombre tirado sobre el vehículo estaba malherido, aunque no tenía idea quiénes eran esos visitantes. El origen de la joven le daba cierta pista para saber de qué lado de la lucha estaba, aunque en esos días todo era confusión y cada cual estaba en la facción que le convenía.

—Hay que llevarlo adentro.

El dueño de casa consideró que de ese modo tendría todo más controlado. Sin embargo, la desconfianza de Kheira subsistía. No entraría a un lugar sin

saber si ese hombre les daría la ayuda que ellos necesitaban.

—Será mejor si no lo trasladamos —arguyó Kheira—. No creo que su estado lo permita.

—Ya vengo.

Cuando Kheira vio que ese hombre se alejó para ir a la casa, ella se acercó a Olivier para constatar que aún respiraba. Un leve silbido emergía desde su interior. Ella ansiaba no haberse equivocado. Ese sujeto la miraba de una manera extraña, desconfiaba de ella y de cuanto le decía. Rozó el arma que llevaba debajo de las prendas. Aún no podía reconocerse, porque nunca creyó en la posibilidad de abatir a alguien; menos aún, no sentirse culpable. No sabía si la conmoción generada por todo lo sucedido junto a la adrenalina que le corría por las venas y la necesidad de que Olivier se recompusiera la hacían conducirse de ese modo. Todo había ocurrido tan rápido que no había tenido tiempo de reflexionar ni de detenerse sobre lo que había hecho. No podía imaginarse la vida sin Olivier. Cuánto tiempo había esperado encontrarse con alguien así. No iba a perder un solo instante sin pelear por el hombre al que amaba con locura.

Un murmullo lejano la hizo levantar la vista. Junto al dueño de casa, apareció un joven.

—Soy Khaled, no me presenté. Y él es mi hijo Tayed.

—Hola, gracias por venir a ayudarme —agregó recelosa.

—Afloja el cinturón —ordenó Khaled, para poder quitarle la venda que ella había improvisado—. Necesito ver la herida.

Kheira lo hizo, aunque se arrepintió en ese mismo instante al ver que ese hombre le acercaba una daga, una igual a la que le había visto a Abdelkader y con la que la había amenazado. El filo no estaba frío, sino que había sido pasado por fuego para esterilizarlo.

—Debo saber si hay una bala alojada y sacarla, aunque parece que solo ha sido una herida de arma blanca.

Ella desconocía cómo Olivier había resultado herido, lo único que deseaba era que saliera del grave estado en que se encontraba. El rostro de Kheira lo decía todo. La mezcla de desconfianza, temor y aprensión hacia esos hombres eran visibles en el gesto de la joven.

—Si no quiere, puede irse por donde vino.

—Hágalo, por favor.

—¿Qué sucedió? —preguntó el muchacho—. Mi padre me dijo que los atacaron.

—Así es.

—¿Dónde?

—Cuesta abajo.

A pesar de la penumbra, Kheira vislumbró que se hicieron un gesto con la mirada. No obstante, ella no quitaba la vista del cuerpo de Olivier.

—¿Por qué estaban allí?

Kheira supo que debía definir de qué bando estaba, sin dudas, era lo que ellos buscaban saber.

—Dejamos Argel porque la situación era compleja allá y teníamos órdenes de buscar refugio en la Mitidja. Nos movimos hasta acá. No creímos que pudieran seguirnos.

—¿Y quiénes los atacaron?

Un solo segundo de duda o una respuesta mal dada ponía en riesgo su vida y la Olivier.

—El ejército.

Un leve asentimiento en la cabeza de Tayed le dio cierta tranquilidad a Kheira de que había dado la respuesta correcta. De inmediato, ella volvió a centrarse en lo que hacía Khaled. Ella no dejaba de examinar las maniobras sobre el cuerpo de Olivier. El hombre parecía ducho para manejarse con las heridas. Había desinfectado bien la zona maltrecha, acabada de cerrar la herida, lo cosió y le colocó una crema antiséptica de una tonalidad marrón.

—No puedo hacer milagros. Si no lo ve un médico, no le garantizo que sobreviva. Lo que acabo de hacer le dará más tiempo hasta que un profesional lo vea.

—Muchas gracias.

Kheira necesitaba salir de allí urgente, no quería ningún otro obstáculo en el camino.

—No. No te irás sin decirnos qué sucedió cuesta abajo en el refugio —

ordenó Tayed ladeando una daga de un lado al otro como si buscase el flanco de mayor filo.

La duda persistía. Kheira temía por echar todo a perder si ellos no creían en sus dichos. Debería ser contundente.

—Yo solo curo si son de los nuestros —agregó Khaled.

—Estamos del mismo bando —agregó Kheira.

—¿Cómo sé que no mientes? —preguntó el joven al acercarse de modo amenazante.

Kheira no toleraba que la luz de esperanza sobre el estado de Olivier se empañara por una mala contestación. En ese instante, supo qué responder y esperaba que eso despejara la incertidumbre que pendía sobre ella.

—Supongo que, si luchan a favor de la resistencia, habrán escuchado el nombre de Said Moussaoui.

Un perceptible movimiento en el rostro de Khaled confirmó que sabía de quién estaba hablando.

—Soy su hermana Kheira y él, mi compañero. Said estará muy agradecido cuando le cuente que ustedes me han ayudado y que lo han salvado.

Como si hubiera dicho las palabras mágicas, ambos se miraron; Tayed guardó en la cintura la daga.

—Es un honor ser de utilidad a la familia de Moussaoui. Deben quedarse aquí lo que resta de esta noche. Hay un poco de comida adentro.

—Les agradezco, pero intentaré llevarlo a un centro médico para que lo revisen.

—Tayed, escóltalos —ordenó.

—Khaled, no es necesario —contestó del mejor modo, más como un ruego o pedido para que no sintiera que lo despreciaba—. Nos dirigimos hacia el sur. Allá obtendremos la ayuda necesaria.

—Está bien.

Con las manos temblorosas, Kheira cubrió con una manta el cuerpo de Olivier, que se mantenía inerte. Encendió el motor y se alejó con cautela para que no pareciera que emprendía una huida. Se desvió lo necesario para que pareciera que tomaban el camino indicado hacia el sur. Retomó, después, el

indicado por Olivier y aceleró para llegar a destino.

—Por favor, amor, aguanta.

Se lo repitió cual mantra a medida que ganaba terreno por ese camino. La única manera de alcanzar el lugar era estar concentrada en el sendero; sin embargo, Kheira no dejaba de virar la mirada hacia Olivier. Había decidido hablarle creyendo que podía escucharla. No importaba si lo hacía, pero tenía la necesidad de que así fuera. Ese era un modo de sentirlo más cerca y saber que no estaba sola en medio de ese inhóspito sitio.

—Amor, tienes que aguantar, pronto llegaremos y allí podrán asistirte como es debido.

Cada tanto, se preguntaba si había hecho lo correcto llevándolo con Khaled, pero al minuto sabía que, sin esa primera asistencia, la situación sería otra. De solo pensarlo, se le erizaba la piel. Había bloqueado ese pensamiento de su cerebro porque no quería que atrajera malos augurios. Tampoco quería imaginar qué sucedería si descubrían sus mentiras. Negó con la cabeza; lo más importante era Olivier. Volvió a mirarlo esperando que resistiera y creyó notar un leve movimiento en el cuerpo de él. De inmediato, se detuvo a un lado de la carretera para certificar que era real y no producto de su imaginación.

—Amor, ¿puedes escucharme?

Deslizó los dedos por el níveo rostro de Olivier y con la otra mano tomó la suya. Una leve presión en su mano le indicó, al fin, que él sí podía oírla. Tomó una botella de agua para humedecerle los labios, que enseguida se movieron para decirle lo que ella tanto deseaba escuchar.

—Yo también te amo —replicó Kheira con lágrimas en los ojos.

Notó que tenía fiebre, hurgó y encontró un paño, que humedeció y le colocó sobre la frente.

—Pronto llegaremos a destino y te llevaré a un centro médico.

Olivier hizo un tenue movimiento para negar esa sugerencia.

—Amor, quiero que alguien más te vea para comprobar que estás bien.

Kheira notó que él hacia un gran esfuerzo para hablar. Se acercó a su boca para escuchar en un leve hálito lo que buscaba decirle.

—Busca a Massinissa.

—¿Dónde?

—Antes de llegar, en la tribu de…

Luego del esfuerzo, Olivier volvió a caer en una profusa oscuridad. Kheira esperó que las últimas palabras fuesen certeras y no fruto de un delirio, porque ya no tenía más fuerzas. Si ella no hubiera nacido en esas tierras y hubiera conocido a más de una tribu de bereberes, habitantes del Magreb, habría dejado pasar ese comentario. Ese grupo de amaziges vivían en campamentos y se trasladaban cada tanto por toda la zona. Esperaba poder hallarlos antes de llegar a la ciudad. En caso contrario, seguiría rumbo a Boumerdès. Retomó el trayecto liberando la angustia que la colmaba y se dejó arropar por un sordo sollozo, bajo los rayos del sol que asomaban en la incipiente mañana. Antes de retomar la marcha, se había fijado cuánto faltaba para arribar. Debía estar atenta para encontrar la tribu indicada por Olivier. Estaba convencida de que sería fácil de localizar; si no, no se lo habría mencionado. Poco después, atisbó a la distancia un asentamiento. Según el mapa que él le había dado y las indicaciones brindadas, debía ser ese el lugar. Rogaba que así fuera, porque, de lo contrario, ambos estarían perdidos. A medida que se adentraba en el camino, varios integrantes de esa tribu salieron a su encuentro. Detuvo el Jeep porque no quería que pensasen que ella podría ser una presencia hostil.

—Busco a Massinissa.

Ella notó que comenzó a correrse la voz entre ellos y observó que, rodeado de varias personas, apareció un hombre de edad. Con el rostro curtido por el sol y un andar lento, se aproximó hacia ella. Aún no había descendido del vehículo, no se sentía segura y permanecer allí le permitía huir cuanto antes si las cosas no salían según lo esperado.

—Soy Massinissa.

Al escucharlo, la arropó cierta paz, porque había llegado adonde le había indicado Olivier.

—Olivier Girard —dijo Kheira y le señaló dónde estaba.

De inmediato, el anciano se abrió paso para llegar hasta el soldado y levantó la vista para mirarla.

—Dihya, ven —ordenó.

La mujer envuelta con el *izar* blanco, ese largo manto usado por algunas junto al *tamelhaft* negro que las cubría, se acercó a ellos. Kheira no se separó un instante mientras Olivier era conducido hacia una de las carpas. Allí fue colocado en un camastro. Esa mujer, con la asistencia de otras dos jóvenes, se

pusieron manos a la obra para ver el estado de la herida. Prepararon unos brebajes y colocaron un ungüento sobre el abdomen de Olivier. Con extrema delicadeza, se dedicaron a auxiliarlo. Durante un largo tiempo –al menos esa fue la sensación de Kheira–, esas mujeres lo atendieron bajo la atenta mirada de ella y del hombre que parecía digitar todo cuanto sucediera en esa tribu.

—Él se repondrá —sentenció la mujer.

Kheira no les quitaba la vista a ellas, que con dedicación se abocaban a asistir a Girard. Al contemplarlas, observó que ambas llevaban un fino tatuaje en el rostro. Luego supo que el significado de ese grabado de tinta en la piel se debía a la protección frente a los espíritus o peligros invisibles que pudieran poseerlas.

—Si ella lo dice, así será —le afirmó Massinissa a Kheira.

—Es lo que deseo.

El hombre la inspeccionó con la mirada. Las sombras debajo de los ojos y el aspecto que llevaba daban muestras del cansancio que tenía.

—Debe descansar.

—No es necesario. Lo haré cuando sepa que él está bien.

Una tibia sonrisa asomó por el ajado rostro del hombre que estaba frente a ella.

—Es más fuerte de lo que cree. Siéntese.

Ambos se ubicaron sobre unas coloridas alfombras que tapizaban el lugar. Desconocía el rango que Massinissa ostentaba, pero estaba claro que sería uno de los que lideraba la tribu.

—Hacía tiempo que no lo veía. Cuando el ejército arrasó con este lugar, él tuvo un gesto con nosotros que nunca olvidaré. Si no hubiera sido por su colaboración, parte de nosotros no estaríamos aquí.

La lucha entre el ejército francés y la Frente de Liberación Nacional se libraba en esas tierras también. Las montañas que rodeaban la zona y el terreno boscoso generaban un lugar propicio para camuflarse del enemigo. Ellos habitaban el lugar desde hacía muchos años. En ese contexto, Olivier había conocido a Massinissa junto a Rachid. Con el paso del tiempo, el apoyo de la tribu, como tantas otras, se había materializado hacia los rebeldes.

—Entiendo.

A la tienda entró una mujer con unos brebajes y algo para comer.

—El *aghrum* está recién hecho. Es nuestro pan. Espero que le guste.

Kheira agradeció el alimento de forma circular que acababan de darle. Ahora que veía cómo lo asistían, se permitió ingerir algún alimento. Tomó unos trozos de ese pan y lo devoró. Hacía un día que no ingería bocado. Solo había tomado unos tragos de agua, ya que la poca que quedaba la había reservado para Girard, que sí la necesitaba.

—Pueden quedarse el tiempo que sea.

—Espero que Olivier lo decida.

—Así será.

Desconocía qué contenía la bebida que acababa de beber, pero un estado de somnolencia se apoderó de su cuerpo. Observó cómo Massinissa se retiraba del toldo, una vez que las mujeres habían hecho lo propio. Se deslizó hacia el rincón en donde estaba Olivier, entrecruzó sus dedos con los de él, apoyó la cabeza sobre un lado del camastro y se dejó llevar por el agotamiento que tenía. Ya no le quedaban más fuerzas para continuar. Poco después, una serie de imágenes comenzaron a asomar en la mente como un largometraje de terror y regresó al refugio al que ella había vuelto en una noche para el olvido. El pánico al ver a Olivier al borde de la muerte y en manos de Abdelkader volvía a apoderarse de su cuerpo. Supo que la única manera de librarse de ese hombre era hacer lo que él quería. Lo había seguido hasta un rincón en medio de la espesura del lugar. Ella dejó que él se adelantara unos pasos.

—Ahora conseguiré lo que tanto quiero de ti, luego morirás como ese hijo de puta.

Kheira sabía que tenía solo un segundo para reaccionar porque todo estaba perdido. Él creyó que ella sucumbía a él al intentar sacarse la prenda que vestía, al menos eso fue lo que él interpretó con el movimiento de ella. Sin embargo, ella había buscado el arma. Un solo segundo le bastó para apretar el gatillo. Aún le retumbaba en la mente y le vibraba en el cuerpo la detonación. No se había recuperado del impulso que volvió a gatillar para acabarlo. Al verlo caer ensangrentado, supo que lo había logrado. En ese instante de turbación, sintió que una mano le sujetaba la suya.

—Kheira —resonó una voz pastosa—, amor.

En el convulsionado sueño, creyó haber escuchado que la llamaban. Abrió los ojos negros y los posó sobre los de él, que estaban abiertos.

—Amor, volviste.

Ella besó el rostro magullado de Olivier. Había rogado que al fin él despertara. No podía imaginar que no lo hiciera.

—No podía alejarme, porque estabas a mi lado en todo momento.

—Lo estuve.

Él hizo un esfuerzo para ver dónde estaban. La intranquilidad asomó por su gesto de dolor, pero, cuando vio las telas del toldo, supo dónde se encontraba y se aquietó.

—Encontraste a…

—A Massinissa. Han estado haciéndote curaciones por la grave herida que tienes.

La mente de Olivier estaba confusa, no podía recordar todo, solo momentos que le venían a la mente, pero no podía hilar todo lo sucedido.

—¿Me trajiste directo hasta aquí?

—No, pero debes descansar un poco más. Luego te contaré cómo sucedieron las cosas.

Los ojos de él se cerraron. Ella se quedó junto a Olivier esperando que todo hubiera terminado. Ansiaba que así fuera. El descanso había ayudado a que él se recuperara. Luego de otras curaciones, estaba estable, lo suficiente para seguir adelante.

—¿Qué haces? —preguntó Kheira al verlo intentar incorporarse.

—Quiero levantarme.

—No creo que sea lo conveniente.

—Amor, no puedo seguir aquí tirado, con todo lo que hay que hacer.

—¿A qué te refieres?

Él la miró y se quedó a un lado sin dejar de pensar en lo que debería enfrentar. Aún había una serie de cuestiones por resolver, pero comprendía que Kheira había librado la batalla en su nombre.

—Nada, solo quiero volver a ser el que era.

—Dihya me dijo que estarás muy bien.

Olivier le acarició el rostro.

—No fue por ella que estoy así, amor, deberás saberlo.

Ella selló esa confesión con un beso. El ingreso de Massinissa interrumpió la intimidad del instante.

—Veo que estás mejor.

La mirada que lanzó hacia Kheira aclaraba el motivo por el que lo decía. Detrás de él, asomó Dihya con una bandeja con unos ungüentos. Esa mujer no había dejado de preguntar qué necesitaban, le había brindado una hospitalidad a toda hora sin incordiar con su presencia.

—Kheira, ella te acompañará a otro toldo por si quieres refrescarte.

Miró desconcertada a Olivier, que asintió con la cabeza. Era un agasajo que ninguno de los dos podía rechazar. En cada acto, se manifestaba una absoluta devoción por los recién llegados. Sin lujos y con varios cántaros de agua, aguardaban dos muchachas para que Kheira se aseara en una tina de metal. Con algunos aceites, ella se deslizó por la bañera y se relajó de a poco. Adoraba la cordialidad de esa gente que se esmeraba por atenderla y darle lo mejor que tenían. Se sorprendió de que le dejaran a un costado un *tamelhaft* negro, que se colocó enseguida para deshacerse de sus sucias prendas.

A pocos pasos de allí, se encontraba Olivier junto a Massinissa poniéndose al día de los últimos acontecimientos.

—Sabes que puedes quedarte el tiempo que necesites.

—Lo sé y te lo agradezco, pero nos iremos cuanto antes. No quiero complicarte.

—No lo haces.

—Claro que sí. Hay cuestiones por zanjar, y el combate continúa.

—Aquí ustedes están a salvo. Nadie creerá que nosotros, que ahora apoyamos a los rebeldes, le damos cobijo a algún miembro del ejército. —Girard lo escuchaba, mientras movía la cabeza de un lado a otro—. No hay manera de convencerte, ¿verdad?

—No.

—Ni siquiera por esa joven, que no ha hecho más que cuidarte.

—Massinissa, por ella es que lo hago. A esta altura, ya deben haber tomado conocimiento los míos o la resistencia sobre lo sucedido.

Con el paso de las horas, a medida que Olivier iba saliendo del estado de somnolencia, comenzó a recomponer lo sucedido en aquella madrugada nefasta. No podía recordar con exactitud lo vivido, pero sí el primer auxilio prestado por unos hombres. Kheira había completado la historia al narrarle que había confesado quién era su hermano. Ese dato había sido clave al momento de dejarlos partir.

—Si es así, sigue tu instinto, que nunca te ha fallado.

En ese momento, Olivier sucumbió frente a Kheira cuando la vio ingresar vestida como las nativas de la tienda.

—Cualquier cosa que necesiten solo avísenle a Dihya.

—No hay manera de agradecerles lo que han hecho por nosotros —replicó Kheira al sentarse en el camastro de Olivier.

—Me gusta verte así —replicó él al deslizar los dedos por el brillante rostro de la joven.

—¿Te sientes mejor?

—Ahora sí, ven. —Tiró de su mano para que ella se acostara a su lado—. Esto es lo que necesito.

—Yo también.

Bajo la tenue y titilante luz de unas velas que alumbraban la estancia, ambos abrazados, se durmieron, intentando dejar a atrás todo lo acontecido. El agotamiento que tenían ayudaría a eso.

Los días siguientes en la tribu de Massinissa fueron claves no solo para la recuperación de Olivier, sino también para que Kheira recompusiera el ánimo por lo vivido desde que había regresado a su tierra. El cariño que los miembros de la tribu habían puesto para atenderlos la había conmovido.

—Puedo asegurarte que me quedaría aquí —susurró Kheira.

En la estadía nadie los había molestado; ella no deseaba afrontar lo que sobrevendría y esperaba contar con las fuerzas necesarias para hacerlo. Pero había llegado el momento de partir de allí. Junto a Olivier, seguidos por los nativos de la tribu que los acompañaban, enfilaban hacia el vehículo para despedirse.

—Ya sabes que son bienvenidos las veces que deseen visitarnos.

—Lo sé. Muchas gracias.

—Cuídala —susurró Massinissa, antes de estrecharse en un abrazo.

Junto a la joven estaba Dihya rodeada de otras mujeres, quienes le entregaron una de las tantas artesanías que la tribu comerciaba, además del hilado de alfombras y tapices multicolores.

—Muchas gracias —agradeció Kheira conmovida por el trato recibido.

Ambos se subieron al vehículo y emprendieron la marcha. Los saludos de los nativos se perdían a la distancia a medida que avanzaban envueltos en la polvareda del camino. El trayecto hasta Boumerdès era el último trecho; allí deberían separarse. Así lo había ideado Olivier y no habría marcha atrás. Ella debía irse de Argelia cuanto antes. En silencio, cada uno inmerso en sus pensamientos, arribaron a destino. Buscaron alojamiento en una austera hostería. En ese poblado, permanecerían hasta que todo se resolviera. Desde la habitación se tenía una maravillosa vista hacia el Mediterráneo, una imagen que la había acompañado desde que había salido de Francia y que le otorgaba una cuota de serenidad. Se apoyó sobre la baranda de la ventana, poco después sintió que los brazos de Olivier la rodeaban por detrás.

—Todo estará bien —susurró.

Él no necesitaba que ella le manifestara la incertidumbre que flotaba entre ellos. Él tampoco podía prometerle qué era lo que sucedería en los próximos días. Lo único certero era que Kheira debía abandonar el lugar.

—¿En verdad no crees que es conveniente que un médico te revise?

—No es necesario. Yo ya estoy bien —dijo al estrecharla más y besarle el cuello.

No había palabras que definieran el verdadero sentimiento que lo unía a Kheira. Ella se volteó para tenerlo frente a sí, necesitaba quitarse la duda que la venía carcomiendo desde que habían huido del refugio.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos aquí?

Él esbozó una tibia sonrisa, porque no había dejado de darle vuelta al mismo asunto.

—Quiero que zarpes a Marsella y me esperes allí.

—No quiero dejarte.

—Esta vez lo harás. Debo saber que cumplirás lo que te pido. Es lo mejor, porque aún tengo que resolver cuestiones con la fuerza.

Ella sabía que, hasta tanto él no dejara clara su situación, tampoco podría estar tranquilo en Francia. La muerte de Brunet y su compañero acarrearía consecuencias. Él se había transformado en un traidor al haberse escapado de la celda, sin contar los hechos posteriores.

—Necesito que me prometas que lo harás.

Los ojos de Kheira centelleaban de emoción. No quería alejarse ni separarse un minuto de él. Comprendía que esa vez no tenía opción. Su preocupación por lo que sucedía en territorio argelino se extendía también hacia Léa. Le daba la impresión de que había pasado una eternidad desde la última vez que habían estado juntas. Cuánto la extrañaba, ansiaba saber de ella, sentía angustia de no tener noticias.

—Te prometo que resolveré cuanto antes todo aquí.

—Está bien.

Ella se perdió en los labios de él. No dejaba de repetirse que solo serían unos pocos días y entonces estarían juntos definitivamente.

—¿Esto es un sí?

Kheira asintió no tan convencida, pero cumpliría la promesa hecha minutos antes.

—Debo realizar unos trámites para que puedas irte de aquí.

—¿Te acompaño?

—Prefiero hacerlo solo, veré algunos contactos para lograr que te vayas lo antes posible.

—Está bien, te esperaré aquí.

—Sabes que te amo, ¿verdad?

—No sé si tanto como yo.

—Puedo asegurarte que sí.

Olivier volvió a besarla y abandonó la habitación. Kheira se quedó en medio de una mezcla de sensaciones, sin dudas, por todo lo vivido. Ella miró a su alrededor y no tenía mucho para hacer, salvo aguardar. Debía calmarse

porque la ansiedad por saber cómo le iría a Olivier le generaba mayor angustia. Llamó a la recepción para pedir un té de menta que la calmaría. Volvió a mirar por la ventana y centró la vista en las aguas azules, las que la llevarían de regreso a Francia. En medio de las especulaciones respecto a cómo sería el recibimiento de su familia, unos sonidos interrumpieron los pensamientos. Restaba tomarse el té para apaciguar la inquietud que tenía.

—Al fin volvemos a vernos.

Kheira quedó de una pieza al ver quién se había apersonado allí.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme?

—¿Creías que no me enteraría de dónde está mi hermana? Todo ha cambiado —dijo al acercársele, al tiempo que Kheira retrocedía.

—¿Por qué?

—Porque tú deberías estar muerta en vez de Abdelkader. Él era mi hermano, el hombre en el que confiaba. Durante años me ha acompañado y me ha demostrado su fidelidad. No te lo perdonaré, menos al militar con el que te revuelcas y que le dio muerte.

—Te equivocas.

—No vuelvas a mentirme. —Sacó la daga que siempre lo acompañaba—. Ni a contradecirme.

—No lo hago.

—Has denostado mi nombre al pretender salirte con la tuya, pero no lo has logrado.

Said estaba fuera de sí. En pocas oportunidades alcanzaba ese grado de ira. La cuestión con su hermana era personal; él no soportaba no tener todo bajo control. Él supo que ella había usado su nombre para huir. Eso no lo permitiría.

—Fui yo quien lo mató. Volvería a hacerlo una y mil veces.

El gesto en el rostro de Said se paralizó. Comprendió que su hermana le decía la verdad. Desconocía en quién se había convertido esa muchacha que durante cierto tiempo había estado bajo su ala, criada bajo los preceptos musulmanes. Ya nada quedaba de lo que ella había sido alguna vez. Said sabía qué haría. Kheira también lo supo en ese preciso momento. Buscó con la mirada el arma que había utilizado esos días, pero se la había entregado a

Olivier. Se encontraba a merced de su hermano.

—¡No lo hagas, por favor!

—Ni los ruegos a Alá podrán salvarte —gritó al caminar los pocos pasos que lo distanciaban de ella.

Ante el leve sonido de la puerta, Said tiró de Kheira para agarrarla y ponerla por delante de él al darse cuenta de que no estaban solos. Ella ahora era su escudo.

—Déjala —ordenó Olivier mientras lo apuntaba con la pistola.

—Al fin conozco el rostro del hijo de puta que abusó de ella —contestó con el filo de la daga sobre el cuello de Kheira.

Ella sabía de la determinación de Said, que nada ni nadie se interpondría en lo que deseaba: matarlos. Desvió la mirada para centrarla en Olivier, que la observaba con ojos fríos; no podía saber qué era lo que le pasaba por la cabeza. Nada quedaba del hombre que con ternura le confesaba el amor que por ella sentía. No distraía los ojos de Said, como si ella no estuviera presente a punto de morir en manos de su hermano.

—Te dije que sueltes esa arma a no ser que quieras que la mate. Y no me tiembla el pulso para hacerlo.

Por si quedasen dudas de lo que Said fuera capaz de hacer, deslizó la daga por el cuello de Kheira y de inmediato brotó un hilo de sangre. Ella miró a Olivier y bajó la vista. Unas lágrimas comenzaron a inundar la mejilla de Kheira y cerró los ojos para no ser testigo de lo que vendría.

—Si crees que ella me importa, te equivocas. Siempre estuve detrás de ti. Tu hermana solo me sirvió para esto, y no me equivoqué.

—¿Escuchas lo que dice? —le susurró al oído y apretó más el arma blanca contra el cuello de Kheira.

Ella abrió los ojos, pero evitó mirar a Olivier. No podía escuchar lo que decía. Alguna vez había pensado eso. Espera que todo fuera un ardid, porque, si no, entonces ansiaba que su hermano cumpliera con la amenaza en breve y le atravesara la garganta con esa daga.

—Esto es entre nosotros —aseveró Girard—. Que pese en tu conciencia matar a tu hermana, aunque por mí hazlo ya.

—¡Eres una mierda! —exclamó Said ante el leve movimiento de incrustar

la totalidad de la daga en el cuello de Kheira.

La detonación del arma quebró la tensión del ambiente. Un solo disparo puso fin a todo. Kheira cayó al piso detrás de Said. Al fin todo había acabado.

CAPÍTULO 21

Luna del Magreb

La llegada de Alex a Tel Aviv se había dado en el marco de una serie de interrogantes y sensaciones que lo habían acompañado desde el mismo momento en que había abandonado Estados Unidos. Creía haber cumplido con lo pedido por el Mossad. Necesitaba reunirse con el jefe para ponerlo al tanto de las observaciones hechas en Numec. Ansiaba hacerlo cuanto antes, para quedar libre de las actividades y poder disponer como deseaba de unos largos días en compañía de Lena. Por más que le hubiera gustado desocuparse antes, no había podido y la estadía se había extendido más de la cuenta.

Una vez más se había alojado en el mismo hotel en el que solía residir cuando estaba en la ciudad. El viaje había sido largo y había programado una reunión para el día siguiente en el edificio Hadar Dafna. No obstante, le había adelantado algo a su jefe, por eso imaginaba que no le llevaría mucho tiempo la entrevista. Dejó a un lado el equipaje y enfiló hacia el baño para darse una ducha reparadora, una que le quitara la inquietud que lo rondaba. Desconocía a qué se debía. Quizá los interrogantes que lo acompañaban desde Estados Unidos lo mantenían en vilo. Poco después, pidió por el teléfono la cena a la habitación. Comer algo liviano antes de descansar sería una forma de finalizar aquel día.

Unos golpes a la puerta lo sacaron de la abstracción en que estaba. Pensó que el servicio era cada vez mejor, ya que hacía pocos minutos que acababa de llamar. No bien abrió la puerta, se sorprendió al ver quién lo visitaba.

—Yosef, ¿qué sucede?

Si su mentor estaba allí, sin que Alex diera a conocer que acababa de llegar, era por un motivo importante.

—Sírveme una copa.

—Dime qué ocurre.

—No sin antes una copa.

Alex se apresuró a complacer a Yosef para que lanzara lo que había ido a decirle.

—Es sobre Léa.

—¿Qué mierda le sucede a Lena? —siseó al inclinarse sobre el cuerpo de Yosef, que acaba de sentarse en una silla.

—Se comunicaron al teléfono que le diste.

—Hakim —reflexionó—. ¿Qué te dijo?

—Que no se sabe de ella y que se perdió su rastro en la zona de la frontera con Túnez.

—¡Mierda! —exclamó al estampar la copa contra la pared.

No podía creer que fuera verdad lo que le estaba diciendo su mentor. Pero al instante supo que ningún otro contacto tenía ese número. Siempre supo que Argelia sería peligroso para Léa y comprendía que de nada hubiera servido decírselo. Ella había perseguido ese sueño mucho tiempo, y él no podía pedirle que lo abandonara.

—¿Cuándo te llamó?

—Estabas volviendo hacia aquí cuando recibí el llamado.

Alex empezó a buscar ropa para vestirse y salir cuanto antes de allí.

—Te equivocas.

—¿Qué dices? No pienso quedarme un minuto más aquí.

—No digo que no vayas —tronó con un hilo de voz—, pero debes prepararte, debes saber qué hay allá.

—Yo puedo hacerlo.

—Lo sé, pero igual he traído algo que necesitarás.

Yosef puso sobre la mesa el maletín de cuero gastado. De allí sacó unos mapas y fotos. A pesar de la desesperante situación, comprendía que ese hombre que lo había instruido en todo cuanto sabía estaba allí para ayudarlo en vez de para entorpecer la situación.

—Gracias —dijo Alex con la atención absoluta hacia lo que tenía frente a sus ojos.

Yosef desplazó con las manos curtidas un mapa de la zona en la que había tenido el conflicto Léa. Alex encendió un cigarro, dio una profunda calada en medio de una serie de pensamientos, todos preocupantes, que le atravesaban la mente.

—El asentamiento al que fue estaba aquí. —Señaló Alex con el dedo—. Tenían la ciudad de Tébessa como cabecera para cualquier cuestión que debieran tramitar.

—Exacto. Desde allí se hizo el llamado.

—¿Por qué Lena fue a la frontera? Está claro que no la acompañaba Hakim.

Estaba seguro de que la comitiva se movería en grupo, nunca dejarían a alguno solo, por lo tanto, la situación era peor de lo que Alex creía, porque él no comprendía el motivo por el que Léa había quedado sola en la frontera.

—Las comunicaciones en la zona son complicadas, pero lo poco que pude averiguar es que ha habido una urgencia sanitaria en el asentamiento. Entonces Léa y Hakim abandonaron el campamento para buscar medicación.

—¿Por qué el pedido no fue tramitado desde Túnez? Así lo habían planeado en caso de necesitar un refuerzo de medicinas; me lo aseguraron cuando me comuniqué con uno de los miembros de la organización.

—Quizás no fue así como sucedieron los hechos.

—¡Mierda! —Golpeó el puño sobre la mesa.

—Si vuelves a hablar con ellos, quizás…

—No voy a hacerlo, me manejaré solo. Ellos estarán ocupados en el resto de los miembros de la *acnur*, en saber cómo sigue la misión y en las cuestiones diplomáticas que habrá. Todo esto llevará tiempo que yo no pienso perder.

—Coincido.

—Esto es obra del Ejército de Liberación Nacional. Ellos son los únicos interesados en atravesar ese lugar.

—Ha sido un foco de conflicto durante todos estos años. Además, según me informaron, ha habido hace poco un enfrentamiento allí mismo por un envío de armas.

Alex intentaba recrear todo lo que habría sucedido en la maldita franja del territorio donde se libraba parte del conflicto argelino.

—Es una zona muy vigilada —repetía moviendo la cabeza.

—Alex, ella es fuerte y no es la primera vez que vive una situación compleja —comentó Yosef para intentar desviar los pensamientos de su

discípulo—. La conoces mejor que nadie. Sabes que es así. Si tienes dudas, solo debes recordar cómo y dónde se conocieron.

Alex debería aferrarse a esa idea para centrarse en cuáles serían los próximos pasos.

—¿Qué harás con el instituto?

El motivo por que se había traslado a su pueblo para visitar la factoría quedaba a un lado. Su única preocupación era Lena; no tenía espacio en su mente para otro pensamiento que no fuera ella.

—Encárgate, yo no pienso quedarme un minuto más aquí. Obraré solo porque no quiero involucrar a nuestra gente ni soportar que me den órdenes sobre qué hacer para hallar a Lena.

Yosef asintió en silencio, aunque consideraba que Alex debía ir acompañado para calmarse.

—Si no te tranquilizas y no pones la cabeza fría, no actuarás de la manera adecuada.

Alex volvió a centrarse en el mapa que tenía allí y analizó la situación.

—Debo llegar hasta Kasserine —señaló Alex—. No puede estar lejos de aquí, ¿qué dices?

Esa localidad estaba ubicada en Túnez, cerca de la zona fronteriza con Argelia. Marcó una línea imaginaria con el dedo desde ese lugar hacia Tébessa, en Argelia. Existía una gran posibilidad de que, si habían quedado del lado tunecino, fuese esa la región a la que se dirigiesen. Esa localidad sería un buen punto para comenzar la búsqueda.

—Mira —agregó Yosef señalando con el dedo—. Son casi trescientos kilómetros desde el aeropuerto de Túnez hasta llegar allí.

Alex asintió, mientras en su mente pergeñaba cada uno de los movimientos que daría en breve y cómo sería el recorrido.

—Y unas nueve horas desde aquí hasta llegar a Túnez.

Alex centró la vista en el reloj para calcular el tiempo que le llevaría estar cerca de Lena. Por mucho que deseara achicar la distancia, no podía. Debía resolver cuanto antes la cuestión del transporte que lo llevara hasta allí.

—Iré a ver a Mizrachi —dijo Alex—, ha quedado en deuda conmigo y es hora de cobrarme ese favor.

Ese hombre había comenzado con una flota pequeña de aviones, fue en aquella época cuando lo había conocido. En una primera instancia, había operado con vuelos internos dentro del país, aunque luego se había expandido, hasta que se vio envuelto con unos sujetos que traficaban droga. Si no detenía eso, podría perder la empresa. Lo había ido a ver a Alex para saber qué se podía hacer para evitar caer en bancarrota. Con el tiempo, la cuestión se había esclarecido sin consecuencias para la empresa, pero con la colaboración de Alex. Hacía tiempo que él no lo veía, sería hora de visitarlo.

—Bien pensado, dime qué más necesitas.

—Algún contacto en la zona.

Yosef escribió el nombre de un tunecino que solía actuar como enlace de ellos tiempo atrás. Si bien se mantenía fuera de circulación, como el mismo Yosef, era un hombre de confianza y él único que conocía en aquella región.

—Él sabrá lo que sucede allí. Vivía en Boulaaba, un pequeño pueblo cercano a Kasserine. No sé si aún reside allí, tal vez esté por algún poblado cercano.

—Gracias, Yosef.

—Mantente en contacto, desde aquí haré lo que pueda. Sabes que, si pudiera, te acompañaría.

—Lo sé.

Si bien no estaba en condiciones de desplazarse, suponía que ayudarlo lo sacaría del ostracismo en que había caído desde que le habían diagnosticado la enfermedad que padecía. Se levantó para abandonar la habitación del hotel y, al llegar a la puerta, se detuvo.

—Haz todo lo que sabes hacer para encontrarla y, luego, llévala lejos de allí.

Alex asintió y, tras el chasquido de la puerta, dispuso de todo lo necesario para llegar cuanto antes hasta Lena.

Una leve llovizna acompañaba el camino de Alex hasta las afueras de Tel Aviv, allí donde se levantaba la empresa aérea de Mizrachi. El hombre se había sorprendido del llamado a mitad de la noche. Supo de inmediato que algo no andaba bien. No preguntó, sino que se puso a disposición para lo que necesitase. Fue en persona al aeropuerto para esperar a Alex y ayudarlo con todo lo referente al vuelo privado hasta Túnez. Salió del hangar y vio los faros de un automóvil que se dirigía hacia allí. Observó el reloj y comprobó que

Alex se aproximaba hacia él con un bolso de cuero a cuestas ni un minuto más ni uno menos del horario acordado.

Se había dispuesto, de manera urgente, el plan de vuelo, además del resto de los requisitos aéreos. Mizrachi evitó preguntar qué llevaba en el bolso que acarreaba sobre el hombro. Daba por descontado que iba armado.

—En la pista en donde desciendan, no son muy rigurosos con los controles a los pasajeros.

Eso era lo que menos le importaba a Alex. Llevaba más de una identificación que pudiera serle útil de acuerdo a la situación.

—Gracias.

—He dispuesto todo cuanto me pediste. Las condiciones de vuelo son óptimas. Buen viaje, y espero que todo se solucione —dijo ante la impávida mirada de Alex, que asintió y se dirigió hacia la aeronave.

El piloto asomó por la escalerilla para ir a su encuentro. Ambos se saludaron estrechándose las manos antes de ingresar al avión. Dejó a un lado el bolso y esperó impaciente a que la aeronave partiese de allí. Desde la ventanilla, contempló cómo se deslizaba por la pista hasta remontar vuelo. Las luces de la ciudad fueron perdiendo intensidad a medida que el aparato ganaba altura. Las nubes danzaban al son del viento y la llovizna había quedado debajo del colchón nuboso. El tiempo de descuento para llegar a Lena acababa de iniciarse. Intentaba distraer su mente para no caer en malos pensamientos. Sin dudas, la inquietud que sentía no bien arribó a Tel Aviv se debía a Lena. En el fondo, sabía que algo no andaba bien. Con la mirada perdida en la oscuridad nocturna, repasaba una y otra vez cuáles serían los pasos hasta llegar a ella. No podía imaginar qué habría acontecido ni cuán grave habría sido. Sin dudas, serían las nueve horas más largas de su vida.

Las aguas del Mediterráneo se abrían en toda su inmensidad a la vez que la aeronave descendía en el aeropuerto tunecino. Alex apenas había dormido. La adrenalina que le corría por las venas no lo había dejado descansar. Había sido un buen vuelo y, una vez que aterrizó, se despidió del piloto. Acababa de llegar a Túnez, en la extremidad oriental del Magreb. Era momento de iniciar la búsqueda.

Alex descendió raudo por la escalerilla para completar todo el papeleo migratorio. Luego enfiló hacia un costado de la pista, donde aguardaba un todo terreno. Desde allí se dirigiría hacia Kasserine, su primera parada en ese viaje al infierno. Durante el vuelo, había tenido tiempo de analizar cuál sería el camino más rápido para llegar hasta aquella localidad. Se había grabado en la mente el mapa con los accesos precisos para arribar hasta allí. Aceleró el

vehículo y se dejó envolver por el polvo del camino a medida que ganaba terreno. En el trayecto, cada tanto se vislumbraba alguna modesta construcción perdida en medio de la inmensidad del territorio. Los asentamientos de bereberes también formaban parte de la fisonomía del lugar. Coronando la superficie, se levantaba una cadena montañosa separada por cuencas y fértiles valles. El monte Jebel Chambi marcaba el ingreso a la región de Kasserine. En medio de ese paisaje que lo rodeaba, arribó al lugar esperado. La localidad parecía estar suspendida en el tiempo. Las casas se destacaban por el blanco de sus muros. La comunidad que habitaba el lugar era pequeña, lo cual podría ser bueno, porque sería más fácil hallar a alguien dentro de un número chico de habitantes, ya que todos se conocían. O malo, porque entre ellos podía existir un pacto de silencio.

Enfiló hacia un pequeño restaurante, donde se congregaban los residentes del lugar. Necesitaba saber qué era lo que había sucedido en la zona fronteriza y ubicar a la persona que Yosef le había indicado como su contacto. No bien ingresó al local, las pocas voces que reverberaban dentro del recinto se acallaron. En silencio, con la mirada centrada en los movimientos de Alex, los habitantes del lugar aguardaban a que él actuase. Se ubicó frente la antigua barra de madera sobre uno de los pocos butacones que habrían tenido su época de esplendor hacía tiempo.

—Hay *lablabi* y *tajine* para comer —recitó el mesero sin ganas ante el visitante que acababa de entrar.

Alex no podría ingerir la sopa de garbanzos que le ofrecía ni el quiche frío y especiado que formaba parte del menú del día.

—Una bebida es suficiente.

Esperó al camarero que depositó con fuerza el pedido hecho segundos antes.

—¿Qué sabe de lo ocurrido en la frontera con miembros de una organización humanitaria? —indagó sin dejar de observar a su alrededor.

Alex notó cómo el mesero cruzaba la mirada con otro que estaba a metros de allí. Sin dudas, nadie estaba dispuesto a darle la información que buscaba.

—Nada.

—Necesito saber si ha habido heridos en ese incidente con los rebeldes —siseó al inclinarse hacia adelante.

—Ya le dije, no sé nada, ni creo que nadie más sepa algo aquí.

Alex se levantó y salió convencido de que no obtendría ninguna información sobre lo sucedido con Lena. A poco de arribar, ya se había corrido la voz de que un sujeto estaba haciendo averiguaciones sobre el hecho acaecido recientemente. Buscó en otros pocos locales si alguien sabía algo, pero era en vano. Debía seguir camino. Antes de subirse al vehículo, fue abordado por un joven.

—Creo que lo puedo ayudar —dijo incómodo.

—Dime qué sabes.

El muchacho miró el bolso que llevaba Alex. Estaba claro que buscaba una recompensa a cambio de la información.

—Toma. —Le dio unos billetes—. Según lo que me cuentes, te daré más.

—Hubo un enfrentamiento entre los militares que custodiaban la Línea Morice con unos rebeldes.

—¿Había alguien más allí?

—Sí, parece que quiso cruzar una familia que residía en el mismo asentamiento en que estaba una colaboradora de una organización humanitaria.

—¿Qué sabes de ella?

—No mucho, aunque dicen que la mujer murió.

—¿Quién murió?

—¿Qué haces ahí? —gritó un hombre al otro lado de la calle, más precisamente, al salir del restaurante—. ¡Ven para acá!

Alex no podía dar a crédito a lo que escuchaba, no pensaba hacerlo hasta que no encontrase a Lena.

—¿Conoces a Nizar Bouzi?

Alex sabía que ese sería el último dato que podía sacarle al joven, antes de que el hombre de edad llegara hasta ellos para poner fin al escueto diálogo.

—Aquí no va a encontrarlo, quizás en Boulaaba —contestó.

Alex arrancó dejando al joven envuelto en la polvareda. Mientras se alejaba, observó por el espejo retrovisor una fuerte discusión entre el joven y el hombre adulto que había cruzado la calle para reprenderlo.

Durante el trayecto, no dejaba de repetir como un mantra ella no estaba muerta. Que esa parte del relato no podía ser verdad. Imaginó a Lena intentando ayudar a una familia que buscaba cruzar la frontera, no dudó que ella se habría prestado a eso. Entendía lo que ella sería capaz de hacer hasta lo impensado por colaborar.

—¡Mierda! —exclamó con los dedos aferrados al volante.

Ingresó a Boulaaba como un poseso en busca del contacto. Acababa de detenerse frente a un tendero que vendía telas y otros objetos. El hombre se había quedado detrás de unos géneros observando el vehículo de donde se bajaba Alex.

—Busco a Nizar —dijo Alex y le entregó un poco de dinero.

—No suele aparecer por aquí.

—¿Dónde está?

—En la colina, allí donde…

Lo dejó con las palabras en la boca, porque Alex ya estaba a bordo del todoterreno manejando. Después de unas cuantas vueltas y subidas, encontró a un hombre en la parte trasera de una humilde construcción.

—¿Nizar?

El aludido lo encaró con un gesto de pocos amigos. No le gustaba recibir gente. Intentó descifrar, minutos antes, quién era la persona que se acercaba a su casa por el intrincado camino a una velocidad excesiva, como si lo corriera el diablo.

—¿Para qué me buscas?

Alex observó el simulado gesto de colocar la mano por debajo de largas ropas en donde tenía calzada un arma. Él también estaba a punto de tomar la suya.

—Yosef me dijo dónde encontrarte.

Al mencionar ese nombre, hubo algo en el gesto de Nizar que cambió. Dejó de mantener la actitud hostil inicial.

—¿Cómo está él?

—Bien —respondió escueto—. Necesito saber qué sucedió en la frontera con un grupo que intentó atravesarla y llegar hasta aquí.

—Si vienes de parte de él, debes ser confiable.

—Lo soy, y el tema es sensible. Necesito toda la información que tengas.

—Es un tema complicado porque nadie quiere hablar ni responsabilizarse de lo sucedido.

—¿A qué te refieres?

—Unos días antes, hubo un altercado por un envío de armas, desde acá hacia Argelia. Esa mercadería no llegó a destino. El ejército los emboscó y, además de matar a los rebeldes, se quedó con la mercancía. Hubo reclamos y fuertes represalias. No solo participaron los que trasladaron el encargo, sino que varios tunecinos han sido cómplices del hecho, por eso nadie quiere quedar involucrado en eso.

La cercanía de esa zona con la frontera tunecina hacía que las noticias corriesen como polvo en el viento. Nadie estaba ajeno a los negociados que ocurrían en la franja ni al tráfico de armas. También los pobladores estaban al tanto de quiénes comerciaban y dónde estaba ubicada la fábrica, cercana a la frontera, en donde se producían las armas. Era un lugar estratégico para achicar la distancia en el traslado e incrementar la ganancia de los tunecinos.

—¿Dónde están los que lograron atravesar la frontera?

—Escondidos, porque no quieren que se sepa lo sucedido hasta que no pase un tiempo.

—Llévame con ellos.

Nizar supo que no tendría otra alternativa que llevarlo al escondite. Le sorprendió que no se interesase en saber más.

—¿Qué tiene que ver Yosef con todo esto?

—Él nada. Es una cuestión personal.

—Hubo alguien que murió antes de llegar a esta tierra.

Alex no preguntó, quería ver con sus propios ojos quiénes eran los que al fin habían cruzado. Necesitaba oír de boca de los protagonistas lo sucedido, no dejarse atosigar por rumores.

—Quiero ir ya.

En silencio, se dirigieron hacia el vehículo. Se perdieron por un camino sinuoso al que no todos podrían acceder. Ni las subidas y bajadas del

escarpado terreno distraían un segundo la atención de Alex. Al pie de una colina, se erigía una pequeña casa. El rugir del motor hizo salir a un hombre junto a otros dos jóvenes con armas y caras de pocos amigos. La actitud de ellos empeoró cuando los vieron descender del vehículo.

—Mourad, baja el arma —dijo Nizar.

El hombre no le hizo caso, no estaba en situación de confiar en alguien. Debía proteger a su familia. Esa era su prioridad.

—¿Quién es? —preguntó junto a sus hijos, que se encontraban a su lado.

El dueño de casa observaba cómo ese hombre que acababa de descender del vehículo avanzaba hacia él y a sus hijos como si no estuvieran armados. Estaba claro que nada detendría a ese sujeto.

—¿Dónde está? —preguntó Alex al desplazar a un lado al hombre para ingresar a la casa.

—¿Qué hace? —preguntó Mourad al disparar al aire, sin espantar ni detener a Alex.

—¡Lena! —gritó Alex—. Lena, ¿dónde estás? —reiteró.

Alex hizo una rápida vista alrededor y no notó nada que le llamase la atención. La sala era pequeña y por demás austera. En el fondo, había una puerta cerrada y desvencijada que se abrió de inmediato. De allí salió un niño.

—Soy Samir.

Alex ingresó y la imagen que contempló lo sobrecogió por completo. En ese instante, observó a una niña en el borde la cama que le colocaba un paño de agua fresca sobre la cabeza a Léa, su Lena. Entonces, la templanza que había sabido conservar para seguir adelante y el muro de contención que había construido acababan de derrumbarse al verla en la cama. Los ojos de Alex se colmaron de lágrimas y dejó escapar un sollozo ahogado que sintetizaba el dolor y la angustia que había acumulado durante cada maldito minuto hasta llegar a ella. Se acomodó al lado de ella para observar con sus propios ojos cómo estaba y qué tenía. Le acarició el rostro que tenía grabado en la retina y tallado en el corazón.

—¿Eres Alex? —pronunció con voz cantarina la niña, que seguía al otro lado de la cama.

—Sí.

Él se volteó para centrar la atención en alguien distinto a Léa. Observó que esa niña tenía varias magulladuras en el rostro y en los brazos, además de notar el estado de sus ojos debido al problema que la aquejaba.

—Soy Zahia. Ella no ha dejado de nombrarte en las noches.

Alex volvió a mirar a Lena, que parecía estar sumida en un sueño profundo. No dejaba de observarla para saber si tenía algo más de gravedad que nadie hubiera visto.

—Ella va a estar bien —replicó.

—No sabía que buscaba a Léa.

El hombre de la casa se acercó por detrás, sin rastros de la actitud combativa inicial. Él nunca podía tomar a mal la presencia de alguien relacionado con la joven que yacía en el camastro.

—¿Cómo está?

Alex le dio pequeños besos sobre ese rostro que amaba más allá de todo. Desde que supo lo ocurrido, no podía imaginarse la posibilidad de perderla. De haber sucedido, él también se habría muerto con ella.

—Ella está bien —indicó Mourad—. Hubo horas en las que estábamos muy preocupados, pero el doctor que la atendió nos dijo que saldría de esta situación, no solo por su juventud, sino por la fortaleza que tiene.

—¿Qué sucedió?

—La balacera desatada en la mañana que cruzaron la frontera hizo que el vehículo que ella conducía sufriera un fuerte impacto, igual que ella y los que iban a bordo.

—¿La atendió un médico?

Con el dedo, recorría cada magullón o probable golpe que ella pudiera tener. Alex quería sacarla de allí para que la joven fuera mejor atendida. Como si le hubiera leído los pensamientos, Nizar se acercó hacia Alex para aclararle la situación.

—Quien la atendió es un facultativo muy bueno que ha servido en el ejército. Sabe lo que hace. Ella ha estado en buenas manos desde lo sucedido.

—Le hemos estado suministrando la medicación indicada. Es solo una cuestión de tiempo.

Alex asintió un poco más tranquilo, aunque conseguiría calmarse cuando ella abriese los ojos.

—Le ofrezco mi casa para que cuide de ella —agregó Mourad.

—Gracias.

—Si quiere, lo espero en la cocina, así le cuento lo acontecido.

—No quiero moverme de su lado.

Los dedos de Alex estaban enlazados con los de Lena. No dejaba de contemplarla sin pensar lo cerca que había estado de perderla.

—Zahia, ve con tus hermanos.

La niña salió de la habitación por primera vez, porque no había abandonado a Léa desde que todos habían sido trasladados a esa casa. Mourad se apoyó sobre uno de los descascarados muros de la vivienda y fijó la vista en Alex, necesitaba que supiera lo ocurrido en aquel fatal cruce.

—Ella ha sido nuestro ángel —confesó compungido—, y todo ha sido por mi culpa.

Él no había dejado de culparse por lo sucedido, por la gran pérdida que había sufrido y de la cual no se recuperaría sino en un largo tiempo.

—¿A qué se refiere?

—Yo, como tantos otros argelinos, buscaba abandonar nuestra tierra para conseguir un porvenir en otra. La posibilidad era venir hasta aquí, pero no resultaba fácil. Esperé el momento justo y lo logré, pero solo con mis dos hijos mayores; Zahia y Samir quedaron con mi esposa. Le juré que la buscaría, aunque era difícil. Ambos nos prometimos que volveríamos a reunir a toda la familia.

»Unos miembros de Ejército de Liberación Nacional se infiltraron en el asentamiento en donde estaba mi esposa. Ella se dio cuenta de todo y accedió a convencer a alguien de la organización para que fuera con ellos con la excusa de buscar unos medicamentos. Durante días se sabía que debían retirar otro lote de medicina para evitar que la malaria se expandiera. Esa sería la excusa perfecta para que ellos cruzaran en busca de las armas sin problemas y bajo la fachada de alguien de la *acnur*. Solo restaba convencer a la persona indicada: Léa. Ella había trabado un estrecho vínculo con mi familia, en especial con mi hija Zahia. La señorita Dubois desconocía que mi familia estaría a bordo del vehículo en que buscarían la medicina.

»En el momento de cruzar, los militares que custodiaban la zona creyeron, en principio, el ardid pergeñado. Luego, supongo que hubo algo que los delató, tal vez fuera la actitud combativa de los dos sujetos que integraban la comitiva. Entonces, todo se desbarató. Los disparos comenzaron de un lado y del otro. En medio de las detonaciones, tanto el conductor como su compañero fueron derribados; el vehículo quedó a la deriva con mi familia a bordo. Aún ninguno de ellos había sido descubierto. Hubo un alto el fuego y una orden de que detuviera el Jeep que había comenzado a conducir Léa. En una fracción de segundos, todo pareció calmarse, aunque mi esposa rogaba para que la señorita Dubois continuase con la marcha hasta arribar a este lado. Mi hija no ha dejado de repetir una y otra vez lo sucedido en aquel camión, por eso puedo contarle con absoluta claridad lo ocurrido.

—¿Qué pasó entonces?

—Léa dejó todo atrás. Aceleró el vehículo para cruzar a Túnez. Los disparos comenzaron a darle no solo al camión sino a quienes estaban dentro. Mi esposa fue abatida. Estoy seguro de que está feliz de haber muerto por ayudar a sus hijos. —Tenía lágrimas en los ojos—. De no haberlo intentado, habrían perecido en el asentamiento en que estaban. Nadia cumplió con el juramento que nos hicimos. Estamos aquí todos reunidos a costa de su muerte y por el arrojo de Léa. Sin ella, nada de esto sería posible.

Alex había escuchado en silencio, aún conmocionado por el relato.

—Quiero que sepa que le estaré eternamente agradecido a ella por el modo en que actuó.

Alex asintió más tranquilo al saber que Lena estaba mejor, aunque la calma la obtendría del todo cuando la joven abriera esos ojos vivaces y oscuros que lo subyugaban.

Alex se había quedado solo junto a Léa. Apoyó la cabeza al lado de ella. Fue el primer momento de paz en mucho tiempo.

Algo lo sacó del estado de ensoñación en que se encontraba. Creyó sentir una presión en la mano, la que tenía enlazada con la de ella. Se incorporó de inmediato y esos ojos negros, colmados de lágrimas, estaban mirándolo.

—Viniste.

—Sí, mi amor —le dijo y la besó, un beso que hizo que su cuerpo cobrara vida—. Debes descansar —le indicó al ver que ella intentaba incorporase—. Cuidado, que puedes marearte.

Léa desconocía el tiempo que llevaba allí en la cama. Por momentos la

asaltaban imágenes vividas que no sabía si eran reales. Un dolor de cabeza la atravesaba. En ese instante, caía en una profusa oscuridad de la que luchaba por salir, pero no podía. Solo la voz de Alex le retumbaba en la mente y la mantenía cuerda. Él era la conexión a la realidad. Y ahí estaba junto a ella, como siempre había sido.

—¿Cómo supiste dónde estaba?

—Daría vuelta todo hasta encontrarte.

—Mi amor, estoy bien.—Luego sollozó—. No encuentro el dije que me regalaste. Siempre me acompañó, pero ahora no sé dónde está.

—No importa. Nada importa más que tú.

Él acercó la mano que no había soltado desde que había llegado. Le besó cada uno de los nudillos sin dejar de observarla. Ambos se dejaron envolver por el silencio y la paz de estar, una vez más, juntos.

—No recuerdo bien cómo sucedieron los hechos.

—Es normal, luego de la situación que has vivido.

De solo recordar lo relatado por Mourad, se le helaba la sangre.

—¿Qué ocurrió con Zahia?

—La niña te ha estado acompañando hasta recién que logré localizarte —comentó al rozar el dedo en la magullada mejilla.

Alex la miró y pudo desentrañar lo que Zahia significaba para Léa.

—Valió la pena porque ella logró estar junto a su familia —aseguró Léa.

—Así es, nosotros no tuvimos esa posibilidad, aunque corriste un riesgo demasiado grande.

—Lo sé y te juro que no dejé de pensar en nosotros. Tu imagen me acompañó en todo momento. Sentía que estabas a mi lado.—Él la besó. De pronto, un recuerdo cruzó la mente de Léa y un gesto le distorsionó el rostro —. ¿Qué le ocurrió a Nadia?

—Ella no resistió.

Los disparos comenzaron a retumbar en la mente de Léa y el recuerdo de Nadia reflejada en el espejo del vehículo herida, con la sangre que le manaba del pecho, asomó con mayor realismo.

—Ese era un riesgo que corría cualquiera de los que iban a bordo. No llores, por favor —susurró Alex al intentar calmar a Léa.

—Hice lo posible para que no sucediera.

—Si no hubieras escapado, ahora estarían todos detenidos sin posibilidad de salir, al menos la familia de Mourad. Bebe. —Le ofreció un poco de agua—. En un rato, debes tomar la medicación.

—Habrá que avisar en la organización que estoy bien.

—Ahora debes recuperarte, luego hablaremos de eso.

—Te amo —dijo al volver a cerrar los ojos para dormitar otra vez.

Nizar llegó con una taza de café para Alex. Ambos desviaron la mirada hacia Léa, que parecía haber caído en un sueño profundo.

—Ella está mejor —afirmó Alex aliviado—. Nizar, ¿sabes si los han buscado los militares?

—Hay infiltrados de ambos bandos y en los dos territorios. A pesar de que Túnez sea ahora un país independiente, los militares franceses han tomado represalias en esta tierra cuando se ha violado la frontera. En este caso, también ha habido bajas francesas y quizás quieran actuar como lo han hecho en otras oportunidades.

—Y este lugar no es de Mourad.

—No, solo es un refugio seguro en donde nadie lo molestará. No necesitamos que vengan por ellos. Además, estamos hartos de que los franceses se crean los dueños de todo. Por eso, en el poblado se mostraron hostiles. Si no saben en qué bando estás, no quieren contar nada.

—Lo sé. Vi la desconfianza y el hastío en ellos. —Hizo una pausa—.No bien se reponga, debo sacarla de aquí.

—Sí, será lo mejor. Lo que necesites puedes pedírmelo.

—De momento, nos quedaremos esta noche. Espero que Lena mejore para llevarla de aquí.

—Te daré un nuevo camino para que regreses hasta la capital para que puedan embarcar. ¿Volverás a Tel Aviv?

—No lo creo.

Alex suponía que lo mejor sería regresar a París. No había dejado de pensar en la familia de Léa. Los padres deberían haberse comenzado a preocupar si no sabían de ella en las próximas horas. Estaba convencido de que las noticias habrían comenzado a rodar sobre lo acontecido en el límite de ambos países. Que hubiera una persona perteneciente a una organización humanitaria generaría más revuelo y sería utilizado en la prensa internacional. Confirmaría la teoría de que el conflicto en tierra argelina dejaba de ser interno y se expandía hacia las fronteras. Eso abría la posibilidad a la injerencia de organismos internacionales, algo que Francia no estaba dispuesta a admitir.

—Llévala lejos de aquí.

—Es lo que haré, gracias otra vez.

La estadía se extendió dos largos días. Cuanto más se quedasen en esa tierra, mayor era el riesgo de que se topasen con las autoridades que Alex buscaba evitar.

—Amor, ya es hora.

Alex se había preparado en la madrugada para salir lo antes posible y llegar temprano a la capital.

—Serán solo unos minutos.

Él se retiró de la habitación cuando ingresó Zahia. Comprendía que la despedida no sería un momento fácil para ambas. Él se quedó observando por el resquicio de la puerta la imagen de Léa junto a la niña abrazadas con el cuerpo convulsionando por el sordo llanto de las dos.

—Zahia, al fin estás con tus hermanos. Sabes que tu madre hizo todo lo que pudo para que se reencontraran.

—Lo sé.

—Entonces, debes estar tranquila. —Se separó y le tomó la barbilla—. Todo saldrá bien.

—Gracias —contestó ahogada.

Léa la abrazó con fuerza. No podía prometerle que pronto la vería, porque Zahia no necesitaba más promesas.

—Te quiero.

—Yo también.

—Toma.

La niña le devolvió el dije que Alex le había regalado en Nueva York.

—¿Dónde lo encontraste?

—El doctor te lo quitó y yo juré que te lo guardaría hasta que estuvieses bien.

Léa besó la coronilla de esa niña que le había robado el corazón. Léa desvió la vista por encima de la cabecita de la niña y se topó con la mirada de Alex, quien entendía a la perfección lo que ella sentía.

—Espero que juegues a la pelota con tus hermanos, estoy segura de que les ganarás —dijo al revolverle el cabello oscuro y levantarse para alejarse de allí.

—Te lo prometo.

Léa salió en compañía de Alex tras los saludos y los eternos agradecimientos de la familia de Mourad. En la madrugada emprendieron el viaje de regreso bajo la sola compañía de la luna del Magreb. La única testigo silenciosa de lo acontecido, la que los envolvía y cobijaba en su huida bajo el resplandor que los guio hasta abandonar el territorio.

CAPÍTULO 22

Iluminado por el fuego

La salida de Túnez se había dado en el marco de un viaje no exento de sobresaltos. Sin embargo, pese a todos los inconvenientes, llegaron a Francia. Una vez allí, Alex sabía que debía cumplir con una promesa, la que le había hecho a Irenka.

No le había costado averiguar que ella había salido del L'Hôpital Pitié-Salpêtrière de la ciudad de París, por lo que se dirigían a Reims.

—¿De verdad crees que me reconocerá? —indagó Alex.

—Yo creo que sí, porque la has ayudado a desbloquear recuerdos que ella ha mantenido ocultos. No lograba sacarlos a la luz, ya que la destrozaban por dentro.

—Hay otro motivo, más allá del cariño que le tengo.

El vínculo entre ambos era el pasado que los entrelazaba, ese oscuro pasado que Alex le había llevado a la memoria muy a su pesar.

—Es importante que sepa de tu boca qué sucedió con el protagonista de la foto que le mostraste y al que Irenka reconoció.

Alex le había contado a Léa con lujo de detalles lo ocurrido en la misión que había encarado con el Mossad para apresar a Adolf Eichmann.

—Quizá pueda obtener un poco de sosiego al saberlo, no lo sé.

—Estoy segura de que así será.

Reims se abría paso en medio de los viñedos. La ciudad ícono del *champagne* y del festejo resplandecía luego de haber sido testigo de uno de los hechos que puso fin a la Segunda Guerra Mundial. Allí mismo había ocurrido una de las dos rendiciones de los alemanes, en ese caso, a cargo de Alfred Jodl, jefe de operaciones de las Wehrmacht, que firmó la capitulación militar incondicional y el alto el fuego, junto con el general Eisenhower y representantes del resto de los países aliados. Sin embargo, Iosif Stalin desconoció esa firma, ya que buscaba que se hiciera en el cuartel general que los soviéticos habían instalado en la capital del Reich. Entonces, al día siguiente, se efectuó otra capitulación, que pondría fin a la sangrienta guerra que había arrasado a Europa. Ahora esa hermosa ciudad no solo era un lugar

con historia, sino que gozaba de la paz y la tranquilidad de su pueblo. A bordo del vehículo, recorrieron las pintorescas calles del lugar hasta llegar a destino.

—Aquí es.

Alex detuvo el vehículo y se apeó a la calzada. Observó con detalle la propiedad y creyó reconstruir el lugar que le había descripto Irenka cuando le habló de la casa donde se había sentido feliz.

—Espero que mi visita no le cause una conmoción, aunque, si sucede, estás tú aquí. —Se inclinó y le dio un beso rápido a Léa.

—Ella estará feliz de verte, te lo puedo asegurar.

Tras el llamado a la puerta, asomó una joven con el gesto de sorpresa al ver a dos extraños frente a ella. La mirada se fijó en la muchacha a la que reconoció como la profesional que había tratado, junto al doctor Boyer, a su tía. Sin embargo, no identificaba al sujeto que la acompañaba.

—¿Por qué asunto están aquí? —preguntó Anne.

—No sé si me recuerdas, soy Léa Dubois, psicóloga de tu tía, y él es…

—El doctor Gautier. Solo la he visto unas pocas veces.

De nada servía ponerla sobre aviso de la identidad de Alex y del verdadero motivo que lo había llevado a ver a Irenka.

—Por supuesto, adelante. Ella no habla mucho, pero me ha contado de usted —dijo al referirse a Alex.

Ambos ingresaron a la sala decorada con unos cuadros que tapizaban las paredes de color crema. Al calor de la chimenea, un cómodo sillón de gobelino floreado en tonos verdes decoraba la estancia.

—He debido abandonar la institución por otros proyectos y me gustaría saber cuánto más estuvo Irenka dentro del hospital.

—Poco tiempo más. Lamentablemente, sus progresos se habían estancado, y ella no dejaba de repetir que añoraba venir aquí.

—Está muy bien que haya regresado al lugar en que fue feliz.

—Así es y eso me da mucha alegría.

—¿Ella está descansando? —se interesó Alex.

—No lo sé, pero iré a buscarla. No me perdonaría que no la llamase, ya que no suele recibir visitas. Eso sí, desconozco cómo estará hoy, porque tiene sus días. Ustedes lo sabrán mejor que yo.

—Es normal —replicó Léa—. Lo importante es que esté fuera del hospital.

—Así es, ya vengo.

Léa observó a Alex y lo notó nervioso, le costaba creer que estuviera en ese estado el hombre que afrontaba situaciones tan complicadas. El sonido de unos pasos al arrastrarse por el piso de madera los alertó.

—¿Mira quiénes han venido a visitarte?

Irenka se detuvo al mirar a los invitados. En los primeros minutos, el rostro no mostró alguna emoción. Sin embargo, su mirada se centró solo en Alex y, de a poco, unas lágrimas comenzaron a asomar por esos ojos color cielo.

—Doctor Gautier, ¿es usted?

—Prometí que vendría a visitarte cuando estuvieras aquí en tu casa, y he cumplido.

Ella abrió los brazos. Alex se acercó para estrecharse en un cálido abrazo. Léa contemplaba la imagen emocionada, porque nunca había dimensionado el fuerte vínculo que ambos habían desarrollado en las pocas veces que Alex había estado en el hospital.

—Me alegro de que haya venido, y en compañía —dijo Irenka al separarse y dirigirse a Léa—. Nunca me gustó el doctor Boyer.

Léa sonrió. Esperaba que su estadía en el norte africano hubiese calmado las aguas y solucionado la cuestión con Étienne. Observó que Irenka había ganado algunos kilos de peso y eso hablaba de que estaba mejor en su hogar.

—Tía —interrumpió Anne ante la aparente incomodidad que significó la mención de ese nombre—, será mejor que se sienten. Les traeré un té.

La anciana enfiló hacia los sillones y allí se sentaron para hablar, aunque no fuera un diálogo fluido, porque luego de unas cuantas palabras se producía un silencio que ninguno de los presentes esperaba completar. Anne apareció con una bandeja con tazas de porcelana junto a un plato de galletas rosas con azúcar por encima.

El gesto de Alex al levantar la ceja y mirar a la anciana produjo una sonrisa en ella.

—Espero que les gusten, porque son la especialidad de la casa —dijo la sobrina.

Irenka había pasado horas horneando galletas frente a un pequeño patio que daba a la cocina mientras el atardecer palidecía. Disfrutaba de esa actividad sin importar el estado de ánimo que tuviera. El sabor a vainilla inundaba la casa. Entonces, Anne creía que todo volvería a ser como antes. Sin embargo, no era así, ya que la tristeza y la congoja empañaban los aciagos días de Irenka.

—Me encantan.

—Desde que mi tía regresó a casa, las prepara una vez por semana. Ella juraba que alguien vendría a verla y debía tenerlas listas.

—Están mejores que las que te llevé al hospital —le dijo Alex.

—Léa, debe tener cuidado porque él es muy querendón.

—¡Tía!

El estado de Irenka, sumado a la falta de socialización, la hacía actuar sin algún tipo de decoro. Sin embargo, a Alex le gustaba que esa mujer se mostrara tal cual era.

—Ya lo sé. Gracias por recordármelo.

Léa observó cierta inquietud en Anne, pero no creyó que fuera por los dichos de su tía.

—No quisiera ser descortés, pero debo cumplir con unas diligencias que no me llevarán mucho tiempo.

—Por nosotros no te preocupes, que nos iremos.

—Me gustaría que se quedasen un poco más —pidió Irenka.

Anne se sorprendió al ver lo animada que estaba su tía y no dudó en saber que sería una buena idea que los invitados extendieran la visita.

—Por supuesto, ella no estaría mejor que con ustedes.

—Gracias —contestó Léa animada.

Ella observaba con sorpresa que Irenka estuviera encantada con la visita. Largas habían sido las sesiones en las que la joven había luchado por obtener algún resultado positivo. Allí, refugiada bajo el calor del hogar, Irenka se veía

estable y de mejor talante. Anne se despidió de los presentes. Luego, la conversación continuó alternándose entre silencios, palabras entrecortadas y largos parlamentos.

—Traeré más té —dijo Léa.

Irenka había estado callada los últimos diez minutos; con ellos no tenía la necesidad de hablar más de lo que ella deseara decir. Hacía tiempo que no se sentía tan gusto como esa tarde.

—No solo has cumplido con las galletas.

Alex inclinó el cuerpo hacia adelante y apoyó los codos sobre las rodillas fijando la vista en la anciana que lo miraba trasluciendo lo que ansiaba decir. No eran muchas las cosas que ella recordaba, pero había una etapa de su vida que, por más que hubiera intentado olvidarla, no podía. El pasado regresaba como ráfagas para envolverla en fatídicos recuerdos, que luego se iban con el mismo ímpetu con que habían llegado. A ella no le costaba borrar de su alterada mente la temporada que había estado en L'Hôpital Pitié-Salpêtrière; sin embargo, había una noche que no la podía sacar de su mente: cuando Alex, bajo la apariencia del doctor Gautier, se había apersonado y le había mostrado la foto del sujeto que le había destrozado la vida. En su cabeza, repiqueteaba una y otra vez la voz de Alex: "Él nunca volverá dañarte". Esperaba que así fuera, porque en las noches, las pocas en que podía conciliar el sueño, el perverso rostro de Eichmann aparecía torturándola como lo había hecho en el tiempo en que creía que estaba todo perdido.

—Te prometí que él no volvería a dañarte, y así es.

—Anne me contó las noticias que decían que lo habían apresado.

Irenka aún no podía nombrarlo, porque creía que de ese modo podía atraerlo a su vida más de lo que había estado involucrado.

—Es verdad lo que tu sobrina te dijo. Debe darte cierta paz saber que puedes cerrar una etapa de tu vida.

Léa escuchaba el diálogo desde la puerta de la cocina, comprendía que era eso y no otro tema lo que los había unido en las pocas entrevistas mantenidas por ambos.

—¿Quién eres? —soltó más lúcida que de costumbre.

Una tibia sonrisa asomó por el rostro de Alex. No se había equivocado con esa mujer que, más allá de la mente perturbada por lo sucedido en su pasado, mantenía momentos de extrema lucidez. Ella sabía que él ocultaba algo, pero

no era momento para que lo aclarase, no cuando ella no necesitaba esa información para mejorar.

—Alguien que, como tú, ha buscado justicia. He colaborado para arrestarlos.

—Siempre supe que eras especial y él único que podía comprender lo que bullía en mi interior.

Léa ingresó conmovida por la conversación que se llevaba a cabo. Alex no había exagerado en el vínculo creado con Irenka en las pocas veces que se habían visto.

—Ella también puede entenderte.

—La única en el hospital que lo ha hecho.

—Así es —dijo Léa al sentarse y estrechar las ajadas manos de Irenka. Las tenía frías y se preocupó—. ¿Cómo te sientes?

—Muy bien en compañía de ustedes.

—Me alegro de que así sea.

—Quisiera mostrarles algo.

Alex se levantó para ayudar a Irenka, aunque no fue necesario. Parecía que en ese tiempo compartido ella había renacido. Quizá, poder cerrar aquel período de su vida la aliviaba. Todos enfilaron hacia la habitación de ella. La pesada cortina que cubría la ventana estaba corrida y dejaba ingresar unos rayos de luz del exterior. Unos muebles oscuros decoraban la estancia y algunos libros yacían apilados de manera desordenada en una biblioteca. En la mesa de luz, había unas pocas fotografías.

—Cuando me habló Anne sobre lo sucedido, me atreví a abrir esta caja. ¿Puedes alcanzármela? —le pidió a Alex.

Él retiró una caja de madera tallada con imágenes de animales, aunque el paso del tiempo había opacado la capa de barniz que había tenido alguna vez.

—Aquí tienes.

Ella se sentó al borde la cama, mientras Alex y Léa lo hacían en los butacones que allí había.

—Hay algunas cartas que he mandado en otra época —señaló al mostrar unas hojas amarillentas que ocupaban parte de ese cajón del recuerdo.

—Aunque no lo parezca, esta soy yo. —Señaló con el índice una foto de una muchacha joven—. Cuando era feliz.

El bello rostro de Irenka resplandecía en ese momento de su vida; conservaba las mismas facciones, pero no bañadas de tristeza como lo estaba desde que ambos la habían conocido. En otras fotos, estaba la fecha en que habían sido tomadas. Por debajo de la caja, asomó un papel sucio que Irenka había atesorado como parte del aquel pasado al que no quería regresar. Allí había un pequeño tesoro de hulla al que había protegido durante esos largos años y del que nunca se había desprendido. Era algo muy valioso para ella. Irenka, en silencio, se mofaba cuando los profesionales del hospital aseguraban que su memoria estaba dañaba, porque podía recitar sin ánimo de equivocarse cada palabra vertida en aquel trozo de papel.

—¿Qué es?

—Es una escueta carta escrita por alguien a quien quise mucho. Podría haber sido que ella estuviera aquí con ustedes y yo en la cámara de gas, pero el destino quiso que así sucedieran las cosas.

Irenka tomó el papel escrito con un trozo de carbón. La grafía era clara a pesar del elemento que había utilizado para escribirlo.

—Nunca llegará a su real destinatario —se lamentó—, pero tuvimos tiempo de hablar de nuestras vidas. Ella me contó de su hijo y deseaba que en algún momento arribase a destino. Yo no supe cómo hacérsela llegar, tampoco estaba en condiciones de hacerlo. No quise cargar a Anne con algo más, por eso no le encomendé que se hiciera cargo de esto. Quisiera que tú te encargues. —Le hizo entrega a Alex de ese bien tan preciado para ella—. Yo estoy grande y me duele continuar en el pasado, porque con ella compartí los peores momentos de mi vida. Sería justo que el destinatario supiera de esto.

Alex la tomó entre sus dedos y comenzó a leer.

A mi adorado hijo Ariel Levy:

Quiero creer que cada instante que estuve lejos de ti valió la pena. No importa que yo no esté para verte feliz. Sé que lo lograrás y espero que me recuerdes como lo que fui. En estos últimos momentos de vida, no he dejado de pensarte ni desearte lo mejor. Sé que en algún momento llegarán estas palabras a ti para reafirmarte cuánto te amo.

A mi eterno guerrero.

Tu madre.

—Él se llama Ariel Levy, no sé si vive ni dónde está. Quizá, puedas localizarlo en las listas que hay.

El impacto que le generó a Alex fue inexplicable. Ningún otro golpe que hubiera recibido podía haberle dado directo al corazón como aquellas sentidas y ansiadas palabras de su madre.

—Creo haberte dicho alguna vez que esos ojos verdes que tienes me recordaban a alguien —dijo un poco desorientada—. Quizás a ella, ¿verdad?

Alex sostenía ese trozo de papel sin dejar de mirarlo como si pudiera ver el rostro de esa madre que se había ofrecido a ocupar el lugar del hijo para ser llevada a Auschwitz y liberarlo a él de permanecer en Gurs. Él no había dejado de buscar alguna referencia de esa madre que se había sacrificado por él. Sin dudas, había llegado al fin del camino, al menos era lo que creía en ese momento.

—Seguro que es cómo dices —agregó conmocionado.

De nada servía contarle la verdad a Irenka sobre su identidad y confundirla aún más. Ella no se merecía eso. Debía estar rodeada de la paz que le había sido esquiva. Lo vivido la transformaba en una sobreviviente y necesitaba mirar hacia adelante para alejarse del siniestro pasado.

—Estoy convencido de que en algún lugar debe estar ese chico de nombre Ariel. Yo me encargaré de que le llegue esta nota.

Las lágrimas que inundaban el rostro de Alex colmaron, también, las mejillas de Léa. Ninguno de ellos habría imaginado que ese viaje fuera tan revelador. Léa sabía de la lucha de él por saber algo más de su madre.

—Gracias.

Léa se mantenía al lado de Alex profundamente conmovida. Creía que al fin él podría dar por finalizada la tortuosa búsqueda que lo había mantenido al otro lado del camino.

—Quiero pedirte algo más —comentó Irenka.

—Lo que quieras —respondió él que sabía que atesoraría ese mensaje escrito como el bien más preciado que pudiera tener.

—Ya no quiero tener más estos recuerdos. Si deseas, puedes quemarlos.

Irenka le entregó el contenido de esa caja. Ella necesitaba alivianar el peso que llevaba a cuestas.

—¿Estás segura?

—Sí, porque algunas noches me he ido a dormir con la imagen del hombre al que apresaste y sus cómplices. No quiero volver a verlos, ¿puedes entenderme? —Irenka hacía un esfuerzo para no nombrarlo.

—Por supuesto.

—Llévatelos. Quiero que ardan en el infierno.

Él comprendió el significado de aquellas palabras. La vitalidad con que Irenka los había recibido se iba apagando. Era normal que eso sucediera. Había sido una tarde con muchas emociones. Guardó la carta dentro del bolsillo del pantalón y tomó las pertenencias que le había dado.

—Ya vengo —dijo al mirar a Léa.

Ella asintió, mientras ayudaba a Irenka a recostarse para que descansara luego de una jornada ajetreada llena de reminiscencias y recuerdos.

Alex tomó los documentos y enfiló hacia la sala. Como le había pedido, quemaría cada papel y fotografía que significaba para Irenka un recordatorio de todo lo vivido. Así, comenzó a alimentar a la fogata de la chimenea con los papeles arrojados al fuego. Quizá, por deformación profesional, inspeccionó cada hoja y cada foto antes de lanzarlas. Sin embargo, una le llamó la atención. Centró la vista en ella y creyó ver visiones. Se aferró a la repisa de la chimenea para evitar trastabillar al observar aquella maldita imagen.

Adolf Eichmann, con esa mirada fría y despiadada oculta tras los anteojos con marco negro que lo caracterizaban, era uno de los tres protagonistas de esa foto. Alex lo había tenido cerca al enfrentarlo mientras había estado detenido en una casa en Buenos Aires y conocía a la perfección cada músculo de ese rostro. No fue por él que trastabilló. No. Una serie de imágenes y situaciones comenzaron a cobrar sentido en su mente. En fracción de segundos, los interrogantes que lo habían perseguido durante tanto tiempo tuvieron su respectiva respuesta. No quería que la verdad que se le acababa de revelar frente a los ojos fuera cierta. Aunque sabía que, por muy dura y cruel que pareciera, le daba un sentido a cada instante vivido. El ensimismamiento era tal que no escuchó que Léa se aproximaba. Ella contempló el perfil de Alex iluminado por el fuego. La concentración que tenía era absoluta. Comprendía la dimensión de lo que acababa de suceder en la habitación de Irenka y el estado en el que Alex podía estar. Se acercó unos pasos y lo rodeó con los brazos por detrás.

—Todo estará bien.

Él deslizó la fotografía dentro del bolsillo del pantalón. Con lo que había visto, era suficiente. Arrojó el resto de papeles que tenía en las manos para alimentar la fogata con las zigzagueantes flamas de fuego.

—Lo sé.

Alex evitó darse vuelta. No podía mirarla porque ella se daría cuenta de que algo más le ocurría, y no pensaba involucrarla. Esa sería una batalla que debería librar en soledad. Estaba convencido de que sería la última.

La estadía en Reims había llegado a su fin. Léa no había insistido en quedarse un día más luego de la visita a Irenka. Había notado un cambio en el talante de Alex. Suponía que eso se debía al hallazgo de esa carta que él atesoraría por siempre. Decidieron regresar a París.

La distancia hasta llegar a su casa era corta. Muy pronto se daría el ansiado encuentro con los suyos. Eso les había prometido una vez que logró comunicarse con ellos para relatarles lo sucedido y les aseguró que ella estaba bien. Ambos permanecerían en la Ciudad Luz un tiempo, al menos era lo que Léa creía y ansiaba.

—Hemos llegado —anunció Alex al girar y ver el rostro de felicidad de Lena por la llegada a su hogar.

El griterío en la casa Dubois cuando ambos traspasaron el umbral de entrada fue descomunal. La primera en aparecer y hacerse presente como una exhalación fue Chloé.

—No sabes lo que te he extrañado. —Se arrojó en los brazos de su hermana —. Al fin estás en casa.

—Yo también te he extraño, hermanita.

La unión que ambas tenían era muy grande. Sin dudas, el tiempo transcurrido había hecho mella en la joven, que estaba más resplandeciente y con una luz especial que no tenía antes de que Léa se hubiera ido.

—Deberás contarme las novedades —le susurró al oído.

—¿Tanto se nota?

—A mí nunca podrás engañarme.

Estaba convencida de que en la vida de su hermana menor había algún joven que le quitaba el sueño, como le había insinuado antes de que Léa se fuera. Cuánto necesitaba estar entre los suyos.

—Dejen de cuchichear, que quiero abrazar a mi hija.

Gabrielle estaba con los ojos colmados de lágrimas esperando su momento para estrecharse en un fuerte abrazo con su sentida hija del corazón. No había dejado de pensar cada noche en ella ni de revivir el momento en que había conocido a su adorada Léa, a partir del cual no había podido separarse de ella. Se sentía orgullosa de lo que era y de la persona en que se había convertido.

—Bienvenida a casa, mi amor.

En algún momento, Léa creyó que no volvería a abrazarse con los suyos. Compartir ese instante la llenaba de felicidad, luego de haber atravesado la situación extrema que había protagonizado.

—Tenía fuertes deseos de verlos.

Alex observaba, a un lado del salón, cómo la familia se saludaba. Qué diferentes habían sido sus realidades. Estaba feliz de que fuera a Léa a quien le tocase esa parte de la historia.

—Alex, gracias por cuidarla —dijo Gabrielle al acercarse con la mirada húmeda.

—Siempre te hice caso —retrucó al recordar el pedido de ella cuando recién se habían conocido—. Puedo asegurarte que ya no es necesario —finalizó al mirar a Léa.

Alex dejó a Léa envuelta en los abrazos y saludos de la familia. Siguió a Brandon hasta la amplia biblioteca. Varias fotografías de Gabrielle decoraban los muros, algunas de ellas habían sido premiadas.

—No es necesario que te pregunte, ¿verdad?

—No.

El dueño de casa se sentó en el amplio sillón y se estiró en el respaldo. Ese era un gesto que tenía cada vez que deseaba hablar de algo importante con alguien.

—¿Cómo estás?

—Bien.

Brandon sabía que el joven era de pocas palabras, las justas y necesarias. No pensaba quedarse con eso.

—Quizás Léa quiera restarle importancia a lo sucedido en Argelia, pero

quiero que me digas la verdad.

—Lo ocurrido en la frontera fue más complejo de lo que se dijo en las noticias. Prefiero no pensar en lo que podría haberle sucedido si no la hubiese acompañado la cuota de suerte que tuvo.

—Sé que la zona está que arde.

—Es así. La frontera del lado tunecino está más calma, pero el envío de armas hacia Argelia no se detiene, y el accionar de los miembros del *fln* no cesa. Eso complica todo.

—¿Qué me dices de algún rebrote de la situación?

No le escapaba a Brandon la publicidad que el hecho protagonizado por Léa tenía ni las consecuencias que podía acarrear. Eso podía complicar aún más las cosas si se buscaba una represalia contra Léa. No quería que quedase algo pendiente o sin resolver con respecto a ella.

—¿Te refieres a alguien que busque a Lena? Olvídate —contestó al tragar un profundo sorbo del líquido ámbar—. Me aseguré de que eso no suceda.

—Está bien, ¿me debo quedar tranquilo?

—Sí.

—¿Sabes algo más de quienes participaban de la misión con Léa?

—He movido algunos hilos para saber de Hakim. Él es un amigo mío que formaba parte del contingente. Él logró advertirme que ella estaba en peligro en la frontera. Supe que lo detuvieron, pero las mismas autoridades lo sacaron y lo trasladaron hacia aquí. Pude hablar por teléfono para saber que estaba bien y espero verlo pronto.

—Alex, sé que con Léa hay algo muy profundo que los une desde hace tiempo.

—Siempre lo hubo.

Brandon asintió, ya que comprendía el fuerte sentimiento que Alex le manifestaba. Él también lo había vivido con Gabrielle, la mujer de la que se había enamorado. No había sido fácil que ambos estuvieran juntos. Debieron estar separados largo tiempo, aunque lejos del olvido, esa distancia impuesta los había unido más. Podía reconocer en Alex a un hombre enamorado, pero debía dejar algunas cuestiones claras.

—Cuando era más joven, creía que podía contra el mundo. La situación

política en que conocí a Gabrielle no fue la mejor. Se desató la guerra y cada uno estuvo en el lugar en que creía que debía combatir: yo con la Resistencia francesa, ella desde un periódico primero y luego en una organización humanitaria. No necesitas que te explique cómo Gabrielle llegó hasta ustedes en Gurs.

Alex asintió y prendió un cigarro, intuía hacia qué dirección iba la conversación. Él también conocía al dueño de casa más de lo que imaginaba.

—Hay momentos en que uno debe elegir en qué lugar estar. No siempre se puede tener todo lo que uno desea.

—Lo único que me importa es Lena, y lo sabes.

—¿Y crees que puedes estar con ella con la vida que llevas?

—¿A qué te refieres?

—Nunca creí en los trabajos que decías tener. Tu manera de comportarte me hacía recordar al modo en que yo me conducía cuando debía moverme entre las sombras.

Él había actuado algunos años como parte de la Resistencia francesa en una Francia invadida por alemanes. En ese contexto, Brandon debió actuar en la penumbra no solo por él, sino por los compañeros de la organización para evitar que los descubrieran. Él se daba cuenta y podía percibir cuando alguien buscaba actuar sin dejar rastros, y esa era la manera en que notaba que Alex se conducía.

—Todos estos años he trabajado en el Mossad. Solo Lena lo sabe.

Brandon agradeció la sinceridad. Evitó decirle que lo sospechaba desde hacía tiempo y que, ante la duda, había movido algunos hilos importantes que aún le quedaban sin alcanzar la certeza de lo que Alex acababa de confesar.

—Ya lo he hablado con ella y le he dicho que me alejaré de todo muy pronto.

—Puedo asegurarte que es lo mejor.

—Lo sé. Justamente quería pedirte algo.

—Lo que quieras.

—Debo cumplir con una última misión. No quiero que Lena se intranquilice.

—¿Debería estar inquieta por algo?

—No —contestó al apagar el cigarrillo—. Puedo asegurarte que no es algo a lo que pueda negarme y que en verdad necesito hacer antes de abandonar todo.

—¿Cuándo te irás?

—Lo antes posible.

Brandon sabía hasta dónde podía presionar e indagar, y comprendía que Alex no estaba dispuesto a hablar más. Esperaba que él pudiera solucionar lo que lo aquejaba porque de eso dependía la felicidad de su adorada Léa.

—Haz lo que debes hacer cuanto antes, porque mi hija no se quedará tranquila hasta que regreses.

—Lo sé, y yo tampoco.

El chasquido de la puerta anticipó la llegada de Léa al escritorio y dio por finalizada la conversación entre ambos.

—Imagino que no estarían hablando de mí, ¿verdad?

Ella enfiló hacia el lugar en que estaba Alex para sentarse a su lado y abrazarlo.

—Debo andar con cuidado con tu padre, siempre ha sido muy celoso con sus mujeres.

—Veo que me conoces, por eso nos llevamos tan bien.

—Venía a decirles que la comida está lista.

Alex besó la coronilla de Léa antes de levantarse y salir junto con Brandon para disfrutar de una cena familiar antes de que él abandonase París. Como cada vez que la familia Dubois se reunía, la conversación se plagaba de anécdotas. Algunas de ellas se referían a las vividas en la casa de campo, el reducto familiar de descanso que les daba sosiego.

—Podríamos irnos al campo ahora que estás de regreso —acotó Chloé que estaba junto a su hermana.

—No creo que pueda hacerlo. Antes quiero hablar con Alex.

Brandon lanzó una suspicaz mirada hacia el muchacho antes de llevarse un bocado a la boca.

—Creo que tu hermana tiene razón. Estoy convencido de que Alex podrá sumarse a nosotros cuando termine con sus obligaciones.

—Por supuesto.

Alex agradeció en silencio la intervención de Brandon, ya que necesitaba que Léa estuviera en familia y contenida en su ausencia.

—Antes de ir al campo, quiero saber de Kheira y qué ha sucedido con ella. No sé lo que ha acontecido en Argelia y eso me angustia bastante.

Ese comentario hizo que el resto de los comensales se callasen.

—Prometí que te ayudaría —dijo Alex tomándola de la mano—, y estoy en eso.

La conversación se sostuvo apenas un rato más, ya que los dueños de casa estaban cansados ante las emociones vividas.

—Espero verte pronto —se despidió Brandon.

—Así será —respondió Alex al estrecharse en un fuerte abrazo.

—Lo acompaño —dijo Léa.

Él estaba alojado en el piso cercano a la casa de los Dubois. Lo que no imaginaba era que ella quisiera acompañarlo hasta allí. Al alcanzar la puerta de acceso al edificio, ella no dejó de evocar la vez que había atravesado el umbral de entrada con el convencimiento de que daría el primer paso con Alex. Los nervios que había tenido en aquella oportunidad habían sido borrados por la actitud de él, que, a pesar de darse cuenta del estado en que estaba, la había tratado con absoluta naturalidad y había permitido que fuera ella quien avanzara. Léa se arrebujó en los brazos de él mientras ingresaban al edificio y enfilaban hacia el ascensor hasta el tercer piso. No escapaba a Léa el cambio de actitud de Alex a partir del día en que habían estado junto a Irenka. Podía comprender el fuerte impacto producido a raíz de lo que había descubierto, pero sentía que existía algo más que él no le contaba, y eso la angustiaba. Sería algo de suma importancia para Alex, pero le preocupaba que no se le contase. Entre ellos no había secretos, así que debía haber una causa de importancia para que Alex no revelara lo que le sucedía. Tras el chasquido de la puerta al cerrase, y como si él supiera lo que ella pensaba, la atrajo contra la pared para perderse en esa boca que lo enloquecía y así distraerla de los pensamientos que le rondaban la cabeza.

—Te amo —susurró entre los labios—. Nunca lo olvides.

Un fuerte estremecimiento atravesó el cuerpo de Léa, quien no buscaba quebrar ese momento con preguntas inoportunas. Sin embargo, flotaba entre ellos algo que ella no lograba desentrañar.

—Nunca lo olvidaría —resopló sobre sus labios.

Las caricias fueron en aumento y el descontrol los embriagó. Las prendas fueron cayendo, se les enredaban en los pies a medida que daban pasos hasta alcanzar el sofá de la sala. Allí se amaron. Él se dedicó a Léa con devoción. Adoró cada parte de ese cuerpo que amaba con locura. Léa sentía una letanía en cada caricia de Alex. El modo en que él la amaba era diferente. Se había tomado el tiempo para decirle cuánto la amaba como si se despidiera. Léa no quería pensar, solo dejarse llevar por ese abrumador sentimiento. Se entregó por completo sin dejar un resquicio para sí. Lo amó del mismo modo, con desmesura. Ambos se mantuvieron abrazados en el sillón. En ese instante las palabras sobraban, sus cuerpos habían hablado del entrañable sentimiento que los unía.

—¿Quieres algo?

—Lo único que quisiera es que no te fueras.

Él había sido muy escueto en la información sobre el viaje relámpago que le había surgido. Léa comprendía que esa reserva la hubiera mantenido cuando no sabía dónde trabajaba ni qué actividad realizaba, pero no ahora que todo estaba aclarado.

—Lo sé, amor, yo tampoco deseo hacerlo.

—¿Irás con alguien más?

Él dudó un segundo al contestar, no le había mentido antes, solo había omitido algunas cuestiones y pensaba continuar con la misma línea.

—Esta vez voy solo, pero no debes preocuparte —dijo al levantarse luego de besarla.

—¿Me alcanzas la remera?

—Te prefiero desnuda, aunque me gusta que te sonrojes por tu desnudez.

Léa lo siguió con la mirada mientras él sirvió dos copas de vino. Alex notaba que ella no dejaba de escrutarlo. Él la conocía más que a nadie y adoraba que se mantuviera sin indagar más, aunque intuyera que él se estaba guardando algo. Necesita aflojar la situación y evitar que ella continuase dándole vueltas al asunto. Caminó unos pasos y puso música, en verdad, un

tema especial para ambos. La voz de Paul Anka atravesó la habitación. Léa lo miró con una sonrisa de costado. Cómo olvidarse de la vez que ambos habían bailado en los salones del Hotel Ritz y el significado de ese encuentro. Uno que marcaría el inicio de la relación que sería indestructible.

—Sin prendas de lujo ni gente que nos rodee, solo nosotros dos —dijo él al tomarla del brazo.

Ambos comenzaron a moverse al son de la música. Necesitaban que esa noche fuera distinta, especial. A pesar del gran esfuerzo que hacía, ella notaba que había una pizca de despedida en el modo en que se habían amado.

Pon tu cabeza en mi hombro,

susurra en mi oído, bebé,

palabras que quiero escuchar.

Dime que también me amas.

—Me escucharás decírtelo por siempre —confesó Léa.

—Saberlo es lo único que me da fuerzas para seguir adelante y continuar con lo que tengo pensado.

—Quisiera que esta noche fuera eterna.

Él la abrazó más fuerte fundiéndose en ella. La música siguió sonando, mientras ellos se desplazaban con leves movimientos dentro de un pequeño listón de madera.

—Yo también.

—Amor, yo…

—Shh —dijo Alex al colocar un dedo sobre esos labios que no se cansaba de besar para callar las preguntas que Léa deseaba hacer—. Es mejor así.

Las luces del amanecer teñían el cielo cuando Léa abandonó el apartamento en compañía de Alex. Las cuadras que los separaban de la propiedad familiar habían sido eternas. Las habían cubierto a paso lento, abrazados, intentando alargar la despedida. Sin embargo, ninguno deseó mencionarla.

—Cuando regrese, iré a buscarte a la casa de campo.

—Te estaré esperando.

Léa volvió a mirar esos ojos verdes que hablaban de todo lo que él pretendía silenciar. Lo vio irse de su lado sin siquiera voltearse. De haberlo hecho, no habría tenido la fortaleza para dejarla. Con pesar y desconcierto, Léa ingresó a la casa. Debería esperar si deseaba volver a verlo.

Él encendió un cigarro. Unas volutas grises lo envolvieron mientras se perdía por las calles de París, a las que ansiaba regresar en la medida en que todo saliera según lo pensado.

CAPÍTULO 23

El peso de la verdad

La despedida de Alex aún le quemaba la piel. Léa continuaba envuelta en una extraña sensación y buscaba ocupar su tiempo intentando expulsarla. Mientras aguardaba noticias sobre Kheira, debía cumplir con algunas diligencias, así que se dirigió a la oficina de la *acnur*. Caminó las últimas cuadras que la separaban del edificio. Allí la aguardaba Vincent Laurent, el coordinador del grupo. La conmoción sobre lo sucedido en tierra africana había alcanzado un alto impacto, aunque las autoridades de la organización habían evitado hacer mayores comentarios para no entorpecer la actividad que ellos mismos realizaban. La puerta del despacho se abrió y, como en otra oportunidad, estaba el grupo en pleno. Los abrazos se precipitaron de inmediato. La emoción de saber que cada uno de ellos había regresado sano y salvo se equiparaba a la decepción por haber tenido que abortar la misión y regresar. No sería un regreso definitivo, sino un compás de espera hasta que las aguas se calmaran y la cuestión diplomática lo permitiera. Lo único bueno era que el tema se había instalado en la gente a través de la prensa, a pesar de la negativa de la organización de dar notas al respecto.

—¡No dudé de que volvería a verte! —exclamó Brigitte ante el emotivo saludo.

—Yo tampoco.

Brigitte pretendía olvidar aquellos días, cuando había sido arrestado Hakim y Léa había desaparecido. La incertidumbre al desconocer lo sucedido con Léa había sido muy grande. Sin embargo, gracias a la misión, Brigitte había estrechado el vínculo con Hakim, una relación que ansiaba que creciera con el tiempo. Hakim se acercó por detrás para fundirse en un sentido abrazo con Léa. Con el paso de los días, él había aprendido a admirar y a entender el profundo sentimiento de Alex hacia ella. Miró por encima de la cabeza de ella y allí estaba la mirada de Brigitte, contemplándolo. Nunca habría imaginado que esa joven charlatana y alegre le hubiera conquistado el corazón. Si reflexionaba sobre ella, debía reconocer que la enfermera siempre le había llamado la atención, pero le llevó un tiempo comprender el motivo. Esa mañana se volvían a reunir en la misma oficina en que se había ideado el viaje.

—Gracias. No sé qué hubiera sido de mí si no lo hubieras llamado —le susurró Léa.

—Él te habría encontrado.

No solo a ella. Hakim se había enterado de que Alex también lo había buscado para asegurarse de que estuviera bien. Sin embargo, había sido la misma organización la que había gestionado su liberación. En el momento en que fue detenido, supo que debía esperar porque, en cuestión de horas o días como mucho, lo sacarían de allí. Él y sus compañeros estaban cubriendo una misión respaldada por un organismo internacional que sería escuchado. En ese momento, su preocupación no era tanto la propia, sino por la seguridad de Brigitte. Recién cuando la vio se quedó tranquilo. Una vez que todos volvieron a reunirse en el asentamiento, permanecieron muy poco tiempo porque el regreso debía ser urgente, para evitar una represalia de alguno de los bandos en pugna.

—Bienvenidos.

De a poco se fueron sentando, mientras una empleada ingresaba y les servía un café. A simple vista, parecía una reunión como las tantas que se habían celebrado. Sin embargo, no era así. Cada uno había regresado distinto. La estadía en Argelia los había cambiado; ninguno de ellos volvería a ser el de antes, no después de lo vivido.

—Quiero decirles que estoy muy contento de que podamos estar, una vez más, todos juntos. Los felicito por el ahínco que pusieron para salir adelante, inclusive a costa de sus propias vidas.

Las miradas de unos hacia otros se cruzaban. El temor de que algún miembro del equipo muriera fue permanente hasta recibir noticias sobre lo sucedido con ellos en Tébessa y en la Línea Morice. Tampoco había sido fácil contener a los habitantes del asentamiento cuando supieron quiénes habían intentado atravesar la frontera. Muchos de ellos habían llegado hasta allí como una parada previa a la libertad, para salir del territorio argelino e ingresar al país vecino de Túnez. Ese intento de fuga había alertado a las autoridades militares, en consecuencia, se había instaurado un control extremo. Se debía ser muy temerario para intentar acercarse a la zona fronteriza. Lo vivido allí había sido un verdadero caos para todos sin excepción.

—Es importante se tomen un descanso y vean qué quieren hacer.

—Nosotros sabíamos a que nos enfrentábamos yendo a esa zona de conflicto y ninguno estaba exento de que sucediera algo así —aseguró Léa—. Menos lo ocurrido con Nadia —agregó arrepentida.

Por las noches, Léa se despertaba sobresaltada imaginando que comandaba un vehículo sin poder avanzar porque la imagen de una mujer ensangrentada le interceptaba el camino. Nadia permanecía en su recuerdo.

—Tienes razón, pero ella mantuvo el juramento hecho a esposo de volver a unir a la familia, aunque fuera a costa de su vida.

Eso la tranquilizaba cuando las pesadillas regresaban para recordarle aquella nefasta mañana.

—Ojalá que la situación se solucione cuanto antes para evitar que vuelva a suceder.

—Es lo que prometen los políticos. Igual habrá que esperar. No obstante, hay otras zonas que requieren nuestra ayuda.

—Y allí estaremos —agregó Brigitte sin dejar de mirar a Hakim.

—Era importante para mí reunirlos. Necesitaba confirmar que cada uno de ustedes está bien. Volveremos a juntarnos para alguna otra misión.

Los presentes asintieron sin saber cuándo sería. Cada cual debía resolver algunas cuestiones personales hasta tomar la decisión de emprender otro viaje. La despedida no había sido tan sentida como el encuentro, ya que existía la certeza de que volverían a colaborar juntos.

—Léa, nos merecemos unos tragos. Ven con nosotros —invitó Hakim.

—No creo que…

—¡No hay excusas! —agregó con voz cantarina Brigitte.

Léa aceptó la invitación sin resistencia. Necesitaba ocupar la mente y estar rodeada de amigos era una excelente excusa. La atmósfera del lugar los envolvió de inmediato. El humo de los cigarros se colaba por los recovecos del local. En medio del bullicio, con las mesas atiborradas de comensales, encontraron dónde ubicarse.

—Extrañaba esto —dijo Hakim rodeando el hombro de Brigitte.

Esa vez para él era distinto. Regresaba a los bares de la ciudad, pero en compañía de una joven que había logrado enloquecerlo. La miró de reojo y atisbó una sonrisa en ella cuando se dio cuenta de que la observaba. Sin lugar a dudas, su vida había dado un cambio.

—¡Yo también! —exclamó Léa.

—¿Qué sabes de tu amiga?

—Me preocupa mucho. Parece que se la ha tragado la tierra. Desde que arribamos aquí, no he dejado de intentar saber de ella. Alex también me ha

ayudado, pero la cuestión está complicada, y ustedes lo saben tanto como yo.

—Muy pronto tendrás novedades.

Hakim no deseaba inquietar a Léa más de lo que estaba, pero comprendía su intranquilidad. Argelia seguía siendo una tierra en llamas. Las noticias que llegaban no eran alentadoras. Los rebeldes continuaban dando lucha. El Ejército francés se hacía notar en las calles de Argel en la creencia de que habían ganado, aunque las negociaciones entre los miembros del Frente de Liberación Nacional y el Gobierno no estaban llegando a un buen destino.

—No me he querido presentar en la casa familiar de Kheira porque no sé cómo deben estar los ánimos. Dudo que le perdonen la huida hacia Argelia. Tampoco sé qué sucedió con su hermano.

El silencio de la familia Moussaoui era preocupante. Si alguno de sus miembros se hubiera vuelto a poner en contacto con ella, sabría cómo habrían tomado el accionar de su amiga. A la angustia e incertidumbre por Kheira, se le sumaba la preocupación de cómo la recibiría la familia. En uno o en otro caso, Léa estaría a su lado para acompañarla en lo que fuera.

—Él era el motivo de su viaje.

—Así es. Me alegro de verlos a ustedes tan bien y juntos —comentó Léa al mirar a su compañera, que no dejaba de estar pendiente de lo que Hakim decía.

—Inesperado. ¿Quién lo hubiera dicho? —agregó sonriente Hakim.

—Te tuve en la mira desde el comienzo —confesó Brigitte con una sonrisa.

La cordialidad de la conversación se extendió unos tragos más hasta que Léa decidió irse a su casa.

—Espera, que te acompañamos.

—Sigan festejando, que no estoy lejos. Prefiero caminar, así me despejo un poco.

Léa necesitaba relajarse porque la preocupación por Alex y por Kheira era permanente. Volver a caminar las calles de la ciudad y recorrer los lugares que le eran propios la aquietaba.

—Nos veremos cuando regrese Alex.

—Por supuesto.

Ella salió del local con una maraña de pensamientos, todos referidos a Alex. Dónde estaría y cuánto tardaría en regresar eran preguntas recurrentes desde el mismo instante en que se había despedido de él. A medida que se alejaba del lugar, la calle se tornaba más desierta. Los parisinos se habían resguardado en sus casas luego de una jornada de trabajo. Muy pronto ella alcanzaría la suya sin la rutina que antes tenía. Atrás quedaba su trabajo en el hospital y la misión en el norte africano. Ahora, y de la mano de Alex, proyectaría una nueva vida. Solo restaban unas pocas cuadras para llegar a destino. Sin embargo, una silueta salió de repente y la atrajo, de un modo abrupto, hacia la entrada de un edificio.

—Sabía que regresarías.

Léa observó sorprendida el rostro desarticulado de Étienne. El tiempo transcurrido había hecho mella en él, para peor.

—¡Suéltame! —sentenció al hacer un brusco movimiento para desembarazarse de Boyer.

—¿Y qué pasará si no lo hago? ¿Vas a esperar que tu amigo venga por ti?

—Te desconozco, Étienne. ¿En quién te has convertido?

—En un hombre que te ha dado todo sin que lo valores.

El resentimiento que bullía en el fuero íntimo de Boyer crecía a pasos agigantados con el transcurso de los días. No toleraba sentirse así por el amor de una joven que se había burlado de él. Ese sentimiento lo envolvía desde que ella lo había abandonado y no había logrado expulsarlo.

—¿Cómo sabías dónde estaba?

—He estado tras tus pasos. Aunque no lo creas, me preocupé por ti, por saber cómo estabas. Deseaba que nada te sucediera. Nunca estuve de acuerdo con que te fueras y deberías haberme hecho caso.

Él había seguido de cerca el deambular de Léa en tierra argelina, inclusive se le había cruzado la idea de ir hasta allí. Los compromisos fuera de París que no podía relegar le impidieron volar hacia el norte africano. Cada noche se acostaba con la imagen de ella en la mente. Había esperado ansioso el momento de su regreso. Aguardaba que estuviera sola para abordarla y achicar la distancia que ella había impuesto.

—Étienne, por la relación que compartimos y el cariño que nos tuvimos, por favor, cálmate.

—No necesito tu lástima. Soy un hombre grande y me cuesta sentirme del modo en que estoy. Pero estoy aquí para darte la posibilidad de regresar.

Léa lo miraba espantada. Ese hombre no era el que ella había conocido ni por el que había sentido admiración dentro de los claustros de la universidad. ¿Dónde estaba la persona mesurada y reflexiva que ella creía conocer? Todo eso había desaparecido en un tris.

—¡Contéstame! —reclamó tomándola por los hombros.

—Deja de gritarme. No podría volver contigo porque no eres el hombre que conocí ni yo soy la misma que se fue de aquí.

—Te equivocas, puedo demostrarte que todo está como antes —rugía sin escuchar lo que Léa le decía.

—Aunque todo se mantuviera como antes y no te hubieras transformado en quien eres, no podría estar contigo porque amo a otro hombre.

—Vuelves a equivocarte.

—Y si él no estuviera, desapareciera de la faz de la Tierra o me dejara, tampoco estaría contigo porque Alex es la única persona que me importa en la vida, ¿puedes comprenderlo?

—Es mentira.

—¡No lo es!

—No me importa —replicó. Inspiró profundo—. De todos modos, podría soportarlo.

A Léa le costaba comprender el empecinamiento de Étienne. Nunca habría imaginado que él pudiera comportarse de ese modo con ella, hostigándola y rogando por un amor que nunca sería correspondido.

—En cambio, yo no, porque Alex lo es todo para mí.

—Ni siquiera te compadeces ante mi humillación.

—Étienne, no necesitas humillarte así. Lo que sientes por mí no es amor, sino obsesión, ya verás que…

—Deja de analizarme. Es lo que me faltaba.

El ingreso de una persona al edificio ayudó a Léa a dar por finalizado el desagradable encuentro.

—Léa… —dijo al dar unos pasos para retenerla.

—Ni se te ocurra volver a tocarme, seguirme o hablarme —sentenció al voltearse—. Lo que tuvimos terminó y no deseo volver a verte.

—Léa… —repitió ya vencido por la situación.

Ella volvió a mirarlo y caminó hasta la calle para tomar un vehículo que la dejara en su casa, aunque estuviera cerca de allí. Necesitaba quitarse la desapacible sensación que tenía. No era fácil ver la imagen de un hombre hundido en su propia miseria. A bordo del automóvil, miraba por el cristal de la ventana el paisaje nocturno con la velocidad de una película. Hacía tiempo que no tenía la urgencia de llegar a su casa y fundirse en el calor del hogar para dejar atrás a un hombre que, en algún momento, había sabido admirar.

* * *

Las azules aguas del Mediterráneo se mecían sobre la costa de Boumerdès. Las embarcaciones ancladas en el puerto se bamboleaban en el oleaje marino. Hasta esa localidad había arribado Kheira en compañía de Olivier. No había sido fácil huir de manos de los rebeldes, menos cuando ella era la hermana de uno de los líderes del Frente de Liberación Nacional y él pertenecía al ejército francés que combatía por erradicar, desde hacía más de seis años, los fuertes deseos de independencia del pueblo argelino. Kheira creía que había llegado al fin del camino de la travesía emprendida desde París hasta Argel en busca de su hermano. Nunca había imaginado que él podía haber actuado del modo en que lo había hecho. Desconocía qué le diría a su familia sobre Said a su regreso a Francia, luego de abandonar Argelia ante el pedido de Olivier. Tampoco estaba segura de cuál sería la reacción de los suyos ante la huida de su casa sin ninguna explicación. Kheira sabía que no le hubiesen autorizado ese viaje, un recorrido que la había llevado a Olivier, el hombre del que se había enamorado. A pesar de que ella se había negado a dejarlo hasta que él se pudiera reunirse con ella, esa vez cumpliría con su pedido y en breve se iría. Comprendía que él tenía varias cuestiones por solucionar; una era haber escapado de la cárcel para ir a buscarla y enfrentarse con sus propios compañeros que habían ido a matarlo. Kheira miró a través de la ventana y fijó la vista en la costa. Quedaba poco tiempo para que ella atravesara el mar y llegase al otro lado. Luego, podría retomar su vida de la mano de Olivier. Ese anhelo le permitía seguir adelante con la ilusión de que al fin ambos estarían juntos.

Veía el deambular de algunos pobladores y pescadores finalizando la faena. La hostería en la que ambos se habían instalado se encontraba con pocos

huéspedes a esa hora del día. El silencio se había apoderado del lugar. Sin embargo, una sensación extraña le corría por el cuerpo. La ausencia de Olivier la inquietaba y había pensado que beber un té de menta la tranquilizaría hasta que regresara. Los fuertes deseos por cerrar esa dolorosa etapa se frustraron al ver la imagen de Said ingresar a la habitación para acabar con ella. El odio que latía en él se acrecentaba a cada paso que daba para acercarse más a Kheira. Ansiaba que Olivier no se hiciera presente para que él sí lograra escapar, pero todo se precipitó cuando Girard llegó minutos después y el caos se apoderó de esa austera estancia. Bastaron pocos minutos para que ella supiera que todo se acabaría. El frío metal de la daga que sostenía Said le había rozado el cuello. Un hilo de sangre comenzó a brotarle. Comprendió, entonces, que todo terminaría. La detonación del disparo lanzado por Olivier puso punto final a la situación. El impacto la arrastró al piso junto a Said. En fracción de segundos, un borrón negro le inundó la mente. Kheira se sumió en una profunda oscuridad. Una oscuridad de la que luchaba por salir sin éxito. El soldado francés se había lanzado hacia ella cuando la vio caer empujada por su hermano. La conmoción de Kheira fue de tal magnitud que no respondía a pesar de los fuertes llamados de él para que despertara.

—Mi amor.

Olivier estaba arrodillado buscando que Kheira reaccionara de la conmoción y el impacto. La levantó entre sus brazos para desasirla del cuerpo sin vida de Said.

—Mi amor, responde, por favor.

Le tomó el pulso para comprobar que estaba bien. No quería creer que hubiera otra posibilidad, no luego de lo que ambos habían atravesado. La espera se extendió largos minutos, los más largos de su existencia. Olivier volvió a la vida cuando observó que esos ojos oscuros se posaban en él. De inmediato, unas lágrimas inundaron el pálido rostro de Kheira.

—Ya pasó todo.

Él no podía quitarse de la cabeza que había dado muerte al hermano de la mujer que amaba. No se arrepentía de haberlo hecho, pero deseaba escuchar que ella podría vivir con ese peso. Si no, él también sería quien estaría sin vida. De a poco Kheira fue cobrando el sentido y fue entonces cuando intentó mirar a su alrededor.

—No es necesario que mires a…

Él buscaba protegerla y borrar de su mente la imagen de Said a poca distancia de ella con los ojos abiertos como si controlase aún todo lo que ocurriera. Sin embargo, Kheira fijó la mirada en Said, tirado sobre la alfombra

con una mancha escarlata debajo de la cabeza.

—Lo mataste —susurró sin retirar la mirada de su hermano.

—Sí y volvería a hacerlo, aunque no sé si podrás vivir con esto.

Él acababa de asesinar al hombre al que Kheira supo admirar mientras crecía y a quien había amado por encima de cualquier otro miembro de la familia.

—Te equivocas.

El desconcierto de Olivier se le manifestaba en la mirada. A ella le costaba que las palabras le brotaran de la garganta. En medio de esa conmoción, logró decir lo que tanto ansiaba.

—Él no es mi hermano, dejó de serlo hace tiempo.

Girard la abrazó. Sintió que el alma le volvía al cuerpo, lo reavivaba. Deseaba sacarla de allí y huir, pero no podía.

—Vayámonos —pidió Kheira.

—Mi amor, debo hacer algo antes.

—No lo hagas.

Kheira imaginó la compleja situación que significaba que Said Moussaoui estuviera allí sin vida.

—Debo hacer una llamada y entregarme. Lo sabes.

Ella comprendió a pesar de la confusión.

—Una vez que lo haga, no habrá marcha atrás, comprendes, ¿verdad?

—Sí.

Olivier hizo la llamada y de inmediato las autoridades se apersonaron allí. Minutos más tarde, la habitación fue invadidas por oficiales del ejército francés. El encargado y los empleados del alojamiento permitieron actuar a las fuerzas policiales, que no dejaban de hablar por el transmisor portátil unas con otras. El cuerpo de Said Moussaoui yacía en el piso con solo un disparo limpio y certero en la frente. Olivier lo había ejecutado, aunque había significado el momento más difícil para apretar el gatillo porque, si hubiera fallado por un milímetro de distancia en el objetivo o en la dirección del disparo, habría dañado a Kheira, y eso no se lo hubiera perdonado jamás. Él

había utilizado todos los medios para distraer a Said y que dejase libre a su hermana, pero no lo había logrado. En esos breves minutos en que se había enfrentado a Moussaoui, había buscado enardecerlo más, hasta le dijo que ella había sido un vehículo para llegar a él y que nada verdadero lo unía a la joven. Necesitaba que todo ese odio que destilaba en la oscura mirada fuera hacia él, para que Kheira quedara a un lado. No escapaba a Olivier la lucha interna que había tenido ella para impedir que esa relación avanzara porque no quería traicionar los preceptos familiares que iban en contra de un vínculo con alguien que no fuera musulmán. Sin embargo, ella nunca imaginó que su propio hermano fuese capaz de abandonarla en manos de Abdelkader para que ese energúmeno hiciera con ella lo quisiera.

A Kheira la trasladaron a la sala ubicada en la planta baja para ser asistida por un médico, quien la revisó para asegurarse de que estuviera bien. La mirada de ella no estaba centrada en los uniformados que iban y venían por la escalera ni en los curiosos que miraban desde la acera la concurrencia militar. Ella solo estaba atenta a la figura de Olivier, que hablaba rodeado de tres oficiales armados. Poco después lo vio caminar custodiado y seguido por otros hacia la salida del lugar. Él giró la cabeza para mirarla por última vez.

* * *

El destacamento policial se había transformado en un hervidero de militares. Los teléfonos sonaban sin descanso. Todo era un descontrol. Girard estaba alojado en un despacho para que alguien le tomase declaración. Desconocía qué sucedería con él. Recordó que Kheira debía estar preparándose para abordar El Alba, la embarcación que él había tramitado cuando había salido del hotel antes de que Said se presentase en la habitación. Aún recordaba el momento en que estaba gestionando un pasaje para que ella pusiera fin a la estada en Boumerdès cuando escuchó el rumor de que uno de los líderes de los rebeldes acababa de llegar al poblado. Como una tromba, salió del lugar en que estaba y enfiló hacia el hotel. Ese sería el destino que tendría Said y no se había equivocado cuando lo vio a punto de matar a su hermana. La orden proveniente del exterior lo sacó del ensimismamiento en que estaba. La espera en el reducto se había extendido más de la cuenta.

—Hace tiempo que lo estaba buscando.

Olivier comprendió que la cosa sería más complicada de lo imaginable cuando vio ingresar al general Mercier en el recinto donde estaba detenido. Ni lo miró cuando se sentó detrás del pequeño escritorio que había en el centro de la sala. Que estuviera allí y hubiera abandonado su centro de operaciones hablaba de la importancia de lo que había ocurrido.

—Podría empezar por exigirle que confiese la muerte de Brunet, un oficial que tenía una buena carrera y que acabó muerto; podría interpelarlo por el acto de traición que cometió al escapar de la celda en la que debía estar detenido hasta ahora; o exigirle que me dé las explicaciones sobre la muerte de Said Moussaoui y por qué no avisó para que urdiéramos el mejor modo de atraparlo. Su situación está muy complicada.

—Lo sé.

—Empiece.

—Escapé de la prisión cuando supe dónde estaban los líderes rebeldes.

—Si va a confesar, no mienta más —siseó al adelantarse sobre la mesa y fijó la vista en Olivier—. Fue allí tras la hermana de Moussaoui.

—Sí.

El general conocía la historia relatada por Brunet, sabía la manera certera en que había accionado Girard.

—La búsqueda de Kheira me llevó hacia la Mitidja. Allí, en un granero, permanecía ella secuestrada por Abdelkader, la mano derecha de Said. Usaban ese escondite cuando escapaban de la ciudad. Lo herí, pero no logré acabarlo y escapamos hacia un refugio que conocía. Hasta allí fueron tanto Brunet como Abdelkader, cada uno por su lado, cada uno con un objetivo distinto.

—¿Qué le pasó a Brunet?

—Lo fulminó de un tiro el mismo Abdelkader, aunque intenté impedirlo.

La atención del general era absoluta, así que sabría si le estaba mintiendo o si decía una palabra de más. Más allá de la confrontación que sus hombres tenían, comprendía que Girard no habría dado muerte a un compañero de armas y que lo habría defendido de un ataque enemigo.

—¿Dónde está Abdelkader?

—Muerto.

—¿Cómo murió?

—¿Esto va a estar en la declaración?

—Girard, ¿me está condicionando sobre qué debe constar en una declaración?

—Es importante para mí.

—¡Conteste, carajo, la pregunta que le hice!

—Kheira lo mató porque yo estaba malherido y no tenía fuerzas para empuñar el arma.

—¿Ella?

El general no pudo ocultar la perplejidad al escuchar lo que le decía el detenido, tampoco ponía en duda su veracidad.

—Sí, y justamente por eso es que no quiero que se le sume otro problema a los que tiene.

—Siga.

—Logramos llegar aquí, aunque sabía que tenía la sentencia de muerte sobre mis espaldas por parte de Said cuando se enterara del final de Abdelkader, y así fue. Temía que tomara alguna represalia con su hermana. No me lo habría perdonado. Cuando llegué al hotel, tenía a Kheira atrapada a punto de matarla. No dudé ni se me cruzó otra opción que no fuera matarlo.

—¿Tiene algo más para decirme?

—Un solo pedido.

—No está en condiciones de pedir nada.

—Lo sé, pero es importante, no es para mí.

—Lo escucho.

—Hacía tiempo que estábamos detrás de Said Moussaoui, al fin logramos acabarlo. Si eso cuenta, quiero que sea en beneficio de Kheira y que no se la involucre en su muerte.

—¿Ella dónde está?

—En el hotel.

No pensaba decirle que Kheira estaba a punto de abordar una nave para escapar cuanto antes de tierra argelina. El general se levantó de inmediato y, sin decirle qué pensaba hacer, se retiró de allí.

* * *

Las horas tenían una cadencia difícil de soportar. Kheira aún se encontraba en la sala de espera del hotel y permanecería ahí hasta que las autoridades militares se retirasen.

—Aquí tiene la llave de otra habitación. —El encargado se le acercó—. Es la orden que me dieron para usted.

—Gracias.

—Si bien no podemos limpiar el cuarto, no hemos sacado ninguna de sus pertenencias.

—De eso me encargo ahora.

Ella subió, aunque no tenía nada de importancia para retirar porque lo sustancial lo guardaba en el bolsillo del saco. Olivier le había indicado que allí tendría lo que necesitaba para abordar El Alba. Ingresó a la estancia evitando mirar la mancha de sangre en la alfombra que tapizaba el suelo del lugar. Tomó las pocas pertenencias de ambos y salió de inmediato. Necesitaba alejarse de allí cuanto antes. Enfiló hacia el cuarto adjudicado. Caminó unos pasos hasta llegar a la ventana. Desde ahí, veía la costa y los barcos que se bamboleaban en las azules aguas. Intentó concentrarse en la huida que debía hacer en breve, sin poder quitarse de la mente la fuerte preocupación por Olivier y por el futuro de ambos. Se mantuvo allí inmersa en sus pensamientos, aún no había podido derrumbarse y dejarse llevar por los sentimientos que colisionaban en su interior.

El atardecer se diluía en el horizonte dejando pinceladas escarlatas en el cielo. Miró las agujas del reloj que estaba en una mesa de la habitación para asegurarse de que era hora de abandonar el hotel. Saldría por la parte trasera, la que daba a la costanera y lindaba con el extenso muelle. El trayecto era corto. En el camino, no dejó de darse vuelta para controlar si alguien estaba tras sus pasos. Esa sensación la había acompañado desde que había pisado la ciudad de Argel. Kheira aceleró los pasos al ver la embarcación al final de muelle. El nombre resaltaba sobre la popa, aunque algunas letras no se veían con claridad. Dos hombres iban y venían sobre el estribor de la nave realizando unas tareas. No bien la vieron, uno de ellos, un hombre fornido, se le acercó para preguntarle su nombre.

—Soy Kheira. —Le entregó el pasaje que le había dado Olivier.

—Pase —dijo al observarla de arriba abajo—. Espero que no se desilusione por las instalaciones con que contamos.

Ella negó con la cabeza y lo siguió hasta el estrecho camarote que había. Esa nave poco tenía que ver con la que había abordado desde la costa francesa

para llegar hasta allí. Sin dudas, las condiciones eran más precarias, pero no le importaba.

—Vendré a avisarle cuándo zarparemos.

—Gracias.

—Es mejor que se quede aquí dentro.

Ella asintió y aguardó con congoja e incertidumbre lo que sucedería. Muy pronto pondría fin a la persecución vivida desde que había pisado territorio argelino. Restaba aguardar que la embarcación zarpase y que el anhelado encuentro con Olivier en suelo francés se diera antes de lo imaginable. Por el ojo de buey, contempló que la noche se había apoderado del cielo y el reflejo de la luna centelleaba sobre las aguas. Giró al escuchar unos pasos acercarse. Supuso que le avisarían que saldrían de un momento a otro. Comprendía que el horario de salida se había retrasado lo suficiente. Eso no la inquietaba, porque mientras estuviera allí estaría más cerca de Olivier. La puerta se abrió de golpe y no ingresó el hombre fortachón que la había recibido ni su compañero, sino que entró otra persona que no conocía custodiada por alguien más que se quedó detrás.

—Quédate quieta si no quieres que te suceda algo a ti o a Girard.

A esa altura de los acontecimientos, estaba cansada de seguir luchando, ya no tenía fuerzas para continuar, lo único que la aquietaba era la esperanza de volver a encontrarse con él. Desconocía dónde estaba y qué estaba sucediendo con Olivier.

—¿Qué pasa?

—Cumplo órdenes.

En segundos, la habían reducido sin golpes ni amenazas y la habían sacado de la embarcación. Parecía que nadie quedaba a bordo, como si fuese un barco fantasma. Ninguna persona la interceptó o reclamó que se la llevaran con la cabeza tapada y cubierta por esos dos hombres armados que la subieron a un vehículo que aguardaba a metros del muelle, hasta emprender la marcha con rumbo desconocido para ella. A pesar del cansancio que tenía, su mente se había agolpado de interrogantes sin ninguna respuesta coherente. Dentro del habitáculo, le quitaron la capucha. No le importaba saber hacia dónde la llevaban porque el agotamiento se apoderó de su cuerpo. En el trayecto comenzó a derramar lágrimas, las que se había guardado, por lo vivido en las últimas veinticuatro horas. Comenzó a sollozar en silencio. La única manera en que ella deseaba continuar su vida era de la mano de Olivier. El motor redujo la marcha hasta que el vehículo se apeó en una zona oscura del sector

portuario. La hicieron descender y la escoltaron hacia otra embarcación, una con otra infraestructura y calado. La confusión de Kheira fue absoluta.

—Por aquí.

Ella fue conducida hacia la sala del capitán. Allí aguardaba un hombre que había visto tiempo atrás. Fue entonces cuando la ilusión por que todo acabara se diluyó. El general que aguardaba allí era el mismo al que ella había visto cuando la habían llevado detenida en la ciudad de Argel. En ese instante, se convenció de que nada bueno podía significar la presencia de ese militar a bordo y que quizás le tenía malas noticias sobre Olivier. La carcomía no saber dónde estaba y qué había sucedido luego de que lo arrestaran.

—No esperaba verme aquí, ¿verdad?

Ella asintió en silencio. Desconocía por qué estaba allí, y lo que era peor, cuáles eran las noticias sobre Olivier.

—Fue un error escapar del hotel. Allí estaba vigilada por nosotros.

—¿Por qué?

—¡No puedo creerlo! —exclamó y golpeó el puño contra el metal de la mesa—. Usted es la hermana de uno de los líderes más buscados, odiado por nosotros y amado por los rebeldes. Además de un testigo de una investigación. ¿Cree que puede irse cuando le plazca y conducirse sin que nada le suceda?

El rumor sobre lo acontecido en el hotel ya había comenzado a correr. Restaba aguardar unas horas para saber cuál sería la represalia que tomarían los rebeldes. El general quería estar un paso por delante de los sucesos.

—¿Y ustedes van a protegerme o a arrestarme?

El militar movió la cabeza hacia ambos lados. Le costaba comprender la testarudez de esa joven que, desde la llegada a Argelia, no había dejado de complicar las cosas.

—Desde lo ocurrido, usted es el foco de atención.

—No es lo que busco.

Él creía que la joven contaba con cierta dosis de inconsciencia por haber actuado del modo en que lo había hecho.

—Supe que colaboró con la muerte de alguien al que nosotros queríamos acabar. Sabe a quién me refiero.

—Sí.

—Por más que usted intente que eso quede en el olvido, yo no puedo olvidarlo. Tampoco que haya colaborado en la muerte de Said. Por eso es que buscamos que nada le suceda ni que nadie tome alguna represalia contra usted. Debe saber que el clima está caldeado por demás y que en esta tierra corre peligro. Hasta que no pise suelo francés, no estaré tranquilo.

—¿Por eso me trajo aquí?

—Sí, y espero que sepa cumplir lo que le pido.

—Así será.

—Quería que supiera el motivo por el que fue traída hasta aquí y por qué será custodiada hasta el puerto de Marsella.

—Quiero saber de Olivier.

Eso sí que había sido un tema para el general. No solo por el accionar de él, sino por la conducta frente a los compañeros. No pretendía que las desobediencias de Girard contagiasen al resto.

—Él cumple lo que le ordené. Ahora usted debe irse a su camarote y aguardar que esta embarcación zarpe.

Solo entonces él se quedaría tranquilo. Las muertes de un bando y otro se venían dando desde que se había iniciado el conflicto. El asesinato de uno de los líderes rebeldes provocaría una gran conmoción en un momento en que se hablaba de las tratativas diplomáticas para poner fin a una situación que por la fuerza era imposible. Más allá de los hechos, el ejército había dejado correr la versión de que habían sido ellos los que se habían encontrado con el líder y lo habían abatido. Se decía que la presencia de Moussaoui en la ciudad de Boumerdès era por su hermana, pero que no la había podido ver porque todo se había desbaratado ante la aparición de miembros del ejército francés, quienes estaban detrás de él. Esa versión dejaba a Kheira fuera de la escena del hotel de la localidad a orillas del Mediterráneo. Eso había sido lo pactado con Girard antes de que él abandonara la sala en que había sido interrogado.

No bien salió de la sala del capitán, Kheira fue conducida por otro miembro de seguridad por un largo pasillo. En el camino, se había cruzado con otros militares que deambulaban por allí, ya que ese barco pertenecía a la fuerza.

—Es aquí —dijo al detenerse frente a la puerta del camarote.

Ella asintió, no sabía si debía agradecer por estar en una nueva

embarcación. No bien vio la litera, se arrojó allí. Ya no aguantaba más. Esperaba que Olivier saliera indemne del interrogatorio que, seguro, habría tenido frente al general. Más allá de los fuertes deseos de saber de él, el general había sido infranqueable respecto a darle la información que ella buscaba. A pesar del agotamiento y la pesadumbre que sentía, se incorporó de inmediato al escuchar el sonido metálico de la puerta al abrirse. Si había algo que le faltaba para desplomarse, fue ver a Olivier avanzar hacia ella.

—Shh —dijo al abrazarla—, ahora está todo bien.

—¿Qué sucedió? —quiso saber Kheira, mientras observaba si estaba sano y salvo—. ¿Cómo estás?

—Arreglé todo. Ahora resta que abandonemos Argelia.

—¿Nos iremos al fin?

—Sí, mi amor.

Fue entonces cuando ella se dejó llevar por las emociones y el fuerte sentimiento que tenía por Olivier. No había sido fácil para él la negociación para que les permitieran abordar ese barco. Trasladarlo al centro de operaciones en Argel había sido una primera idea, sería una lección para el resto de los compañeros por si alguno intentaba desobedecer a los superiores. Sin embargo, el peso de haber matado al líder del *fln* sería un acto reconocido al general, sin importar quién lo había ejecutado. A Olivier no le interesaba llevarse la cucarda de esa muerte. En medio de las decisiones, mientras él seguía detenido, el general había sido consultado en una llamada desde París para saber si era cierto lo que se decía sobre la muerte del jefe de los rebeldes. Las felicitaciones traspasaban la línea de teléfono. No habría marcha atrás en el relato. Entonces, el general supo que lo mejor era alejar a Girard de tierra argelina y quitarlo de toda sospecha sobre la muerta acaecida en Boumerdès, una muerte que había pasado a ser de la autoría de Mercier, para ganarse los laureles del resto de las autoridades.

Olivier se tomaría un tiempo hasta reintegrarse a las fuerzas, lo haría cuando todo se calmase y no hubiera motivo para que lo relacionaran con lo vivido. A él eso poco le importaba, salvo abandonar el territorio argelino de la mano de Kheira. La estrechó aún más entre sus brazos y la besó, un beso que hablaba de todo lo que la había extrañado. Luego, de a poco, ella fue liberando la angustia que tenía a través del sordo llanto al que sucumbió.

—Te amo —susurró.

—No más que yo.

Él necesitaba tenerla cerca para saber que no se separarían más y que todo lo vivido había valido la pena si al final del camino lograba estar junto a Kheira.

Capítulo 24

Sin piedad

La noche había caído y desplegado sus alas en una profusa oscuridad. El eco del silencio retumbaba en cada esquina. La gente no deambulaba por los alrededores del lugar. Los vehículos permanecían guarecidos bajo las oscuras y frondosas copas de los árboles. La imagen fantasmagórica que brindaba ese pueblo se alimentaba con la tenue luz de las farolas ubicadas de manera alternada en las calles. No había nada extraño que alterase la paz ni la armonía del poblado. Un leve movimiento pareció romper la tranquilidad. Una sombra se fundió en la penumbra y desapareció dentro de una propiedad. La casa parecía deshabitada si no fuera por los cacharros acumulados en la pileta de la cocina. La escalera asomaba a un lado de la sala. La madera envejecida hacía crujir los escalones, salvo que se supiera dónde pisar para evitar el inquietante sonido a esa hora nocturna. El pasillo que llevaba a las habitaciones estaba desierto. Un leve vaivén hizo que la puerta de uno de los cuartos se abriera para mostrar la imagen de un hombre que dormía en la cama. Quizá, fue la fuerte presencia de quien acababa de entrar o el estado de alerta en que vivía el dueño de casa lo que hizo que se incorporara de inmediato, no sin antes tomar el arma que tenía debajo de la almohada. Su pistola se había transformado, desde hacía mucho tiempo, en la única y fiel compañera durante las noches. Con la otra mano, había manoteado el velador para alumbrar la habitación.

—Deja el arma.

La mirada somnolienta del dueño de casa se espabiló de inmediato. Aferró con más fuerza la empuñadura. No pensaba obedecer la orden de esa voz que detestaba, esa voz que había escuchado durante tantos años.

—Al fin muestras la mierda que eres. No sé cómo puedes encañonar a quien te crio y actuó como tu padre.

—Cállate.

Alex quitó el seguro de su pistola; el sordo sonido atravesó la estancia.

—¿Para qué viniste?

Un borrón de ira atravesó la mente de Alex. Si bien había tenido tiempo para mesurar su reacción desde el hallazgo en la casa de Irenka, le costaba soportar que ese sujeto continuase simulando lo que no era. Hasta que no

pusiera punto final a la situación, no podría continuar con su vida

—¿En verdad necesitas que te lo diga?

—Sí. No me equivoqué al creer que te habías metido en algo raro. Si quieres dinero, puedes tomarlo.

Seguía pensando lo peor de él. No existía ni siquiera un resquicio de sensatez que lo iluminara para que se diera cuenta qué hacía Alex allí apuntándolo.

—¿Por qué?

¿Por qué no había huido, como una rata, junto a otros nazis? ¿Por qué había buscado salvarse a través de él y de su tía? ¿Por qué no se había cansado de hacer tanto daño? Las preguntas le estallaban en la mente sin necesidad, porque no cabía una explicación plausible que aclarase cada acto cometido por Kacper.

—No entiendo.

Alex caminó unos pocos pasos para verle el rostro al hombre que había intentado destruirle la vida y que había torturado a muchas otras personas hasta matarlas. Ese hombre que había fingido ser un tío ejemplar ante los habitantes de la comunidad en la que Alex había crecido era uno de los tantos sujetos que él, dentro del Mossad, buscaba para apresarlo y llevarlo a juicio. Sin embargo, en esa oportunidad, Alex no estaba ejecutando alguna misión en particular, sino cumpliendo con algo personal. Ese sujeto nunca había estado en las listas de los buscados porque había sabido camuflarse como pocos.

—¿Quieres que te cuente sobre la fotografía en la que luces sonriente junto a otros como tú en Auschwitz?

Esa imagen se le había grabado en la memoria. Esa sonrisa de costado junto a una pequeña cicatriz, que permitía identificarlo sin importar la calidad de la fotografía, le ocupaba la mente desde que la había visto. El valor de esa foto era indiscutible para él, porque resumía a la perfección la calaña de persona que era Kacper.

—Eres parte de ellos, ¿verdad? —inquirió el dueño de casa.

La manera en que lo miraba, la forma en que empuñaba el arma y la contundencia en los dichos le confirmaba la duda que a él le había dado vueltas en la cabeza. Alex era parte del Mossad. No podía creer cómo no se había dado cuenta de que había criado, alimentado y fortalecido a un enemigo en su propia casa.

—Cada llamada que hacías era mentira.

Aún recordaba la cuota de duda que mantenía luego de finalizar las llamadas de Alex; algo no le cerraba, pero de inmediato pensaba que no se podía pedir mucho de un joven judío sin muchas luces. No podía recordar desde cuándo había sentido el absoluto desprecio y repulsión hacia la gente de ese origen. Alex representaba todo lo que él detestaba y se hallaba frente a él amenazándolo con una pistola. No lo iba a permitir. No había lugar para ambos en esa habitación.

—Tu vida ha sido una mentira —replicó Alex—. Siempre escondiendo la escoria que eres, ni siquiera has tenido el coraje de defender lo que hiciste. Debiste ocultarte para evitar que te juzguen y morir en la horca. No cuentas con una gota de humanidad. Nunca la tuviste, fuiste y eres un verdadero un hijo de puta.

—Tuve la decencia de criarte cuando te quedaste solo, sin la única persona que creías que te quería.

Muy a su pesar, Edna había dado todo por ese sobrino que conocía poco y que había aprendido a querer a pesar del escaso tiempo que habían tenido para estar juntos, ya que la muerte la había encontrado antes de cuenta.

—Siempre fui tu moneda de cambio.

Alex evocaba el momento en que había abandonado Europa para embarcarse en el navío que los llevaría a los Estados Unidos. A bordo, Kacper se había mostrado solicito; sin dudas, necesitaba que lo viesen de ese modo para no levantar sospechas. Con el paso del tiempo, esa imagen se fue desmoronando hasta dar a conocer su sádica, despiadada y perversa personalidad.

—Ni siquiera eso.

—No intentes dilatar más esto, porque sabes a qué vine.

De nada servía continuar con ese diálogo que lo único que hacía era extender lo inevitable.

—No vas a atreverte a matarme —afirmó al destrabar el arma.

—¡Es lo que he venido a hacer, hijo de puta!

Sin piedad, Alex apuntó directo para acabar con ese sujeto. Sin embargo, en el último instante Kacper mostró, una vez más, la cobardía con la que estaba hecho. Antes de que Alex pudiera dispararle, Kacper introdujo el frío metal

del arma en su boca y se mató.

A pesar de que todo había acabado, Alex estaba convencido de que había algo más por descubrir de ese hombre que yacía en la cama bañado en sangre. Salió de allí y se dirigió al despacho ubicado en la planta baja. La oscuridad del escritorio no le impidió registrarlo con destreza. Cada objeto inspeccionado era colocado en el mismo lugar. No fue difícil identificar el escondite que Kacper tenía detrás de un estante de la frondosa biblioteca. Por alguna razón, no había destruido esa documentación que avalaba lo que Alex había descubierto hacía poco tiempo. Entre los documentos que certificaban la filiación política a la que pertenecía el dueño de casa, había unos papeles manuscritos. La pequeña linterna que llevaba alumbró un pequeño cuaderno y en su parte principal decía así:

Crónica de un verdugo

Uno tiende a creer que el tiempo puede ser un bálsamo para enterrar los recuerdos en algún lugar de la memoria y dejarlos allí, sin que cobren vida para evocar lo que fuimos. Sin embargo, mal que les pese a otros, yo sigo siendo el que fui tiempo atrás con las mismas convicciones de aquel entonces, tengo el mismo sentimiento hacia la Shoá. Ni el paso de los años ni las consecuencias que debimos afrontar hicieron que cambiara mi opinión respecto de lo que sucedió y, menos aún, de lo que hice. ¿Por qué debería hacerlo? ¿Me redimiría? No lo creo, porque tampoco lo necesito. Desearía gritar a los cuatro vientos quién soy y qué he hecho, pero mi silencio sigue siendo mi protección. Pronto llegará el momento en que revele la verdad, mi verdad.

En las noches en las que no puedo conciliar el sueño, evoco mis comienzos y, en ese instante, me convenzo de cada paso que di. Hubo un tiempo en que me creía poca cosa porque nadie me valoraba y pensé que, formando parte de las fuerzas de seguridad de mi país, lograría que me respetasen. No dudé en ingresar al cuerpo. Mi actuación dentro de la fuerza me fue fortaleciendo. Nadie podía cuestionarme la autoridad. Supe entonces que no me había equivocado en la elección. Los vecinos del barrio y los conocidos que antes no me veían ni reparaban en mí comenzaron a visualizarme. De a poco, todo se fue modificando. Nunca imaginé que en la madrugada del primero de septiembre de 1939 todo cambiaría no solo para Polonia, sino para cada polaco. Alemania nos invadió y le alcanzaron solo tres semanas para derrotarnos. La superioridad numérica y de armamento era indiscutida, y fue lo que marcó la diferencia. Poco después, el territorio polaco se dividió entre Alemania y la Unión Soviética. El caos que se vivía era absoluto y cada cual buscaba encontrar su lugar. Algunos judíos consiguieron escapar hacia la frontera; otros no lo lograron. La llegada de Hans Frank como máxima

autoridad del Gobierno General dispuso borrar todo vestigio polaco mientras estuviésemos bajo el yugo alemán.

Los policías que habíamos servido en la fuerza para mi país pasamos a integrar las filas de la policía azul. No había opción para el que no quisiera permanecer bajo la autoridad germana. Se debía dar cumplimiento a las nuevas disposiciones. Sin embargo, hubo algunos que decidieron rebelarse y unirse a los grupos de la resistencia clandestina. Otros actuaron como agentes a favor de la causa polaca hasta que fueron descubiertos. En ambos casos, la desobediencia la pagaban con la muerte no solo de ellos, sino de sus familias. No me costó decidir en cuál bando estar porque siempre había buscado ser parte de los poderosos. De ese modo, todos me respetarían. Para destacarme, debía ser de los mejores y cumplir a rajatabla lo que los alemanes querían.

En un inicio, la policía se ocupó de brindar seguridad a los territorios invadidos por Alemania, pero luego viró hacia otras funciones. La búsqueda de judíos comenzó a ser parte de mi actividad; yo participaba de las redadas callejeras. Haber ejercido como policía desde hacía tiempo me permitía conocer los vericuetos en donde podían esconderse los israelitas dentro de los pequeños pueblos. Algunos de ellos habían sido mis vecinos y, en la confianza que creían tener conmigo, me buscaban para que les brindara un salvoconducto para escapar. Desconocían lo que yo era capaz de hacer con ellos y que, al contactarme, acababan de firmar su sentencia de muerte. Esa confianza facilitó el arresto, la deportación y la muerte de cada uno de ellos. Yo era parte de ese engranaje, con el tiempo, obtuve la recompensa. Recuerdo la felicitación que recibí luego de encabezar una redada junto a otros dos oficiales en el granero de una propiedad. Allí dentro había una familia judía escondida. Tardé todo un día para exterminar uno a uno a los integrantes del clan. También fui parte de otros arrestos y varias matanzas. Cada muerte era un logro que enaltecía mi carrera.

Polonia había dejado de ser lo que era; la identidad del pueblo polaco se había fundido en uno nuevo: el alemán. En las calles, se escuchaba por los altavoces el triunfo germano en el avance de la guerra. Las casas eran requisadas. Se sacaban las radios para evitar noticias que no fueran las autorizadas. Se restringió el uso del idioma polaco. Los teatros habían sido clausurados. Los restaurantes y parques públicos se reservaban para los alemanes. Se excluía a los polacos, que tampoco podían utilizar el tren o practicar algún deporte. La cultura alemana estaba diseminada en cada librería y en los cines con filmografía teutona. Si no eras alemán o no estabas dentro de sus filas, no existías. Yo decidí ganarme mi lugar. Trabajé con esmero y sin pausa para obtenerlo. La construcción de guetos permitió encerrar a los judíos por sección. El control y la vigilancia de esas zonas estaban a cargo de la policía, también. Como parte de la fuerza y ante el buen desempeño que tenía, comencé a conocer a alemanes influyentes. No me trataban como un igual,

porque no era como ellos, pero luchaba a diario por parecerme a ellos. El trabajo se acentúo luego de la "solución final". Se había ordenado que los judíos fueran deportados y trasladados en trenes hasta Polonia, a los campos de concentración y exterminio que se habían construido.

Allí conocí a Eichmann entre otros jerarcas nazis. Con él trabé una cordial relación, admiraba la manera en que actuaba y la devoción que ponía en su proceder en defensa de la causa nazi, la que yo abrazaba convencido. Él y otros se enorgullecían por mi trabajo. Largas jornadas pasé en Auschwitz.

Nunca imaginé el triste final que tendría la guerra para Alemania y las potencias del Eje. Estaba convencido de que ganaríamos sin más. A pesar de la derrota, el sentimiento nazi que latía dentro de mí estaba presente siempre. Las persecuciones a nosotros, quienes habíamos intentado mejorar el mundo, comenzaron luego del triunfo de los Aliados. Debía buscar una salida para continuar con mi vida y evitar ser apresado. Tenía que huir, buscar mi vía de escape. Una opción válida era llegar hasta Roma, en donde habría una protección asegurada, y desde allí hasta Génova para embarcar hacia el continente americano. Varios habían logrado huir con un pasaporte de la Cruz Roja. Eso estaba reservado a los alemanes, y yo no lo era, más allá de que hubiera defendido los preceptos del Reich como propios. Otra posibilidad era llegar hasta España y quedarme allí o escapar desde algún puerto español.

Sin embargo, el destino quiso que se interpusiera en mi camino Edna, una mujer desesperada por encontrar a su sobrino que había estado en Gurs. Me constaba que un gran número de judíos alojados allí habían terminado en Auschwitz en su etapa final. La desesperación que ella tenía no le permitió ver con claridad lo que sucedía a su alrededor. No vislumbró cuáles eran mis intenciones, que poco tenían con el amor que ella creyó notar en mí. Abandonar Europa casado con una mujer judía y con un sobrino judío era lo mejor que podía sucederme de momento. Luego vería hasta dónde resistiría esa situación. Casarme con ella fue el plan más sádico que pude idear, pero lo suficientemente efectivo para cumplir con mi cometido. Ella no dudó de la rapidez con que le propuse casamiento en medio del trámite por llevar a su sobrino hacia Estados Unidos, país en que residía. Mi plan estaba saliendo a la perfección: huir hacia otro continente era ideal; Edna, una pantalla indiscutible.

Nunca soporté a ese crío que no dejaba de capturar toda la atención de mi nueva esposa. Me propuse educarlo y sacarle todo vestigio judío que pudiera tener en su sangre; él sería mi experimento. La muerte de Edna fue más rápida de lo que esperaba y debo reconocer que me alivió gratamente. Restaba Alex. A pesar de ese nombre con el que lo habían bautizado las autoridades de la organización humanitaria cuando decidieron sacarlo del campo de internamiento, nunca dejaría de ser Ariel Levy. No fue fácil adiestrarlo;

parecía que sabía que detrás de mi máscara de hombre respetable había algo más. No podía dar un paso en falso porque la búsqueda de los nazis no se detenía y varias personas estaban tras ellos. Alex se estaba transformando en un joven con ideales que yo detestaba. No lograba encarrilarlo, más allá de los correctivos y castigos que le imponía a diario. Él los soportaba con fortaleza y me desafiaba en cada pena que le daba. Las notas en el colegio eran insuperables, pero siempre encontraba una excusa para hostigarlo. Le había exigido que trabajara conmigo, de ese modo podía tenerlo controlado, pero me enfrentó comprando un pasaje a Europa, eso fue lo que me dijo. Me dejó solo y me demostró lo desagradecido que era. Yo necesitaba que estuviera aquí para servirme y asistirme luego de todo lo que yo había hecho por alguien de su condición.

La fuerte pelea que mantuvimos aquel día en que me contó que se iba no hizo mella en él, ya que partió de igual modo. Estaba convencido de que iría tras los pasos de esa jovencita, del mismo origen que él, que lo tenía a mal traer. Alex se ausentó y cada tanto se comunicaba para decirme dónde estaba; él imaginaba que eso podía conformarme. Claro que no. Luego pensé que su ausencia debía beneficiarme, ya que me permitía moverme sin tener que ocultar con quién me veía o qué era lo que hacía. Nunca dejé de estar conectado con la red nazi. Éramos muchos quienes habíamos logrado escapar y librarnos del juicio de Núremberg. Lo importante era continuar desde las sombras.

En la pequeña comunidad donde vivo, todos siempre han sido muy solícitos conmigo. El perfil que había logrado construir era indestructible; nadie dudaba de mí. Los años pasaron y fui tomando confianza sin dejar de estar alerta por lo que pudiera suceder. Cuando supe que una fábrica en las afueras de aquí llamada Numec, comandada por un tal Shapiro, abría sus puertas, creí que había encontrado mi lugar. El dueño era un prominente químico que había fundado esa empresa para desarrollar métodos de procesamiento nuclear. Supe también que era colaborador con la causa judía, de modo que no podía perder la oportunidad de ser parte de esa factoría para saber qué se traían entre manos. Estaba seguro de que algo se cocía allí dentro. Mis conocimientos de química adquiridos durante el tiempo que estuve en Europa me ponían en el lugar indicado; también haber formado parte del cuerpo de seguridad. Fue así como ingresé y al poco tiempo pasé a formar parte de la planta efectiva de la fábrica. Sin quererlo, había conseguido un muy buen lugar para informar a la red lo que sucedía allí. La panacea en la que estaba sumido se cristalizó con la llegada de Alex de modo imprevisto. Había esperado mucho tiempo su llegada y, cuando creía que no vendría, apareció. Nunca dejé de desconfiar del muchacho que me llamaba cada tanto para decirme dónde estaba y qué hacía, aunque la información que me dada respecto a sus trabajos era muy vaga. Tampoco me importaba tanto saberlo, porque no le auguraba éxito en nada que emprendiese. Esta vez, me costó reconocerlo. Se mostró cambiado y más

colaborador. Quise creer que estaba encarrilado y que se esforzaría en hacerme caso. Cuando le recriminé no haberse quedado junto a mí, no estalló en cólera, por lo contrario, mantuvimos una conversación civilizada. Mientras bebíamos en un bar de aquí, creí que me respetaría como me merezco, pero hubo algo que me alertó.

Una tarde, cuando acababa de salir de la fábrica, lo vi allí esperándome. No era una actitud propia de él. Comencé a preguntarme por qué estaba indagando a otro trabajador sobre un conocido que cada tanto iba a verme. Cuando me visita, yo le paso la información sobre lo que se hace allí dentro y luego él la transmite a la red nazi. Se dice que hay una conexión con Israel; no sería difícil que ocurriera, ya que uno de los socios es alguien que colabora con el pueblo judío. Existe la posibilidad de que el uranio enriquecido obtenido en la fábrica sea comercializado, pero no hay certeza de eso, tampoco se sabe quién sería el receptor de la mercancía. Una gran posibilidad es que el destinatario sea Israel. Se habla de una planta en el desierto de Néguev. No se sabe mucho más. Parece que todo eso está cifrado bajo un gran secreto israelí. Instalar el rumor sobre esa vinculación, por distintos medios, los complicará hasta tanto se tenga la evidencia de que sea verdad. El mayor de los problemas lo tendrán con el país que los ha protegido desde hace tiempo: Estados Unidos. Las autoridades no permitirán que una empresa estadounidense venda insumos nucleares a otra nación.

En medio de todo esto, las persecuciones hacia los nazis no se detienen. Ninguno de nosotros debe desesperarse, pero algunas cuestiones nos alteran cada vez más. Sin lugar a dudas, ha sido un golpe duro saber que Eichmann ha sido apresado por el Mossad. Parece que no hay lugar en el mundo donde uno pueda vivir tranquilo.

La presencia de Alex me dejó un sabor amargo. Aunque intentó ser cordial en la despedida, había algo que desconocía qué era y que intenté desentrañar desde que se fue. La mirada de un sujeto habla más que cualquier otra cosa que pueda decir. Durante mucho tiempo vi el miedo y el terror reflejado en los ojos de las personas antes de matarlas. Ese pánico que yo les provocaba me envalentonaba más. El odio que percibía antes de que los ejecutase era el alimento que me permitía continuar. Con Alex no me sucedió. No pude leer más allá de esos ojos verdes. Parecía que estaban velados sin que nadie, salvo que él lo deseara, pudiera saber lo que pensaba. La duda estaba instalada; no pude saber en quién se había transformado. Desde su despedida, me mantuve alerta aguardando lo que pudiera suceder. De algo estoy seguro: volveré a verlo.

Cada palabra escrita en ese papel cobraba sentido en la vida de Alex. Cada maldita discusión le reverberaba en los oídos sin poder acallarla. Cada sentimiento nacido desde lo más profundo de su ser había sido real. Por un

instante, cerró los ojos para alejar todo aquel pasado que había intentado arrasar con su vida. Dejó la documentación hallada en un cajón del escritorio para que fuese encontrada sin esfuerzo. Dobló esa crónica escrita y se la guardó. Salió de la propiedad para fundirse en la penumbra. Nadie más podría lastimarlo. Ya no.

* * *

En el Aeropuerto de Orly el deambular de pasajeros y personal aeronáutico era permanente. Nadie dormía. La amplia pizarra metálica resaltaba sobre uno de los muros de la sala. Allí destellaban tanto los horarios como los números de vuelo que se modificaban a medida que arribaban y partían las aeronaves. La conmoción vivida las últimas veinticuatro horas por Alex no le había permitido descansar en el avión que había partido hacía unas horas desde la ciudad de Nueva York. Los pensamientos le desfilaban en la mente para desdibujar parte de sus recuerdos y resaltar lo más valioso que había tenido y tendría: Léa.

Él descendió de la aeronave con la imagen de ella en la cabeza y con el objetivo de verla. Con el bolso sobre el hombro, caminó por el salón central, que estaba atiborrado de personas que aguardaban a los recién llegados. Él observó alrededor y fijó la vista en una joven de cabello oscuro con los ojos húmedos que avanzaba hacia él como si nada existiera a su alrededor, salvo él. En los pocos metros que los distanciaban se lanzó a correr hacia Alex, quien la atrapó para fundirse en un beso y un abrazo que resumía el amor y la necesidad que tenían uno por el otro. Alex la amaba y la necesitaba con locura. Ella estaba allí, como siempre.

—No te imaginas el deseo que tenía de verte.

—Yo también, mi amor.

Él deslizó el pulgar por el rostro que había grabado en su memoria hacía tiempo y que recordaba cuando la necesitaba cerca para alivianar el pesar que lo envolvía.

—¿Cómo supiste que regresaba hoy?

—Si me hubiese enterado antes de lo sucedido, habría ido a buscarte.

Léa había recibido un llamado hacía unas horas. La llamada había sido escueta y sin demasiadas precisiones, salvo que sería importante que ella estuviera cuando él arribase.

—Shh —susurró al poner el dedo en sus labios—. Fue mejor así.

Abrazados salieron en busca de un automóvil que los llevase hacia el centro de París.

—Yosef se comunicó contigo, ¿verdad?

—Sí, y me dijo que lo odiarías por avisarme, pero que no le importaba. Él habría querido estar allí, pero su salud se lo impidió.

—Aunque todavía no sabes lo que sucedió.

—Nada bueno si regresaste a la casa con Kacper.

Durante el camino de regreso le relató cómo habían sucedido los hechos y las consecuencias del descubrimiento en la casa de Irenka.

—Deberías habérmelo contado, porque intuí que había algo detrás de esto. La angustia por desconocer qué sucedía crecía dentro de mí.

La sensación que la había acompañado a ella desde que ambos abandonaron Reims tenía un motivo que Léa no había logrado desentrañar. Después de que él le explicó lo sucedido, a Léa le costaba asimilarlo. Un gran dolor la atravesaba al saber cuán distintas habían sido las historias que ambos habían vivido. Clavó la mirada en los ojos verdes de él. No existía ni arrepentimiento ni pesar. Ansiaba que, a partir de ese instante, juntos dejaran atrás el pasado, el mismo pasado que los había unido y vuelto a separar, hasta que el juego del destino los hizo más fuertes en ese vínculo que mantenían.

—Nunca quise involucrarte en algo así. Era una batalla que solo me correspondía a mí librarla.

—¿Ni siquiera a los tuyos?

—Tampoco. Una vez finalizado todo, hablé con Yosef.

Alex comprendía que, si no le contaba lo sucedido a quien había sido su mentor, se enteraría en breve. Necesitaba comunicárselo para que dispusiera cómo quedarían las cosas. La llamada hecha a Yosef lo liberó de la presión que había llevado sobre sus espaldas durante esas últimas horas. La información sobre que un hombre que vivía solo se había suicidado en un poblado del estado de Pensilvania no sería de importancia para los periódicos, salvo para los propios habitantes del lugar, que intentarían hurgar sobre los motivos que habían llevado a un buen hombre a tomar esa decisión. Más de uno pensaría que él no habría superado la muerte de su esposa, acontecida años atrás. Sin embargo, la real información sobre Kacper sería de interés para

el instituto. A esa altura de los acontecimientos, Alex necesitaba paz y no la obtendría si su caso era parte de la persecución llevada a cabo a los jerarcas nazis. Su historia era demasiado dolorosa y se había hecho cargo de ponerle un punto final. Yosef le había asegurado que todo quedaría silenciado, que él se encargaría de que así fuera. Alex no le preguntó si en alguna oportunidad había dudado sobre el accionar de Kacper, aunque conocía de sobra a su mentor y estaba convencido de que nunca había confiado en ese hombre, aunque jamás se lo hubiese manifestado.

—El mismo que se comunicó conmigo.

—Así es.

—Se nota que estaba preocupado por ti.

—Fue la persona que confió en mí cuando nadie lo hizo, salvo tú.

El paisaje citadino de París se deslizaba a través de los cristales del automóvil como una película cuyos protagonistas habían sellado su amor allí mismo.

—Por suerte, ya todo acabó.

En el camino de regreso, como parte de la escenografía de la ciudad, asomó L'Hôpital Pitié-Salpêtrière en toda su magnificencia. Esa era una etapa vivida por Léa con entusiasmo al principio, aunque con decepción después. La mirada de Léa se perdió en la construcción del hospital. Recordó cada momento vivido, a pesar de que deseaba borrar de su memoria los últimos hechos protagonizados con Étienne.

—¿Qué sucede, mi amor?

—Nada, solo pensaba.

—¿Te viste con Boyer? —Alex comprendía que esa relación había quedado en suspenso, que nunca se habían aclarado las cosas entre ellos—. Es normal que quisiera verte —dijo en un tono pausado para aliviar la respuesta de ella, aunque nunca le había caído bien ese sujeto.

—Fue solo un encuentro casual por la calle hace unos días.

Alex le besó la coronilla sin dejar de observar a través de la luneta del automóvil el exterior del centro médico que se empequeñecía a medida que el vehículo se alejaba de allí.

—Comprendo. —Supo de inmediato que había algo más que ella no le

contaba para no opacar el reencuentro.

—Más tarde pasaremos por tu casa —susurró antes de morderle el lóbulo de la oreja—. Ahora, quiero tenerte solo para mí.

—Yo también, mi amor. Fue larga la espera.

Alex se inclinó hacia adelante para abonar al conductor cuando vio que se acercaban a la dirección indicada. Descendieron del vehículo al tiempo que se detenía. El deseo y la necesidad por sentirse los quemaba por dentro. Ambos apuraron el paso para llegar a apartamento. Fue suficiente el chasquido de la puerta para ir sacándose las prendas para amarse. Él intentaría demostrarle con cada caricia y en cada beso el amor irrefrenable que por ella sentía. Léa haría el mismo esfuerzo toda la vida.

* * *

La ansiada llamada que Léa recibió ese día le modificó el humor. Hacía tiempo que había esperado que Kheira se pusiera en contacto con ella. Se cambió como una tromba y le avisó a Alex dónde estaría para luego encontrarse todos. Los interrogantes que ella tenía sobre su amiga, que le reverberaban en la mente desde hacía tiempo, se develarían en el ansiado encuentro. Alex le avisó en ese momento que debía hacer unos trámites, pero que más tarde iría a buscarla.

El atardecer se había apoderado del cielo plagándolo de estelas escarlatas en el horizonte. Léa apresuraba sus pasos por las callejuelas adoquinadas y estrechas que la conducían por el barrio Les Marais. Las propiedades descollaban al adentrarse en la zona que le traía tantos recuerdos. Ahí habían elegido encontrarse allí con Kheira, porque siempre había algún bar abierto para refugiarse, tomar algo y conversar. Dentro y con unos tragos, aguardaba la joven musulmana. Ambas se estrecharon en un sentido abrazo. Las lágrimas saltaron en los rostros de ambas. Cada una había batallado sola las penurias acontecidas en la lejana Argelia. Las dos estallaron en un llanto silencioso al saber que estaban bien.

—No puedo creer haber regresado a París —manifestó Kheira.

—¿Cuándo llegaste?

—Ayer a última hora.

Léa notaba a su amiga con el peso del cansancio en el rostro. Ninguna de ellas era la misma ni estaba igual respecto de la última vez que se habían

encontrado allí, cuando la excitación, el nerviosismo y la emoción por ir hacia territorio africano las invadía.

—Te escucho.

Kheira se tomó el tiempo suficiente para relatarle de modo conciso cada hecho acontecido. La poca concurrencia del lugar a esa hora del día les permitía mantener la cuota de intimidad necesaria para las confesiones. Léa no daba crédito a lo que escuchaba y, menos aún, cuando llegó a la instancia protagonizada con Said en Boumerdès.

—La muerte de Said podía suceder desde que decidió combatir; eso lo sabes.

—Lo sé, pero hubo algo que se rompió dentro de mí cuando me arrojó en manos del sujeto que intentó matarme.

—Es increíble que haya sido capaz de semejante atrocidad. Tuvo un final acorde a la violencia con la que vivió.

—Sí. Como le dije a Olivier, puedo vivir con eso.

Eso le había dado la tranquilidad necesaria a Girard para continuar con ella sin que nadie más se interpusiera en el camino.

—Sobre la muerte de Said, ¿tu familia lo sabe a través de las noticias o has ido a hablar con ellos?

Varios periódicos se habían hecho eco de la muerte de uno de los líderes del Ejército de Liberación Nacional. Más allá de las ideas negociadoras, el Gobierno francés hacía alarde de los triunfos obtenidos en la colonia.

—Fue lo primero que hice. Necesitaba verlos para hablar con ellos. No bien entré a casa, supe que no me entenderían.

Esa era una posibilidad que ella había barajado. Conocía a su padre e imaginaba el fuerte golpe que sería enterarse de la muerte de su hijo. Tampoco dejaría pasar sin castigo la desobediencia de Kheira.

—¿Y Olivier?

—Él quiso acompañarme, no quería dejarme sola, pero yo necesitaba enfrentarme a ellos.

Girard aguardó en un bar a metros de la casa de Kheira. Le había dicho que, si luego de un tiempo no salía, él iría a buscarla.

—¿Qué sucedió?

—Lo que me imaginaba. Cuestionaron mi huida, creyeron que mi presencia en Argelia lo único que hizo fue complicar la situación de Said. Ellos no saben cómo murió, no comprenderían que el hombre al que amo lo mató porque, si no, mi propio hermano me habría matado. Nunca pondrían en duda la decisión ni el obrar de Said. Él se había transformado en un héroe para ellos, porque había sabido defender sus ideales luchando en su tierra. En cambio, yo, la persona que había echado a perder todo. Sin decir que mi decisión de no usar hiyab hizo que todos me despreciaran por no llevar con orgullo la vestimenta que marca mi identidad musulmana.

—¿Entonces?

—Tomé algunas cosas que tenía y abandoné la casa. La postura de mi padre fue irrenunciable, más allá de la insistencia de mi madre para que él recapacitara. No quise que ella sufriera las consecuencias por defenderme. No corresponde tampoco poner en duda la autoridad paterna.

—Sabes que puedes venir a mi casa el tiempo que quieras.

—Lo sé y te lo agradezco, pero buscaré algo para mí hasta que pueda recomponer mi trabajo. De momento, Olivier me propuso que nos alejemos de aquí un tiempo. Cree que es lo mejor para ambos.

—Claro que sí.

—No es fácil darte cuenta de que tu familia te ha dado la espalda. Cuando hablo de mi familia, me refiero a su totalidad. Ninguno de mis otros hermanos hizo algo para conciliar la situación. Igual, de nada habría servido que se hubieran inmolado porque Olivier no habría sido aceptado por ellos. No habrían permitido que yo estuviera con un miembro de la fuerza que acabó con su hijo. No quiero imaginar si supieran la verdad.

—Una verdad que quedará enterrada.

—Así es, amiga.

—La distancia puede que te ayude a ver con otra perspectiva las cosas.

—Tal vez —replicó melancólica—. Hay cuestiones que no estoy dispuesta a aceptar luego de lo que me tocó vivir. Y si el costo es alejarme de ellos, está bien. Ahora quiero escucharte.

Los oscuros ojos de Kheira se agrandaban según el relato de Léa avanzaba, en particular cuando detalló lo acontecido en la frontera argelina. Había

notado en su amiga cierta cuota de melancolía al hablar de aquella niña que, junto a la familia, cruzó la frontera.

—No puedo creer lo que me cuentas.

—Yo tampoco, pero por suerte logré salir de todo aquello.

—¿Qué me dices de Zahia?

—No he dejado de pensar en ella desde que llegué aquí. Estoy convencida de que junto a su familia superará todo lo sucedido. No pierdo las esperanzas de regresar y poder verla en alguna oportunidad.

—¿Qué harás con tu trabajo?

—Por supuesto que no lo dejaré, veré dónde ejercerlo. Es tiempo de repensar hasta regresar al ruedo.

—Te entiendo.

—Por lo buenos tiempos —dijo Kheira.

—Por lo que vendrá.

Kheira desvió la mirada hacia la puerta de entrada. En ese instante, llegaba Olivier. Si en algún momento Léa había puesto en duda que él fuese el hombre ideal para ella, lo acababa de desestimar al observar cómo la miraba al aproximarse para saludarlas y sumarse a la mesa.

—Me alegro de volver a verte —saludó a Léa antes de besar a Kheira—. ¿Desean beber algo más?

—Me gustaría —respondió la joven Dubois al notar que Alex aún no había llegado. Miró hacia el exterior para ver si él asomaba. Desconocía el motivo de su retraso.

* * *

La noche caía en la ciudad en la víspera de un fin de semana. Los franceses buscaban refugio en los hogares luego de una larga jornada de trabajo. El devenir en el centro hospitalario no tenía descanso. Frente a la fastuosa entrada de la institución médica, a un costado, se erigía una austera capilla con una cúpula octogonal. Esa zona era concurrida solo por aquellos que buscasen la paz. El oficio religioso había acabado y el camino hasta allí estaba

desierto, salvo por la figura de Étienne Boyer, que había emprendido ese camino de regreso, como cada día. Él se ajustaba a las costumbres sin correrse ni un ápice de lo que solía hacer a diario.

Se detuvo de inmediato cuando vio salir de entre las sombras a un hombre. Lo reconoció de inmediato cuando lo tuvo cerca de él. No se olvidaría del sujeto que había aparecido en la maldita gala a la que Léa estaba empecinada en ir. Ese había sido el comienzo del fin.

—Yo no le hice nada —esgrimió Boyer ante el silencio de Alex.

El médico no necesitó que Alex le preguntase algo, porque el modo en que lo miraba y la forma en que se había parado frente a él hablaban de lo que buscaba decirle.

—Tampoco lo permitiré. Es mejor que estés lejos de ella y que no se te ocurra acercarte otra vez.

—¡Ahora ella te manda a que me amenaces! —clamó furibundo—. Debes saber que soy un médico reconocido en este ambiente.

—Lo sé. Yo en lo mío también lo soy. No te imaginas de lo que soy capaz si alguien busca dañarla. Sé muy bien por qué te lo digo.

Boyer dio un paso hacia atrás como si una fuerza lo hubiera impulsado desde su espalda. La fiereza de esas palabras tenía la contundencia de una paliza, pero ni siquiera lo había rozado.

—Espero no volver a cruzarte.

Boyer se quedó de una pieza al verlo irse a Alex. Si en algún momento luego de abordar a Léa le había quedado un resquicio de esperanza por recuperarla, se acababa de esfumar. Giró la mirada hacia la institución médica, debía centrarse en su profesión, la que nunca lo había defraudado. Sin más, Alex se retiró de allí, no quería llegar tarde para encontrarse con Léa y sus amigos en un bar del barrio Les Marais.

Allí estaba ella sin dejar de mirar hacia la entrada. Le lanzó una sonrisa cuando él se adentró. Antes de saludar a los presentes, la besó. Se sentó a su lado y la abrazó.

—No sabía que tenías un compromiso.

—Algo sin importancia —susurró.

Léa se dejó arropar en los brazos de él. Reparó en la mesa. Allí estaba

rodeada de la gente que quería. Notó que Kheira la miraba de un modo extraño. En ese instante, se le cruzó por la mente una imagen compartida con su amiga. De inmediato, se inclinó para decirle algo.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Belinay.

—Y su presagio.

—Me costó creerle.

—A mí también.

—¿A qué se refieren? —preguntó Olivier intrigado por la conducta reservada de Kheira, quien lo miró y lo besó para acallar su inquietud.

—Nada de importancia —respondió segundos después.

Ambas se lanzaron una mirada cómplice. Las confesiones hechas por ambas a Belinay quedarían enterradas allí donde debían estar, en el fondo de un pocillo de café. De improviso, comenzó a sonar una música. Léa miró a Alex porque esa era la canción que los había vuelto a unir. Alex le extendió la mano para invitarla a bailar, aunque nadie más lo estuviera haciendo, justo cuando la letra decía:

Pon tu cabeza en mi hombro,

susurra en mi oído, bebé,

palabras que quiero escuchar.

Dime que también me amas.

La madrugada los había alcanzado a todos. Cada una había tenido que lidiar sus propias batallas en territorios diferentes, pero con la única convicción de que sería esa lucha la que los salvaría. Ninguno de ellos habría imaginado que, tiempo después, estarían en ese mismo bar que los había unido en otra oportunidad, en otra circunstancia. En ese momento, sin embargo, se reencontraban para dejar atrás lo acontecido en la ardiente y combativa ciudad blanca.

BIBLIOGRAFÍA

Artusi, Nicolás, *Café, de Etiopía a Starbucks: La historia secreta de la bebida más amada y odiada del mundo*, Buenos Aires, Planeta, 2014.

Bar-Zohar, Michael; *Mishal, Nissim, Las grandes operaciones del Mossad*, Buenos Aires, Emecé, 2013.

Frattini, Eric, *Mossad, los verdugos del Kidón: La historia de la unidad de asesinatos del espionaje israelí*, Madrid, Atanor Ediciones, 2011.

Stora, Benjamín, *Historia de la guerra de Argelia 1954-1962*, Santiago de Chile, LOM, 2022.

Thomas, Gordon, *Mossad, La historia secreta, Buenos Aires*, Alfaguara, 2002.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, desde el lugar de luz en el que se encuentran.

A mi esposo, por su apoyo incondicional y su colaboración en esta novela.

A mi querida amiga Kari Broggi, que inspiró la creación del vínculo del personaje de Belinay con su abuela.

A cada uno de los lectores que, con amor y cariño, me impulsan a continuar. Sin ustedes, nada de lo que escribo tendría sentido, gracias.

A aquellas tres cosas que los Antiguos

consideraban imposibles

debería sumársele esta cuarta:

hallar un libro impreso sin erratas.

Alonso de Cartagena (1384-1456)